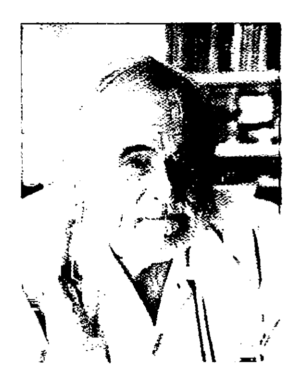
Pensar América Latina

Crónicas autobiográficas de un militante revolucionario

Ricardo Napurí





Crónicas autobiográficas. Ricardo Napurí.

Capítulo I. Su infancia y adolescencia, sus estudios, su ingreso a la aviación militar peruana y su forzado retiro de la misma.

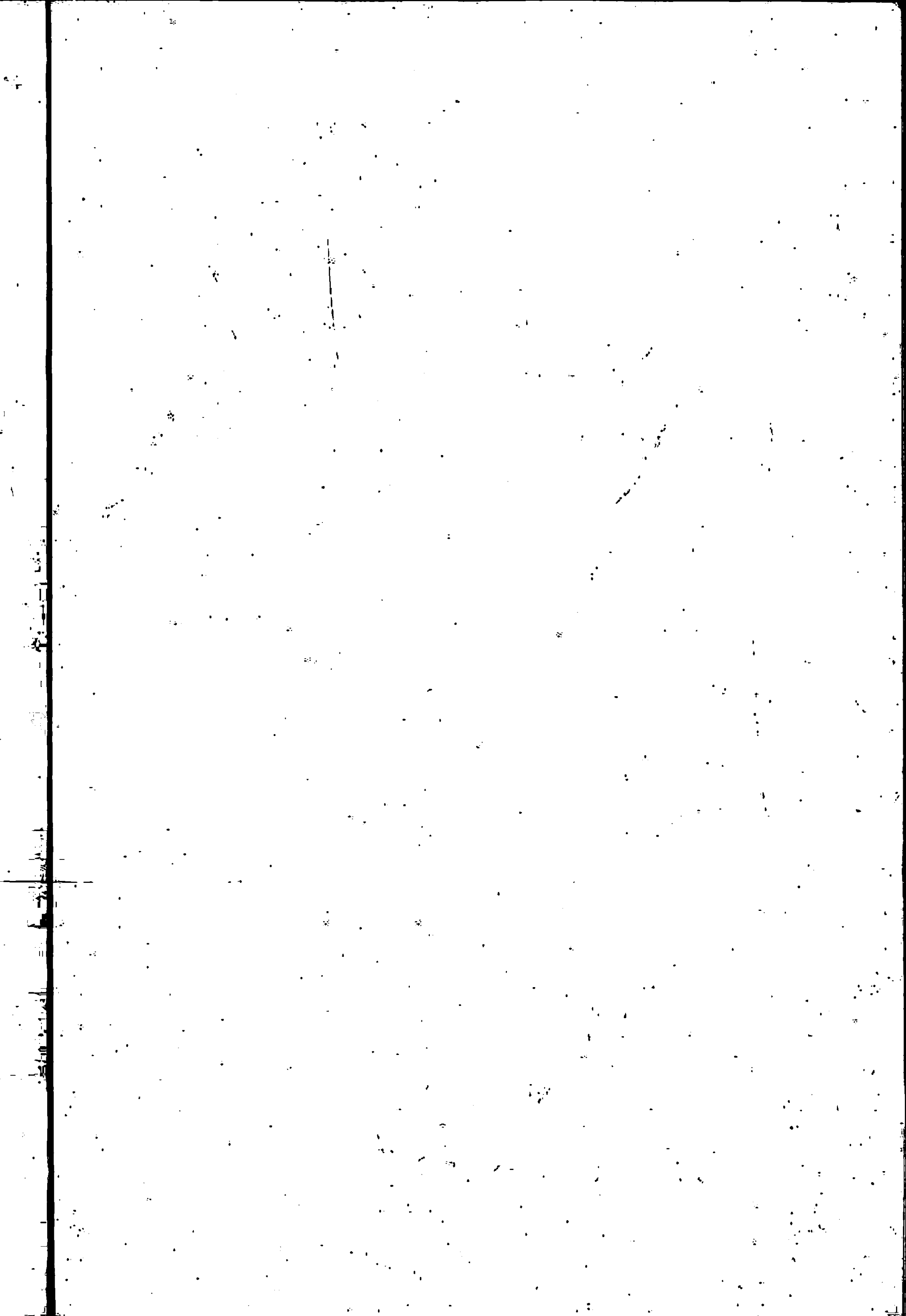
Capítulo II. Su exilio a la Argentina y su encuentro con Silvio Frondizi. Sus primeros años de militancia, su viaje a Cuba en enero de 1959. Su encuentro con el Che y el compromiso que asumió desde entonces con la revolución latinoamericana.

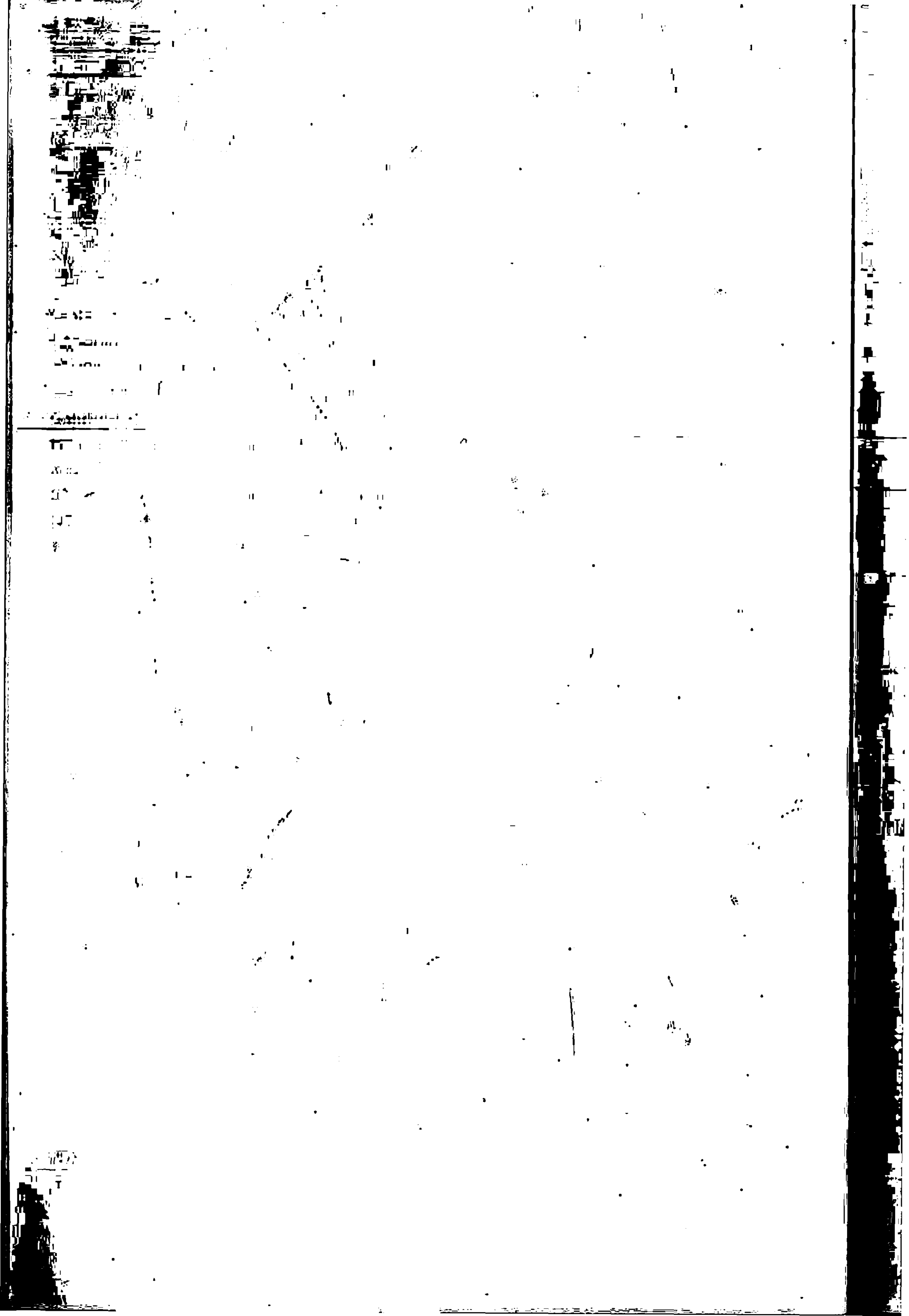
Capítulo III. Su relación con el Movimiento de Izquierda Revolucionario (MIR) del Perú, con su líder Luis de la Puente Uceda, la ruptura con la concepción foquista de éste y su experiencia en la fundación de una de las mayores organizaciones de la "nueva izquierda": Vanguardia Revolucionaria (VR), en los años 60.

Capítulo IV. Recorrido de esta singular organización, contacto con François Chesnais, referente de una de las corrientes del trotskismo francés. En el final aborda las luchas fraccionales en VR, su escisión y la posterior fundación del Partido Obrero Marxista Revolucionario (POMR).

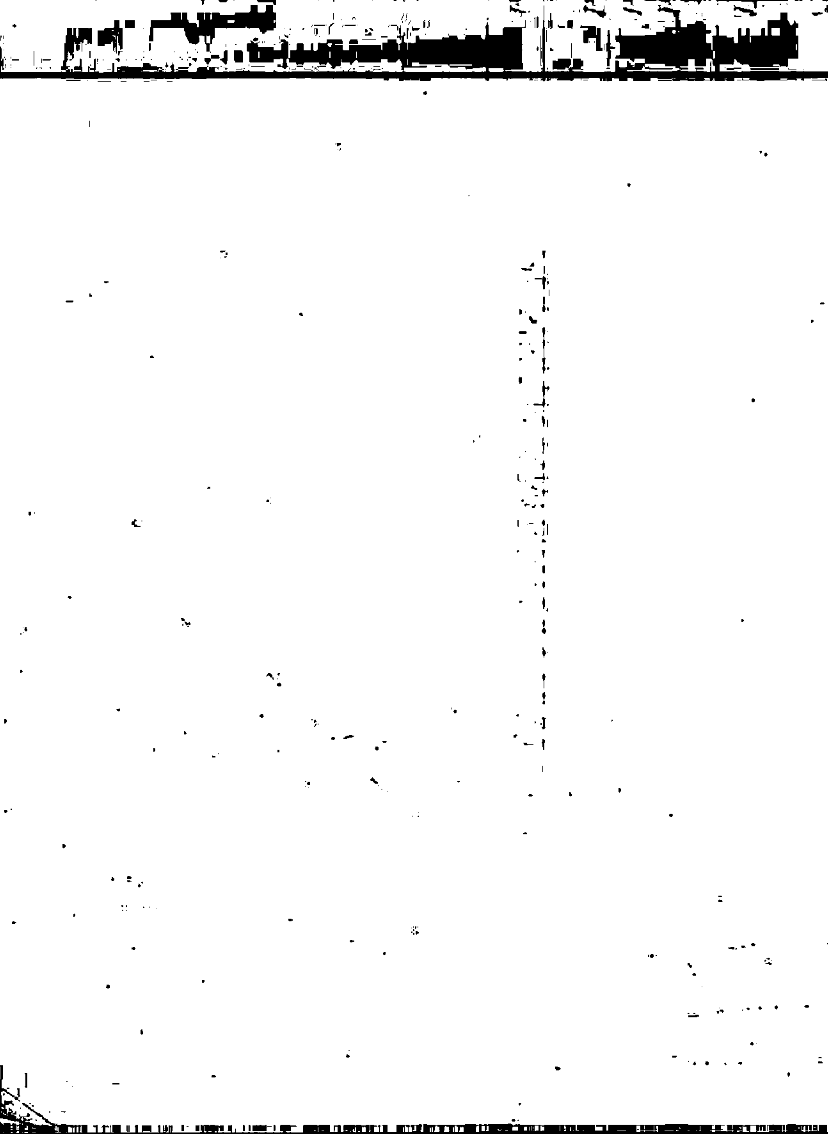
Capítulo V. La lucha contra la dictadura de Morales Bermúdez. Su experiencia en el Frente Obrero, Campesino, Estudiantil y Popular (FOCEP), en la Asamblea Constituyente (1978-79) y en el Senado (1980-85). Debates del trotskismo peruano e internacional, rupturas y realineamientos. Su incorporación a la corriente morenista y al Movimiento al Socialismo (MAS) de la Argentina.

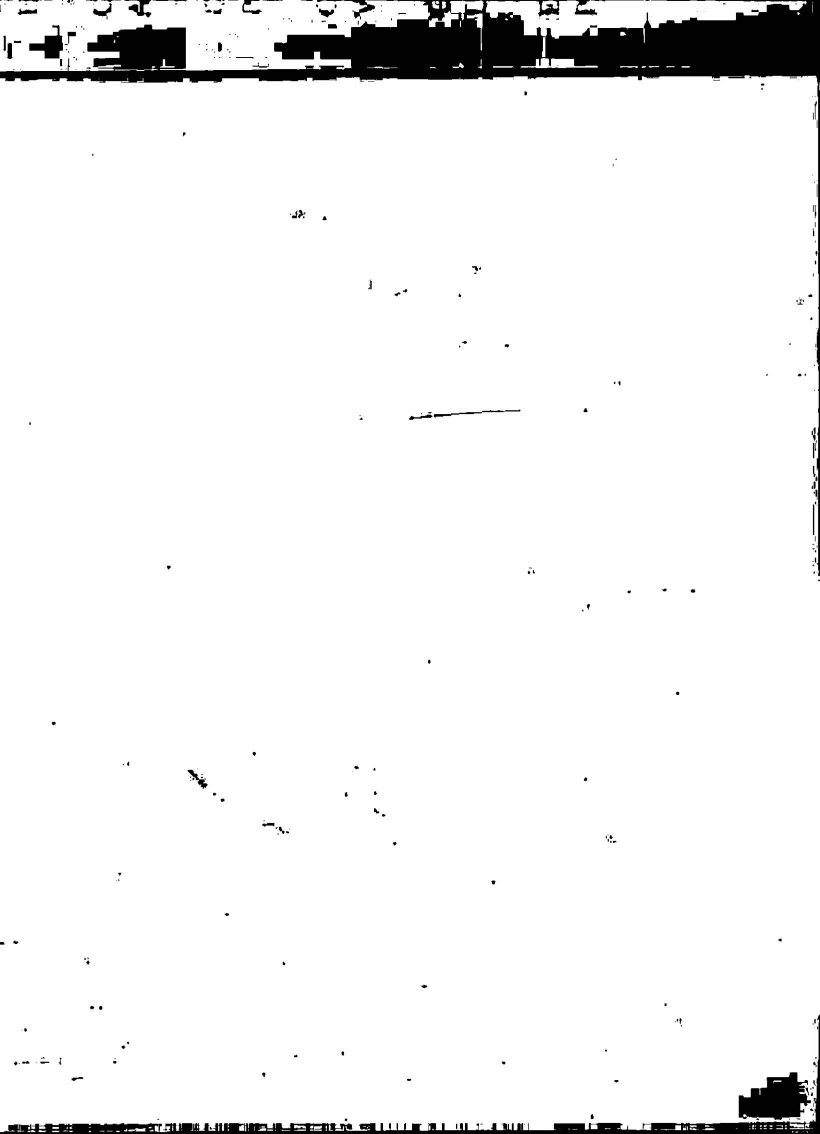
Epílogo. Una reflexión sobre la necesidad de pensar el socialismo hoy.





PENSAR AMÉRICA LATINA





Ricardo Napurí

PENSAR AMÉRICA LATINA

Crónicas autobiográficas de un militante revolucionario



Pensar América Latina
Crónicas autobiográficas de un militante revolucionario
Autor: Ricardo Napurí

Diseño de tapa e interior: Mario a. de Mendoza
Revisión, corrección y preparación de textos: Manuel Martínez
Coordinador de edición: Chiche Vázquez

Ediciones Herramienta
Av. Rivadavia 3772 – 1/B – (C1204AAP) Buenos Aires, Argentina
Tel. (+5411) 4982-4146
Correo electrónico: revista@herramienta.com.ar
Página web: www.herramienta.com.ar

ISBN: 978-987-1505-15-9
Printed in Argentina
Impreso en la Argentina, enero de 2010
Artes Gráficas Leo, Remedios de Escalada 3152, Valentín Alsina, provincia de Buenos Aires, Argentina.

Napurí, Ricardo

Pensar América Latina : crónicas autobiográficas de un militante revolucionario. - 1a ed. - Buenos Aires : Herramienta, 2009.

576 p. ; 23x15 cm.

ISBN 978-987-1505-15-9

1. Ciencias Políticas. I. Título

CDD 320.980

Fecha de catalogación: 27/10/2009

Contenido

F

va
la
o
b
d
ic
e
e
d
b
sc
e
sp
e
re
C
tu
d
"
c
d
g
li

Presentación

Allá por los años 60, cuando Ricardo Napurí volvía al Perú llevando en su pensamiento y en su compromiso los primeros pasos de la extraordinaria revolución que irrumpía en Cuba, casi todos/as nosotros/as estábamos empezando –y la mayoría apenas balbuceando– la búsqueda de una transformación social emancipatoria. Ricardo, nacido en 1925 en la pequeña ciudad de Barranca, al norte de Lima, había ido a Cuba en los albores de la revolución, en enero de 1959. Vivía entonces en la Argentina, donde había recalado luego de haber sido expulsado del Perú: era nada menos que un aviador militar insubordinado, no había acatado la "obediencia debida", se había negado a bombardear la insurrección de la izquierda aprista de 1948. Con esta sola "anécdota", el personaje de este libro ocupa un lugar singular en el derrotero de la lucha revolucionaria de tantos y tantas al que se sumó, o más bien se entregó plenamente durante décadas. Luego de entablar una estrecha relación con Silvio Frondizi, quien lo ganó para el marxismo, inició su actividad en los años 50. Viajó a Cuba junto con Celia de la Serna, la madre del Che, teniendo así la inmediata oportunidad de entrevistarse con el comandante y de recibir sus recomendaciones para emprender la lucha revolucionaria en el Perú. Esta otra "anécdota", a la cual se agregarán muchas más, marcó un nuevo inicio del largo protagonismo de Ricardo como fundador y constructor de organizaciones de la "nueva izquierda" y del trotskismo que hurgaron en el entramado social la vivencia de la revolución y la posibilidad del socialismo.

Nos entrega ahora sus memorias, escritas –como él dice– "artesanalmente", sin contar con archivos documentados, en algunos casos

inaccesibles por diversas razones, en otros ya inexistentes. Las ha escrito desde sus propias evocaciones, desde momentos imborrables de su vida personal y política, apelando a esa presencia viva de tantos acontecimientos que nunca desaparece, que más bien vuelve una y otra vez reclamando su reinterpretación. Reflexiona críticamente sobre su larga experiencia, se interroga en cada pasaje si lo que hizo junto a otros y otras estuvo bien, deja planteados problemas que siguen estando vigentes, particularmente en cuanto al carácter de la revolución y de las organizaciones que se proponen contribuir a ella. Son, efectivamente, las memorias de un revolucionario que ha vivido íntimamente las pulsiones de la revolución. Muestran su experiencia-aprendizaje, sus aciertos y errores, sus entusiasmos y desazones, también sus reflexiones presentes mirando al futuro. Están muy lejos de ser memorias escritas desde el retiro. Tampoco desde "el descanso del guerrero", algo inconcebible para nuestro autor, que con 80 y tantos años sigue actuando y se sigue postulando como contribuyente a la causa del socialismo y de la autoemancipación humana.

Una lectura de los cinco capítulos y del epílogo de este libro, así como de los prólogos escritos por compañeros/as que influyeron notablemente en la vida de Napurí, podrá dar cuenta del significado de estas memorias. Algunos pasajes, seguramente, resultarán un tanto distantes, sobre todo para las nuevas generaciones. Sin embargo, no dejan de entregar detalladamente recorridos y peripecias de la experiencia concreta de las organizaciones revolucionarias en los años 60, 70 y 80. Otros, entremezclados, alientan interrogantes que se siguen replanteando en el presente. Esta combinación, que es el resultado de un pensamiento vivo, permite sin duda definir a este libro como un aporte a la historia y a la revaloración de la historia de la izquierda latinoamericana.

Quien escribe estas líneas supo de Ricardo Napurí en los años 60, pero lo conoció recién a fines de los '70, en medio de la efervescencia revolucionaria que vivía el Perú de entonces. Entre otras cosas, la relación política entablada con él me permitió realizar una extraordinaria experiencia en el movimiento obrero, en 1982, en la mina de Cuajone, Moquegua, regentada por la Southern Peru Coopper Corporation. Ahora, cuando han pasado tantos años, recordando que

Ricardo volvió a la Argentina a pedido de Nahuel Moreno, en 1985, para integrarse a tareas dirigentes de la Liga Internacional de los Trabajadores (Cuarta Internacional) y también del Movimiento al Socialismo, él y algunos/as tenemos el pasivo de la crisis de esa corriente y de esa organización, replanteándonos con mayor apertura y con modestia la búsqueda de nuevas alternativas. Compartimos así un pensamiento multiforme, diferente por definición de cualquier uniformidad, que a su vez potencia el debate y fortalece nuestro andar cotidiano y concreto. La lectura de este libro seguramente despertará polémicas, en particular en quienes están involucrados en el relato y sobreviven a esa tumultuosa experiencia de la que da cuenta Napurí. Sería muy bueno que esto suceda, para alimentar mejor la búsqueda a la que nos referimos.

Ricardo ha optado por relatar su larga experiencia privándose de opinar –salvo en algunos trazos– sobre el recorrido latinoamericano actual. Ha hecho, en este sentido, una elección correcta, abocándose de lleno a recuperar tantos pasajes que lo involucraron durante más de medio siglo. Tal vez, en otro momento, podamos contar con sus análisis y puntos de vista relacionados con la realidad contemporánea de nuestro continente.

Ediciones Herramienta, que durante más de una década ha diversificado su producción, entregando títulos de diversos autores marxistas y del pensamiento crítico, ahora se enorgullece de publicar las memorias de una personalidad de la izquierda latinoamericana que ha dedicado toda su vida a la causa de la revolución y del socialismo. El trabajo preparatorio ha demandado múltiples esfuerzos solidarios. Y en cuanto al imprescindible financiamento, ha involucrado a compañeros/as de América Latina y Europa. Entregamos así una obra proyectada muchos años atrás, finalmente concretada por la conjunción de voluntades que caracteriza a nuestro emprendimiento editorial.

Manuel Martínez
Ediciones Herramienta



François Chesnais, Nora Ciapponi y Ricardo Napurí
en Ediciones Herramienta, septiembre de 2008.



Ricardo Napurí, Aldo Casas, François Chesnais y Néstor López
en Ediciones Herramienta, septiembre de 2008.

Prólogo de François Chesnais*

Ricardo Napurí es un hombre de una especie muy rara, es de esos militantes que se mantienen fieles a su compromiso en un período de retroceso de la revolución. Un período que asistió a derrotas sangrientas de los trabajadores (Chile en 1973, Argentina en 1976) que precedieron al desarrollo de procesos que vinieron a modificar profundamente los parámetros de la acción política. Un período que conoció el silenciamiento del pensamiento revolucionario, cuando no del más elemental pensamiento crítico. Un período, finalmente, en el que se vio también el ascenso del cinismo aventurero y mercantilista. En Ricardo el compromiso político está acompañado con un sentido ético poco frecuente. Otros que no fuesen como él habrían decidido, llegado el momento, convertir a su elección como senador en el trampolín para una larga carrera política o una fuente de enriquecimiento personal a través de negociados. Su compromiso hizo que Ricardo, a los 75 años, para hacer frente a sus frugales necesidades materiales estuviese obligado a trabajar arduamente. Se me podrá objetar que Ricardo hubiese podido evitar tal situación construyendo –siguiendo un extendido modelo– un grupo político del que fuese dirigente beneficiándose con una profesionalización por tiempo indefinido. En el contexto de la segunda mitad del siglo XX, para esto se requerían ciertos rasgos psicológicos específicos. Ricardo no los tenía. El fuerte componente ético en el

Militante socialista y economista marxista francés, miembro del consejo científico de ATTAC, director de la revista *Carré Rouge* y miembro del consejo asesor de la revista *Herramienta*. Autor de *La mondialisation du capital* y coautor de *Las finanzas capitalistas* (Ediciones Herramienta, 2009) entre otros trabajos. Es profesor emérito de la Universidad de París 13-Villetaneuse.

compromiso de Ricardo, presente desde el comienzo y jamás desmentido después, así como el innegable elemento de romanticismo que lo acompañó, hicieron de él alguien cuya aspiración era fundirse en un equipo político unificado, auténticamente comprometido y caracterizado por relaciones leales entre sus miembros. Del manuscrito del libro sólo pude leer algunas páginas, sin embargo estoy seguro de que la totalidad de las mismas darán testimonio de estos elementos.

Tuve con Ricardo relaciones políticas –que poco a poco se convirtieron también en relaciones de amistad– durante un largo período. En esta relación se produjo un corte debido a circunstancias políticas que no dependían de nosotros, de las que Ricardo habla en el libro y sobre las que diré algo más adelante. Pero, si tomamos su comienzo y final, los años en que nosotros conversamos se inician en 1970 y se extienden casi hasta hoy en día (incluso, hemos participado conjuntamente en reuniones en julio y septiembre de 2006). Nuestras discusiones comenzaron en un momento en que el combate revolucionario parecía impulsado por un proceso histórico objetivo poderoso, un momento en el que los fracasos sufridos en la lucha de los explotados y de los oprimidos apenas podían ser momentáneos. En un momento, también, en el que los militantes podían heredar y luego retransmitir a otros un conjunto de ideas que tenían muchas respuestas y muy pocos interrogantes. Hoy conocemos un contexto muy diferente, tanto en lo que se refiere al contexto internacional y por lo tanto también nacional de la lucha de clases, como en lo que concierne a las condiciones para la revolución y a las tareas que los trabajadores victoriosos deberían enfrentar prioritariamente.

Las victorias logradas por la contrarrevolución neoconservadora, cuyo primer escenario fue el Cono Sur, crearon un profundo cambio en favor de los poseedores en las relaciones económicas y políticas entre la burguesía, por un lado, y la clase obrera y las masas explotadas, por el otro. En todas partes del mundo, los explotados y los dominados sufren los efectos de un proceso que no es sólo económico sino también político, de liberalización, des-reglamentación y privatización, aunque no todos lo sufran de igual manera ni tampoco con la misma fuerza. En todas partes del mundo, también, los explotados y los dominados conocen los impactos políticos "subjetivos" de la restauración

del capitalismo en Rusia y el resto de la ex URSS, así como la que se ha producido en China bajo formas distintas. Hay perspectivas políticas que se han cerrado completamente, sobre todo las que preveían el derrocamiento por obra de los trabajadores de las burocracias reinantes en la URSS y en los otros Estados con propiedad estatal de los medios de producción, con todo lo que ello podía implicar como salvaguarda de apoyos objetivos y sobre todo subjetivos para el combate contra el capitalismo en otras partes. En los países donde el proletariado había conquistado posiciones importantes al interior de la sociedad burguesa se produjo una fuerte erosión, si no la destrucción, de instituciones claves en el terreno de las jubilaciones y la salud. Los procesos de integración de los aparatos sindicales al Estado, así como la colaboración con la patronal, dieron un salto hacia adelante en todas partes. Existe, sobre todo, la crisis ecológica, que recorta el horizonte de la humanidad en este comienzo del siglo XXI. La misma debe ser pensada en términos de clase, y constituye un terreno de confrontación muy importante entre dominantes y dominados a nivel planetario. Lo que está en juego es nada menos que la amenaza, inmediata en algunos casos y en un futuro próximo para otros, al mantenimiento de las condiciones de reproducción social de determinadas clases o grupos sociales, de algunos pueblos, incluso de países enteros. La revolución es el único medio para conjurar la catástrofe inminente. En mayor medida que en cualquier otro momento anterior esta revolución no puede sino ser internacional. Incluso victoriosa, heredará terribles degradaciones, a una escala y de un tipo jamás previsto, relativas a todo lo que la "naturaleza" contiene como reservas productivas y condiciones externas de la producción. Hay que convencerse, lo que es bastante más difícil, de lo que muchos militantes piensan, que no fue el comunismo sino el estalinismo el que "fracasó" en el siglo XX. Las consecuencias de la mundialización del capital, tal como fue impuesta por la burguesía desde hace tres décadas, crean la obligación de definir concretamente, con palabras nuevas, lo que los términos "socialismo" y "comunismo" quieren decir hoy.

Volvamos a la época de nuestras primeras discusiones. Mi encuentro con Ricardo se remonta a 1970 y se mantuvo con frecuencia hasta 1978, cuando las circunstancias hicieron que nuestras relaciones

tuviesen una interrupción de más de 15 años. Como lo explica en su relato, en el momento de nuestro encuentro en Lima Ricardo era miembro de la dirección de la organización Vanguardia Revolucionaria y yo miembro de la Organización Comunista Internacionalista (OCI), muy volcado a las actividades del Comité de Organización por la Reconstrucción de la Cuarta Internacional (CORCI), sobre todo en España y en América Latina. El CORCI había sido informado –gracias a Política Obrera de Argentina, que acababa de ingresar– de la formación en el seno de Vanguardia Revolucionaria de un grupo de militantes en desacuerdo con la orientación seguida por otros hacia el castrismo y el maoísmo, con los cuales sería interesante hacer contacto. Junto con Jorge Altamira, mantuve durante dos largos días intensas discusiones con Jorge Villarán y la compañera de éste. Se trataba para mí de presentar el análisis de la situación política mundial, pero también de explicar el enfoque teórico que fundaba este análisis y que provenía por completo del componente francés del CORCI, es decir de la dirección de la OCI. Las discusiones también abarcaron, por iniciativa de Altamira, la naturaleza del gobierno de Velasco Alvarado y la posición que se debía asumir frente a algunas de las medidas que adoptaba. Estas discusiones me introdujeron en la teoría del bonapartismo en los países semicoloniales, así como en las diferentes orientaciones políticas posibles frente al nacionalismo "revolucionario" o "radical", cuya piedra de toque era su grado de "antiimperialismo".

En 1970 la OCI sostenía, lapidariamente, que la caracterización de la situación mundial era la de "inminencia de la revolución". Después de un breve intento de oponerme junto con Jean Lefebvre a esa caracterización en el congreso de la OCI de junio de 1969, la asumí en los artículos que escribí en *La Verité* sobre España o sobre América Latina. La "inminencia de la revolución" resultaba de la "crisis conjunta del imperialismo y de la burocracia del Kremlin", cuya mayor expresión era la simultaneidad temporal de la huelga general de 1968 en Francia y la Primavera de Praga. Ni el abismo entre las potencialidades y los resultados de la primera, ni la represión brutal que con la invasión de los tanques del Pacto de Varsovia puso fin a la segunda, el 21 de agosto de 1968, llevaron a modificar la caracterización. La caída de Saigón y la derrota política de Estados Unidos en Vietnam, lue-

go la caída del régimen corporativista y la revolución de los claveles en Portugal en 1974, así como también el nacimiento del sindicato *Solidarnosc* en Polonia, parecían confirmarla a nivel político. Y la reafirmaban, en el plano económico, el fin de la convertibilidad del dólar en oro, es decir del sistema de Bretton Woods en agosto de 1971 y después la recesión de 1973. No se valoró que el golpe de Estado de Pinochet fue el primer jalón de una contraofensiva imperialista que comenzaría a modificar, tras el golpe de estado de Banzer en Bolivia y antes que el de los generales argentinos en 1976, las relaciones políticas entre las clases, no solamente en el Cono Sur sino a nivel mundial. Del mismo modo, en los análisis de la OCI no se dio importancia al otro movimiento estratégico clave de Henry Kissinger: el acercamiento entre Estados Unidos y el Partido Comunista chino, comenzado con el viaje de Nixon a Pekín. La "santa alianza contrarrevolucionaria" ya no se limitaba al imperialismo dirigido por Estados Unidos y la burocracia del Kremlin. Incluía ahora al Partido Comunista chino. La política de Kissinger permitió a Estados Unidos limitar los impactos de la derrota en Vietnam. Sentó los fundamentos de una política que aseguró la reintegración progresiva de la economía china en el mercado mundial, y de China como Estado en el dispositivo de conjunto en defensa de la propiedad privada de los medios de producción a nivel planetario.

La historia de la sobreestimación de los caracteres revolucionarios de las situaciones es larga. Se encuentra su marca ya en la invasión de Polonia por el Ejército Rojo en 1919, el levantamiento de Béla Kun en Hungría el mismo año y el del Partido Comunista alemán en Munich en 1921. Sus efectos negativos incluyen tanto la falta de preparación para al desarrollo real de los acontecimientos, como las oscilaciones radicales en la caracterización de la situación. El "centralismo democrático", cuyas bases fueron puestas en la Tercera Internacional por el zinovievismo, antes incluso de que Stalin hubiera instalado su dictadura sobre el Partido Bolchevique, pero también que las organizaciones trotskistas instauraron después de 1945, es poco propicio para verdaderos debates. Y favorece aún más las sobreestimaciones, porque sirven para galvanizar a los militantes y disciplinarlos. Y cuando llega el momento en que los hechos obligan a cambiar de caracterización,

los dirigentes que la desarrollaron e impusieron no tienen el menor deseo de ser cuestionados. Las expulsiones o las divisiones pasan a ser la salida "natural" de las divergencias. En el caso de las organizaciones trotskistas esto no desembocó en desastres como los de la Komintern en China y en Alemania, pero sus efectos no fueron menos nefastos. Las divergencias implicaron la expulsión o la división, y en muchos grupos u organizaciones pasaron a prevalecer perversas metodologías de selección de militantes que llevaban a que lo predominante fuese la capacidad de aceptar los giros con un mínimo de discusión. Mecanismos todos con efectos destructivos para la construcción de partidos capaces de aproximarse, aunque fuese mínimamente, a la función que pretendían cumplir como "el estado mayor del proletariado en la lucha de clases".[1]

En el caso de la OCI, formalmente nunca se puso punto final a la caracterización de "inminencia de la revolución". Recuerdo un informe de Stéphane Just en el comité central explicando las medidas tomadas por Estados Unidos y los otros países imperialistas para superar los efectos de la recesión mundial de 1973-74 y para reconstruir un sistema monetario. El informe contenía la advertencia de que no había que subestimar la capacidad de respuesta del imperialismo. Pero, por otro lado, Just proponía una valoración extraordinariamente optimista de la situación en Irán después de la caída de la monarquía y la huida del sha. De igual manera, incluso antes de la fusión del CORCI con la Fracción Bolchevique Internacional de Nahuel Moreno, la revolución sandinista en Nicaragua sirvió a la OCI como punto de apoyo para incluir a América Latina en la caracterización general. A medida que se avanzaba en los años 70 la teoría de "la inminencia de la revolución" adquirió una función cada vez más "ideológica" para mantener a los militantes bajo presión y galvanizar constantemente su energía, especialmente durante las numerosas "campañas financieras". Antes de caer en desuso, en el sentido de que se hiciera cada vez menos referencia

[1] Es importante recordar que en 1917 la dirección del Partido Bolchevique no estaba regida por el centralismo democrático, y que la orientación era la resultante de muy largas y vivas discusiones, continuamente retomadas. Ninguna sanción golpeó a quienes se opusieron al desencadenamiento de la insurrección militar que llevó a la toma del poder.

a ella, todavía en 1980 sirvió como una de las justificaciones dadas para cambiar el nombre de OCI por el de Partido Comunista Internacionalista (PCI). Pero ya la orientación del núcleo dirigente no estaba guiada por esa caracterización, ni siquiera como mínimamente lo hacía anteriormente. La tarea a la cual consagraba sus esfuerzos reposaba en una apreciación de largo plazo, en un proceso de consolidación y de reproducción de sus puestos dirigentes y de autotransformación en lo que Stéphane Just caracterizó, después de ser expulsado en 1984, como "miniaparato burocrático". Uno de los principales ejes de esto fue su proceso de integración como componente en la red institucional de los sindicatos y los "partidos obreros tradicionales" (expresión consagrada y constantemente utilizada en la OCI de aquel entonces). Poco a poco fue cambiando el tipo de reclutamiento: el objetivo pasó a ser el número de militantes que se podía movilizar como punto de apoyo en las negociaciones por los cargos sindicales que el núcleo dirigente mantenía con los dirigentes de Force Ouvrière o de algunos sindicatos de la educación nacional. Tratándose de la relación de la OCI con direcciones sindicales que no eran ni estalinistas ni clericales, cabe decir que al comienzo de los años 70 el trabajo tuvo una fuerte dimensión política internacionalista. Algunas campañas tuvieron un carácter principista e importantes repercusiones. Ese fue el caso, especialmente, de la campaña en defensa de los intelectuales y artistas soviéticos que habían expresado su oposición a la invasión a Checoslovaquia, entre ellos Daniel y Siniavsky, y luego la campaña por la liberación del matemático Plioutch y contra los hospitales psiquiátricos especiales. Llevadas adelante en oposición frontal al aparato del Partido Comunista francés, estas campañas fueron uno de los puntos fuertes de la actividad de la OCI en la primera mitad de los años 70. Los lazos con los sindicatos, sobre objetivos internacionalistas, también lograron que Francia no sólo acogiese a militantes perseguidos apadrinados por el Partido Comunista francés. Debe subrayarse la gran importancia de este trabajo pero también el hecho de que, al perder importancia o terminar, pasaron a predominar dos cosas. En primer lugar, la "colocación" de militantes en puestos de funcionarios sindicales rentados, principalmente en Force Ouvrière y el acceso a fondos financieros sindicales, lo que permitió que los funcionarios de la OCI

en sus oficinas de la rue du Faubourg-Saint Denis[2] se constituyeran en el núcleo de ese "miniaparato burocrático" que cristalizó a mediados de los años 70. Luego, complementariamente, y en forma progresiva, se impusieron una visión, un programa y campañas esencialmente sindicalistas, cuya culminación en cierto modo estuvo dada a finales de los años 80, cuando la OCI adoptó la forma de "Partido de los Trabajadores" (PT).

El desarrollo de relaciones políticas conducentes a una cierta forma de integración en el juego institucional, a expensas de la construcción de una organización independiente, tuvo, a nivel de partidos, un terreno privilegiado en el Partido Socialista nacido en el Congreso de Epinay, cuando François Mitterrand pasó a ser primer secretario. Esto se dio a través de un doble mecanismo: las relaciones desarrolladas con los dirigentes socialistas por cuadros de la OCI en su carácter de dirigentes sindicales (sobre todo del el sindicato estudiantil UNEF) y el "entrismo". Éste era "oculto", palabra que encubría dos situaciones. Una tenía que ver con Lionel Jospin, deliberadamente seleccionado por François Mitterrand por ser alguien cuya formación y lazos (que incluían la discusión regular con dos o tres cuadros de la OCI) le resultaron muy útiles en momentos de conducir la política de la llamada Unión de Izquierda, con el Partido Comunista francés, para ganar las elecciones y luego para gobernar. La segunda, fue enviar al PS militantes cuya filiación a la OCI era desconocida. Es un hecho que a nivel de las relaciones con François Mitterrand y la dirección del Partido Socialista, el núcleo dirigente de la OCI perdió en toda la línea. Acababa de romper con Nahuel Moreno y las organizaciones y grupos que influenciaba o controlaba y en América Latina; a excepción de Brasil, no le quedaba nada. Acababa de excluir (mejor sería decir expulsar), como culminación de una miserable provocación y un lamentable montaje teatral en medio del congreso, a Stéphane Just (y junto con él a los pocos militantes, entre los cuales me incluía, que se habían atrevido a publicar en los boletines internos textos cuestionando la política frente al gobierno de la Unión de Izquierda). Y fue entonces

[2] En donde la OCI comprara un gran inmueble acondicionado como cuartel central de la organización, con oficinas para los miembros del comité central y sus diversas comisiones.

cuando Mitterrand le ganó a la OCI cerca de 200 militantes, entre ellos al conjunto de los cuadros estudiantiles, y como consecuencia, el control de la UNEF. Mitterrand les ofreció aquello para lo cual los había preparado la formación que les diera Pierre Lambert, pero que ya éste no podía darles: puestos importantes en un "gran partido" y en el aparato de Estado, trampolín para una carrera política a veces larga, como fue el caso de Jean-Christophe Cambadelis.

Hacia fines de 1982-83, ya la OCI-PCI había dejado de ser una organización capaz de ayudar a la clase obrera. En 1985 había dejado incluso de ser un instrumento que sirviese verdaderamente al núcleo dirigente en sus relaciones sindicales y políticas. El entrismo se reveló como algo sin perspectiva y carente de otro objetivo y resultado que no fuese colocar algunos militantes en puestos dirigentes, y que todos ellos dejaran de ser trotskistas. Ninguno de los militantes enviados al Partido Socialista impulsó el menor debate, ni originó el menor reagrupamiento en ese período, cuando el Partido Socialista evolucionó cada vez más hacia la derecha, hasta llegar a la negociación y la ratificación del Tratado de Maastricht. Y cuando el núcleo dirigente de la OCI creó el PT, en 1988, transformando al PCI en simple fracción internacionalista de éste, apenas si pudo mostrar algunos dirigentes sindicales (en verdad, muy poco conocidos para la mayoría), pero ningún cuadro del Partido Socialista. El mismo balance vale para Portugal. En 1974, cuando volvieron a Lisboa los militantes del grupo formado en Francia, fueron enviados al Partido Socialista de Mario Soares. Algunos fueron electos diputados y rápidamente se convirtieron en perfectos reformistas. El grupo fracasó completamente.

Tal vez los elementos que acabo de dar posiblemente contribuirán a iluminar aquellos capítulos (que todavía no leí) en los que Ricardo Napurí hable de sus relaciones con la OCI, intentando seguramente llegar a comprender por completo qué era esa organización, qué era su dirección y sobre todo cuáles fueron las mutaciones producidas a lo largo de esos casi 10 años durante los cuales mantuvo relaciones con Lambert y sus asociados más cercanos. Yo no pude en aquella época darle estos elementos, que le hubieran sido muy útiles. Recién hacia 1982-83 estuve en condiciones de comenzar a deducirlos parcialmente y

exponerlos a algunos militantes de confianza. Y fueron necesarios otros 10 años más para que realmente viese las cosas con claridad, y este prólogo es uno de los pocos textos en el que mis apreciaciones *a posteriori* están formuladas por escrito. En 1982-83, Ricardo estaba lejos y en el Perú las cosas ya jugadas: las calumnias montadas por Luis Favre llovían sobre él. Y durante los años en que él vivió en Francia, yo comenzaba como máximo a presentir que aquello a lo que había consagrado toda mi energía, sacrificando otras relaciones, en primer lugar con Catherine Tavernier y mis hijos, no era tanto al avance de la revolución como al fortalecimiento de las posiciones políticas y también parcialmente materiales, de Lambert y la gente de su entorno. Yo mismo, como muchos más, "corríamos para otros", como suele decirse.

Usé varias veces la expresión "núcleo dirigente". Trataré de precisarla. El término indica una configuración constituida de pies a cabeza por una sola persona, en este caso Pierre Lambert, pero poniendo sumo cuidado en hacerlo de un modo que asociaba en sus deliberaciones y decisiones, muy estrechamente, a unos pocos militantes más. Por lo que pude saber o llegar a percibir de su funcionamiento, la composición de este núcleo nunca se correspondió con la del buró político. Nunca fue éste la primera instancia en donde las decisiones debían ser presentadas para obtener un grado suficiente de aprobación y respaldo. El núcleo era más restringido que el buró político y, para algunas cuestiones, incluía a gente que Lambert necesitaba pero que no tenía la legitimidad necesaria para ser parte de esas instancias. Me parece que Stephan Just nunca llegó a ser realmente parte de la gente con la que Lambert elaboraba sus estrategias, y en todo caso ya no era parte hacia 1973-74, cuando comenzaron el "entrismo" en el Partido Socialista, las grandes maniobras como atajo para la construcción de una organización en Portugal y el trabajo semanal de Lambert con el dirigente (supuestamente anarcosindicalista) de Force Ouvrière, Alexandre Herbert. Just era el miembro del buró político al que había que convencer, al menos parcialmente, o aislarlo. Lambert supo obtener su cooperación, o manipularlo, halagando su obrerismo y ayudándolo a convertirse en dirigente de todo lo que tuviese que ver con la teoría, muchas veces reducida a pura ideología. Se le concedió a Just

la dirección de la revista teórica *La Verité*.[3] Dirigía también la comisión internacional. Lambert le había asignado ese cargo por dos razones: por su capacidad para preparar rápidamente fluidos informes sobre la situación de la lucha de clases mundial, y por su disposición y capacidad, de las que daba pruebas siempre que era necesario, para atacar y liquidar políticamente a militantes extranjeros, aunque se tratase de dirigentes tan blindados como los de la OCI en sus propios países. Las excomuniones equivalentes a expulsiones o conducentes al alejamiento del CORCI de Guillermo Lora, de Política Obrera o de Balaz Nagy, fueron preparadas por intervenciones de Just. A partir de cierto momento (aproximadamente 1976) pasó a ser secundado por Xavier Moure (Clément), cuyo rol de hecho era mantener informado a Lambert. Éste seguía de cerca en determinados casos algunas situaciones nacionales, más allá de la francesa, ya fuera por lazos personales (como en el caso de Israel), ya fuese debido a conexiones con la "política interior" (como era el caso nuevamente de Israel, después de Portugal y un poco más tarde del Estado Español). En estos casos, se montaban comisiones *ad hoc*, dirigidas por él mismo, y la comisión internacional era al menos parcialmente dejada de lado.

Ahora hay que retomar el trabajo teórico de punta a punta. Un primer intento en este sentido fue iniciado a fines de 2005 con el texto *Pensar el comunismo, el socialismo, hoy*, que el comité de redacción de *Herramienta* tradujo y publicó. Este texto, que buscó hacer una síntesis de las reflexiones que tres revistas habían emprendido, constituye una referencia para Ricardo, para Nora Ciapponi y para mí, si bien cada uno de nosotros llevó la reflexión más lejos, debido tanto a las discusiones en los colectivos que integramos, como a inflexiones personales. Para mí, el trabajo teórico comienza hoy con el rechazo de cualquier tipo de recurso a la idea de un "proceso histórico objetivo" que jugaría a favor de la revolución, a la confianza en que el movimiento de

[3] La promoción por parte de Lambert de Just, para asegurarse su neutralidad en otros terrenos, fue especialmente notable en lo referido a las relaciones con Gerard Bloch, un militante que pertenecía a la misma generación que Lambert y Just, judío sobreviviente de los campos nazis, un brillante físico y no menos brillante pedagogo, conocedor sin igual (como lo mostró con su reedición del *Marx* de Franz Mehring) de los trabajos de Marx y Engels. Just logró que la dirección de *La Verité* se le sacara a Bloch para dársela a él.

acumulación del capital y de las contradicciones que conlleva serían preparatorios de la vía para la destrucción de la propiedad privada de los medios de producción y el fin del trabajo abstracto. Es verdad que en Marx existen pasajes que iban en tal sentido. Pero el pensamiento de Marx no es un bloque rígido, como lo subrayó cuando dijo, refiriéndose a sí mismo, que él no era "marxista". Hay que recurrir entonces a sus formulaciones más abiertas e indeterminadas en cuanto a la vía del futuro trazada. En *La sagrada familia*, por ejemplo, Marx escribe: "la historia no hace nada, ella no produce enormes riquezas, ella no libra combates. Es por el contrario el hombre, el hombre real y viviente el que hace todo esto, el que libra todos estos combates". Este enfoque puede encontrarse en otro pasaje mucho más conocido de *El 18 brumario de Luís Bonaparte*, donde subraya el peso de la herencia del pasado: "los hombres hacen su historia, pero no la hacen como quieren, en condiciones libremente escogidas. Ellos las encuentran por el contrario ya hechas, dadas, heredadas del pasado".

"Los hombres hacen su historia". La afirmación del *Manifiesto del Partido Comunista* de 1848 de que "la emancipación de los trabajadores será obra de los trabajadores mismos", constituye más que nunca la base de cualquier renovación de la teoría política revolucionaria. ¿Quiénes son las mujeres y los hombres que pueden asumir el proyecto emancipatorio, encarnar una fuerza de cambio que pueda volver a dar sentido a la frase "los hombres hacen su historia"? A nivel más general, la respuesta es que son los proletarios, todos aquellos y aquellas que para subsistir están obligados a "encontrar trabajo" o, más exactamente, a vender su fuerza de trabajo. Pero es necesario distinguirlos mejor, admitir diferenciaciones y reconocer que éstas serán distintas entre diversos países. Y tratándose de Francia, sobre la que puedo hablar con un mínimo de precisión, los "condenados de la tierra" son aquellas y aquellos que sufren más fuertemente la precarización, el empobrecimiento y todos los efectos del desmantelamiento del Estado social, y los jóvenes, a los que el capitalismo no tiene ningún futuro decente que ofrecer, y a quienes sus aspiraciones, entusiasmo y energía empujan a la acción. El bloque social anticapitalista incluye también a aquellas y aquellos más "asentados" en la vida, que se indignan por la carrera hacia el abismo en la que el capitalismo arrastra a

la humanidad y están dispuestos a organizarse y a actuar porque no tienen compromisos con el sistema de dominación y de explotación.

El peso del pasado es, en primer lugar, subjetivo. Está el recuerdo de las derrotas que ocurrieron en muchas partes del mundo, en Europa en primer lugar, las que incluyen centralmente a los regímenes burocráticos y policíacos surgidos del estalinismo en los que desembocó el combate revolucionario. Pero la historia muestra que, dado que la lucha de clases que comienza por las agresiones incesantes del capital no tiene interrupciones, los trabajadores y sobre todo la juventud retomarán el camino de la lucha. Esta condición alimenta el compromiso revolucionario. Por su lado, el hilo rojo de la idea de que la emancipación de los trabajadores sólo puede ser obra de los trabajadores mismos debe empujar a que aquel o aquella que tiene la convicción de la permanencia de la rebelión "pegada al cuerpo", como dice la expresión francesa, presten una atención constante a todas las manifestaciones de autoactividad y, por lo tanto, potencialmente de autoemancipación de los explotados y los dominados. Éstas no faltan, incluso en una situación en la cual las relaciones políticas entre las clases están inclinadas tan fuertemente en favor del capital. En todas partes del mundo el cuestionamiento de las conquistas anteriores, y aún más las agresiones infligidas por los patrones y los gobiernos en todas las dimensiones de la vida social, han conducido a la aparición de formas múltiples, muy variadas, de autoactividad. Éstas tienen relación, prácticamente, con todas las cuestiones en las que el capital amenaza las condiciones de existencia de los asalariados y cierra a la juventud cualquier perspectiva de futuro. Se las encuentra así en la actividad productiva de plusvalía cuando se trata de impedir el cierre de los lugares de producción e incluso de ocuparlos y hacerlos funcionar, pero también se las encuentra, y a veces mucho más, fuera de los lugares de trabajo, en las resistencias incluso más modestas que los trabajadores y los explotados oponen a la dominación del capital, y en las luchas que libran por liberarse de las ataduras en el terreno del alojamiento, del cuidado de los barrios, del acceso al agua y de otras necesidades básicas. Es en estas resistencias y en estas luchas –generalmente poco espectaculares– donde puede re-emerger la conciencia de la necesidad, así como de la posibilidad, de una real apropiación colec-

tiva de los medios sociales de producción y de consumo, de la necesidad de imponer nuevas reglas de vida en común. Es imposible predecir el tiempo que tomará la reconstrucción de semejante conciencia, ni las formas organizativas que le darán el necesario grado de estabilidad, pero no hay otro camino. Sólo a través de innumerables combates colectivos los trabajadores pueden llegar a afirmar, o a reafirmar, su autonomía con respecto a la sociedad capitalista y reconocerse en tanto que "productores asociados".

"Los hombres hacen su historia, pero no la hacen como quisieran, en condiciones libremente elegidas" sino en condiciones "ya hechas, dadas, heredadas del pasado". Ahora bien, las condiciones que el capitalismo legará a las nuevas generaciones, si nosotros no lográsemos destruir las instituciones que le sirven de base, serán *terribles*. Hoy, menos que nunca, la revolución puede ser la promesa de "mañanas que canten". En condiciones determinadas, la revolución ya fue caracterizada como un acto defensivo. En septiembre de 1917, Lenin la presentó como el medio de "conjurar la catástrofe inminente" (ver el folleto titulado *La catástrofe inminente y los medios para conjurarla*). ¿Qué decir de la situación presente? Entre las muchas cuestiones que nunca fueron afrontadas por los revolucionarios en la dimensión y con la gravedad de hoy, está la de las favelas del planeta, muy bien descritas por Mike Davis (*Planet of Slums*), así como otras que están muy relacionadas con ella, como las muy profundas degradaciones de las condiciones de producción agrícola. Pero existen sobre todo cuestiones que nunca habían sido consideradas, en particular la de las condiciones geofísicas de la reproducción social. Mientras más se avance en el siglo XXI, cada vez más el contexto del combate será el de una situación ecológica en la cual estas condiciones habrán sido destruidas, o dañadas muy gravemente en regiones del mundo en las que viven las poblaciones más pobres.

Para tomar el ejemplo más notorio de América del Sur, del que casi ningún militante habla, más del 80% de los glaciares del altiplano, entre ellos el de Chacaltaya, que suministra el agua de La Paz y El Alto, en Bolivia, ya se han fundido. En 10 años más el agua habrá pasado a ser un lujo. El deshielo de los glaciares, ¿no implica poner término, dentro de un plazo no demasiado lejano, a la posibilidad misma de que los habitantes de El Alto puedan seguir sosteniendo su combate por la vida

y la dignidad? Anuncia incluso un corte en la historia misma de Bolivia. Porque si La Paz ve desaparecer su principal fuente de suministro de agua, la posibilidad de continuar defendiendo su estatus de capital del país, ya fuertemente objetada, se reducirá considerablemente, y los proletarios y los oprimidos del altiplano serán esta vez verdaderamente marginados. Incluso en países en los que la proximidad de las transformaciones geofísicas es menos fuerte, los impactos del cambio climático y de las otras degradaciones ecológicas devienen en muy fuertes factores de diferenciación social, de clivaje de clases.

Es imperativo que la cuestión de las "condiciones heredadas" sea comprendida en una perspectiva mundial, porque esta comprensión condiciona la de la dimensión obligatoriamente mundial de la revolución y de la sociedad que surgirá. En Francia, existe una postura considerada como "muy de izquierda", que hace de "repartir el trabajo" uno de los primeros objetivos de la revolución. Es verdad que este objetivo es el que Marx parece asignarle en el pasaje muy conocido del capítulo XLVIII del Libro III de *El capital*, donde trata del acortamiento de la jornada de trabajo. Pero las "condiciones heredadas" no son las que él tenía en mente cuando militaba y escribía. Por el contrario, están muy lejos de eso. En el marco del capitalismo, cuya vida se ha prolongado mucho más de 100 años, luego de que Lenin hablara de los "desechos descompuestos" de las relaciones de producción fundadas en la propiedad privada, los hombres siguen lejos de haber "combinado racionalmente y controlado sus intercambios de materia con la naturaleza", y la revolución estará confrontada con la tarea hercúlea de poner inmediatamente en marcha el programa de medidas indispensables para frenar la rapidez de la velocidad de los desastres, al mismo tiempo que emprenda la reparación de los daños que puedan serlo. Es por lo tanto posible que Marx precisaría, a propósito de la jornada de trabajo, esencialmente, el hecho de que debe ser organizada de manera que los trabajadores puedan verdaderamente ejercer su rol de "productores asociados", término que asocia precisamente a todos los asalariados, obreros y empleados, técnicos, ingenieros, investigadores científicos, docentes.

Debido a la necesidad de una exposición enmarcada en el proceso muy complicado, pero de considerables alcances, de constitución

en Francia en lo que por ahora se llama el Nuevo Partido Anticapitalista (NPA), debí reabrir la recopilación de textos de Marx publicada por Maximillien Rubel bajo el título *Révolution et socialisme.* Sobre la base de esta relectura, y de lo que comprendo de las experiencias del siglo XX, hoy en día, una definición aproximativa sería para mí la de una sociedad en la cual el libre desarrollo de cada uno, a todos los niveles, permitiría el libre desarrollo de todos, y recíprocamente. Lo que exige la satisfacción de las necesidades individuales indispensables y la obtención de la mayor igualdad de condiciones que permitan la realización de las facultades de cada uno. El campo de realización de estos objetivos es obligatoriamente mundial. Es todo su contenido la noción de la "revolución permanente", a la que será preciso también pensar y reformular. Avanzar en la vía de la sociedad en la que el libre desarrollo de cada uno y de todos es el objetivo no puede hacerse sin la apropiación colectiva, lo que no quiere decir estatal, de los medios sociales de producción y de consumo más importantes, la planificación democrática de la producción social, así como la autogestión de las unidades de producción en ese marco socializado. El fundamento decisivo sería la forma más apropiada de órganos de deliberación y de proposición, asociando al conjunto de los miembros afectados por las decisiones a tomar y excluyendo toda monopolización de éstos por una minoría, incluso la de "una vanguardia esclarecida". Es a este nivel que la distribución de la jornada en tres partes, la consagrada al "trabajo", la consagrada a la "política" y la consagrada finalmente a la "cultura", será crucial. Pero la tarea de la "revolución en permanencia" será, repito, poner inmediatamente en marcha el programa de medidas indispensables para frenar la rapidez del avance de los desastres, así como de iniciar la reparación de los daños que puedan serlo.

Ya es tiempo de detenerme, tanto más que en América del Sur, *Herramienta* ofrece el marco para proseguir el debate alrededor de estas ideas, así como de todas aquellas movidas por la necesidad de socialismo, pero también de las dificultades inmensas que esto implica.

Prólogo de Magda Benavides*

Escrito por Luis Bordo

Considero útil, como cuestión previa, advertir a los lectores acerca de la forma que tiene este texto. Magda, mi compañera de toda la vida, padece de una enfermedad grave desde hace algunos años. Ella, no obstante, sigue en pie y, felizmente, la enfermedad no le ha quitado la facultad de pensar, sobre todo acerca de lo que a ella le interesa. Porque es así de apasionada. Y a ella el tema Ricardo, su amigo entrañable y maestro en la vida política, le apasiona doblemente. Es por esto que soy yo el que escribe pero pidiéndole su anuencia en cada párrafo y en cada idea.

Apenas ingresado, en 1960, como empleado del Banco de Crédito, el más poderoso de la banca privada, empecé a padecer los azotes de una patronal egoísta y prepotente, que se sentía dueña de la propiedad pero también de las gentes. Ante esto aparecieron mis primeros brotes de rebeldía. Todavía sin experiencia como sindicalista di el paso, con otros compañeros, de oponerme a los manejos patronales no integrando la corriente sindical aprista que controlaba el sindicato –centro federado lo denominamos–, sino impulsando la formación de un movimiento alternativo. Enfrascados en unas cuantas peleas logramos la gestación del Movimiento Renovación, con el confeso objetivo de recuperar el centro federado, todavía en manos de la burocracia propatronal aprista.

En 1966 se produjeron dos importantes acontecimientos en mi vida. El principal conocer a Magda, también una luchadora,

* Militante socialista, dirigenta del gremio bancario en el Perú, al igual que su compañero Luis Bordo.

coincidiendo en la lucha por la recuperación del gremio bancario para ponerlo al servicio de los trabajadores. Sin perder tiempo nos enamorarnos, después contrajimos matrimonio y unimos nuestras vidas hasta hoy. El otro, vincularme con Jorge Villarán, que a pesar de ser muy joven ya era el secretario general del Centro Federado del Banco Continental y dirigente nacional de la Confederación General de Trabajadores del Perú (CGTP), la central reunificada. Nos habló entusiastamente de Vanguardia Revolucionaria (VR). Pero, principalmente, de Ricardo Napurí, su principal dirigente, al que presentó como un dirigente dotado de cualidades excepcionales. Tanto por su experiencia como por su calidez humana.

Con estas referencias conocimos a Ricardo. Estábamos ante un hombre relativamente joven, de no más de 40 años, pero al que sus compañeros lo motejaban de "el viejo". No le vimos nada comparable a otros dirigentes de la izquierda peruana; nos pareció más bien un maestro afable, pleno de sensibilidad humana. No obstante, al poco tiempo notaríamos su capacidad para influir a través de la palabra sencilla, certera, convincente y apasionada. De ahí lo de "el viejo". Lo confesamos: nos ganó con estas "armas" a un compromiso con VR, a la que después de un lapso nos integramos como militantes, fundando con Magda, Jorge Villarán y Abraham Larrea la primera célula de VR en el Banco de Crédito. Y con nosotros casi todos los integrantes de nuestra agrupación sindical llegamos a forjar una poderosa corriente clasista. Palabras más palabras menos, he aquí el origen de nuestro vínculo, privilegiado por cierto, con Ricardo, quien por décadas nos ha unido en un combate ideológico y político, alimentado por entrañables lazos de amistad.

Hemos coincidido con Magda en lo que podemos destacar, aunque sea brevemente, en estas líneas, como aporte al libro de carácter autobiográfico de Ricardo. Es un tremendo desafío. Porque, ¿cómo dar a conocer el itinerario de un combate común de tantos años? Y no en el vacío, sino de una etapa de la lucha de clases signada por los cambios de la realidad internacional, regional y peruana. Ricardo ya traía en sus mochilas los años de su experiencia argentina, donde destacó como dirigente sindical, pero principalmente como constructor, junto a Silvio Frondizi y otros, del MIR-Praxis. Del mismo modo su reflexión crítica

sobre la revolución cubana y de las guerrillas miristas, apoyadas por Cuba. Y ya a nuestro lado, los denodados esfuerzos para impedir que la represión terminara con el embrión de partido. Por esto pudimos acompañar y ser a la vez uno de los motores del salto partidario de esos años, siendo gestores, con Ricardo al frente, de la fundación del Partido Obrero Marxista Revolucionario (POMR), el 7 de enero de 1971.

Destacamos que nuestra batalla sindicalista y política, a lo largo de los años, nos llevó a asumir responsabilidades dirigentes en el Centro Federado y también como delegados nacionales ante la Federación de Empleados Bancarios (FEB).

Un hito importante fue la formación de la Tendencia Clasista Revolucionaria (TCR), convertida por su desarrollo en un verdadero órgano auxiliar de VR por su alcance nacional. Con núcleos militantes en ciudades como Puno, Piura, Iquitos, Arequipa, Tarapoto, Huaraz, Moquegua, Ilo, Chimbote, Chiclayo, Trujillo, etc. Con este formidable instrumento político pudimos dar batalla, tanto a los apristas como a los burócratas del Partido Comunista-Unidad. Importante esto último, porque el Partido Comunista pretendió poner al movimiento sindical al servicio del gobierno militar, so pretexto de que éste encabezaba la "revolución peruana". Si anotamos esto, repetimos sucintamente, es porque Ricardo estuvo siempre a nuestro lado. En tanto impulsor de la TCR, que fue extendiéndose no sólo en el gremio bancario, sino además en diversos organismos sindicales de todo el país; y, lo más remarcable, acompañándonos muchas veces en las movilizaciones, paros, huelgas y hasta en las tomas de fábricas. Es decir, Ricardo no fue sólo un instructor político, sino que además estaba al lado del combate. Y todo esto no en el vacío, sino en condiciones políticas impuestas por las patronales y sus sucesivos gobiernos, principalmente bajo la represiva dictadura del general Morales Bermúdez. Acá es necesario destacar: en la lucha por la reposición de los despedidos de la dirigencia sindical y política sólo escuché a Ricardo lanzar una consigna. Si éramos capaces de poner al gremio bancario en pie de lucha permanente, podríamos lograr la ansiada reposición. El resto actuaba como si fueran nuestros simples abogados, que nos defendían por ser sus patrocinados, aunque no nos creyeran. Esa consigna la aplicamos, de esta forma se logró la reposición.

Por la fuerza del movimiento sindical bancario y el peso de la TCR, estando ambos despedidos y además Magda presa y yo perseguido a raíz del paro del 19 de julio de 1977, impulsamos la formación del Frente Obrero, Campesino, Estudiantil y Popular (FOCEP) en 1978. Nos reunimos en casa de Genaro Ledesma, llevándole una propuesta de programa con la concurrencia de Vicente Zapata, Jorge Villarán y Luis Bordo. Con el hecho excepcional de que el Centro Federado del Banco de Crédito, además de ser uno de sus fundadores, fue miembro de su dirección. Con este proyecto político, inédito en el país, cobraron estatura dirigente muchos de nuestros compañeros. Fue además un escenario propicio para ahondar nuestro vínculo con Ricardo, al presidir él las más importantes iniciativas que condujeron a la formación de esta notable herramienta de frente único. Alcanzamos el 21% de votos reales, en condiciones totalmente antidemocráticas, con los candidatos Hugo Blanco, Ricardo Napurí, José Luis Alvarado, dirigente bancario, Diez Canseco, etc., deportados. Obtuvimos 12 diputados constituyentes, entre ellos Magda, Ricardo y Hernán Cuentas, miembros del POMR. El hecho constituyó un formidable golpe al gobierno militar y causó estupor en quienes veían en el "trotskismo" del FOCEP un peligro a la estabilidad burguesa. Recuerda Magda, asimismo, el asombro de Víctor Raúl Haya de la Torre, presidente de la Constituyente, y los conceptos alentadores de Javier Valle Riestra y Carlos Malpica, cuando juró con estas palabras: "Juro por la revolución socialista, por los trabajadores del Perú y sus reivindicaciones, por la emancipación de la mujer y por el proletariado internacional". Casi la síntesis de un programa revolucionario. Con el liderazgo de Ricardo, dimos durante un año una gran batalla principista a los representantes del capital. Y en su propio terreno: donde se forjan los instrumentos legales de la opresión de los trabajadores y el pueblo.

Pero lo más destacado de nuestra presencia en esta institución de la democracia estuvo en el método con el que actuamos en ella. Desde el inicio de las sesiones de la Asamblea Constituyente polarizamos los bandos con la Moción Roja. En tres meses de discusión fuertemente ideologizada logramos que los demócratas burgueses hicieran frente común, afirmando que los trotskistas del FOCEP pretendían instalar el bolchevismo en la asamblea. En estas jornadas el liderazgo de Ricardo fue incuestionable. Por nuestro método convertimos a la Asamblea

en un punto de apoyo para exigir que se tratara en el recinto, no tanto las leyes sino las reivindicaciones impostergables del pueblo trabajador. Igualmente destacamos el apoyo que dimos a la creación e impulso de las asambleas populares en todo el país. ¿Cómo no dejar constancia de la "liberación" del sindicato de Cuajone? En un gesto audaz, con Magda, Ricardo Napurí y Genaro Ledesma entre otros, convocamos a la asamblea popular de la ciudad de Moquegua con el fin de pedir mandato a los presentes, y su apoyo, para marchar a la mina. En ella nos aguardaban, tensos e impacientes, los trabajadores. Magda enfrentó físicamente al jefe de la guarnición militar que custodiaba, arma en ristre, los intereses de la patronal imperialista. A partir de su gesto, y en su defensa, los trabajadores corrieron a golpes a los represores. Así, con esta histórica batalla, quedó despejado el camino para la formación del sindicato, prohibido hasta entonces por la comunión entre los patrones y el gobierno militar.

Pero no podemos, por razones obvias, extendernos tanto en nuestros relatos, que son muchos. Va una síntesis apretada. Con Ricardo al frente dimos otras importantes batallas políticas. Por estas batallas, junto a Ricardo Napurí, fuimos cruelmente perseguidos siendo incluso objeto de un atentado con un petardo arrojado a la puerta de nuestra casa, estando presentes nuestras tres hijas menores. Asimismo, por ejemplo, en lo electoral, cuando Magda candidateó a diputada por Lima o como vicepresidenta de la República en la lista que encabezó "el viejo" como presidente. Nos acompañamos día a día en los esfuerzos por construir la herramienta partidaria, sea VR, el POMR y últimamente el Partido Socialista de los Trabajadores (PST). Nos apoyamos en las buenas y en las malas. Decididamente, cuando el "patrón" de la "internacional", Pierre Lambert, dio orden a quienes consideraba en la dirección del partido sus "agentes" de liquidar políticamente a Ricardo, por el "delito" de discrepar con algunas de sus exigencias autoritarias. En esta batalla política, con el partido resquebrajado, enfrentamos a la burocracia partidaria encarnada en la dupla Cuentas-Villarán, formando a nivel internacional un Tribunal de Moral con Ernesto Morante y José Mendívil, además de otros líderes de la izquierda.

Otra vez el lamento por no poder incorporar en estas líneas las batallas que dimos juntos a lo largo de tantos años. Con nombres y

apellidos de todos nuestros camaradas con los que hemos hecho una historia común. En este sentido este prólogo no cumple con su tarea, como nos hubiera agradado a los dos; y especialmente a Ricardo. Pero, con estas rápidas y apuradas líneas, sí queremos dejar constancia de que nuestro combate común ha sido un componente no desdeñable del que dimos los trabajadores y la juventud, por nuestra emancipación política y social. Siempre hemos asumido que la emancipación de los trabajadores será obra de los trabajadores mismos. Con José Carlos Mariátegui, que ni la revolución ni el socialismo serán "calco o copia". Aprendimos de los trabajadores, desde su instinto de clase y en su lucha por la forja de sus propias herramientas políticas; y en tal línea hemos actuado, lo que siempre nos distinguió de la burocracia, de los tránsfugas y de todos aquellos oportunistas que hablan en nombre de la izquierda.

En 1985 el "viejo" Ricardo nos dejó para cumplir con responsabilidades internacionales. Llevó su experiencia e ideas a otros confines del mundo. Pero cada vez que retornó al país no se privó de "echar un vistazo" a sus camaradas peruanos. Probablemente algo dirá en su autobiografía de esto. Sabe que lo consideraremos siempre como el maestro que con su ejemplo e ideas nos condujo por el buen camino. Sabe igualmente, que aquí en Lima, la familia Bordo-Benavides lo esperará siempre. También sus ya viejos compañeros de la TCR como Larrea, Chino Torres, Grillo, entre otros. Es lo menos que podemos brindar al maestro, amigo y camarada de mil batallas.

Prólogo de Nora Ciapponi*

Con Ricardo nos unió, a poco de conocernos, una mutua corriente de simpatía. De mi parte, seguramente, porque siempre me entusiasmó conocer a quienes por su personalidad y actividad se convierten en referentes para sectores de avanzada del movimiento obrero y popular. Y Ricardo, sin duda, lo es.

Yo no había tenido más que un conocimiento fugaz y limitado de su persona hasta que lo fui *reconociendo* a partir de su residencia definitiva en Argentina, a mediados de la década del 80, luego de finalizado su mandato de senador en el Perú.

No voy, por tanto, a relatar su apasionante trayectoria, porque yo como tantos otros lectores la conoceremos de primera mano, y en detalle, por él mismo.

Seguramente Ricardo me eligió para escribir uno de los prólogos (más allá del afecto que nos une), porque en este libro y bajo el subtítulo *El Morenismo: mi tercera experiencia en el movimiento trotskista*, da cuenta de su pertenencia a la corriente en la que yo milité durante cuarenta años (1962-2002), habiendo compartido en las filas del Movimiento al Socialismo (MAS) y de la Liga Internacional de los Trabajadores-Cuarta Internacional (LIT-CI) diecisiete años de actividad con él. Años nada tranquilos por cierto, que lejos de parir revoluciones, produjeron virajes profundos en la lucha de clases del país y del mundo, no única pero esencialmente a partir de 1989-90. "Preparados" para otro devenir, y a partir de los duros golpes de la realidad, algunos compañeros nos

* Militante socialista, autora de *Los límites del trotskismo* y de diversos artículos políticos. Actualmente integra el Frente Popular Darío Santillán.

fuimos convenciendo de que debíamos revisar viejos pronósticos y caminos recorridos, abriendo interrogantes y nuevas reflexiones, las que aun cruzadas por muchas confusiones, momentos traumáticos y muchos errores, fueron convirtiéndose –a través de un largo proceso– en mojones para la búsqueda de una nueva perspectiva militante.

Ricardo fue parte de este proceso de revisión crítica y búsqueda, en el que aportó, además de impulso, su experiencia y reflexiones.

Muchos de nosotros veníamos de décadas en las filas del trotskismo. En mi caso, ingresé a Palabra Obrera en Bahía Blanca, en 1962, luego de conocer fugazmente a los partidos Comunista y Socialista, y cuando estaba preparando mis valijas para trasladarme a Buenos Aires. Con 19 años –y desde hacía un tiempo– sentía la fuerte necesidad de expresar activamente mi rebelión contra la injusticia, por transformar el mundo y mi propia vida, por lo que decidí despegar de mi familia y alejarme de una ciudad que lejos de sentirla como "mi" lugar la sufría como instrumento de opresión y asfixia. El trasfondo que urgía esa necesidad estaba acicateado, sin duda, por el triunfo de la revolución cubana, que venía a demostrar que mi sueño y el de millones de jóvenes latinoamericanos era posible de realizar.

De aquel fundamental paso dado, nunca me arrepentí. Por el contrario, tuve gran orgullo de ser trotskista, aún cuando eran épocas en las que identificarse como tal implicaba correr el riesgo de ser calificado de "agente de la CIA" y/o de peligroso "infiltrado" en las luchas y en los organismos de los trabajadores. Originadas en los partidos comunistas y en sus Estados burocráticos, estas prácticas descalificatorias para dirimir diferencias se extendieron, con matices y desigualdades, al conjunto de la izquierda mundial. La "verdad" estaba siempre, implacablemente, del lado de quienes detentaban el poder. Por tanto, nada se podía discutir.

Pocos sabían de qué se trataba cuando se hablaba de "trotskismo", pero no importaba, porque el ataque surtía rápido efecto, sea porque anulaba la discusión sin más contemplaciones y/o porque bajo el rótulo se colocaba un pesado manto de sospechas sobre quien se atreviera a diferir políticamente. El supuesto "adversario" quedaba así a la defensiva, obligado una y otra vez a contar historias, buscando revalidar por esta vía la confianza que había sido magullada tras los ataques, tratando de explicar a quienes se dispusieran a escuchar quién era

Trotsky, qué había ocurrido en la ahora ex URSS y qué queríamos los trotskistas. Sin duda, una pesada carga...

Ricardo supo de todo ello cuando no pertenecía a ninguna organización trotskista. Apoyando a la revolución cubana de manera incondicional y activa, se trasladó de Argentina a Cuba y luego, a instancias del propio Che, al Perú, con el objetivo de organizar a los militantes que cuestionaban la política de la dirección aprista (Apra Rebelde) y simpatizaban con la revolución cubana. En el Perú, durante un período, trabajó con Luis de la Puente Uceda e Hilda Gadea (primera esposa del Che) para construir el Movimiento de Izquierda Revolucionario (MIR). La actividad conjunta se desarrolló hasta 1963, no exenta de intensos debates, luego de los cuales Ricardo terminó retirándose por la dinámica que se fue imponiendo en la organización, cada vez más comprometida con la concepción del foco guerrillero. Definir el lugar que debía ocupar la acción política y reivindicativa en el seno de los trabajadores y el campesinado; si la acción militar debía estar subordinada al trabajo político de masas o si por el contrario el centro de la acción debía centrarse en desplegar iniciativas por parte de una vanguardia, representaron algunos de los más importantes y apasionados debates de la época, los que no fueron propios de las organizaciones peruanas sino que abarcaron al conjunto de la izquierda latinoamericana a partir del triunfo de Cuba y especialmente por la orientación que sus dirigentes tuvieron al intentar impulsar la revolución a nivel continental.

Y aun cuando los partidos comunistas estuvieran más que "ausentes" de cualquier apoyo a los cubanos en esos días de gloria, cuando Ricardo se comprometiera con el MIR a seguir apoyando a las fuerzas guerrilleras que actuaban en el Perú, alentadas por el propio Che, y cuando decidió dejar el MIR por las diferencias que los separaban, conoció el boletín que con grandes titulares así lo despedía: *¡EL MIR zanja radicalmente con el trotskismo!, ¡Hemos aceptado la renuncia de Napurí!*

Seguramente la postura de Ricardo respecto de la necesidad de tomar contacto con Hugo Blanco, reconocido trotskista y probado líder campesino de los valles de La Convención y Lares en el Cusco, colaboró a que Napurí se hiciera acreedor del latiguillo descalificatorio de la época.

Casi diez años más tarde Ricardo ingresaría a las filas de una de las corrientes internacionales del trotskismo, la llamada "lambertista" por el nombre de su dirigente francés, Pierre Lambert.

En ese interregno –que duró casi diez años (desde su retiro del MIR hasta el ingreso a la corriente trotskista lambertista)– Ricardo impulsó en el Perú la formación de Vanguardia Revolucionaria (VR), posiblemente una de las experiencias constructivas en la que se sintió plenamente involucrado y que con orgullo reivindica. Tal como lo relata, VR "fue un factor decisivo en la fundación de la Central Obrera en el Perú, de sindicatos obreros y campesinos, y en la codirección del movimiento estudiantil". Cumpliendo con lo prometido, VR dio desde sus inicios plena solidaridad y apoyo a las acciones guerrilleras orientadas desde Cuba, recibiendo por ello la acusación de promotores de la insurrección urbana, por lo que algunos de sus militantes fueron reprimidos, puestos en prisión o deportados, entre ellos Ricardo.

Innegablemente, aquel período histórico exigía de quienes nos comprometíamos a luchar por una profunda revolución social una búsqueda dificultosa. Por un lado, evitar quedar prendidos de posturas sectarias y/o "gorilas" respecto del papel progresivo que cumplían los movimientos nacionalistas que recorrían el conjunto de América Latina. Por otro, ir más allá de los limitados objetivos de dichos movimientos sin caer en el *marxismo oficial* de los partidos comunistas, claramente dependientes de los soviéticos y siempre dispuestos a impulsar políticas conciliadoras y/o claramente reaccionarias.

El trotskismo, por tanto, representó una alternativa para quienes buscábamos una opción socialista independiente, tanto del nacionalismo como del llamado "socialismo real". Tuvo así el innegable mérito de haber sostenido durante décadas –a pesar de implacables persecuciones y en obligada soledad– un firme hilo conductor de las luchas emancipatorias de la clase trabajadora mundial y del marxismo. Tratando de establecer una clara divisoria de aguas con el Estado burocrático de la URSS y los partidos comunistas, luchó por impulsar la construcción de los organismos independientes de los obreros y los campesinos, única manera –al decir de Trotsky– que pudiera producirse una real transformación hacia el socialismo.

La confianza en la movilización popular, la necesidad de mantener una política independiente de partidos y gobiernos de la burguesía, así como el carácter y extensión de la revolución por la que luchábamos, fueron algunas de las sólidas ideas trotskistas que marcaron por décadas a miles de militantes.

Y aunque Cuba representó para mí una fuerte inspiración para el compromiso militante, siempre recuerdo la imagen de aquella hermosa figura humana que adelantándose a la multitud desplegaba todo su cuerpo para tirar una piedra contra la policía en las calles de Córdoba en 1969. Fue el momento en que tuve la certeza, por primera vez, de que la clase trabajadora era capaz de unirse, de ganar las calles, de lograr el apoyo de la población, de construir barricadas y derrotar a la policía. ¡Y que no era cuento aquello de la unidad de los estudiantes y de los obreros!

Un año antes había sentido la misma intensa emoción al vivenciar otros dos hechos de la lucha de clases que marcaron profundamente a mi generación junto al triunfo de Vietnam: el mayo del '68 en Francia que conmovió a toda Europa, y la rebelión del pueblo checoeslovaco contra la burocracia en agosto del mismo año. Ambas manifestaciones adquirirían para mí carácter simbólico, porque se confirmaban las predicciones trotskistas de lucha antiburocrática en los países dominados por la órbita soviética, a la par que se desarrollaba en Francia una profunda rebelión social y política, de denuncia frontal contra el sistema capitalista, haciendo que surgieran nuevos líderes provenientes no sólo del anarquismo sino también del trotskismo, dado el severo cuestionamiento que los estudiantes y los obreros franceses hacían al Partido Comunista por el pobre papel jugado en las memorables jornadas de aquel mayo. Una rebelión que fue mucho más allá de puntuales reivindicaciones y que cuestionó las raíces mismas de la alienación capitalista, logrando desplegar en lucha contra ella las más altas expresiones de arte colectivo en las calles, en las universidades y las fábricas, *alejándose* como llamaba a hacerlo el Che, de los "ladrillos soviéticos", símbolos de las groseras concepciones "revolucionarias" que sólo veían objetivos meramente económicos y que poco tenían que ver con las ideas de Marx. "(...) Luchamos contra la miseria, pero al mismo tiempo contra la enajenación. (...) Si el comunismo pasa por alto los hechos de conciencia, podrá ser un método de reparto, pero no es ya una moral revolucionaria", decía el Che en 1963.

Fueron estos cuestionamientos y la búsqueda de nuevos horizontes socialistas –de los que formó parte el trotskismo– lo que conmovió a millares de jóvenes del continente y del mundo. Fue el inicio de una radicalización en la que se exaltaban y llevaban a la práctica los más altos valores de igualdad, de solidaridad y de altruismo, lo que el Che había denominado la lucha por un "hombre nuevo" –en un sentido colectivo de humanidad– para un modelo de sociedad radicalmente antagónica a la civilización capitalista.

Y aunque esos tiempos se fueron, los sueños persisten. Todo –se dice en una canción– *está guardado en la memoria*, aunque no deberíamos hacerlo bajo cuatro llaves que impidan que lo intensamente vivido pueda y deba aparecer cada vez que sea necesario, una y otra vez, como fuente de alimento, de reflexión crítica y de búsqueda.

Por eso una historia tan intensa como la de Ricardo puede ser fuente de inspiración para las nuevas generaciones si la lectura de su libro sirve para que salgamos de una historia sesenta-setentista un tanto de moda, la que continúa exaltando los mismos métodos, estructuras organizativas, ideas y formas de lucha del pasado no sólo como válidas y únicas, sino peor, actuales. Deberíamos tratar de vernos a nosotros mismos y a las organizaciones a las que pertenecimos como *sujetos,* pero también *productos* de una época que necesita de *reflexiones críticas colectivas* sobre las distintas posturas y experiencias vividas, especialmente para que las nuevas generaciones puedan desbrozar, ensayar y descubrir los imprescindibles caminos a lo nuevo.

Finalmente, no es poco llegar a una larga vida útil como la de Ricardo, rodeado de viejos compañeros y amigos de lucha que lo quieren, respetan y acompañan. Fuimos los que tomando contacto entre nosotros (con la inestimable ayuda de su compañera Tita) quienes pusimos en movimiento la rueda que incluye a franceses, chilenos, peruanos, españoles, uruguayos o argentinos, para que la historia de vida de Ricardo pudiera, finalmente, editarse.

Esta voluntad, con todo lo que ella implica (edición en español y en francés) no "cayó del cielo". Por el contrario, es adquirida. La supimos conseguir a través de nuestra propia historia en las organizaciones a las que pertenecimos, a las que aun viendo con una mirada retrospectiva crítica, pero siempre comprometidos, seguimos valorando profundamente. También humanamente.

Introducción

Algunos escritores afirman que cada libro tiene su propia historia. En mi caso es cierto. Un día me pregunté si mis más de cincuenta años de actividad política no merecían ser relatados en uno o varios libros. Pensé, entusiasmado, que podía escribir algo así como una parcial historia socio-política latinoamericana a partir de mi visión crítico-práctica. El problema estaba en la viabilidad del proyecto, dadas mis limitaciones y carencias, entre otras, de tiempo disponible por mis responsabilidades políticas, por la falta de archivos e incluso de la necesaria apoyatura de colaboradores y también de dinero. Fue Nahuel Moreno quien, en uno de sus últimos viajes al Perú, me bajó a tierra. "Olvídese –dijo– de su ambicioso proyecto, por inviable. Le aconsejo –prosiguió– que escriba una autobiografía. No del tipo de la de Trotsky, por ser muy política e ideológica, tanto que su vida personal casi no tiene cabida en su texto. Le aconsejo escribir su historia personal, su autobiografía, que para mí es la de un militante revolucionario". Y me sugirió el método para realizar la tarea: a través de crónicas, mejor si "conversadas" con el lector. Terminé coincidiendo con él. Por ello espero que el contenido del libro que escribo dé cuenta del oportuno consejo.

Sin embargo, esta segunda opción me obligaba a adoptar reglas reduccionistas. En cuanto a la situación mundial, no podía dar cuenta de los hechos principales de la lucha de clases en la etapa. En lo económico –por ejemplo– el seguimiento del comportamiento del capital en la mundialización, partiendo de la temprana visión de Silvio Frondizi con su teoría de la integración mundial del capitalismo. Aunque

haya abordado el tema en mis crónicas, su desarrollo es casi testimonial y limitado.

Hubiera querido concretar el proyecto que esbozamos junto con Francisco Sobrino, compañero de ideas y amigo, siempre preocupado en el tema Cuba. Habíamos avanzado bastante en sus primeras formulaciones, con una clara división del trabajo. Él a cargo del seguimiento de la actual realidad cubana, de su revolución y de su "socialismo". Yo, a partir de los textos teórico-políticos del Che Guevara, realizar un balance-reflexión de la "exportación" de la revolución. Pero con la intención declarada de considerar en qué medida la revolución cubana aporta al bosquejo de una estrategia de la revolución latinoamericana. Y en este camino, los métodos de lucha por el poder, reconociendo que los revolucionarios cubanos siempre privilegiaron la guerra de guerrillas, pero a partir de la idea foquista. Sin embargo, el tema daba para más. Por ejemplo, el análisis de los procesos revolucionarios de la región, incluso el por mí casi olvidado de las Fuerzas Armadas Revolucionrias de Colombia (FARC), el sandinismo y el Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN) salvadoreño. ¿No era útil el intento? Aun así, el proyecto quedó en el camino. Fue mi culpa, no la de Francisco "Paco" Sobrino, muy metido en la tarea. Lamento sinceramente esta frustración.

Tampoco consideran estas crónicas a los denominados movimientos sociales; cuándo surgen y por qué. Se los ha caracterizado como la forma que adopta la lucha de clases en momentos determinados, con el surgimiento de nuevos sujetos sociales. En la medida que cambian las formas de acumulación y de lucha en cada realidad particular y, por lo tanto, dando vida a nuevas formas de organización respecto de los partidos políticos y del movimiento sindical. De su autonomía y de su método asambleario.

La realidad de los países latinoamericanos registra la existencia de una multiplicidad de movimientos sociales, de su proyección y dimensión política. Algunos estudiosos y analistas recién los descubren a partir de su aparición –a veces tumultuosa y radicalizada– en sus propios países. Pero esta realidad señala su existencia antigua, sobre todo los movimientos barriales y regionales, entre otros. Lo nuevo estaría en la connotación que adquieren en ciertos países debido a la crisis de los partidos políticos y del sindicalismo organizado. Están como

muestras los piqueteros y las asambleas populares en Argentina; la organización asamblearia en El Alto de La Paz, Bolivia; la Confederación de Nacionalidades Indígenas del Ecuador (CONAIE); el Movimiento de los Trabajadores Rurales Sin Tierra (MST) en Brasil; las asambleas populares en varios países, entre otros Ecuador y Perú.

Ahora sí se acerca el final de esta presentación. Mis crónicas empiezan con el problema, mejor dicho, con el drama familiar. Por ello creo conveniente redondear el tema con un final de la película. Mi madre, que retornó al Perú después de su larga ausencia, murió a los 93 años, rodeada de sus hijas. Mi hermana Haydée, de cierta forma uno de los personajes de este libro, vive en Lima rodeada de sus hermanas Ana María y Graciela. Alrededor de ellas giran los hijos, nietos y sobrinos nietos. Otro núcleo familiar son los hijos y descendientes de mi hermana mayor, Reneé. En Argentina el apellido Napurí ha quedado instalado en Pehuajó por los hijos y descendientes de mi hermano Federico, "Fico", ya fallecido. Martha, su amor desde la adolescencia, lo sobrevive. En lo que a mí respecta, desde hace más de 20 años formé hogar con Lía Martha, "Tita", a quien conocí como militante del Movimiento al Socialismo (MAS). Con sus hijas, Mónica y Sandra, vinieron los "nietos", Gonzalo, Alejo y Matías. Otro polo lo constituye mi hijo, Ernesto Fidel, con su mujer Tamara, llegando los nietos Antonella y Ricardo. ¿Aumentará la prole mientras yo viva? Es bello ilusionarse...

Queda claro, por lo menos para mí, que la visión de estas crónicas está atravesada por la idea del militante revolucionario. En cierta forma, rescatarlo del olvido. En los países, sobre todo andinos, con la influencia de la revolución cultural de Mao, y principalmente de la revolución cubana, nacía un militante "militarista", el "guerrillero heroico", exaltado por Cuba. Yo intento rescatar de este olvido al militante social-político, que lucha desde su sector, consecuentemente, incluso hasta alcanzar la dimensión de militante revolucionario. Pregunto: ¿no es éste el militante que los marxistas pensaron como vanguardia de los ejércitos de gentes rebeladas contra el capitalismo? Creo que la naturaleza de mi accionar político, a lo largo de seis décadas, me hace, por mérito propio, uno de ellos. Reconociendo que gran parte de este accionar lo he realizado en las filas del movimiento trotskista, de lo que doy cuenta a lo largo de estas páginas.

Mención y recuerdo sentido

Ante todo a los centenares y centenares de camaradas y amigos políticos con quienes en el Perú, Argentina y en otros países combatimos "poseídos" por ideas e ideales comunes. No los puedo nombrar a todos –obviamente–, por ello nombraré sólo a algunos que quizás hubieran sido actores en mi frustrado primer proyecto de libro. Entre los dirigentes bancarios, en primer lugar, a Magda Benavides y a Luís Bordo, así como a Fausto Mayorga, que fue miembro de la dirección del FOCEP, y a Fabián Aragón, de la directiva sindical del Banco Continental. A Ernesto Morante y José Mendívil, que lucharon a mi lado contra la provocación lambertista. Por sus aportes, apoyos y críticas a Norma Falconí y Enrique Mosquera, desde Barcelona. De Francia: Cecile Rouvet, Virginia Marconi, Jean Philippe Dives, Michel Lowy, Jean Puyade, Georges Serdá y Charles Berg. A los miembros de la revista *Carré Rouge*, fundadores, con otros, del colectivo internacional "Pensar el socialismo y el comunismo hoy", el cual integro. De Suiza a Charles A. Udry. En Argentina, por su aporte y amistad, a Israel Stolovitzky, médico y amigo de Silvio Frondizi; Abraham Satchman "Fierro"; Carlos Laforgue, Rubén Devoto, Esther Cohen, Olga Dabah, Cristina Bidegain, María Arquímedes, Mario Wainberg "Manucho"; Laura Marrone, Ernesto Manzana, Susana Zadunaisky, Emei. También a Pablo Llonto, mi abogado, que se bate para que nuestra deportación en 1978 sea considerada parte del Plan Cóndor. A Gustavo Amado, Augusto Cárdenas, Humberto Chaparro, Lola Acurio y Fredy Salazar, compañeros de lucha en el Perú. Asimismo a mis amigos de la infancia en Chorrillos y Barranca, Alfredo Lladó, Leopoldo Best, Enrique Sánchez.

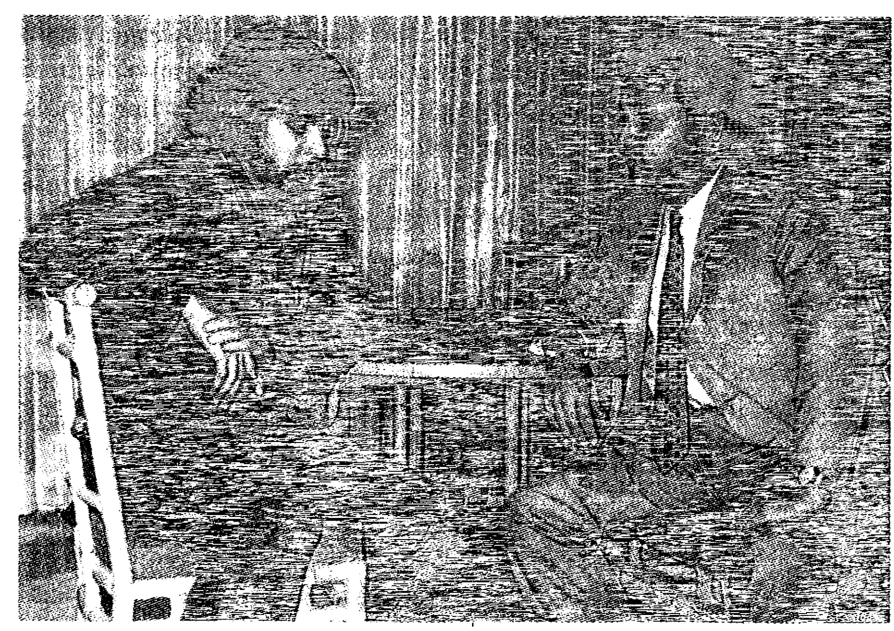
A mis colaboradores en el no siempre grato trabajo de Internet y composición: Liliana Rubiales, Emilio Meincke, Silvia Cozzi, Sandra Hurvitz, Carlos "Z", y Lía Martha "Tita". A Manuel Martínez, con quien compartí algunos años de militancia en el Perú, por su largo trabajo de revisión de los textos y de preparación de este libro. A la correctora Mercedes Casas, a Mario de Mendoza, por su dedicado trabajo en la confección de la tapa y en el diseño de esta edición. A Ignacio Vázquez "Chiche", por su compromiso en la coordinación editorial. Vaya mi agradecimiento especial a *Ediciones*

Herramienta, por su decisión de publicar estas memorias como parte de su amplia y diversa producción.

Como mi salud siguió los pasos de mi azarosa vida política, al doctor José Parodi con su mujer Delia García, hija del "Panchopepe" de este relato. En el Perú padecí todas las enfermedades de la infancia. Además de paludismo, septicemia, tifoidea y paratíficas, peritonitis, dos veces cólera. En Argentina la posta la tomó la doctora Manuela Cabrera Flores, mi médica de cabecera, hermana de José Cabrera, médico guerrillero que murió con el Che en Bolivia. El cardiólogo Alberto Pérez Alzueta, que trata de evitar el colapso de mi corazón maltrecho, y Alberto Brizuela, neurólogo calificado. Rubén Ayala, dirigente sindical del gremio de laboratorios, mi proveedor de toda gama de medicamentos. Todos cómplices para que mi salud no me haga malas jugadas.

Y lo último, por el carácter cuasi artesanal de la redacción de este libro, realizo citas e incluso escribo párrafos o tomo ideas, de quienes no recuerdo su autoría. Si alguno de los "damnificados" lo advierte, desde ya admito el "dolo", con la promesa de no reincidir.

Ricardo Napurí
Buenos Aires, noviembre de 2009



El Che Guevara y Ricardo Napurí. Su primer encuentro,
La Habana, enero de 1959.

Capítulo I

La vida me tiró hacia los de abajo



Fidel Castro con la delegación argentina incluido Ricardo Napurí, La Habana, enero de 1959.

ación

TODOS

SECCION C
Martes—13—Enero—1959
ROTOGRABADO — Pág. C-1



Ricardo Napurí en la conferencia de prensa con Manuel Urrutia Lleó, presidente de Cuba, Celia de la Serna y Juan Martín Guevara (madre y hermano del Ché, respectivamente) entre otras personas, La Habana, enero de 1959.

La vida me tiró hacia los de abajo

En uno de mis periódicos viajes a Lima desde Buenos Aires, donde resido y milito políticamente desde hace muchos años, mi hermana Haydée me propuso que visitáramos Barranca. El pretexto: conseguir un duplicado de su partida de nacimiento. Le creí a medias. Pensé que por razones y sentimientos muy personales y respetables deseaba retornar otra vez al pueblo donde los cinco hermanos habíamos nacido. Y que ella, por la tragedia y drama familiar abandonó tempranamente, cuando apenas tenía seis años. Acepté su propuesta con agrado porque en mi ya larga vida, tiene mucha fuerza aquello que los argentinos denominan "la querencia", que en mí tiene el don recurrente de recrear las imágenes de mi infancia.

No fue difícil constatar que con los años habían cambiado muchas cosas. Así, ya no existían los auto-colectivos en los que cinco o seis pasajeros, apretujados entre sí, pagan un plus de pasaje para ganar algo de tiempo a los omnibuses, obviamente más lentos. Tampoco partían del Parque Universitario, ahora muy remozado porque los alcaldes de Lima ganan prestigio y votos cambiándole sólo la cara a la ciudad, principalmente a sus calles, parques y plazas.

Extrañaba el viejo Parque Universitario en el que resaltaba la antiquísima casona de la Universidad de San Marcos, una de las más antiguas de América, en la que estudié un tiempo; me movía cómodo en su ambiente colonial y señorial; y la que aproveché más de una vez para echar algún discurso, de cuya eficacia, y sobre todo contenido, no garantizo mucho. De este parque extrañaba bastante su concentrado humano, a los cholos que, según el escritor Ricardo Palma "tienen de inga y de mandinga"; y la variedad de lo que la marginación social produjo en

abundancia, por ejemplo los vendedores ambulantes, muchos de ellos vendedores de comidas, según se decía entonces, "de sabor nacional". Tuvimos que ir a la avenida Abancay desde la que partían omnibuses de mal talante, entre otros destinos, al norte chico.

Creo que no exageraba Sebastián Salazar Bondy en su libro *Lima, la horrible*. Aunque para él lo horrible no estaba principalmente en las consecuencias de los profundos contrastes urbanos y las diferencias sociales abismales, sino en lo "horrible" del comportamiento y valores deleznables de las capas sociales emergentes y dominantes. Muchos estudiosos han señalado los problemas complejos de la aculturación, del desarraigo y atroz miseria de las legiones de emigrantes provincianos a las ciudades costeñas, preferentemente a Lima y Callao.

Esto explica que desde la salida de Lima, a lo largo de muchos kilómetros, la carretera está acompañada por una cadena de barriadas –pueblos jóvenes en el léxico mentiroso de los que caracterizan igualmente a los países atrasados, que cada día lo son más– como en vía de desarrollo. En otros países estas barriadas reciben los nombres de favelas, barrios callampas, villas miseria, etcétera.

Íbamos sumergidos en un no sé qué tipo de silencio. Pero notaba que el rostro de Haydée acusaba con su gravedad emociones profundas. Yo procesaba las mías. Recordé de paso que en los años de mi dura, sacrificada y apasionada militancia política recorrí algunas de esas barriadas todavía formándose, armado de algunas precarias ideas, tratando de influir y de ganar adeptos para el partido y la revolución.

En un momento del recorrido apareció por izquierda el balneario de Ancón. Éste fue por un lapso el balneario de los emergentes sociales, casi selecto. Hasta que la modernidad en el atraso lo cercó de barriadas populares. Entonces muchos "pitucos" reales o aprendices de serlo, huyeron hacia las playas del sur de Lima.

Me bañé muy poco en Ancón –le temo como a la peste al frío del Pacífico– pero sí americé en las aguas calmas de su pequeña y no definida bahía, conduciendo hidroaviones en mi condición de piloto aviador militar, con tareas en la base naval, que parece ya ha desaparecido.

A la vista el cerro Pasamayo. Antes de la construcción de los veinte kilómetros de pista asfaltada y permanentemente cuidada –lo que no impide muchas veces la caída sorpresiva de arena– que bordea

ondulantemente al mar a más de cien metros de altura, existía un antiguo paso en una zona más dunosa y, por tanto, más arenosa. Por ser excesivamente largo y para ahorrar dinero y tiempo, las autoridades resolvieron abandonarlo. El destartalado pequeño ferrocarril que recorría un segmento de la Costa, que después el progreso liquidó en favor de las carreteras, se daba la mano con la vieja ruta.

Mi memoria me advirtió que en este trencito en insoportable y lenta marcha, viajé a mis once años, de Barranca a Lima, para intentar conocer a mi padre. Él había abandonado a su mujer e hijos, cuando éramos muy niños y bebés. Este abandono tomó en la vida el calificativo de "para siempre".

Chancay es el pueblo que sigue al tramo de bajada de Pasamayo. Me dio la impresión de haberse detenido en el tiempo. Por el andar cansino de sus gentes y por sus vetustas casas de adobe. Sin embargo, dudo si el atraso y la insoportable y larga crisis global del país no ha golpeado positivamente sus vidas. Es el "centro urbano" de los trabajadores y propietarios de los pequeños fundos y chacras de un valle trunco.

No me privaré de poner un toque de humor en mi recuerdo. En su cuidada plaza, creo que la única, resisten al implacable deterioro tres o cuatro restaurantes típicos, en los que todavía se come bien. Los pasajeros "pudientes" se detienen ahí con paciencia hambrienta para saborear, claro que quejándose de los precios, los ricos ceviches, mariscos, la variedad de platos de pescado, camarones, tamales, papa a la huancaína, anticuchos y picarones, pero especialmente el arroz con pato, casi todo matizado con ají picante.

Ya cerca de Huacho, capital de provincia, por derecha y entre chacras con aspecto de bien cultivadas, se abre la ruta a Sayán. Con no más de dos mil habitantes, tiene fama por su buen clima en una pequeña y angosta quebrada, como lo son muchas en la ceja de sierra de los Andes. No sé si aún está allí el convento ni de qué sector de la iglesia católica era.

Yo visitaba este balneario de sierra no por razones religiosas o turísticas sino porque allí vivió sus últimos años de venerable anciano el doctor Antonio Tello y León, de profunda y decisiva gravitación en nuestra niñez y adolescencia. Tanto que cuando el grupo familiar se disolvió con la separación de nuestros padres, nos protegió y asumió los gastos precarios de nuestro sustento diario.

El ómnibus, rumiando su vejez y quejándose de diverso modo logró sobrepasar los cien kilómetros de recorrido de una carretera siempre pegada al Pacífico, y prácticamente a su nivel. De repente, aparece la ex hacienda San Nicolás, cuyos antiguos propietarios fueron sustituidos por otros, medianos y pequeños, consecuencia de la parcelación de tierras de la reforma agraria impuesta –ésta es la palabra correcta– por el gobierno militar del nacionalismo progresivo del general Juan Velasco Alvarado. Pero mi recuerdo es por razones menos importantes. Aún niño, visitaba San Nicolás debido a mi prematura pasión por el fútbol, explicable porque podía practicarlo sin costo alguno. Los clubes Sport Barranca y Olaya disputaban torneos con el club local, en el que se destacaban cuatro altísimos negros, dos en defensa y dos en ataque. No olvido que parecían Valeriano López, terribles cabeceando pero duros de cintura y malos "cabreando". Asimismo, en esta hacienda se daban periódicas riñas de gallos, a las que asistía tomando partido por los ají-seco.

Arribé a San Nicolás en un mes de 1980. Lo hice acompañado de mi hijo Ernesto Fidel. El pibe portaba los nombres de Guevara y de Castro porque nació el año en que asesinaron al Che y cuando mi compromiso con la revolución cubana, y sobre todo con el Che, todavía no había asumido los acentos críticos que tuvo después.

Veníamos ambos de una corta estadía en las aguas termales de Churín, adonde había ido a reponerme por consejo médico. El responsable de mi herpes Zóster fue Pierre Lambert, el líder francés de la corriente internacional trotskista a la que estaba afiliado, junto con el Partido Obrero Marxista Revolucionario (POMR), su sección peruana.

En París tuve un enfrentamiento con él y con algunos de sus "ayudantes", por supuesto que nada dialéctico. Perdí, hay que reconocerlo. Tanto que el Hospital Saint Louis me alojó por unos días. Más tarde, ya en Perú, me aguardaban las aguas termales del pueblo de Churín, cerca de Oyón. Esta fue una de las primeras cuencas carboníferas y después de minerales valiosos.

Un amigo limeño de la adolescencia, Alfonso Poblete, devenido en exitoso agricultor en el valle del río Pativilca, se hallaba en San

* Valeriano López Mendiola, apodado el *Tanque de Casma*, fue un reconocido delantero peruano de los años 50 que se destacó por su gran potencia, poderoso remate de cabeza y excelente definición.

Nicolás alegrando sus horas con una bien rociada pachamanca. Me invitó, al igual que a mi hijo, a ser los privilegiados pasajeros de su Simca último modelo, todavía a prueba. Dudé porque tuve la impresión de que su grado de alcoholismo no era bajo. Pero mi hijo me apretó para que aceptara el convite: su adicción a los autos de marca francesa sobrepasaba lo normal. Había estudiado en París cinco años al beneficiarse de una de mis deportaciones de Perú.

Sin embargo, el episodio tuvo consecuencias imprevistas. El piloto quiso probar la velocidad del auto presionando al máximo el acelerador en la única larga recta de ese tramo de carretera. Como se ingresa a Supe pueblo después de superar una peligrosa curva de casi noventa grados –en la que hasta Fangio y Oscar Gálvez la pasaron mal en las carreras panamericanas–, Alfonso perdió el control de su máquina. Volcamos estrepitosamente, con el saldo de la muerte de un respetable anciano y con todos nosotros, menos mi hijo, heridos.

Cuando me estaban operando de urgencia en una clínica de Lima leí, para mi sorpresa, que algunos diarios noticiaban del accidente de manera distorsionada y seguramente para joder a un dirigente izquierdista y, para peor, trotskista. Uno de ellos decía en primera página: “El senador Napurí, borracho, mata y huye”.

La lenta marcha del ómnibus permitía el flujo de otros recuerdos. En la plaza principal de Supe (siempre hay una sola en estos pequeños pueblos), se alza la estatua del general Vidal, especie de héroe regional. Mi amigo y compañero el senador Carlos Malpica me había advertido que el susodicho general Vidal estaba históricamente sospechado de ser traidor a la causa de la independencia nacional de España.

Como la nueva provincia a crearse en el departamento de Lima iba a tomar su nombre, le hice conocer al presidente Fernando Belaúnde esta incongruencia. El verticalismo democrático de la democracia y de Acción Popular, su partido, funcionó a cabalidad. Casi sin chistar la mayoría de los senadores aceptaron mi propuesta de que la provincia llevara el nombre de Barranca. Es decir, el de mi pueblo.

Puerto Supe está pegado a un cerro de aspecto desabrido, a doscientos metros de la curva que abre el tramo final a Barranca. Pequeño, viejo y antiguo como todos los puertos de la costa peruana. Siempre me fascinó. Algunas veces lo visitaba porque ahí veraneaban mis amigos de

correrías, los Hague-Tello, en una de las mejores casas de madera. Igualmente, lo recuerdo en su transitorio dinamismo económico cuando el auge de la producción de harina de pescado. Menos puedo olvidar que en Puerto Supe logré reunir, solitariamente, más de mil firmas de las cuarenta mil que exigió la ley electoral para la inscripción del Focep, en 1978.

Ya estábamos casi en Barranca, después de 180 kilómetros de la carretera denominada panamericana porque recorre varios países. Confieso que, a lo largo del tiempo, el tramo final de este viaje me llenaba de sentimientos e impresiones muy fuertes. Eran apenas unos pocos kilómetros pero en ellos aparecían con más fuerza y vivencia los datos de la historia familiar y personal.

En las cercanías del pueblo, en la zona todavía de chacras mirando al este, siempre se destacó la solitaria, alta y antiquísima palmera de la chacra San Antonio, donde vivieron sus pocos años de amor mis padres; y en la que nacimos los hermanos.

Al oeste, en lo alto y a pocos metros del mar, aparecía la otra chacra familiar, Buena Vista. De no más de dos hectáreas dedicadas al cultivo de pan-llevar. Pero su nombre estaba bien puesto. Hacia abajo está la caleta de pescadores, Puerto Chico, y otras playas de las que abundan entre Barranca y Puerto Supe.

Ambos lugares quedaron depositados en mi memoria con eventuales apariciones para mí de perfil mágico, aunque desaparecieron de mi vida al perderse tempránamente estas pequeñas propiedades por mala administración y por los problemas del estallido del grupo familiar de los Napurí.

El ingreso al pueblo lo hicimos por la única ruta de siempre. ¿Era la misma Barranca? Más no que sí. Me dio la impresión de que poco había cambiado en su aspecto urbano. Con sus casas de no más de dos pisos asentadas alrededor de la ruta.

Rápidamente constaté algunos de los cambios. Si bien eran los diez o quince kilómetros construidos que abrazaban la carretera nunca recta, era fácil constatar su crecimiento real y dispar a ambos lados de la vía. Casas y algunos pequeños edificios que en mis anteriores viajes no percibí. Claro, hablo de una percepción en décadas. El Barranca de mi niñez-adolescencia tendría no más de cuatro mil habitantes. En este 2001, unos veinte mil o quizá más. No obstante, ahí estaba mi pueblo defendiéndose mal de la vejez ineluctable.

La municipalidad que era su símbolo había cambiado de lugar y estaba ahora en un edificio más grande pero de mal gusto. El del mercado central estaba casi abandonado porque había quedado chico ante el avance del progreso. Me restaba constatar si existían las personas y familias que mi memoria guardaba.

¡Qué pretensión! Con mis más de setenta años, lo que correspondía era realizar el balance de los amigos muertos y no de los vivos que no conocía. Pero antes de hurgar en la vida de otros, debíamos cumplir con la tarea de obtener la partida de nacimiento de Haydée; en teoría, el objetivo de nuestro viaje.

Los cinco empleados de la oficina del registro civil, un par de ellos viejos como el tiempo viejo, no me conocían de nombre. Pero lo que agredió mi magro orgullo fue que desconocieran que tenían delante nada menos que al único senador de la República que produjo ese pueblo en toda su historia. Y también que Barranca pasara de distrito a provincia debido a mi diligencia política y patriotismo chico.

Pero a mi hermana le fue mucho mejor. La jefa del registro después de buscar mucho entre los libros viejos constató que las voraces ratas se habían alimentado con casi todo el libro que registraba los nacimientos antiguos. Pero lo notable, como le hubiera gustado a García Márquez para alguno de sus relatos en que la realidad supera a la ficción, fue que le propuso inscribirla de nuevo con diez años menos, a modo de compensación. Rápida de reflejos, Haydée se alegró ya que no le venía mal ser, de golpe, más joven. Pero sobre todo porque, partida en mano, demostraría a sus hermanas mellizas Ana María y Graciela, menores, que la vida era bella a pesar de lo que se dice a menudo.

La jorobaría amablemente porque en Barranca, Lima o en París, muchas damas luchan porque el almanaque del tiempo se detenga, mejor si lo hace en cada cumpleaños.

Ya estábamos listos para afrontar el tramo final de nuestra visita, el balneario de Chorrillos, donde los hermanos, menos ella, residimos antes de nuestra partida definitiva a Lima. Fuimos a pie por lo que en los viejos tiempos era la calle nueva, ahora con su pista y veredas asfaltadas. Nos tropezamos con la plaza principal. Aunque pequeña se veía que intentaba seguir siendo el centro social. En uno de sus costados, ocupando la mitad de la cuadra, se erguía la antiquísima, fea y única iglesia.

En mi vida no fue indiferente. Fui monaguillo entre los siete y ocho años, tanto que el "padre nuestro" y el "yo pecador" se me quedaron grabados definitivamente. Con el cura Roig, vasco según decía, a quien siempre vi acompañado de alguna joven "ahijada" en la cama y fuera de ella, dimos cuenta de casi todas las palomas que criaba. Y yo, a sus espaldas, de toda hostia que encontré en mi camino. No obstante, queda para una reflexión de otro tono el calificar lo auténtico de mi religiosidad, en mi condición en ese entonces de autoproclamado siervo de dios.

Después de la plaza, ahora sí, la calle que conduce al mar, a la playa, a Chorrillos. Como me ocurría en todas mis visitas, el pasado en su complejidad de hechos y sentimientos reaparecía constantemente. No veía las nuevas casas construidas, pero sí "veía" los siete callejones de antaño, de mi niñez. Y por ser supersticioso, como todos, veía entre los callejones, de noche, a los brujos y brujas que arrastraban el mal agüero. Tomé nota de la permanencia del viejo hospital que nació como producto de una donación de un terrateniente pudiente, por eso llevaba su nombre. Pero ¿cómo olvidar que, en mi condición de miembro de la comisión de salud del Senado, gravité para que posteriormente pasara a ser la base del seguro social local? En ese hospital de pueblo, casi sin instrumental, un joven médico argentino, Máximo Mohadeb, operó gratuitamente a cuanto enfermo cayó en sus manos. Nostálgico, quiso quedarse ahí como médico residente. No lo logró, por el hecho "monstruoso" de operar gratis. Pero sí logró, más tarde, ser un cirujano exitoso del hospital Santojanni en la Argentina.

Dicen que todo tiene un aparente final: la corta caminata nos condujo directamente desde lo alto, al paisaje de Chorrillos. Son apenas dos kilómetros de playa y mar. En su zona balnearia con antiguas y nuevas casas de verano, ocupadas por familias de mayores recursos económicos, pero sólo en los meses de verano. Con su zona intermedia de residentes permanentes, pero más modestos. Y al final la caleta de pescadores, con las más modestas viviendas de las familias de estos trabajadores artesanales del mar.

Para mí no se trataba de evaluar la calidad de su belleza. No quiero detenerme a pensar lo que más que pensamientos son emociones. Así se lo dije a Gamaliel Carrasco, mi amigo chileno técnico de la FAO. Lo hallé en París en 1978, en otro de mis exilios. Me invitó a ir a Roma,

su sede de trabajo, pasando por Montecarlo, Mónaco, para que conociera la Costa Azul y sus bellezas. Ante la bahía, donde se hacinan cientos de embarcaciones de toda la gama de ricos con fortunas casi seguramente mal habidas, ante lo imponente de la enorme cantidad de edificios que guardan las historias de esos poderosos del dinero, me dijo:

—Esto es bello y maravilloso, ¿te agrada, no es cierto?

—Me quedo con mi Chorrillos, de Barranca, le respondí sin dudar.

Y así ha sido toda mi vida. Que los estetas expliquen con su sabiduría lo que consideran bello o belleza. En mi caso, he convertido en belleza lo que imagino me hizo feliz. Lo que me dio el contorno físico, social y estético de mis primeros años de vida. Y con eso me basta.

Entonces, junto a Haydée pisamos la tierra y lós escenarios donde iniciamos la proyección de nuestras vidas; la personal y, sobre todo la familiar, tal como se gestó.

No me detengo aquí, continuaré con mi relato. Me ayuda Gabriel García Márquez con su dicho: "La vida no es lo que uno vivió, sino lo que uno recuerda y cómo lo recuerda para contarlo". Asumo, entonces, el desafío de mirar el ayer desde tan lejos en el tiempo; de volver la vista a lo andado. Sé, como lo han dicho otros, que la memoria no tiene nada de desinteresada, que por esto no tengo que confiar siempre en su fidelidad. Después de anotado lo anterior, lo que sigue en este relato es lo que retiene o ha reconstruido mi memoria.

El encuentro de dos historias de vida

El 13 de marzo de 1881 una célula anarquista atentó contra la vida del zar Alejandro II de Rusia. La policía descubrió que uno de los autores del atentado era una joven judía, militante anarquista.

Esto bastó para que se reactivara en niveles más amplios y crueles, la represión indiscriminada a los cuatro millones de judíos residentes en Rusia en esa época. Y no sólo en Ucrania, la región más antisemita del Imperio.

Los progromos se generalizaron, sobre todo en Rusia meridional, con el ataque a más de 100 comunidades constituidas, con linchamientos en plena calle y miles y miles que perdieron sus propiedades,

el techo y el sustento. Se dictaron leyes represivas, entre ellas los "reglamentos provisionales", vigentes hasta la revolución de octubre de 1917. Aun los judíos que tenían autorización para vivir en Moscú y en otras ciudades perdieron este derecho.

Por esto decenas de miles de judíos se dirigieron a las fronteras tratando de, por lo menos, salvar sus vidas. Era un nuevo capítulo de la histórica emigración en masa de Rusia. Ni Polonia, Rumania o los países bálticos, escaparon a esta cruel y despiadada represión. No pocos judíos lituanos huyeron también a Alemania, socorridos por organizaciones internacionales, entre ellas la del barón de Hirsh. Figuraban entre otros fugitivos, Ana Strimban y Natalio Schapiro que habían contraído matrimonio en un pueblo de Lituania.

Previa apresurada selección pudieron embarcarse en el barco Weser, desde el puerto alemán de Bremen, rumbo a la Argentina. El barco ancló el 14 de agosto de 1889 en Buenos Aires. Entre los 1200 pasajeros, 820 eran judíos rusos, en su gran mayoría religiosos. El inspector de inmigración opinó, sin embargo, que era un grupo peligroso y que no estaba obligado a recibir en el país a quienes no reunían las condiciones exigidas; ya habían sido expulsados de Rusia por judíos indeseables.

Este inspector, con enorme poder de decisión, expresaba así al sector del gobierno y de la sociedad argentinos que no aceptaba concederles el estatus de inmigrantes como lo reconocían a italianos, alemanes o españoles, quienes sí eran bienvenidos. En 1914, por ejemplo, italianos y españoles llegaron a constituir casi el 70% de la población extranjera y el 22% de la población general.

Uno de los pretextos para este rechazo inicial –más allá del antisemitismo confeso– es que en 1880, arribaron "rusos" de una configuración heterogénea, con gentes de toda calaña, algunos traficantes y tratantes de blancas. Sin embargo, la mayoría era gente honesta y sencilla perteneciente a estratos populares.

En esta composición heterogénea se destacaban obreros calificados que contribuyeron posteriormente al desarrollo de la pequeña y mediana industria. Muchos llegaron a establecer talleres propios y luego fábricas, ingresando a las capas medias en rápido ascenso.

La historia social argentina destaca cómo, de esos inmigrantes y por mediación especialmente del barón de Hirsh, surgió la coloni-

zación agrícola judía y prósperos poblados en algunas provincias, entre ellas Entre Ríos y Santa Fe, a pesar de la acusación repetida de que a los judíos no les entusiasmaba el cultivo de la tierra.

Algunos judíos se especializaron en el comercio con tiendas de variada composición, en mueblería y talleres gráficos. Así no sólo ingresaban a la clase media emergente sino, aunque en proporción menor, a ser socios o propietarios de empresas y bancos.

Lamentablemente Ana Strimban y Natalio Schapiro no eran parte de estos exitosos. No tenían un oficio que los calificara. Por esto, su desarraigo fue muy grande y la miseria los envolvió con su manto implacable. Natalio apenas logró ser un vendedor precario por cuenta de otros. La tuberculosis –difícil de curar en esos tiempos– ganó progresivamente su cuerpo y ante el drama familiar que lo veía sin salida, un día se mató de un tiro. Quedaban su viuda, Ana, y dos hijas, Adela y María. Esta última sería mi madre.

Ricardo Acunha, propietario del único hotel "decente" de Barranca, tenía familiares en la Argentina. Por eso, cada vez que podía partía a Buenos Aires, ciudad que, por otro lado, lo fascinaba. De paso, aprovechaba estos viajes para comprar, a precios competitivos, ropas para su familia que crecía.

Estando en este plan, en el barrio de Once en agosto de 1910, hizo amistad con Abraham Baxter, un aplicado y simpático vendedor de una modesta tienda. Abraham resultó ser el segundo marido de Ana cuando ésta, después del suicidio de Natalio, resolvió intentar reconstruir su vida.

Acunha convenció a Abraham de que le iría mejor si probaba suerte, apoyado por él, en Barranca. Le dijo que en Perú era desconocida la venta a crédito y, más aún, en su pueblo. De acuerdo con la propuesta, resolvieron el viaje de prueba a través de esa larga travesía que era llegar por tierra al puerto de Valparaíso para, desde ahí, conseguir un barco con destino a Callao.

A los pocos meses de instalado, y considerando que el futuro era promisorio, Abraham le comunica a su mujer que había llegado la hora de su partida. Así, otra vez por la misma ruta, no sola sino más acompañada porque el núcleo familiar había crecido. A María y Adela, hijas del primer matrimonio, se habían sumado Sofía, Juana y Sara,

nacidas del segundo. Sin obstáculos, y después de casi tres meses de penurias viajeras arribaron a "el dorado" barranquino.

Efectivamente, y ya con el apoyo de su mujer Ana, parece que con más iniciativas y capacidad de trabajo que el buen Abraham Baxter, los negocios despuntaron bastante hasta el hecho de convertirse en casi los únicos vendedores a crédito y con un pequeño negocito instalado. Acunha había acertado en su pronóstico. De ahí que, para acompañar esta cuota de felicidad, arribaran a la vida los hijos peruanos del matrimonio: Flora, Lidia, Clara y Julio, el único varón.

Barranca es uno de los tantos pueblos de la Costa, la región que descansa sobre el Pacífico. Es una estrecha franja de 40 a 80 kilómetros de ancho, árida y arenosa, aunque cruzada por algunos valles fértiles. Estos se formaron a partir de los ríos que, desde la ladera occidental de los Andes, atraviesan la cordillera desembocando, muy debilitados, en el mar.

De estos ríos, pocos son caudalosos. Se agrega que, como la región carece casi de lluvias –por culpa de la corriente fría de Humboldt– la actividad agrícola es intensiva porque depende totalmente de riego artificial. El río Pativilca está en este lote de ríos secundarios con un caudal de aguas no permanente: sólo aumenta algo con las lluvias y los deshielos de la cordillera, de diciembre a abril.

Por este hecho, los pueblos que se desarrollaron integrando el valle alimentado,por el río Pativilca vivieron, fundamentalmente, de los cultivos agrícolas. Así fue en los años iniciales de 1900 y lo sigue siendo actualmente, a pesar del desarrollo sobre todo del comercio local.

Una agricultura atrasada pero no precapitalista. El cultivo principal es la caña de azúcar; y la hacienda Paramonga, después cooperativa, su motor impulsor. Y como ocurre con otros valles de la Costa se cultiva también algodón, pero de fibra menos larga y fuerte que el denominado pima de prestigio mundial, cultivado en la parte norte del país. Ambos rubros agrícolas, además de proveer al consumo interno, han sido un importante renglón de la exportación agrícola tradicional del Perú.

Federico Napurí Torres era un arrendatario de tierras de tres pequeños fundos, en total de no más de 40 hectáreas, cerca relativamente de Barranca. Al no ser propietario no se beneficiaba de la renta absoluta. Por ello tenía los problemas recurrentes que deben

enfrentar los arrendatarios: el acoso de los propietarios, de los prestamistas de dinero, el creciente pago de impuestos. A lo que se agrega el peligro siempre real de malas cosechas y la caída de precios. De lo que sí estaba seguro Federico era de la fidelidad de sus trabajadores que rendían al máximo, por un bajísimo salario, en jornadas casi sin límites en trabajo por tareas, destajista. Asimismo, repartía algunos beneficios con yanaconas e, incluso, compañeros.

Pero muy pronto para el promedio de vida de entonces, Federico falleció repentinamente cuando recién superaba los 40 años. Dejó huérfanos a sus hijos Blanca, Federico y Alejandro; y viuda a su mujer, Virginia Dávila. Estos vivían en el pueblo, totalmente ajenos a las tareas agrícolas, en la condición social de semipudientes.

Esta es la referencia lejana que tengo de mis abuelos paternos Virginia y Federico. A él, obviamente, no lo conocí. La abuela tuvo una profunda gravitación en la vida de los que fuimos sus nietos.

Por haber acompañado, año tras año, y ya en Lima, a la tía Blanca, que periódicamente visitaba a un abogado de apellido Villarreal –que se parecía a los notarios que describió el novelista Víctor Hugo– tuve conocimiento de en qué consistían sus gestiones. La tía, siempre callada y triste, reclamaba algún dinero de los propietarios reales de los fundos que se habrían quedado con el valor de las cosechas. No obstante, su alegato principal se dirigía contra un tal Váscones que, según ella, se habría apoderado de las chacras San Antonio y Buena Vista por rescate de una hipoteca o préstamo impago.

Cuando marcaba los 22 años, Federico hijo –después mi padre– conoció a una linda chica quinceañera. El era un agraciado galán de la aldeana sociedad barranquina. Por supuesto, no faltaba a misa los domingos pero tampoco a las principales fiestas, y menos a bañarse en los soleados días de la primavera y el verano de Chorrillos.

A María Schapiro, de ella se trataba, no la veía evidentemente en la misa. Su condición de judía no lo permitía. Pero sí le había echado algunos vistazos en otros lugares, donde María se hacía presente a disgusto de sus padres porque tempranamente encabezaba la rebelión de sus hijos ante el *apartheid* familiar.

Dicen las amigas que la conocieron, que era linda, alegre y vivaz, entradora y sociable, a diferencia de sus hermanas, más quedadas. Y

para mejor, "gringa" en alto grado, lo que todavía hoy constituye un capital enorme en una sociedad chola y mestiza como la peruana; y con complejos étnicos de arrastre. Es decir, todo en ella insinuaba que estaba lista para las amenazas del amor, apenas se presentaran.

Estas amigas, que eran comunes a ambos, cumplieron su papel intermediario a cabalidad. Con diversos pretextos, los reunieron en sus casas, en la playa o en el parque central, siquiera para un saludo apurado. Lo demás llegó por añadidura porque el amor de ambos había brotado a raudales. Tan fuerte éste que un día María no retornó al hogar paterno. Se había fugado con su amado. El lugar de realización del amor fue la chacra San Antonio. Todo, a los quince años.

Las gentes simples y sanas del pueblo siempre se regocijan de que ocurran estas cosas llamadas del corazón. Para las respectivas familias, el hecho tuvo el sabor de un terremoto, aunque padecido en grados diferentes.

A la abuela Virginia el acto de mi padre le supo a irresponsabilidad total. Detentaba todo el poder en su persona porque, viuda, debió hacerse cargo de atender lo que quedaba de los fundos y de un grupo que se derrumbaba económicamente.

Desde su punto de vista, tenía razón la abuela. Ya no estaba el abuelo que con su capacidad y trabajo sacrificado financiaba la economía hogareña y el estatus social del grupo. Para colmo de males, mi padre, muy joven e inexperto en cuestiones agrícolas, fracasó en sus intentos de reemplazar la gestión de su padre fallecido. ¿De qué vivirían entonces? Sólo les quedaban las chacras San Antonio y Buena Vista que, bien atendidas, podrían aportar lo fundamental de la alimentación diaria. Pero nada más.

A esto se agregaba el escándalo en el pueblo por el "rapto" de una menor. Y, para peor, judía pobre que, por serlo, era de una escala social inferior. No quedaba otra cosa que guardar las formas cuanto antes. Consultados algunos "notables" expertos en estas cosas, aconsejaron una boda rápida y "como manda Dios". O sea, bajo los atributos de la iglesia católica, apostólica, romana. Mi padre coincidió en todo. Mi madre no hizo oposición. Su judaísmo elemental había sido absorbido por su rebeldía. Para ella no se trataba de iglesias sino de realizar su amor abriéndose el camino de una felicidad soñada.

A la otra familia, la conmoción de la fuga y después el matrimonio con un católico, le resultaron francamente insoportables. Por algunas versiones se sospecha que el impacto fue más fuerte en Ana Strimban que en Abraham Baxter, ya más pegado a tierra por el trabajo y los negocios exitosos y menos tradicional en costumbres que su consorte.

La decisión que finalmente tomaron fue dramática. Estaban ante una afrenta infinita. Había que evitar el riesgo de que las otras hijas siguieran el ejemplo de la rebelde María. ¡Jamás otro matrimonio con un católico! Resolvieron ante ello retornar rápidamente a Buenos Aires, abandonando Barranca y el Perú. El calendario dice que a los 30 días de la "fuga" por amor de mi madre partía el grupo –salvo Abraham Baxter que quedaría en Barranca, defendiendo el negocio hasta nuevo aviso– por la ruta conocida de venida. Hacia Callao, de ahí a Valparaíso y el destino anhelado, la capital del Plata. Era el año 1921. La aventura peruana de los inmigrantes judíos había durado unos diez años.

San Antonio cobijaba a los jóvenes y apasionados amantes. Sin embargo, un tembladeral amenazaba su felicidad. Peor era lo que enfrentaba María al perder la protección de su familia que había huido repudiándola. De su lado, Federico comenzó a ser amenazado por problemas para los que no tenía solución. Su madre le exigió que asumiera las responsabilidades de hijo primogénito: que hiciera el último esfuerzo de salvar los fundos. Y para ello tendría que mudarse a uno para encarar las tareas agrícolas *in situ*. Se resistió mientras pudo, porque su mujer ya estaba embarazada y no podría acompañarlo.

Finalmente cedió. En sus manos quedaba el impedir la catástrofe económica y, con ella, el sustento de dos hogares. María quedaría sola en la chacra, apartada del pueblo. Pero con la promesa de su marido: vendría para acompañarla.

Pasaron unos años. En apenas seis llegaron los hijos: Haydée, Federico, Ricardo y las mellizas Ana María y Graciela. Pero mi padre fracasó en el intento de salvar los fundos. Y, para él, no era cuestión de encontrar otra vía de ingresos. Es que salvo lo que aprendió en sus días de agricultor en crisis, no poseía educación secundaria ni oficio alguno. Y, para colmo de males, su madre lo acusaba duramente de ser responsable, por su incapacidad, de la debacle económica familiar.

No poseo datos verificados sobre el desenlace del drama de mis padres. Mi madre jamás habló del tema. Lo guardó como un secreto no socializable ni con sus hijos. Lo cierto es que mi padre resolvió abandonar Barranca... ¿Sólo Barranca?

Existen dos versiones al respecto. Una, que pensó hallar trabajo en Lima, protegido por parientes cercanos. Al irle bien, su mujer e hijos lo acompañarían posteriormente. Pero amigas de mi madre nos relataron de otra forma los hechos. Que mi padre, en una crisis terminal, un día cualquiera huyó de Barranca. Y debe de ser así, porque nunca retornó al pueblo; abandonó a mi madre e hijos.

Ya he dicho antes que el doctor Antonio Tello y León fue un personaje gravitante en nuestra existencia familiar. Nacido en Huánuco, en la sierra central del país, fue enviado por su padre a estudiar a Lima, como acontecía con las familias provincianas que se preocupaban por un mejor porvenir para sus hijos. Hay constancias que fue un buen alumno de medicina, que se graduó de clínico general con altas notas. Que tuvo una oferta de trabajo en un hospital de la ciudad de Trujillo. Lo que él no contó es porqué abandonó ese proyecto y más en la forma en que lo hizo. No retomó el vehículo en su parada de Barranca.

Fue por muchos años el único médico y, como siempre nacen niños, agregó a su especialidad la de partero. De rostro más indio que cholo, impresionaba por su personalidad compleja –que oscilaba entre paternal y autoritaria– y de rasgos neuróticos. Yo lo recuerdo cuando tendría unos cuarenta años.

Es necesario decir por qué ingresó en nuestras vidas. No sé en qué circunstancias anudó un vínculo amoroso con mi abuela Virginia, ya viuda, con la que tuvo dos hijos, Rebeca y Antonio. Con fama de mujeriego, procreó otros hijos –con los que nos tratamos como "hermanos"– con una modesta campesina que cuidaba su chacra de reposo.

Los hechos reales señalan que si mi abuela, hijos y nietos no se hundieron más dramáticamente en la miseria, se debió a que el doctor Tello, responsable, pasaba una pensión regular a Virginia, lo que permitía cubrir las necesidades de todo el colectivo familiar. Poca plata, pero la suficiente para no colapsar. Después, mi madre relataría que fue él quien atendió todos sus partos en casa, con el apoyo de una matrona experta en estos menesteres.

Con el pretexto de constatar el estado de salud de las mellizas, que no llegaban aún al año de vida, se alarmó por las condiciones paupérrimas de esa casa. Había reales peligros porque estaba en el campo, alejada del pueblo. No contaba con agua potable ni luz eléctrica. Mi madre y sus hijos sobrevivían alimentándose con cuyes, pollos o patos que criaban, y con las frutas de la huerta. Con su franqueza habitual, le dijo a mi madre que tenía algo importante que comunicarle. La abuela Virginia le exigía que abandonara San Antonio porque pensaba vender la chacra. No quedaba claro en el pedido quién sería el responsable de ofrecer una vivienda al grupo desplazado.

Ante la terrible encrucijada, el doctor Tello le dice a mi madre que había conversado con Abraham Baxter y que éste pensaba que mi madre no tenía otro camino que retornar a Buenos Aires. Sostuvo que su mujer, Ana, había comenzado los trámites ante organismos humanitarios judíos de Argentina para una radicación de todos en ese país. Y que, asimismo, sería perdonada por su afrenta de haber contraído matrimonio con un católico.

En este punto no tengo claridad sobre lo que realmente sucedió, aunque lo imagino. Mi madre seguramente estaría en el límite de lo soportable, con sus 21 años y cinco hijos. Sin marido, sin familia propia, y con la hostilidad de la madre de mi padre, todos los caminos se le cerraban.

Sé también por sus amigas que sus tensiones fueron infinitas. Cerradas todas las puertas, vendió las pocas joyitas que tenía para pagarse el pasaje. Tuvo fuerza y coraje para pedir a las familias "notables" la protección de sus hijos hasta el momento de la partida de cada uno. Imaginaba reconstruir su vida en Argentina, alimentada con su trabajo y el amor a sus hijos.

Otra vez Callao, Valparaíso y Buenos Aires. El calendario marcaba el año 1928, el de la víspera del estallido de la crisis económica mundial, con su tremenda repercusión en Argentina. Pero se fue María en busca de su destino. De otro destino.

Cuando partió mi madre yo tenía tres años. No me he preocupado de averiguar desde cuándo la memoria registra y conserva datos que sean ciertos y seguros. Y si se puede hablar de esto como una regla común. Lo he dicho antes: hay una zona de mi niñez que debo

reconstruir apelando a las indicaciones y aportes de las gentes que conocieron nuestra historia familiar. Por lo menos en esta parte de ella.

Nos han contado que vivimos un tiempo en Barranca, en una modesta casa de la calle nueva, que era propiedad del abuelo Federico. Todos: la abuela Virginia, las tías Blanca y Rebeca, y Renée, una media hermana producto de una travesura prematrimonial de mi padre. Y los hermanos: Federico, Ricardo, Ana María y Graciela. Haydée ya había partido a Buenos Aires, "rescatada" por mi madre como punto de partida del plan de vida en Argentina. Nunca vivimos con el tío Alejandro. Ni tampoco con el tío Antonio, que muy joven fue enviado por su padre a estudiar a Lima y que aparecería –él también– en nuestras vidas a través de gestos generosos.

Mi memoria sí aporta recuerdos a partir de los seis años de mi infancia, viviendo ya todo el grupo familiar en Chorrillos. Al comienzo en una casa precaria de la zona balnearia y, posteriormente, en otra de la que tengo recuerdos intensos, vivos. Desde estos seis años no todo lo que registra mi memoria es lo que considero en sus grandes trazos necesario para explicar las condiciones en que fui construyendo las bases esenciales de mi niñez y adolescencia.

Lo principal: los hijos no tuvimos padre ni madre. Es presumible que este hecho dejaría huellas profundas, aunque diferentes en grado, en cada uno. Pero sí tuvimos a la abuela Virginia que suplió no tener educación elemental –no recuerdo si sabía escribir– con un carácter fuerte, impositivo, resultado de cómo había enfrentado y resuelto, a su manera, los enormes desafíos a los que fue sometida.

Sus decisiones tenían que ser aceptadas sin chistar por sus hijos y nietos; sobre todo por éstos. La leyenda familiar señala, dudo ahora si correctamente, que la frustración y los complejos de inferioridad de sus hijos se deberían, en gran medida, a su condición irremediable de sometidos.

La "cuestión judía", en su versión pueblerina y atrasada, fue la ideología de esa dominación para los nietos. Desde que tuve algo de comprensión y, por lo tanto, de conciencia, escuché día a día, sin descanso, que la culpable de la maldición caída sobre los Napurí fue mi madre, por ser judía. Además, que la perversa había abandonado a sus hijos al fugarse del país. Sorprendentemente, ninguna acusación con-

tra mi padre. Estaba excluido de toda responsabilidad. Las tías Rebeca y Blanca fueron parte de esta conspiración "ideológica".

Hay en esto una explicación muy profunda. En el cuadro de sus respectivas frustraciones y soledades, la abuela y las tías terminaron encariñándose con los "gringuitos" (éramos de lejos los más blancos del pueblo), también éramos parte de su sangre. Las tías Blanca y Rebeca, además, compensaban con su cariño su peligrosa soltería. Algo así: los hijos de su hermano eran igualmente suyos. En consecuencia, hubo un reparto de hecho. Blanca era la madre de Graciela y Ricardo, "Payo". Y Rebeca lo era de Ana María y Federico,"Fico". No es ésta una indicación episódica y sin connotaciones, porque primero la abuela Virginia y después las tías, dejaron huellas profundas en la personalidad y carácter de cada nieto y sobrino.

Eran demasiados problemas reunidos y concentrados en la familia. No alcanzaba para mucho lo que aportaba el doctor Tello. Las carencias económicas, abrumadoras. En lo alimentario, sólo té con un pan en las mañanas, casi nunca leche; y carne, sólo a veces, de las gallinas y cuyes de cuidado doméstico. Pero eso sí, y por aquí venían las proteínas, no nos faltaba pescado que lo obteníamos muy barato cuando retornaban los pescadores con sus botes de su diaria salida al mar. O cuando mi hermano Fico y yo los pescábamos.

Recuerdo lejanamente que mi primer aprendizaje escolar lo hice en Puerto Chico hasta donde me desplazaba, casi siempre descalzo, por la playa, para recibir las lecciones de una joven aficionada a profesora. De éstas que resultan ser, además de buenas gentes, maestras que, aunque sin título habilitante, poseen otro ganado por sus condiciones humanas y experiencia. Sí, abundan, y seriamente definidos, los datos de mis tres años de estudios primarios en el colegio fiscal, estatal, situado en la calle que une Chorrillos con Barranca. Tengo grabadas la fisonomía del director Núñez, sencillo pero imponente; y del profesor Cornelio, maestro de varias generaciones de jóvenes, que murió dando lecciones hasta el último día.

No sé calificarme. Mis hermanas afirman que era estudioso. ¿Con qué medida lo valoran? Rosalía Tello, amiga de mi madre –tanto que afirma que cuando mi madre no tenía leche ella me amamantaba–, siempre comentó mi hazaña de haber ido a dar, contra la decisión de la abuela,

el examen final del tercer año con un viejo sobretodo de invierno, en pleno verano, porque no tenía ropa mínima adecuada que ponerme.

¿Podía ser buen alumno en medio de la tremenda chatura cultural de la familia? Mi abuela casi analfabeta (pero, eso sí, con enorme experiencia de vida); mis tías con precaria educación primaria. Mi hermana mayor Renée, con la responsabilidad de cuidarnos, casi no pisó una escuela porque su destino de hija natural la obligaba a atender diligentemente a todos sin pedir nada. Es decir el rol de la llamada servidumbre no paga, o mal paga, de la injusta y atrasada sociedad peruana.

No recuerdo que hayamos tenido una radio para escuchar música y noticias. Sorprendentemente, tampoco reloj. En años no ingresó a ese hogar un libro, diarios o revistas, incluso de niños. No recuerdo haber tenido juguetes, de los que se regalan a los niños en fechas solemnes. No recuerdo de reuniones sociales en casa, salvo ocasionalmente en San Antonio cuando la abuela recibía a parientes y amigos en comilonas, para mí inolvidables.

De esta forma se delineaba una tremenda oscuridad familiar donde comentarios políticos jamás existieron. Pero sí los de la vida cotidiana, los famosos chismes donde caen muchos, sobre todo los mal queridos.

En un ambiente como el descripto, los hermanos asumimos valores que comparados con los del progreso eran deleznables. Cada uno procesó a su manera esta influencia real. Y en esto no había escapatoria. Así, y a pesar de los gritos y rechazos propios de la edad, cuando el chico trata de afirmarse, todo conducía a la asimilación de lo que se nos imponían como patrones de vida.

De mi lado, y esto no podía ser consciente, fui encontrando la manera de escapar al cerco que me tendía la oscuridad hogareña, "ganando la calle". Es decir, viviendo más fuera de la casa que en ella. Con el fútbol y otros juegos más intrépidos, hice amigos de barrio y esquina. Y con este vínculo comencé a construir mi propia escuela de vida. Las golpizas a las que me sometían la abuela y la tía Rebeca me prepararon adecuadamente para llevar mis frustraciones fuera de la casa. Gané rápidamente –a pesar de ser muy flaquito– un lugar destacado como pendenciero, siempre listo para ajustar cuentas apelando con destreza a los cabezazos, golpes certeros de puño y a las habilidosas patadas. Pero felizmente no con los amigos que

quería sino con los advenedizos que se atrevieran a desafiar nuestro territorio liberado.

El aprendizaje de la calle suele no ser siempre beneficioso, como lo demuestra la vida de tantos. Todo depende de con qué bagaje propio se ingrese a ese mundo real. Siempre sentí como un déficit enorme no tener la presencia y apoyo, así como los consejos, de una madre o padre cariñosos y habilidosos. Además, salvo consejos puntuales del doctor Tello, nunca tuve la imagen de un varón de los que el niño o joven requiere para imitarlo o aceptar su autoridad, mejor si justa. La disciplina de la abuela Virginia y de la tía Rebeca que pretendían formarme, más que con consejos a golpes, no podía constituir algo parecido a un método educativo. Todo lo acompañaban con un reiterado: "Eres igual a la judía de tu madre". Yo les respondía defensivamente: "Si mi madre estuviera aquí no me haría jamás lo que ustedes me hacen".

Se configuraba entonces lo que tendía a una rebelión personal bajo la bandera de la madre ausente, que no conocía. Más adelante, y un poco más maduro, entendí que –al tratar de resolver los desafíos de la calle y, a mi manera, los familiares– iba comprendiendo a la vez el sentido de las injusticias en sus diversos tonos. Porque sin tener una comprensión cabal de los problemas que me preocupaban, la vida me iba situando socialmente en el terreno de los de abajo.

Es sorprendente cómo, desde tan lejos en el tiempo, fui acostumbrándome a no asombrarme de muchas cosas y temas. Solo debí enfrentar los primeros indicios del despertar sexual. Corrijo, con el aporte de algunos de mis amigos y compinches, entre ellos Chale y Tito Hague-Tello –a los que creía ricos por poseer su familia dos importantes fundos– que eran en estos asuntos mucho más experimentados que yo.

En los juegos sexuales de los niños, estos amigos me exigían que le tocara el culo a un primo suyo al que detestaban, que venía todos los años de veraneo a Chorrillos desde Lima. Decían que era medio maricón. Para mí no; sólo era un tímido o acomplejado. Con probables problemas de personalidad, cada vez que lo veía, ya adultos, se comportaba frente a mí como si enfrentara a un agresor sexual. Este tímido llegó a ser un importante jefe del servicio de inteligencia de la marina de guerra del Perú. Que lo expliquen mejor los psicólogos o psiquiatras: hizo de mi persecución un desafío decisivo para él, a pura

venganza. En uno de mis peores años de persecución y clandestinidad, de represión política, montó un siniestro plan para capturarme. Y casi logra matarme. Nada menos que asaltando con hombres armados bajo su comando, la casa de su tía Rosalía Tello y de sus primos Chale y Tito. En realidad era la casa de mi amigo Eduardo Poppe y de su mujer Teresita Hague, en la que me había "asilado". Ellos, a pesar de nuestras indudables diferencias políticas y hasta de clase, se enfrentaron digna y valientemente a los represores, en mi defensa, hasta que logré escapar. ¡Lindo gesto de amigos entrañables de la lejana infancia!

Hay ciertos hechos que no pueden ni deben olvidarse por su gravitación en la formación de una personalidad integral. Por ejemplo, un tipo de apellido Reyes era empleado o algo así en la administración de los baños mal cuidados del balneario. Cuando tenía ocho años intentó violarme. Pero el miserable había escogido mal a su presa. Justamente al gran pendejo que era yo, que tenía como hábito, acompañado de mis amigazos, de esconderse debajo del roído malecón de madera de la playa para verles las piernas y todo lo demás a las chicas, y no tan chicas, preferentemente en los calurosos días de verano.

Pues a este miserable, que es probable que haya sido un habitual violador de niños, lo seguí viendo a lo largo de los años. Primero lo vi como simple empleado y después como una especie de supervisor del control inmigratorio del aeropuerto Jorge Chávez, en Lima. El miserable, cuando yo para él era un don nadie, me trataba mal. Dudo que no recordara que me quiso violar. Pero después, cuando las cosas mejoraron para mí y pasé esa zona de control como aviador militar o diputado y senador, el reptil se volvió genuflexo y hasta me ofreció reunir a algunos de sus compañeros para que escucharan mi prédica, obviamente de izquierda.

Con este nuevo relato no vuelvo la vista a algo que no haya acontecido realmente. En línea con esto, el violador de niños es un personaje que no puede estar ausente de estas páginas. Si es un hecho que ha quedado patéticamente guardado en mi memoria es porque lo asocio a los peligros que enfrentan los infantes en cualquier sociedad, pero más desprotegidos en las más injustas, en las que los niños pobres, por serlo, no gozan de protección y menos de derechos. De acuerdo con lo anterior, cobra enorme importancia el "descubrimiento" de que dos

mil curas, entre ellos obispos de la iglesia católica norteamericana, eran abusadores, pedófilos y homosexuales. En Argentina, el escándalo del obispo Storni o del cura Grassi, son episodios menores. Es que el atraso social y cultural se entrelaza con la promiscuidad. Es imaginable lo que puede ocurrir en los hogares humildes donde cinco o seis adolescentes, o niños, duermen en una sola pieza.

Con éste y otros peligros aviso que mi vida no discurrió por los cauces más normales, porque tuvo como su universidad carencias enormes. Y sigo con lo aparentemente "sexual". Un día me encomiendan entregar un recado a Alberto Barnes, el más importante comerciante del pueblo, propietario de la única estación de venta de combustibles, principalmente gasolinas, y de otros artículos de gran demanda. No era nativo de Barranca, por ello no integraba el núcleo de familias prominentes. Pero se incorporó al círculo, como ocurre siempre, empujado por el poder de su dinero.

No me explico porqué no me sorprendió, ya con diez años encima, que su mujer me dijera que lo podía hallar en el chongo, ya que los sábados, de noche, eran los momentos de su libertad. A la salida de Barranca hacia Pativilca, es decir al norte, estaba el prostíbulo. Don Alberto me pidió que lo aguardara sentado en el salón principal mientras él y otros "notables" terminaban un tremendo e inacabable baile erótico con las putas, donde pasó de todo. En esos momentos, por primera vez, conviví con los sudores y olores de machos y hembras desbocados por el apetito sexual unos, y por el negocio otras.

Más adelante oiría comentarios en el sentido de que esta "licencia" a algunos de sus maridos por parte de sus mujeres, incluso legítimas, la justificaban con la idea elemental de machismo y subordinación. Algo así: aquéllos eran tan poderosos sexualmente que tenían que desfogarse yendo de putas. Con su autorización, indudablemente.

No mucho después estaría en condiciones de comprender que la sociedad, con sus contradicciones abismales, no sólo gira alrededor de la diferencia entre explotadores y explotados sino que, a la vez, se dota de una complejidad de valores, una mayoría aberrantes o absurdos. En este caso, hasta dónde puede llegar el sometimiento cultural y moral de las mujeres atrasadas, cuyo destino de oprimidas las atan económicamente al hombre, pero también a sus miserias y aberraciones.

En nuestra pobreza, tuvimos altibajos marcados. Muchas veces, con mi hermano Fico, fuimos pescadores ocasionales cuando no había plata para comprar el pescado al pie de los botes cuando descargaban después de su rutina de mar. Otras veces fui vendedor de algunas hortalizas que producía la chacra Buena Vista. Mi canastita portaba tomates, cebollas, choclos o frijoles. La venta habitual era en Chorrillos, pero cuando bajaba me animaba a realizarla en Barranca.

Recuerdo que un día encontré a Elías Baxter –un hijo natural de Abraham que arribó a Perú para ayudarlo– que había heredado el negocito cuando murió de cáncer su padre. Le pedí una propina de ayuda porque la venta era escasa. Me respondió que se la pidiera a la traidora de mi madre. Para él traidora por su matrimonio con un católico. ¡Sorpresas te da la vida! Este Elías, bajito, feo, de mirada torva, casi mudo, terminó contrayendo matrimonio, con todas las de la ley, con una católica. No aguantó la soltería a la que lo condujo la muerte de su mujer judía. ¡Oh venganza de los dioses! La cholita católica, que le ayudó a acelerar su muerte por ser treinta años menor, heredó todo lo que tenía, "acumulación económica primitiva" de una parte de la historia familiar.

Todavía tendría otras experiencias en el cuadro de las carencias. José Rosas, él sí un poderoso agricultor del valle, era propietario de la hacienda San José que andando el tiempo la compraría el exitoso Alfonso Poblete. Ahí se sembraba algodón tanguis y algunas menestras, entre ellas porotos o frijoles, de varias calidades. Tuve oportunidad de trabajar varias temporadas en jornadas que empezaban a las seis de la mañana. ¿Cuánto ganaba? No lo recuerdo. En todo caso, esta experiencia de trabajo en el campo me dejaría huellas no olvidables.

No obstante, tendría otras del mismo tipo. Cuando el auge de los sembríos de lino, planta linócea de tallo recto y hueco, cuyas fibras había que extraerlas de sus tallos, que tenían que descomponerse en pozas de agua preparadas para la tarea, trabajé igualmente en el campo y a pleno sol. Había que meterse a las pozas, con el agua a la cintura, para juntar las fibras de los tallos y subirlas a sus depósitos. Resultó un trabajo insalubre, más para un niño de diez años, reclutado, como otros, justamente por serlo y por poca paga.

Se matizaba todavía más mi existencia. Un pico alto y significativo se dio a través de las reuniones periódicas, que en los últimos dos años de mi estadía en Barranca tuve con el doctor Tello. No sé si por pedido de su hija Rebeca o de la abuela Virginia, para que con su autoridad y sabiduría intentara enmendar al rebelde, a quien ellas no podían controlar. Cada quince días, los sábados, nos reuníamos en la pieza que le servía de dormitorio en la farmacia de su propiedad. Yo parado al costado de su cama –dormía hasta tarde– él acostado en ella, tanto que como había poca luz casi no le veía el rostro.

Para mí extraña e inolvidable su pedagogía. Hacía que le relatara mis principales experiencias de los días pasados y que las comentara críticamente. A partir de mi discurso, seguramente torpe, tomaba lo que creía más importante para imponerme una reflexión mejor elaborada. Así, me obligaba a pensar antes mis intervenciones bajo amenaza de sanciones; y en la sesión misma a tratar de captar sus indicaciones. Reconstruyendo el episodio, recuerdo ahora que avanzaba acentos críticos a la sociedad, a la injusticia, al orden existente. Ahora caigo por qué lo acusaban de tener simpatía por las ideas apristas, cuando ser aprista comprometido llevaba a la gente directamente a la cárcel. Y debe ser así porque todos sus hijos manifestaron, ya grandes, su simpatía por el partido de Haya de la Torre.

Resultó, de esta forma, el doctor Antonio Tello y León mi mejor y único maestro de vida, en esos días oscuros de mi existencia.

Un día casi de noche retorno a casa culminando así mi correría de calle habitual. Me sorprendí al encontrar reunidos a casi todos los componentes del grupo familiar. ¿Este es Payo?, preguntó un hombre alto de unos treinta años, mientras se acercaba para darme un abrazo. Era el tío Antonio, al que no conocía.

En medio de mis dudas y vacilaciones por el hecho inusitado, construí una imagen de él. Reconozco que estaba fuertemente influenciado por lo que me habían dicho acerca de este tío. Por ejemplo, que en lugar de estudiar como correspondía, más porque estuvo en uno de los mejores colegios religiosos de Lima, dejó de lado la afición por los libros para reemplazarla por la afición a las mujeres. Acompañado esto por una vida nocturna intensa. Decían que se había convertido en un bohemio; que lo atrapó la turberculosis, la enfermedad de

moda, con tanto peligro para su vida que su padre lo envió a Jauja a curarse.

Por ser hijo de padre casi indígena y de madre casi mulata, curiosamente parecía un cholo tirando a blanquiñoso; de facciones bien marcadas pero equilibradas. Me impresionó, asimismo, porque en él todo era diferente. Hablaba finamente como un "doctor" y sus movimientos denotaban la educación de un hombre cultivado acostumbrado a moverse en un medio social distinto del nuestro.

Afirmó que había llegado a Barranca a convencer a su padre y a la abuela Virginia de que era el momento de abandonar Barranca para radicar en Lima. En busca de mejores oportunidades educativas para sus sobrinos y mejores oportunidades de vida para la familia de los Napurí. Prometió que su padre, y él mismo, se harían cargo del financiamiento de los gastos por un tiempo razonable. Yo sólo escuché. No tenía nada importante que decir. Era una decisión tomada. Partiríamos escalonados por la falta de medios económicos. Y para mi sorpresa, yo sería el primero en hacerlo. Sin tapujos: porque por mi mala conducta corría peligros. Me alojaría unos días en la casa de la tía Evangelina –nunca supe del grado del parentesco entre nosotros– situada en el balneario de Barranco, cerca de Lima.

Para tomar el tren que me llevaría a Lima tenía que desplazarme de Chorrillos a Barranca, acompañado por Fico. ¿Por qué tren? Nunca me pregunté en esos días si ya existía la carretera. Creo que sí pero que recién se completaba la construcción de algunos tramos y por ello no estaba habilitada para el tránsito generalizado.

El maldito reloj. Por no tenerlo en casa los hermanos no pudimos dormir por los nervios de mi partida. Finalmente, tomamos una decisión. Eran apenas unos treinta minutos de caminata. Si no encontramos a nadie en la ruta se debió a que nuestra equivocación fue tremenda. Yo partiría a las siete de la mañana y nos encontrábamos –sentaditos en el parque– a las tres. ¡Cuatro horas de diferencia! Tiritando de frío, jaqueados por la humedad hiriente y pegajosa del invierno costeño, no estábamos los hermanos en condiciones de cubrir el tiempo faltante con nada importante. Pero ahí, acurrucados uno y otro, logré "sentir" a mi único hermano, con el que reconozco no tenía grandes afinidades por el lugar diferente que cada uno ocupó en el

cuadro de las relaciones familiares. Yo me consideraba un rebelde y Fico transitaba por un proceso intenso de adaptaciones que yo rechazaba, quizás aún no tan conscientemente. Sentirlo quiere decir que percibí que, a pesar de todo, constaté que lo quería profundamente.

Una y otra vez las campanas del reloj de la municipalidad indicaban que se aproximaba la hora de la partida. ¡Qué vivencia y recuerdo imborrables! No nos besábamos entre hermanos; ésa no era nuestra costumbre. Pero ahí nos despedimos con un tierno e intenso abrazo, de esos que uno cree que pueden ser definitivos. Como en las novelas o en el cine, el trencito partió lentamente de la gastada estación. Y, de pronto, perdido en la distancia y la bruma mañanera, supe que nunca más volvería a vivir en Barranca.

En las doce horas que demoró el viaje –en lo que ahora son trazos directos y modernos de carretera de apenas 180 kilómetros y dos horas en automóvil– tuve ocasión de ensimismarme. Nadie crea que son imágenes tan claras y firmes como las de una fotografía. Es forzoso que tenga que reconstruirlas apelando a un ejercicio de imaginación.

Me sentía físicamente abandonado en ese viejo vagón donde iba acompañado por otras personas con las que no me comuniqué. Ellas tampoco vieron la necesidad de hacerlo conmigo. No obstante, me hacía acompañar por mis recuerdos y sentimientos. Extrañamente, no me preocupaba lo que me esperaría en Lima; quizá porque nadie me había preparado para ello, salvo decirme que la tía Evangelina era una buena persona que se ocuparía de mí, hasta el arribo de los restantes.

Sentir a mi hermano Fico me condujo imperceptiblemente a pensar en los míos, a los que iba dejando atrás. En esa especie de reflexión fui cambiando casi sin darme cuenta la valoración de mi abuela Virginia y de las tías Blanca y Rebeca. Comprendí, no sé por qué mecanismos de la conciencia, que ellas tenían un lugar fundamental en mi vida. No sólo porque habían protegido a los hermanos, sino porque nos habían criado y querido, ciertamente que a su estilo. En esos instantes, no tenía para mí la misma fuerza la imagen de una madre desconocida. Y me pareció hasta normal que me aplicaran la disciplina de los golpes al tratar de enderezar a un tipo jodido como yo, que requería una disciplina especial.

Pobre mi hermana mayor, Renée. Ella sí, dulce y protectora al infinito. En el juego complejo de los valores del atraso ocupaba el lugar de una sirvienta, aunque privilegiada. Ella también sin madre y padre no tenía más destino que encaminar su vida integrada a la también incierta del grupo familiar.

Retrospectivamente, en el tiempo lejano y en un chico tan joven como yo, los hechos e imágenes no podían presentarse decantados. De ellos tenía fuerza en mí esa presencia gaseosa de las brujas y brujos. Esto explica que considerara a Alejandro Ordóñez, dueño de una chingana en el Chorrillos medio, como peligroso porque nos decían los mayores que conversaba todos los días con el diablo.

De este modo pasaba casi sin darme cuenta al recuerdo de mis mejores amigos los pescadores, rudos por su dura vida pero cálidos y protectores. Mientras pudieron nunca me dejaron sin pescado. Y por años y años fuimos para ellos los "gringuitos". Más adelante me saludaron con emoción y orgullo cuando mis visitas a Puerto Chico les hacían ver que estaban ante el Payo, pero ya emergente y triunfador.

Menos podía olvidar que un día casi pierdo la vida. Francisco García Romero –"Panchopepe"– que caminando el tiempo devendría mi jefe y protector en la Escuela Militar de Aviación, me invitó a subir al caballo que conducía. No es necesario pedirle explicaciones al animal del porqué se echó a correr desbocado. Me largó y me pisó. Yo terminé en el viejo hospital de Barranca, donde diligentes médicos y enfermeras me pusieron nuevamente de pie y sin consecuencias. El mismo hospital que, ya de senador, ayudé a convertir en la base local del seguro social nacional.

Iba dejando atrás mis primeros once años de vida. De tan lejos no sé con qué prisma los valoraba. ¿Fue feliz mi infancia? ¿Por qué nunca lloraba? ¿Era miseria realmente la nuestra? ¿Era una niñez monótona? No tenía elementos inteligentes de evaluación, por lo menos en esos momentos. Para qué más. Los recuerdos, sueños y ensueños siempre toman la realidad. No pretendía, acompañando la marcha del tren, realizar ningún balance de ese pedazo de mi vida. Pero quedé tan marcado por ese tramo que pude decirle a mi amigo chileno, Gamaliel Carrasco, que Chorrillos era superior a Mónaco. Sí, amigo lector, no hablaba un temprano fabulador. Y tampoco estaba para nada loco. Es lo que sentía.

Entendí rápidamente que no era igual partir que arribar. Por lo menos en mis circunstancias. La estación central Desamparados era impresionante en comparación con la de Barranca. Aunque con el correr de los años me enteraría que era pigmea en todo sentido respecto de otras, por ejemplo, las de Buenos Aires, Roma o París.

Me recibió la tía Evangelina. La distinguí por las señas que me dieron. Pero sobre todo porque era muy parecida a la tía Blanca. Tampoco ella besaba. Con unas palabras y un abrazo nos bastó a ambos. Intuitivamente comprendí que estaba ante ese tipo de gentes nacidas para no gravitar en la vida propia ni en la ajena.

Al salir de la estación vi que el palacio presidencial estaba al lado, en una esquina, muy cerca. Cruzamos en auto la plaza de armas, donde destaca el edificio del palacio, denominado Pizarro en homenaje al brutal y analfabeto conquistador del Perú para la corona española, al costo enorme de millones de indígenas liquidados. Como siempre ocurre con estas plazas, no podía faltar el palacio municipal y la catedral de Lima.

Pero para comprender lo urbano de Lima tendría tiempo después. Entre preguntas y respuestas, llegamos a Barranco. Me pareció linda su plaza antigua, con muchos árboles y flores, aunque chiquita. Fue el balneario preferido de las épocas virreinal y republicana inicial. El padre de la tía Evangelina salió a recibirnos. Era el igualmente tío Francisco. Estaba en la puerta de su casona, que como otras del lugar tenía reminiscencias del pasado colonial-republicano.

Ahora sí que mis experiencias serían de otro tipo. Tanto que ni bien llegado los dueños de casa me invitaron a rezar el rosario de la hora vespertina. Por supuesto que en mi condición de bien aplicado monaguillo conocía de estos asuntos. Pero en apenas dos años me había alejado de los rituales y prácticas y no sé si también de dios. Con el pretexto de conocer la localidad y de bañarme en sus aguas, me las arreglé para faltar todo lo que puede a los rezos cotidianos.

El tío Francisco –lo repito, tío de no sé qué grado real de parentesco– me dijo que mi padre era el capataz-administrador de una hacienda de su propiedad, de nombre Santa Rosa, como la santa limeña. Distaba cuarenta kilómetros de Lima, hacia el sur y sobre el río Lurin, de caudal mucho menor que el río Pativilca. Agregó que lo tenía como empleado desde que llegó de Barranca en 1927. Sincero, afirmó que la

paga no era buena pero que lo ayudaba con la cesión de dos hectáreas para que él las cultivara a su manera y beneficio.

Casi sin emoción, y como al pasar, agregó que era su costumbre reunirse cada cierto tiempo en almuerzos con familiares y amigos. Y que, justamente ese domingo, vendría mi padre para traerle informes de la hacienda. Concluyó: "El no conoce aún de tu presencia en Lima; pero lo conocerás".

Era un viernes. No sé si existieron en mi vida consciente esas cuarenta y ocho horas. Lejanamente recuerdo un cuadro emocional indescriptible.

Llegó el domingo. La tía Evangelina me exigió que la acompañara a la tradicional misa de las doce, en la iglesia principal situada en el parque, a metros escasos de la casa. Cuando retornamos ya eran muchas las personas dispuestas a comer de lo mejor, como era lo habitual según el relato del tío Francisco que, con sus ochenta años, había acumulado, además de propiedades, algunos gestos de sociabilidad bien cultivados. Y como mi padre no había arribado aún, los más pequeños empezamos antes la tarea gustosa de llevar todo lo que pudimos al estómago.

Al concluir, la tía me señaló a la persona que era mi padre. Antes de sentarse a almorzar conversaba con otros invitados que parecía conocer. Era un hombre de más de noventa kilogramos de peso, quizá de un metro setenta de altura, mofletudo, con barriga prominente. Por lo tanto, de movimientos lentos e inseguros. Estaba vestido modestamente. Tuve la sensación de que usaba para la ocasión quizá su único traje dominguero.

Le pregunté a la tía si mi padre sabía que yo estaba en la casa. Me respondió que sí. Me consterné al saberlo, porque no venía a mí. Entonces me acerqué tímida y lastimosamente al lugar donde ya estaba sentado. Le toqué la espalda. Se dio vuelta. Mis palabras fueron aproximadamente éstas: "Señor, ¿usted es don Federico Napurí?". Sin aguardar su respuesta continué: "Yo soy su hijo Payo". No se levantó de su asiento. Giró hacia mí acompañado de un movimiento torpe. Fueron sus palabras: "Después conversamos. Toma esta propina". Nada más. Y retornó a su posición anterior.

No comprendí nada. Estaba anonadado. Si era mi padre, ¿por qué no me abrazó siquiera? Aguardé cargado de tensiones infinitas.

Pero mi padre no cumplió su promesa. No me buscó. Después de almorzar se encerró con el tío Francisco en su escritorio. Nunca supe en qué momento se marchó.

No estaba, a esa altura de mi madurez como persona, capacitado para comprender a fondo la significación de ese hecho. Eso sí, tomé noticia que nunca tuve un padre. Comprendí que desconocía mi existencia y, quizá, la de todos sus hijos. Lo odié, confieso. Desapareció de mi vista. Recién años después lo vería nuevamente.

Antes de reunirme con el resto de la familia hice una estación de algunos días en la casa de otra tía. ¿Tantas? Era Zoila Dávila. Imagino que por su apellido tendría algo que ver con la abuela Virginia. Residía en La Victoria, en la calle José Gálvez, frente al viejo estadio nacional. Sumamente afectuosa, vivía casi postrada, no sé de qué enfermedad, con sus más de setenta años de existencia. En su amplia casa se alojaban parientes en desgracia económica y de las otras. Me parece, por los signos exteriores sociales, que la tía Zoila contaba con una buena renta, aunque nunca conocí sus orígenes.

Pero esta tía era tremendamente fiestera. Una vez al mes, la casona se llenaba de gentes dispuestas para el baile y los coqueteos del amor, en jornadas que llegaban hasta bien avanzado el día siguiente. Al comienzo todo esto me asombraba, y no exactamente por timidez. Es que era "otro mundo". Poco a poco me animé a bailar y hasta le tomé el gusto a los boleros, los más románticos, como correspondía a mi edad.

Un joven, Pío Dávila, era el único hijo de la tía. No indagué mucho, pero creo que era adoptado, aunque para los efectos de la convivencia, esto no tenía mayor significado. En el léxico de las parentelas reales o supuestas, este Pío era mi primo; no importa en qué grado. Era ya cadete de primer año de la Escuela Militar de Aviación y constituyó una referencia importante para alguien como yo que, si bien recién entraba en la adolescencia, algún día se preguntaría qué profesión seguir. Así, Pío resultó decisivo como ejemplo a seguir cuando, más adelante, tuve que optar por la aviación militar, cuando se me cerraron todas las vías de las profesiones civiles.

Fue la tía Zoila la que nos consiguió –y no sé si financió– la casa donde nos reunimos todos los Napurí, ya en Lima. Cerca de la suya, en el jirón Hipólito Unánue. Muy modesta, estaba ubicada en la zona

más urbana del muy plebeyo barrio La Victoria, con los problemas y desafíos que esto planteaba. Como era previsible, el primero que se asimiló al barrio –y no de la mejor manera–, fui yo. Al intentar vivir en la calle, como en Chorrillos, relacionándome con gentes de conducta más que dudosa, mis actos y dichos escandalizaron a los responsables del hogar. ¿Qué hacer entonces?

Reapareció el tío Antonio para intentar salvarme de todos los males. No sólo me dio consejos sino que me guapeó bastante. Y traía una solución aparente. El y su padre, por un tiempo, pagarían el alquiler de otra casa, en un barrio más sano. Recalamos así en un barrio de "clase media", en el edificio Risso, en Lince.

A todos los hermanos nos matricularon en el colegio Dalton, de propiedad de los doctores José Antonio y Enrique Encinas, notables y progresistas intelectuales puneños. Pero no sólo eso. Era un colegio laico, no religioso. Cosa rara en el medio educativo privado, donde la iglesia católica detentaba, además del control de la educación, la hegemonía sobre casi todos los colegios del sector.

En ese medio social-cultural, en ese cuarto y quinto año de la primaria, "salté" educativamente: ya fui mejor alumno y comencé a dejar atrás falsas rebeldías para reemplazarlas por otras, de un contenido más creador. No me imagino cómo era en ese entonces. Pero tengo la impresión de que iba sentando los pilares para convertirme en un "buen chico".

Tendría otras oportunidades y otros desafíos. Al mantenerse el oscuro cuadro familiar, mi no integración a él proseguía. Por eso la invitación a ganar la calle, como antes, seguía abierta. Obviamente, después del cumplimiento de las obligaciones escolares. Con amigos de barrio más sanos, retornó la práctica del fútbol en la cuadra de nuestra calle. Además, alguna que otra fiesta con baile incluido.

Sólo faltaba en este itinerario el desafío del amor, por supuesto, el primero. Fue el amor poético y romántico de adolescente. Me enamoré perdidamente de Lilian, mi vecina. Pero con un desenlace para mí dramático. Nos habíamos prometido tomarnos de la mano, y no sé si avanzar audazmente hasta darnos algún besito en la boca, en la última fila del cine Petit Thouars, ni bien se apagaran las luces. Pero este programa, para cuando yo retornase de un viaje ocasional

a Barranca. ¡Qué horror! Al arribar al cine algo retrasado, ya con las luces apagadas, la hallé pero besándose apasionadamente con otro chico, que resultó ser un amigo mío.

Cada uno sufre el amor, tierno o no, como puede. No digo, por supuesto, como lo merece. Mi dolor fue intenso; duró varios meses. Fui de paso, mal alumno por no sé cuánto tiempo. Consideraba a Lilian una traidora. Pero, eso sí nunca la olvidé, como afirman algunos que ocurre con el primer amor. Camino de la vida muchas veces nos encontramos; cuando soltera, y también ya casada, con hijos y con un intenso dolor personal cuando su marido fue asesinado cruelmente por un asaltante de bancos. Ella seguía con serenidad los avatares de mi vida política y, en las buenas y en las malas, me daba su palabra de aliento.

Por consejo del doctor Enrique Encinas, mi hermano Fico fue el primero de los dos que ingresó al colegio de nombre Superior, igualmente laico, para gentes de las capas medias bajas por sus precarias condiciones económicas. Estaba situado en el jirón Puno, cerca del Parque Universitario. Su local, una vieja casona, típica de las que hay en la antigua Lima y que daba la impresión de que cualquier temblor fuerte podía derrumbarla.

Pero su vetustez no es lo más importante. Era su director el doctor Carlos Velásquez, sospechado de ser izquierdista por su compromiso con el aprismo. A lo largo de mi primer año de secundaria –o media– comprobaría que su plana de profesores comprendía a apristas, comunistas y a independientes, que no lo eran tanto, por su condición de "socializantes". Aunque lo que digo es parte de una reflexión posterior, porque con mis apenas trece años, y por venir de donde venía, no estaba en condiciones de discernir con fundamentos sobre temas que, como el político, apenas me rozaban.

El colegio Superior integraba con unos pocos más –además por lo social discriminativo– al progresismo educativo enfrentado a la ofensiva ideológica de la iglesia católica, como ocurría con el Dalton. Al ser el catolicismo la religión protegida por el Estado, los gobernantes de turno capitulaban ante todas las imposiciones de la Iglesia, entre ellas la educación religiosa en las escuelas.

El carácter desigual de la sociedad, profundamente estratificada y con su mayoría de pobres, se expresaba asimismo en el terreno

de la educación. Resultaba impensable que los jóvenes provenientes de la clase media estudiaran en colegios estatales, también denominados fiscales. Al margen de la buena o mala educación que brindaran, a ellos iban sólo los pobres o marginados. Por esto, una tarjeta de presentación social en Perú fue, en todo momento, en qué colegio religioso se educó el joven. Y, a partir de allí, contaban las desigualdades entre ellos. Para el progresismo social y cultural del país, constituyó un timbre de orgullo haber estudiado en colegios como Guadalupe –de equivalente rango al Nacional de Buenos Aires– y en las universidades estatales, sobre todo la de San Marcos.

En ese mi primer año de secundaria, muchas y complejas fueron mis experiencias e impresiones. Descontando que no estaba en el ambiente del Dalton, donde estudiábamos chicos casi preadolescentes y con relaciones que parecían inocentes y sanas. Aquí, en el Superior, había "de todo". En la vieja casona, casi hacinados, convivíamos cuatrocientos alumnos de los cinco años. Y por venir éstos de estratos bajos o plebeyos, arrasados por la miseria y la pobreza, "exportaban" toda la gama de sus dramas familiares y social-culturales, expresados muchas veces en conductas equívocas y hasta violentas.

Justamente cuando comenzaba a comprender mi entorno, a integrarme al nuevo ambiente, y ponía a prueba mis capacidades y valores, debí interrumpir la experiencia. Había concluido el primer año, que aprobé normalmente. Teníamos tres meses libres, las vacaciones, hasta el inicio del nuevo año escolar en el próximo abril. ¿Qué hacer? Fico y yo no tuvimos mucho tiempo para hacer planes propios.

Nuevamente se hizo presente la crisis económica familiar. Ésta se agravó porque el doctor Tello ya no aportaba su mensualidad; había concluido su compromiso. Tampoco podía hacerlo el tío Antonio, ya muy mal de salud. Y aunque las tías Blanca y Rebeca habían conseguido empleo en el Estado, sus muy bajos salarios no alcanzaban para cubrir las necesidades mínimas de sustento. En esto apareció el tío Alejandro. Le dijo a la abuela Virginia que podía darnos, a Fico y a mí, trabajo en la mina Janchiscocha (siete lagunas, en quechua) donde había conseguido un puesto de capataz e instalado una panadería de sierra.

Desde mucho antes del 1900 existía un ferrocarril de penetración a la sierra, dedicado principalmente a acarrear minerales y provisiones

diversas. Igualmente, la carretera, construida casi al lado del ferrocarril para beneficiarse en casi todos sus tramos del trazado de éste. Lo más aconsejable era realizar el viaje en tren hasta La Oroya y ahí ver cómo llegar a Jauja, donde seríamos recibidos por el tío Antonio. ¡Pero qué tremenda pobreza la nuestra! No contábamos con lo mínimo para pagar el pasaje de tren y menos aún para el de ómnibus. Por tanto, no quedaba más que viajar de gorra. Nos quedamos al lado de la garita de control de tráfico esperando, bastante, hasta que alguien quisiera llevarnos gratis o por poca plata. En uno de los camiones que llevan carga conseguimos un lugar encima de ésta, con la advertencia previa del chofer ante los riesgos que asumíamos si el control de ruta nos bajaba.

Fuimos, así, los únicos acompañantes de la carga en el camión descubierto. Pero inmediatamente reconocimos un privilegio: una visión de 360 grados y todo el cielo para nuestra estupefacta contemplación. De esta forma, los dos hermanos costeños partimos hacia la sierra desconocida. Poco sabíamos de ella, apenas lo precariamente estudiado en el colegio. Pero en esos momentos nos entusiasmaba el hecho de conocer geografías y escenarios diferentes de los de la costa, con sus playas y el mar, sus pueblos y ciudades.

El recorrido, de oeste al este. Casi nada importante en la ruta hasta Chosica, en ese entonces un balneario de sierra a casi mil metros del nivel del mar. Decir en Perú balneario es pensar en un pequeño pueblo para cobijar a gentes relativamente pudientes. Chosica quedaba a menos de dos horas de Lima y los que querían escapar a su humedad y bruma insoportables, tenían otra opción en estos asentamientos medio urbanos de mejor clima, a cielo despejado y una casi estación primaveral todo el año. Si destaco esto en mi relato es porque mi grupo familiar viviría después en la zona. Pero sobre todo porque, muchísimas veces, más adelante, haría esta ruta hacia la sierra, por las imposiciones de mi actividad política.

Mientras la topografía lo permitía, la carretera –y también el ferrocarril– tenía como referencia permanente al Rimac, uno de los ríos de relativo caudal que desaguan en el mar. En la medida que avanzaba nuestro viaje, los Andes occidentales se hacían presentes con sus avanzadas, quebradas, gargantas y muy pequeños valles, si así puede denominárselos. Desaparecían o tomaban formas diferentes, más agrestes, con el

rápido ascenso, dejando ver las pequeñas poblaciones mineras, más allá de los dos mil metros de altura.

Qué duda cabe de que éste no era mi paisaje costeño. No estaba habituado a convivir con cerros descarnados con escasa vegetación y para mí, entonces, con la presencia aterradora de lo andino. Menos aún con el frío que ya nos amenazaba y con las primeras manifestaciones del soroche. Me chocaba vivamente el inmovilismo de esos cerros sin vida lo que me hacía añorar el movimiento permanente de las olas del mar.

En un momento, después de casi cinco horas de travesía, y entrada la noche, el chofer anuncia la cercanía de Ticlio –a casi cinco mil metros– y que había que dormir. Contábamos, felizmente, con mantas para protegernos un poco del intenso frío. Así, después de una breve charla de ocasión mientras comíamos algo, y con fatiga y emociones concentradas, no nos fue difícil dormirnos.

"¡Payo, Payo, estamos en el cielo!", exclamó a gritos Fico. "¡Estamos muertos!", prosiguió. Nos abrazamos intensamente y juntos comprobamos que, efectivamente, habíamos llegado al cielo. La visión era hermosa pero estremecedora en nuestras circunstancias. Una enorme e infinita plataforma de nubes, que en mis posteriores días de aviador militar conocería como *cumulus nimbus*. Por encima de ellas, para nosotros, el cielo; diáfano, de azul intenso e igualmente inacabable. Visión fantástica de apenas unos segundos.

Los dos hermanos aparecíamos sentados sobre estas nubes, aguardando la presencia de Dios o de alguno de sus representantes, para juzgarnos. Nuestro estado era casi hipnótico hasta que escuchamos los gritos del chofer: "¡Pedazo de cojudos, déjenme dormir!". Siempre conmovidos, bajamos a tierra. Las densas nubes cubrían todo el camión. Y en una fantasía inconcebible los hermanos habíamos despertado en medio de ellas, en el cielo, muertos y aguardando la "justicia divina". Ya repuestos del susto, comprendimos rápidamente que era mejor estar vivos que muertos, aunque nos esperara el paraíso.

Un par de horas después arribamos a La Oroya, dejando atrás varias pequeñas lagunas, en un recorrido amesetado. La Oroya es una ciudad importante, el centro de acopio y refinación de lo producido por la cadena de minas de la Cerro de Pasco Cooper Corporation, subsidiaria de la transnacional inglesa. Tiempo después, este complejo

minero sería expropiado y estatizado por el gobierno militar del general Velasco Alvarado.

El camión había cumplido con su faena. Fico y yo quedamos en libertad para decidir qué hacer con nuestras vidas. Es decir, cómo en el día conseguir algo en dirección a Jauja, ya no tan lejana. Entonces, con buena suerte, podíamos tomar el tren. Antes, aprovechamos el tiempo en recorrer la zona comercial de esta ciudad minera, asentada en el corazón mismo de la cordillera central. Me llamó la atención la presencia de personas blancas entre la abrumadora mayoría de indígenas y mestizos. Estas gentes blancas eran los familiares del personal técnico y de dirección, muchos de ellos extranjeros.

Conocí que la división entre trabajadores y población autóctona, y los extranjeros y técnicos peruanos, social y territorialmente era tal, que los segundos, en esta ciudad, gozaban de su propio *apartheid*, con cercas y todo.

Ya de noche, arribamos a la estación de Jauja. No nos aguardaba el tío Antonio. Recaída su salud, había sido internado en el sanatorio Olavegoya, mundialmente famoso por la calidad de su tratamiento a los enfermos de tuberculosis, en Jauja, de clima ideal. Sólo de pasada, contemplamos algo de esta bella ciudad serrana, erigida en un pequeño valle, protegido por una cadena de cerros de mediana altura.

Por consejo médico lo vimos al tío por separado. Guardaba una imagen casi encantadora de este tío tan buena gente. Estaba recostado en su cama. Presentaba una imagen dramática: muy delgado, sudoroso, con un aspecto casi cadavérico. Había sufrido una hemotisis grave. Me pidió que no me acercara, después de prodigarme unas palabras cálidas de bienvenida. Yo estaba petrificado, anonadado. Por mi enorme cariño a este tío había aceptado venir a Jauja y a Janchiscocha. Sentí, creo ahora, haber arribado a destiempo a la cita. Si hay tristezas y dolor, en la ocasión se manifestaron como infinitos.

Pero no había tiempo para procesar estos sentimientos. El viaje de Jauja a Janchiscocha demoraba unas ocho horas, aunque privilegiadamente, ya que íbamos al lado del chofer, en la cabina de su pequeño ómnibus. Diciembre es mes de lluvias, por eso la ruta denotaba los estragos que aquéllas hacen en los caminos de tierra afirmada.

El tramo me estremeció. Si existiera teóricamente una línea recta su extensión no sería de más de cien kilómetros. La marcha era entre la cordillera central y la oriental, donde lo común son los barrancos y precipicios enormes, por una ruta de una sola mano. O sea, subir y descender al borde de los peligrosos despeñaderos. ¿Qué tiene esto que ver con mis suaves olas de mar?, me preguntaba una y otra vez, mientras miraba muerto de susto al chofer, pensando ingenuamente que mi vigilancia podría impedir una caída en el abismo.

La noche llegó temprano. No sé si es así siempre en las sierras altas. Una noche imponente, dramáticamente oscura. Nos miramos los hermanos, no creíamos lo que veían nuestros ojos. Desde lo alto, al salir de una de las tantas curvas, divisamos un paisaje otra vez indescriptible. Esta vez no se trataba de Ticlio y de nuestra cercanía a dios. En el fondo de la escena espectacular, decenas y decenas de luces se desplazaban y entrecruzaban formando un cuadro fantasmagórico. Fico y yo nos tomamos de la mano en actitud de defensa. Palidecíamos intensamente. Le cupo al chofer, un avezado en estos menesteres, clarificarnos el hecho. Es que conocía el significado de esta visión por su experiencia en estos trajines.

Lo que veíamos desde lo alto, ya cerca de Janchiscocha, eran las luces que portaban los trabajadores que se desplazaban de un lugar a otro, alumbrándose en la noche cerrada con sus lámparas de carburo de calcio sostenidas en sus cabezas. En la noche negra, y a la distancia, la imagen era propia del realismo mágico. A pesar de los sustos, esta vez tuve tiempo de preguntarme qué me esperaba en esta nueva experiencia de vida. Obviamente, aun no lo podía saber porque recién comenzaba a transitar su incierto camino. León Trotsky lo había expresado bien: "La película de la vida no tiene fin, y yo recién la estaba empezando".

No nos recibió el tío Alejandro porque estaba en Lima. En su lugar lo hizo "la Mona" (nunca supe su verdadero apellido). Era un antiguo "sirviente" de la familia, en nuestros tiempos de Barranca y Chorrillos, ahora reclutado como ayudante del tío Alejandro. Tenía el encargo de alojarnos, Fico en la pieza de un empleado, yo en la suya. Pero no en la planta donde se trataba el mineral y estaban las oficinas de la empresa, sino en el campamento de las viviendas de la mina, cerca de los socavones por donde se extraía el mineral.

Perú, por su conformación topográfica singular, guarda en las entrañas de sus cerros cordilleranos enormes depósitos de minerales, algunos de ellos de buena cotización en el mercado mundial. Es un país esencialmente minero. Por eso exporta vanadio, bismuto, plata, oro, cobre, cinc, antimonio, hierro, carbón y hasta petróleo, aunque en pequeña cantidad. Además, en su condición de país capitalista atrasado la explotación de yacimientos y minas, que al principio estuvo en manos de empresarios nativos que fueron los primeros en realizar denuncios de ley, tempranamente fueron reemplazados por las empresas imperialistas del sector.

La familia Málaga, de tradición oligárquica, hizo lo principal de su fortuna a través de estos despojos a los antiguos y desprotegidos propietarios mineros. Su enorme fortuna indica que les fue bien en lo económico pero también en lo social. Y como ha ocurrido a lo largo del incipiente desarrollo capitalista en la mayoría de los países latinoamericanos, los representantes de las diversas ramas de la producción integraron entre sí sus capitales. Si en un momento de este curso prevaleció, por ejemplo, el capital agrario-ganadero, posteriormente, con el desarrollo del comercio y la industria, éstos lograron un espacio propio en la economía y en la sociedad. En muchos de nuestros países se considera a los empresarios mineros como industriales. Más adelante, el capital financiero impondría su hegemonía a todas las vertientes empresariales.

Los integrantes del grupo Prado se destacaron como prominentes banqueros nativos antes de ser tomada la banca por el capital imperialista. Tenía, además, otras puntas para mejor defender sus negocios. El más destacado de ellos fue Manuel Prado Ugarteche, que llegó a ser presidente de la República en el período 1939-45. Su mujer fue Clotilde Málaga. Con este matrimonio se sellaba la fusión de dos emporios económicos, ambos representantes de la oligarquía conservadora, que se resistía a abandonar su gravitante poder político ante el avance de los sectores más "nacionales" de la burguesía. Asimismo ante la arremetida de las masas populares hambrientas, expresadas en el avance del partido aprista, que naciera en la década de 1930 como una poderosa fuerza nacionalista, que en sus postulados primigenios se reclama antioligárquico y antiimperialista.

El asiento minero Janchiscocha fue de propiedad del grupo Málaga. Según entendidos en el tema, esta mina nació en la década de 1940, para responder a las exigencias armamentistas de Estados Unidos, que ingresaba a la segunda guerra mundial. El Pentágono, entre sus muchas necesidades, requería molibdeno, un metal escaso –por tanto, de gran valor– necesario para producir la fusión con otros, en la producción de armas sofisticadas.

Evidentemente, todos estos hechos e intereses los desconocía totalmente; la trama de la oligarquía peruana y, todavía menos, de las exigencias y necesidades bélicas de Estados Unidos. Por ello, los planes de los detentadores del poder en el país y en el mundo me eran ajenos. No obstante por los designios de mi proceso de vida ingresaba totalmente desprotegido a este mundo andino para mí desconocido. Me sentía como una hoja en la tormenta. Algo así como que el "mundo es ancho y ajeno" –glosando la idea del Ciro Alegría– aunque sólo para los pobres y desarraigados; entre ellos, yo.

Desde ese momento quedaba bajo la protección circunstancial de la Mona. Éste vivía en el campamento cercano a las bocas de la mina. Todo fue decidido rápido. Instalarme temporariamente en su alojamiento y presentarme al maestro Velita (tampoco supe si era su apellido o un apelativo), encargado de la pequeña panadería y único empleado. Trabajaría como su ayudante.

Por un buen rato, estaríamos en la planta. En ésta se destacaban los edificios para el tratamiento del mineral en bruto que traía una cadena de volquetes desde la mina distante. Estos al dejar su carga retornaban de inmediato medio vacíos ya que, de regreso, llevaban a los trabajadores o sus familiares. Al chofer, en la cabina techada, lo acompañaban hasta tres personas. Según me dijo me correspondía ir a su lado por ser "gringo". La Mona, un cholo costeño, se benefició del privilegio. Partimos. Ya no era un tramo tan peligroso porque el camino estaba enripiado, cuidado, para que los desplazamientos fueran menos riesgosos.

El volquete paraba cada vez que lo solicitaba alguien en la ruta; pasajeros que subían al espacio descubierto. De repente, en una de esas paradas, una joven indígena preguntó al chofer: "¿Me llevas?". A lo que el otro respondió: "Sí, pero si te dejas". Lo que siguió me confirmó que, en efec-

to, estaba en otro mundo. La indígena subió, se levantó la pollera y se acomodó, abiertas sus piernas, frente a la cara del chofer, de espaldas al timón. Mientras el conductor no detenía su marcha, en una ruta siempre peligrosa, copulaba con su víctima, a los apurones. Para sorpresa de nuestra corta experiencia, la dama no gemía ni daba señales de gozo. Yo temía que el chofer, en trance, perdiera el control del vehículo, con las consecuencias trágicas para todos. El asunto concluyó en unos minutos. El volquete se detuvo. La víctima, que no había dicho una palabra, bajó, acomodó su faldellín y subió al lugar de la carga, ya como pasajera libre.

Rápido de reflejos, para que no me traumatizara, la Mona me dio las explicaciones del caso. Afirmó que estas escenas, y aun peores, las vería a menudo. Que era la "costumbre". Pensé que él no tenía controversia significativa con esta costumbre, como poco después comprobaría. El procesamiento de todo esto me tomaría un tiempo, facilitado por mi comprensión de otras "costumbres" que se le imponían abusivamente a los indígenas sometidos. En realidad, relaciones diversas y complejas que imponen la explotación, el atraso y la ignorancia a los sectores oprimidos y postergados. Por tanto, en otro momento de mi primaria reflexión, en esos días alucinantes, explicaría esta escena como un drama más de la condición humana.

Los días empiezan muy temprano en las alturas serranas. La Mona cumplió el papel de guía, evidentemente no turístico. Bordeando una enorme explanada, algo así como una gran plaza, pero destartalada, estaban construidas las viviendas, todas iguales en apariencia. En no más de dos piezas chicas vivían las familias. En la de una, los solteros. Sólo cuando con el correr del tiempo conocí verdaderos asentamientos de minas de punta y con historia, tanto en Bolivia como en el propio Perú, extraería la conclusión que esta mina de Janchiscocha, por haberse formado apuradamente y por la sed de dinero de sus propietarios, merecía el calificativo de "tercera clase".

Nunca me pregunté por qué la panadería, si así se la podía denominar, quedaba en un sector alejado del campamento, a unos 20 minutos de caminata entre los cerros. Quizá porque le servía de vivienda al maestro Velita, pobre y abandonado de toda solemnidad. Tendría como unos 40 años, aunque como ocurre con los negros o cholos bien curtidos, la edad es indescifrable. ¿Panadería? Es mucho decir. En una

construcción precaria, de adobe y calamina como techo, cabía todo en no más de 200 metros cuadrados. La larga y rústica mesa para amasar el pan, los estantes para colocarlo antes y después de cocerlo. Y, en una esquina, el horno. Para mi sorpresa, era de barro –seguramente tratado– recalentado con los excrementos de llamas y alpacas.

Supongo que por ayudar a fabricar pan, no importa de qué calidad, comencé a tener el oficio de panadero en una panadería rústica como ésta. Mi tarea comenzaba a las siete de la mañana. La parte "técnica" quedaba bajo la iniciativa de Velita. Pero como estábamos a cuatro mil metros, todo se complicaba. No se podía amasar con las manos y parados, por la fatiga. Entonces, colocada la masa en un recipiente depositado en el piso, Velita y yo, unas veces descalzos y otras incluso con zapatos, la apisonábamos un tiempo, fuertemente tomados por los hombros. Este acto lo he visto en los procesadores elementales de vino, obviamente de mala calidad. Aquí, lo higiénico no tenía importancia, porque el fuerte calor del horno, con la ayuda decisiva de los excrementos animales, cumplía su tarea aséptica.

No todos los trabajadores o sus familias comían pan, sea por la costumbre alimentaria o por su elevado precio. No producíamos más que alrededor de unos cuatrocientos panes diarios, cuando el colectivo humano de la mina se acercaba a las mil personas, incluidos los niños. Pero mi faena no concluía con mi tarea de ayudante de panadería. Tenía que llevar a pie, en un enorme canastón, el pan para entregarlo a la mercantil, único comercio encargado de su venta. Esta mercantil cumplía otras tareas no tan santas. Pertenecía a la empresa, y como casi todos los trabajadores estaban en la condición de enganchados, buena parte de sus salarios eran pagados con productos de primera necesidad y a precios de expoliación. Así, los trabajadores siempre estaban en deuda. Y no podían abandonar su compromiso con la patronal mientras no cancelaran todo lo que adeudaban. Claro, este procedimiento de "enganche" es archiconocido como método de todos los explotadores, por ejemplo en el campo o en los yerbatales. No necesito decir que estaba muy lejos de ser cómplice de la empresa en lo de los precios usurarios del pan y menos con la desalmada conducta de la mercantil.

La habitación de la Mona era de rango inferior respecto de las que se otorgaba a los trabajadores estables, contratados por la empre-

sa, directamente o a través de intermediarios abusadores. Me sorprendió que tuviera sólo una destartalada cama y, por baño, un rústico pozo. Yo dormiría en sentido opuesto a la Mona. Mis pies podrían acariciar su cara y viceversa.

Al tercer día de mi estadía en esta "mansión", al retornar de noche de mi faena diaria, me encontré que en esta única cama estaba acostada una joven indígena. "No te alarmes –dijo la Mona– es mi hembra y se quedará aquí". "¿Adónde?", pregunté. "Dormirá con nosotros en la cama", afirmó sin inmutarse. Ante esto, no había alternativa ni escapatoria; no tenía a dónde ir, y más, de noche.

Como la cosa más natural del mundo, la Mona cubrió a la indiecita en posición de cúbito dorsal y, conmigo al lado, comenzó a "hacerle el amor" a su víctima. Era la primera vez que veía, y tan de cerca, sexo explícito. Porque en el chongo, cuando quise entrevistar a Alberto Barnes en Barranca, el final de su tremendo baile erótico lo consumó en un apartado discreto, ajeno a mi vista. Por tanto, esta experiencia para mí desconocida, sorprendente por sus formas, tendría que asimilarla como una de las "costumbres" de que me habló el dueño de casa.

De todas formas, el relato no termina aquí. La Mona, después de su descarga y sin aguardar mucho, intempestivamente, exclamó: "Ahora te toca a ti, tienes que desvirgarte". No pude ni podía escaparme a pesar de mis temores razonables. Me alentó y cuidó para que debutara sexualmente. Una y otra noche se repitió esta escena y, a veces, con otra mujer. Creo que en una situación especial como ésta, nunca se sabe si lo actuado es un acto sexual acabado. Sí sé que en la combinación entre el instinto sexual y la posibilidad de concretarlo, lo que me quedó grabado de manera obsesiva fue una sensación de culpa. Andando el tiempo y con otras experiencias no exactamente de este carácter, el centro de mi reflexión y crítica se localizó en una toma de posición rotunda a favor de la mujer.

En el dicho criollo, ellas no iban a la búsqueda del amor sino "al matadero". Así, tenía razón la Mona cuando me explicó por qué el chofer se cogía a las indígenas en el camino. "Es la costumbre", había afirmado. En esto él, igualmente, se beneficiaba. Y en la secuencia de los hechos, aunque indirectamente, ahora yo también.

En el inicio de la película de mi vida, apenas podía constatar estas manifestaciones de la desigualdad e injusticia sociales. En el corto pero complejo proceso de mi existencia, las nuevas experiencias me sobrepasaban. Es decir, en realidad una acumulación de experiencias que se me imponían. Ni qué decir que no poseía capacidad alguna para darles una dirección consciente. En esas circunstancias sí avancé en la idea de que no había nada de romántico en mi apurada adolescencia. Hasta esos momentos, quizás, triste adolescencia.

El pan lo entregaba a la mercantil, pero el excedente lo vendía fuera de ella. A través de esta venta diaria, me puse en contacto con las gentes de la mina. A poca distancia de los alojamientos se hallaba la boca de ingreso al túnel de acceso del principal socavón. A la hora de descanso, muchos de los mineros salían para comer. Por reiterada, pude guardar en mi memoria la escena. Las cholitas indígenas les llevaban sus alimentos, distribuidas todas en grupos muy cercanos entre sí.

Me impresionó el hecho de que casi no hubiera conversación entre los comensales y sus proveedores. En todo caso, no era una escena triste. Con el paso del tiempo, entendería que en las modalidades de la relación de los grupos indígenas –casi todos los mineros lo eran, provenientes del campo– siempre hay un lugar para la alegría, pero con modalidades que cambian según el carácter de cada situación. Por ejemplo, los fines de semana, cuando el baile, la hoja de coca, la chicha y el alcohol los ponen contentos, pero sobre todo en los festejos tradicionales y familiares. Fue una constatación empírica, porque reconozco que la mía es casi una idea reduccionista ante la complejidad general, regional y aun local, del mundo andino. Eso sí, los niños, que eran parte de la ceremonia, juguetones, nunca parecían tristes.

No me pregunté, no me di cuenta a tiempo, por qué las mujeres no ingresaban dentro de la mina. Al principio creí que por el carácter duro y riesgoso del trabajo, no apto para ellas. Recién en 1952, cuando visité en Bolivia las minas de Llallagua, Catavi y Siglo Veinte, recibiría una explicación de este hecho. Me han dicho, por otra parte, que así ocurre en todas las minas del mundo; no lo he llegado a comprobar. Pero en Janchiscocha la explicación se centró firmemente en la idea de que la presencia de la mujer en las entrañas de la mina traía mala suerte. Fetichismo parecido a lo manifestado por los boli-

vianos, que rinden culto en los socavones al vigor del varón. Más que superstición tuve la impresión de estar ante un sentimiento de contenido tendencioso, con el eje del machismo discriminativo del varón.

A los pocos días arribó de Lima el tío Alejandro. Entonces di el adiós a la vivienda de la Mona, y a la "costumbre" que ella encerraba. Ahora sí dormiría en cama propia, en una habitación más confortable y hasta con una provisión de agua regular. Todo en una sola pieza. Lamentablemente, el tío vivía atormentado. Nunca me preocupé por conocer a fondo los fundamentos de sus tensiones, aunque sospecho que gran parte de sus problemas giraban alrededor de una desavenencia profunda con su mujer.

Su presencia cambió mi vida cotidiana, pero para peor. Trabajaba en turnos rotativos dentro de la mina y me impuso la tarea adicional, por mi condición de panadero, la de cocinero, o sea prepararle sus alimentos y llevárselos puntualmente al sitio donde estuviera. En estas circunstancias podría decir, exagerando, que mi jornada no tenía límites. Y lo peor de todo: me dijo que mi salario, cuyo monto nunca pacté ni conocí, sería percibido no por mí sino por la familia, en Lima, lo que tampoco pude comprobar.

Sorpresivamente, el insistente ulular de la sirena, como estaba establecido en los casos de siniestro, convocaba a los habitantes del campamento a reunión urgente en el escenario que he descripto antes como la plaza central. Allí fuimos informados que quedaban paralizadas las tareas en homenaje a la hijita recién nacida del capitán de la mina, que acababa de fallecer.

Yo estaba jugando al fútbol, si así puede denominarse a patear la pelota con otros. Si en el relato ahora no aparece mi hermano Fico, es porque muy temprano abandonó la mina para marchar a Lima por pedido de la familia. Por eso, solo, tuve que resolver qué hacer. ¿Es que este gesto componía la "costumbre" o era parte de las creencias fetichistas del mundo andino? Me dijeron que los muertos recibían homenajes de diverso tono. En este caso, por ser una bebé menor de un mes, le correspondía una ceremonia en el mismo cementerio.

Este era el de Ricrán, el distrito al que correspondía la mina. Sí, el mismo Ricrán del que habla Vargas Llosa en su novela *Historia de Mayta*, pueblo de donde salió un pequeño grupo que integró el foco

guerrillero formado en Jauja por el trotskista posadista Mayta y el alférez de policía Vallejos, jefe de la cárcel de la ciudad.

Con cierta disciplina, rápidamente se formó una columna de unas 200 personas, entre mujeres, hombres y los infaltables niños. Casi no se habló en el trayecto de unos 20 kilómetros recorridos a pie. Y lo sorprendente para mí, fue constatar que los marchantes en la ruta compraban hojas de coca, cuyes, papas hervidas y mucho alcohol y chicha.

Los encargados de presidir la ceremonia, ya en el rústico cementerio, sacaron a la bebé de su cajoncito y la sentaron para que todos los presentes pudieran contemplarla. No hubo discursos ni palabras de ocasión. Pero sí mucha música, huaynos tristes preferentemente. Pasado un buen rato, de lo triste se pasó –casi sin mediaciones– a una alegría desenfrenada. Mientras los mayores –mujeres y hombres– masticaban la hoja de coca, el pisco y la chicha hacían sus estragos. Por sectores se armaron rondas y los más ganados por el alcohol no tuvieron inhibiciones para "tumbar" a una que otra indígena. La ceremonia, ya especie de bacanal andina, duró unas cuatro horas. Después, la beba ingresó a su cajoncito, para ser recibida con la unción de todos, en su nicho. Me parece que, por otra costumbre, fui obligado a masticar hoja de coca tratada con un poco de cal, en la boca. Reconozco que no me agradó nada la prueba.

En 1980, ya como senador, y como tenía el proyecto de comenzar a escribir estas historias de vida, entrevisté en Jauja a un entendido en este tema, una especie de historiador local. Me informó en extenso sobre tradiciones y mitos de los indígenas y campesinos de la región, quechuas todos. Y quedó en remitirme por escrito el relato de sus conocimientos. No sé si lo hizo. Puede que sí, aunque su informe nunca llegó a mi poder. Al ser ganado por otras preocupaciones y tareas, no insistí en el asunto. Incluso se frustró mi intento de hacer, en mula, el recorrido hacia Janchiscocha. Es que al haber desaparecido ya la mina, no existían los viejos caminos de antaño. La a veces cruel naturaleza, temblores y lluvias torrenciales mediante, había dicho su palabra.

Otra vez mi rutina diaria se quebró. Desde Jauja, adonde había viajado intempestivamente, el tío Alejandro me indicó por teléfono que partiera en el acto. Pensé cualquier cosa de las muchas que acudieron a mi mente; pero, extrañamente, nada sobre la salud del tío Antonio.

Al arribar a la casa, después del viaje peligroso y agotador, y a veces temerario, vi a muchas personas a las que no conocía. No fue necesario reparar en las flores y coronas para darme cuenta del hecho trágico. En el fondo de la sala, en lo alto, divisé el ataúd. Me acerqué, nervioso y atemorizado. Lo contemplé un rato, no sé si corto o largo. Desencajado, no lloré a pesar del drama. Porque desde hacía un tiempo, y no sé por qué, las lágrimas no acompañaban más a mis pesares.

Nadie se preocupó por mí, tampoco de invitarme formalmente al entierro. Como las distancias no son grandes en Jauja, la caravana de dolientes estuvo, en treinta minutos y a pie, en el cementerio. Todos los movimientos y ajetreos de ocasión se dieron con puntillosidad. La gente reunida, y el cura dando la bendición al muerto y a los vivos. Asimismo, algunos discursos laudatorios de amigos y autoridades. Porque el tío Antonio, además de su condición de secretario del colegio San José formaba parte de la elite social y cultural de la ciudad.

En el pabellón que correspondía alguien dijo las últimas palabras de despedida en un cuadro de tensiones y llantos, creo que sinceros. De pronto, en el momento en que el ataúd iba a ingresar a su guarida, en un gesto enloquecido y violento, me desplacé del sitio en que estaba, solitario, hacia el ataúd al que me abracé, cayendo ambos al piso. El gesto desesperado, iba acompañado del grito: "Tío, sal del cajón, no te dejes enterrar, antes de que sea demasiado tarde".

Evidentemente no logré mi objetivo. Sí una enorme conmoción entre los presentes y el comentario de todo el mundo. Fui conducido al hospital, tratado y sedado convenientemente. Emprendí el regreso al día siguiente, porque para mí todo había terminado en Jauja con la muerte del tío. Para mi sorpresa, el viaje ya no duró ocho horas porque los sedantes me sumieron en un sueño profundo.

Ya en Janchiscocha tuve tiempo de pensar, a mi manera, en lo extraño de la condición humana. Ahora en la mía predominaba la desolación y una tristeza infinitas. Con el transcurso del tiempo, el episodio del cementerio quedó grabado indeleblemente en la memoria de mis recuerdos. Tanto que cuando tengo la ocasión de despedir a un muerto, aparece un deseo persistente de que escape del ataúd. Algo así como que el cuerpo no debe morir.

Me llené de coraje y rompí la relación patrón-obrero con el tío Alejandro. Me ayudó un ingeniero que trabajaba en la mina, amigo del tío Antonio, al que conocí en el velorio. Se enteró de mi conflicto y me ayudó de inmediato dándome trabajo, ahora sí con un salario pactado. Además, resolvió que me alojara en la vivienda de un empleado. Mi tarea era la de ayudante acarreador del mineral de los socavones a la superficie. Más claro: debía vigilar que los carros a tracción mecánica estuvieran llenos y que se desplazaran sin novedad hacia afuera.

Ahora sí tuve la oportunidad de conocer la mina en su interior. Lo primero –como estaba situada a gran altura–, el acceso de los vagones de carga se daba casi en línea recta, a distancias variables, pero casi siempre a más de 100 metros desde la penetración inicial. Me impresionó el trabajo por dentro. Cada avance en la rotura de las rocas, con los taladros, iba acompañado con la tarea de sostén de lo ganado con fuertes tablones de madera de la región, enlazados entre sí. A veces, el agua casi anegaba todo.

Las pequeñas rocas del mineral se concentraban en un espacio más amplio. Las denominadas chimeneas alimentaban de aire fresco, porque venía del exterior. Debido a la oscuridad reinante, los trabajadores siempre tenían prendidas sus lámparas de carburo de calcio. En esos días reparé en que los mineros no usaban máscaras para defenderse del polvillo tóxico del ambiente (tampoco yo lo hacía). Recién cuando una inspección sanitaria de rutina comprobó que casi el 40% de los trabajadores estaban afectados, en diverso grado, por el polvillo, se la empezó a usar, aunque selectivamente en las zonas de tareas más productivas. Patronos al fin, querían ahorrar todo lo que podían: la usura y la tasa de ganancia mandaban. Ellos conocían, a su manera, todo el tema del ejército de reserva, del aporte de la legión enorme de desocupados en la región a sus descomunales ganancias.

Transcurrieron cinco meses. Aún no sabía que la persistente crisis económica familiar me obligaría a retornar a Janchiscocha en los próximos años, pero sólo en las vacaciones y por tres meses. Volvía a Lima acompañado de algún dinero y con la promesa formal del trabajo a futuro. No quise quedarme un solo día en Jauja, lo que me impidió conocer a fondo su lindo valle y su espectacular arquitectura, que combina pasado y presente. Por eso, desde La Oroya, tomé el tren a Lima.

Otra vez, como me ocurriera antes en el viaje de Barranca a Lima, pude pensar no sé si de todo. Eso sí, me parece que estaba ante otra calidad de pensamiento. Y no era para menos, después de lo traumático de mis últimas experiencias. Constaté que me había integrado como un igual a los trabajadores y su entorno, fueran indígenas, mestizos o cholos. Mi interpretación elemental es que las diferencias de razas y sociales no pesaban negativamente en mí. Es porque me sentía igual a ellos.

Igualmente capté, siempre empíricamente, el carácter de estas diferencias sociales, el grado de explotación y las desigualdades que le son inherentes. No obstante, percibí que estos elementos de injusticia social no producían en mí, todavía, una influencia decisiva. Asumo que sólo las recepcionaba, acusándolas. Me faltaba aún traducirlas en fuerza impulsora de una acción consciente. Ni siquiera había gestado una mentalidad contestataria.

En cuanto a lecturas seguía casi como antes. Al no circular publicaciones en la mina –no sé si por la represión ideológica patronal– no leí nada importante. Por ello, el resto del mundo con sus incidentes y problemas no eran de mi incumbencia, como supongo ocurría con la gran mayoría de mis compañeros trabajadores. Pensando hoy por cuenta del pasado, cuánto hubiera deseado leer literatura de un amplio espectro. Como sí lo hizo, por ejemplo, el Che Guevara desde su infancia, aunque con la limitación de que la literatura marxista recién le interesó, tardíamente, a sus 25 años.

Asimismo, dejar un registro, especie de diario personal, de las ocurrencias diarias o principales de mi ya compleja vida. Habría adquirido el hábito de escribir, y tendría un importante material acumulado como base de una reflexión inteligente. En esto sí lo fue Manuel Scorza que, cuando las invasiones de tierras en Cerro de Pasco, entrevistó y grabó a los personajes en quienes se apoyó para escribir su famosa novela *Redoble por Rancas* y su tetralogía sobre el ambiente andino.

Sin dejar de contemplar los cerros agrestes de las alturas, que iban cambiando de aspecto en la medida que el tren descendía, no sé si por la velocidad de ese descenso, mi memoria y reflexión se activaban más. Me pregunté por qué no manifestaba gestos de religiosidad si mi educación familiar tenía por centro sentimientos y mucho de fetichismo religioso, como lo demostraba mi antigua condición de monaguillo. Me

sorprendí al constatar que incluso no me persignaba como lo hacen comúnmente las gentes del pueblo. ¿Por qué nunca escribí poemas de amor? ¿Por qué, además de casi no llorar, tampoco tenía miedos?

Si tuviera que decir algo esclarecedor acerca de mi estancia en Janchiscocha, diría que, a pesar de mis indudables avances en la percepción de lo social, de las desigualdades e injusticias, aún no tomaba forma el curso consciente de mi vida. Cierto, la vida me enseñó a no asombrarme de muchas cosas, porque más que la realidad iba cambiando el prisma a través del cual la veía. ¿Pero podía decirse que ya tenía principios o una estructura moral definida? Mi respuesta es no. Pero eso sí, en el proceso de las experiencias que iba acumulando se echaban ya los cimientos sobre mi futura actitud ante la sociedad.

No me olvidé que en esos cinco meses casi no me bañé. No era la "costumbre" sino el terrible frío. Apelando a un gravitante baño de agua caliente a soplete me liberé de los centenares de piojos que se adherían a mi cuerpo. Figura simbólica: quizá podría liberarme también de algunos lastres que reconocía activos. Me pregunté, una vez más, qué tipo de persona era yo en esos días. No tenía más tiempo para especular, ya que el tren ingresaba con su velocidad atenuada a la estación Desamparados.

Regresaba al colegio con dos meses de atraso. Ante el director fundamenté las razones del hecho. Fui comprendido y perdonado. Vería con qué bagaje de experiencias encaraba los nuevos desafíos educativos. ¿Sería otro en relación con el del primer año de secundaria?

Tenía tiempo en los cuatro años que me faltaban de estudios para someter a prueba mis condiciones y madurez ganadas. Lo primero que percibí es que los avances en el estudio curricular de las diferentes materias contaban con el aporte de una buena plana de profesores. Aun el viejo y borrachoso profesor de matemáticas dominaba su materia. También fui comprobando que el ambiente escolar permitía a estos profesores realizar sus aportes desde una perspectiva progresiva. Ni la enseñanza de la religión católica, que era obligatoria, contaba con adeptos firmes entre los alumnos. Así lo comprendió el cura profesor, muy buena gente, que enseñaba su materia en joda, apenas para "cumplir".

Incluso lamenté que el Superior, por su precariedad de medios económicos –lo que pagaban los alumnos era poco– no contara con

una biblioteca ni con una sala de lectura. Además, si casi todos los profesores eran capaces y responsables, su compromiso concluía con el dictado de sus clases, no llegando por eso a convertirse en reales maestros. ¿Así sería, me pregunté, en todos los colegios?

El hecho de que el profesor no actuara también como maestro constituía, en mi concepto, un déficit. En mi caso, lo acusé. En el tránsito a ser un buen alumno, no tuve mayores dificultades prácticamente con ninguna materia, incluso matemáticas. Pero en el tercer año le tomé tirria al viejo profesor por faltón, por su vestir antihigiénico y por borracho. Y como me chocó su conducta, en rechazo fui alejándome de él y, a través de esto, de las matemáticas; interés que nunca retomaría a fondo.

El profesor de química, muy capaz pero hosco y distante, daba su clase estrenando un espectacular traje blanco de verano. Frente al pizarrón y de espaldas a los alumnos recibió un tinteretazo que lo manchó todo, lanzado por uno de los jefes de la "vanguardia" estudiantil. Evidentemente, se trató de una agresión e indisciplina graves. La dirección exigió una respuesta inmediata.

En mi moral en formación, sancioné en mi fuero interno al culpable. No obstante, predominó el criterio de la solidaridad con el transgresor. En esos códigos, no podíamos ser delatores, más si el agresor no asumía su culpa. Otra vez reflexioné en esos días si la conducta a seguir era ésta. ¿Es que hay que solidarizarse con lo bueno y con lo malo, hacer como si no existiera una diferencia cualitativa entre los dos? Esta no era una pregunta sin contenido, porque al tener que tomar posiciones más adelante, sobre lo humano, lo social o lo político, la distinción tenía que surgir.

Además, la "vanguardia" integrada por los más violentos, patoteros y casi desclasados, como jugando, hacían campaña contra el estudio del idioma inglés. Aquí me faltó un buen consejo, dirigido a resaltar la necesidad de proveerse de un idioma tan necesario. Pero capitulé; y el gusto por este idioma quedó en el camino. Tendría tiempo de lamentarlo, una y otra vez.

Aunque sí tuve reservas para no seguir a los provocadores en sus reiterados concursos de "paja" –masturbación– que organizaban a la hora del recreo; o en los manoseos sexuales a los chicos más tímidos. En su defensa, y a veces con coraje, fui a menudo a las trompadas.

Puedo decir así que iba armándome de ciertos principios y de una cierta moral, no sé si tan propia. Al concluir la educación secundaria me sentía más hecho, más vigoroso como persona. A través de estas experiencias con nuevos contenidos, en mi desarrollo desigual, el pensamiento y el accionar político no adquirían un lugar ni siquiera incipiente.

Que el mundo para mí asomaba como "ancho y ajeno" quedaba demostrado porque giraba casi únicamente alrededor de los problemas que me imponía la vida cotidiana, incluido por supuesto lo sucio y malo de ellos. Esta realidad me superaba al no encontrar aún respuestas concretas para enfrentarla o cambiar su curso. O sea, que lo poco que había avanzado en valores y reglas de conducta no era suficiente.

Se mantenía la precariedad de medios económicos del hogar. Para ayudar, Fico comenzó a trabajar como empleado pero con salario mínimo. Mis hermanas mellizas lo siguieron en esto. De mi lado, me mantuve firme en no trabajar, no por vago o irresponsable, sino porque quería ingresar a una universidad buscando un título profesional. Aunque ni pensar en universidades privadas por su carácter selectivo y por el alto costo de los estudios. Quedaba la de San Marcos, estatal, como último recurso.

En 1943 la reforma universitaria –por la que luchaban los estudiantes latinoamericanos, siguiendo los postulados de la reforma de Córdoba de 1918 en la Argentina, y también los intelectuales y partidos políticos democráticos– no había prendido aún en Perú. Fue necesario que se produjera el ascenso político amplio y radical en los años posteriores a la segunda guerra mundial para que del aflojamiento de la dependencia al imperialismo, en la oleada democratizadora, emergiera el combate de los estudiantes universitarios. Y, con ellos, la reforma universitaria.

Yo había concluido mi secundaria y no podía esperar más. Mi situación en el grupo familiar se presentaría insostenible si no concretaba mis planes. No se trataba de rebeldías, ya que mis mayores tenían razón en exigirme que trabajara, como ya lo hacían mis hermanos. Pero también en esos días las universidades estatales eran pagas, con su correspondiente examen de ingreso.

En una de las habituales fiestas de la tía Zoila conversé con mi primo Pío Dávila, ya recibido de alférez de la aviación militar. Me infor-

mó del llamado a concurso de esa arma para el ingreso al primer año de cadetes con la posibilidad de un entrenamiento en Estados Unidos para después ir a la guerra contra Japón. En la encrucijada, no dudé. De ingresar, quedaría interno durante cuatro años. Y si me iba bien, contaría con una profesión con buena paga y con destino asegurado. Y lo importante, en lo concreto, no ocasionaría gastos a la familia, entregaría mi propina, casi un salario mínimo, contribuyendo yo también a la economía del hogar.

Se ingresaba a la escuela de cadetes con el puntaje correspondiente, es decir, con las calificaciones exigidas. Pero, sobre todo, con el apoyo decisivo de la "vara", recomendación o padrinazgo. Oportunamente, Pío me hizo saber que la cosa marchaba, que no me preocupara, salvo por la aprobación de los exámenes que acompañaban los requisitos exigidos. En ese 1943, casi trescientos postulantes competimos por apenas cincuenta vacantes.

La vieja escuela de Las Palmas, en Barranco, recibió a los postulantes para tomar los exámenes respectivos. Mientras los dábamos, los trescientos comenzamos a padecer los primeros rigores de la disciplina militar, a pesar de que la aviación tenía fama de ser "blanda" en ese terreno en relación con las otras armas. Yo, un hombre libre en mis movimientos –por la playa, el mar, los cerros y las alturas– acataba sin chistar las exigencias de los suboficiales, de cuadrarse, correr o dar las vueltas y medias vueltas exigidas. Y como era verano, a pleno sol radiante. Pero sólo los que mandaban sabían que esto era apenas un pequeño adelanto de la verdadera disciplina que vendría después.

Al toque de diana los cadetes nos levantamos bajo la severa vigilancia del oficial de turno, a las seis de la mañana. Teníamos cinco minutos para ordenar las camas, no individuales sino en un camarote de tres. A continuación asearse a la misma velocidad y en igual tiempo, lo que precedía a la formación de todos los alumnos en el amplio patio central. Ésta sería la rutina mañanera de todos los días, en los cuatro años de encierro y estudios.

Después el desayuno, por cierto abundante. De ahí a las aulas respectivas, o sea por grado. Los primeros días fueron dedicados a hacernos conocer las materias a cursar, los horarios y profesores. Lo concerniente al aprendizaje del vuelo quedaría para más adelante.

Seguía la rutina: a las 12.30 almuerzo; para mí, suculento, teniendo en cuenta mis carencias. Un corto descanso y nuevamente a las aulas. Un par de horas de ejercicios deportivos, bañarse, cenar, algo de recreación; y a las 22, al dormitorio.

Eran hasta cuatro los oficiales encargados de la vigilancia de esta rutina diaria, aunque había uno con responsabilidad mayor en cada aula. Así, en este primer curso de vida los cadetes establecimos las primeras relaciones de compañerismo y amistad. Con los oficiales era algo distinto, porque éstos trataban de encontrar las formas de ejercer su autoridad, que a mí –en esos momentos– me pareció benigna.

Imposible no pensar algo antes de caer en el sueño, aunque era aún prematuro sacar conclusiones sólidas. Podría afirmar que tomé nota de todo, aceptando que mi vida comenzaba a cambiar de rumbo. Eso sí, aprecié que la rutina, el rigor y el ambiente no me chocaban. Quizá porque era la primera vez que el mañana de mi existencia quedaba predeterminado con cierta claridad. Así lo creía entonces.

La "saladera"

Claro, no todo podía ser tan feliz. Es que aparecieron los primeros contratiempos y problemas. Los cadetes de años superiores tenían una tarea ingrata. Dijeron que era una tradición militar "salar" a los "perros", los del primer año. Escenas y ceremonias que se dan asimismo en los centros de estudios del ambiente civil. Pero con formas ultrajantes: putearnos –mentarnos la madre–, llamarnos cornudos, obligarnos a arrastrarnos por el piso con el impulso de una u otra patada en el trasero. Hasta ahí todo era pasable. Ya no el recoger con la boca y lengua la basura o meter la mano en el water lleno de excrementos. Pero el punto más alto de la saladera estaba en la exigencia de masturbar al cadete mandón y otros hechos aberrantes de este estilo. A efectos de este relato, no interesa que en otros países y centros militares la saladera sea aun más abominable.

A pesar de que muchos de mis compañeros aceptaron la "tradición", yo me rebelé rápidamente contra ella. Rechacé esto que consideraba agresiones a mi honor de hombre digno. Pero para mis

superiores ocasionales no se trataba de honor o de dignidad sino de actos de rebeldía inadmisibles en la vida militar. La sanción que me aplicaron: el encierro en el calabozo y las guardias nocturnas reiteradas con la carga de dos fusiles Mauser al hombro. O sea, 22 kilos.

Mi rechazo a estas vejaciones indicaba ya el atisbo de una personalidad rebelde. Algunos de mis compañeros de grado provenían de hogares bien sustentados económicamente y un sector de la clase media alta. Mi currículum muy poco tenía que ver con el de aquéllos. Ni pensar que alguno hubiera procesado experiencias de obrero de campo o de trabajador minero como la mía en Janchiscocha, aunque comprendo que la dura vida no siempre produce rebeldías. Mi oficial responsable, en actitud consejista y paternal, pretendió resolver mi dilema. "Napurí –dijo, muy convencido–, la saladera es el método para comenzar a hacerlos hombres. Pero también para que el cadete conozca quién es el que manda en la vida militar y por qué hay que cumplir las órdenes, aunque sean ingratas, sin dudas ni murmuraciones, ya que el superior que las imparte es el único responsable de las mismas". Ni más ni menos que la "obediencia debida", el dogma al que apeló la dictadura militar argentina como justificativo para eliminar, sádicamente, a treinta mil personas.

El vuelo de cada día

Los estudios sobre teoría y técnica del vuelo iban más lejos que la conmoción que a un lego produce el conocer por qué aparatos más pesados que el aire se sustentan en la atmósfera. Buena parte de este aprendizaje teórico comprendía la historia de la aviación desde los primeros proyectos que se le atribuyen a Leonardo da Vinci a comienzos del siglo XV. También el desarrollo de la aviación comercial, de transporte de pasajeros y mercancías. Indudablemente, el foco estaba puesto en el desarrollo de la aviación militar, en los temas de la defensa aérea, de reconocimiento geográfico, de transporte y, especialmente, de combate y bombardeo estratégico.

El aprender a volar es apenas el inicio de la aventura del pilotaje. Primero despegar, decolar, aterrizar y... a surcar los cielos. En un solo proceso empezar a dominar los temores, y la sensación extraña

de constatar si es cierto que el avión puede sustentarse en el aire, como afirmaban los manuales. En más de una oportunidad, mientras volaba, pensé que ciertamente no estaba cerca de Dios, como en Ticlio, pero que este cielo formidable era también mío.

En medio de estas emociones comprendí que los buenos pilotos se doten de una personalidad suficiente, posesiva, audaz y agresiva. Creo que es porque adoptan como su medio habitual el espacio. Y entonces la tierra y sus gentes les parecen de su dominio, subordinados. Realidad o fabulación, por lo menos ensayo una explicación de estos pilotos convencidos y audaces.

Cumplida la parte de la enseñanza acompañada siempre del instructor, en tiempo no mayor de diez horas, llegó el momento de hacerlo solo. ¡Todo un acontecimiento! No era un avión sino un "avioncito", un Caproni 100 denominado "cachento". Insignificante y terriblemente frágil, un monoplaza no metálico, con dos ruedas adelante y una especie de patín o arado en la cola. Concebido para el aprendizaje elemental y para operar en pistas de tierra. Despegaba después de apenas un recorrido de 100 metros a pleno motor. Su velocidad de crucero no sobrepasaba los 100 kilómeros/hora, como un auto común. Y la de aterrizaje antes de posarse, unos 20 km/h; es decir con sustentación mínima y con la cola preparada para que el patín se enganchara en tierra. Algo parecido a la que realizan las aeronaves que se instalan en los portaaviones.

No crea el lector que la anterior descripción es producto de un rapto puramente emotivo. Es un relato que busca señalar brevemente los colosales progresos de la aviación desde la década de 1940, en que inicio mi experiencia de piloto aviador (aunque, reconozco, no de la estirpe de los buenos de mi promoción). En los años siguientes, y en cada año, debí realizar pruebas de acrobacia, de vuelos en escuadrilla, de combates simulados, de prácticas de tiro y bombardeos de diverso tono y calibre.

En el cuarto año opté por la especialidad de piloto bombardero y, de paso, de aviones de transporte. Entre otros, volé los Sterman para el primer aprendizaje de acrobacia; los Vultee para perfeccionar las técnicas; los NA-50 para tiro; y, en transporte, el Cesna T-50, el Catalina y el Hércules. El remate de todo fue el tetramotor B-25, el antecesor del

B-29, el que tuvo la triste misión de arrojar la bomba atómica en Hiroshima y Nagasaki, donde fueron calcinados por el fuego atómico centenares de miles de personas. Según afirmó el presidente Truman, para ganar la guerra contra Japón "en nombre de la democracia occidental".

Mi nostálgico recuerdo del Caproni 100 tiene un significado profundo. De cómo los hombres que debieron apropiarse de la atmósfera para ayudar a enriquecer la vida de la sociedad, por el contrario son aplastados por tecnologías al servicio del genocidio imperialista. Donde el imperialismo yanqui y sus fundamentalistas son actualmente la avanzada de este intento de depredación mundial en nombre del mercado, de la democracia y de los valores del occidente "culto".

Los años felices

Desde el primer año comencé a ser una suerte de privilegiado muy a pesar mío. Reconozco que no fue por mis excepcionales habilidades en el vuelo o por un excepcional rendimiento académico. Y tampoco por lo que en la vida militar es prioritario, el compromiso con una férrea disciplina. La cuestión vino por el lado deportivo, porque quien se destaca en algún deporte es considerado, conforme a los valores castrenses, un "diferente". Más si al serlo la Escuela se califica entre sus pares de las otras armas a través de intervenciones exitosas en los torneos deportivos comunes. Cuando esto ocurría, la Escuela se tensaba con la exigencia de victorias que pusieran en lo más alto los colores propios.

Me convertí en atleta exitoso por casualidad, pero sobre todo por las diferencias sociales que atravesaban el tramado de la vida militar. Los cadetes se especializaban en carreras de velocidad y, muy pocas veces, en las de medio fondo, como 800 y 1.500 metros. Las de fondo estaban reservadas a los conscriptos "serranos", por la idea de que por venir de los Andes poseían más resistencia. Pero, en realidad, en esto predominaba el elitismo de los blancos. Sin embargo, al acercarse un importante certamen entre escuelas militares, ningún serrano se demostró apto. El tiempo apremiaba. ¿Cómo solucionar este déficit?, se preguntaron los responsables deportivos.

Uno de los cadetes del último año, que me castigaba asiduamente por mis rebeldías ante la saladera, opinó que yo estaba preparado para correr 1.500 y 3.000 metros por mi resistencia, "entrenamiento" debido a las reiteradas carreras alrededor de la base (20 kilómetros) a las que era obligado por mi mala conducta. Me ordenaron correr y ganar. De esta manera, después de una apurada preparación física debuté en el certamen realizado en el estadio nacional y antes unos 20.000 asistentes. Aunque no se crea, gané las dos pruebas y en una de ellas con récord de la categoría. Los oficiales se turnaban desde la cancha de césped para, en cada tramo de la carrera, alentarme y exigirme pasar a un adversario. Y en los últimos 100 metros, bajo el estrépito ensordecedor pero profundamente emotivo de las bandas musicales de cada escuela que, con sus sonidos, alentaban a los corredores. En los sucesivos torneos, y ya con un nombre propio, retorné a lo mío: la especialización en 400, 800 y posta de cuatro por 400 metros. Sudando a fondo la camiseta, con mucho coraje y parece que con habilidades propias, me hice "importante", "diferente".

En el tercer año nos comunican que el nuevo jefe en lo académico y de vuelos sería el coronel García Romero. Es decir, el Panchopepe, mi comprovinciano y amigo. El mismo del caballo que me tiró y casi me mata, según lo dije antes. Panchopepe era miembro de una familia tradicional de Barranca, de origen español, con rasgos señoriales. Se lo conocía como un oficial atípico, pleno de iniciativas, con un tendal de enemigos en su carrera. Decían que era enérgico y que ponía la disciplina por encima de todo.

Me citó a su despacho y, en lugar de encontrar al militar disciplinario, hallé a un tremendo amigo. Nunca dejó de decirme "Payito", apelativo que me venía desde mi infancia. Desafiante, no guardaba las formas en nuestra relación. Para mi sorpresa, afirmó que contaba conmigo, un simple cadete, para pulir su proyecto de cambiar la Escuela, que para él no se había renovado. Panchopepe hacía dupla con el director, coronel Álvarez, que en su condición de agregado aeronáutico de Canadá, su anterior destino, había retornado al país con ideas "revolucionarias".

Como parte de este proyecto, Panchopepe profundizó las prácticas a casi todos los deportes. Decía que para mejorar su imagen la Escue-

la, por vía de las competencias, debía salir socialmente hacia afuera. Es que las competencias se daban no sólo entre militares sino también con universidades y clubes deportivos prestigiados. Ambos jefes veían en estos canales una de las vías para la mejora social de los cadetes.

Tanto que las reuniones con familiares se hicieron comunes, al igual que las fiestas pactadas con otras escuelas. Panchopepe me pedía iniciativas. Se me ocurrió una: la de sustituir los castigos por la de disciplina por convicción. Es decir, que los cadetes reconocieran su falta ante los responsables, como si se tratara del perdón del cura después de la confesión. Para mi sorpresa, Panchopepe aceptó complacido la iniciativa y comenzó a implantarla.

Esto causó una conmoción, creo que hasta en las jerarquías. Por ello hubo marcha atrás, ante el temor a la anarquía normativa y al derrumbe de la "obediencia debida". Sí logré que mi amigo instrumentara mi propuesta de crear una sala de estar y armar una biblioteca. Para que los alumnos leyeran libros de un amplio espectro y así dotarse de una base cultural. Porque hasta entonces, libros, revistas o diarios, no acompañaban la formación pretendidamente profesional.

Mi jefe y amigo Panchopepe fue atacado desde varios frentes una vez que pasó la curiosidad por los cambios. A veces pensé que por mi estrecha relación con él podría ser acusado de cualquier cosa. Opino que si no ocurrió fue por mi condición de deportista destacado, emblemático en cierta forma para la Escuela. Además, porque mis otros jefes me consideraban honesto y un "buen muchacho". Si no, el camino hacia la graduación de alférez hubiera sufrido tropiezos quizás insalvables. No exagero, si tenemos en cuenta los rigores de la vida militar.

Los hechos, y el conjunto de problemas que encaraba sin poder dominarlos, convertían en muy contradictoria mi situación personal. Tuve la sensación de ocupar un lugar de "infiltrado" en ese medio que se alimentaba de códigos cerrados, con la mayoría de los cuales ya no coincidía. La contradicción surgió intensa entre mis convicciones sociales –no importa si inacabadas– y esa realidad de espaldas al país y sus gentes, de los que yo había surgido.

Me violentaba el hecho de no poder tener respuestas propias. Imposibles de lograr en el medio militar como lo venía constatando. En realidad, como consejero de Panchopepe actuaba como una especie de

reformista castrense. Ilusión de un sano adolescente. Porque la estructura militar de nuestros países jamás puede cambiarse por la vía de la autorreforma democrática. Tendría tiempo más adelante de comprobarlo a través de mis múltiples experiencias en tanto combatiente y luchador social.

Mi madre, otra vez en el Perú

A comienzos de 1947 una inoportuna septicemia me condujo al hospital militar porque la Aviación no tenía aún uno propio. Antes de internarme de urgencia recibí un equivocado tratamiento basado en sulfas. Creo que en ese entonces la penicilina recién hacía su aparición en Perú y en fase de experimentación. Los médicos opinaron negativamente sobre mi estado.

Ante esto, el buenazo de Panchopepe, que conocía el drama de mi familia, resolvió comunicar el hecho a mi madre. Así fue que ella y mi hermana Haydée resolvieron viajar de Buenos Aires a Lima, en el término de la distancia. La misión dramática: conocer, y quizá despedir, al hijo en peligro de muerte. De paso, reencontrarse con los otros hijos.

No hay palabras que alcancen para dar relieve a este encuentro. Ninguno de los hijos, salvo Haydée, conocía a la madre, ausente por casi veinte años. Estábamos ante una mujer de 42, esbelta, de estatura media y sumamente blanca. Sus movimientos denotaban a alguien con gran personalidad; y cultivada. No es necesario en este relato reconstruir la escena del reencuentro. Apenas señalo que surgió en ambas partes, y torrencialmente, el amor reprimido o ausente. Los hijos quedamos impresionados y anonadados, y cada uno pensó que ya tenía madre.

Conocimos el proceso de vida de ambas. Mi madre, que arribó a Buenos Aires en 1928, en males condiciones psíquicas, no fue bien recibida por su familia argentina. El reencuentro con su madre y hermanos se frustró. La consideraban una extraña al grupo. El eje de todo: no solamente su matrimonio con un católico sino el desastre familiar que produjo ese hecho.

De esta forma, a los 24 años, con su drama a cuestas, fue prácticamente lanzada a la calle para que se las arreglara sola. No consi-

guió perdón ni apoyo. Sólo tenía educación elemental y Buenos Aires, con todo lo que expresaba, la agredía. No obstante, se las arregló para trabajar en tareas domésticas, lavando ropa o cuidando ancianos. Posteriormente, logró un puesto como obrera en Catita, una compañía angloargentina que, con el tiempo, fue la base de la Compañía de Transportes de Buenos Aires.

Dispuesta a defenderse al máximo, en las noches cursó el secundario mientras estudiaba secretariado empresarial. Al calificarse mejor, pasó a ser empleada administrativa. Luchadora, fue sindicalista y militante del Partido Comunista, ganando un lugar destacado como dirigente de su organización de mujeres. El peronismo, que recién asomaba en la vida política, le ofreció un puesto de diputada nacional, que ella rechazó.

Hemos dicho antes que logró rescatar a su hija Haydée, pidiéndole a su madre que fuera a Perú para retornar con todos los hijos. Mi padre se opuso terminantemente. Sólo concedió la entrega de Haydée a su abuela materna. La niña de seis años se convertiría en la acompañante de toda la vida de su madre. Fue además de hija, su compañerita en carencias primero y en el bienestar que conquistaron después. Estudió su primario y secundario. Muy joven se empleó en Duperial, la filial argentina de Dupont. Estudió enfermería y obstetricia en la Universidad de La Plata. Y, redondeando su perfil de joven exitosa, se convirtió en nadadora del Club Italiano, con registros y marcas de primera categoría.

Cuidados y penicilina de por medio, contra lo que diagnosticaron los médicos, salvé la vida. Así pude culminar mi cuarto y último año de cadete. Mientras tanto, fracasaron los intentos para que mi madre y hermana se quedaran definitivamente en Perú, a pesar de sus deseos. Mi hermano Fico abandonó el país para estudiar en la Universidad de La Plata, en la que se graduaría de médico veterinario. Yo estaba aún interno en la Escuela; y mis hermanas no pudieron resolver los conflictos suscitados con las tías y la abuela paterna.

No era menor el problema de cómo sustentar los gastos de instalación del nuevo hogar. Pero los vínculos anudados, lo filial y afectivo retomado y reconstruido pesaban mucho. Mamá y Haydée volverían a Buenos Aires, pero ya con la promesa de crear las condiciones para el encuentro definitivo. Mi madre cumplió la promesa plenamente. Un día,

en el tiempo futuro, retornaron las dos. Y para quedarse al lado de los hijos y hermanos. Hermoso gesto de mi madre. Murió en Lima a los 93 años. En su libro de poemas, en sus versos, no ocultó que entregaba lo que le restaba de vida a la sociedad y al país donde tuvo oportunidad de ser madre.

El futuro: ¿incierto?

La culminación del cuarto y último año de estudios conducía, si no surgían tropiezos, a la graduación. Yo estaba en un momento especial por la alegría que me produjo conocer y disfrutar a mi madre ausente, lo que abría perspectivas formidables para una relación filial recreada. Pero, lo que no era menor, me había recuperado totalmente de mis padecimientos físicos, tan sorprendentemente que apenas seis meses después de mi alta médica intervine en el certamen donde se seleccionó a los atletas, civiles y militares, integrantes de la delegación peruana a los juegos bolivarianos a realizarse en Caracas, Venezuela.

Era el capitán de deportes de la Escuela. Y el presidente de la República, doctor Luis Bustamante, me entregó la espada que daba fe de mi compromiso patriótico con la Nación. Esto era algo inverosímil porque personalmente no me consideraba un hombre tan fiel, ya que cada día dudaba más de mis convicciones castrenses. No lo creían así mis superiores jerárquicos que me consideraban "de lo mejor".

Graduado, mi primer destaque fue a la primera unidad de Lima. Constituía un privilegio del que se beneficiaban los oficiales que tenían más vara, apoyo o palanca. Yo no los tenía. Generalmente, el primer destaque de oficial se hacía en las bases de provincias, también importantes, especialmente las cercanas a las fronteras de Ecuador y Chile, países con los que los militares y gobiernos peruanos tienen cuentas pendientes, guerras mediante.

Con mis compañeros Ricardo Dulanto y Eduardo Gozalo, nos presentamos –como era de uso y rigor– al coronel jefe de Transportes Aéreos Militares, TAM. Pero el coronel-jefe no nos recibió en su despacho sino en el casino de oficiales. El espectáculo me impresionó, por decir lo menos. El coronel estaba acompañado de casi todos los jefes jugando a las cartas, con una buena cantidad de botellas vacías sobre

la mesa, sin las chaquetas de sus uniformes, dando la impresión, por los signos exteriores, entre ellos la barba crecida, que la juerga venía muy de atrás. El colectivo juerguista ni se inmutó por nuestra presencia. "Dejen sus espadas sobre la silla, tómense unos tragos y súmense al juego", dijo el farrista coronel.

Ricardo Dulanto, el brigadier de mi promoción, "niño bien", de buena familia, y Eduardo Gozalo, muy aficionado al juego, no dudaron. Cumplieron la orden "sin dudas ni murmuraciones". En un tris eran parte de la fiesta. El problema fui yo, porque me quedé fijo, cuadrado, en tren de saludo formal. "¿Qué te pasa?", preguntó el coronel. "Mi coronel, no sé jugar a nada –lo que era cierto–; ni a las cartas ni a los dados; y tampoco bebo". No sé si me creyó, aunque es posible que ya tuviera referencias mías. Mi rechazo desarmaba moralmente a los presentes. El coronel atinó a exclamar, a modo de sentencia: "Si sigues así no creo que hagas carrera en la Aviación". Al quedar solo con mi gesto, me retiré con la sensación de que empezaba mi periplo con el pie izquierdo. Una vez más, los hechos no se presentaban diáfanos como mi ingenuidad pretendía.

Fui nombrado jefe de bienestar social en el departamento de personal. Entre conscriptos, suboficiales, oficiales y personal civil, unas cuatrocientas personas. Mis responsabilidades abarcaban salud, alimentación, disciplina y recreación del conjunto. Me enteré rápidamente de los problemas y, como mi jefe era un buen tipo que me "dejaba hacer", me dispuse a realizar algo parecido a la experiencia con Panchopepe. Opiné que las comidas, hasta ese entonces diferenciadas, deberían ser iguales para todas las instancias. Después de algunas batallas, logré que sí lo fueran las de los conscriptos, suboficiales y civiles. Los oficiales, en defensa de sus privilegios, dieron la espalda a la audaz iniciativa. Y, como el dinero a disposición lo manejaba yo, la mejora del rancho se hizo realidad.

Al existir bases aéreas en las principales regiones del país me di cuenta de que en los aviones de transporte se podían traer productos más baratos. Con una provisión regular, formamos una especie de cooperativa que benefició especialmente a la tropa y a los suboficiales. Ahora bien: esta iniciativa concreta tuvo un tropiezo grave cuando al capitán de la nave en la que yo era su copiloto se le ocurrió capturar

tres cerdos que andaban sueltos en Yurimaguas, pueblo de la Amazonía. Los subimos al avión como pasajeros privilegiados. Pero su destino no fue el mejor ya que sucumbieron para alimentar los estómagos de muchos. Hecho que devino amargo para mí, porque días después la superioridad comunicaba de una denuncia de "robo de ganado". Se abrió la investigación de rigor. De todo ello me enteré porque el piloto me informó que lamentaba haberme culpabilizado porque no tenía otro recurso: estaba por ascender de capitán a mayor y no podía manchar su hoja de servicios. "Estás empezando la carrera –dijo– y una sanción no te perjudicará mucho; yo y mis amigos te protegeremos".

Por un tris no recibí una sanción grave. Todo iría a mi hoja de servicios. Ya no podía ser tan ingenuo para no asumir que la vida de la escuela era un paraíso al lado de esto nuevo. El coronel me había advertido que no tendría éxito en la carrera que iniciaba por el solo hecho de no aceptar una orden absurda. Pero ahora mi hoja tenía la marca de "ladrón de ganado". Qué duda cabe: era un mundo que no dominaba, al que ni siquiera comprendía a cabalidad.

Había que pelearla. Ya que estaba metido en esto, proseguí como si nada con mis iniciativas. Logré la "hazaña" de organizar dos torneos deportivos de los que participaron los representantes de todas las estructuras jerárquicas de Lima. Sorprendentemente concursaron en las pruebas generales coroneles y el resto de oficiales junto a miembros de la suboficialidad y de la tropa. A todos les pareció un hecho "democrático" que alegraba el espíritu de los "defensores de la Patria".

Éstas y otras iniciativas audaces. Me sorprendió que a nadie se le ocurriera acusarme de "comunista", de uso común ante el cuadro de crisis política del país, donde las sospechas de aprista, comunista, socialista, iban y venían. Tanto que se afirmaba que existía una importante infiltración en las fuerzas armadas. Habría que ver en los archivos los informes confidenciales para conocer si los servicios secretos de inteligencia ya me ponían alguna filiación.

En cuanto al vuelo, quedaba atrás la etapa del aprendizaje básico, con unas 500 horas reales. Ahora las exigencias eran más severas y la responsabilidad mayor. Según el tipo de avión era el copiloto de un piloto más antiguo y experimentado, aunque a veces tenía que volar solo. En los aviones de transporte o carga llevábamos pasajeros, gene-

ralmente militares o sus familiares, carga diversa y correspondencia. Debido a que TAM actuaba como compañía de transporte existían vuelos pautados de itinerario fijo y otros, la mayoría, eventuales. Vuelos hacia todas las regiones y ciudades importantes. De la serranía Puno –al lado del majestuoso lago Titicaca– a Cusco, que conserva el esplendor del pasado, comprendiendo tres culturas históricas, antigua sede del imperio de los incas. Igualmente a la segunda ciudad en importancia del país –Arequipa– y líder de las luchas contra el hegemonismo de la capital, Lima.

Reconozco que lo que más me impresionó fue el cruce de los Andes en sus tres cordilleras, en dirección a la región amazónica. De ésta destaco el río Amazonas, de enorme caudal y uno de los más extensos del mundo. Nace en los Andes peruanos en la confluencia de los grandes ríos Marañón y Ucayali, hecho que se puede testimoniar desde lo alto cuando las densas nubes no impiden la visión hacia abajo. En sus 6.440 kilometros recorre los territorios de Perú y Brasil, país en el que desagua en el Atlántico en forma de delta, después de enriquecerse con el aporte del caudal de aguas de 280 afluentes.

Nadie con una sensibilidad siquiera primaria puede dejar de impactarse con estos prodigios de la naturaleza. He citado al pasar algo de la parte peruana de la amazonía. Porque ésta es más vasta e inmensa, abarcando el centro y norte de América del sur, con su centro en la cuenca del río Amazonas. Tan vasta que abarca parte de Perú, Brasil, Colombia, Ecuador, Venezuela, Bolivia, Guayana, Surinam y Guayana francesa, con una superficie aproximada de siete millones de kilómetros cuadrados.

En ella se encuentra la mayor selva tropical del planeta y la más importante reserva ecológica mundial. Con sus riquezas naturales incalculables, sobre todo de agua dulce, cuando su escasez es tema de la voracidad de las potencias imperialistas dominantes. Por eso Estados Unidos tiene hoy como una de las prioridades de su proyecto imperial la "captura" de esta región. Para tratar de lograrlo, cuenta con el pretexto de la liquidación de las guerrillas de las FARC y el ELN, y la menos sutil del combate al narcotráfico. Si el imperialismo norteamericano lo lograra la recolonización de América Latina sería un hecho consumado.

Impactado por mi contacto cotidiano con esta región, llegué a asumir como propios muchos de sus problemas. En realidad, este impacto es quizá lo más importante que rescato de mis años de servicio profesional en TAM. De niño, me fascinó el mar y su inmensidad incalculable. Ya joven y aviador, fue esta visión, inenarrable, de sobrevolar las cordilleras occidental, central y oriental, partiendo desde la Costa y el mar Pacífico. Y llegar a la selva virgen, surcada por infinidad de ríos, unos más caudalosos que otros. Sensación hermosa de los prodigios de la naturaleza que, en su biodiversidad integra el pasado humano, las tribus aborígenes: muchas de ellas en estado salvaje. Expresión muy concreta del desarrollo desigual de la humanidad.

No es éste un relato idílico porque mi relación con los problemas de la Amazonía llegó a ser importante en mi vida política posterior. En el Senado, 1980-85, y antes en la Asamblea Constituyente, tomé como propias las reivindicaciones fundamentales de esta región postergada. Presenté proyectos de ley en su defensa; exigí que se le considerara privilegiadamente en el presupuesto nacional buscando aliados en mis colegas para aumentar el caudal de presión. En la condición de miembro de la comisión de vivienda apoyé en todo momento las ocupaciones "ilegales" de tierras urbanas en Iquitos, la capital.

San Marcos

¡Las vueltas de la vida! Señalé anteriormente las razones por las que no pude ingresar a la Universidad de San Marcos. Por eso tuve que transitar un corto periplo militar. Constituía un desafío que tenía pendiente. Ingresé sin dar examen porque mi grado de oficial aeronáutico me eximía de ello. Primero a Letras, antesala del estudio de abogacía. Creo que en esos años, con mi compañero y amigo Ricardo Dulanto, fuimos los únicos aviadores en actividad dispuestos a seguir dicha carrera universitaria.

A los mandos militares no le agradaban las iniciativas de este tipo. Dudo ahora si sus temores tenían que ver con el ambiente de los medios universitarios. El estallido fuertemente democrático de las uni-

versidades chocaba frontalmente con la estructurada disciplina autoritaria de los cuarteles. Debía sonarles a "subversión".

Lo constaté *in situ*, aunque San Marcos lideraba los gestos de rebeldía. Y no sólo por el carácter aplebeyado de su alumnado, compuesto principalmente por jóvenes provenientes de las capas medias pobres y aun de sectores del proletariado.

Este estallido democrático llegaba de afuera, del despertar social colectivo gestado durante y después de la Segunda Guerra Mundial. Es que el aflojamiento de las cadenas que atan al país al mercado mundial y a la dominación imperialista, permitieron la apertura de brechas en esta dominación por las que se colaron muchas capas de desposeídos.

En los medios universitarios el despertar tomó como bandera la reforma universitaria, siempre impedida o postergada por la represión política de los gobiernos oligárquicos y los de dictadura militar. Estas banderas reformistas (autonomía universitaria, libre ingreso, libertad de cátedra, gratuidad de la enseñanza, entre otras), además de chocar con el orden político reaccionario iban en dirección, por su contenido movilizador, de la profundización de las libertades democráticas y de la democracia misma.

Asimismo por primera vez constaté las manifestaciones del carácter de la lucha política partidaria. En un cuadro de ascenso y de radicalismo social las fuerzas de derecha eran relativamente débiles. Por eso los enfrentamientos políticos tenían como actores a apristas, que detentaban el control de casi todos los claustros, y a la izquierda integrada por comunistas e independientes radicalizados, de todos los matices.

Por mi trabajo en TAM y por los reiterados vuelos a provincias no podía ser un alumno regular, de asistencia cotidiana. Pero logré que se me concediera un régimen especial facilitado por el carácter libre y abierto de los estudios.

Aunque físicamente estaba "de paso" en las aulas, el ambiente no podía dejar de impactarme fuertemente ante mi ya evidente sensibilidad humana y social que compensaba en algo la despolitización de que hacía gala. A pesar de esta limitación trabé relación con estudiantes que después se destacaron por sus actos en la vida profesional y política. Entre otros, el hijo del fundador del marxismo latinoamericano, José Carlos Mariátegui, del mismo nombre. Max Hernández,

calificado psiquiatra. Y el inolvidable Juan Pablo Chang, asesinado junto al Che Guevara, en octubre de 1967, en Bolivia.

No pretendo realizar un comentario prolijo de estas circunstancias. Recuerdo sí, que por asistir a clases después de mi horario militar o apenas descendido del avión, casi siempre concurría uniformado y portando mi pistola Star de reglamento. Ponía el arma sobre el pupitre, sin ánimo de intimidación. Pero el amable e inteligente profesor de literatura me dijo un día que él pensaba que mis intenciones eran otras: impedir que quienes controlaban los exámenes se acercaran, para yo poder copiar libremente.

Un atleta, aunque esté insuficientemente entrenado, no deja de serlo. Por mis limitaciones, mi "entrenamiento" en este escenario ni por asomo me convertía en alguien con convicciones políticas. Pero indudablemente avanzaba. Tanto que descubrí, de golpe, por la lectura y por la vivencia cotidiana, que existía la lucha de clases, con sus opresores y oprimidos y las diferencias entre los que se reclamaban, con diversos acentos, de la lucha social y de la revolución. Así, casi empíricamente, las palabras marxismo, socialismo, comunismo, revoloteaban en mis oídos.

Yo estaba influido con la idea de que las fuerzas armadas eran las únicas salvadoras de la Nación. Sin embargo, entre mis dudas y contradicciones ya me preparaba para tirar por la borda todo lo "patriótico" de mi pensamiento e ideas. De paso, en este medio, comenzó mi romance con la palabra pero aún no con las lecturas abundantes y reflexivas. Me sentí animoso porque si me iba mal como militar tenía una alternativa en mi futura condición de abogado.

El 3 de octubre: la rebelión aprista

De esta forma comenzaba a tener herramientas más inteligentes para tratar de comprender mi lugar en la sociedad. Claro, estaba lejos aún de extraer conclusiones sobre los problemas fundamentales del país, económicos, sociales y políticos, aunque los rozaba con menos empiria. Eso sí, tuve ante mis narices el hecho político que atravesaba todo.

El presidente Bustamante y Rivero, jurisconsulto de nota y conservador no partidario, llegó al gobierno del país en tanto candidato del Frente Democrático. Una coalición formada a iniciativa del Apra, integrada también por grupos y personalidades "independientes", de toda calaña.

El Apra era el eje de la situación política. Esta organización nació primero como una corriente de opinión para devenir después en movimiento y partido político, en la década de 1920. Haya de la Torre, su fundador y líder histórico, se reclamaba entonces marxista. Expuso su pensamiento siempre polémicamente. Su libro El antimperialismo y el Apra, lo explica y resume. Como en muchos países económicamente atrasados, no pudo escapar a la influencia gravitante de la revolución rusa en los medios de izquierda.

Haya entendió a su modo la cuestión nacional, diferenciando correctamente a los países desarrollados-capitalistas de los atrasados, coloniales y semicoloniales. Pero comprendiendo la división mundial del trabajo, la unidad del mercado y extensivamente de la lucha de clases, extraía conclusiones *sui generis* de esta realidad. Uno de sus temas fundamentales: que el capitalismo nacional, devenido en imperialista en los países centrales, preparaba –por sus contradicciones insalvables– las condiciones del advenimiento del socialismo. Aceptaba en esos países, conforme a las tesis marxistas conocidas, la condición de sujeto social político del proletariado y su liderazgo sobre la nación oprimida.

No obstante, afirmaba que en los países capitalistas atrasados, entre ellos los latinoamericanos, con diferencias de grado indudablemente, la clase obrera no podía ejercer el liderazgo de la lucha antimperialista y de la revolución. Y esto por su condición de clase social numéricamente minoritaria.

Es decir Haya consideraba a la clase obrera sólo como uno de los sujetos de la revolución. Así quedó establecido en su histórica polémica con José Carlos Mariátegui. Para aquél, considerar a nuestros países como oprimidos por el imperialismo, tenía consecuencias concretas. Por ejemplo, que las mayorías populares: campesinado, capas medias, estudiantado, la enorme gama de artesanos, entre otros –en su condición de explotados–, ocuparían un lugar destacado en el movimiento revolucionario de emancipación nacional. O sea, un

frente de clases y capas oprimidas. Sin embargo en éstas sus primeras formulaciones no asignaba el mismo rol a la burguesía nativa, por considerarla enana en su desarrollo y tempranamente aliada y agente del imperialismo.

Por este razonamiento al partido de la clase obrera opuso uno de composición mesoclasista, de alianza en su seno de todos los oprimidos por la patronal nativa y el imperialismo. Y como concebía las tareas de independencia nacional como regional o continental con su planteamiento forjó las bases para el nacimiento de la Alianza Popular Revolucionaria Americana (Apra). Audazmente afirmó que la revolución aprista, al triunfar, constituía la antesala del socialismo. Es decir, una concepción etapista, igualmente *sui generis*.

Estas posturas constituían una herejía para quienes se reclamaban del marxismo ortodoxo, pero sobre todo para los partidos comunistas, que aunque pactaran o capitularan ante la burguesía nacional, con frentes populares o sin ellos, mantenían declamativamente en su programa el rol dirigente del proletariado y su dictadura.

Con estos planteamientos el Apra se constituyó en el partido de las mayorías populares, siendo perseguido y reprimido por los gobiernos reaccionarios que lo motejaban de "comunista". Es que el régimen oligárquico no tenía ningún interés en distinguir entre el nacionalismo radical aprista y quienes se reclamaban comunistas. Porque el Apra, al movilizar multitudes, amenazaba su poder de clase.

Siendo los problemas de la opresión nacional casi los mismos, en muchos países la prédica aprista prendió. Tuvo seguidores en Venezuela, Panamá, Colombia y en Centroamérica y el Caribe. El líder del comunismo cubano, Julio Antonio Mella, refutó los postulados apristas en su folleto *¿Qué es el Apra?* Se explica porque la Internacional Comunista transitaba por lo que se denominó el "tercer período", de un breve extremismo sectario. Para los estalinistas latinoamericanos el Apra constituía una versión nacionalista y popular de la dominación de clase de la burguesía. Y por esto, enemigo del proletariado y del socialismo. Ni pensar en políticas de unidad de acción o de frente único con el aprismo.

Con el correr de los años y de la lucha de clases, el Apra no logró revalidar los fundamentos de sus planteamientos. Su dirección fue asu-

mida desde los primeros momentos por la pequeña burguesía radicalizada, representada directamente por la intelectualidad de izquierda. Y ésta fue abandonando los planteamientos iniciales hasta devenir en un partido de masas pero integrado al sistema. Incluso su antimperialismo fue dejado de lado para, con "realismo", aceptar la hegemonía norteamericana sobre los países de nuestro continente.

Este tipo de partido político, que ahora denominan "populista", no puede impedir expresar en su seno las presiones de las clases hostiles. De ahí que el Apra contara siempre con una izquierda que exigía a su dirección que retomara las banderas que había abandonado. Estos sectores, incluso militares ganados a su prédica, fueron los que produjeron la sublevación de octubre de 1948. En los hechos se convirtió en una doble sublevación: contra la dirección del partido aprista y contra el gobierno de Bustamante y Rivero, apoyado y sostenido por el Apra.

En ese octubre de 1948, la rebeldía-sublevación comprendía a militantes apristas radicalizados y al equipo militar del partido, comprometidos en sublevar cuarteles y barcos de la Armada. Los cuarteles del Ejército no respondieron como esperaban los insurrectos, pero los oficiales y suboficiales de la Armada comprometidos, sí. De ahí que el levantamiento tuviera su centro en la rada del Callao, el principal puerto de Perú.

Ante esto el gobierno ordenó someter a los alzados en armas, no por el diálogo o la intimación negociadora, sino con una represión abierta y dura. Esto por ser un gobierno débil con una crisis muy profunda ante el ascenso de las luchas de las masas. Y bien sabemos que este tipo de gobiernos, aunque se digan democráticos y populares reprimen sin piedad para salvar su permanencia en el poder.

La obediencia debida

El jefe del departamento de vuelos me citó en su despacho. Después de una breve exposición afirmó que yo y otros compañeros debíamos salir a reconocer los hechos, como paso previo a la represión que producirían los B-29 que demorarían en arribar desde su base en la lejana Talara, en la frontera con Ecuador.

Callao está apenas a 20 minutos de vuelo desde la base de TAM. Con mi avión di un amplio rodeo antes de acercarme al objetivo. Obviamente, porque desde los barcos podía recibir disparos. Esto no ocurrió. Todo lo contrario: no había resistencia, civiles y muchos marineros que estaban en las cubiertas, agitaban sus brazos en ademán de saludo. El gesto se explicaba, después me enteré, porque los insurrectos creían que estaban ante aviones amigos, plegados a la rebelión. El comandante Conterno, jefe de una pequeña base aérea, les había prometido apoyo de la aviación.

Informé a mis superiores lo que había visto. Éstos creyeron que había que aprovechar esta confusión para atacar, ametrallar y bombardear, adelantándonos al arribo de las escuadrillas de B-29. Rápido de reflejos me negué a cumplir la orden. Argumenté que no había ingresado a la Aviación para matar al prójimo, salvo en una guerra internacional declarada. Que mi conciencia me indicaba no llegar a ser como el comandante "pescuezo" Aguilar, uno de nuestros jefes en la escuela, considerado un mal hombre por haber sido el único que cumplió la orden de ametrallar a civiles desarmados en la revolución del Apra, en la ciudad de Trujillo, en 1932.

No hubo diálogo de emergencia. Me declararon "insubordinado", para peor en un estado de guerra civil. Iría a prisión hasta nuevo aviso. Pero como no existía en la base un lugar de este carácter, fui depositado en la enfermería, con guardia a la vista. Mientras tanto, se produjo la represión con su saldo de muertos y heridos.

Uno de esos días me visitó el coronel Souza Peixoto, un hombre de origen amazónico que me tenía gran simpatía desde mis días de atleta. Me informó que como el general Manuel Odría se había sublevado en Arequipa contra el gobierno constitucional, no me aguardaban buenas noticias, ya que mi falta era gravísima y la sanción seguramente muy dura, hasta la probable separación del arma. Dijo que otros jefes coincidían con la propuesta que me haría.

No me habló de exilio o deportación formal. Me propuso que abandonara el país en el término de la distancia. En mi situación no tenía a nadie a quien recurrir. Todo dependía de mí mismo, de mis convicciones, de mi conciencia. Con sólo mi uniforme como prenda y acompañado de dos suboficiales fui puesto en la frontera con Boli-

via. Mis ideas bullían, mis emociones encontradas eran muchas. En el frío bajo cero del altiplano tendría tiempo de pensar mejor las cosas.

Boliva, ¿de paso?

Crucé en barco el lago Titicaca y no sé si pude contemplar su original paisaje, lo que sí pude hacer desde un avión en mis no tan lejanos días de piloto de TAM. Creo que demoré unas cuatro horas en arribar a La Paz en el promiscuo y destartalado ómnibus que me tocó en suerte.

Es la ciudad más importante de Bolivia, no su capital constitucional sino la sede del gobierno. Pero en un país de ocho millones de habitantes y una extensión de un millón de kilómetros cuadrados es la urbe más importante políticamente y en densidad de población. Admirada por su edificación en medio de quebradas sinuosas y a veces profundas, en un hoyo, debajo de la meseta altiplánica. Con esta ubicación La Paz presenta un paisaje de maravillas, impresionante durante la noche. Todavía más, construida a 3.400 metros de altura aparece protegida por el Illimani, de 6.000 metros, majestuoso con sus nieves permanentes.

Por mi situación angustiosa no estaba en condiciones de disfrutar del paisaje y menos de tener, en esos momentos, una actitud contemplativa ante lo que ofrecía la naturaleza o la siempre cordial actitud de sus gentes. Mi preocupación era más terrenal: ir en busca de un alojamiento barato.

Yendo por el paseo de El Prado, la arteria más social de La Paz, un coronel del ejército peruano, edecán militar en la embajada de Perú, se sorprende al verme. Vino a mí porque le pareció inusitado toparse con alguien que vestía el uniforme de la aviación. Quería noticias últimas ante la situación de crisis y de aparente vacío político debido a que el golpista general Manuel Odría había tomado el poder mientras se derrumbaba el gobierno constitucional y democrático encabezado por Bustamante y Rivero.

Le conté de mi situación y lamenté no poder darle detalles de los hechos acaecidos. Mientras caminábamos se acercó un personaje que parecía importante por el revuelo que producía su presencia. El

coronel, cuyo apellido no recuerdo, lo saludó. Estábamos ante Mamerto Urrilagoytía, vicepresidente en ejercicio de la presidencia de la República por renuncia de su titular, Enrique Hertzog. Presentado por el coronel, se interesó vivamente ante mi relato y por mi persona, a través de gestos que me impresionaron por extraños. Me propuso ser su invitado personal, agregando que al día siguiente cenaríamos juntos en un restaurante de lujo.

Alejado Mamerto, alto, de unos 60 años, con barba densa y de aspecto extranjero, el coronel tomó la palabra. Dijo que por vivirse en Bolivia una transitoria coyuntura política y un momento democrático, en este país plagado de gobiernos dictatoriales, Mamerto salía a las calles para demostrarle a los ciudadanos que sería un presidente distinto. Esto en lo político. En otro terreno, afirmó que su invitación era peligrosa para mí, porque el tal Mamerto estaba sospechado de muchas cosas. Creí entenderle que también de homosexualidad. De ahí su consejo de que abandonara el país en el término de la distancia.

Acepté el consejo imperativo del coronel. Casi corriendo tomé el tren que me llevaría hasta la estación Retiro en Buenos Aires. En los casi dos días de recorrido tendría suficiente tiempo, una vez más, para indagarme sobre mi condición de vida. Puesto en la frontera un día, después el maldito encuentro con el coronel y Mamerto, ¿es que mi destino sería el de seguir corriendo por todos lados? ¿De tantas aventuras pasaría a convertirme en un aventurero?

Me apenaba salir escapado de un país tan parecido en su geografía a Perú. Esto lo constataba con sólo mirar por la ventanilla de mi vagón de segunda clase. Comprobé que el tren recorría un trecho de la meseta altiplánica para adentrarse en cerros y quebradas, no siempre valles explícitos, situados entre las dos cordilleras. Y como en Perú, en las paradas de pueblos y ciudades, recibí las ofertas múltiples de las cholitas indígenas vendedoras de comidas, frutas y objetos diversos de producción artesanal.

Creí que nunca retornaría a este país. ¡Qué equivocado estaba! No podía entonces sospechar que durante treinta años lo haría para realizar tareas de acuerdo con los diferentes momentos de mis compromisos y posiciones políticas. Así, como un marxista en ciernes, aparecí en 1952 para ofrecer mi apoyo y colaboración a Juan Lechín,

histórico líder obrero y uno de los dirigentes de la revolución obrera-popular de abril de ese año. A través de ese gesto, establecí con él un vínculo de décadas.

A Víctor Paz Estenssoro lo conocí en Buenos Aires en uno de sus exilios. Como responsable de las relaciones internacionales del MIR-Praxis trabé relación con él, asistiendo incluso a muchas de sus charlas para jóvenes latinoamericanos en las que revalidaba, según él, su marxismo. Incluso fui uno de los que lo despidió en el aeropuerto en su retorno a Bolivia, al ser designado presidente provisional del gobierno revolucionario.

Más adelante, por mi compromiso con la revolución cubana y con el Che Guevara, anduve en Bolivia, como en Chile y en otros países, buscando seguidores comprometidos de la revolución caribeña. Constaté las jornadas que condujeron a la formación del MIR. Por esto conocí y me relacioné con Antonio Araníbar y Jaime Paz Zamora, que de castristas explosivos pasaron, en su "madurez", a ser cabezas de partidos políticos garantes por la tramposa "centroizquierda" del descompuesto régimen capitalista boliviano.

En 1971 asistiría, como miembro del grupo de delegados del POR, a la constitución de la primera asamblea popular, en mayo de ese año. Evento caracterizado por sus defensores como una especie de gran soviet altiplánico. En 1982 el recinto del Congreso me tuvo como uno de los invitados oficiales, en mi condición de senador peruano, a las ceremonias de la asunción a la presidencia de Hernán Siles Suazo.

Mis visitas más reiteradas se produjeron siendo dirigente de la LIT-CI, encargado de la atención directa de algunos países, entre ellos Bolivia. Trabajar políticamente con sectores del movimiento minero fue algo habitual, como también visitar grandes centros mineros, entre ellos Llallagua, Catavi, Siglo Veinte, Huanuni. En cumplimiento del mandato de colaborar en la construcción de la sección nacional del organismo internacional, ya en mi condición de trotskista, socialista revolucionario.

Estos comentarios constituyen apenas un adelanto de lo que después desarrollaré sobre Bolivia, destacando a la revolución obrera-popular de abril de 1952. Revolución que tuvo como sujeto político

fundamental a la clase obrera con su vanguardia de trabajadores mineros y sus organizaciones sindicales, liderando a representantes de otras capas oprimidas, sobre todo campesinas y populares. Con la intención declarada de establecer sus diferencias con la revolución cubana, que en su notable especificidad adquirió una dinámica de revolución socialista, llegando a expropiar al capitalismo en la isla. Comparación necesaria porque los dirigentes cubanos, principalmente el Che Guevara, afirmarían que el sujeto social-político de su revolución fue principalmente el campesinado.

Debo dejar constancia de mi cariño inalterable a las gentes de este país, a sus obreros-mineros que han hecho historia, a sus campesinos pobres que lucharon y luchan hoy por sus derechos, por tierra y libertad. O sea, a la mayoría de la nación oprimida. Es que en Bolivia hay dos historias. Una, de los apologistas del sistema que ponen el acento en la inestabilidad del país plagado de golpes y dictaduras militares. La otra, la no oficial, pero que habla de los combates heroicos de sus explotados y oprimidos, pasando muchas veces a la ofensiva ante el poder reaccionario de las castas militares y políticas gobernantes.

Por tanto, la frivolidad o supuestos desvíos de Mamerto Urrilagoytía no impidieron mi retorno a ese país con historia. Bolivia es un componente privilegiado de mis más de 60 años de militante revolucionario.

Capítulo II

Argentina



Ricardo Napurí con su madre, su hermana Haydeé y su hijo Ernesto Fidel, 1983.

Argentina, Silvio Frondizi y Praxis

No podía evitar las comparaciones. Retiro, adonde arribé en el tren internacional desde Bolivia, lucía imponente en relación con lo que mi pasado acusó: inmensa ante la pequeña y prontamente desaparecida estación de Barranca, o la Desamparados de Lima y la humilde de La Paz.

Mi estado de ánimo cambió a mejor porque me reencontré con mi madre y con Haydée, en cuyo departamento viviría. Con esto concluiría, pensé, mi andar solitario y mis pesares, porque tendría un hogar y en abundancia el cariño filial. Por fin sin el uniforme, suplantado por la primera vestimenta argentina. Tenía que pensar en buscar algún trabajo indudablemente. Pero, obseso, opté primero por ir a la Facultad de Derecho para preguntar si era posible la equivalencia de materias para evitar el examen de ingreso.

Estaba en plena gestión en la antiquísima casona de la avenida Las Heras, cuando ocasionalmente unos alumnos se interesaron por mi situación. Les llamó la atención que un militar extranjero quisiera cursar en la Facultad. Y más les interesó porque Perú había figurado ampliamente en las noticias, sea por la rebelión aprista o por el golpe militar del general Odría.

Me solicitaron que les diera una versión de los hechos. Acepté y ante unos 30 alumnos dije lo que pude. Hubo interés, preguntas y diálogo entre todos. En compensación, o sincera solidaridad, se comprometieron a ayudarme en los trámites. Me sentí útil; y alegre salí del local. "Acompáñenos", dijeron dos hombres que se presentaron ante mí como oficiales de la Policía Federal. Y sin aguardar respuesta me introdujeron en un automóvil ahí estacionado.

Fui conducido a un edificio en la calle Urquiza, en el barrio de Once, sede de la sección especial de la Policía Federal. Sección especializada en el control, seguimiento y represión de los activistas y políticos opositores al gobierno del general Juan Domingo Perón. Dos jefes, Lombilla y Amoresano, me dieron la "bienvenida", claro que nada cordialmente.

"¿Quién es usted y por qué se reunió con enemigos del gobierno?", exclamaron. No tengo que gastar muchas palabras para describir mi asombro y, con él, mis nervios y temores. Mi sincero relato los exasperó en grado máximo. Con empujones y algunos golpes me intimaron a que dijera para qué gobierno comunista trabajaba.

Los apremios no me sacaron de mi versión. Entonces resolvieron dirigirse en consulta a la Embajada de Perú. Fueron recibidos por el nuevo embajador, el general Luna Ferrecio, compinche de Odría y con fama de muy reaccionario. Éste le prometió consultar a Perú. La intimidación prosiguió. Lombilla, ingresando a la pieza en que estaba confinado, al grito de "comunista de mierda", comenzó a darme golpes de puño y patadas. Es que en la Embajada les habían comunicado que desde Lima respondían que el teniente Napurí estaba en esa ciudad revistando normalmente en su base. Y que, por lo tanto, el prisionero era un impostor.

¿Quién mentía, entonces? Nadie. Es que como casi siempre ocurría en estos casos, una tremenda confusión se hizo presente. Parece que el coronel Souza Peixoto, en medio de la crisis política del país, no había logrado regularizar mi situación en el arma. Es decir, mi baja o deportación formal. Así, para el embajador y para los policías represores, se trataba de un caso grave de impostura. Lombilla afirmó que el general Luna Ferreccio les pidió que aplicaran "mano dura" ante el delincuente que mancillaba el uniforme militar de su país.

Lombilla y los suyos creyeron estar ante un "pez gordo", tal como es común en la conducta de las policías de todos los países, que ven peligros en todos lados y de lo que aprovechan para ganar méritos mejorando su hoja de servicios. Allanaron en el término de la distancia el departamento de mi madre; dos policías se instalaron en él, aguardando seguramente la aparición de otros complotados. Mi hermana Haydée fue igualmente detenida y conducida a la sección especial para los careos respectivos.

Amenazaron con aplicarme la temida picana eléctrica, de cuyos efectos siniestros me anoticié por los gritos insoportables de algunos detenidos. Haydée no se dejó intimidar y su relato parece que convenció a los represores. En un momento de balance, éstos se dieron cuenta de que ella decía prácticamente lo mismo que yo. No sin insultos y amenazas la dejaron libre, sabiendo que los policías instalados en la vivienda familiar ejercerían un control directo de todos sus movimientos.

Rápida en sus decisiones, mi hermana no fue a su departamento sino a buscar al doctor Arturo Frondizi para pedirle que interviniera en el problema. En el estudio que compartía con su hermano Silvio, en la avenida Corrientes 1447, no lo halló: su condición de diputado nacional le impedía el ejercicio profesional. La recibió Silvio, quien le dijo que Arturo no se ocupaba de esos temas y que él sí, ya que gran parte de su profesión la dedicaba a la atención de presos sociales y políticos. Prometió actuar rápidamente, sabedor de que en estos casos el tiempo es un factor fundamental.

Sospeché que algo estaba pasando porque, repentinamente, el trato se convirtió hasta en cordial. Ya no me motejaban de comunista y, aunque con aire burlón, en los interrogatorios me decían –de mala gana– "teniente". Parece que Silvio tenía experiencia en este tipo de gestiones y había logrado hacer verosímil mi versión, probablemente con un informe ya correcto desde Perú.

Casi no les creí cuando Lombilla y su gente canalla me invitaron a celebrar el advenimiento del nuevo año. ¿Qué querrán hacerme?, me pregunté. Pero era cierto. En un amplio salón unas treinta personas estaban reunidas alrededor de una mesa, sobre la que abundaban bebidas y todos los alimentos que hacen felices a los argentinos en esa fiesta. Yo era el único detenido presente. De repente Lombilla llama a dos "gringos" que se presentaron como funcionarios de la Embajada de Estados Unidos.

Imagino que la locuacidad de éstos era por el efecto de las bebidas. Curiosamente me consideraron uno de ellos por mi condición de militar. Seguramente habían sido informados de mi despolitización, o sea de mi falta de compromiso político. Explicaron por qué estaban en la reunión. Sin rodeos, hablaron de confraternizar con los cabecillas de la sección especial que, dijeron, cubría gran parte de sus costos operativos con

aportes de la CIA y del FBI, o sea, del gobierno estadounidense. Y avanzaron más: señalaron que más importante que el apoyo de su gobierno a las fuerzas armadas de cada país, era el que les brindaba a casi todas las policías políticas de los países de América Latina por la necesidad común de vigilar, controlar y reprimir a los "comunistas".

Si mi despolitización no me permitía aún conocer estos hechos que sí eran del dominio de gentes de la izquierda, tendría después oportunidad de comprobar cómo las policías represivas del mundo han construido –por supuesto con el apoyo de sus gobiernos– esta siniestra trama de lo que un destacado político peruano dijo un día en el Senado que constituía un verdadero doble poder en cada país. Exageración o no, hay algo de eso.

A los pocos días recobré la libertad mientras los agentes que habían tomado el domicilio familiar, lo abandonaban. Mi hermana había concertado una cita especial con Silvio Frondizi. Conocía que su rápida y eficaz intervención había impedido mi deportación del país. Estaba ante un hombre alto, unos veinte años mayor que yo, desgarbado, con un cabello ralo que le llegaba hasta casi los hombros. Portaba anteojos grandes, colocados al filo de la nariz. Su rostro pálido no atenuaba los acentos de una calidez sincera. Es decir, todo en él denotaba humanidad.

Ante mi actitud respetuosa pero cohibida expresó que teníamos suficiente tiempo para dialogar y que le contara detalladamente todos los incidentes de mi vida, incluso los más íntimos y personales. Lo hice mientras él tomaba apuntes de vez en cuando. Cuando concluí mi "discurso" preguntó: "¿Qué ha pensado hacer con su vida?". "No sé", fue toda mi respuesta.

Llegó entonces el momento central de la entrevista. Sostuvo que era notable cómo no me había quebrado o capitulado; que esto hablaba muy bien de mí y de mis cualidades potenciales como ser humano, viviente y sintiente. Le interesó el drama familiar y la pobreza extrema de mi grupo. Lo de Janchiscocha lo fascinó. Dijo que Thorez, el dirigente comunista francés, en su libro *El hijo proletario*, se había "mandado la parte" con mucho menos de lo que yo había pasado.

No sé por qué se detuvo bastante en los informes acerca de mis vivencias en la vida militar. Y como un adolescente curioso, me pidió

explicaciones sobre el arte de volar y, más concretamente, sobre la vida y los valores militares, desde una posición crítica. Reparó mucho en el carácter de las universidades peruanas y el ambiente democrático y explosivo después de la guerra mundial. Preguntó si yo tenía conciencia del significado de haberme negado a bombardear a los insurrectos apristas del Callao. Se dio cuenta de que no tanto. Lo de Mamerto y mi fuga boliviana le supo a tema risueño para una novela. Y aprovechó de mi prisión en la sección especial para informarme y comentarme lo primero que oía sobre la situación política argentina, con el eje del peronismo y su gobierno.

Risueñamente, expresó que en cierta forma me había metido, sin saberlo, en una de las bocas de lobo. Que la charla que había dado en la Facultad de Derecho había tenido como oyentes a estudiantes que los peronistas consideraban "gorilas"; que las universidades en su mayoría eran antiperonistas. Tanto, que los proletarios hacían la diferencia con el lema "alpargatas sí, libros no". Claro, él entendía el sentido de clase de esta afirmación, pero la rechazaba por antidemocrática y anticultural.

Su conclusión: mi vida merecía la figura de "una hoja en la tormenta". Y agregó con inteligencia que la tormenta siempre existía y que la hoja "no tenía destino garantizado". Me demandó si comprendía el carácter complejo de mi existencia. Que, por un lado había sido lanzado socialmente al mundo de "los de abajo". Pero que mi despolitización era compleja, ya que si es cierto que no tenía lecturas de izquierda y menos una reflexión y crítica sobre la sociedad, él rescataba, por lo que le contaba, que mis actos gestuales me ponían en inmejorables condiciones para "saltar" políticamente en la vida.

Afirmó Silvio que tenía que comenzar a pensar que el presente y mi futuro tenían que ser mejores que el pasado. Pero que era mi obligación tratar de construirlos. Es decir, que tenía que darle un curso consciente a mi vida. Y este curso es, ante todo, un compromiso con ideas que signifiquen un rechazo al mundo actual, al capitalista. Que lo demás vendría por añadidura: posicionarme como integrante de los ejércitos de combatientes racionales y humanizados que luchan y lucharán por una nueva sociedad, por el socialismo.

"Lo invito a integrarse a Praxis. Yo lo ayudaré personalmente en su formación política y a asumir el marxismo como un método y

concepción de la liberación del hombre y de la humanidad". Quedé anonadado y perplejo. Apelando a todas mis reservas potenciales comprendí que estaba ante la gran oportunidad de mi vida, errática, por decir lo menos, hasta el momento.

No demoré mucho en darme cuenta que había logrado el privilegio de conquistar a un maestro. Y éste y el proceso de la lucha de clases, se aunarían para que iniciara el tránsito a una vida política consciente; para empezar a ganar el lugar de un militante revolucionario. En esas circunstancias, no pretendía más.

Para formalizar el compromiso fui citado al estudio jurídico de Silvio que por algunos años sería una especie de local central de Praxis. Me recibió Marcos Kaplan, quien se presentó como su más directo colaborador reconociendo en él a su maestro. Sumamente atento y cordial, Marcos, un año menor que yo, de actitudes y movimientos nerviosos, me pareció en una rápida apreciación intuitiva "menos trabajado por la vida" que yo. Empero en el transcurso de la charla comprendí que tenía ante mí a alguien muy informado políticamente y a la vez muy culto.

Mi interlocutor ya conocía por versión de Silvio las líneas fundamentales de mi pasado, de mis complejas vivencias personales, tan diferentes de las de ambos; y sobre todo de mi autoproclamada despolitización y limitado nivel de cultura general. Me anonadó cuando dijo que había leído ya muchísimos libros, quizás algunos centenares, y de todo espectro; y que hablaba cinco idiomas o lenguas: castellano, hebreo, inglés, francés y alemán. De mi lado, rompiendo mi anonadamiento le respondía que de libros leídos seriamente, casi nada y de idiomas, menos, porque ni el castellano dominaba. No obstante, al constatar las enormes diferencias culturales entre ambos, asumí que el desafío que tenía por delante sólo podía encararlo apelando a todas mis reservas y capacidades, pero sobre todo a mis potencialidades.

Kaplan conocía por cierto el plan formativo de Silvio para "desasnarme" y expresó que colaboraría en él. De su "discurso" grabé esto que me impresionó vivamente en ese entonces. Afirmó que el marxismo le proveyó de una formación y de posiciones políticas diferenciadas de las posturas supuestamente marxistas-leninistas, tal como en el país las entendían, sobre todo, los estalinistas del partido comunista.

Pero de su planteamiento, de cómo comenzar a comprender el marxismo, rescato esta frase-consejo que sintetiza, creo, la vitalidad de su pensamiento crítico: "Para poder leer a los clásicos hay que tener una buena dosis de falta de respeto en el buen sentido y no verlos como prototipo o como pensamiento acabado y encapsulado". Y Marcos Kaplan, el de los centenares de libros bien leídos, tenía apenas 23 años. Después, por versión de su compañera Martha, madre de sus dos hijas, me enteraría que la frase la repetiría constantemente, pero ya como un intelectual académico, residente en México desde 1975.

Presente Silvio en la reunión, creyó necesario explicarme qué era en ese entonces Praxis y qué pretendía; algo así como su proyecto fundacional. Lo explicó someramente, partiendo de su interpretación de la realidad mundial, en esta etapa de dominación imperialista; abordó los ejes de la lucha de clases internacional, y principalmente su crítica al estalinismo, al que presentó como traicionando los postulados revolucionarios socialistas. Dijo que este hecho, y la falta de alternativas a su influencia real, después de la segunda guerra mundial, incluidas las debilidades, marginalidad y errores del movimiento trotskista, justificaban el intento de Praxis de aportar en la búsqueda de una alternativa. Silvio pensaba en América Latina como su objetivo e influencia, pero partiendo de su implantación argentina.

Es decir, ante todo comprender la realidad trabajando teórica y políticamente en ella. Así, la primera etapa del proyecto Praxis consistiría en una escuela de formación política de la que saldrían cuadros-militantes, capaces de impulsar un proyecto estratégico. Pero en este camino, y en la medida de las exigencias sociales y políticas, la forma de salir hacia afuera descansaría en hacer conocer polémicamente su pensamiento global. O sea una batalla por las ideas socialistas. Algo así como un "centro político", que tendría a Silvio como su mentor principal. Cumplida esta fase, se evaluaría si todo lo acumulado podía desembocar en la construcción de una organización, aunque la definición de su naturaleza quedaría abierta.

Sin embargo ni Silvio ni Marcos me ocultaron esta verdad: en esos momentos, en 1949, el activo cuasi militante comprometido en Praxis era aún pequeño. Ellos dos, cinco o seis intelectuales semi-colaboradores, entre los que se destacaba Eugenio Werden; unos treinta o

cuarenta alumnos consecuentes, incluidos familiares directos. No obstante quedó clarificado que Praxis ya tenía una periferia muy superior a su magro activo; y esto debido a la influencia y prédica de Silvio y a su prestigio ganado sobre todo en las aulas universitarias como divulgador de ideas marxistas; y asimismo por su actividad de abogado defensor de causas populares y en defensa de presos políticos y sociales.

Mi futuro maestro afirmó que este planteamiento, que apenas bosquejaba, tendría que someterse a la prueba de la vida, de la lucha de clases. Además que se justificara política e históricamente. Y que yo aportaría a ello si lograba pegar verdaderos saltos cualitativos en mi formación y compromiso. Algo así como situarme en el contexto de esta idea de Marx: "A través de su propia praxis emancipadora las personas cambian a la sociedad y cambian su propia conciencia a la vez".

El plan global partía del hecho de que mientras viviera en Argentina mi primera obligación sería la de ir conociendo al país integralmente, su historia y proceso social principalmente. Todo esto quedaría bajo mi iniciativa y responsabilidad, pero siempre con el seguimiento y vigilancia de Praxis.

En el reparto de las tareas educativas, Silvio dijo que tomaría la responsabilidad de lo teórico-ideológico, pero principalmente lo metodológico, siguiendo los lineamientos del materialismo histórico según versión marxista, focalizada en el capitalismo en sus diversas etapas. Advirtió que eso no significaba una visión puramente historicista porque los hechos y la realidad que los gestaron los analizaríamos reflexiva y críticamente. Para Silvio este marco conceptual era necesario para poder comprender el proceso en que el capital logró dominar las relaciones sociales, imponiendo el reino de la propiedad privada que con sus mentores, los capitalistas burgueses, convirtieron las fuerzas productivas de la sociedad en fuerzas destructivas. Y que por esto uno de los objetivos históricos apunta a liberar a la humanidad de los "bárbaros modernos", como caracterizó Lasalle a los burgueses liberales de su época.

Además el maestro dio un lugar destacado a las formulaciones de liberalismo y democracia en el desarrollo histórico. O sea desde la época de competencia nacional en que se formaron los Estados nacionales que devinieron avanzados, industrializados. Opinó que si bien la concepción liberal que impulsó, por ejemplo, la revolución france-

sa de 1789, logró abarcar al mundo económico y político, la democracia no fue su consecuencia directa porque los liberales, aún los más auténticos u ortodoxos nunca fueron consecuentes con el ideal democrático. Tanto que por el accionar del pueblo oprimido, la burguesía se vio obligada a conceder derechos democráticos, como lo ejemplifica el tardío otorgamiento del sufragio universal.

Convertido en mi segundo profesor, con uno de los ejes en la economía política marxista, Kaplan empezó su tarea con algunas advertencias, dado mi escaso conocimiento de economía, porque lo estudiado en San Marcos era bastante elemental. No empezar por *El capital*, dijo, porque su lectura responsable exige ciertos conocimientos de economía en general y marxista en particular. Ante todo empezar leyendo algunos textos introductorios, entre otros el de Kautsky; el de Paul Sweezy su *Teoría del desarrollo capitalista*; a John Strachey por el tema de la crisis capitalista. Posteriormente, al leer y estudiar *El capital* entraríamos al meollo de los temas y problemas con una posición marxista crítica. Sólo de esta forma entenderíamos al capitalismo y sus leyes generales.

Como le agradaba a Silvio, a Marcos también le entusiasmaban los cuestionamientos metodológicos, algo así como la duda metódica. La idea de que si existían muchos "marxismos" se debía a las libres interpretaciones que a lo largo de casi más de un siglo realizaron sus seguidores y apologistas, incluida la monstruosidad estalinista. Es que no puede haber un Marx "puro" u "ortodoxo", dado que su crítica al sistema capitalista es inacabada. De su concepción económica, por ejemplo, no hay que pretender en forma determinista el trazo lineal de una economía socialista. Más claro: lo incorrecto de considerar *El capital* como el principio y el fin de la concepción marxista, históricamente considerada. Y en la actualidad hacerle apenas unos retoques. Kaplan insistía en que recuperar el método de Marx tenía que hacerse apelando a lo que se asume como las leyes de la dialéctica. De su lado, Lenin había advertido que "el marxismo es una teoría revolucionaria y por tanto polémica, pero que su validez polémica no desmentía su carácter científico".

Hubo que abordar seriamente las categorías económicas fundamentales, a partir del hecho que la economía no es, ni puede ser, una ciencia exacta. En la visión global tomar en cuenta lo complejo y contradictorio de la relación trabajo-capital. Toda la dimensión y alcances

de la teoría de la plusvalía, gravitante en la concepción de Marx, y su expresión deformada en el dinero; la mercancía y el valor de cambio y el valor de uso. Empero lo central es el análisis que en el proceso de producción tiene el trabajo asalariado en esta relación social antagónica. De ahí que la lucha de clases sea la consecuencia del accionar del capital explotador en la sociedad capitalista.

Marx denominó fetichismo a las formas como el capital oculta su carácter de relación social antagónica; y por ello privilegiada. El hecho de que los hombres se relacionen a través de las cosas –las mercancías– y no directamente. De tal modo el fetichismo va más allá ocultando tendenciosamente el tipo de "relaciones estructurales y extensivamente superestructurales". Es decir, que en esta relación social antagónica se debe partir del trabajo asalariado, el verdadero sujeto, productor de la plusvalía, que se convierte en capital. Debido a este hecho cualitativo, el trabajo al liberarse de sus opresores puede, a través de sus propios sujetos cambiar el mundo, liquidando en una primera etapa histórica la forma capitalista de explotación.

Transcurridos algunos meses y después algunos años de intenso aprendizaje y formación, entre Silvio y Marcos y mi decidida aplicación, fui descubriendo la verdad del marxismo. O sea el profundo contenido de la frase de Lasalle: "El drama de la explotación y opresión de una minoría privilegiada sobre las mayorías oprimidas, desprotegidas". Esto, en el cuadro de la irracionalidad de la producción capitalista y de la desigualdad y miseria que imponen los capitalistas y sus agentes de toda clase.

En este proceso de asimilación fui casi sin darme cuenta integrando mis vivencias anteriores al encuentro con Praxis: las carencias enormes en mi niñez y juventud; de la mina Janchiscocha; mi paso por la Universidad; y aun mi corto periplo militar. Cierto, todas experiencias "hormigas" pero indudablemente componentes del drama humano. Sin embargo no era una comprensión tan empírica, ya que comenzaba a dominar los fundamentos de una teoría revolucionaria de carácter científico.

De tal modo todo lo aprendido conducía a la necesidad del cambio de esta oprobiosa realidad. La aplicada lectura de textos políticos me informaba de cómo los revolucionarios intentaron cambiarla en

cada momento histórico. Iba, entonces, directo a la idea de la revolución, la radical que termine con la dominación del capital, creando otro poder político y otra sociedad. Marx en *La sagrada familia* lo explicaba en esta frase: "La revolución no sólo es necesaria porque la clase dominante no puede ser derribada de otro modo, sino también porque únicamente por medio de una revolución logrará la clase que derriba salir del cieno en que está hundida y volverse capaz de fundar la sociedad sobre nuevas bases".

Definidos él o los sujetos de la revolución quedaba en líneas generales definido el carácter de la misma. Ahora bien, los ejemplos de revoluciones triunfantes, derrotadas, deformadas o inacabadas, principalmente las de signo proletario como la Comuna de París o la rusa de 1917, dejaban apenas huellas en la historia "larga". De ahí que Marx pensara a la revolución como una revolución permanente. Como un proceso nunca acabado que debería concluir con la prehistoria de la humanidad, la del reinado del capital y de los capitalistas; y de paso con la propiedad privada.

Interpretando como un buen alumno a Marx, León Trotsky afirmaría ya en la etapa imperialista que la revolución permanente, en sus rasgos más generales, seguía siendo la gran ley social y política de esta época mundial de transición del capitalismo al socialismo. De allí que en la época socialista, sobre todo comunista, con el cambio de las relaciones sociales y de los verdaderos saltos cualitativos de los nuevos ciudadanos, iría cambiando en consecuencia la mente humana. Así, pues, el hombre nuevo no surgirá en un tiempo breve o como consecuencia de una sola revolución, sino que en este largo y contradictorio proceso irá adquiriendo portentosas virtudes, asumiendo cada día los últimos conocimientos científicos, artísticos, y culturales, todo acompañado por notables virtudes humanas. Esto porque Marx y Engels, además de la crítica al capitalismo, sentaron las bases para superar una concepción del hombre y de la historia, que consideraban perimidos.

Silvio y Marcos afirmaron que ésta era la esencia del humanismo de la concepción marxista.

Asumí que con lo leído, y sobre todo asimilado, podía considerarme un buen aprendiz del marxismo, si tenemos en cuenta que la concepción marxista apunta a la transformación de la realidad global. Es

cierto, me faltaba aún iniciar el camino de la práctica revolucionaria. Meterme a fondo en un compromiso militante que tenga por objetivo estratégico la revolución, el socialismo y el comunismo. Entendí igualmente que la aplicada lectura de la producción de los principales referentes del socialismo da cuenta del complejo contenido de la praxis revolucionaria. En realidad, cada revolución considerada como un ensayo general y siempre como procesos inacabados históricamente.

De esta praxis destaco lo que me parece importante, verdaderas advertencias para el futuro, tomado de mis apuntes personales. De Lenin, en el VII Congreso Extraordinario del Partido Comunista de Rusia, en 1918, apenas triunfante la revolución rusa: "La revolución no llegará tan rápido como esperábamos. La historia ha demostrado, es preciso saber aceptarlo como un hecho, que hay que aprender a tener en cuenta que la revolución socialista en los países avanzados no puede comenzar tan fácilmente como en Rusia, país de Nicolás y Rasputín, y donde para gran parte de la población era completamente indiferente saber qué clase de pueblos viven en la periferia y lo que allí ocurre. En un país de esa naturaleza es más fácil comenzar la revolución que levantar una pluma. Empero, en un país donde el capitalismo se desarrolló y produjo una cultura democrática y una organización que alcanza hasta el último hombre, comenzar la revolución sin la debida preparación es un desacierto, un absurdo. En ese caso no haremos más que abortar el penoso período del comienzo de las revoluciones socialistas. Eso es un hecho".

De su lado, León Trotsky en *La revolución traicionada* consigna estas ideas acerca del porvenir del socialismo en Rusia: "Hablar del socialismo en nuestro país atrasado sería una triste necedad; tendremos que reconocer que nos engañamos al considerar a nuestra época como la de la putrefacción del capitalismo. En este caso la República de los Soviets será la segunda experiencia de la dictadura del proletariado, más larga y fecunda que la Comuna de París, pero al fin y al cabo, una simple experiencia".

Y más cerca de nosotros, en América Latina, el marxista peruano José Carlos Mariátegui genialmente hizo, en 1930, esta advertencia: "No queremos, ciertamente, que el socialismo sea en América calco ni copia. Debe ser creación heroica. Tenemos que dar vida, con nues-

tra propia realidad, con nuestro propio lenguaje, al socialismo indoamericano. He aquí una misión digna de una generación nueva". Es que Mariátegui se proponía pensar el socialismo autónomamente.

Con estas citas no pretendo señalar el posible curso de mi vida política. He dicho antes que recién "empiezo la película de mi vida", aunque el capítulo argentino tiene en ella un lugar cualitativo. Si hablo de revolución y socialismo es porque estos temas fueron importantes en la agenda común con mi maestro e igualmente con Marcos Kaplan. Ante el prodigioso mundo de realidades y utopías en que me estaba metiendo por decisión propia y voluntad consciente, bien valía repetir la exclamación de un ilustre antecesor: "¡Qué suerte he tenido de comprender!".

No puedo ocultar a mis lectores que a partir de este momento anduve "poseído" por las verdades que descubría (lo que algunos han denominado como el "idealismo" de los aprendices de revolucionarios). Ante esto bien valía un compromiso a tiempo completo; y posteriormente lo sabría, de por vida. Por mi iniciativa resolví dar a conocer lo que iba aprendiendo a personas con las que me vinculaba. No obstante, esta decisión personal no me convertía ya en un profesional de la revolución y tampoco en un rentado partidario. El momento del desarrollo de Praxis, su estructura, método y objetivos, no daba cabida a este tipo de relación entre militante a tiempo completo y la organización. Hecho que sí ocurre en los partidos políticos y aún en las pequeñas organizaciones que se reclaman del marxismo y del socialismo.

Inmediatamente de salir de mi prisión en la Sección Especial, debí resolver cómo contribuir al presupuesto familiar y cómo financiar los costos de mi actividad política. En esos momentos de casi plena ocupación en el país, conseguí trabajo –aunque con magro salario y en negro– en una especie de sindicato patronal, Unión Talleres Mecánicos de Automóviles (UTMA). Mi labor principal consistía en visitar los talleres afiliados para recibir sus aportes mensuales. Ansioso como estaba de articularme cuanto antes con la realidad, saqué rápido provecho de esta circunstancia. Es que los talleres medios y pequeños se ubican en casi todos los barrios de la ciudad, incluida su periferia. Así pues comencé a conocerla, aun en sus sitios más alejados. Igualmente, al dialogar con los propietarios y trabajadores, gente sencilla y casi siempre amable, me empapaba de los problemas que enfrentaban unos y otros.

Simultáneamente, pero en jornada nocturna, me hice del oficio de linotipista, en un taller gráfico del barrio Barracas, cuando el linotipo era todavía la herramienta fundamental en la existencia de los talleres gráficos. Aquí las lecciones fueron otras y más significativas. Por primera vez tomaba contacto con trabajadores de gran tradición sindicalista. De sus múltiples versiones recibí el relato de la historia particular de este gremio que tenía fama de ser "más culto" que los de otros sectores. Pero igualmente de su orgullo por haber mantenido su independencia de la estructura sindical burocrática, sometida al gobierno peronista y a la vez parte de su régimen.

Otra experiencia pero más personal fue mi ingreso –previo concurso y selección– a la compañía de seguros La Continental, situada en la avenida Corrientes al 700, en pleno centro administrativo y comercial de Buenos Aires. Me especialicé en la venta de seguros de vida, que son de varios tipos. El asunto, al principio, no fue fácil. Había que buscar clientes propios, entre amistades, relaciones o "por la libre". Y yo era un extranjero, "avivado" pero no del medio. Ahora bien, vender seguros de vida es mucho más difícil que, por ejemplo, de autos, incendio, robo, etc. Con mis 25 años a cuestas tenía que convencer, apelando a todo tipo de argumentos a personas de más edad. Convencerlas de adquirir un seguro "dotal", por ejemplo, para la educación de sus hijos; aunque tuve más éxito con lo más íntimo: seguro para la amante o el hijo natural. ¡Un joven como yo, aconsejando a gente madura, de que asuman su responsabilidad ética! Mi palabra se aligeraba y enriquecía; y mis poderes de convencimiento también.

Con los estudiantes de derecho logré otro tipo de vínculo. Si bien asistía a clases en condición de alumno libre, las experiencias de ese medio eran de otro carácter. En esa Facultad los estudiantes procedían de capas medias semipudientes, muy pocos de medios obreros. Así, más que el problema de clase, la agitada politización de sus claustros refractaba la polarización política del país entre, fundamentalmente, peronismo y antiperonismo. Silvio ya me había advertido que las universidades mayoritariamente eran antiperonistas; y me pareció que la Facultad de Derecho más que otras. El "alpargatas sí, libros no" expresaba distorsionadamente el rechazo de los trabajadores a lo que consideraban universidades elitistas.

Como pude dialogar me dediqué al ejercicio, ya apasionado, de contrastar ideas en un ambiente para nada de contenido revolucionario. Fueron mis primeros ejercicios "dialécticos" en defensa de mi marxismo y de mi socialismo. Pero en los estudios, el entusiasmo no fue mucho. Rápidamente constaté que el Derecho, aplicado al pie de la letra, legaliza e institucionaliza la dominación del capital y el poder de sus múltiples representantes.

En 1950 logré el vínculo más sólido y creativo con los trabajadores. Ingresé al diario *La Razón* –cuando su sede estaba aún en Av. de Mayo–, primero como corrector de pruebas y más adelante como periodista, especializado en temas deportivos. Este diario –el principal vespertino del país– mantenía una línea aparentemente neutral ante el régimen. Además, porque enfrentaba un conflicto con el Estado. Pertenecía a la familia Peralta Ramos, de extracción oligárquica. Con Ricardo Peralta, su director, y con el influyente jefe de redacción, Laiño, tuve duros enfrentamientos en nombre de mis representados. O sea, en mi carácter de miembro primero, y después, en tanto secretario general de la comisión interna. Fueron casi 10 años de intensa actividad sindical por mi accionar en el gremio de prensa, adherido a la corriente sindical bajo influencia del Partido Comunista.

He pretendido dar cuenta en los relatos anteriores del curso que siguió mi integración creciente al medio social, sindical y político, sin olvidar los particularismos de aquéllos. Reconozco que quedé fascinado, creo que para siempre, por Buenos Aires, para mí gran y cálida urbe, a la que pude comparar con otras –por ejemplo Roma, Madrid, Barcelona, París– en mis viajes o exilios. Claro, lo urbano no es lo más importante de un país, bien lo sabemos. Es la gente y su condición social lo determinante. Amiguero, pero de los cálidos y sinceros, amplié grandemente los vínculos sociales.

Si destaco en esta parte del relato a la familia Fitzgerald, lo es por varias razones. Sus miembros, aun los hijos nacidos en Argentina, parecían irlandeses "puros" por sus rostros y costumbres, a pesar de la presión cotidiana del ambiente. Me ligué a ella por mediación de mi hermana Haydée que trabajó en la empresa Duperial, subsidiaria de la trasnacional Dupont, con Moira Fitzgerald, manteniendo en el tiempo la amistad. Por la colaboración de este grupo humano y de sus

relaciones, pude vender mis primeros seguros de vida, lo que me permitió ganar confianza ante el desafío.

A través de estos amigos "irlandeses" conocí asimismo algo del ambiente de la inmigración española, específicamente gallega. Es que Miguel (Mike) noviaba con Palmira, hija de Rosendo Rodríguez, gallego, pequeño comerciante exitoso. Este era un abanderado, a través de dichos y costumbres, de los elementos culturales de su comunidad. No me quedé sólo en ésta porque conocí también el ambiente de los residentes italianos, mayoría extranjera junto con la española. Pude con los relatos de mis amigos enterarme en directo, más que en los libros, del drama de la colonización de Irlanda por los ingleses. Hecho que constaté en 1974 en las dos visitas de contenido político que realicé a Irlanda, incluso la del Norte.

Miguel (Mike) es un personaje al que hay que dedicar unas líneas en este libro. Personaje singular, con historia propia, que bien vale destacar. Piloto aviador civil, pero de los buenos, ocupó muchas páginas en la prensa por sus andanzas quijotescas. En 1982 realizó un vuelo sin escalas, en un avioncito, de Nueva York a Buenos Aires; y con el mismo avión cruzó el Pacífico de Alaska a Tokio. En 1964 se jugó el pellejo, buscó solitario la gloria, volando una avioneta para plantar la bandera argentina en las Islas Malvinas, lo que logró hacer a pesar de los enormes riesgos. Fundamentalmente para "joder" a los ingleses que se apoderaron imperialistamente de estas islas argentinas. En 1960 esta amistad fue puesta en peligro, cuando acusado falsamente por el gobierno de Arturo Frondizi de ser agente cubano en Argentina, casi caen todos en prisión a causa de esta relación. Pero de este incidente hablaré después.

De este modo el lector va tomando nota de los vaivenes de mi asimilación al medio. Un capítulo importante es mi relación con el grupo familiar de los Frondizi. Silvio se reunía conmigo una vez por semana en su domicilio, de Cangallo 4474. Ahí conocí y trabé amistad con su mujer Pura Sánchez, a la que su esposo presentaba con orgullo como hija de campesinos. Cálida, sencilla, de pocas palabras, parecía efectivamente una campesina de tierra adentro. En ese domicilio vi crecer a sus hijos Silvia y Julio. El jefe del hogar reunía para las principales festividades hogareñas al resto de los Frondizi. A su hermana mayor

Virginia, a sus hermanos Orestes, Ricardo, Julio, Arturo y Risieri; y a los infaltables sobrinos, hijos de Ricardo, Susana y Román.

En los momentos de relajamiento de las tensiones después de una reunión de estudio, el maestro soltaba algo de su rico yo. Recuerdo que al hablar de su grupo familiar realizaba diferencias entre unos y otros, por diversas razones. Con una explicación casi genética, Silvio afirmaba que él, Arturo y Risieri, filósofo, que sería rector de la Universidad de Buenos Aires, tenían una naturaleza nerviosa y una tensión a veces incontrolable. Decía que los tres hermanos al "saltar" culturalmente en tanto cultivados intelectuales rompieron la secuencia somática que venía de lejos; de su padre, un artesano italiano del sur.

Sí, lo comprobé. Los tres hermanos mostraban este perfil señalado por Silvio, aunque no tuve criterio propio, ni conocimientos, para revalidar o rechazar esta "teoría". En estas reuniones constaté las diferencias políticas entre Arturo, de pensamiento capitalista desarrollista, o sea un centrista de izquierda y Silvio, ya un marxista. Arturo sería elegido en 1958, presidente de la República. Silvio se convertiría en un implacable opositor a su gobierno, desde la izquierda socialista.

Kaplan hacía también su parte en esta rápida integración. Esto se facilitaba porque muchas de nuestras reuniones tenían al domicilio familiar como lugar de estudio. En éste conocí a su padre, un hombre callado pero observador, de profesión bioquímico, propietario de un laboratorio de análisis. Su madre, más distante, había sido cantante de cámara. Esto probablemente influyó en la afición de su hijo por la música clásica. Ambos padres, que lo "dejaban hacer" políticamente, se sentían orgullosos de las manifestaciones de precocidad de su hijo.

Ahí estaba la enorme biblioteca de esta familia de la clase media ilustrada. Por la influencia de este calificado ambiente cultural y por sus propias inquietudes y capacidades, constaté en mis diálogos que Marcos tenía ya el perfil de un intelectual, versátil, culto, preocupado por el arte y la literatura, que acompañaban a su formación política y a su condición de abogado. Siempre me impresionó su fácil palabra, su erudición y su notable memoria, que lo ayudaron a desarrollar una gran capacidad polemista. Queda dicho que en esos días de mi rápida asimilación de conocimientos no sé si Kaplan no fue más determinante que Silvio. Claro, sólo en ciertos aspectos de los mismos.

Ahora bien, Marcos se quejaba constantemente, de que estas sus dotes excepcionales no se redondeaban con una relación sentida, cálida, con los jóvenes a los que ayudaba a formarse políticamente. Una especie de divorcio entre lo intelectual y racional y lo afectivo. Es probable que algo anduviera esquivo en su personalidad porque Silvio tenía sobre él una gran influencia y autoridad, de maestro a alumno. Pero asimismo de "padre suplente", con una subordinación llamativa a su maestro. Tanto que Silvio, incluso en público, se refería a él como "Marquitos". Kaplan era prisionero de esta dependencia. De ahí que veía en mí a alguien más independiente, lo que atribuía al carácter de mis experiencias de vida, a uno "de abajo", nada parecido a un intelectual como él. De esta forma, los rasgos más destacados de Silvio, de Marcos y míos, se manifestarían en nuestros quehaceres y desafíos políticos futuros. Uno, intelectual marxista, gestor, sobre todo, de ideas y pensamiento político. El otro, un prematuro intelectual que luchaba por convertirse en revolucionario comprometido. De mi lado, consideraba que yo quizás nunca ganaría la condición de un intelectual, y menos académico. Pero que ya transitaba el camino para postularme como un hombre de acción, de un militante revolucionario. Obviamente, insisto, todavía en formación y a prueba.

No podía faltar en este tramo de mi integración al medio retomar mi pasión de la niñez y juventud: el fútbol. Argentina es un país en que su gente está ganada pasionalmente por este deporte, desde el presidente de la República hasta el más marginal de sus ciudadanos. No opté por ningún club en particular, aunque a Boca Juniors por ser el más popular lo asociaba con Alianza Lima, del mismo carácter. Me agradaba ser parte en las tribunas más plebeyas de ese gentío ululante, creador de imaginativos cánticos y de montones de improperios contra sus adversarios; y a veces de enfrentamientos físicos *non santos*.

Estar dominicalmente entre estos fanáticos constituía una experiencia única. Eso sí, tuve que dejar de ir a las canchas. El peruano Valeriano López, gran cabeceador, fue contratado por el Club Ferrocarril Oeste. Supongo que por "patriotismo" iba a verlo jugar. Un día me equivoqué de tribuna y grité su gol. Los hinchas contrarios me dieron una formidable paliza. Otra vez cometí el mismo error en la cancha de Boca Juniors. Para curar mis heridas me alojé en el Hospital Arge-

rich, del barrio de la Boca. No obstante y a pesar de estos sinsabores soy de los aficionados que tratan de comprender el porqué tantas y tantas personas sueltan sus represiones en un partido de fútbol, o en otros deportes.

La nueva etapa: irrupción del movimiento peronista

El advenimiento del movimiento peronista (también justicialismo), a mediados de la década del 40, provocó un cambio radical en las relaciones de clase y al interior de las mismas. Con este acontecimiento el país comenzaba, abruptamente, a abandonar el tejido social, político e institucional montado por la dominación burguesa de tipo oligárquico, impuesta a través de los regímenes militares e incluso civiles. Analistas y estudiosos de todas las vertientes ideológicas han tratado de explicar por qué el peronismo se convirtió durante más de medio siglo en el eje de la vida política argentina, a pesar de los profundos cambios de la realidad nacional e internacional; y de las inconsecuencias y hasta traiciones a su ideario político.

Aun ante el peligro de pecar de simplificación y hasta de reduccionismo, creo oportuno señalar las prioridades de algunos cambios de la realidad. En lo nacional, el agotamiento por su propia descomposición y por la resistencia popular de esta dominación oligárquica cuando los cambios en las relaciones de clase exigían el abandono de este "modelo". Se produjo la emergencia de un sector "más nacional" de la burguesía, expresión de la semi-industrialización en curso. Por otra parte el sistema no podía sostener ya, en un cuadro de agudización de la resistencia popular, los diques de contención impuestos. Es decir, que la irrupción de las masas produjera un cambio de las relaciones de fuerza entre las clases contrario a esta dominación oligárquica.

Siendo Argentina un país capitalista atrasado, su dependencia económica mutaba desde antes de la segunda guerra mundial del capital e imperialismo inglés al norteamericano. Aunque muy pronto la guerra tuvo consecuencias directas para el país. Los militares dieron un golpe de Estado en 1943 que, en sus primeros momentos, apareció teniendo simpatías por el nazi-fascismo. Estados Unidos se puso en

alerta y siguiendo sus imposiciones las fuerzas "democráticas" motejaron al entonces coronel Juan Domingo Perón de agente fascista y extensivamente al movimiento político que éste impulsó y que rápidamente ganó la adhesión, simpatía y apoyo de la mayoría de la clase obrera y de otras capas populares.

Es cierto que por el desarrollo desigual de la historia y de sus diversas combinaciones los países económicamente dependientes quedaron subordinados al mercado mundial y a las imposiciones del imperialismo. En el caso de América Latina, después de la descolonización de España y Portugal, la primera influencia imperialista fue de Gran Bretaña debido a su poder mundial. Pero Estados Unidos, desde la doctrina Monroe (en realidad "América para los norteamericanos") se posicionó para intentar el control y dominio sobre los países de la región.

Desde entonces cada país latinoamericano procesó su propio desarrollo en el cuadro de la combinación de sus peculiaridades y la dependencia a un mercado mundial al que no tenían acceso independiente, debido a la división internacional del trabajo impuesta por los países más avanzados. De ahí que su estructuración económica y social se realizara en estas condiciones históricas. Es decir, Estados-naciones oprimidos; y su refracción en la composición social y de clase de cada país.

Es sabido que desde fines de la guerra mundial, Estados Unidos obtuvo en el reparto del mundo que se instrumentó en los acuerdos de Yalta y Potsdam, que América Latina quedara como la región de su pleno dominio. Por peculiaridades nacionales los militares golpistas argentinos quedaron en 1943 alineados con los países del eje, pero por poco tiempo. Ante esto, Estados Unidos intentó liquidar este peligro "fascista"; e inmediatamente después para impedir el desarrollo de una corriente nacionalista –expresada en el peronismo– que podría, por la gravitación del país, trastocar la estabilidad burguesa tradicional de Sudamérica, en un momento de transición de la dominación imperialista continental. Evitar que esta influencia "empatara" con el ascenso de la lucha de clases en otros países.

Por lo expuesto, las fuerzas de clase se manifestaron de acuerdo con sus intereses. Los partidos burgueses que se reclamaban de la democracia institucional y parlamentaria –principalmente el Radical y el Conservador– coincidieron con la exigencia norteamericana.

Como representantes del orden democrático comprendieron el peligro que significaba la irrupción y ascenso de masas detrás de la figura del general Perón. En esto coincidían con Washington, al que se disciplinaban política e ideológicamente, salvo la tibia disidencia de algunos. Este enorme entreguismo tomó forma en el frente "Unión Democrática" para las elecciones de 1946. Un hecho para la historia de los entreguismos es que aquel frente fue liderado por el embajador yanqui Spruille Braden. En la real polarización política de la coyuntura, la consigna "Braden o Perón" fue determinante. De esta forma la torpeza imperialista y de sus infames aliados nativos contribuyó decisivamente a dar color político y olor a pueblo al general Perón, triunfante por "goleada" en los comicios.

Con ello, el fenómeno-proceso del movimiento peronista no sólo alteraría el cuadro de la dominación burguesa sino también provocaría un enorme desconcierto y confusión política en las filas de la izquierda tradicional y asimismo entre las organizaciones en formación de la izquierda que se reclamaba revolucionaria y socialista. Los representantes más caracterizados de la primera -el Partido Comunista y el Partido Socialista-, se alinearon desde el primer momento con los partidos "democráticos". Cada uno por sus propias razones de historia y de política.

El Partido Socialista, bajo el manto de la Segunda Internacional, rápidamente asumió una orientación socialdemócrata y reformista. Serlo y proclamarse como tal en un país como Argentina lo ubicaba a la izquierda del régimen oligárquico. De esta forma su reformismo muy poco tenía que ver –ni en los días de fiesta– con el problema del poder ni con la prédica y organización de las masas para disputarlo. Las condiciones de la opresión nacional e internacional le determinaron su agenda programática real: la lucha por la profundización de la democracia, contra el militarismo, por el laicismo en la enseñanza, las reivindicaciones sociales y culturales de los oprimidos. O sea, como estrategia apenas un programa mínimo. Alineado este partido con las democracias imperialistas y con Estados Unidos continentalmente, se sometió a la autoridad del embajador Braden, integrando "por principio" el frente antifascista contra el peronismo y, por ello, quedó entrampado en las consecuencias de la consigna "Braden o Perón". Para los trabajadores: algo así como escoger entre Estados Unidos y

Argentina. Y a lo largo del proceso político que se gestaba al defender la "democracia", pero contra las masas populares que ingresaban tumultuosamente en la escena social-política, luchando por ganar un lugar destacado en el dispositivo entre las clases.

Para el lector, el rol de los partidos comunistas es conocido porque el eje de su accionar político siempre se determinó por la defensa incondicional de la URSS, porque construía el socialismo, según ellos. Su adhesión acrítica los arrastró asimismo a la defensa y justificación de todas sus desviaciones contrarrevolucionarias y de sus infamias. Así pues para comprender por qué el PC argentino se alineó con Estados Unidos contra Perón integrando disciplinadamente la Unión Democrática con los partidos del orden burgués hay que volver al pasado, siquiera brevemente.

Los partidos comunistas tuvieron un corto período de catastrofismo izquierdista en el llamado tercer período del Komintern. Clausurado éste por orden de Moscú, la Internacional Comunista, en 1935, en su VII Congreso, da un giro hacia la política de los frentes antifascistas, de los frentes populares en alianza con las fuerzas burguesas. Así, la burguesía, "enemiga" del día anterior pasó a ser la aliada privilegiada de los comunistas. Frentes antifascistas en Europa, y en los países atrasados frentes populares con los representantes de la burguesía nativa.

De ahí que desde 1944 el enemigo de la "democracia" fuera el peronismo "fascista". Y esta política de colaboración, y sumisión de clase, se aplicará en toda la región. Chile, un país tirado a la izquierda prácticamente desde 1930, produjo tres frentes populares; el último la Unidad Popular, bajo el lema de "vía pacífica al socialismo", que abrió por sus inconsecuencias el camino a la bestia Pinochet. En Perú, el PC denominó "Stalin peruano" a Manuel Prado, el jefe de la derecha contrarrevolucionaria del país. Y en Cuba, el Partido Socialista Popular (PC) apoyó al general Fulgencio Batista y colocó a dos de sus principales dirigentes como ministros de su gobierno. Pero eso no es todo, ya que los comunistas latinoamericanos en defensa de la URSS y de su pacto con las democracias imperialistas, sabotearon huelgas y movilizaciones y desataron una implacable persecución a los combatientes sociales y de la izquierda que no se sometieran a sus imposicio-

nes. La acusación de agentes policiales o de "trotskistas" justificaba esta persecución, cargada muchas veces de agresiones y soberanas palizas.

La irrupción del proletariado y de otras capas de la población detrás de la figura del general Perón produjo asimismo una enorme conmoción y desorientación en las filas de la izquierda no estalinista, debido sobre todo a que hasta entonces no se había dado en el país un fenómeno como el movimiento peronista, que tenía como protagonistas a las masas que pugnaban con su accionar reivindicativo por ir más lejos; y que además dio vida a un poderoso movimiento sindical organizado. Muchos izquierdistas, que incluso se reclamaban marxistas, caracterizaban al peronismo como una fuerza nacionalista revolucionaria. A esta corriente se la denominaría "izquierda nacional", o el "socialismo nacional", que por esto se diferenciaba de la vieja izquierda. Abelardo Ramos, de origen trotskista, autor del influyente libro *América Latina, un país,* Jorge Enea Spilimbergo, Norberto Galasso, entre otros, fueron sus principales mentores. Más adelante, pero ya desde el interior del movimiento peronista, surgiría una vertiente autodenominada "nacionalismo popular revolucionario", cuya figura principal fue John W. Cooke, en cuyos planteamientos iniciales se apoyó el movimiento Montoneros, ya bajo la influencia de la revolución cubana y el peronismo de la resistencia contra la dictadura militar del "proceso" (1976-1983).

Desde el trotskismo todavía formándose, surgieron vertientes que partiendo de sus diferencias en el movimiento internacional trotskista, agregaron a esta diferencia la de la caracterización de la realidad del país, ante la gravitación decisiva del movimiento peronista. Ramos y Spilimbergo abandonaron la tradición internacionalista y cuartista. Otros, impresionados por el aluvión obrero y popular realizaron un seguidismo "obrerista". Algunos demoraban, confundidos, en caracterizar el hecho histórico, ante las dudas porque la irrupción de masas populares se hacía detrás y bajo el liderazgo de un general y para remate sospechado de posturas totalitarias.

Hay que tener en cuenta que en los años de la posguerra la izquierda radical latinoamericana debatía acerca de la existencia, o no, de una burguesía "nacional". De ahí que quienes se reclamaban de la herencia de la revolución rusa y de la Tercera y Cuarta Internacionales,

asumieran posiciones a veces encontradas sobre el rol de esta supuesta burguesía "nacional", porque conforme a los primeros congresos de la Tercera no se descartaba que en los países coloniales y semicoloniales, una fracción de la burguesía nativa pudiera enfrentarse al imperialismo e incluso encabezar la lucha contra él. Esta discusión giraba alrededor de la táctica del Frente Único Antiimperialista (FUA). Es decir, negar o idealizar el papel de la burguesía en los países atrasados.

Para algunos marxistas el peronismo no podía ser una fuerza revolucionaria por el carácter burgués de su programa y dirección. Sin embargo, estas dudas y discusiones político-programáticas que recién se presentaban en el país, ya habían sido encaradas en otros tiempos y en otros países latinoamericanos. Por ejemplo, en Perú, en los años 30, se dio una polémica entre Haya de la Torre y José Carlos Mariátegui. Haya, que formó el Apra (Alianza Popular Revolucionaria Americana) si bien inicialmente rechazaba como progresiva al conjunto de la burguesía, al poner el acento en un supuesto rol revolucionario de la pequeña burguesía, abría las puertas al dominio burgués. Sus planteamientos los concretó en la alianza de clases oprimidas en un partido como el Apra, de composición "mesoclasista", frentepopulista. Mariátegui dedujo de la discusión que la revolución en nuestros países sería antiimperialista y anticapitalista. Es decir, contundentemente antiburguesa. Y genialmente, para su tiempo, advirtió que el socialismo en América Latina no podía ser "ni calco ni copia".

Silvio Frondizi al comienzo asoma casi a tientas a esta realidad que acusa los efectos de la guerra mundial. Es que recién entre los años 1945/46 abandona su liberalismo crítico expresado en su libro *El Estado moderno*. En esos tiempos decía ser un intelectual socialista. En su ensayo *La crisis política argentina* (1946) reconoce honestamente su ingreso tardío a la escena política, señalando ser apenas un profesor de teoría política general que asoma hacia la realidad que vive, afirmando "no haber trabajado nunca, científicamente hablando, la realidad argentina" (Tarcus, Horacio, *Silvio Frondizi y Milcíades Peña. El marxismo olvidado en la Argentina*, Buenos Aires, El Cielo por Asalto). ¿Qué ocurriría en su vida y en la de Praxis en los años siguientes?

En su obra fundamental *La realidad argentina*, editada en 1955, trabajada en equipo con sus principales colaboradores, entre ellos yo, reco-

nocía que ya tenía una comprensión fecunda de esta realidad. Este tránsito marcaría el desarrollo de Praxis en la vía de culminar su etapa fundacional. Fue gravitante para ello el cuadro nacional e internacional ya citado, que por sus implicaciones le llevaron a resolver sus dudas y de paso intentar buscar otras alternativas. Es decir que evolucionó de crítico del liberalismo y de la democracia burguesa a reconocerse un socialista-marxista, pero cargado de dudas metodológicas y políticas.

Sobre la clase dominante sustentó que esta burguesía, típica de un país semicolonial, no era auténticamente liberal ni democrática. De ahí que los partidos políticos de diverso tono que la expresaban y representaban no podían escapar a los límites que le imponían sus mandantes de clase. Esta comprensión lo llevó a oponerse y a denunciar el sucio pacto de la Unión Democrática, en 1946. Asimismo sus abundantes lecturas de los clásicos del marxismo y su vasta cultura general lo armaron teórica y políticamente para adentrarse en la cuestión nacional, ante la necesidad de caracterizar con propiedad al fenómeno peronista en gestación. Obviamente en esta exploración partió con comprensibles dudas ante lo inédito del acontecimiento, que no permitía analogías con otros de la realidad latinoamericana.

Para él, esta burguesía que había devenido enana y subordinada a la dominación extranjera no tenía la fuerza ni la decisión política para encarar y resolver los problemas fundamentales del atraso. Menos aún hacerse cargo de las tareas nacionales, democráticas y sociales pendientes de realización. De esta forma se invalidaba para lograr el desarrollo económico y la integración del país bajo su dominio, único camino para conquistar la profundización de la democracia y el acceso independiente al mercado mundial. Silvio pensaba, no obstante, que en la coyuntura internacional la Argentina semicolonial todavía contaba con oportunidades no sólo para culminar la revolución democrático-burguesa sino, sobre todo, continuar su marcha ascendente e incorporarse al desarrollo general con todas sus consecuencias.

El libro *La realidad argentina* integra en su contenido esta reflexión de varios años. Praxis se pregunta si el peronismo por su programa nacionalista y por el hecho de apoyarse políticamente en los trabajadores, no se vería obligado a encarar las tareas democrático-burguesas pendientes de realización. Al reclamarse en sus orígenes nacionalista y antioligár-

quico y por el conjunto de medidas favorables a las mayorías populares, ingresaba en una dinámica que lo hacía colisionar con el imperialismo y con las fuerzas burguesas que se le sometían y representaban en el país.

Sin embargo la dirección del peronismo-justicialismo en sus momentos de mayor radicalismo no se atrevió a romper, siquiera limitadamente, con los lazos profundos que hacían dependiente al país, a pesar de la coyuntura internacional favorable por la pérdida de posiciones del imperialismo inglés, al que los grupos oligárquicos y conservadores estaban ligados. En un interregno, o transición, debido a que si bien Estados Unidos había salido de la guerra mundial como la principal potencia, aún no recomponía totalmente sus lazos de dominación en América Latina, donde durante e inmediatamente después de la guerra se manifestaron múltiples movimientos de resistencias y rebeldías radicales a su dominación, empezando por el ataque a los gobiernos sirvientes. Sus expresiones cualitativas fueron, entre otras, la revolución boliviana de 1952, la guatemalteca de 1954 y culminando este proceso de luchas democráticas, la revolución cubana, en 1959.

El desarrollo de Praxis en su etapa fundacional estuvo presidido de esta forma por los avances en su comprensión de la realidad argentina y del mundo. Fue central el acierto en la caracterización del fenómeno peronista y en el señalamiento de la dinámica de las relaciones de clase. Los jóvenes "militantes", todavía de extracción estudiantil, se formaban políticamente sobre la base de este conocimiento y de la asimilación de los elementos teóricos que les proveía la veta de marxismo crítico de la producción de Praxis. Intelectuales relacionados directamente con Silvio colaboraban igualmente. Entre los más destacados Eugenio Werden, de sólida formación filosófica, que aconsejaba a sus alumnos leer, además de Marx y Engels, a Hegel, Henri Lefebvre, Luckács, Rosa Luxemburgo, Gramsci, sin olvidar a Freud.

Aparecieron los boletines internos, el órgano partidario y las publicaciones. Hacia afuera Praxis divulgaba su pensamiento político, además de las universidades, en centros culturales y en uno u otro sindicato. Y ya no sólo a través de Silvio Frondizi, Marcos Kaplan, Eugenio Werden y Ricardo Napurí, sino asimismo por los cordones del creciente número de jóvenes propagandistas que iban más lejos del

medio estudiantil y universitario para ir acercándose, con indudables dudas de aprendices a otros medios sociales, incluso obreros.

Como este relato trata preferentemente de mis notas autobiográficas, dejo momentáneamente de lado el quehacer y las responsabilidades directas de otros para testificar cómo mi ya rápida inserción social y mi compromiso con Praxis me condujeron a realizar tareas que me convirtieron poco a poco en un impulsor destacado del proyecto.

He dicho antes que ingresé al mundo del trabajo por la vía del diario *La Razón* en el que rápidamente gané la condición de miembro de la comisión interna del sindicato de prensa. Paralelamente Praxis, ya un centro político, exigía otras responsabilidades que debían asumirse. Casi espontáneamente se produjo una división de tareas quedando yo como un coordinador de los frentes de intervención o influencia, todavía embrionarios.

No recuerdo si por consejo de Silvio o por propia iniciativa, apoyándome en mi presencia universitaria, comencé a frecuentar a otros grupos, por ejemplo, a los estudiantes latinoamericanos. Es que la Argentina de esos tiempos abría sus universidades a los jóvenes de otros países. El ingreso libre en varias carreras y el bajo costo de vida permitía que las familias de pocos recursos costearan la estadía de sus parientes a través de limitados remitos de dinero. Además, el gobierno del general Perón se dio esta política de apertura como una de las vías para ganar influencia política continental.

Así, ya en 1950, se podían contabilizar decenas de miles de estos estudiantes repartidos en las universidades de Buenos Aires, La Plata, Córdoba, Rosario, Mendoza. La colonia más numerosa la conformaban los estudiantes peruanos que sumaban unos treinta mil aproximadamente. Escogían principalmente los estudios de agronomía, veterinaria, medicina y, secundariamente, economía o derecho. Ante esto me hice caminante asiduo de este medio. Fácilmente me vinculé a un número creciente de peruanos, la mayoría proveniente de las provincias de la sierra, aunque no faltaban los costeños. El ser residente y más formado políticamente facilitaba las cosas. Además lo hacía en representación de Praxis, apoyándome en el prestigio de Silvio Frondizi, portador de un apellido, verdadera tarjeta de presentación.

Confieso que no era difícil comprometerlos. Si bien arribaban al país con el compromiso de estudiar y de graduarse no podían escapar a las múltiples influencias del entorno, sean sociales, culturales y sobre todo políticas. Por ello apenas se politizaban algo, el segundo paso era el compromiso formal. Asimismo esta politización la concebían como un adelanto valioso cuando ya en sus países optaran por intervenir en la vida política. Este planteamiento tenía validez, además de los peruanos mayoritarios, para bolivianos y en menor medida, chilenos, ecuatorianos, venezolanos.

Mi dedicación al frente crecía frenéticamente con el avance en influencia y captación. Si redondeo un quinquenio de activismo creo, sin exagerar, que influí directamente a unos cientos de estudiantes peruanos. Los privilegiaba pensando en el futuro, cuando muchos retornaran a Perú. Los bolivianos fueron mi otro núcleo escogido. A todos los organizaba en círculos de estudio y con tareas acordadas en la Universidad pero también en los respectivos centros organizados por países. A la vanguardia, los más aplicados y comprometidos, los aguardaba el "premio" de relacionarse con el profesor Silvio Frondizi. Éste, e igualmente Kaplan, tomaban la posta "enganchándolos" para otro nivel de charlas y cursos formativos. Por eso al poco tiempo, Praxis comenzó a engrosarse con adherentes de otro rostro, de otras latitudes. Quizás en esos años éstos constituyeron el núcleo "militante" mayor de Praxis.

Horacio Tarcus en su libro afirma que Ricardo Napurí devino en responsable del importante sector latinoamericano de Praxis. Esto es cierto a medias, porque mis responsabilidades se ampliaron notablemente. Ansioso por conocer y comprender visitaba los locales de partidos políticos en los que se reunían sus miembros, sobre todo jóvenes. Oyente asiduo pero sobre todo polemista "por izquierda". Algunas veces me iba bien y prolongaba la reunión en los bares y restaurantes vecinos. También de aquí salieron algunos de los futuros militantes argentinos de Praxis. No puedo olvidar a los republicanos españoles asilados o residentes en el país. Sus eventos y reuniones polémicas confrontaban a comunistas, anarquistas y republicanos de todos los matices. Por ellos conocí de la revolución española mucho más que en la lectura de libros.

Ya he dicho que mis presencias nunca fueron pasivas, tanto que a veces me echaban de los locales preventivamente. Ya no era un afán

de entablar discusiones libres y democráticas sino de usar esos eventos politizados para llevar agua al molino de nuestro proyecto. En páginas anteriores he comentado cómo conocí a Víctor Paz Estenssoro, después tres veces presidente de Bolivia. De la mano de alguno de mis alumnos altiplánicos me hice asiduo a sus charlas semipúblicas. Estaba deportado en Argentina expulsado de su país por la última dictadura militar. Víctor Paz no ocultaba sus simpatías por el peronismo pero ante sus oyentes se reclamaba marxista. Economista y financista destacado, había pasado por universidades inglesas. Uno de sus temas consistía en el estudio de *El capital.* Sabiendo que sus visitantes se reclamaban de izquierda, radicalizaba su discurso para ponerse a tono. Lo convencí de visitar a Silvio. Conversaron y discutieron y creo recordar que ante una pregunta de su interlocutor desarrolló la idea de que si bien en Bolivia prácticamente no existía una burguesía como tal, se estaba a tiempo de crearla, según él. Producida la revolución obrero-popular triunfante en abril de 1952, fue designado presidente provisional de la República. A la cabeza del termidor revolucionario redondeó su tarea de hombre del sistema, afirmando que era posible crear esta burguesía desde el poder. O sea: una acumulación primitiva capitalista a partir del enriquecimiento de la burocracia estatal.

Así como Paz Estenssoro tuvo interés por saber qué pensaba Silvio algunos "notables" siguieron su huella. Por ser los apristas mayoría entre los estudiantes y residentes peruanos y de tanto polemizar con ellos, no siempre fraternalmente, logré constituirme en un referente de este colectivo. Conforme a mi plan, los de izquierda terminaron como alumnos asiduos de Praxis. Sin embargo estaban los peruanos no estudiantes. Eran los deportados, dirigentes y militantes del Partido Aprista, a raíz del golpe militar encabezado por el general Odría. Reunión tras reunión, ya en 1951, Silvio recibía en su estudio jurídico a casi toda la plana mayor de los exilados apristas. Manuel Seoane, el segundo de la dirección nacional y por historia, después de Haya de la Torre, se hizo una y otra vez presente. Con Armando Villanueva, otro de sus líderes históricos, la relación fue más estrecha. Asistía, decía, como aplicado alumno. Y en su autobiografía reconoce que entabló una respetuosa y estrecha amistad con el maestro, a pesar de sus disidencias políticas e ideológicas.

Jorge del Prado, un pequeño Codovila, con una trayectoria de honesto luchador pero también por su adhesión servil a la burocracia del Kremlin, fue la figura más destacada del Partido Comunista peruano. Estaba autoexiliado en Argentina al haber sido separado de la dirección por una oposición antiburocrática que le hizo coyunturalmente mayoría en el Partido. Fue Héctor Cordero quien lo presentó diciéndose su amigo. Cordero oficiaba de ideólogo de los apristas exiliados que cuestionaban la orientación política de Haya de la Torre. Por mi intermedio se hizo asiduo oyente de Silvio, cuando todavía no manifestaba simpatías por el estalinismo. Convenció a Del Prado de la conveniencia de establecer un diálogo político con el mentor de Praxis. Éste, imaginativo, creyó ver en estos vínculos la importancia que alcanzaba en América Latina la proyección de su pensamiento y con él su propia figura.

Por ello iba ganando el lugar no sólo de responsable del sector latinoamericano de Praxis sino además de responsable de sus relaciones internacionales. En esta condición viajé en 1952 a Bolivia para dar la adhesión *in situ* de Praxis a la revolución bolíviana. Ya relaté mi encuentro y polémica con Juan Lechin, el histórico dirigente del movimiento obrero de ese país. Presencia que iniciaría mi compromiso personal, por décadas, con su movimiento sindical, social y político; avanzada, en muchos momentos históricos, de las luchas reivindicativas y rebeldías continentales.

Pero asimismo rescato que la condición de trabajador en el gremio de prensa en tanto activista y dirigente sindical, me proveyó de un cúmulo de experiencias que por su significado fueron más lejos que lo estrictamente laboral. Apoyado en mi base sindical en *La Razón* logré tener una visión, y muchas veces articularme, con el movimiento obrero. Visión privilegiada para adentrarme en la vida política del país, más propiamente de la lucha de clases. Piense el lector en lo que afirmo. Sígame en la trama de esta autobiografía desde, por ejemplo, los lejanos días de obrero en la mina Janchiscocha, totalmente desarmado políticamente, a los inicios de esta década de 1950, en la que ganaba ya el lugar de un calificado cuadro medio, más "experto" en procesar los problemas de los trabajadores y de las mayorías oprimidas. Es decir el mundo del trabajo asalariado que produce el plusvalor.

La realidad de los países latinoamericanos demuestra que la burguesía local, con indudables diferencias entre ellas, al no poder encabezar los procesos de cambio en un sentido progresivo, realmente reformista, fue sustituida y a veces, contra su voluntad, por otras representaciones políticas. Esta historia señala que han sido sectores de la pequeña burguesía radicalizada los que tomaron la tarea, sustituyendo a aquélla. Pero en este derrotero profundamente contradictorio generado por la especificidad que produce el desarrollo desigual en países casi sin tradición democrática, las fuerzas armadas, grupos de ellas o personalidades militares han actuado como "factor de poder" en reemplazo de la civilidad. En Argentina, uno de estos países, donde las fuerzas armadas apelaron a los golpes de Estado para salvar a la derecha y el orden capitalista. Sin embargo, después de la segunda guerra mundial, un golpe militar tradicional abrió el camino a una corriente nacionalista profundamente ligada a las masas populares. Otro ejemplo a destacar fue el peruano, donde la fuerza armada actuando colegiadamente se colocó a la izquierda del ordenamiento político burgués. Tanto que en un momento de ascenso y de radicalización se vio obligada a dar una reforma agraria y a nacionalizar a las principales ramas de la producción.

El fenómeno peronista obligaba necesariamente a buscar analogías, mejor si continentales. Estos gobiernos, repito e insisto no todos iguales, atacan cuando lo requieren a la "democracia" en lo que respecta al Estado y sus instituciones. Generalmente asumen formas bonapartistas que algunos estudiosos denominan también cesaristas. Unos pueden llegar a ser progresivos, como lo fue inicialmente el peronismo; y otros de derecha y reaccionarios. Aunque lo haya dicho antes, seré reiterativo. La especificidad de la lucha de clases argentina, en el cuadro de la situación mundial de la época, llevó a la dirección del gobierno peronista, a la cabeza el general Perón, a ejercer el control total de los trabajadores, y extensivamente de las masas populares, para impedir que fueran más lejos en sus demandas reivindicativas y políticas de clase. Lo pudo hacer aprovechando la enorme adhesión popular a su gobierno, no sin antes deshacerse de los sectores minoritarios que abogaban por la independencia sindical del Estado y del gobierno. Por cierto que esto tuvo éxito porque otras fuerzas burguesas no

le competían y tampoco existía una alternativa de izquierda socialista, porque tanto socialistas y comunistas concitaron un rechazo de los trabajadores por su antiperonismo pro-yanqui y pro-oligárquico, expresado en 1946 en el frente Unión Democrática.

Por ello la mayoría de los trabajadores y el pueblo en general se convirtieron en la base social y política de este gobierno nacionalista burgués, de perfil bonapartista. Desde mi centro sindical y desde Praxis constaté el hecho, en tanto actor directo, realizando durante años una experiencia invalorable. Sí este control férreo del movimiento obrero se hizo a través del poderoso movimiento sindical, su consecuencia fue la construcción de direcciones burocráticas subordinadas al gobierno y a las instituciones del Estado bonapartista. Aquí se pueden realizar comparaciones con otras realidades, buscando precedentes y analogías. Como el "charrismo" mexicano, los "pelegos" brasileños o el "sindicalismo democrático" venezolano, sirviente del Partido Acción Democrática. Y su consecuencia directa: una capa privilegiada de dirigentes corruptos, enriquecidos, "vendiendo" siempre la independencia política a los enemigos de clase.

Comprendo que el lector no totalmente informado pueda no situarse apropiadamente en el escenario que describo. Uno de estos perfiles es por qué el conjunto del pueblo adhirió acríticamente a un gobierno nacionalista de origen militar. Muchos lo han analizado desde todas las esquinas ideológicas. Por eso me basta afirmar que el pasado tuvo mucho que ver en esto. El opresor dominio militar-oligárquico, por una patronal reaccionaria y sumamente explotadora, entre otras razones. Esta mayoría popular a través del peronismo obtuvo grandes conquistas materiales pero sobre todo ingresó a la escena política con la ilusión de que le había llegado su hora. Algo así que su irrupción como sujeto principal de la sociedad argentina no detendría su impulso. Es decir, notable avance de su conciencia política, y por qué no decirlo, con un alto voltaje de clase para sí.

El golpe militar de 1955, autodenominado "revolución libertadora", terminó con el gobierno peronista y con su régimen, cerrando a la vez una etapa de la historia del país. Ésta, con sus avances y retrocesos, podría ser considerada como el intento de las fuerzas burguesas progresivas de dotarse de las herramientas capaces de impulsar la industriali-

zación y el desarrollo capitalista moderno del país. Para esta tarea su agente político fue el peronismo-justicialismo, con la peculiaridad de que para hacerlo debió apoyarse en las masas populares movilizadas y radicalizadas y en un gobierno y Estado de tipo bonapartistas. Los reemplazó una reaccionaria y brutal dictadura militar, orientada bajo patrones ideológicos liberales a liquidar a las fuerzas nacionalistas a través del intento de liquidación del movimiento popular.

¿Revolución libertadora contra quién? La respuesta llegó inmediatamente. Los sectores económicos y políticos de la burguesía más reaccionaria y proimperialista se hicieron presentes con un apoyo directo a la dictadura dotándole además con los equipos necesarios para la mejor imposición de las medidas de shock neoliberales, dirigidas frontalmente contra los trabajadores y el pueblo. Con esto, buscaban reordenar los mecanismos de explotación para atacar de cuajo las conquistas globales que habían llevado a que la valorización del trabajo se manifestara en el 50% del PBI, algo que las patronales y sus agentes no podían soportar más. Por eso, terminar con el gobierno peronista y con el general Perón constituía en la emergencia el medio para lograrlo. No obstante es un tema a considerar las razones de por qué la dirección peronista abandonó el poder que detentaba a pesar de contar con el apoyo y la voluntad de lucha de la mayoría del pueblo y de un buen caudal de fuerzas militares adictas. Es conocido el pretexto. Entre muchos ejemplos destacamos el del presidente Salvador Allende en Chile que no llamó a la resistencia "para impedir la guerra civil y el derramamiento de sangre entre hermanos", dijo. En ambos países las dictaduras sangrientas que se instalaron no enfrentaron ninguna guerra civil y, sin embargo, a través de su accionar represivo llenaron la tierra con sangre derramada, pero sólo de las filas de aquellos que viven de su trabajo.

Los golpistas contaron asimismo con el apoyo de los partidos y de las personalidades de la democracia política; claro, con diversos grados de compromiso, conforme evolucionaba la situación política. De cierta manera una especie de revancha ante la derrota de la Unión Democrática en 1946. Revanchismo que contó con el sustento social igualmente de parte de la clase media antiperonista. Por esto las medidas represivas fueron dirigidas principalmente contra el movimiento

peronista y sus diversas organizaciones. Tácticamente, para poder contar con aquellos sectores antiperonistas, los golpistas "libertadores", permitieron inicialmente que una "primavera democrática" los ilusionara, en la que pudieran expresarse siempre y cuando no sobrepasaran los límites fijados por el nuevo poder.

Por lo tanto, las organizaciones y fuerzas políticas del sistema buscaron de manera oportunista su propio lugar en el cuadro fijado por el nuevo régimen. Eso sí, nunca como opositores reales a él. Pero los agrupamientos de la izquierda socialista debieron tomar posición ante el accionar de la dictadura. El Partido Socialista, salvo disidencias menores, vio en el nuevo gobierno la posibilidad de la restauración de la "democracia", un fetiche para los afiliados de la Segunda Internacional; de ahí el apoyo que le brindaron. En cuanto al Partido Comunista los problemas fueron mayores. Su dirección tuvo que hacer frente una difícil situación: por un lado la URSS –a cuya política hacían un absoluto seguidismo– comenzó a realizar buenos negocios con el nuevo régimen; por otro, la represión alcanzaba también a sus activistas y militantes. De ahí que en este difícil equilibrio buscara descomprimir su crisis interna, a través del aprovechamiento de la "primavera democrática". Así, además de la edición de sus materiales partidarios, impulsó a que un "compañero de ruta", el periodista Leónidas Barletta, explorara vías inéditas a través de la edición del semanario *Propósitos*. No es necesario recalcar que los diversos grupos trotskistas quedaron incursos en la trama de la represión dictatorial.

Praxis –que había adoptado el nombre de MIR Praxis (MIR-P)–, tomó posición a través de una enérgica y sistemática denuncia de la dictadura y de sus siniestros objetivos. Pero el nuevo momento de la lucha de clases obligaba a encontrar respuestas propias. Ante la gravedad de la situación, ¿seguiríamos con los objetivos y métodos de la etapa fundacional? Aparentemente, todo señalaba que no. Ante esto un núcleo militante, bajo mi iniciativa, se preguntó si Praxis ya debería dar por concluidos sus aprestos fundacionales. Y su consecuencia: hallar nuevos caminos en pro de nuestro desarrollo y mayor inserción política. Pensé si en esta exploración no cabía imitar lo de Leónidas Barletta con su *Propósitos*. Es decir, comenzar a tomar estado público sustentando nuestras posiciones políticas y nuestro proyecto, asumien-

do los riesgos, incluso represivos. Es decir someternos a la prueba de la vida, de las circunstancias políticas concretas, como lo registraba la experiencia internacional, cuando los grupos fundacionales, de propaganda y fuertemente programáticos, resolvieron pasar a un estadio superior para tratar de construir sus organizaciones partidarias.

Yo recordaba, y así lo he consignado en este texto en páginas anteriores, que Silvio, cuando recién adherí a Praxis, señaló el curso estratégico de nuestro desarrollo hacia una organización revolucionaria.

Mi propuesta y la de mis seguidores no llegaron a ser debatidas con el conjunto del activo más comprometido del MIR-P, porque quedó congelada en la esfera de la dirección. Cuando le realicé el planteamiento a Silvio me parece que le creé un dilema político; y con una carga subjetiva, creo que hasta existencial.

Exactamente, el maestro no dijo no. Argumentó que efectivamente en la encrucijada del país debíamos replantearnos los objetivos antes trazados. En realidad, con acento más o menos, planteaba seguir, aun bajo las nuevas condiciones políticas, con la etapa de propagandismo afinando la elaboración política y la formación más severa de cuadros y militantes.

Me pareció entender que Silvio en su argumentación se apoyaba en hechos que para él eran determinantes. De un lado, la aparición del libro *La realidad argentina*, concebido como una herramienta delimitativa y de apertura de una fructífera discusión de grandes alcances, en la izquierda y fuera de ella. De otro, su prestigio internacional lo ubicaba como un teórico e ideólogo marxista, independiente del socialismo reformista, del estalinismo y del trotskismo. En esta línea Michael Löwy, sociólogo e historiador marxista, reconoció que su organización brasileña se hegemonizó asumiendo las orientaciones teórico-políticas de Silvio y Praxis. Asimismo los socialistas chilenos, que decían estar a la izquierda en la Segunda Internacional, quisieron escucharlo. Salvador Allende, después presidente en el gobierno de la Unidad Popular, se hizo presente en su estudio buscando dialogar. Le siguieron otros como Clodomiro Almeida, Alejandro Chelén, que se jactaba de encabezar una corriente trotskizante dentro de su partido y Enrique Sepúlveda, del mismo origen. Por estos vínculos –de cuyo sostenimiento me hice cargo en mi condición de responsable de las

relaciones internacionales de Praxis–, Silvio fue invitado a Chile a dar conferencias públicas, bajo el auspicio del Partido Socialista.

En 1946 Silvio Frondizi publicó un ensayo que tituló *La integración mundial, última etapa del capitalismo*, el que fue refutado por el dirigente comunista Rodolfo Ghioldi, acusándolo de una supuesta semejanza con la teoría del superimperialismo de Kautsky. Se inició así una polémica pública de la que se hizo parte toda la legión de los seguidores del estalinismo argentino, lo que le permitió a su autor posicionarse como un referente intelectual y teórico en la izquierda del país. Por el carácter de su planteamiento y por la oportunidad en que fue hecho –inmediatamente después de la Guerra Mundial–, me parece oportuno intentar trazar su eje central, considerando que es un buen antecedente para introducirnos en el análisis, ciertamente abreviado, de la mundialización del capital, la nueva fase del imperialismo. En *La realidad argentina* se consignan libremente los conceptos de ese anterior trabajo, en el que su autor afirma que ha planteado por primera vez en forma metódica su teoría. Dice, en una síntesis introductoria:

> Como la sociedad moderna se mueve de acuerdo con su propia dinámica interna, para comprender tanto el estado actual del ordenamiento de las fuerzas sociales en lucha, como el de las relaciones entre las diversas naciones soberanas, es necesario examinar la fase a que ha llegado, en su proceso evolutivo, el sistema capitalista. Este proceso ha pasado, hasta hoy, por tres períodos perfectamente diferenciados.
>
> El primero de dichos períodos, estudiado por Marx, a quien se deben las bases para todo estudio científico ulterior, es el de competencia nacional. Se caracteriza, desde un punto de vista general, por un desarrollo primario del sistema capitalista, basado en la libre competencia. De aquí que actúe moderadamente su contradicción fundamental: el carácter social de su producción y el carácter individual de la apropiación. Esta es su contradicción básica e inevitable; precisamente la antítesis férrea, la que lleva al sistema al desastre. Porque mientras el capitalismo se ve en la necesidad, y tal es su misión histórica, de desarrollar en forma ilimitada las fuerzas productivas, limita al mismo tiempo ese desarrollo, al hacerlo depender, en última ins-

tancia, de la capacidad adquisitiva y no de las necesidades reales de las masas proletarias.

En otras palabras, el capitalismo necesita para sobrevivir una expansión ilimitada de la producción, pero por su naturaleza dicha producción está limitada, no por las fuerzas productivas, posibilidades técnicas, etc., sino por la propia forma capitalista. Tal es el sentido de la afirmación marxista de que "el verdadero límite de la producción capitalista es el capital mismo".

Esta conclusión es decisiva para comprender todo el proceso evolutivo del sistema capitalista y su desesperada tendencia a atenuar sus contradicciones. La primera manifestación en el orden nacional está dada por los monopolios; más tarde, en el orden internacional, por la actual tentativa de integración mundial.

Esta primera etapa se presenta, en lo internacional, con una característica perfectamente definida: acentuación de las nacíonalidades.Tal característica es, en parte, producto de las fuerzas históricas, porque la modernidad se constituyó sobre la base de la constitución de los estados nacionales; y en parte determinada por las propias necesidades del sistema capitalista.

El segundo período, estudiado por Lenin como desarrollo lógico del anterior, es el de la formación de los sistemas imperialistas nacionales. Se caracteriza en el orden interno, es decir, nacional, por la acentuación de la contradicción fundamental del sistema capitalista, que lo lleva a sustituir la libre competencia por la formación de los monopolios, esto es, a establecer lo que se designa como capitalismo monopolista. De esta manera, el régimen tiende a socializar –por supuesto para su propio beneficio– la producción en el orden nacional, y así tiende a atenuar una importante contradicción del sistema.

Pero como a consecuencia del amplio desarrollo de la técnica se acentúa la contradicción del proceso de acumulación, el capitalismo monopolista tiende a exportar capitales hacia los países menos avanzados. Ese es precisamente uno de los rasgos sobresalientes de las relaciones económicas mundiales, dentro de esta segunda etapa. Dicha exportación es posible en virtud de la ley del sistema capitalista referente al desarrollo desigual de las diversas potencias, consecuencia, a su vez, del elevado nivel alcanzado por las fuerzas productivas. Sin ese

desarrollo desigual no podría haber, como lo ha señalado con toda precisión Lenin, imperialismo.

Por otra parte, el resultado natural en el orden internacional es la pugna entre las grandes potencias capitalistas para la obtención de materias primas y mercados. En otras palabras, la competencia internacional imperialista, con la consiguiente división territorial del mundo en zonas de influencia. Como ejemplo clásico de esta etapa puede indicarse la lucha entre Inglaterra y Alemania.

Si bien este periodo importó sobre el anterior un avance en el proceso capitalista, amplió, de acuerdo con la contradicción intrínseca que caracteriza la dinámica del sistema, sus contradicciones básicas que pueden ser sintetizadas en la siguiente forma: 1) acentuación de la lucha de clase dentro de los respectivos países capitalistas; 2) lucha de las potencias capitalistas entre sí; 3) lucha entre las potencias capitalistas y las naciones de tipo colonial y semicolonial.

Esta segunda etapa, a cuyo fin asistimos, perduró mientras la situación económica y política del capitalismo la hizo posible, pero su agravamiento presenta en la actualidad el problema en términos distintos. Es precisamente lo que pasamos a examinar; la tercera etapa, la actual, que puede ser denominada de la integración mundial capitalista. Nos apresuramos a aclarar que nuestra teoría implica la continuación de la de Lenin. Este aceptó como posible esta integración, aunque creyó que antes que se produjera, el capitalismo estallaría.

Está fuera de duda que la evolución tiende a la creación de un trust único mundial, comprendiendo a todas las industrias y a todos los Estados, sin excepción.

Pero la evolución se cumple en circunstancias tales, a un ritmo tal y a través de tales antagonismos, conflictos y trastornos –no solamente económicos sino políticos, nacionales, etc.– que antes de llegar a la creación de un trust único mundial, antes de la fusión `super imperialista´, universal de los capitales, el imperialismo deberá, fatalmente, quebrantarse y el capitalismo se transformará en su contrario (del prólogo al trabajo de Nicolás Bujarin, `La economía mundial y el imperialismo´). En este sentido se ha empleado la expresión distinta que hemos usado en los primeros trabajos y que suscitara algunas falsas interpretaciones y críticas equivocadas.

Las nuevas condiciones que explican la transformación de la política mundial del capitalismo son fundamentalmente las siguientes. Ante todo, el enorme desarrollo de las fuerzas productivas mundiales y la consiguiente interdependencia económica. Debemos agregar la enorme intensidad alcanzada por las contradicciones internas en los países capitalistas, especialmente en los Estados Unidos.

Por último, otra condición está dada por la franca ruptura del equilibrio, entre las principales potencias capitalistas, equilibrio que era uno de los fundamentos del periodo anterior, y cuya ruptura es consecuencia de la aludida ley del sistema, referente al desarrollo desigual de las potencias que lo integran. Esta desigualdad en el desarrollo, permite al capitalismo su postrer avance por medio de la potencia directora, Estados Unidos, y en su propio beneficio. Así como la dinámica interna del sistema tendió en un momento dado a integrar la producción en el orden nacional, podríamos decir a socializarla, a través de la división del trabajo, hoy tiende por gravitación natural a realizar dicha integración en el plano internacional.

Esta tentativa no es la primera, pues su objetivo siempre constituyó el sueño dorado de las potencias capitalistas. Lo único nuevo está dado por las condiciones históricas actuales, favorables para llevar a una potencia al dominio del mundo capitalista. Para ello es necesario someter a revisión el principio de soberanía y modificar la política seguida con las demás potencias. Lo primero surge con toda claridad de la tarea a que se han dedicado los teóricos del capitalismo.

Por su parte, la realidad de la política internacional de Estados Unidos, sigue *pari passu* esta concepción. Lo demuestra, entre otras cosas, la nueva orientación de los últimos acuerdos internacionales, así como la política de tipo "progresista", iniciada por Roosevelt, tendiente a estimular cierto desarrollo industrial de las potencias menores.

Por supuesto que este desarrollo tiene límites perfectamente claros, fijados por el interés del país director. De aquí que la industrialización de los países coloniales y semicoloniales se produzca de acuerdo con un plan de división del trabajo impuesto, y se refiera a productos que no significan una competencia seria con la del país imperialista. Por ello en casi todos los casos se excluye la industria pesada. Esta nueva orientación, ajustada a las necesidades de la situación presente del

capitalismo, exige la modificación del actual sistema colonial, es decir la sustitución de un sistema colonial por otro sistema colonial, en el que el país dominante cede aparentemente en un aspecto –el político– para ganar en otro –el económico–.

La anterior política colonial, seguida en general por todas las potencias capitalistas y especialmente por Inglaterra, se basaba, más que nada, en su limitada capacidad económica y en la falta de desarrollo de los movimientos nacionales de las colonias.

La situación actual se ha modificado; por un lado Estados Unidos ha adquirido una capacidad financiera y técnica extraordinarias; y por el otro, el grado de madurez alcanzado por los países sojuzgados no permite continuar con dicha política y obliga a someterla a revisión para colocarla sobre nuevas bases.

Esta es precisamente la tarea fundamental, en este aspecto, que se ha propuesto cumplir la potencia directora del capitalismo mundial, los Estados Unidos, en cuyo beneficio se realiza la integración.

Íntimamente unido al problema de la política colonial seguida hasta el presente, se encuentra nuestra afirmación de que al integrar un frente mundial capitalista se atenúa la contradicción entre el capital imperialista y el capital nacional, por el dominio del primero sobre el segundo. En consecuencia, se atenúan las diferencias nacionales, se universaliza la situación política, y queda señalado "cuál debe ser la posición de las fuerzas de izquierda: integrar un frente mundial y lanzarse a la batalla definitiva"; y más precisamente para el caso argentino, queda invalidado el argumento de la necesidad de que nuestro país cumpla la llamada revolución democrático burguesa.

Podemos indicar someramente las consecuencias en el plano internacional de una potencia de tendencia socialista como la URSS, que acerca como reacción natural a los gobiernos de las potencias capitalistas, y refuerza así indirectamente la tentativa de integración mundial de su sistema. Al iniciar el examen de la integración, partimos del carácter autocontradictorio del capitalismo. Pues bien, este carácter explica que las fuerzas integradoras actúan también como fuerzas desintegradoras, las que en última instancia habrán de prevalecer si perdurara el sistema. Es decir, que la integración actúa a la vez como fuerza desintegradora y anarquizante.

De aquí que en la marcha integradora que hemos visto más arriba, actúe una poderosa fuerza de desintegración y anarquía, que opone una rama de la producción a otra, un país a otro, etc. La característica del momento actual, dado el estado crítico del capitalismo mundial, el parasitismo de la potencia dominante, es una tremenda lucha por la propia supervivencia entre las potencias menores. Esta lucha queda al descubierto, por ejemplo, en la total dislocación del mercado mundial.

Si he citado extensamente los fundamentos de lo que Silvio Frondizi denominó su teoría de la integración mundial del capitalismo es por algunas razones a señalar. Una de ellas es –al margen de si debe considerársela un aporte teórico-político en el marxismo– cómo acusó el hecho el estalinismo argentino, que presumía ser el detentador de la ortodoxia marxista-leninista-estalinista. En la extensa crítica firmada por Rodolfo Ghioldi, publicada en marzo de 1947 en *La hora,* órgano oficial del Partido Comunista, su autor se indigna de que alguien intente someter a crítica a la luz de la realidad actual las conclusiones del leninismo, para el caso su teoría sobre el imperialismo.

Nadie crea que Ghioldi estaba tan preocupado en defender a Lenin de su "violador" de ocasión. Bien sabemos que los estalinistas son sus negadores y enterradores. Su línea de ataque en la discusión fue la acusación de kautskismo, por la teoría de Kautsky del supraimperialismo en la que alimenta la idea de un futuro de la humanidad pacífico gracias a la unidad de las potencias imperialistas. Es decir presentar los planteamientos de su criticado como abiertamente proimperialistas al imputarle coincidir con aquél en que el capitalismo al superar sus contradicciones fundamentales impondría su dominio total. A Ghioldi no le importó que Frondizi en su ensayo denunciara vigorosamente el carácter autocontradictorio del capitalismo, afirmando "lo que explica que las fuerzas integradoras actúen también como fuerzas desintegradoras las que en última instancia habrán de prevalecer si perdurara el sistema".

Claro, a Ghioldi le importaba poco el pensamiento de Lenin. Se apoyaba mentirosamente en él para defender las principales orientaciones políticas que venían de Moscú y que los partidos comunistas acataban sumisamente. La afirmación de Silvio de la hegemonía de

Estados Unidos sobre el mundo tenía, como hemos visto, varias implicaciones, como ser convertirse en la principal potencia dominante cuando el estalinismo afirmaba que después de la guerra mundial lo que vendría sería una feroz lucha interimperialista entre las grandes potencias, incluida la guerra entre ellas. Además el frente mundial capitalista que de hecho se estaba formando, según Silvio, conducía a la atenuación de las contradicciones entre capital imperialista y capital nacional; o sea entre las burguesías de los países centrales y las de los países atrasados, dependientes. ¡Aquí el cuchillo entraba directo al corazón! Es que la estrategia de los partidos comunistas, entre ellos los latinoamericanos, tenía como eje el apoyo a la llamada burguesía "nacional", obligada a enfrentar al imperialismo para encabezar la revolución democrático-burguesa en nuestros países, de acuerdo con el etapismo frentepopulista impuesto por la burocracia de Moscú. La conclusión de Silvio era otra: la revolución socialista como respuesta a la dominación conjunta –a pesar de sus diferencias– del capitalismo.

Al ideólogo del estalinismo argentino no le preocupaba que las pequeñas organizaciones trotskistas de entonces se reclamaran del leninismo-trotskismo y que tuvieran como uno de sus ejes de propaganda a la revolución socialista. Sí le preocupaba, y enormemente, que el dominio que el Partido Comunista tenía sobre la cultura de izquierda y su rol de gendarme del socialismo supuestamente leninista fuera cuestionado por un intelectual revolucionario de relieve nacional, que alzaba su voz y su pluma con energía para presentar, en el país y en la izquierda latinoamericana las conclusiones de su pensamiento crítico.

Para poder explicar esta parte de mis reflexiones y recuerdos les pido a mis lectores considerar el espacio tiempo histórico. ¿Acaso no es correcto tener en cuenta formulaciones políticas, aunque fueran tentativas, de los años que siguieron a la guerra mundial?¿No ayuda ello a construir la memoria política en el terreno de la lucha de clases? ¿No es un acto de valentía política y de coraje personal enfrentar al estalinismo contrarrevolucionario? ¿No lo es más en Argentina donde los Codovila y los Ghioldi actuaban cínicamente como agentes políticos de la burocracia de Moscú y asimismo como apoyatura y aliados de la clase dominante local?

Pero *La realidad argentina* integró otros planteamientos que siguieron a la fundamentación de su contenido, desde el estado actual de la economía capitalista con el rol de Estados Unidos como potencia dominante. El capítulo del imperialismo y Latinoamérica quedó bajo mi responsabilidad, lo que se consigna en el libro. Al pasar afirmo que este aporte directo, así como mi colaboración en otros capítulos del mismo, señalarán mis avances en otro terreno de mi formación política. Cuando en 1960 me desvinculé del MIR-P coronaría ese momento de reflexión con la redacción de otros dos ensayos: *El Apra, balance y liquidación* y *Ensayos sobre la realidad peruana.*

La segunda parte del libro –la revolución socialista– se fundamenta a través de un desarrollo teórico-político, partiendo de la teoría de la revolución democrático-burguesa en: a) Marx y Engels, y b) en Lenin y Trotsky. Con un vasto análisis de la práctica de la revolución demoburguesa en los países centrales y en los dependientes, semicoloniales. En la revolución socialista como tal se abordan las posiciones de las diversas fuerzas de izquierda; y la transición del capitalismo a la nueva sociedad sigue el método de la revolución permanente, principalmente en la formulación de León Trotsky. O sea, la internacionalización de la revolución como el salto cualitativo que al superar al capitalismo y sus instrumentos de dominación, liberará al hombre de sus cadenas. Por ello, el socialismo concebido en el devenir histórico como un canto a la libertad total de la humanidad.

En abril de 1954 fue reimpreso el folleto de 1946, respetando su primera versión por pedido de su autor, prologado por Marcos Kaplan y Ricardo Napurí. Afirmo con Kaplan que esta reimpresión era necesaria porque su teoría se ha visto confirmada por la realidad actual. Además, porque esta constatación ha sido aceptada en sus conclusiones generales por casi todos los investigadores políticos. Las discrepancias surgen en su aplicación estratégica y táctica, es decir en el proceso de superación de tal estado de cosas. Un ejemplo ilustrará nuestra afirmación.

Mientras los dirigentes de la URSS y los estalinistas en general aceptan la existencia de la integración mundial capitalista, procuran romper dicho predominio tratando de abrir una brecha entre dicha potencia e Inglaterra y/o Francia, por ejemplo. Es decir que tratan de

quebrar la integración, pero dentro de los marcos del sistema capitalista, aplicando por lo tanto métodos reformistas. Postura ésta utópica y reaccionaria, similar a las de los ideólogos y políticos pequeñoburgueses que han pretendido luchar siempre contra el monopolio predicando un retorno al capitalismo ideal de la libre competencia.

Afirmamos: El profesor Frondizi cree, por el contrario, que la integración mundial capitalista puede ser deshecha única y exclusivamente en lucha abierta con el propio sistema que la sustenta y del que es la consecuencia lógica y fatal. Sostiene, asimismo, que las tareas liberadoras de nuestro tiempo no podrán ser cumplidas por las serviles y caducas burguesías nacionales aliadas al imperialismo, sino por los sectores sociales no vinculados a ninguna forma de privilegio y opresión, es decir, por el proletariado como caudillo de las masas oprimidas. No obstante, el deseo del profesor Frondizi de mantener la versión originaria de su teoría le ha movido a publicarla sin modificaciones, pese a que algunas expresiones deberían ser reformuladas para quitarles cierta apariencia de interpretación superestructural.

Como lo he señalado antes, el libro recoge lo fundamental de la crítica a la "teoría" del autor. La referencia a que "algunas expresiones deberían ser reformuladas" resume una discusión también entre nosotros. Por ejemplo sobre las etapas del desarrollo capitalista teniendo en cuenta la discusión en el seno del marxismo de la etapa en la historia capitalista. Lenin –entre otros– identificó al imperialismo como una etapa del capitalismo, a la vez que identifica esta etapa con el capitalismo monopolista. Destaca asimismo el momento de transición de una etapa a otra. Por otro lado, en otro momento, Poulantzas, Harris, Lipiez, discrepan de la teoría de las etapas de Lenin periodizando el capitalismo a partir del hecho de si la acumulación es extensiva basada en la extracción de plusvalía absoluta o intensiva basada en la extracción de plusvalía relativa.

Frondizi habla también del "nuevo imperialismo" y afirma que su teoría es el desarrollo –en otro momento histórico– de la de Lenin. Pero éste denominó a la fase imperialista de "etapa superior", mientras Silvio Frondizi de "última etapa del capitalismo". Es decir, que el autor de *El Estado y la revolución* concebía todavía abierto el curso histórico del devenir capitalista, en tanto Silvio lo cerraba en su teoría de la integra-

ción. Esto último tiene la connotación de que la integración sería la antesala del socialismo, vía la revolución mundial. De ahí la importancia de esta discusión de la teoría de las etapas. Discutimos igualmente que al no abordar *La realidad argentina* el hecho fundamental de quiénes serían los sujetos políticos y de qué forma se liquidaría al capitalismo "la interpretación superestructural" bien podía entenderse como un enunciado "catastrofista", una suerte de "inminencia de la revolución". Más, porque se afirmaba que las contradicciones insalvables del sistema le llevaban a su destrucción en la época de la integración.

Dejando de lado estas dudas y las formulaciones inacabadas o tentativas, la teoría de Frondizi bien podría haberse denominado de "globalización" o "mundialización" del capitalismo, como ocurre actualmente. Y esto porque tempranamente, en 1946 y desde Argentina, y sólo contando con los datos fácticos a su alcance, avizoró la orientación principal que tendría el desarrollo de la acumulación capitalista, que llevaría a Estados Unidos a constituirse en potencia hegemónica y dominante, en los terrenos militar, económico y político, fundamentalmente. Y por sus consecuencias directas sobre los países atrasados económicamente y en las relaciones interimperialistas.

Basados en este antecedente –la integración– podríamos aprovecharlo para encarar los problemas que suscita la globalización-mundialización, la fase actual del capitalismo. Tanto para la identificación de los cambios estructurales que produce en las relaciones del trabajo, con sus consecuencias directas sobre quienes viven de su trabajo, o sea la mayoría de la población mundial, como para comprender los nuevos dramas y problemas centrados en la crisis ecológica y de la humanidad. Indudablemente las formas de barbarie a que apelan el capital y los capitalistas para mantener su implacable dominación de clase.

El imperialismo de Lenin se basó en el estudio del desarrollo del capitalismo monopólico de su tiempo. El "nuevo imperialismo" que avizora "la integración" de Frondizi se manifiesta en la actualidad como la mundialización del capital. Ya no es sólo el reconocimiento por todos de la existencia de un mercado único mundial, sino de un mecanismo de acumulación del capital, de su valorización en la mundialización con su consecuencia directa, un sistema de dominación fundamentalmente en

crisis. Ya que basada en el "mercado" su irracionalidad se hace más autodestructiva. Porque el descomunal desarrollo de las fuerzas productivas y de la tecnología alimentan aún más la competencia capitalista, acicateada por la lucha contra la tendencia a la baja de la tasa de ganancia.

Sin embargo la mundialización no apareció de un momento a otro. Fue el resultado de un proceso anterior, presentando varios momentos en su desarrollo. Así, la dominación del capital financiero y los procesos de valorización del capital han provocado un grado muy elevado en la concentración e interdependencia de los grandes grupos multinacionales; a pesar de que esta acumulación a escala mundial es en las últimas décadas más lenta. De ahí la centralización de una masa de dinero "ocioso" que busca reproducirse en los viejos países industriales, comenzando por Estados Unidos y el hecho que el poder capitalista decisivo pasó a manos de una nueva forma de propiedad concentrada en los fondos de pensión y de inversión financiera (François Chesnais).

Las manifestaciones de este proceso de dominación son múltiples. Las consecuencias repercutieron, por ejemplo, en los Estados-nación que sobre todo en los países dependientes fueron perdiendo su lugar en la economía mundial. El salto en la internalización del capital y las exigencias del "mercado", de liberalizaciones y des-reglamentaciones –o sea políticas neoliberales– agravaron las contradicciones y antagonismos en los países atrasados. Más adelante, la deslocalización de las empresas hacia países y regiones de la periferia se acentuó ante las exigencias de la competencia interimperialista. No sólo los mercados en expansión –como China, India y otros– sino por las exigencias de modificación de las relaciones capital-trabajo, expresadas en los bajos salarios, en los bajos costos de producción y en políticas económicas favorables entre otras ventajas privilegiadas al capital extranjero.

La mundialización agrava asimismo las relaciones del trabajo, con una desocupación cada vez más grande en los países marginales pero también en los industrializados con un notable aumento de las desigualdades y con la precarización de quienes viven de la venta de su fuerza de trabajo. De ahí el cambio de carácter del ejército industrial de reserva –actualmente casi el 50% de la población del mundo– y con la competencia a la que el capital obliga a los asalariados a librar entre ellos.

Las necesidades del proceso de acumulación capitalista en la mundialización y las exigencias de la competencia tienen como uno de sus objetivos la explotación de las materias primas prácticamente hasta su agotamiento, sin reparar en los costos ecológicos y sus efectos sociales. De ahí la crisis ecológica que ya compromete la condición de vida del planeta, principalmente de sus sectores más vulnerables igualmente la agresión contra la naturaleza con su manifestación dramática en la crisis del clima que como se ha dicho ha progresado tanto en los últimos años que no sólo amenaza la reproducción social de ciertas clases, de ciertos pueblos, sino también de ciertos países. El problema del clima y de la capa de ozono son otras de sus perversas manifestaciones.

No basta con afirmar que las amenazas que pesan sobre la especie humana –debido, entre otras razones, a la anarquía del sistema capitalista– ponen en peligro al conjunto del planeta. Está el tema de la relación entre la mundialización del capital y las guerras. Ahora el "estado de guerra permanente", que comprende el exterminio de poblaciones civiles ya no es por el reparto del mundo del "viejo" imperialismo sino por el apoderamiento de las riquezas naturales, de las materias primas de los países atrasados, periféricos. Un ejemplo de esto es la guerra desatada por Estados Unidas contra Irak, como un medio para tratar de apoderarse de las fuentes de energía de los países del Medio Oriente. Asimismo las prolongadas guerras en África (de "baja intensidad" las denominan) han sido provocadas o impulsadas por el capitalismo financiero y rentista, que produce la destrucción masiva de poblaciones africanas. Cínicamente los voceros del imperialismo anuncian la posibilidad de guerras y agresiones, esta vez por la disputa del agua dulce que escasea en el mundo.

Otras de las manifestaciones no desarrolladas en el "viejo" imperialismo, además de la creciente y enorme marginación de grandes sectores de la población mundial, es el desplazamiento poblacional interno en muchos países y regiones así como el problema de los inmigrantes, contra los que muchos países europeos levantan un muro represivo en defensa del "occidente culto". En conjunto son todas formas particulares de barbarie. Entre ellas garantizar la reproducción del capital funcionando con sólo una parte de la población mundial. Sin olvidar que entre las formas de explotación-dominación está el régimen impuesto

a todas las minorías, entre ellas las campesinas e indígenas. Tomado todo de conjunto, lo expuesto y lo olvidado, el "nuevo" imperialismo, el de la globalización-mundialización, sólo puede permanecer convirtiendo las relaciones sociales y los mecanismos de reproducción apelando al desarrollo de formas de barbarie contra la humanidad y contra la naturaleza a la que destruye implacablemente.

En *El imperialismo*... de Lenin se reconoce la emergencia del imperialismo norteamericano pero no aún su condición de gran potencia mundial. De esta forma, reconociendo el poderío de Gran Bretaña, éste no alcanzaba para despegarse claramente de otras potencias imperialistas, entre ellas Francia, Alemania, Japón. De ahí la posibilidad de guerras económicas y políticas interimperialistas, como la de 1914-1918, la que toma Lenin como la referencia principal para su análisis. Frondizi –y otros–pudieron en otro tiempo constatar el hecho de la hegemonía norteamericana, sobre todo después de la segunda guerra mundial, aprovechando las excepcionales condiciones favorables en relación con sus competidores desgastados por la guerra.

O sea que el poderío de Estados Unidos se beneficiaba del hecho que las otras potencias imperialistas habían sufrido el enorme golpe de su aparato productivo global. Por eso –y esto por razones políticas ante el peligro del avance de la revolución y del poderío de la URSS– el plan Marshall fue concebido para impedir la debacle del capitalismo europeo y a la vez la reconstrucción de la economía japonesa para ganar a este país como aliado subordinado en el Asia ante un futuro peligro chino.

Muy rápidamente se recompuso la economía de los países europeos al igual que la japonesa. En un boom que duró casi 30 años, con ramas de la producción que sobrepasaron a la norteamericana, como competidoras en el mercado mundial. No obstante, Estados Unidos hizo prevalecer su enorme poder militar y el privilegiado lugar ganado coyunturalmente en el comercio internacional. Pero desde este retroceso industrial frente a rivales como Alemania y Japón, Estados Unidos avanzó a la posición que actualmente ocupa, ya en el doble plano de las finanzas y del poderío militar.

Así la "paz" entre países imperialistas dejó atrás las guerras interimperialistas del siglo XX, debido principalmente a la supremacía

yanqui, al predominio de su economía y comercio mundiales, pero principalmente a que la dirigencia política y empresarial de los países europeos, incluido Japón, aceptaron –no importa si a regañadientes– su liderazgo, más acentuadamente después del derrumbe de los países del "socialismo real", a la cabeza la ex URSS. Por ello Estados Unidos con apenas el 5% de la población mundial detenta casi el 25% del PB global, a la vez que genera dos tercios del crecimiento económico total. Con una economía descompensada debido a su déficit presupuestal y comercial, sin embargo la mantiene en parte militarizada porque concentra el 40% del gasto de defensa y posee tres cuartos de las capacidades militares del mundo. Es el principal fabricante de armamento y el principal vendedor en el mundo. De ahí su enorme presupuesto militar y los centenares de bases que posee fuera del país, repartidas en todos los continentes.

Etapa tras etapa esta economía semi-militarizada acumuló grandes contradicciones, una de ellas manifestada en el parasitismo enorme y complejo. Sus intereses vitales de potencia dominante que enfrenta crisis tras crisis que alcanzan a todos los países, acentúa sus contradicciones internas. Esto explica su intento de garantizar el proceso de reproducción con acciones militares por todos lados. En estas condiciones debe enfrentar los nuevos desafíos de las resistencias y rebeldía de los pueblos agredidos como asimismo los nuevos desafíos que le garanticen la provisión de materias primas indispensables, principalmente el aprovisionamiento de petróleo y gas.

Es por esto que su antiguo complejo industrial-militar fue adquiriendo un lugar omnipotente. El pretexto: que Estados Unidos tiene la misión no sólo de garantizar su propia seguridad sino la de todo el mundo civilizado y "democrático". Considerando esta realidad alguien ha escrito que con el recurso cada vez mayor de la tecnología, el Pentágono y los generales norteamericanos fueron acentuando los rasgos de "funcionarios de la violencia". Y que se acercaron también al centro del poder en acuerdo con los grupos industriales armamentistas, los grupos petroleros y otros, formando un bloque de interés para el que la reproducción del poder se ha constituido en "un fin en sí". Este bloque de intereses se expresa tanto en gobiernos republicanos como demócratas, con apenas matices entre ellos.

La derrota de la dictadura: se va la "Libertadora"

La dictadura militar no pudo estabilizarse ante la pertinaz resistencia de los trabajadores y estudiantes; y en particular, del movimiento peronista ilegalizado. De poco le sirvió a la "Revolución Libertadora" implementar una represión, de la que no escaparon los fusilados militares leales al gobierno derrocado, y militantes-activistas del amplio espectro político. En tanto, la crisis se expresó igualmente en los cuarteles y temiendo a la guerra civil, el gobierno de facto quiso escapar a esta posibilidad pero manteniendo la proscripción del peronismo, el partido político mayoritario. De su lado, el general Perón desde el exilio pactó con Arturo Frondizi, el principal dirigente de la Unión Cívica Radical Intransigente (UCRI), corriente escindida de su matriz, el Partido Radical. Arturo Frondizi era considerado un demócrata consecuente pero igualmente un "desarrollista" partidario de la industrialización del país y un nacionalista capaz de resistir las presiones excesivas del imperialismo, especialmente en el tema petróleo.

No obstante las expectativas creadas en el seno del pueblo trabajador y en las vanguardias políticas, aquéllas colapsaron cuando Frondizi rompió con Perón inmediatamente de asumir el gobierno, dando un giro a la derecha y subordinándose al poder militar al que permitió recomponerse. Se crearon de esta forma las condiciones para un renacimiento de las luchas del movimiento obrero organizado y también de otras capas de la población, los que reaccionaron vivamente ante la frustración de la experiencia supuestamente democrática y antidictatorial. Expresión de ello fue, por ejemplo, la gran movilización de la ciudadanía ante el intento de la iglesia católica de imponer la obligatoriedad de la enseñanza religiosa en las escuelas. Este enfrentamiento se dio bajo el lema de educación "libre o laica". Como la inestabilidad social y política prosiguió, radicalizándose, el gobierno ucrista apeló, subordinado ya a los militares, a una represión indiscriminada, perdiendo aceleradamente el sustento social que detentaba, lo que anunciaba su próxima caída.

El MIR-P asumió desde los primeros momentos el rechazo a este gobierno y una aguda critica al radicalismo intransigente como parte de la crítica ideológica y programática a los partidos burgueses. Por esto

fue que en las elecciones de 1958 en las que Arturo Frondizi fue elegido presidente de la Republica, como he dicho con el apoyo total del peronismo, nuestra organización llamó a votar en blanco, realizando a la vez una vigorosa denuncia del pacto Perón-Frondizi. En la izquierda fuimos pocos en asumir esta posición, diferenciándonos así de los comunistas y trotskistas que apoyaron al candidato bendecido por Perón. Igualmente apoyaron a Frondizi las diversas corrientes nacionalistas. Silvio en sus vigorosos deslindes políticos no pudo impedir caer en un enfrentamiento personal y apasionado con su hermano Arturo. Pero en la coyuntura estas tomas de posición politicà ayudaban aun más a pulir la identidad política del MIR-P, tanto respecto de la vieja izquierda –socialistas y comunistas– como ante el trotskismo, que emergía como corriente obrera y antiestalinista. Es decir, un claro avance del "centro" de la actividad intelectual y propagandista a una, aún limitada por cierto, actividad práctica más comprometida.

En este escenario político el MIR-P avanzaba en la formación de sus cuadros militantes.

Entre 1958 y 1959 creo que estaban "celulados" en todo el país cerca de doscientos compañeros de nacionalidad argentina y quizás un número mayor de latinoamericanos. Ahora todos más organizados y disciplinados pero no del tipo leninista, ya que el *Qué hacer* de Lenin no era nuestra bandera ni el centralismo democrático nuestro dogma organizativo. Por eso entre la dirección y las bases no existían aún las mediaciones y jerarquías. Más claro: teníamos un mecanismo de comunicación directa, pero no asambleario y menos "movimientista". Se ha afirmado que el mérito del MIR-P fue en ese entonces el de la formación ideológica y política, en el terreno del marxismo, de cuadros; integrantes muchos de ellos de una nueva generación de militantes políticos o de personalidades de la cultura. Reconozco que mi memoria no ha logrado retener los nombres de todos. Claro, sólo hablo de mis diez años de "praxista" y no de su desarrollo posterior que no domino. Sí recuerdo y los cito sin jerarquizarlos a Claudio Perinetti, de los primeros comprometidos y que llegará a ser dirigente medio sindical, Alberto Ure, convertido en exitoso director de teatro; Marcelo Nowerstein, sociólogo, a quien encontré en Chile y Francia; Pablo Levin, economista y profesor universitario; Jorge Castro, que giró a derecha,

siendo después mentor ideológico del menemismo; José Wermus, que tomará el seudónimo de Jorge Altamira, cabeza del núcleo que después se organizara en Política Obrera y el Partido Obrero; Susana y Román Frondizi, pero éstos "tironeados" por las influencias de sus tíos Arturo y Silvio. No conozco las calificaciones en la vida y actividades de Aldo Comotto, Lito Valenzuela, Sergio Romero, Hugo del Campo, Alberto Guilis, Arturo Lewinger, Ricardo Sidicaro, Roberto Carri, Jorge Bolívar, Horacio Torres Molina, Alberto Ferrari, Pedro Maisonave. En el correr de los años he tenido encuentros, gratos por cierto, con personas que me dicen estuvieron comprometidas o que han militado en el MIR-P, –con posterioridad a 1960– entre otros Luis Mattini, dirigente del ERP insurrecto, o Stella Caloni, notable periodista.

Muchos de ellos nutrieron el colectivo partidario colaborando a que ganara una mayor influencia política y cultural y las herramientas de que nos fuimos dotando. El periódico *Revolución*, el órgano partidario, se editó con regularidad; los boletines sectoriales ganaban un lugar destacado; se creó la Editorial Praxis con recursos propios. Se editaron muchos libros, entre otros, *La realidad argentina, El materialismo dialéctico según Henri Lefebre* (Eugenio Werden). De Marcos Kaplan: *Economía y petróleo argentino, La crisis del radicalismo, Política y vida cotidiana.* La editorial anunció la próxima aparición de libros ya redactados, que sin embargo, por las vicisitudes políticas no salieron a luz pública. Entre ellos *Ensayos sobre la realidad peruana* y *El Apra, balance y liquidación,* de la autoría de Ricardo Napurí; *El problema de la vivienda,* de Roberto Peisker; de Werden, un libro sobre el materialismo dialéctico y de Marcos Kaplan *Estado y sindicatos.* A todo esto se suma que en 1958, Silvio gana el concurso para la cátedra de Derecho Político en la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales de la Universidad Nacional de La Plata, retornando así a la actividad profesoral universitaria, de la que había sido separado por la dictadura; mientras seguía ejerciendo la profesión de abogado, con el eje de la defensa de presos políticos y sociales.

Para avanzar en la búsqueda de la propia identidad política hubo que diferenciarse con quienes consideraban al MIR-P no como componente de la "nueva izquierda" sino un advenedizo incapaz de dotarse de un proyecto político alternativo. El Partido Comunista insistía en su acusación de "revisionista", "kautskista", "proimperialista". Para ellos Silvio

era un intelectual pequeñoburgués, "enfermo de personalismo". Juan Carlos Portantiero, expulsado del PC-Moscú acusado de "maoísta", lo denuncia por sus errores de "tipo trotskista". Y como buen etapista y frentepopulista escribió que sus posiciones "no comprenden la necesidad histórica de la revolución democrático-burguesa como un paso previo al socialismo en los países dependientes". Les advierto a los lectores desinformados que hablo del Portantiero joven, porque en su "madurez" devino en inteligente defensor del capitalismo en tanto adalid de la "democracia". Sí, la descompuesta democracia de los países atrasados.

De "incomprensión de lo nacional" fue acusado Silvio por las corrientes nacionalistas. Abelardo Ramos, Rodolfo Puigross, que se atribuían ser representantes de las masas y de los movimientos nacionales, agregaron a lo anterior la acusación de "internacionalista". John W. Cooke, dirigente peronista y del "nacionalismo de izquierda", lo hizo en parecidos términos. Como en determinado momento Silvio planteara la necesidad de un "frente de izquierda" y de una internacional socialista revolucionaria, Arturo Jauretche, intelectual que se reclamaba del "campo popular", refutó la idea. Levantando la consigna de "frente nacional integrado por los representantes de todas la clases 'nacionales'".

El MIR-P en su prédica oral y escrita señaló sus diferencias con el movimiento trotskista y con la Cuarta Internacional, afirmando por ejemplo: "que la lucha contra el estalinismo lo ha limitado desde su nacimiento imponiéndole un carácter negativo y no de síntesis superadora de aquél. Ello ha conferido al trotskismo casi todas las limitaciones del estalinismo (sectarismo, burocratización, pequeñez, atraso teórico); lo ha enquistado y divorciado de los grandes movimientos de masas en los últimos años". A pesar de que los políticos e ideólogos de la burguesía y también del estalinismo motejaban al MIR-P, y al propio Frondizi, de "trotskista" o "trotskizante", las organizaciones seguidoras de Trotsky no los consideraban como tal y tampoco un vecino de tendencia. Estas organizaciones recorrían en ese entonces su etapa fundacional, que al reclamarse depositarias de la tradición leninista-trotskista y herederos de la revolución de octubre lo hacían desde una postura fuertemente dogmática. Consideraban además que la revolución socialista mundial advendría bajo el liderazgo de la Cuarta Internacional y el movimiento trotskista organizado mundialmente. Ante

esto el MIR-P era caracterizado como una construcción de la pequeña burguesía "intelectual".

Las corrientes que se reclamaban del trotskismo en el país expresaban la división existente en la Cuarta Internacional, la principal entre "morenistas" por su dirigente Nahuel Moreno y "pablistas-posadistas" por Posadas. Los "praxistas" tuvimos una importante primera diferencia con el morenismo en los albores del peronismo. Mientras Silvio tempranamente lo caracteriza de movimiento nacionalista burgués, el grupo de Moreno lo hacía de dictadura pro-imperialista. Después, en 1955, cuando Nahuel Moreno impulsó, junto con socialistas disidentes y grupos nacionalistas, la formación del Partido Socialista de la Revolución Nacional, el MIR-P no coincidió con el proyecto considerando que era un agrupamiento no independiente del peronismo y de su gobierno. Ya dejé constancia de que en 1958 el "morenismo", acatando las directivas del pacto Perón-Frondizi, llamó a votar por éste, mientras el MIR-P lo hacía en blanco, denunciándolo por antipopular.

Horacio Tarcus relata en su libro cómo Milcíades Peña, en nombre del morenismo, trató de refutar al "praxismo" y a su mentor ideológico y político. Peña lo hizo a través de una nota que denominó *Profesores y revolucionarios. Un trotskista ortodoxo responde al profesor Frondizi.* Ahí entre caracterizaciones y acusaciones afirma sucintamente que Frondizi era apenas un intelectual y el MIR-P una organización "movimientista" con tendencia típicamente intelectual al aislarse del movimiento real y creerse la "síntesis superadora" de todo lo existente; no de actor sino de espectador del movimiento de masas. Que Frondizi asumía el papel de "instructor" o "entrenador" revolucionario; que el 99,99% de las posiciones fundamentales del MIR-P habían sido tomadas del trotskismo pero que no tenía la honestidad de reclamarse del trotskismo, menos de ingresar al movimiento, no aceptar su disciplina en tanto vanguardia combatiente del proletariado. Además, su tendencia al margen de la lucha mundial y nacional de la clase obrera, "como quien organiza una escuela de filosofía o una academia de corte y confección: no admitir ni en sueños la necesidad y la obligación para todo revolucionario de acatar la disciplina y el programa del trotskismo ortodoxo e incapaz de ofrecer otro proyecto alternativo".

En 1957 Milciades Peña –trotskista ortodoxo– ya estaba fuera del morenismo, acusado entre otras cosas de abandono de la concepción leninista del partido, de no aceptar el programa trotskista y de intelectual pequeño-burgués. Años atrás yo conocí a Peña en el estudio de Silvio Frondizi, al que concurría asiduamente para dialogar fraternalmente con aquél. En esa misma reunión conocí asimismo a Nahuel Moreno. Silvio actuaba como "moderador" entre Peña y Moreno. Discutieron cuestiones partidarias pero creo recordar que centralmente el trabajo en el movimiento obrero. Novato todavía en estas lides me "asusté" terriblemente de la forma que tomaba la discusión, llegando brutalmente a lo personal. No conocía en ese momento que esto era lo habitual entre quienes apasionadamente se creían depositarios "de la mejor verdad".

Peña me pareció un joven brillante, informado y "poseído" de su verdad, pero que no resistió la ofensiva arrolladora de Nahuel Moreno, su compañero de partido.

Peña colaboró después de este hecho en el libro *La realidad argentina*, al que hizo algunos aportes. Pero encargado de deslindar posiciones con el MIR-P hizo un alto en su vínculo para denunciar al "praxismo". Ido de su organización matriz retomó su amistad con Frondizi, al que invitó, juntamente con Kaplan, a colaborar en la revista *Estrategia*, que dirigía, a través de la cual ganó el lugar de intelectual marxista, reflexivo y crítico. Lamentablemente aún muy joven murió trágicamente. En 1986 le pregunté a Nahuel Moreno por qué en el libro *Conversaciones*, de su autoría, estaba ausente Milcíades Peña, un "morenista" tan calificado. Me prometió conversar sobre ello. Yo tenía una gran curiosidad. Pero Moreno falleció ese año, de una muerte sin aviso previo.

Marcos Kaplan en su libro *Política y vida cotidiana* resume algunos de los planteamientos "praxistas" principales. Planteamiento al que el citado Horacio Tarcus considera algo así como un manifiesto de la nueva izquierda de esos tiempos. Cierto, es un texto de extraordinario contenido conceptual y polémico. Pero en esta autobiografía sólo tomaré las ideas principales. Kaplan señalaba, por ejemplo, el hecho de la madurez o inmadurez de las condiciones subjetivas en los procesos revolucionarios, tema mal abordado por la vieja izquierda debido a su reformismo recalcitrante.

Para superarlo, apela a la asimilación, pero crítica, tanto de los mejores aportes del marxismo clásico como de los desarrollos de la teoría social no marxista; que la propaganda de esta izquierda "hace apenas un llamado a la razón de las masas sin apelar así a sus sentidos, su organización, creatividad, su potencial entusiasmo, abnegación y heroísmo". Ideas casi iguales a las de José Carlos Mariátegui, que las redondeaba con su "meter sangre en las ideas" y que "el socialismo indoamericano no puede ser calco ni copia sino creación heroica".

Para Kaplan la crítica y la práctica deben comprender al "hombre total", en todas sus dimensiones; no pueden limitarse a la lucha por la emancipación económica y política sino que deben cuestionar también el terreno concreto en el que se inscriben y se reproducen; el de la vida cotidiana. Así el llamamiento por una izquierda y una militancia de nuevo tipo tiene que tener como una de sus vertientes el abandono del sustituismo o del paternalismo sobre las masas. Esta nueva izquierda revolucionaria no sólo debe tomar en cuenta la explotación y la miseria de las masas populares sino también todas las formas viejas y nuevas de alienación (material, social, familiar, ideológica, cultural, religiosa). Kaplan, y con él los praxistas, afirmaba: "La necesidad de una transformación puede estar madura, pero la fuerza de los creadores revolucionarios de dicha transformación puede resultar inadecuada para lograrlo. En estas condiciones la sociedad se pudre y 'su putrefacción puede durar décadas enteras'". De esta forma la solución de la crisis contemporánea no "será alcanzada en un aspecto parcial, sino en la totalidad de la vida humana, tanto en el plano económico como en el político, social, espiritual, etc. Es decir, donde la toma del poder político es apenas un incidente en esta larga aventura del hombre y de los pueblos". Considerando estas ideas y planteamientos –algunos tentativos– es comprensible que los dogmáticos, aun en su buena fe, que suscriben como lema la "revolución inminente", y como su modelo único la revolución de octubre, sintieran amenazado su pedestal por estos herejes y heterodoxos. Como el proceso histórico no espera ni perdona, la praxis revolucionaria será la que señale los caminos, las herramientas de que se doten los proletarios y no proletarios, explotados y oprimidos, para liquidar al capital y sus capitalistas.

En mi caso, entre 1955 y 1960, mis tareas y mis responsabilidades por ser más abarcativas constituyeron un mayor desafío. En lo más simple y concreto debí encargarme, ante los temores de una represión generalizada por parte de la dictadura, de garantizar la seguridad de los materiales y archivos propios pero principalmente de nuestra organización. Para materializarlos alquilé un pequeño departamento en una casona vieja del barrio de la Boca. Fue todo un aprendizaje el mimetizarme de vendedor de artículos del hogar viajante para que sus propietarios no dudaran; y como forma de justificar mis ausencias periódicas o reiteradas. Algo así como tener una doble vida entre esto y la vida hogareña al lado de mi madre y hermana Haydée.

Mi tarea en el medio estudiantil y universitario devino más exigente porque a mis responsabilidades de propagandista y organizador, debí agregar las políticas-electorales. Fui candidato habitual en los frentes de los estudiantes latinoamericanos organizados en la Federación de Estudiantes Americanos y en el de los peruanos, para enfrentar dura y polémicamente a apristas, comunistas, nacionalistas y los infaltables "independientes". Esto exigió la edición de folletos, panfletos y hasta periódicos dedicados al conjunto y por nacionalidades.

Por esto creamos el Centro de Estudios Sociales Americanos (CESA), mientras no dejaba de colaborar en *Revolución*, nuestro órgano principal. Y a partir del golpe de 1955, mientras el MIR-P, se mejor estructuraba y se "endurecía" políticamente, fui ganando el lugar de encargado de la organización, en la división de responsabilidades y de dirección.

Asimismo cuidé de actualizar mis lecturas y de realizar el más prolijo seguimiento de la realidad nacional e internacional. Esto último explica en parte el encargo de asumir las relaciones internacionales. Así conocí en unos casos o establecí vínculos más directos –como ya lo señalé– con Juan Lechin, Paz Estenssoro, Salvador Allende, Armando Villanueva, Manuel Seoane, Oscar Waiss, Enrique Sepúlveda, etc. Viajé a Bolivia, Chile, Uruguay, Brasil y hasta a Paraguay encarando el peligro de ser descubierto por los agentes de la dictadura del general Stroessner. En cierto sentido ganaba ya el privilegiado lugar de organizador partidario, de propagandista y de tribuno pero tirado a agitador polémico.

Dejo para el final de este recuento la experiencia político-sindical. Si las mismas ya eran abarcativas como se deduce de mi relato, ésta

merece ser destacada, no importa si sucintamente. Fue algo privilegiado haber logrado la condición de militante-activista, y la de dirigente después, en un sector organizado del proletariado argentino. Por ello me califiqué como el dirigente sindical más público del MIR-P hasta el año 1960. Retrospectivamente me parece hasta inusitado este hecho teniendo en cuenta de dónde venía y la aún débil inserción de nuestra organización en el movimiento obrero. Ciertamente en su mayoría "estatizado" por el régimen peronista, pero el canal principal de los trabajadores organizados, al que se disciplinaban incluso los trabajadores no organizados y las capas de la población que por no tener herramientas organizativas propias se determinaban igualmente por aquél. Fue por tanto mi práctica social-política más importante.

Desde lo básico, de cómo ganar a mis compañeros de trabajo a un compromiso de paro o huelga, relativamente fácil cuando el ascenso político y la voluntad de lucha lo permitía, pero problemático cuando los trabajadores encaraban situaciones adversas con una patronal a la ofensiva. Aprendí una y otra vez que había que partir de las condiciones de existencia concretas en las que en principio predomina el sentido conservador que impone la vida cotidiana. Alejar el fetichismo de que quienes viven de la venta de su fuerza de trabajo pueden desdecir esta realidad. Pero que sin embargo –y felizmente– el "tonismo" de la lucha de clases puede quebrarlo momentáneamente, en uno u otro sentido. Es decir, tomar la experiencia como punto de partida para volver a ella, pero para cambiarla. Esta idea vale tanto para las pequeñas y concretas experiencias como en las más grandes y conflictivas.

Claro, todo esto dentro de los problemas que genera el trabajo asalariado. Constaté que los trabajadores al querer ganar más o conservar lo ya conquistado, se encontraban con una trama opresiva compuesta sobre todo por el accionar de la patronal, del gobierno, pero también de las direcciones sindicales cooptadas por el poder, como agentes de aquéllos en el movimiento obrero, salvo las direcciones que luchaban por la independencia sindical. Aprendí que todas las luchas económicas y reivindicativas son en principio de carácter defensivo. De ahí la importancia de la urgente y necesaria politización que las acompañe para que los trabajadores aprovechando las condiciones favorables puedan elevarse ideológica y políticamente. Coincido por

esto con la afirmación de que "las ideas revolucionarias deben cotidianamente volverse vivas por medio de la experiencia de las masas mismas". Esta idea vale tanto para las concretas y pequeñas experiencias como para las más grandes y decisivas.

Desde mi activismo sindicalista comprobé asimismo cómo los trabajadores construyen contradictoriamente su conciencia política partiendo de sus reivindicaciones elementales y concretas. Y cómo puede retroceder en el marco de las derrotas y de la ofensiva patronal y del medio político. Pero que sin embargo todas las resistencias activas generan una conciencia anticapitalista empírica. Lo que –insisto– no debe fetichizar a los trabajadores al no tener en cuenta su condición de seres humanos "tomados" por la influencia capitalista degenerativa, comprendidos sus valores. Es decir, que en este proceso quienes vivimos bajo el dominio del capital nos convertimos, a través de la práctica cotidiana, en luchadores contra el capital, a partir de las múltiples experiencias de cada uno de los sectores oprimidos.

No creo que lo que expongo se ubique en lo abstracto; todo lo contrario. En una situación concreta como la realidad del país y en ella de la clase trabajadora, el aprendizaje bien asimilado es importante. Si traté de la subjetividad y de la conciencia política es para llevar a mis lectores a la comprensión del grado de dificultades que enfrentaron y enfrentan la clase obrera y el pueblo oprimido, para a través de sus exigencias y luchas, concientizarse en un sentido de clase. En el caso argentino para liberarse definitivamente de la losa de la ideología peronista y a través de ella de la dominación del capital. Es que visto históricamente, tomando en cuenta sus orígenes progresivos en relación con el pasado, el peronismo se ha convertido en la más útil barrera contra el avance de las masas populares en el terreno de su independencia política de clase para sí.

Al releer lo que voy escribiendo siempre tengo la impresión de que mi relato puede no ser convincente; que no traduce verazmente los hechos del quehacer político y social de la época y del momento político. Y sobre todo de cómo el capitalismo intenta sobrevivir llevando la explotación y el despojo al máximo si sus explotados y dominados no se lo impiden. Me contenta que conocí a la clase que vive de la venta de su fuerza de trabajo, primero por los libros e inmediatamente

después en la realidad viva del país, con el eje de los esfuerzos de la patronal y de sus agentes políticos para mantener su dominación de clase a través igualmente de los vericuetos de la vida política. No obstante en mis años de responsable de la comisión interna del diario *La Razón* comprobé cómo se ejercía el poder también por delegación. Ser, por ejemplo, jefe de personal o el mentor ideológico, defendiendo la libertad de empresa, en el accionar de Laiño y sus allegados directos. El "patrón" Ricardo Peralta Ramos ejercía su poder, aunque diezmado entonces, a través de sus agentes, a pesar de que el ascenso popular y de las luchas lo puso más de una vez a la defensiva.

De esta circunstancia yo me beneficié. El "patrón", diestro en la maniobra y en subalternizar a los dirigentes sindicales, pretendió hacer lo mismo conmigo. Por ser yo responsable del sindicato pretendía discutir conmigo directamente sin la presencia de mis compañeros de directiva. Aborté la maniobra apelando a mi bagaje político y a mi consecuencia como luchador. Como le agradaba conversar, más de una vez pasé al ataque argumentándole por qué los empresarios, a pesar a veces de su buena fe, eran explotadores. La bendita plusvalía era culpable de ello. Terminó aceptando reuniones con todos mis compañeros de directiva. Recuerdo que logramos arrancarle algunas conquistas adicionales. Entre ellas el pago de la indemnización que reclamaba el periodista Jacobo Timmerman, posteriormente una de las tantas víctimas de la dictadura militar genocida de los años 1976-83.

Silvio Frondizi, en Cuba

No exagero si señalo que en 1959 ninguna de las fuerzas de izquierda previó la victoria de los "barbudos" cubanos y menos la dinámica de revolución socialista que tomaría después. Retomaré el tema más adelante, aunque por ahora doy algunos trazos. No es que esta izquierda, tomada globalmente, pecara de desinformada porque el tema latinoamericano no le era ajeno, a pesar del peso de las tradiciones y cultura europea, de la que muchos intelectuales argentinos se sentían "hijos". Por eso esta izquierda, incluida la de carácter socialista, era ajena a las tradiciones que venían desde la revolución mexicana de 1910,

con su Pancho Villa y Emiliano Zapata como abanderados sociales y revolucionarios. Las rebeldías y revoluciones campesinas no eran su tema, aunque supieran de la existencia de Tupac Amaru. La revolución boliviana obrera y popular les debió parecer algo así como una manifestación exótica de los hombres del altiplano. La izquierda socialista-marxista tenía como banderas la revolución de octubre en Rusia, convenientemente fetichizada como después ocurriría con los seguidores de la revolución china y el maoísmo.

Teniendo esto como antecedente, muy pocos repararon en lo que pretendían los 82 del Granma que en 1956 embarcaron a mar traviesa para derrocar al tirano general Batista, un protegido del imperialismo norteamericano. Eso eran aventuras de gente tropical, les habrá parecido a muchos. Sólo cuando en dos años de resistencia civil y de lucha armada los insurrectos tomaron el poder el hecho fue acusado por el espectro político. De mi lado, de tanto andar entre latinoamericanos informándome de las peculiaridades de los países de la región, asumí que Cuba no era sólo la gesta de Martí y de quienes lucharon por liberarse del yugo español y yanqui. Sin necesidad de pedir autorización alguna a mi organización, o sea por propia iniciativa, me sumé al grupo que integraban, entre otros, la cubana Dysis Guira, exiliada en el país, el socialista Alexis Latendorf, y al que concurría de vez en cuando la madre del Che Guevara, Celia de la Serna.

No sé quien fue el que ordenó que un avión cubano arribara a las tierras del Plata; quizás fuera el Che, porque la orden al piloto era la de privilegiar el pasaje de su madre y familiares directos. De los casi cuarenta viajeros, yo fui uno de ellos casi por derecho propio. El día 9 de enero, al día siguiente del ingreso de la columna de Fidel Castro a La Habana, descendimos en el aeropuerto Rancho Boyeros. Por intermediación de su madre me vinculé inmediatamente con el Che, todo facilitado por este conocimiento y por el hecho de que no había todavía "competencia" porque los visitantes llegarían casi en masa algún tiempo después.

En las primeras horas de diálogo con el comandante Guevara lo primero que hice, después de informarle quién era yo y de mi posición política, fue explicarle quién era Silvio Frondizi y de su proyecto político "indoamericano". Tomó nota de lo expuesto. Le insistí en esa y otras reuniones –y ya con el apoyo en este asunto de Hilda Gadea– de

la conveniencia de invitar a Frondizi a la isla para entre ellos formular algún compromiso en común. En esos días de 1959 pude calibrar cuál era el grado de la cultura política del Che y bastante de "su" marxismo. Siempre con la complicidad de Hilda Gadea, que me apoyaba en estas iniciativas, pensé que el Che, que pedía a todo latinoamericano que conocía que tratara de imitar en su país el ejemplo de la revolución cubana, no tenía definido –en lo personal– un proyecto continental elaborado. Y que Silvio, que sí había avanzado en ello, podría presentárselo. Quienes piensan que el Che era en ese entonces parte de un proyecto que también tuviera a Fidel Castro como su mentor, están equivocados. Es que en esos días primeros de la revolución triunfante la imaginación revolucionaria se centraba en su internacionalismo, en "exportar", vía imitación, la revolución cubana.

Convencí al Che de esta conveniencia. Y con un alto grado de complicidad entre ambos, de pedirle a Silvio, apenas arribara a La Habana, de quedarse en la isla un tiempo para ayudar a darle cuerpo político a la idea simple de la "exportación". Y que si Silvio no aceptaba, quedarse igualmente en la isla para colaborar a formular las líneas generales de la educación universitaria, junto a otros intelectuales de renombre. Hago la salvedad de que el maestro ignoraba todo esto. No pude comunicárselo a tiempo para pedirle su anuencia. El Che me dijo que arribara con discreción porque no quería "filtraciones" ante la acusación de trotskista de parte de los comunistas que comenzaban a ser influyentes en el proceso. El único que lo recibió en Rancho Boyeros fui yo. El viajero que se había ilusionado con una invitación a todo bombo, y por las personalidades que lo recibirían, incluido el propio Fidel Castro, se enojó con las rabietas que se le conocía en sus momentos de tensión. Tampoco le agradó cuando sumariamente le expliqué lo que habíamos convenido con el Che. No aceptaba que alguien, para el caso yo, le trazara el derrotero de sus compromisos y destino político. Como no podía retornar, se fue calmando y aceptando mis explicaciones.

Todo cambió cuando al día siguiente lo recibió personalmente el Che. No pude olvidar la escena. Silvio, sumamente nervioso y el Che calmo, pero igualmente emocionado. Por unos segundos se miraron fijamente y el abrazo fue intenso, cálido y de un suspenso grande. Cierto, Frondizi lo menos que tenía era el aspecto de un guerrillero pero

imagino que su porte de intelectual comprometido, con su figura tan particular, le debió impresionar al Che. Su invitado dio rienda suelta a sus emociones y curiosidad grande por el hombre que tenía delante. Guevara le preguntaba "de todo" y Silvio respondía raudamente con su armamento didáctico de profesor. Hablaron de la realidad argentina y latinoamericana, de la posición de Praxis y sus objetivos políticos. Cuando se abordó el tema del "campo socialista" y del estalinismo el Che discretamente guardó silencio, afirmando que no conocía suficientemente el tema. Me parece que era cierto, porque Paco Taibo II, en su libro sobre Guevara, afirma que ni el estalinismo ni los gulags eran del conocimiento y de la preocupación del comandante.

Cuando en una de las reuniones posteriores el Che le plantea a Silvio lo acordado entre nosotros, éste, sorprendido, le dijo que no estaba preparado para asumir ese compromiso, ni en su primera hipótesis y tampoco en la segunda. Ante esto Guevara trata de convencerlo de que por lo menos se quede un tiempo en Cuba, prometiéndole que a su lado actuaría como una especie de consejero. Silvio responde que no rechazaba una colaboración activa con Cuba pero que quería quedar libre para ver hasta dónde avanzaba el proyecto del MIR-P a escala internacional. Le insinuó que en esta vía podrían realizarse acuerdos puntuales si Cuba iba tan lejos como el Che lo prometía en el diálogo. Silvio le dijo a Guevara que como prueba de sus leales intenciones, aceptaba la idea de colaborar directamente en la gestación de una editorial de alcance continental con el patrocinio cubano, con sede inicial en Montevideo. El Che le pidió que mientras durara su estadía en la isla la recorriera de punta a punta y entrevistara libremente a quien deseara y que si lo creía conveniente le hiciera conocer su reflexión crítica sobre la revolución.

El no compromiso de Silvio con el Che me golpeó duramente. Ya habíamos discrepado en 1955 cuando argumentó que no era el tiempo del MIR-P para postularse públicamente como una alternativa en la izquierda, algo así como una nueva izquierda. Yo pensé que esta vez, con la propuesta del Che, debíamos "agarrar" la historia con nuestras propias manos. Cierto, Cuba –en mi opinion– no tenía definido un proyecto y aparentemente –sólo aparentemente– sí el MIR-P. Pero en la discusión el Che, ante la argumentación de Silvio, no le exigió que el proyecto común se centrara sólo en desencadenar un

movimiento guerrillero en Argentina. Algo parecido a lo que acordó con el MIR peruano cuando Luis de La Puente Uceda lo convenció de que en Perú podía desencadenarse algo más vasto que una guerrilla por la peculiaridad del país. Incluso si se avanzaba en sus líneas generales, la realidad política lo iría puliendo, afiatando. De mi lado, muy respetuosa y fraternalmente, le dije a mi maestro que pensaba que estábamos, con la negativa, perdiendo la gran oportunidad de "hacer historia". Personalmente conmovido, le argumenté por qué me desvinculaba desde ese momento del MIR-P y que marcharía a Perú a ayudar a impulsar un proceso revolucionario en los términos convenidos entre el Che, De la Puente y yo.

Silvio retornó a la Argentina y yo quedé en la isla para afiatar los últimos compromisos.

La valija "diplomática"

Dicen que el diablo mete la cola donde no debe. Sucedió algo no previsto. Un joven médico, Leonardo Werthein, que trabajaba en su profesión en la isla, marchó a la Argentina para contraer matrimonio. Comunicó a los que pudo que contaba con una valija diplomática y que quienes lo desearan podían remitir lo que quisieran. En esos meses de 1960 Cuba cobijaba a todo político que pidiera residencia o asilo. Por eso del peronismo se contaba la presencia de Borlenghi, el ex ministro del Interior; Remorino, igualmente ex ministro, pero de Relaciones Exteriores. De la izquierda peronista, las principales figuras eran John W. Cooke y su mujer Alicia Eguren. Quizás algunos sindicalistas y políticos de paso por la isla. No conocí el contenido de las entregas y los destinatarios de las mismas en Argentina. Sin pensar en valija alguna, yo le entregué a Leonardo una carta para mi madre y tarjetas postales, para amigos y compañeros de dirección sindical, entre ellos Edgardo Sierra, el "flaco" Aguirre y el "uruguayo" Carvajal.

La policía política consideró que la susodicha valija no tenía los requisitos necesarios, o si los tenía, por venir de la Cuba revolucionaria "algo" peligroso podría contener. Fue decomisada aunque el portador quedó libre al demostrar su inocencia. Los "defensores de la

democracia" a través de sus agencias de seguridad, ya con la intervención de los servicios de inteligencia militar, denunciaron que la valija era portadora de manuales de terrorismo y de instrucciones de sus remitentes para dar inicio a una acción armada. Después supe que este incidente fue tomado como pretexto para el intento de romper relaciones diplomáticas con Cuba; y un preludio del golpe militar que poco después liquidó al gobierno constitucional.

¿Por qué resulté uno de los principales acusados, algo así como un subversivo agente cubano? Resulta que la mayor parte del contenido de la valija fue fácilmente descifrado, al ser individualizados sus remitentes y receptores. No lo pudieron hacer así con mi carta y mis tarjetas, que para los represores y sus mentores políticos estaban escritas en clave. Yo le había remitido a mi madre un juego de cubiertos finos que todavía se encontraban por ese entonces en algunos almacenes habaneros. En la carta que portaba Werthein le preguntaba a mi madre si le habían gustado los cuchillos, las cucharas, los tenedores, etc. Estas son claves afirmaban los represores, posiblemente encubren armamento o explosivos. Al no poder comprobarlo por lo absurdo, quedaba flotando mi papel en una supuesta conspiración contra el país. Advertí antes que la familia Fitzgerald reaparecería en mi relato. Es que unas cuantas tarjetas iban dirigidas a sus miembros: a Miguel, su mujer Palmira, su suegro Rosendo y una alusión a su hijito en su primer año de vida. Sospechados de insurrectos la policía cargó contra ellos, con el intento de meterlos en prisión. Después conocí que no la pasaron bien Sierra, Aguirre, Carvajal y algún otro de mis amigos de *La Razón*. Es decir, les "jodí" la vida a todos. Un poco más a mi madre, con los represores metiéndose en su departamento y confiscando mis archivos, notas y libros, que no pudieron ser resguardados convenientemente. Mi pobre hermana Haydée una vez más perseguida y obligada a comparecer por muchos días a las oficinas policiales y militares.

Me parece que por este hecho fui tendenciosamente fichado por los servicios de inteligencia. Como no tengo acceso a sus archivos desconozco como qué realmente.

Sin embargo poseo elementos "indiciarios". Estando en Europa, en 1974 fui invitado a reuniones en Irlanda. Ni bien descendido del avión en Londres, los servicios especializados trataron de impedírmelo. Les

pregunté el porqué. Casi amablemente me respondieron que estaba fichado internacionalmente de "comunista" y "subversivo".

Desconozco si es así, pero sospecho que algo hay, porque nunca pude ingresar a Estados Unidos; en Canadá en 1980 me quisieron devolver a mi país y hasta tuve problemas con la democrática Italia en 1992. ¿Me habrán agregado a la ficha el mote de "terrorista", como se estila en estos tiempos del "gorila" Bush?

Ante tan graves hechos y acusaciones decidimos en Cuba que marchara a la Argentina para intentar esclarecerlos y realizar mi defensa. Cuidando el carácter secreto del movimiento arribé a Montevideo. Me comuniqué con mi madre y con Silvio. Ambos coincidieron en que la situación política y las provocadoras acusaciones contra Cuba no sólo no garantizaban el esclarecimiento sino que probablemente sería puesto en prisión. Sin embargo mi madre y Haydée estuvieron a mi lado unos días para despedirnos. ¡Para qué contar la carga emotiva de la misma! Mi madre y hermana me apoyaron, una vez más, en la decisión tomada, igualmente Silvio se hizo presente. Opinó que la derecha y los militares estaban a la ofensiva contra el gobierno de su hermano Arturo; que era cierto que una fracción militar quería dar el golpe, con el pretexto de la subversión en camino bajo influencia cubana. Por ello había que descartar una investigación y juicio imparcial; que al contrario, me aguardaría la cárcel. Otra despedida, dramática y emotiva, con el maestro. Pensé que quizás podría ser la última. Retorné a Cuba para ahí comenzar el camino de "mi aventura" peruana.

De mi periplo peruano me ocuparé más adelante. A fines de 1964 retorné a la Argentina por unos días. No fue fácil localizar a Silvio, quizás porque no esperaba verme o por su situación personal comprometida, incluso su seguridad. A través del intermediario le advertí que mi visita era sólo para saludarlo y no para realizar balance alguno de lo acontecido. Otra vez la cita en su estudio de abogado de la calle Corrientes. Comprendí que nuestra relación ya no era lo amistosa y cálida de antes. Lo noté frío y distante; y para mi sorpresa sobre su escritorio reposaba una pistola de elevado calibre. A través de la nerviosa conversación que entablamos fui enterándome no sólo de la aguda crisis del MIR-P sino asimismo de que la represión policial lo cercaba; de ahí la presencia de la pistola. Me hizo un relato de sus inmediatos y futuros proyectos; y de

su solidaridad firme con la revolución cubana. Se tranquilizó cuando comprobó que era cierto el objetivo de mi visita. Ningún balance de mi parte; ni por lo de 1955; ni por su no aceptación del ofrecimiento del Che Guevara; ni por el tema de la valija diplomática. Al despedirme tuve la sensación de que este abrazo era el último entre nosotros.

Por mi largo alejamiento del país no tengo evidencias ciertas de lo que ocurrió en el MIR-P, entre 1960 y 1974. La escena política nacional estuvo marcada por el derrocamiento del presidente Arturo Frondizi, por vía de un golpe de Estado militar; fue el fin del gobierno de la UCRI. Cuando lo visité a Silvio en 1964 todavía era presidente Arturo Illia, del Partido Radical, que había ganado el cargo con apenas el 22% de los votantes, ante el rechazo del peronismo mayoritario en ese entonces aun proscrito. Existía un cuadro de gran tensión social por el rechazo de la mayoría popular a un gobierno que consideraba ilegítimo. Aparentemente el MIR-P no pudo enfrentar los nuevos desafíos, agravándose las disidencias internas de la organización.

En el libro *La revolución cubana*, de su autoría, Silvio manifestaba casi sin críticas su apoyo y solidaridad a la revolución cubana, afirmando de paso que transitaba la vía de la revolución permanente y de la revolución socialista. No he logrado saber si todo el MIR-P coincidía con esta posición al irse afirmando una corriente favorable a un trabajo más cercano al movimiento obrero y popular. Tampoco si en este lapso ya se incubaba el futuro alejamiento de Marcos Kaplan y de las tensiones internas que llevarían a una crisis terminal de la organización.

Tanto Horacio Tarcus como Luis Mattini dan cuenta de este quiebre y de cómo algunos militantes y cuadros calificados se sumaron a las organizaciones guerrilleras, preferentemente al PRT-ERP. Jorge Altamira encabezaría a la corriente más "obrerista", creando el grupo "Política Obrera" y posteriormente el "Partido Obrero". Algunos otros tomaron otros rumbos.

Vil asesinato de Silvio Frondizi

En 1974 yo estaba exiliado en Francia al escapar de las garras de la dictadura pinochetista. En París me enteré del asesinato de Silvio a manos de la Triple A, el grupo paramilitar creado por el gobierno

peronista de Isabel Perón para aplicar el terrorismo de Estado. Sus objetivos eran la oposición de izquierda, principalmente los disidentes de su propio partido, intelectuales y militantes de izquierda y sindicalistas. No escaparon a esta represión selectiva las organizaciones del movimiento de masas. Entre julio y septiembre de ese año la Triple A produjo 220 atentados, 60 asesinatos de dirigentes políticos y gremiales y cuantiosos heridos graves. En el mismo lapso realizaron 20 secuestros. Le tocó el turno a Silvio. Un comando asalta su domicilio violentamente, lo agreden salvajemente y lo secuestran. En el mismo hecho asesinan a su yerno Luis Ángel Mendiburu, marido de su hija Silvia. El cadáver de Silvio, mutilado y penetrado por una gran cantidad de balas aparece tirado en un descampado.

La Triple A (Alianza Anticomunista Argentina) se hace cargo orgullosamente del hecho a través de un "comunicado al pueblo argentino". Dice: "Sepa el pueblo argentino que a las 14.20 horas fue ajusticiado el disfrazado número uno, Silvio Frondizi, traidor de traidores, comunista y bolchevique fundador del ERP. Bajo el mando de su hermano fue el infiltrador de ideas comunistas en nuestra juventud. Murió como mueren los traidores, por la espalda. Como nuestro querido pueblo argentino y patriota observa, cumplimos lentamente, pero sin pausa, nuestra palabra y no nos identifiquen con los mercenarios zurdos de la muerte, sino con patriotas peronistas y argentinos que queremos que del dolor actual nuestro país tenga un futuro argentino y no comunista. No adjuntamos documentos porque el traidor no los tenía encima, pero pueden encontrarlo en el acceso al centro recreativo Ezeiza, pasando el primer puente con barandas de madera, 50 metros sobre la mano derecha. ¡Viva la patria! ¡Viva Perón! ¡Vivan las Fuerzas Armadas! ¡Mueran los bolches asesinos!".

En su libro, Luis Mattini afirma que Silvio llegó a integrar el núcleo de profesionales e intelectuales colaboradores en las estructuras periféricas del PRT-ERP, encargado de la denuncia pública de la represión y de la defensa de presos políticos y sociales. A pesar de que su vida corría peligro –lo habían secuestrado varias veces, atentados mediante– Silvio se negó a abandonar el país, exiliándose. Prueba tras prueba escogió su puesto de lucha cuando la resistencia popular enfrentaba a Isabelita, sucesora de Perón a su muerte. No estuve a su

lado en esta etapa de su accionar político para conocer en directo las motivaciones concretas que lo condujeron a ese compromiso; probablemente cuando se producía la crisis praxista.

He tratado de explicar en este texto que basándose en su crítica al sistema capitalista desde su visión marxista el fundador de Praxis intentó plasmar en la realidad un proyecto alternativo a la vieja izquierda. Pero que al bajarlo a tierra, es decir la lucha de clases, de la crítica-práctica, el proyecto quedó a medio camino de su realización. En este camino Silvio Frondizi ganó el lugar destacado de intelectual revolucionario, de maestro de juventudes, que indagaba la realidad con un pensamiento crítico. Los bárbaros, con el ropaje de políticos, lo asesinaron vilmente, como ellos lo señalaron, para defender el sistema capitalista de explotación y dominación, so pretexto de la defensa de sus instituciones, con el apoyo de las organizaciones terroristas de Estado. La clase dominante y sus agentes políticos avisan en todas partes que con sus metodologías de exterminio y genocidio asumirán, una y otra vez, la defensa de su dominación de clase.

De las tres figuras principales de la etapa fundacional del MIR-P (1948-1959) soy el único que sobrevive. Marcos Kaplan falleció en México en 2006. Disintió con Silvio en los momentos inmediatos después de 1960, aunque no hizo pública esta disidencia ni en el país ni después, en el extranjero, a pesar de haber escrito una treintena de libros. Cuando fue asesinado Silvio ya estaba fuera de Praxis. Serio investigador social, sumamente culto y expositor de relieve, ejerció la cátedra en Argentina, Chile y México. Marchó a este país, que lo acogió hasta su muerte. Se alejó del marxismo, de algún compromiso político y por tanto de la práctica militante. Extrañamente ni en su labor académica ni en sus libros posteriores a su experiencia argentina reivindicó este notable pasado, sobre todo su empeñosa tarea de formador de pensamiento político y educador de juventudes comprometidas.

¿Qué mutación se produjo en él, qué dilemas no pudo resolver? Martha, su mujer, notable arquitecta y urbanista que sigue en México, cuando visita al país se reúne con su amigo Pablo Levin y conmigo para echar miradas al pasado pensando en el presente y en el futuro. Nos contaba que Marcos, en sus últimos años, le decía algo como esto: "Tanto luchar, tanto pensar, tanto escribir, para nada". Les dije a mis

amigos que tengo mi opinión sobre este desasosiego. En 1976, Marcos fue a Perú, invitado por la Universidad de San Marcos. No exponía sus ideas con las trazas de un pensador socialista, aunque mantenía sus capacidades expositivas y su rigor académico y polémico. En la charla que tuvimos, entre todo lo conversado le dije: "Cómo hubiera querido ser un intelectual tan dotado y comprometido como tú lo fuiste en el MIR-P". Emocionado Marcos me respondió: "Mira Ricardo te confieso, aunque tardíamente, que en esos años que pasamos juntos yo me decía 'cómo no soy como Ricardo'". Ergo: de la versión de Martha y de la mía, puede deducirse que Marcos tenía un problema de conciencia: la frustración de no haberse podido realizar como un militante y dirigente revolucionario; lo que aconsejaba ser a sus alumnos que lo veían como un ejemplo. Es decir, en el MIR-P.

Mi experiencia en Argentina: una primera reflexión

Con el ingreso a Praxis en 1949 me prometí hacer consciente mi vida de ganar la condición de marxista y de militante revolucionario, aunque en ese entonces no tenía idea de lo que eso suponía. Este aprendizaje me fue enseñando que el lograrlo puede insumir toda la vida personal. Reconozco que casi por casualidad esta experiencia se dio alrededor del proyecto político que encabezaba el maestro Silvio Frondizi y cuyos fundamentos han quedado consignados a lo largo de estas páginas. Rescato el amplio espectro de mi formación teórico-política y los avances que tuve oportunidad, casi privilegiadamente, de realizar en Argentina (una sociedad y un medio humano diferentes de Perú, mi país de origen). He destacado que esta realidad acentuó sus rasgos peculiares con la aparición del movimiento peronista, peculiar hasta entonces en Argentina y con respecto a otras experiencias políticas continentales.

Pero caracterizar debidamente este "fenómeno" nos obligó a tener en cuenta la llamada cuestión nacional. Es decir, en el desarrollo histórico desigual, la existencia de países industrializados devenidos imperialistas; y los países atrasados, de carácter colonial y semicolonial. Es por esto que las diversas formas de nacionalismo, y a veces su radicalización, deben entenderse como los intentos de frac-

ciones de las burguesías locales, apoyándose en las masas populares, para tratar de limitar los excesos de la explotación imperialista. El peronismo, en sus momentos aurorales, primigenios, constituyó una expresión concreta de este hecho. La forma que tomó el régimen y su gobierno, y sobre todo la multitudinaria irrupción de las masas como protagonistas principales en el proceso, corresponde a la especificidad nacional. En ella no es de menor significación la forma bonapartista que adquirió el primer gobierno del general Perón. Este bonapartismo se manifestó como el intento de arbitraje político entre los trabajadores movilizados y las fuerzas burguesas, incluido el Estado.

En este laboratorio de la lucha de clases pude comprobar desde la acción política, los mecanismos de cómo las fuerzas burguesas ejercen su dominación a través de las múltiples y complejas mediaciones, sea del gobierno, de los partidos y aun de las direcciones sindicales, integradas en su mayoría al Estado. En esta trama, Praxis encaró su desafío tratando de diferenciarse por su orientación política global de los agrupamientos que se reclamaban del socialismo, del estalinismo, del trotskismo. En este curso, el posterior MIR-P luchó por pasar de "centro político" que fue en su origen a una organización revolucionaria de nuevo tipo. Es la explicación de por qué Silvio puso como el eje de su proyecto la formación de cuadros y de futuros militantes. Yo colaboré en grado importante en este desafío, especialmente por los aportes del sector latinoamericano, gravitante en la composición humana y política de nuestro colectivo partidario. Por esto me fui convirtiendo en organizador y propagandista; en el tribuno del que hablaba Lenin.

Diferenciarnos del estalinismo y del trotskismo no era tan fácil. Ambos, desde veredas diferentes, se reclamaban del leninismo. Había que demostrar políticamente y en la acción práctica que el estalininismo era su negación. Por la forma como la burocracia y el partido confiscaron el poder de los trabajadores, organizados inicialmente en soviets, implementando para hacerlo una dictadura contrarrevolucionaria.

Explicar asimismo por qué los partidos comunistas del mundo devinieron agentes serviles de esta burocracia no socialista. No tan fácil en Argentina porque el Partido Comunista, el más fuerte en América del Sur, había construido su propia historia a través de las luchas de sus militantes, ganando una influencia política relativa pero importante en

los medios culturales y universitarios, pero también en el político y sindical. Al trotskismo hubo de estudiarlo y comprenderlo a partir de Trotsky mismo, destacando sus aportes en la crítica al estalinismo, a la burocratización de la URSS, reconocer la utilidad de la teoría de la revolución permanente, sobre todo para los países atrasados, dependientes. Sin embargo en Praxis no llegamos a profundizar el examen crítico de cómo sus seguidores, organizados en la Cuarta Internacional, materializaron su mensaje y su aporte a la transición socialista. Realizamos una crítica, pero muy de paso y general, al movimiento trotskista post-Trotsky. Tuvimos que intentar determinar en nuestra propia exploración política qué es el leninismo y qué es el trotskismo. Y en ello el problema del partido, de la revolución en los países atrasados a partir de la premisa leninista de que la cadena se rompe por los eslabones más débiles; con el ejemplo de Rusia a la cabeza. Además, todo lo concerniente al etapismo y frentepopulismo y sobre la vigencia de la revolución permanente en los ejemplos que brinda la realidad latinoamericana.

Marcos Kaplan fue el que más trabajó en el tema de la fetichización de la clase obrera por sus autoproclamados representantes, al considerar que los trabajadores son gentes también deformadas y alienadas por la explotación capitalista; y de las formas de sacudirse de esta deformación y alienación. De mi lado, desde mi posición privilegiada de dirigente sindical a lo largo de los años realicé otras comprobaciones. Por ejemplo en los hechos de la realidad viva, de cómo se adquiere, madura o retrocede la conciencia política de clase. Esto en el cuadro de la relación capital-trabajo. Y de ser parte de algunas importantes batallas de los trabajadores y del movimiento popular, en coincidencia o discrepancia con las corrientes que se reclamaban del marxismo y del socialismo, con más articulaciones reales en el seno de las masas que nosotros.

Como lo he señalado: formación de nuestro colectivo de cuadros-militantes en el terreno de la crítica-práctica encarando los problemas que provoca la lucha de clases. Lo que nos obligaba a preguntarnos una y otra vez qué tipo de marxismo era el nuestro al concebirlo asimismo como un humanismo. Terminamos no aceptando el fetichismo de un programa dado casi para siempre, idea antidialéctica y antihistórica, que niega la experiencia viva y cambiante de

los trabajadores y del conjunto del pueblo oprimido; y por tanto del carácter de sus luchas. Trotsky lo había tomado en cuenta cuando escribió: "La verdad es que hasta las ideas más correctas escapan por completo a la atención de las masas, cuando no reflejan directamente su pensamiento y acción". Asimismo: "Las ideas revolucionarias deben cotidianamente volverse vivas por medio de la experiencia de las masas mismas". Y esta perla: "El materialismo dialéctico siempre toma la experiencia como punto de partida para luego volver a ella".

Los enfrentamientos en 1958 alrededor de la educación "libre o laica" distorsionadamente encubrían el tema capital de la religiosidad y la organización vertical de la iglesia católica. Tuve además sensibilidad sobre esto por mi pasado católico. La iglesia que reivindicaba ser la única y auténtica religión atacaba la educación laica estatal porque sectariamente la consideraba una vía al ateísmo. Y en lo más terreno, el de tratar de imponer la educación religiosa en todos los establecimientos educativos. Fue una oportunidad para pensar los alcances de la frase de Marx de que "la religión es el opio de los pueblos". No obstante considerar que el sentimiento religioso permanecerá en diversos grados y situaciones mientras la humanidad no se haya sacudido de las cadenas que la atan a la dominación material, cultural, espiritual.

Asumí, ante estos hechos de la realidad, es decir de los pueblos de nuestros países latinoamericanos, la posición de no tomar este problema como un eje del accionar político respetando este sentimiento popular, aunque yo personalmente lo considerara un lastre. Pero sí enfrentar a la Iglesia como jerarquía verticalizada, desde el Papa y el Vaticano hasta la parroquia aldeana. Para eso tener a mano los ejemplos conocidos: el apoyo de la Iglesia a los diferentes procesos colonizadores, bendiciendo la explotación y el genocidio de los colonizadores; de cómo funcionó la Inquisición retrógrada y criminal; y más cercanamente su apoyo a las dictaduras; e ideológicamente a la clase dominante al considerar a la propiedad privada prácticamente como "sagrada". Asimismo con esta comprensión de la historia y de la luchas de clases, explicarse la aparición de corrientes en la Iglesia que pretenden humanizarla y ponerla más al día con el avance de los conocimientos científicos. En este terreno, el surgimiento en América Latina de los mentores de la "teología de la liberación", con sus cuestionamientos a la "dictadura" vaticana.

Otro tema que no podíamos dejar de abordar críticamente es el de la democracia. Lo de "democracia formal" nos pareció insuficiente para caracterizarla con propiedad. Silvio ya había trabajado el tema en los tiempos de su crítica al liberalismo en su etapa premarxista. Asumimos que en la historia hay que hallar el punto de partida para su análisis. Las desigualdades que produce el desarrollo desigual y combinado.

Los países centrales al desarrollar sus fuerzas productivas, sociales, políticas y culturales construyeron las instituciones democráticas, aunque no siempre iguales en todos los países. A esto se le conoció como democracia. Pero los países atrasados al ser dominados por aquellos sólo calcaron o copiaron a esta democracia, que en el atraso y la proliferación de dictaduras produce en la actualidad lo que benignamente se denomina como democracia "débil", "protegida" o "autoritaria".

Con estos lineamientos se puede mejor explicar el contenido de la idea de democracia obrera o socialista, es decir, de las mayorías populares como resultado de la revolución social que las catapulte al poder. Igualmente con este análisis podemos ubicar la lucha por las tareas democráticas no realizadas en los países atrasados y su componente en la acción directa, la de la lucha por los derechos y garantías democráticas.

Ante mi partida de Argentina después de mis diez años "praxistas", me consideraba –aún reconociendo mis indudables limitaciones– un marxista y socialista revolucionario, un combatiente por el socialismo y el comunismo; un antiestalinista consecuente; por lo tanto capacitado para devenir un militante revolucionario. Consideré que al abandonar al MIR-P para sumarme a las legiones de combatientes dispuestos a "hacer la revolución", con el apoyo de Cuba, para nada me sentía un quijote ni tampoco un aventurero.

El escenario sería Latinoamérica, un continente cuya historia da cuenta de múltiples, contradictorias y complejas rebeldías de sus pueblos; y hasta de revoluciones. La demostración está a lo largo del siglo XX desde la profunda revolución democrática en México, en la que fueron protagonistas principales Pancho Villa y Emiliano Zapata; uno líder del pueblo oprimido y marginado; el otro del campesinado insurgente. En Bolivia, en 1952, la revolución fue obrero-popular, con el protagonismo de los obreros mineros organizados, y de otros sectores del pueblo. A pesar de esto el poder les fue arrebatado por el

MNR, un partido nacionalista burgués coyunturalmente radicalizado. En este curso de la lucha de clases continental la revolución cubana –ya en 1959– constituye su pico más alto al fundirse en ella la lucha antiimperialista y la anticapitalista. Su motor impulsor fue una dirección pequeño-burguesa que sobrepasó su inicial programa democrático y antidictatorial al saltar o quemar etapas hasta romper con el imperialismo y comenzar a expropiar a los capitalistas, tomando el camino de una revolución de tipo socialista.

Estos hechos y esta realidad expresaban, en su diversidad, las peculiaridades de nuestros países. En aquéllos tenían presencia varios sujetos sociales y no siempre el protagonismo fundamental de la clase obrera. ¿No es que el *Manifiesto comunista* señala que la emancipación de los trabajadores será obra de los trabajadores mismos? ¿No es que el sujeto político-revolucionario en la revolución debían ser los trabajadores, como incluso lo plantea la teoría de la revolución permanente? En las indagaciones de la izquierda socialista una y otra vez tomábamos el ejemplo de los soviets rusos, claro que antes de ser degenerados y liquidados por el estalinismo. Y ellos como la primera y gran demostración histórica de autoorganización y autoemancipación de las masas en condiciones revolucionarias.

Sin embargo las rebeldías y procesos revolucionarios en América Latina a lo largo del siglo XX no tuvieron como sujeto político y dirigente a la clase obrera. Por esto las revoluciones que triunfaron fueron "sin socialismo". O sea, no detentaron el poder directamente y a través de sus propias herramientas organizativas al ser sustituidas por direcciones no proletarias. Lo que después se ha conocido como el sustituismo y las mediaciones en la vida política. Claro, en ese entonces apenas tenía un conocimiento elemental de ellos y por tanto no estaba totalmente armado políticamente para sacar conclusiones hasta las últimas consecuencias. Me dije: en Cuba una dirección no obrera ha tomado el poder y dice que construirá el socialismo. Me pregunté, entonces, ¿qué socialismo?

En la acción política futura despejaría las dudas. Me despedía recordando los ejemplos de las muchas huelgas en que participé; las asambleas formativas en las que fui ponente; las reuniones partidarias, igualmente formativas; las discusiones políticas en los medios sindicales

y políticos. Dejaba atrás el vínculo directo con mi maestro y a los compañeros de luchas e ideales. A mi madre y a mi hermana Haydée; a mis entrañables amigos personales. Al rostro anónimo de las mujeres y hombres del pueblo oprimido. Al país que me cobijó. Sí, partí nomás.

Con el Che Guevara
Por el camino de la Revolución Cubana

Julia Costenla en el libro *Celia, la madre del Che*, hace este relato:

> El 7 de enero de 1959 una caravana de coches de parientes y amigos partía para despedir a los viajeros que abordarían el avión que iba a llevarlos a La Habana. No esperaban el caos de Ezeiza. Al llegar a la sala de embarco ya estaba allí Dysis Guira, que viajaba con su marido, el socialista Abel Alexis Latendorf. También esperaba un viejo conocido de la familia, Armando March, dirigente nacional de los empleados de comercio. La noticia del posible viaje a Cuba movilizó a distintos sectores para tratar de llegar antes que nadie a mostrar su solidaridad con la revolución. Casi en la puerta de embarco todavía se disputaban a codazos un asiento políticos y sindicalistas de distintas tendencias.
>
> Ricardo Napurí, un alférez de la aviación peruana primero detenido en Perú y luego exiliado en la Argentina por haberse negado a bombardear a los apristas rebeldes en octubre de 1948, cuenta cómo fue ese viaje. El pudo subir al avión porque era delegado sindical del diario *La Razón*, integraba el grupo de Silvio Frondizi y había participado activamente en las tareas de apoyo a la revolución cubana. Afirma Napurí:
>
> —No éramos muchos pasajeros, unos cuarenta y pico personas en un avión tipo DC3. Cruzamos la cordillera para aterrizar en Santiago de Chile, donde hicimos una breve escala técnica, después sobrevolamos Perú y alrededor de las dos de la mañana aterrizamos en Guayaquil. Hubo una falla en el tren de aterrizaje que sobresaltó a algunos pasajeros. Creo que la hermana del Che estaba muy nerviosa; su madre perfectamente tranquila bajó y fumó un cigarrillo tras otro conversando con el resto de los pasajeros; allí charlamos brevemente.

Recién partimos a las siete de la mañana y cerca del mediodía del 9 de enero llegamos al aeropuerto de Rancho Boyeros.

—¿Quiénes los esperaban?

—En la pista había un grupo que nos condujo hasta el salón donde estaban las autoridades; el Che se adelantó para abrazar a su madre.

Continúa Julia Costenla:

> El resumen que hace Ernesto Guevara Lynch, padre de Ernesto, de aquel encuentro no anota detalles; describe que al bajar "nos rodearon soldados barbudos, vestidos con uniformes realmente sucios y armados con fusiles y ametralladoras. Luego vinieron las venias de rigor y nos llevaron corriendo al interior de la terminal, donde nos esperaba Ernesto. Entiendo que habían querido darle una sorpresa y se había enterado de nuestro arribo minutos antes. Mi esposa corrió hacia él y no pudo contener las lágrimas".

La foto del abrazo que sella el reencuentro del Che con su madre fue la tapa de varias biografías de Guevara en distintos idiomas a lo largo de los años. Otras fotos muy poco difundidas muestran al padre del Che besando el suelo cubano. Celia, erguida y al parecer serena, integra el grupo que se dirige al salón, pero allí pierde la compostura y sale corriendo hacia su hijo, que también avanza rápidamente para abrazarla. "Me abrazó Ernestito, todos veían al Che yendo a mi encuentro, pero me abrazó mi hijo. Creo que ese viaje a La Habana cicatrizó todas las heridas, pude empezar a vivir, pero iba a ser una nueva vida. Nunca fui tan feliz"; confesó alguna vez Celia.

De mi lado destaco hechos como mi encuentro, ciertamente privilegiado, con el Che. Se produjo porque la familia Guevara y el resto de los viajeros recién arribados a La Habana fuimos todos alojados en el mismo hotel, el Havana Hilton, que ya nacionalizado después tomaría el nombre de Habana Libre. Yo le había dicho a Celia que le pidiera a su hijo que me escuchara porque deseaba comprometerme en algún grado importante con la revolución cubana. Cumplió Celia. Imagino que el encuentro fue posible porque el Che visitaba asiduamente a su madre en el hotel. Nada menos que el día 10, o sea el

siguiente de nuestro arribo a la isla. Poseo una foto entre ambos que da cuenta del hecho.

Lo había visto al pasar en el aeropuerto. Ahora yo estaba sentado frente a él. No daré aquí mi impresión personal del personaje. Suscribo en términos generales lo que escribió Hilda Gadea, su primera mujer, cuando lo conoció en Guatemala en 1954.En su libro *Che Guevara: años decisivos*, lo describe así:

> De entre 1.76 y 1.78, metros. Muy blanco y pálido, de cabellos castaños, ojos negros grandes y expresivos; nariz corta, de facciones regulares; en conjunto muy bien parecido. Con una voz un poco ronca, muy varonil, lo que no se esperaba por su aparente fragilidad; sus movimientos eran ágiles y rápidos, pero dando la sensación de estar siempre muy calmado. Noté que tenía una mirada inteligente y observadora y sus comentarios eran muy agudos. Muy culto. Le molestaba pedir favores. En esos momentos estaba con un principio de asma, lo que lo obligaba a levantar el tórax en una posición forzada para regular la respiración.

Si bien Hilda da sus impresiones del joven Ernesto Guevara, ya como el Che, en 1959, pude rescatar algunas de ellas; las principales fisonómicas y de carácter. Claro, no me privaré de decir lo mío, aunque sucintamente. Tenía ante mí a un joven tres años menor que yo, amable, cálido y sencillo, con apariencia de tímido. Aún vestía ropa de campaña, con algo de barro en sus pantalones y zapatos; y portaba una pistola al cinto. En ese instante debí procesar al personaje: un revolucionario triunfante, ya casi una leyenda como Fidel Castro, éste jefe indiscutido de la revolución. Reconozco que su cordialidad me permitió controlar tensiones y emociones. Le dije que pedí la cita porque no me consideraba un turista político y que deseaba asumir un compromiso con el proceso revolucionarlo que Cuba gestaba. A reglón seguido le di cuenta de los rasgos principales de mi historia personal. Se interesó por el relato de mi antigua condición de trabajador minero en los Andes peruanos; hizo muchas preguntas sobre mi corta experiencia militar y el arte de volar; y acerca del rol del aprismo peruano al que criticaba agudamente. Y acerca de mi formación política en el

MIR-Praxis de Argentina. Palabra más palabra menos afirmó que él no tenia un pasado político que rescatar en su país de origen, lo que después yo confirmaría que era cierto. En efecto, el Che en carta a Lisandro Otero, del 14 de febrero de 1957, estando ya en Sierra Maestra, anota: "No tuve nunca preocupaciones sociales durante la adolescencia, ni participé mínimamente en la lucha política y estudiantil en Argentina" (cita de Roberto Massari, en su libro *Che Guevara, grandeza y riesgo de la utopía*). El Che escuchaba, preguntaba y opinaba apenas de vez en cuando. La entrevista la coroné con un tímido planteo de que mi colaboración podía empezar realizando propaganda por la revolución cubana, dada mi condición de dirigente sindical, de periodista y por mi formación marxista. "Voy a pensarlo, después te respondo", afirmó. Se marchó con un abrazo rápido pero cordial.

Esta parte del relato hay que entenderlo teniendo en cuenta el escenario de Cuba, en que la conquista del poder abrió un proceso revolucionario de dinámica y porvenir inciertos. Consideré un verdadero privilegio de la vida el estar presente en el acontecimiento. Y fundamentalmente mi rápido vínculo con el comandante Guevara. Pero mientras ansiosamente aguardaba la prometida segunda reunión entre nosotros, me largué a las calles para a través de las gentes "sentir" la revolución. Desconocía si el accionar de los rebeldes, en los casi dos años de lucha armada y de resistencia popular, había ganado una importante adhesión de la población, seguramente diferenciada entre estudiantes, trabajadores y los variados estratos populares. El diálogo con las gentes del pueblo esclareció algunas de mis dudas. Eso sí, la mayoría rechazaba enérgicamente el sucio pasado pensando que, por fin, sus vidas tendrían un mejor destino. ¿No ocurre así en los procesos realmente revolucionarios? ¿Las revoluciones no producen un formidable salto en la conciencia de las masas, o al menos de sus vanguardias?

Para completar esta indagación realicé un seguimiento a los principales dirigentes ahí donde éstos se presentaran. En primer lugar a Fidel Castro, Che Guevara, Camilo Cienfuegos, Raúl Castro. La base política de que disponía: *La historia me absolverá*, el alegato de Fidel ante sus acusadores por la acción del asalto al cuartel Moncada, en 1953, convertida en una especie de documento programático. Ante esto comprendí que no podía pedirles que analizaran su realidad global bajo

una óptica socialista-marxista; y de las herramientas metodológicas que se desprenden de ella. Por esto en esos días no escuché de ellos la palabra socialismo, comunismo o marxismo. Tampoco –siquiera de paso– una crítica al capitalismo como sistema y al imperialismo. Aunque sí eran temas puntuales sus alegatos por el cambio social, por la democracia, y sobre todo, implacablemente, a la dictadura batistiana. En resumen: el problema democrático y nacional, encarados empíricamente, pero en el cuadro de una realidad donde la revolución social se hacía presente con fuerza. Por supuesto que en un mar de contradicciones entre las clases y capas oprimidas de la población.

Entendí no obstante que unos pocos días de impresiones y de apurada reflexión poco ayudaban a caracterizar correctamente a la revolución. Poco después me crucé ocasionalmente con el Che en el hotel. Me citó para el día siguiente. Cumplió entonces. En la reunión, ahora sí tomó la iniciativa en el diálogo. La síntesis de su razonamiento fue, creo, ésta: que mi colaboración con el proceso revolucionario tendría que ir más lejos de lo que yo prometía; que si me consideraba un revolucionario tenía la oportunidad de demostrarlo yendo a Perú a indagar qué organizaciones y dirigentes de izquierda apoyaban a Cuba, pero que a la vez estuvieran dispuestos a asumir un compromiso revolucionario. Fundamentó su propuesta con estos argumentos: el de la urgente lucha contra el imperialismo, sobre todo norteamericano, y contra sus más directos agentes nativos; y en la necesidad de luchar por la emancipación social y nacional de nuestros países, explotados y oprimidos históricamente. Algo así como empezar a "incendiar" a los países de la región. En esos momentos del diálogo puso énfasis en lo que sería en América Latina el ejemplo de la revolución cubana.

Debe entenderse que lo que relato es apenas un resumen de su exposición y de lo que recuerdo de ella. Eso sí, lo que sigue no lo esperaba y menos imaginaba, cuando sin previo aviso me metió en la trama de su vida personal. Me dijo que Hilda Gadea, con la que se casó legalmente en México en 1955, se hallaba en Lima. Seguidamente afirmó que en El Escambray conoció a Aleida March, una combatiente y dirigente local del M.26.7, con la que actualmente vivía y con la que deseaba contraer matrimonio. Por tanto a mi tarea política debía agregar esta otra: la de convencer a Hilda que no viajara por ahora a Cuba;

que aguardara en Perú hasta resolver en común el problema. Desconcertado, le expresé si el encargo no era superior a mis posibilidades, ya que no la conocía y además que ella, en entrevistas a la prensa internacional, se reclamaba como su esposa. Le pido al lector que entienda mi situación, ya que uno tiende a pensar que estos "grandes hombres" –claro que erróneamente– están por encima de los problemas comunes que nos impone la vida cotidiana. Pero tenía en mi delante al Che, viviente y sintiente, como el común de los mortales. ¡Y el hecho de yo quedar metido "en este lío"! Acepté, aunque apelando a una batería de argumentos defensivos. Finalmente le pedí una autorización escrita. No lo creyó conveniente y sólo escribió en una hoja en blanco la palabra Che. Afirmó que Hilda comprendería.

Días después el avión me depositaba en Lima, llevando una muñequita de obsequio para su hijita. Eso después de que el diario *El Mundo* destacara, con un fotograbado como evidencia, que el Presidente de la República, doctor Manuel Urrutia, recibía a la señora Celia de la Serna de Guevara, madre del comandante Ernesto Guevara y a Juan Martín Guevara, hermano del combatiente revolucionario. El epígrafe da cuenta, además, de la presencia en la reunión del periodista Ricardo Napurí y del ministro de Educación, Armando Hart, entre otras personas. Dialogué brevemente con Armando Hart, padre de Celia Hart Santamaría, con la que años después establecí un vínculo amical, en los días en que reclamándose seguidora del pensamiento de León Trotsky comenzó a dar un casi solitario combate por su reivindicación en la isla, ante el "olvido" de su figura por los dirigentes de la revolución.

Visité a Hilda en su domicilio del distrito de Jesús María, en Lima. Me recibió muy cordialmente aunque bastante tensionada al conocer el motivo de mi presencia. No era fácil "entrarle" al tema, indudablemente, a pesar de mis uno y mil ensayos previos. Escuchó nerviosamente, sin repreguntar. Su respuesta fue contundente: que ya tenía todo preparado para viajar a Cuba, acompañada de su hijita Hildita y de una sobrina que la cuidaba haciendo la tarea de niñera. Firmemente adujo que esto era lo correcto y que con Ernesto resolverían el problema como gentes maduras; y el destino de cada uno. De esta forma concluyó esta parte de mi tarea.

Roto el impasse y la tensión, fue fácil "politizar" el encuentro. Lo facilitó el hecho de mi compromiso de reintegrarme a Perú, después de mi larga estadía en Argentina, para tomar parte en la vida política ayudando e impulsando un proceso revolucionario con apoyo de Cuba y por iniciativa del Che. Hilda, entusiasmada, dijo que deseaba ser parte del proyecto; y que así lo haría conocer a Ernesto. Le pedí que me aconsejara con quiénes podía contar en el país, que se reclamaran simpatizantes de la revolución cubana. Habló de la existencia de una izquierda disidente en el partido aprista y de las calidades políticas del Movimiento Social Progresista, en su concepto capaces de asumir algún compromiso con Cuba. Le hice caso. Días después me reunía con la dirección del llamado socialprogresismo. En cuanto a la izquierda del Apra, recién fue posible hacerlo después, cuando sus más destacados líderes, entre ellos Luis de la Puente Uceda y Carlos Malpica, fueron expulsados del partido de Haya de la Torre.

Aproveché la circunstancia para solicitarle a Hilda que me diera un pantallazo de la figura de su Ernesto Guevara, todavía no el Che. Me llenó de datos y comentarios, sumamente útiles para mi comprensión más fina del personaje; esto mucho antes que las decenas y decenas de biografías trataran de hacerlo. Afirmó que cuando lo conoció en Guatemala, en 1954, le pareció un joven "típicamente argentino", inteligente, simpático, culto; y con una personalidad a descifrar. Agregó que en ese entonces no pudo caracterizarlo políticamente con propiedad, aunque él, como jugando y al paso, decía ser "comunista"; que a ella la criticaba por su militancia aprista; según él, un partido que había traicionado sus banderas antiimperialistas primigenias. Decía Hilda, que aunque con fundamentos empíricos, tenía Ernesto un rechazo visceral a estos partidos que se reclamaban falsamente democráticos, sea el Apra, Acción Democrática, el peronismo y otros.

Hilda reconoció de que en esos momentos el Che había leído limitadamente a Marx, algo de Lenin, nada de Mao Tse Tung y tampoco de León Trotsky. Según ella su salto político lo dio en sus días guatemaltecos y después en México. Dijo que le interesó bastante la figura del peruano José Carlos Mariátegui, fundador del marxismo latinoamericano, al que leyó por su recomendación. Pero que en su formación política fueron decisivos los hechos de la realidad del país: la

revolución democrática que tomó impulso desde la caída del dictador Ubico y que la coronaba el gobierno del coronel Jacabo Arbenz, apoyado por las fuerzas democráticas y principalmente de los comunistas, organizados en el Partido Guatemalteco del Trabajo. El otro hecho que lo influyó fue el conocer en directo aspectos de la realidad latinoamericana por su relación con exiliados de estos países, beneficiados de la "primavera democrática" guatemalteca. Hilda, ella misma antigua exiliada, más conocedora del ambiente del exilio, se constituyó en la fuente de los contactos del joven Ernesto. A quienes lo quisieron escuchar, les comentaría que ahora sí comprendía el fenómeno peronista, al comprender mejor el nacionalismo de contenido burgués en los países oprimidos por el imperialismo. Es decir, en esencia, la cuestión nacional.

Por ello la etapa de Guatemala y México sería la de su primer tiempo de formación política, en el cuadro del desenlace de la revolución guatemalteca: cómo le impactó la agresión norteamericana a través de su agente, el coronel Castillo Armas; la rápida capitulación del presidente Arbenz; y principalmente la del Partido Guatemalteco del Trabajo, que se negó a combatir defendiendo al régimen y a la revolución. En su libro *Che Guevara: años decisivos,* Hilda Gadea realiza esta referencia al hecho:

> Por fin Ernesto conocía a Fortuny –el principal dirigente de este partido–, lo que tantos meses habíamos tratado infructuosamente de hacer en Guatemala. Después de los saludos usuales, le hicimos la pregunta: ¿Qué pasó en Guatemala, por qué no pelearon? Nos contestó: "Nosotros veíamos la situación muy difícil y pensamos que era mejor dejar el poder para desde el llano seguir luchando; la lucha continuará y nosotros estamos tratando de continuarla". Nos quedamos estupefactos, no podíamos concebir tal argumento; entonces Ernesto intervino nuevamente: "Bueno, compañero, quizás era mejor pelear, teniendo el poder en la mano era diferente". "¿Qué quiere decir?", inquirió Fortuny, con un tono casi hostil. "Exactamente eso –explicó Ernesto–. Si el presidente Arbenz, dejando la capital se hubiera dirigido al interior del país con un grupo de verdaderos revolucionarios, otras serían las perspectivas de la lucha; además la condición legal de ser presidente lo hubiera convertido en un símbolo y un gran aliciente moral;

entonces las probabilidades de rehacer el gobierno revolucionario habrían sido infinitamente más favorables". Fortuny se quedó callado, el argumento había sido contundente; no nos contestó nada. El Che comentó: "Esas son excusas, hay muchas ventajas cuando se lucha teniendo el poder en la mano, pero de todas maneras con éste, o fuera de él, allí lo único que cabía hacer era pelear".

Claro, el Che desconocía, y creo que Hilda también, que los comunistas guatemaltecos no pelearon ni defendieron el proceso revolucionario ni al gobierno porque disciplinadamente acataban las directivas de Moscú de no enfrentar al imperialismo yanqui en Latinoamérica. Esto quedó establecido en los pactos de Yalta y Potsdam que soldaron el reparto del mundo entre las grandes potencias y Stalin. Por este acuerdo la región quedó bajo la órbita y el dominio de Roosevelt, y de quienes lo sucedieran.

De esta forma, el Che manifestaba los rasgos más salientes de su embrionaria formación política, que tomaron impulso en México con la gesta del Granma y su relación con Fidel Castro; se desarrollan todavía más en la lucha insurreccional y en su etapa de dirigente y teórico de la revolución. Le pregunté a Hilda sobre el nivel de conocimiento del Che acerca del rol cuasi contrarrevolucionario de los partidos comunistas y del estalinismo, en Latinoamérica. Me respondió: es un tema que desconocía casi por completo. Lo atribuyó a su tardía y desigual formación política. Tanto que creía que en la Unión Soviética se construía el socialismo, en su versión de "socialismo real". El Che criticaba constantemente a estos partidos por su moderación y seguidismo a la burguesía pero no extraía las conclusiones correspondientes, entre ellas la principal, su acatamiento sin fisuras a la burocracia del Kremlin. Hilda, además, reconoció en nuestra entrevista la ninguna adhesión o militancia del Che a algún partido político, sea burgués o de izquierda. Deduje que veía en el Che, al momento de embarcarse en el Granma, a un joven fuertemente voluntarista, con una visión romántica de la revolución. Es decir, el típico romanticismo revolucionario.

Amical, cálida y metida a fondo en la conversación, manifestaba Hilda algunas facetas de su personalidad. Políticamente apasionada me dio la impresión de que haría todo lo posible para impulsar la gesta revo-

lucionaria peruana. Provocaba admiración y respeto. Para nada "bonita" físicamente; más que una típica mestiza tenía rasgos singulares. Bastante de "inga y de mandinga". Pero por sus propios méritos y calidades humanas, en una situación política dada, ingresó en la vida del joven Ernesto Guevara, devenido más adelante en el mítico Che Guevara. Años después pude conocer parte de la correspondencia familiar. Cartas del Che a su madre y a su tía Beatriz, su confidente en ciertos temas. Por estas evidencias pude comprender el carácter del vínculo del joven Ernesto con Hilda. Algo así como un vínculo respetuoso y fraternal, de coincidencias humanas y políticas, pero no atravesado por un profundo amor y mucho menos por la pasión. A este conjunto de reflexiones arribé como coronación de mi entrevista con ella; la primera mujer del Che. En esos días no pude avizorar que Hilda llegaría a ser además de compañera de proyecto revolucionario, una amiga fraterna, leal y honesta.

El lector de estas notas puede pensar en algo como esto: ¿En qué se está metiendo Napuri? Sí, en lo para mí impensado. El comandante Guevara me encarga una tarea política y adiciona abruptamente otra de carácter personal. De la primera puedo dar cuenta por sus resultados concretos. De la segunda, aparentemente un fracaso. Pero no todo en vano, porque Hilda, a partir de su vínculo político privilegiado con el Che, se metió a fondo en el proyecto revolucionario peruano. Unos meses después me presentó a Luis De la Puente Uceda, la figura más destacada de la izquierda aprista. A comienzos de 1960 aceptó nuestra invitación de visitar Cuba para concretar el proyecto. En esto Hilda resultó sumamente útil. Ya residente en La Habana y resueltos sus problemas, el Che le asignó el rol de enlace entre él y los revolucionarios peruanos. Así devino en una compañera de ilusiones políticas y de partido, el Apra Rebelde, después MIR. Andando el tiempo lamenté su muerte precedida por la de Hildita, la hija mayor del Che Guevara.

En los primeros meses de 1959 se hicieron evidentes los rasgos principales del proceso revolucionario cubano. Fidel Castro, antes de su ingreso a La Habana al frente de una columna de combatientes que se engrosaba en la "larga marcha", de Santiago de Cuba a La Habana, convocó a la huelga general indefinida, de un acatamiento total. Esta comunión entre la victoria militar y la paralización total del país, impidió la última maniobra del imperialismo norteamericano, de formar

un gobierno de "unidad nacional", dirigido por el coronel Cantilo. Sin embargo las masas populares radicalizadas salieron a las calles, acompañando su movilización con ataques y saqueos, pero sobre todo a los agentes reconocidos de la dictadura batistiana, tratando de hacer justicia con sus propias manos; contra los represores, burócratas sindicales, agentes reconocidos del gobierno y especialmente a los "chivatos" (delatores). En esos días –y a partir de la fuga del tirano Batista– todo el edificio del poder gubernamental se derrumbó, se aplastó. Las únicas fuerzas con real poder eran las columnas guerrilleras y en menor medida las milicias de las organizaciones antibatistianas. El corto tiempo de la lucha armada –dos años– no permitió la formación de herramientas organizativas de los trabajadores y de otras capas oprimidas de la población. Por esto –forzando analogías– no estaban presentes en el nuevo poder en gestación ni soviets, o consejos obreros, como en Rusia en 1917; ni una central obrera dotada de milicias armadas, como en Bolivia en 1952.

En una revolución con perfiles de clase aún no definidas no era abstracto buscar analogías, aunque fuera para enriquecer la propia reflexión. Había que partir para el caso cubano de *La historia me absolverá*, convertido en la primera fuente programática de los rebeldes. De contenido antidictatorial, democrático, popular, aunque no explícitamente antiimperialista y menos anticapitalista. Como las fuerzas de clase actuaban, con un real cambio en las relaciones de fuerza, la pregunta en esos momentos de adónde va el proceso debía resolverse en la acción política, en la respuesta a la realidad concreta.

En esas circunstancias consideré que la presencia en Cuba del Silvio Frondizi podría ser de gran ayuda ante las dudas. La convencí a Hilda de que propusiera al Che la conveniencia de su presencia en la isla. Lo hizo con prontitud. A pesar de sus enormes responsabilidades y de su falta de tiempo, fui otra vez recibido por el comandante. Mi interlocutor ya conocía que no se trataba esta vez del proyecto peruano sino de la argumentación que yo desplegara para justificar la invitación a Silvio. Tomé unos minutos para componer la figura del maestro, su trayectoria, pero sobre todo su proyecto político. En un momento del diálogo el Che exclamó "pero es trotskista". Largo y encendido mi alegato para intentar demostrarle que ni Silvio ni sus seguidores del MIR-P lo éramos.

Creí que me había excedido en el tono de mi alegato. Me equivoqué: el Che, con gran sinceridad, adujo que nada de Trotsky conocía, aunque sabía por versión de los comunistas guatemaltecos que sus posiciones políticas y su conducta dañaron la revolución rusa y la construcción del socialismo en la URSS. En respuesta, apelé a mis baterías argumentales tratando de explicarle por qué el estalinismo y los partidos comunistas lo calumniaban. Que la verdad histórica los denunciaba. El Che, escuchaba con interés. Seguidamente clausuró el encuentro diciéndome: "Traéme algún libro de Trotsky". Me sorprendí, no saliendo de mi asombro. ¿Qué designios de la vida me relacionaban con este líder revolucionario e incluso para hablar de León Trotsky?

Hallé *La revolución permanente* en una pequeña y vieja librería de La Habana vieja. El librero me explicó que bajo la dictadura constituía un enorme riesgo la venta de literatura de izquierda, pero que ahora con la revolución esta clase de libros reaparecían "milagrosamente". A través de Hilda se lo hice llegar. Transcurrieron unos quince días para un nuevo encuentro.

Fue al grano. De esa cita esto es la que registra mi memoria, que puede ser infiel. Afirmó que el libro le había interesado y que Trotsky era coherente en sus afirmaciones teóricas y políticas. Le interesó la dinámica de la revolución democrática a la socialista; el salto de la revolución nacional a internacional y mundial. Es decir, el método de la revolución permanente. Sin embargo, agregó: "Nosotros hemos hecho la revolución sin el proletariado". Inteligente, y por su sensibilidad revolucionaria, se dio cuenta que en el planteamiento de Trotsky el sujeto político principal es el proletariado. Señaló que esto indicaba la existencia de revoluciones fuera del contexto de la revolución permanente, por ejemplo, la revolución china. El comandante, sin fundamentarlo teóricamente, se apoyaba en la realidad surgida después de la Segunda Guerra Mundial: procesos revolucionarios, entre ellos guerras de liberación nacional, en las que los trabajadores no fueron el sujeto fundamental, en tanto clase. O sea, algo parecido a revoluciones "sin socialismo". Cuba entre ellas.

El tema abordado ponía al centro la caracterización de la revolución cubana. Sin embargo mi interlocutor no demostró interés en profundizar la cuestión. Todo concluyó con un final feliz: Silvio Frondizi

sería invitado. Claro, fundamentalmente para dialogar con él. Los incidentes de este encuentro han sido explicitados en páginas anteriores.

J. W. Cooke y Alicia Eguren, transitoriamente residentes en Cuba, me relataron que tampoco ellos pudieran abordar estos temas con el Che. Deduje que más que por sus enormes responsabilidades, ya gubernamentales, el Che tenía la convicción de que los revolucionarios cubanos tomaron el poder con su propio método o camino. Que esto era lo real y lo esencial, en ese 1960: tratar de esbozar los lineamientos fundamentales para el desarrollo del proceso revolucionario. Y ante todo, defender la revolución de las acechanzas y agresiones imperialistas. Por tanto, la reflexión política vendría después.

Ya Silvio Frondizi en Cuba, éste y otros temas los abordamos a partir del balance de las reuniones de éste con el Che, aunque no exactamente en su dimensión teórica. Alguna vez Cooke y Alicia Eguren tomaron parte en estos encuentros, por pedido mío. Estos, militantes y dirigentes del peronismo se consideraban su izquierda, reclamándose del nacionalismo revolucionario, vecino al socialismo, decían. Pero Cooke, sobre todo, de gran formación y cultura política, que sabía escuchar y dialogar fraternalmente, no le temía al cambio de ideas. Pienso que incluso le fascinaba discutir con representantes del marxismo.

Cooke, que reconocía una crisis de identidad en su partido, avanzaba críticas fundadas; pero en última instancia creía que en Argentina lo fundamental pasaba por el peronismo, incluso la posibilidad de la revolución. Confiaba en la fuerza de su izquierda y en la voluntad de lucha de los trabajadores y de la juventud. De ahí su acercamiento al Che. Afirmaba que pretendía anudar vínculos firmes con el comandante y con la revolución cubana; y con su ejemplo y apoyo impulsar la revolución antidictatorial en su país. No corresponde aquí indagar por qué este proyecto no se concretó.

Cooke y Eguren eran por tanto buenos e inteligentes representantes del nacionalismo en América Latina. Tanto que algunos de sus biógrafos afirman que el nacionalismo progresivo de Cooke toma de la concepción marxista muchos de sus planteamientos. Por esto los requerimientos analógicos; partir por ejemplo de la revolución mexicana de 1910 hasta la boliviana de 1952, la guatemalteca de Arbenz, y la de los "barbudos" cubanos. Y en esta especie de registro de la

memoria de la lucha de clases continental, detenerse en los "nacionalismos". Incluso los de carácter militar, como asimismo en la proliferación de movimientos sociales de resistencia activa a las patronales y al imperialismo.

Creo que las analogías sólo son válidas como referencias considerando siempre las particularidades nacionales. El programa inicial de la revolución cubana no iba más lejos de *La historia me absolverá*, de Fidel Castro: la demanda de tierras para quienes la trabajan, la necesidad de industrialización del país, la solución de los problemas de vivienda, del desempleo, de la educación y de la salud para su viabilización están planteados en el documento en el terreno de una revolución democrática. Fidel afirmó que si la rebelión de 1953 hubiera triunfado, sus objetivos "programáticos" serían éstos. Pero el documento no menciona, siquiera de paso, temas cruciales, por ejemplo, la naturaleza de la clase dominante, salvo la tipificación de algunos sectores como oligárquicos. Tampoco se ataca al imperialismo y al norteamericano en particular. Asimismo no existe una denuncia a la propiedad privada. Así, el análisis de clase es débil y las palabras socialismo o marxismo no existen en el texto. O sea, es un "programa" en sustancia democrático-burgués; fundamentalmente antidictatorial.

Ante estas evidencias, al pensar la revolución cubana, en esos momentos, era necesario distinguir lo excepcional de lo peculiar. La revolución no podía ser excepcional, en este caso en un país económicamente atrasado y dominado por el imperialismo. Esto porque la revolución es la forma superior de las rebeldías. De ahí que la historia da cuenta de múltiples revoluciones en cada espacio-tiempo histórico. En Cuba se dio un proceso revolucionario victorioso porque se reunieron un conjunto de especificidades. Si tomamos en cuenta el cuadro internacional, se produce después de la Segunda Guerra Mundial, en un continente donde las resistencias y rebeldías contra los agentes imperialistas son una constante. Y Cuba está a 90 millas de Estados Unidos, que intentaba retomar su dominio de preguerra. Además, en su gobierno estaban los republicanos encabezados por Eisenhower, Nixon y Foster Dulles; éste el artífice de la invasión a Guatemala. ¿No es por ello un hecho fuertemente peculiar que en las propias narices del imperialismo más poderoso del mundo unos jóvenes barbudos

tomen el poder, derrotando a su agente y protegido, el dictador-tirano general Batista? Asímismo, ¿no es peculiar que Estados Unidos no interviniera directamente para impedir la victoria de los insurrectos?

Hay que tomar en cuenta el carácter de la dominación imperialista sobre el país, cuasi colonial. Cuba es el último país latinoamericano en liberarse de la colonización española. Sin embargo la victoria de los patriotas cubanos no se consumó porque Estados Unidos, con su intervención, impidió el nacimiento de un país independiente. Doctrina Monroe de por medio, los imperialistas consideran que los países centroamericanos y del Caribe integran una región estratégica, que debe estar siempre bajo su pleno dominio. Esto explica la Enmienda Platt y la toma de Guantánamo. De esta forma esta política colonial impidió las revoluciones democráticas antiimperialistas; controlaron férreamente las economías de cada país e impusieron gobiernos agentes, casi siempre crueles dictaduras. Esto explica que las débiles burguesías nativas actuaran siempre como agentes del imperialismo, salvo puntuales contradicciones en que intentaron resistir a los excesos de la dominación extranjera. En el caso de Cuba, la resistencia popular escindió políticamente a la clase gobernante. En el gobierno Batista, un sector de ella, sin reclamarse antiimperialista, enfrentó al tirano e incluso luchó contra él, claro que tibia e inconsecuentemente.

Inteligente, Fidel Castro comprendió los alcances de esta escisión coyuntural de las fuerzas burguesas. En 1957 con el denominado pacto de Caracas logró ganar a un importante sector de burgueses antidictadura, los que apoyaron la insurrección armada y a su movimiento guerrillero. Aceptar el liderazgo de un movimiento armado constituye en si mismo un hecho fuertemente peculiar en la realidad latinoamericana. Razonemos: si tomamos en cuenta no solamente al gobierno de Batista sino además a la larga dictadura de Machado y a los gobiernos civiles de Grau San Martin y Prio Socarrás; en Cuba nunca fue estable la institucionalidad, con un Estado autoritario y descompuesto, atravesado por recurrentes crisis. Es en este proceso político y de la lucha de clases, que los trabajadores y capas populares dieron heroicas batallas reivindicativas. En el fondo por ganar el derecho a ser parte activa de la nación oprimida. Así se explica que en varios capítulos de su historia reciente, las rebeldías populares se poli-

tizaran bajo las banderas de la lucha contra la dictadura y contra la opresión nacional, expresión del antiimperialismo endémico de las mayorías populares, desde que la independencia nacional se frustrara por el dominio del amo imperialista y de sus agentes nativos.

Creo que esta especificidad se da asimismo en lo político-subjetivo. Por ejemplo, la aparición del Movimiento 26 de Julio en la realidad cubana. A partir del grupo de jóvenes que derramaron su sangre y sus vidas en la resistencia contra Batista. Se sumaron a las vanguardias sindicales, sociales y políticas que se fueron construyendo a través de esos combates, a puras rebeldías. En un medio sin tradiciones democráticas y sin partidos políticos "normales". En una sociedad fuertemente polarizada y violenta en la que los núcleos armados alrededor de los caudillos proliferaban, tomando formas y conductas fuertemente anarquistas. He ahí la explicación a que la población viera el acto del asalto al Moncada como algo normal. Pero si sólo un par de centenares de combatientes se comprometieron en la acción insurgente, el después 26 de Julio lograría diversas implantaciones en medios universitarios, menos importantes en el sindicalismo y sí influencia política, principalmente en la provincia de Oriente y su capital Santiago de Cuba. El joven Fidel Castro, su figura más importante, se convertiría en un referente de la política nacional.

¿Cómo se explica que estos jóvenes, la mayoría provenientes de la pequeña burguesía radicalizada, casi sin antecedentes políticos y de militancia partidaria, lograran a través de una corta lucha, derrotar a la sanguinaria dictadura batistiana y tomar el poder? Sabiamente, León Trotsky ayuda a comprenderlo. En el *Programa de transición* afirma: "No obstante no es posible negar categóricamente *a priori* la posibilidad teórica de que bajo la influencia de una combinación muy excepcional de circunstancias (guerra, crack financiero, ofensiva revolucionaria de las masas, etc.), los partidos pequeño burgueses, sin exceptuar a los estalinistas, puedan llegar más lejos de lo que ellos quisieran en el camino de una ruptura con la burguesía...".

Ernesto Guevara, con parecidas preocupaciones, le escribe desde Sierra Maestra, en diciembre de 1957, a Rene Ramos Latour: "Consideré siempre a Fidel como un auténtico líder de la burguesía de izquierda, aunque su figura está realzada por cualidades personales de

extraordinaria brillantez que lo colocan por arriba de su clase. Con este espíritu inicié la lucha, honradamente sin esperanza de ir más allá de la liberación del país, dispuesto a irme cuando las condiciones de la lucha posterior giren hacia la derecha." (Cita de Roberto Massari, en su libro *Che Guevara, grandeza y riesgo de la utopía*). Ergo: la combinación excepcional de las especificidades, algunas ya anotadas, son determinantes para que una vanguardia revolucionaria, con los guerrilleros a la cabeza, logren tomar el poder dando vida a un gobierno bajo el liderazgo de un genial líder de la "burguesía de izquierda", según caracteriza el Che a Fidel Castro, en 1957.

Posteriormente, quemando etapas, la dinámica que adquirió el proceso revolucionario motorizado, de un lado, por la agresión imperialista; y de otro, por la actividad revolucionaria de las masas, serán los factores principales para que esta dirección vaya más lejos de su programa y orientación política, hasta romper con el imperialismo, expropiando el capitalismo en la isla.

Hay que destacarlo. Este líder de la "burguesía de izquierda", que según Guevara está dotado de cualidades de extraordinaria brillantez, que lo colocan por arriba de su clase, efectivamente demostró una enorme capacidad para comprender mejor que todos la realidad en que actuaba, con un gran sentido de la estrategia y de los movimientos táctica a dar. De ahí que por su propios méritos ganó prestigio y autoridad sobre sus dirigidos, convirtiéndose en su líder indiscutido. A la condición de jefe militar victorioso sumó la de fundador del nuevo Estado, liderando un proceso que en su dinámica llevó a la ruptura con el imperialismo norteamericano. Otros lo han dicho: pocos hombres han conquistado la gloria de entrar vivos en la historia y en la leyenda.

Por mis contactos con las gentes comprobé la existencia de discrepancias, entre los denominados combatientes del "llano" (urbanos) y los de la "sierra" (guerrilleros). Me dijeron que los del llano prácticamente no alcanzaron blasones de "comandantes", a pesar de que por la resistencia urbana a la dictadura lograron retener en las ciudades a la mayor parte del aparato represivo, militar-policial. Afirmaban incluso que las huelgas de abril 1958 y la indefinida de 1958, se convirtieron en un hecho decisivo para la derrota de la dictadura. Agregando que esto permitió que las guerrillas en el campo pudieran resistir y des-

pués convertirse en el eje de la victoria militar. El Che me expresó que ciertamente el problema existía, aunque él no tenía dudas de que en la victoria el movimiento guerrillero fue lo determinante; y por supuesto el rol y liderazgo de Fidel Castro. Me dijo que si deseaba aclarar mis dudas entrevistara a quienes quisiera a lo largo del país. Y solidario, me brindó facilidades para concretarlo.

Comprobé que estas diferencias, hasta cierto punto legítimas, expresaban algo más profundo. No sólo el carácter de lo urbano y campesino-rural en el proceso revolucionario, sino de los actores. Al nuevo gobierno lo integraron inicialmente representantes de la burguesía liberal-democrática, entre ellos el presidente Manuel Urrutia y el primer ministro Miró Cardona. Y aunque la mayoría eran miembros o simpatizantes del movimiento guerrillero, en su conjunto expresaban el pensamiento político de la pequeña burguesía. Es decir, "burgueses de izquierda". Por tanto, nadie en representación del Partido Socialista Popular, comunista, que a última hora se sumó a la insurrección, a la que había atacado en sus comienzos. Pero tampoco representantes de las trabajadores, a quienes sin embargo los dirigentes reconocían un lugar destacado en las luchas contra la dictadura, entre ellas las dos huelgas generales ya citadas.

En el diálogo con el Che del que ya di cuenta, éste se preguntó qué tipo de revolución era la cubana al no tener como eje, político y dirigente, a la clase obrera a través de sus propias herramientas, por ejemplo su partido de clase. De esta manera implícitamente reconocía la dirección de la pequeña burguesía radicalizada. En esos momentos yo no le escuché que pensara en el rol predominante del campesinado, como posteriormente algunos de sus biógrafos lo afirman. Ciertamente, hablo de tiempos del proceso. Mi reflexión en esos primeros meses de 1959 ubica la etapa en que se producen los alineamientos "policlasistas" (cuya expresión política es el pacto de Caracas) y el gobierno presidido por Manuel Urrutia. Otra, la que sigue, muy corta también pero traumática, es la del desalojo del gobierno y del poder de las personalidades burguesas democráticas. En conjunto, por la dinámica y radicalización del proceso de la revolución, expresada en el cambio de las relaciones de fuerza en la sociedad y en el régimen.

Es necesario señalar estas rápidas y violentas mutaciones en este curso político para comprender en qué medida estas especificidades determinan el carácter de la revolución cubana. Por ejemplo, Fidel Castro aceptó, en abril de 1959, la invitación que le hizo la Sociedad Interamericana de Directores de Diarios, para visitar Estados Unidos. Es probable que Fidel pensara en una posible entrevista con el presidente Eisenhower. Pero éste evitó verlo, gesto que imitaron Nixon y Foster Dulles. Las palabras de Fidel son elocuentes por su significado. El 17 de abril, en Nueva York, manifestaba:"Lo he dicho de manera clara y definitiva que no somos comunistas. Las puertas están abiertas a las inversiones privadas que contribuyan al desarrollo de la industria en Cuba. Es absolutamente imposible que hagamos progresos si no nos entendemos con Estados Unidos". Y el 27 de abril, en su discurso en el Central Park:"La victoria fue posible solamente porque nos reunimos los cubanos de todas las clases y de todos los sectores alrededor de una misma aspiración". Obviamente, para terminar con la sangrienta dictadura de Fulgencio Batista, agente norteamericano.

En ese abril de 1959, Fidel Castro resumía en sus palabras, quizás sin saberlo, el carácter del proceso que comandaba. De una parte, el inicio de una revolución democrática antidictatorial, posible "porque nos reunimos los cubanos de todas las clases y de todos los sectores alrededor de una misma aspiración". De otra, fija límites a esta revolución democrática al señalar "que es absolutamente imposible que hagamos progresos si no nos entendemos con Estados Unidos". Los imperialistas sólo permiten la existencia de regímenes y gobiernos sirvientes, mejor si dictaduras, como lo demuestra la realidad continental, principalmente en los países de Centroamérica y el Caribe. Entonces: ¿ qué dinámica o curso dialéctico hizo que ya en abril de 1961 –apenas dos años después–, el mismo Fidel Castro proclamara el carácter socialista de la revolución, o sea antiimperialista y anticapitalista? He aquí la validez referencial de la cita de Trotsky. En este caso una dirección pequeño-burguesa pudo ir más lejos en la ruptura con el imperialismo. A esta "dialéctica" Jean Paul Sartre denominó "revolución de contragolpe", por sus formas: medidas del imperialismo contra Cuba y respuesta de la dirección revolucionaria con medidas como la reforma agraria radical, nacionalizaciones y expropiaciones, que al

profundizarse terminaron con la dominación burguesa e imperialista en el país. Riqueza de la historia: dos años antes, el "burgués de izquierda", Fidel Castro, declaraba en el seno mismo del monstruo imperialista: "es absolutamente imposible que hagamos progresos si no nos entendemos con Estados Unidos".

En los sendos diálogos con Luis De la Puente y Silvio Frondizi de los que tomé parte, a mediados de 1960, el Che bosquejó muy al paso estos problemas. Si no se metió a fondo en su dilucidación es, en mi concepto, para defender una posición ya asumida. Silvio es el que más insistía en lo de la caracterización de la revolución, invitado a ello cuando en el diálogo el comandante se reclamaba "marxista-leninista".

Silvio Frondizi exponía sus ideas sobre estos ejes: tener en cuenta que "la emancipación de los trabajadores será obra de los trabajadores mismos". Este enunciado marxista, además de ser la principal premisa de la acción revolucionaria, señala en sus fundamentos el carácter de clase de la revolución. Es decir, que en el camino de su emancipación los trabajadores se liberan de sus explotadores y opresores a través de "su" revolución, la revolución socialista. Pero tendrán que hacerlo con sus propias herramientas, una de ellas el partido. Dos de los ejemplos en la historia, aunque inacabadas y frustrados, fueron la Comuna de París y en Rusia la revolución de octubre. En un país atrasado, si la cadena se rompe por los eslabones más débiles, en la Rusia de los zares, el proletariado a pesar de su condición de clase socialmente minoritaria, logró sin embargo constituirse en el sujeto fundamental del proceso revolucionario. Para materializarlo, sus herramientas los sindicatos y después, desde 1905, los soviets; y en lo subjetivo el partido concebido como apoyatura de las masas populares en su lucha contra sus opresores. Desde que aparecieron los soviets, cuando se desarrollaron y radicalizaron, se gestó una dualidad de poderes y una interacción cambiante entre los partidos revolucionarios y los soviets, ya organizados nacionalmente. Con la victoria en 1917, el proletariado y sus aliados campesinos, conquistaron el poder con sus propias herramientas clasistas. Por este hecho histórico nació la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas.

Tenían razón Fidel y el Che al afirmar en 1959 que la revolución cubana era original, que no había imitado a otra. Como diría Mariátegui "ni calco ni copia". Pero al proclamarse, en abril de 1961,

"revolución socialista"; y un poco más adelante "marxista-leninista", quedó flotando la duda sobre qué tipo de revolución socialista sería la cubana. De ahí la importancia de tomar en cuenta algunas de las lecciones del leninismo. Si en la revolución de octubre el sujeto social-político fue el proletariado; en la cubana, el proletariado no lo fue, tal lo reconoció el Che. Fidel también lo reconoce al afirmar "que la victoria fue posible porque nos reunimos los cubanos de todas las clases y de todos los sectores alrededor de una misma aspiración". Le faltó decir que este "frente de clases" estuvo dirigido por la pequeña burguesía radicalizada, con su vanguardia el Movimiento 26 de Julio; y militarmente el movimiento guerrillero.

Lenin escribió: "Para tener éxito la insurrección debe apoyarse no en una conjura, no en un partido, sino en la clase avanzada". Recuerdo a Lenin porque su frase es útil y porque atravesó lo conversado en Cuba, de lo que doy cuenta. De esta forma la insurrección se convierte para él en el método de los trabajadores, apoyada no en un partido sino en la clase avanzada, o sea el proletariado. Es evidente que este tipo de insurrección no es la cubana, porque no se apoyó "en la clase avanzada", sino en un frente de clases bajo la dirección de la pequeña burguesía.

Silvio le inquirió al Che por qué ante una situación de la lucha de clases tan favorable, la dirección no planteó la consigna asamblea constituyente soberana. Favorable, por la derrota de la dictadura y del conjunto de las fuerzas burguesas; derrota asimismo de Estados Unidos y su dominación. Pero, principalmente, por el nuevo escenario político ante la tumultuosa irrupción del pueblo trabajador; de una ofensiva revolucionaria de las masas. Guevara reconoció que en Sierra Maestra, mientras luchaban, no se plantearon a fondo los problemas de la reorganización del país, no sólo por las exigencias del combate sino porque recién en los últimos meses de 1958 comenzó a vislumbrase la victoria. Además reconoció otros hechos: uno, que los lineamientos políticos del M26.7 no consideraban la consigna asamblea constituyente; y otro, que él no la había pensado. No obstante, le pidió a Silvio que le explicara el por qué de la validez de esta consigna democrática en la revolución cubana.

Opinó Silvio que él pensaba que esta consigna bien utilizada podía jugar un rol importante en la compleja realidad cubana. Des-

tacó su carácter metodológico, de impulso a la movilización de las masas oprimidas, en primer lugar el campesinado. Era útil parque esta movilización hasta esos momentos se había dado limitadamente. De ahí que la mayoría popular, a pesar de sus luchas contra la dictadura, no tenía representación directa en el nuevo poder ni en el gobierno. Es decir, si la revolución tenía que apoyarse en la clase avanzada, ésta debía estar presente a través de sus propias herramientas de clase. Y sí así fuera tendría que tomar en sus manos las principales tareas de la reconstrucción del país, de las instituciones del nuevo Estado. Hecho que al concretarse enterraría el viejo orden y a la clase dominante y a sus agentes de toda naturaleza. Esta asamblea apoyada en su soberanía, o sea el mandato popular, además de organizar a la nación sobre nuevas bases, designarla a un gobierno salido de sus entrañas, dotándolo por tanto de los instrumentos de una legalidad democrático-revolucionaria.

Si esta consigna no fuera asumida por los dirigentes, a Silvio, como a nosotros, preocupaba cómo se iría configurando el ejercicio del poder. Si la mayoría del pueblo quedaba sin representación directa, ¿quiénes lo ejercerían tomando su nombre y representación? En Rusia, en 1917, fueron los soviets y el partido bolchevique, éste un partido obrero y socialista. En 1960, en Cuba, no existían soviets o algún órgano de clase parecido; tampoco un partido obrero y socialista; el poder real lo detentaba el ejército rebelde y el M.26.7, representantes de la pequeña burguesía, encabezados por dirigentes sin tradiciones marxistas o socialistas. Cuando Lenin habla de la necesidad de la preparación de la revolución piensa no sólo en Rusia sino en el hecho de que la lucha de clases, además del cambio en las relaciones de fuerza, produciría un salto en la conciencia política de las masas y de sus vanguardias. Pero en Cuba, por el carácter del país y por las especificidades del proceso revolucionario, ésta conciencia recién despuntaba.

Esta reflexión, por lo apurada y circunstancial, era evidentemente tentativa. Claro, la favoreció el hecho de que el comandante Guevara la estimulaba en parte al reclamarse "comunista", mucho antes que Fidel Castro y el conjunto de la dirección lo hicieran. De ahí la importancia de las analogías con la revolución rusa y con algunas lecciones del leninismo.

En Rusia, un inmenso país atrasado, con una mayoría de la población pobre y campesina, una combinación de peculiaridades que desembocan en una revolución socialista, instala en él poder a los soviets y al partido bolchevique. La guerra civil y la intervención extranjera provocan el colapso de su frágil economía atrasada, ocasionando una colosal miseria en las ciudades. Ante esto, el desarrollo de la crisis repercute en el recién estructurado poder. Los soviets y la vanguardia política enfrentados a enormes desafíos se debilitan y pierden fuerza, mientras el partido bolchevique se va convirtiendo en la dirección real de la naciente Federación.

Pero a la vez sometido a enormes tensiones internas. Aparece la figura de la burocracia estatal, que viniendo del pasado logra ganar un lugar destacado en el sistema de poder. Tanto que Lenin, ya enfermo terminal, denuncia el peligro del monstruo burocrático. Posteriormente, con el aislamiento y la guerra civil, casi extinguidas los soviets, con Stalin al frente del partido y del Estado, toma forma el engranaje entre burocracia y partido. Este ya igualmente burocratizado y verticalizado, después de la liquidación de la democracia partidaria y de la liquidación física de toda oposición, a través de una represión sangrienta, de asesinatos, destierros y de los gulags.

Una vez más pido a mis lectores que traten de comprender el contexto en que se dan estas iniciales reflexiones. Cuando las abordamos algunos de los problemas de la "revolución de contragolpe" recién aparecían. Todo se comienza a clarificar cuando Fidel declara en 1961 el carácter socialista de la revolución. Sin embargo, ¿qué es lo más importante en el lapso entre 1959 y esa fecha? ¿Para qué lo analógico con la revolución rusa? Ya di cuenta de que en Rusia tomó el poder el soviet y el partido bolchevique, principalmente. Y en Cuba el ejército rebelde y el M.26.7 y sus aliados. Primera notable diferencia. No obstante, en 1961 prácticamente concluye la expropiación del capital nacional y extranjero. Pero en Rusia la propiedad estatizada está inicialmente dirigida y administrada por la representación de la "clase avanzada". Es decir antes de que esto fuera liquidado por la acción de la contrarrevolución estalinista-burocrática. En el caso de Cuba, los trabajadores que no detentan el poder, aceptan sin embargo ser representados por fuerzas políticas que no salen de sus entrañas. Una forma

particular de sustituismo colectivo, a través de las mediaciones del Estado, de sus instituciones y del partido gobernante.

Entre 1960 y 1961 –en plena agresión del imperialismo norteamericano, que impone el embargo y el boycot a Cuba– se produce el acercamiento y compromiso con la Unión Soviética, los países del "campo socialista" y el COMECON, su herramienta económica. Se produjo así porque aquéllas acudieran en auxilio de Cuba en los momentos cruciales del boycot de Washington. Este hecho fue determinante para la supervivencia de la revolución y del país. En la casi trágica emergencia; Cuba acepta este apoyo acríticamente. En lo económico fue generoso, sobre todo en la provisión de petróleo y en el intercambio comercial, con precios protegidos del azúcar. No obstante ante el aislamiento internacional de Cuba, la dependencia económica arrastró la política, no sin contradicciones en el vínculo. Esta dependencia fue de menor a mayor, ante el hecho gravitante de no tener Cuba otro apoyo alternativo. Lo acrítico viene por no tener la dirección cubana una posición de denuncia y crítica al llamado "socialismo real" y a la burocracia estaliniana.

Como lo ha escrito Paco Taibo y lo confirman muchos, ni el Che ni Fidel Castro, los dirigentes más destacados, dominaban estos hechos debido a su origen político, ajeno a las tradiciones marxistas y socialistas. De esta forma no teniendo los revolucionarios cubanos otro "modelo" de socialismo a imitar –el maoísta no les servía–, aceptan lo que creen fundamental del "modelo" soviético: su orientación económica; y políticamente la concepción de partido único centralizado.

Me parece que nadie podía predeterminar en 1960-61 el curso que tomarla la revolución cubana y el socialismo que en la isla pretendían construir. Sí, el socialismo en un solo país, para el caso en una isla.

He señalado en este texto que las únicas revoluciones de carácter proletario –la Comuna de París y la de octubre de 1917 en Rusia– se frustraron, pero dejando enseñanzas que el marxismo ha resaltado. Asimismo he dicho casi reiterativamente que las revoluciones que le siguieron –en otros momentos históricos– han sido "sin socialismo", ya que los trabajadores no fueron el sujeto social-político principal en ellas, es decir, dirigente. Cuba se encaminó a construir "su" socialismo, a partir de su realidad, especificidades mediante. Una de ellas, que la revolución cubana en casi nada se parecía a los países del Este, que

fueron "liberados" –salvo Yugoslavia– por el ejército rojo, imponiendo en ellos direcciones burocráticas de tipo estalinista. Ante esto ¿podrían los revolucionarios cubanos impedir la "tutoría" del Kremlin o tomar un camino independiente?

Sin embargo en América Latina la revolución cubana producía efectos de un terremoto político. Miles y miles de jóvenes de todos los estratos sociales querían lanzarse a la acción para imitarla en cada uno de nuestros países. Se creaba un momento de ascenso revolucionario que cuestionaba la estabilidad de los regímenes burgueses, que temían como a la peste la revolución. Cuba promovía o apoyaba a las vanguardias y grupos armados como en los casos peruano, colombiano, venezolano, ecuatoriano, chileno y otros; entre ellos de centroamérica. Las direcciones de los partidos comunistas se oponían –salvo casos puntuales– a esta "exportación" de la revolución, que liquidaba de cuajo los acuerdos de Yalta y Potsdam, firmados por Stalin. ¿Cómo encararía la dirección cubana este hecho? ¿Qué lecciones extraería de esta profunda contradicción? El Partido Socialista Popular, que apoyó a Batista y que inicialmente se opuso al movimiento guerrillero ¿qué conducta asumiría en Cuba? Es decir, si surgieran contradicciones insalvables con quién estarían: ¿con Fidel Castro o con Moscú? Dados estos hechos y circunstancias constituía casi un albur predeterminar el camino que seguiría la revolución cubana.

Es por ello que partía a Perú acompañado de certezas pero asimismo de un buen caudal de dudas. Por mi formación marxista quería que las luchas revolucionarias tomaran la forma de sendas revoluciones socialistas, con el protagonismo estelar de la "clase avanzada". Pero estaba atento a la advertencia de Mariátegui: "ni calco ni copia". En tanto "soldado de la revolución" me comprometía no con un nucleamiento que se reclamara del socialismo sino con el Movimiento de Izquierda Revolucionario (MIR), integrado por compañeros salidos del partido aprista, partido nacionalista burgués, que en sus orígenes se reclamó antimperialista.

De la Puente nos convenció de que los sectores más radicalizados de este partido vendrían a nuestras filas y proyecto, motivados por el ejemplo de la revolución cubana. Pensé, una y otra vez, ¿por qué no asumir el riesgo? No tengo que esperar a que se den las condiciones

para una revolución de octubre. ¿Y el ejemplo de la propia revolución cubana? ¿Y la boliviana de 1952? Dudas legítimas que la acción política comprometida despejarían. Lo demás vendría por añadidura.

La reunión en casa de Hilda Gadea en Lima, donde conocí personalmente a Luis de la Puente –breve y concreta porque estuvo centrada en la invitación que le hice de ir a Cuba a discutir el apoyo prometido por el Che Guevara–, no me permitió conocerlo debidamente.

En 1960, ya en La Habana, nos alojamos en la misma habitación del hotel Habana Libre. Los días que pasamos juntos ahí sirvieron para conocernos mejor. Para mí esto era necesario y fundamental. Estaba obligado a hacer "buena letra" con el que desde sus inicios sería supuestamente el jefe del proceso revolucionario que se gestaría en Perú, de acuerdo con lo pactado en Cuba.

Conversé, me informé y discutimos durante muchas horas en el día. Mi actitud fue sincera, leal y respetuosa. También Luis demostró con sus gestos fraternos que, efectivamente, deseaba sumarme al proyecto, que lo tenía a él como cabeza principal.

De la Puente era de tez blanca, hecho que conviene siempre destacar en un país como Perú, de mayoría mestiza e indígena, de alrededor de 30 años, de casi 1,80 metro, alto para el promedio nacional. Aunque bastante delgado, no aparentando pesar más de 70 kilogramos. Miope, usaba lentes de carey permanentemente, en una nariz prominente y aguileña. Con aspecto de intelectual, lo más alejado de la figura del guerrillero que "exportaba" Cuba. Daba la sensación de que nunca hubiera practicado un deporte.

Constaté en esos días de diálogo común que, a diferencia de mis orígenes y proceso de vida, él provenía de una familia de latifundistas, poseedora de tierras en Santiago de Chuco, en el departamento norteño de La Libertad.

Pero este joven tempranamente se apartó de su círculo familiar y social. Militante del Apra, considerado por la elite social de la región como un partido "comunista", rápidamente llegó a dstinguirse como calificado dirigente medio. Destacó entre los estudiantes universitarios, tanto que logró ser presidente de la Federación de Estudiantes de Trujillo –capital del departamento– y, posteriormente, vicepresidente de la Federación de Estudiantes del Perú.

Como dirigente regional del partido aprista, acompañó las vicisitudes de éste. Primero como disciplinado militante, y después críticamente cuando consideró que la dirección liderada por Haya de la Torre se apartaba de su programa fundacional y de sus objetivos políticos revolucionarios, conciliando o capitulando a las fuerzas burguesas nativas e incluso al imperialismo. Por su combate, corajudo, valiente, sufrió persecuciones, encarcelamientos y destierros.

Sin embargo, lo que más me impresionó fue su convicción de que en la tarea histórica común con la que nos estábamos comprometiendo, su rol era el decisivo. Me pareció casi un iluminado, sustentado esto en su militantismo aguerrido, que lo convirtió en un hombre de acción, informado políticamente y con una vasta cultura general. No presumía ser un teórico o ideólogo, pero sí conocedor de los problemas campesinos y agrarios.

En esos días no se reclamaba marxista. Sí aprista de izquierda, seguidor ortodoxo de los planteamientos antimperialistas y antioligárquicos expuestos por Haya de la Torre en su libro fundacional *El antimperialismo y el Apra*. Para mi sorpresa, una noche constaté que rezaba. De esta forma comprobé su militante catolicismo, que según algunos de sus compañeros más cercanos y biógrafos, nunca abandonó. Me extrañó que no me lo dijera. Católico y monaguillo como fui, lo hubiera comprendido cabalmente. Ya José Carlos Mariátegui, en su "alma matinal", apreciaba que una sana religiosidad puede convertirse en un factor de impulso creativo. El propio Fidel Castro estudió con los jesuitas y en 1959 no había abjurado de su catolicismo.

No obstante, en los días previos a mi partida a Perú, pensé si el compromiso fuertemente religioso no terminaría por gravitar en algún momento de nuestro accionar revolucionario, en el destino de la revolución. Es que me consideraba ya marxista revolucionario, sin relación alguna con las tradiciones del nacionalismo que encarnaba el Apra desde su fundación. Tomando una vez más a la revolución cubana como ejemplo en muchos aspectos, disipé dudas diciéndome que no había que adelantarse a los hechos; que el proceso histórico zanjaría, por vía de la praxis, los problemas a plantearse.

El tránsito boliviano

Partí entonces armado de mi propia utopía, pero ya en calidad de aprendiz de revolucionario. Habíamos acordado que mi ingreso a Perú lo realizara por Bolivia, para sacar provecho de mis vínculos políticos en este país, para promocionar nuestro proyecto, e ingresar desde Brasil sin casi detenerme. Lo habíamos decidido así ante el temor de que los aparatos de inteligencia norteamericanos –que intentan detectar y controlar los movimientos de la dirección cubana– descubrieran nuestro plan.

Aterricé en la bella Río de Janeiro y, como mis objetivos no eran turísticos, seguí viaje por tierra hasta Corumbá, ciudad fronteriza principal del lado brasileño. Al frente tenía a Puerto Suárez, la contraparte boliviana, creo que no tan lejos de Paraguay.

Así, como conspirador novato, nada disfruté de los paisajes, físicos o humanos. Pero solamente en la primera etapa de mi viaje. Por exigencias del itinerario pasé por Santa Cruz, la gran ciudad del oriente boliviano, que no conocía, salvo por los relatos de los alumnos cruceños de Silvio Frondizi y de Praxis. A sus habitantes se les conoce como cambas, supuestamente por selváticos, diferentes de los collas, quechuas y aymaras. Además, los cruceños más de una vez han levantado reivindicaciones separatistas, considerándose más ligados a Brasil que a los "serranos" collas.

Ya en Cochabamba, di término a mi clandestinidad. Conocía bastante a esta típica ciudad, con leyenda e historia propia. Inmediatamente vi a mis antiguos contactos y, a través de ellos, conocí a gentes importantes. Esto me permitió un adelanto en el conocimiento de la situación global del país y de sus principales problemas. Sergio Almaraz, joven y brillante intelectual, autor del libro *Petróleo en Bolivia*, me ayudó con sus informes y crítica. Había sido dirigente de la juventud del PIR (Partido de Izquierda Revolucionaria), el agrupamiento antecesor del Partido Comunista.

Mi carta de presentación, nada desdeñable, tenía por eje mi vínculo con Cuba y, sobre todo, mi experiencia política en la Argentina, país éste de enorme gravitación, junto con Brasil, en Bolivia. Por esto pude franquear las puertas de la Universidad para realizar un diálogo

libre y abierto. En ese medio intelectual se desarrollaba una crítica profunda al proceso de la revolución boliviana con el acento en los gobiernos del MNR, que según ellos traicionaba los postulados de la revolución de 1952. Siendo Cochabamba el centro urbano de una conjunción de valles agrícolas, el probema agrario-campesino constituía una preocupación fundamental de sus medios políticos. El doctor Arturo Urquidi, especialista en el tema, autor de varios ensayos e incluso de un proyecto alternativo de reforma agraria, tuvo el fraternal gesto de invitarme a varias reuniones de reflexión.

Me interesaba en estas exposiciones, no sólo la crítica a la reforma agraria que se llevaba a cabo, sino considerar en qué medida el proyecto cubano en ciernes la superaría. Si en La Habana había sido apenas un oyente de De la Puente en nuestro diálogo con el Che Guevara, ahora mi información y reflexión acerca del problema agrario-campesino tenía como vivencia la experiencia boliviana. Esto y algunas lecturas puntuales me dotarían de una base de conocimientos indispensables para mejor comprender la realidad peruana.

En La Paz tuve otro tipo de experiencias. Habitaba el Palacio Quemado, sede del gobierno, Víctor Paz Estenssoro, que en 1960 fue elegido por segunda vez presidente de la República. Podría haberlo entrevistado, dado mi vínculo con él desde su exilio argentino, hecho que ya mencioné. Políticamente, no era el mismo. Desde 1952, en su condición de primera figura de la vida política, encabezaba el "termidor" revolucionario. Es decir, liquidar todo el radicalismo antimperialista y socializante que el proceso incubaba. Y en condición de hombre subordinado a las imposiciones del imperialismo norteamericano. Es decir, ya no teníamos tema común, estábamos situados en veredas casi opuestas.

Con Juan Lechín sí convenía entrevistarse y forzar un diálogo. Ser el vicepresidente del país –lo que señalaba en qué medida su responsabilidad por las capitulaciones y traiciones a la revolución era muy grande– quizá lo hiciera inaccesible. Desde 1952, en mis continuadas visitas a Bolivia, lo entrevisté una y otra vez, en donde estuviera, en su casa, en el local de la federación minera o en el parlamento. Por lo tanto nos conocíamos bastante y él no rechazó esta especie de amistad política.

Juan Lechín Oquendo es el tipo de personaje extraordinario que se manifiesta en nuestros países atrasados. Fue el líder máximo del movimiento obrero y popular por más de 40 años y casi hasta su muerte. Sus críticos afirman que nunca fue obrero en las minas de estaño, sino un simple empleado. Sin embargo, rápidamente ganó la condición de líder del movimiento minero cuando con el desarrollo de la minería, preferentemente del estaño, los obreros del sector, fuertemente concentrados en los asientos, lograron organizarse y politizarse. Se constituyeron en la base principal de la Central Obrera Boliviana (COB), que en varios capítulos de la historia social del país actuó como un organismo real de doble poder.

No obstante, aceptó verme. Preparé los temas a plantearle pero sin partir de lo que me dijera cuando lo conocí en 1952, en plena revolución, en la Universidad San Andrés de La Paz. En esa ocasión yo estaba en Bolivia en representación del MIR-P, para dar nuestra solidaridad. Y, además, mi colaboración personal y directa: retornar a Perú y dar mi cuota en el impulso a una campaña de apoyo activo a la revolución boliviana que consideraba peligraba si no superaba su encierro físico, debido al carácter atrasado y mediterráneo del país. En aquella reunión este mestizo de físico imponente, de origen árabe, que impresionaba por sus modales seguros y enérgicos, me dijo lo que no olvidé nunca: "Yo soy un hombre de izquierda y me considero marxista. Pero como todo en Bolivia es excepcional, yo garantizo que la revolución, aun aislada, no degenerará como ocurrió en Rusia. Dentro de 10 años podemos conversar nuevamente para ratificarlo".

En ese 1960, se cumplían casi los 10 años. Y él, máximo líder obrero y popular, y dirigente de la izquierda del MNR, no había logrado pasar la "prueba de la vida", de los desafíos de la historia, de la lucha de clases. Si en Bolivia había una revolución traicionada, Juan Lechín contribuyó a ello decisiva y conscientemente.

Consideraba, sin embargo, que socialmente el proceso revolucionario no estaba clausurado y que Juan Lechín, a pesar de sus capitulaciones personales, podría quedar fuera de la órbita del nuevo poder burgués que se construía en Bolivia. Y que, quizás, podría tomar nuevo aliento con el ejemplo de la revolución cubana, como ocurrió después en parte. Mi interés era concreto. Contar con una base de apoyo

fronterizo para el proceso insurreccional que planeábamos desencadenar, llenos de optimismo, en Perú. Le hablé clara y directamente y creí que, con buena suerte, tendríamos –si no un aliado– por lo menos un amigo. Me adelanté así a lo que después fueron sus compromisos con el accionar de Che Guevara en su país, pero ya en 1966.

Además, en las discusiones que en Cuba tuvimos De la Puente, Guevara y yo, Bolivia siempre estuvo presente. Por la importancia de ser un país fronterizo, capaz de "contagiarse" con el impulso revolucionario que venía desde la isla. Pero en esos días, el Che no demostraba interés en discutir una caracterización de la revolución boliviana, comparándola con la cubana. Después comprendí a qué se debía esto. A muchos les ha llamado la atención que el acucioso lector de Lenin descartara sin polémica las enseñanzas del leninismo.

En esto influía lo que Héctor Béjar denominó el reduccionismo que de su revolución realizaron los dirigentes cubanos, a la cabeza el Che. Este reduccionismo en lo insurreccional: la concepción guerrillera a partir de la teoría del foco. Y como la revolución boliviana se produjo como obrera-popular y a través de una insurrección de masas, defendiendo su concepción, al Che no le interesaba abrir una discusión que complicara su proyecto, que consideraba el más viable, y quizás único, en nuestros países.

Dediqué mis últimos días de estadía a entrevistar a quienes pudieran complementar, desde posiciones diferentes –y mejor si críticas–, mi visión de la realidad boliviana. Seguí contando con la eficaz colaboración de Sergio Almaraz que, de su pasado comunista, había devenido a posiciones de nacionalismo revolucionario.

Entre los muchos amigos de la revolución cubana en esos días, me relacioné –entre otros– con Jaime Paz Zamora y Antonio Araníbar, que estaban dedicados a la fundación del Movimiento de Izquierda Revolucionario (MIR). Los que conocí constituían un núcleo de jóvenes de perfil universitario, con cultura política, inteligentes, que proyectaban su pasión revolucionaria hacia el camino que señalaba Cuba.

Intentaron más adelante pasar a la acción directa. Fueron sus días de rebeldes con causa. No obstante, no pudieron pasar la prueba de la lucha de clases. Ante sus fracasos, el "realismo" los ganó a casi todos ellos. Se enfrentaron entre sí y se dividieron. Pero llegaron lejos.

Paz Zamora a ser presidente de la República, con el apoyo decisivo de su ex represor y dictador, el general Hugo Banzer. Y Antonio Araníbar, al comando de su partido Movimiento Bolivia Libre, no llegó a presidente pero sí a ministro varias veces, sobre todo en el primer gobierno de Gonzalo Sánchez de Losada, el empresario conservador, agente político del imperialismo norteamericano.

Este relato indica que mi vínculo con el país altiplánico y sus gentes me ayudaba a conocer aún más los problemas generales y específicos de la realidad latinoamericana. En ese entonces el tipo de formación teórica y política recibida en el MIR-P, y con el maestro Silvio Frondizi me alejaban del dogmatismo y sectarismo tan acusado en la izquierda. Podría decir que tenía una veta de pensamiento libre e independiente. Además, una curiosidad inagotable por adentrarme en ese mundo inmenso de la revolución en cualquiera de sus formas.

Me faltaban los trotskistas, de destacada gravitación en la vida política del país. A Guillermo Lora, el principal de sus dirigentes, lo conocía desde antes. Con la división de la corriente, nacional e internacionalmente, encabezaba el POR-Masas. La otra vertiente principal, de los denominados "mandelistas", reconocía en Hugo González Moscoso a su figura más destacada. La versión crítica que me dieron del proceso de la revolución boliviana me fue sumamente útil. Claro, como dije, me sentía ya armado políticamente para asumir algo parecido a la crítica de la crítica. Fue con Lora que quedé más ligado, tanto que con los años, y por un determinado período, llegamos a ser adherentes de la organización internacional "lambertista". Pero esto último corresponde a otra parte de esta historia, que será relatada en capítulos siguientes.

Y en el terreno de los trabajadores, mi contacto, vínculo y cambio de ideas con dirigentes sindicales, principalmente mineros, constituyó lo mejor de mi estadía. Ellos me facilitaron las visitas a los centros mineros, para constatar *in situ* el problema de clase, desde los mismos socavones. Como en otros viajes a Oruro, Huanuni, Siglo Veinte, Catavi, Llallagua, comprobé que, a pesar de los retrocesos, derrotas y traiciones, la alta conciencia política de esta vanguardia del movimiento obrero permanecía, con sus enormes contradicciones y dudas, en gran medida viva.



Hugo Blanco, Genaro Ledesma y Ricardo Napurí, líderes del Frente Obrero, Campesino, Estudiantil y Popular (FOCEP), Lima, 1978.

Capítulo III

Perú



El líder campesino Hugo Blanco y otros dirigentes reciben a Ricardo Napurí al retornar del exilio en 1978.



Militantes del Partido Obrero Marxista Revolucionario (POMR), miembro del FOCEP, Lima, 1978.

Por fin, Perú y el Apra Rebelde

Cumplidos largamente los objetivos de mi estadía en Bolivia me consideraba listo para empezar mi periplo peruano. Clandestinamente y sin problemas crucé la frontera. Me dirigí de Puno a Tacna, ciudad importante vecina a Chile. Pensé que valía la pena realizar este recorrido de casi 200 kilómetros, de caminos difíciles y precarios. Es que en Tacna vivían Miguel Triveño y otros compañeros con los que habíamos anudado un vínculo político firme cuando estudiaban en Argentina y fueron ganados a la militancia en el MIR-P. Esta vez trataría de comprometerlos en el proyecto del Apra Rebelde y de Cuba revolucionaria. Lo logré en gran medida, sobre todo con Miguel.

Transitando por la carretera Panamericana, mi destino fue Lima. Me presenté ante miembros de la dirección del Apra Rebelde, porque conocía que el núcleo principal estaba localizado en el norte del país. Me recibió el ingeniero sanitarista Luis Olivera, subsecretario general. Pero fue con Carlos Malpica, también ingeniero pero en la especialidad de agronomía, que tuvo mejor onda, tanto que proseguimos el vínculo convirtiéndolo en una gran amistad política por décadas. Carlos, diputado nacional, era un referente público destacado, lugar ganado en sus días de pertenencia al Apra.

Me recibieron amistosamente y con atención expectante. Esto último lo atribuí no tanto a la calidad de mis pergaminos políticos personales, como al hecho de llegar recomendado por "Lucho" como cariñosamente denominaban a su líder principal, De la Puente Uceda.

Además conocían que detrás estaba el propio Che Guevara. Es decir, todo era incógnita ante este recién incorporado a las huestes partidarias.

Les relaté todo acerca de mi experiencia boliviana. Pero en ese mmento lo principal constituía el informe acerca de la situación política y de la lucha de clases en Perú; y del activo y pasivo del Apra Rebelde. Les di a la vez mi versión de los acuerdos últimos en La Habana.

No demoré mucho en comprender que el Apra Rebelde tenía problemas de identidad. Probablemente porque la mayoría de sus militantes, cuadros y dirigentes, recién acababan de abandonar el Apra, en el que habían depositado toda su esperanza de que constituía el vehículo para la transformación revolucionaria del país. Los apristas rebeldes, apremiados por las circunstancias políticas, no habían tenido tiempo de realizar una crítica reflexiva del aprismo. A esto se agregaba su rápido compromiso con la revolución cubana, a la que ahora se aferraban, ligando su destino a las perspectivas revolucionarias que señalaba el castrismo.

Sin embargo, en ese comienzo de 1961, con diversos grados y diferencias, el activo partidario, en tanto rebeldes del Apra, avanzaba sólo a una crítica a la dirección aprista y sus desvíos políticos y metodológicos y no alcanzaba todavía al carácter mismo del nacionalismo histórico que encarnaba. De ahí la reiterada mención al rescate de los principios "primigenios" y al antiimperialismo de sus fundadores. O sea, aún no se consideraban ni teórica ni programáticamente una vertiente diferenciada de la historia aprista.

Fui cooptado a la dirección nacional pero con responsabilidades abiertas, amplias. Pude comprobar que la actividad política y organizada en Lima era débil y los pocos miembros y adherentes realizaban su militancia sobre todo a través de la venta callejera de *Voz Aprista Rebelde*, el periódico partidario, que llegué a dirigir. Claro, este hecho los enfrentaba frecuentemente al Apra, que si no toleraba disidencias internas menos aceptaba "rebeldes" a los que trataba con la lógica de la agresión física, ahí donde éstos aparecieran en su disputa de la calle.

Con este estatus partidario, partí a conocer y reconocer al grueso del activo militante del Apra Rebelde. De acuerdo con lo acordado previamente me recibió el abogado Luis Pérez Malpica, a quien había conocido en La Habana. Tenía el encargo de presentarme a diri-

gentes y militantes del norte del país, sobre todo de las ciudades de Trujillo y Chiclayo, las "bases" principales. De los frentes regionales, pero sespecialmente de la estructuración campesina y estudiantil, que constituían el fuerte partidario.

Reunión tras reunión, vino la más decisiva. Se realizó en la ciudad de Trujillo, en una especie de ampliado de los principales cuadros y dirigentes a los que tenían que presentar el esquema del proyecto acordado en La Habana. Estaba en la tarea cuando me interrumpió brusca y violentamente uno de los dirigentes "duros", Gonzalo Fernández Gasco, ya con fama de tal desde el Apra. Me paró en seco. Afirmó que yo era comunista, que no coincidía con mi exposición y tampoco con mi presencia en la región.

De esta manera chocaba con el "comandante" Gonzalo, denominado así entre broma y en serio por sus compañeros. Esto porque bajo su mando un grupo de ellos realizaban marchas y ascensos a los cerros aledaños periódicamente. De ahí el grado prematuro de "comandante". Apelando a todas mis reservas enfrenté al "duro". Traté de destruir sus argumentos y como correspondía al estilo de la época acepté sus desafíos físicos. De acuerdo a los códigos machistas y creo que ganados por mi prédica, los presentes me consideraron el triunfador en la jornada. Algo así: "Este Napurí tiene ideas y huevos". El homenaje fue una cena colectiva.

Entonces quedó abierto el camino para el reconocimiento del activo partidario, ya que el Apra Rebelde siempre se consideró partido político. Constaté la existencia de unos 200 miembros activos, aunque no todavía la calidad orgánica de su militancia. Me impresionó que algunos sobrepasaran los 40 años y con historias personales de enfrentamientos con las patronales y los represores policiales. Humanamente se hacían querer por esa modalidad de personas convictas en sus decisiones, que tenían como patrón de vida la amistad. Pensé: lindas gentes.

El frente estudiantil existía con la fuerza que le daba su arraigo aprista antiguo. Fueron estos estudiantes los que primero disintieron con la dirección aprista. Eran fuertes en Trujillo, Chiclayo y, en menor medida, en las ciudades de Piura y Cajamarca. Tenían contactos y núcleos semiorganizados en las haciendas azucareras. Pero en la sierra de La Libertad no hallé la férrea estructuración campesina de la

que había hablado De la Puente Uceda en La Habana. Constituían apenas vínculos o contactos ganados por la actividad política y jurídica que en su condición de abogados realizaban De la Puente Uceda, Pérez Malpica, Pita Díaz, Fernández Gasco. Un ejemplo de ello fue en el combate que dieron defendiendo a la comunidad del pueblo de Chepén, pero que estaba situada en la Costa, en las afueras de Trujillo.

Es a partir de estos hechos y la confianza que crea la relación entre personas resueltas a encarar los desafíos de sus vidas a través de la revolución social, que tejí vínculos profundos con algunos personajes. Con Manuel Pita, cajamarquino anclado en Trujillo, con Sigifredo Orbegozo, chiclayano, que destacó después como maestro universitario y jurisconsulto; con el propio "cholo" Luis Pérez, un gordo de apariencia tranquila, pero capaz de los gestos más nobles por estar poseído, como tantos, de firmes convicciones revolucionarias. Como muchos, que creían que de Cuba revolucionaria vendría la bandera del cambio social, a través de la revolución.

No obstante, el incidente con Gonzalo Fernández constituía "un aviso", otro más de los que tomaba nota. Lo interpreté al principio como un intento de defensa del núcleo fundador hermanado desde el Apra. Yo representaba una historia y un rostro ajenos. Pero como en la discusión saltó mi marxismo y socialismo, quizás en los primeros momentos les parecí más cercano a las posiciones de José Carlos Mariátegui que a las de Haya de la Torre, con el que aquél terminó saldando cuentas políticas. Estas diferencias, por la calidad de sus autores, constituyeron el primer gran deslinde teórico-político entre nacionalismo y socialismo revolucionario en América Latina.

¿Y si los apristas rebeldes no mutaban hacia el socialismo como ya lo hacían los revolucionarios cubanos? ¿Podría yo gravitar significativamente? A mi pasión revolucionaria y un optimismo que me lanzaba "contra los molinos de viento", debí incorporar una gran dosis de cordura política. ¿No es que el material humano del Apra Rebelde era de lo mejor? ¿Acaso la historia no estaba repleta de ejemplos, de cambios cualitativos en el quehacer de los grupos humanos? Y lo último, ¿acaso los combatientes del Granma y de Sierra Maestra no fueron más lejos de lo que inicialmente quisieron hasta la ruptura con el imperialismo?

Si asumía un compromiso con el guevarismo-castrismo, a pesar de mi "marxismo argentino", era porque creía aún en la reproducción del ejemplo cubano, sobre todo si De la Puente Uceda, más conocedor de la realidad peruana que yo, incorporaba en las discusiones la fuerte especificidad de Perú. Como tenía tiempo para pensar reflexivamente, me convencí de que si se daban todas las posibilidades tenidas en cuenta, había que aquietar las dudas y seguir hacia adelante. Me bastaba considerarme un soldado más, armado del espíritu revolucionario de la época.

De la Puente Uceda y Haya de la Torre

De la Puente Uceda retornó al país. Traía consigo un proyecto de reforma agraria que había redactado en La Habana, puliendo sus posiciones anteriores con las discusiones que tuvo con los especialistas de la isla. Este proyecto fue presentado después por Carlos Malpica, que lo aportó para su discusión en la Cámara de Diputados. De la Puente Uceda se instaló en Trujillo –su sede política natural– rodeado del núcleo principal de cuadros y dirigentes regionales, que depositaban enorme confianza política y personal en él. Más cuando ahora retornaba con la bandera y el apoyo cierto de la dirección cubana.

Políticamente parecía conveniente que el "centro" de la dirección estuviera en Lima, la capital del país. Por esto, en los hechos y sin desearlo intencionadamente, se fueron creando dos polos de acción y dirección política: uno definido por el peso indudable de la capital donde se nucleaba la mayoría del proletariado; y otro donde la lucha de clases tenía el perfil más alto.

En Lima –mi sede– y a pesar del pegajoso seguimiento policial, juntamente con un núcleo de compañeros muy activos y comprometidos nos dedicamos a tareas de propaganda, tomar contactos con frentes sociales diversos; y su consecuencia, la captación de nuevos miembros para la organización. De su lado, Carlos Malpica con su prédica de jacobino parlamentario influía sobre el resto de la dirección, casi todos profesionales de trayectoria. Este conjunto de actividades, y la lucha callejera de los militantes, destacaban al Apra Rebelde en la izquierda.

Por las exigencias de la situación política y la necesidad de que el partido ganara en su desarrollo, encontré un lugar natural para mis iniciativas, dedicado a tiempo completo a la construcción de la herramienta partidaria.

Pero mientras De la Puente estuvo fuera del país fue de mi responsabilidad mantener el contacto con Cuba, sobre todo en lo concerniente al remito de fondos desde la isla. Para viabilizarlo se requería del mayor secretismo, así quedó claramente establecido. No se podía "socializar" el tema ante el temor de infiltraciones con el escándalo nacional que ello suponía. Mi responsabilidad en esto no estaba en duda. Cumplí a cabalidad con lo pautado apelando a mis compañeros y amigos tecneños que, por desconocidos para todo el mundo, pudieron ejecutar la operación "como dios manda".

Estos hechos requerían de un gran mecanismo de confianza entre los dirigentes. Felizmente contaba con el apoyo incondicional de Carlos Malpica, quien, influyente, aquietaba los temores y sensaciones complejas de los otros. Es que comenzaba a destacarme por la proyección de mis actividades, a lo que agregaba este capítulo de la intermediación con Cuba que otorgaba, aunque no lo quisiera, un poder supletorio.

Ante esto, el subsecretario Luis Olivera no se sentía cómodo; se creía desplazado y sus responsabilidades cubiertas en alguna forma por mí. Debe haber procesado sus dudas de una manera que no conocí a tiempo. Pero un día me entero que había retornado al Apra, previa una entrevista en *La Tribuna*, el órgano oficial aprista. En pleno acuerdo con el gobierno de derecha del oligarca Manuel Prado, en esa nota los redactores no se privaron de acusarme de agente cubano. Con todas las consecuencias políticas y de seguridad que esto implicaba. Así, por este caso particular, mis temores de la existencia de un cordón umbilical no roto entre el Apra y los "rebeldes", parecían confirmarse.

Desde Cuba vino el pedido de contactarse con Jorge del Prado, secretario general del Partido Comunista. Lo habían comprometido a dar apoyo al proyecto del Apra Rebelde. Por qué medios y por qué mecánica, nunca lo supe. Pero lo imaginé. Lo conocí en Buenos Aires, en un momento malo para él. Había sido desplazado momentáneamente de la dirección y de su rol de "hombre de confianza del Krem-

lin", como lo era Codovilla, aunque éste con un rango mucho mayor, en Argentina.

Fue Héctor Cordero, cabeza ideológica de los desterrados apristas de izquierda en Argentina y que había evolucionado a posiciones comunistas y pro Moscú, el que me lo había presentado por ser muy amigos. Del Prado era un hombre pequeño, silencioso, de apariencia introvertida e inescrutable, miraba fijamente y hablaba poco, casi monosilábicamente. Es decir, ese tipo de hombre ganado al fundamentalismo estalinista y parece que con gran desinterés personal, ya sea por su larga lucha política siempre pegado a los desposeídos o por su vida sobria, casi ascética. Sorprendentemente había aceptado mi propuesta de entrevistarse con Silvio Frondizi, acusado por el PC argentino de "trotskizante".

Ahora, cuando escribo estas líneas, tengo la impresión de que aceptó la invitación por simple curiosidad, alimentada por el hecho que los comunistas argentinos no lo trataban bien, cumpliendo con el consejo de sus defenestradores peruanos. Fue cordial con Silvio, éste siempre efusivo, pero nada más. Miró, escuchó, y habló algo, no mucho. Héctor Cordero fue más asiduo, era de otro origen político y de otra pasta humana. Se quería beneficiar de lo que irradiaba Frondizi y Praxis entre los latinoamericanos, de su influencia indudable.

Sí, las vueltas que da la vida. Lo tenía al frente a Jorge del Prado, ya repuesto al cargo de secretario general del PC. Lo vi tres veces en la casa de Javier Valle Riestra, en la esquina de Cuba y Arenales, que me la prestó para la ocasión. Dijo que se reunía por pedido de la dirección cubana y que su partido vería cómo apoyaba las iniciativas políticas del Apra Rebelde. Aparentó no temerle a la posibilidad de una insurrección que no los tenía a los comunistas como ejes. Hoy me sonrío de esa escena. Los dos hablábamos a medias, contenidos. En el fondo, lo que presidía la escena eran los temores y dudas mutuas. Y ya sin ingenuidad de su parte, quizás la creencia que nuestra "aventura" no tendría destino.

No obstante cumplió con lo prometido en esas circunstancias especiales y en la parte que a mí tocó. Me abrió las puertas de algunas universidades donde tenían influencia, obviamente para realizar mi prédica castrista, nunca rechazada por los jóvenes. Marché al Cusco

siendo recibido con calidez por José Sotomayor, el capo regional, adversario de Hugo Blanco y de su proyecto de revolución campesina. El hecho demostraba que los estalinistas, en esos días, sólo me consideraban un castrista, aunque sospechado de traerse algo entre manos, de lo que ellos no podían quedar ajenos.

Con el apoyo de los confesos estalinistas cusqueños hablé en la universidad bajo su patrocinio. Me prepararon visitas a otros lados que culminaron con mi participación en un acto público en la mítica e histórica plaza central de la ciudad. Por supuesto, aproveché de cuanta oportunidad se me presentó. Después de todo yo era un desconocido en ese medio político, en esa ciudad mítica con fama no sólo por ser el centro del incanato en los tiempos lejanos, sino por su radicalidad política. No podía quejarme de éste mi nuevo periplo político.

Políticamente vivíamos en democracia como se caracteriza a la seudodemocracia en los países atrasados, y esto hablando benignamente de ella. Los rebeldes apristas denominaban al régimen y al gobierno como de "convivencia", glosando la figura de la pareja que no está casada legalmente aunque "convive" porque disfrutan de la cama y de algo más. La crítica central estaba en que el aprismo tiraba por el suelo su historia y tradición nacionalista y, en un momento, antiimperialista, para darle soporte político al gobierno de Manuel Prado, representante de la oligarquía peruana, profundamente conservadora.

Haya de la Torre, perseguido con saña por la dictadura del general Manuel Odría y asilado por varios años en la embajada de Colombia en Lima, retornó al país desde su exilio. Trujillano como De la Puente Uceda, constituía un componente de la simbología fetichista del Apra las visitas que éste realizaba a su tierra, a la vez cuna de su partido.

En legítima defensa

A través de conductos apropiados la dirección aprista hizo conocer que no quería "rebeldes" en la próxima visita de Haya a Trujillo, donde sería recibido con estruendosa solemnidad después de su exilio. Y no se quedaron en esto porque los "búfalos" –la temida guardia de choque partidaria– empezaron a hacerse presentes en las calles de

la ciudad. Había que resolver qué hacer ante el hecho y la enorme disparidad de fuerzas.

Se discutió si no convenía realizar un repliegue táctico para no obstaculizar nuestro proyecto en curso. Pero De la Puente impuso su criterio: que sería un gesto claudicante y de temor dejarle las calles libres a los apristas y a sus matones. Dirigentes del Apra preparaban el terreno acusando a De la Puente de preparar un acto terrorista contra Haya. Así fue escalando hacia arriba la tensión política en la ciudad.

Y llegó el día. De la Puente, Pita Díaz, Pérez Malpica, Miguel Triveño –el tacneño– y otros, fueron atacados por un grupo de búfalos cuando transitaban por la plaza central de la ciudad, en la esquina del hotel de turistas y la catedral. La acción fue rápida y violenta. Luis cayó al suelo mientras el resto, desarmado, recibía una golpiza fenomenal. Unos fueron al hospital y el resto logró huir, entre ellos Triveño. Luis cayó al suelo y desde ahí, cuando iba a ser ultimado, en legítima defensa sacó un arma y mató de un disparo al jefe de la "manada", de apellido Sarmiento Ghiorgio.

El jefe del partido fue al hospital y de ahí a la cárcel central. Este incidente trastocó totalmente los planes inmediatos y el manejo de los tiempos políticos y de ejecución. Si bien el Apra Rebelde había solidificado su presencia política con su real crecimiento partidario, la implantación en las regiones y lugares del campo previstos quedó postergada. En cierta forma el partido quedó dislocado, porque durante más de un año su tarea principal fue la realización de la campaña agitativa, jurídica y política por la libertad del líder preso. Además, la centralización se acentuó de manera extraordinaria porque De la Puente pretendió dirigir desde la cárcel. Y para hacerlo concentró la dirección regional a su alrededor, dejando a Lima y el resto del país como simples apoyaturas de sus decisiones.

Como parte de la campaña por la libertad de Luis viajé al sur del país para ganar adhesiones pero también con el fin de no detener el desarrollo político de nuestra organización. Popularmente se nos conocía como la izquierda del Apra y este partido no se había implantado en las regiones sureñas con la fuerza que sí tenía en otras partes, principalmente el norte, Lima y el centro del país.

Era cuestión de sacar partido de los contactos y relaciones tejidas en mi anterior visita cuando había sido presentado por el Partido Comunista. Mi decisión personal en esta emergencia consistía, además de cumplir con el objetivo de las adhesiones, ver la posibilidad de ganar adeptos para el nuevo partido y principalmente para nuestro proyecto revolucionario. Repito: el prestigio de la revolución cubana y el hecho no disimulado de su apoyo, abrían puertas antes impensadas.

Otra vez en Cusco, pero ya escapando a la "vigilancia" de los comunistas. Tuve problemas con ellos, a lo que se agregaba un mayor control de los servicios de inteligencia y de la policía sobre mí. Lo constataba en cada uno de mis movimientos. La situación se puso problemática cuando pasé al departamento de Puno y a los lugares vecinos con Bolivia, zona "caliente" ante el temor gubernamental a la influencia de la revolución boliviana. Es que el llamado altiplano comprende parte de Bolivia, desde La Paz, y zonas de Puno, incluidas las del lago Titicaca, el más grande y alto del mundo.

Conocía de sus paisajes, desolados y fríos, pero fundamentalmente desde el aire, en mi época de piloto de la aviación militar. Sabía que era la única región aymara del país, con sus tradicionales y variadas comunidades campesino-indígenas y tenía conocimiento de sus rebeldías en varios capítulos de la historia peruana. Fue para mí una experiencia notable constatar sobre el terreno todo esto y comenzar a conocer los problemas de su diversidad socio-cultural.

Parece que mis desplazamientos pasaron el límite de lo tolerable para los represores políticos y policiales. Ellos estaban lejos de coincidir con mis planes y meditaciones sobre el destino humano. De regreso a Lima, cumplida mi tarea, fui detenido en la garita de control de acceso a la capital. No importa para el relato si compulsivamente, porque es indudable que di pelea, aunque salí derrotado por la agresión y fuerza de mis captores.

Fui conducido a la carceleta de la Prefectura. Acusado de "subversivo", encausado y abrumado con cargos reales, pero sobre todo supuestos, por el poder de turno. El mejor compendio lo da la nota que transcribo de *La Tribuna*, órgano oficial del Apra, donde se descarga además del vilipendio, un inusitado odio político y de clase. Dice:

Ricardo Napurí se encuentra detenido a disposición de la jurisdicción de guerra, por agitación en el sur del país

En calidad de detenido y a disposición de la jurisdicción de guerra, se encuentra el conocido agitador fidelocomunista Ricardo César Napurí, ex teniente de la Fuerza Aérea del Perú.

Napurí cursaba la carrera de Derecho en la Universidad de Buenos Aires. Allá se distinguió en la célula marxista que operaba bajo el comando del profesor Silvio Frondizi. Estuvo en Cuba, después de instaurado el régimen castrista y regresó al Perú, después de haber sido adoctrinado y adiestrado en las tácticas comunistas de la guerra de guerrillas.

Pertenece al grupillo de traidores al aprismo, que se autodenominan "rebeldes", sin que esa rebeldía de que hacen gala opere más que contra el estado de derecho en el Perú, según los planes conspirativos que Puente Uceda, Fernández Gasco, Malpica y otros sujetos de la misma deformación ideológica, elaboraron en La Habana bajo la dirección de la renegada Hilda Gadea.

Ricardo Napurí es hijo de una ex dirigente comunista argentina, de padre peruano. Fue implicado hallándose todavía en Buenos Aires, en el decomiso de la propaganda fidelista que fue habida por el gobierno argentino en una valija diplomática con destino a la embajada fidelista en la capital porteña. A su retorno a Lima se le sindicó también como copartícipe de un doble atentado al presidente Prado y a Haya de la Torre, según complot fraguado por el G2 de Fidel Castro.

En 1950 fue dado de baja de la FAP, por enfermedad gástrica. Su detención de hoy dimana de acusaciones por conspiración en la región sur del Perú, donde anduvo en gira fidelista en los últimos días.

Este texto de 1962 prueba lo que dije antes: que el Apra era implacable con sus "rebeldes". Asimismo, el uso tendencioso de los informes policiales y de los servicios de inteligencia, nacionales e internacionales. Y todo esto en defensa propia pero asimismo del régimen reaccionario del que constituían el soporte fundamental. Mancomunados con los intereses del imperialismo norteamericano de impedir que el ejemplo cubano se instale en nuestros países explotados y oprimidos.

Pero la nota es vil en varios aspectos. Desconoce mi actitud principista de negarme a bombardear a los apristas alzados en armas en octubre de 1948. Desconoce igualmente mi deportación afirmando que fui dado de baja de la Aviación por "enfermedad gástrica". Pretende montar un escenario tremebundista con la acusación de que el G2 cubano nos envió a Perú a matar al presidente de la República y a Haya de la Torre.

Más vil y provocador es el hecho de que la dirección aprista conocía perfectamente a Silvio Frondizi y a Praxis, con quien incluso Armando Villanueva, uno de sus dirigentes históricos, estableció una relación amical de respeto, que revalidó siempre. Y el hecho de incluir a mi madre argentina, con el adjetivo de comunista, sobrepasa los límites de lo ético. Algo así como que por vía de la mala herencia y genes, yo había devenido en lo peor: un agente castrista, enemigo del orden capitalista y de la democracia. E incluso terrorista, potencialmente asesino.

Habla Armando Villanueva

Casi medio siglo después, Armando Villanueva del Campo, en un gesto que lo enaltece, ha querido dar su versión que en sí constituye un rechazo a las diatribas y calumnias contenidas en el libelo de 1962. En su libro autobiográfico *La gran persecución* (mayo de 2004), afirma respecto de Silvio Frondizi y de Ricardo Napurí, lo siguiente:

> Imposible olvidar al maestro Silvio Frondizi, catedrático de la Universidad de Córdoba, que en Buenos Aires ejercía su profesión de abogado y de catedrático universitario con una orientación netamente marxista*. Quería crear una filosofía de la historia fundada en la realidad latinoamericana. "Haya de la Torre lo ha hecho, pero parte de premisas equivocadas", me dijo alguna vez. El problema era que Silvio Frondizi convenció a algunos compañeros míos, como al honesto Héctor Cordero, que derivó al PC. Yo fui alumno de Frondizi, pero no me convenció, mas sí me sirvieron mucho sus enseñanzas para abarcar, si se admite, la totalidad del marxismo. Fue hermano de quien fuera presidente de la Argentina, Arturo Frondizi. Silvio fue un humanista y,

sobre todo, un hombre bueno. Frecuentemente la bondad se confunde con tontería, cuando es la máxima virtud del cristianismo. La vez que Lucy sufrió un ataque de apendicitis, Silvio Frondizi la llevó a la clínica del profesor Pareto, una celebridad. La operaron y no nos costó un centavo. A este hombre, comunista y cristiano, las bestias del militarismo argentino le cortaron la lengua y los testículos.

* Ayudante de Silvio Frondizi era entonces Ricardo Napurí Chapiro, considerado como trotskista, discutible o no, con una alta calidad intelectual. Había sido oficial de la Aviación al producirse la revolución del 3 de octubre de 1948. Voló como observador de los movimientos de las naves al mando del teniente Juan Ontaneda Meyer. Relata Napurí que al aproximarse a los buques, temiendo que le disparasen, lo que observó fue que las tripulaciones saludaban con pañuelos blancos apristas, lo que le permitió dar varias vueltas y regresar a Las Palmas con la información correspondiente. El coronel al mando le ordenó elevarse de nuevo y, aprovechando la sorpresa, atacar los buques. El alférez Napurí se negó rotundamente. Le dieron arresto de rigor de 30 días. Pero el 27 de octubre sobrevino el golpe de Odría y cambiaron las jefaturas, también de la Aviación. En vez de expulsar a Napurí, lo declararon enfermo y lo enviaron a "curarse" a Argentina. Así salió el alférez, como un hombre enfermo y no como un hombre en cuya conciencia florecía una actitud revolucionaria. Hasta hoy no se ha rectificado su historia oficial, que en verdad es la de un soldado que se negó a bombardear a otros peruanos. Fue elegido constituyente en 1978. Reside en Argentina. [*A. V. C.*]

En prisión

Ésta constituyó mi primera prisión desde mi retorno al país. Tampoco es necesario decir aquí cómo la policía política trató de "ablandarme" con los métodos de acción psicológica que, con sus naturales diferencias, aplican estos gendarmes armados del capital en todo el mundo. Manuales de por medio, siempre aconsejados por la CIA y el Pentágono. Y en el momento que escribo estas líneas, conocido universalmente por las infames torturas infligidas a los detenidos

en Afganistán e Irak, probablemente la mayoría de ellos inocentes. La carnada humana de los "costos colaterales".

Pero no quiero mandarme la parte, excederme en víctima. El tipo de castigo y los apremios que les realizaban a los detenidos "plebeyos", sin padrinos que los protegieran, no llegaron a aplicármelos a mí, que para los torturadores tenía otro estatus. Además estábamos "en democracia". La defensa legal quedó en manos de mi compañero de partido, y a pesar de su juventud notable abogado, Javier Valle Riestra. Mientras montaba su estrategia de defensa fui trasladado a la cárcel denominada El Sexto, así el nombre. No pude por mi encierro conocerla en su complejidad, ya que tenía fama de siniestra. Instalado en un patio, de dos pisos, con celdas para uno o más detenidos. Entre los dos pisos, quizás 40 de ellos. Todas las celdas miraban al patio, desde donde ejercían el control los agentes de servicio y guardia.

Lo que expongo, aparentemente, no es significativo políticamente; lo hago para destacar un hecho abominable. De un lado, el trato que le dieron a un detenido, decían que reincidente en el robo de automóviles y que querían que hablara. Yo estaba en la celda contigua a la suya y pude ser testigo de todo. Los investigadores ingresaban de noche y lo torturaban. Por los gritos que profería, terriblemente, ¿qué le hacían? Nada menos que con una vela encendida quemarle el rostro y otras partes del cuerpo. Cuando lo vi, era una piltrafa humana. En el drama comprendí que para los policías se trataba de "mercancía descartable", por cuya existencia nadie se preocuparía.

Otro tema es aparentemente menos cruel pero tan abominable por su significado. Reunían en dos o tres celdas a los presos homosexuales y les obligaban a que tuvieran relaciones con otros detenidos, a pesar de que el hecho no era deseado por unos u otros. Cuando estábamos reunidos en el patio para pasar lista de presencia, el encargado, un degenerado, preguntaba: "¿Quién no ha cachado últimamente?", se refería al acto sexual. Obligaba especialmente a los provincianos a que respondieran afirmativamente. Hecho esto, de prepo, los metían a las celdas de los homosexuales, exigiéndoles a éstos que "les hicieran de todo y a gritos". Y si algún detenido no "podía", comprensiblemente, el garrote bien aplicado constituía la sanción.

Ya el escritor y novelista José María Arguedas había hecho conocer la infamia en las cárceles a través de su novela *El Sexto*, la cárcel en uno de cuyos pabellones me alojaba. Además, como en una habitación colateral estaban prostitutas detenidas en las redadas ocasionales, uno que otro policía organizaba encuentros sexuales, con los detenidos que pudieran pagarles algo. Para esto escogían a sus "víctimas".

Mientras en mis días de prisión tenía tiempo para procesar estos dramas de la condición humana, Javier le ganó la batalla a los jueces y quedé liberado. Me invitó a celebrar la victoria en un mitin a realizarse en uno de los hermosos patios de estilo colonial de la vieja Universidad de San Marcos. Él hablaba con la prosapia de los liberales demócratas de antaño. Es decir, belleza en la forma a lo que agregaba su versión política. Mi estilo era otro: directo, frontal, muy apasionado. Forma que, con los pulimentos que me dio la constante oratoria pública y el Parlamento, nunca abandoné.

Interesante personaje Valle Riestra. Provenía de una familia que se jactaba de tener títulos nobiliarios españoles. Pero esto en el país "republicano" no les garantizó pertenecer a la burguesía "económica". Además Javier pasó de ser uno de los brillantes jóvenes intelectuales bajo la protección directa de Haya de la Torre, a crítico de las capitulaciones apristas citadas. Y para él también la revolución cubana constituyó la esperanza, la respuesta revolucionaria tan anhelada. Perteneció en sus días primeros al Apra Rebelde. No tuvo oportunidad de coincidir con su proyecto insurreccional. Apasionado, y como los tiempos se alargaban, un día dijo basta y retornó a las filas apristas, con la autocrítica consabida y la entrevista de estilo *mea culpa* en *La Tribuna*.

El golpe militar que se produjo en las postrimerías del gobierno de Manuel Prado, dado por los militares para impedir que el Apra triunfara en las próximas elecciones presidenciales, ayudó importantemente a la libertad de De la Puente. Los militares, al servicio y agentes de los gobiernos oligárquicos, nunca perdonaron al Apra que liquidara a algunos de ellos en la revolución de 1932; temían a su fuerza política y capacidad de movilización de masas. Los militares, antiapristas por tradición, presionaron a los jueces proapristas por un juicio justo. Porque el nuevo gobierno no deseaba que la campaña nacional

e internacional que se potenciaba los metiera en un problema inmanejable por sus consecuencias.

Los jueces aceptaron, como lo exigían nuestros abogados, la figura jurídica de "legítima defensa perfecta". O sea, que se defendió con el medio apropiado, el arma, ante la agresión de los búfalos igualmente armados. Luis aprovechó con inteligencia y pasión las horas que le dieron para su alegato final, al estilo de *La historia me absolverá* de Fidel Castro. Todo Trujillo, con enorme eco político en el país, contempló esta decisiva victoria política. Marchamos eufóricos por las calles de la ciudad con un remate formidable en un acto multitudinario en la universidad estatal.

Retomada ya en directo y personalizada la dirección nacional, el responsable principal del Movimiento de Izquierda Revolucionario (MIR) –nuevo nombre del Apra Rebelde, adoptado en una convención realizada en la ciudad de Chiclayo cuando aún estaba preso– debió encarar los problemas más urgentes. El principal, el carácter del vínculo con Cuba. Resolvió entonces cortar por lo sano e ir nuevamente a la isla para renovar lazos y actualizar el proyecto revolucionario. Antes había logrado que algunas decenas de militantes, los más comprometidos, fueran a recibir preparación militar en las escuelas y centros dedicados a la formación de los futuros guerrilleros.

Se profundizan las diferencias

Dos hechos que se convirtieron en problemas debió encarar Luis antes de su partida a Cuba a fines de 1962. El primero, y por mi invitación, ir a Lima para comprobar sobre el terreno los avances políticos y organizativos del partido. Constatar las nuevas implantaciones sociales, la apertura de frentes estudiantiles y barriales y, lo más cualitativo, en sectores obreros.

Le hicimos un recibimiento muy cálido en el local del comité departamental, que funcionaba públicamente en el barrio obrero-popular de La Victoria. Había nuevos adherentes y militantes que no lo conocían y que venían de tiendas políticas distintas a la aprista. La mayoría se reclamaban marxistas revolucionarios.

Luis dio su informe y escuchó diversas intervenciones. Y cuando se pasó a la discusión no se sintió cómodo. Me parece que fue porque percibió "que ésa no era su gente", con la que no estaba ligado, como sí lo estaba con los que venían acompañándolo desde el Apra y que aceptaban casi míticamente su liderazgo. Quizás sacó la conclusión de que el desarrollo de este frente político comprometía sus planes, en esos momentos en que pensaba ajustar con la dirección cubana un nuevo compromiso, después de los tres años de ayuda transcurridos.

En Lima se destacaba la figura de Carlos Malpica con perfil político propio, aprovechando a fondo su cargo de diputado, ya que se "compraba" todos los problemas que constituían un dolor de cabeza para el gobierno y especialmente el Apra, que le tenía puesta la mira. Además, De la Puente Uceda constató el lugar igualmente importante y la autoridad política que yo había ganado por mis iniciativas e incansable actividad. En concreto: estos nuevos compañeros le parecieron a Luis "napuricistas". Es que, como dije antes, los dos polos partidarios eran reales y ambos tenían sus cabezas visibles.

Pero aún no había dos proyectos porque Malpica, yo y otros miembros de la dirección nos manteníamos fieles al proyecto común. No obstante, De la Puente no llamó a ningún evento nacional para resolver políticamente los problemas y encauzar al partido con lineamientos políticos claros y la ratificación del plan insurreccional. Como ya había realizado su propio balance y tomado las resoluciones correspondientes, se abroqueló con "su gente", con sus antiguos compañeros y nuevos amigos, resolviendo seguir adelante por su cuenta.

Lo otro que complicó la relación es que mientras Luis estuvo encarcelado, Cuba nos pidió que buscáramos relacionarnos con Hugo Blanco, al que la dirección cubana quería apoyar al considerar que el movimiento campesino que lideraba era lo más real y progresivo con que podían contar. Lo visité en la cárcel para comunicarle el hecho y, a la vez, le informé que una delegación del Secretariado Latinoamericano del Trotskismo Ortodoxo (SLATO), la dirección política continental del trotskismo "morenista", al que pertenecía disciplinadamente Hugo Blanco, planteó que le transmitiera su voluntad de llegar a un acuerdo concreto entre las dos organizaciones. Cometí el error de decirle que yo personalmente era partidario de

iniciar conversaciones con él, de la voluntad de concretarlas como pedía Cuba.

Este pedido de Cuba está confirmado por la versión de la corriente morenista. Ernesto González, uno de sus principales dirigentes, relata en el libro *Historia del trotskismo obrero internacionalista* cómo "el vasco" Ángel Bengochea parte a Cuba al frente de un núcleo de compañeros, para plantearle a la dirección cubana el apoyo a Hugo Blanco y a la insurrección campesina. Pero en el cuadro de un proyecto propio que consideraba el sur del Perú, zonas de Bolivia y el norte de Argentina como una región potencialmente revolucionaria. A su retorno de la isla, Bengochea, destacada figura del partido argentino, informó que Fidel Castro y el Che Guevara, efectivamente, tomarían medidas para dar apoyo al líder campesino cusqueño. De su lado, esto lo ha confirmado Héctor Béjar a través de sus escritos y relatos.

De la Puente, recién salido de la cárcel, y todavía sin contar con un esquema insurreccional claro, no tenía como prioridad acordar o pactar con Hugo Blanco y Béjar. Por lo menos, no en esos momentos. Asimismo era cauteloso en demasía con la idea de compartir la dirección del proceso revolucionario. Pero muy político, marchó al Cusco a entrevistar al líder campesino. Éste, en actitud fraternal, lo recepcionó con una gran manifestación de miembros de los sindicatos y comunidades campesinas que dirigía o influenciaba. En total, miles de manifestantes.

No quise integrar esta delegación. Discrepé abiertamente con los objetivos del viaje, concebido apenas para cumplir en las formas con el pedido de Cuba. Le reiteré a Luis, en una discusión "caliente", que el MIR debía avanzar acuerdos o alianzas con Blanco y Béjar y que no existía razón valedera para postergar esta decisión. Y que los liderazgos estaban garantizados si "hacíamos bien los deberes", y ganados en legítima competencia pero en el terreno de una fraternidad sana y sincera.

Como resultado de esta fundamental discrepancia, que consideré rozaba con lo ético de la conducta política, aparecieron por primera vez en el partido los comentarios soterrados de mi posible condición trotskista. Algo simple: si se estaba con Hugo Blanco, trotskista, también se lo era. Esto constituyó más que otro "aviso", porque el mote se constituiría en un arma implacable en la corta e inmediata lucha interna.

Apremiado por los problemas y los tiempos, inmediatamente después de su visita al Cusco De la Puente partió a la isla. Con esta decisión, la dirección real quedó concentrada en manos de sus compañeros más allegados del norte del país. El resto fue excluido en los hechos del nuevo proyecto en curso, aunque en las formas se mantenía aún. El partido quedó en una especie de compás de espera, aguardando tensamente lo que se acordaría en La Habana.

Luis partió a comienzos de diciembre de 1962. En Cuba se reunió con las decenas de compañeros que recibían formación militar. No he podido confirmar qué discutió con los representantes de la dirección cubana. Pero es presumible que se acordara dejar de lado el primer proyecto de 1960 para reemplazarlo por la concepción puramente guerrillera a partir del foco. Quedaba atrás la imprescindible implantación campesina y el desarrollo del partido. Y, también, que el movimiento guerrillero quedara políticamente integrado y subordinado a la orientación estratégica partidaria.

"Victoria contra el trotskismo"

Personalmente proseguí con mis tareas y compromiso político, atendiendo contactos diversos, sobre todo el frente de Lima y viajando a lugares puntuales del país. Consideré, ante lo que estaba ocurriendo, la necesidad de poner los hechos en conocimiento del Che Guevara. Por un buen conducto le remití una carta, que partía de los acuerdos base de 1960, con los que quedé comprometido. Le realicé una caracterización de los ejes de la coyuntura política, con la existencia de un gobierno, el de Fernando Belaúnde, que contaba aún, por su origen democrático, con la adhesión e ilusiones de amplias capas de la población. Le relaté cuál era la situación del MIR y su potencial político y el carácter de su crisis. No le pedí que interviniera para definir nada, sino que tomara en cuenta mi relato ante la evidente frustración del proyecto inicial.

Poco después me enteré de que en una reunión extraordinaria del equipo de dirección comandado por De la Puente, realizada en Brasil, se aprobó "aceptar mi renuncia al MIR". Se explicaría el hecho

en un documento interno como una victoria contra el trotskismo. Creí que los ataques soterrados no avanzarían, dado, de un lado, mi trabajo arduo y disciplinado y el lugar político destacado legítimamente ganado. De otro, porque el Che Guevara, De la Puente, Héctor Cordero –simpatizante del Partido Comunista– y demás dirigentes conocían sobradamente mi origen político, en el MIR-Praxis de Argentina. Y, en lo político-ideológico, mi marxismo delimitado en ese entonces del estalinismo y del trotskismo.

Recién en los últimos meses de 1963 y comienzos de 1964, con la finalización de la formación militar en Cuba y el gradual retorno clandestino de los cuadros comprometidos, se intentó una apurada localización en las zonas campesinas escogidas para la implantación de los focos guerrilleros, concebidos como el punto de partida a desarrollarse de los frentes guerrilleros en el nuevo proyecto "más foquista".

No puedo dejar de señalar, porque éste es el lugar del texto para hacerlo, este hecho de "bandidismo" político en la izquierda y en la lucha revolucionaria. La acusación de "trotskista" es entendible en las tiendas estalinistas, porque los denominados comunistas cumplían a rajatabla con los mandatos de la burocracia contrarrevolucionaria del Kremlin. Pero lo dramático es que para quienes se reclamaban políticamente de otro origen, o vertiente, la acusación les servía "para todo". Es decir, para denostar o eliminar política y personalmente a sus adversarios. En mi caso, yo no era ni trotskizante en 1963. Recién –y después de un largo, complejo e intenso camino político– adherí, aunque críticamente, al trotskismo. Pero recién en 1973. Diez años después de la acusación con la que se pretendió eliminarme de la escena política. Felizmente, como es evidente, no lo lograron.

En La Habana, otra vez

Los campamentos y centros de formación de los futuros guerrilleros que se establecieron en Cuba entre los años 1959 y 1964, principalmente, tenían como aplicados alumnos a jóvenes de distintas nacionalidades. Se destacaban los latinoamericanos, entre ellos colombianos, venezolanos, peruanos, argentinos, paraguayos, bolivianos. Igual-

mente, en este lapso arribaron también de países centroamericanos y del Caribe. Todos éstos constatarían –marchas y campamentos de por medio– la presencia asimismo de otros de países africanos y hasta chinos.

Como los aprendices de revolucionarios casi ninguna relación tenían entre sí, por decisión de los comandantes encargados de la instrucción, no estaban en condiciones de evaluar políticamente este hecho. Como los vínculos y compromisos con la dirección cubana eran bilaterales, desconocían entonces la existencia de un plan maestro que comprendiera al conjunto. Es decir que toda la iniciativa la tenían Fidel, el Che y los comandantes. En el caso de los latinoamericanos sólo más adelante, y con muchas contradicciones y limitaciones, comprobarían la existencia de un proyecto concreto de revolución continental, que tomó forma empírica en la consigna de "uno, dos, tres Vietnam".

En el caso de Perú, Héctor Béjar ha hecho conocer todo lo relativo al vínculo que establecieron quienes después formaron el Ejército de Liberación Nacional (ELN) con la revolución cubana, y de cómo el ELN se formó en la isla, en octubre de 1962, integrado por no más de 40 miembros, de los que él destacó como su figura principal. Sus integrantes arribaron de tiendas políticas diferentes: algunos salidos críticamente del Partido Comunista peruano; otros, simpatizantes de la revolución cubana; y el núcleo mayor, compuesto por jóvenes que arribaron becados a estudiar a Cuba. Fueron convencidos por Fidel Castro en persona de abandonar los estudios ante el hecho cualitativo superior de "hacer" la revolución en Perú. Les dijo que, especificidades a respetar, la gesta victoriosa de los barbudos constituía el mejor ejemplo a seguir.

Sin embargo, la realidad de la revolución cubana y sus circunstancias concretas constituían el mejor testimonio: el grado de agresión norteamericana y el cerco y boicot beligerante que establecería sobre Cuba. Muchos estuvieron presentes en los episodios de Bahía Cochinos y en la crisis de los misiles. La revolución cubana tenía que defenderse con todos los medios apropiados a su alcance. Esto en lo nacional. Y, aunque no se formulara tan claramente, la idea de la "exportación" de la misma quedaba asociada, en primer lugar, a la concepción militar-estratégica de abrirle frentes de distracción al imperialismo para mejor ayudar a la defensa de la revolución cubana.

Incluso el Che Guevara, el que más lejos fue en la elaboración de los temas internacionalistas de la revolución, no pudo sentar claramente los lineamientos de una estrategia de la revolución latinoamericana, de sus alcances teóricos y prácticos. Y aunque lo hubiera podido o querido hacer, el obstáculo de la burocracia del Kremlin y los partidos comunistas que se oponían a esta internacionalización –acuerdos de Yalta y Potsdam mediante– constituían una barrera que resultó imposible sobrepasar.

Por lo expuesto, en la educación-formación predominaba lo "técnico", la formación militar más que política. Ser joven y sano, con un buen estado físico, capaz de soportar las marchas agobiantes y el ascenso al pico Turquino o la Sierra de los Órganos. Lograrlo, constituía el mayor desafío en este terreno. Esto, acompañado de los cursos sobre armamento, especialmente el de uso común de los ejércitos regulares; de comunicaciones y especialidades concretas, entre ellas de sanidad, para responder también a las enfermedades comunes en los medios físicos en los que se iba a operar.

Claro, existía la educación política. Pero, ¿cuál? Centrada alrededor del ejemplo y las enseñanzas que dejó cada episodio concreto de la revolución cubana. Pero los instructores, fuertemente militaristas, no estaban en condiciones de extraer las lecciones "más finas" de su propia revolución. Ni se imaginaban –aun en su buena fe al pedir que, globalmente, se la imitara– su especificidad. Y que, por lo tanto, no podía "ni calcarse ni copiarse".

En su esquema apriorístico, los comandantes instructores planteaban para los países, de realidades sociales diferentes, que la revolución empezaría con la implantación de focos guerrilleros. Y que éstos se desarrollarían, después de las tareas de propaganda en el campo escogido, progresivamente o a saltos. Pero que se desarrollarían necesariamente hasta devenir en un ejército revolucionario de liberación y teniendo a los campesinos como su fuerza principal.

Estas ideas, una vez más lo señalo, las discutimos críticamente en nuestro compromiso con el Che Guevara. Y éste, de buena o mala gana, las aceptó. Así, se hizo una importante digresión del "modelo" castrista en el caso peruano. Claro, hablo de 1960. Posteriormente, vendrían los capítulos de otra historia.

El tema de la formación política, que en mi concepto debería ser lo fundamental del aprendizaje, ameritaba una gran discusión que, por supuesto, no se hizo. Sí fui parte, pero por otro conducto, de una aproximación al tema. Y fue con el comandante Che Guevara en varias oportunidades y circunstancias. En las entrevistas realizadas con De la Puente, con Silvio Frondizi, con John William Cooke y otros. Si el Che quería comprometer a Silvio Frondizi y a Cooke, peronista de izquierda, en su proyecto, por el lugar y nivel político de éstos estaba obligado a dialogar. Hecho que le agradaba sobremanera porque sabía escuchar, más a las personas que respetaba.

En esos encuentros sí se habló de la especificidad de nuestros países y de sus diferentes realidades sociales y políticas. De nacionalismo, por el peronismo, y del estalinismo y el carácter de la URSS, tema que introdujo con fuerza Silvio Frondizi. El Che escuchaba. Pero tomaba la iniciativa planteándoles a sus escuchas que, con su "método", habían tomado el poder, estaban expropiando al capital y enfrentando beligerantemente al imperialismo norteamericano. Aceptaba las deformaciones y desvíos del "campo socialista". Pero afirmaba que en esos países se construía el socialismo, aunque no fuera el deseado. Del estalinismo conocía, en ese entonces, poco y casi nada. No era su problema y tema, como lo ha dicho Paco Taibo II en su libro. Receptivo e inteligente, tenía su propia concepción del carácter de la revolución cubana y del método insurreccional. Lo que después se ha criticado como una posición "reduccionista" de la revolución.

De otro lado, quienes fueron alumnos en esas escuelas o centros formativos conocían que recibirían la instrucción militar que los cubanos consideraban apropiada. Después, retornar con el mayor sigilo a sus países, empuñar las armas y entrar en acción, cuanto antes mejor. En el caso del ELN sus pocos miembros abandonaron la isla a comienzos de 1963, con escala acordada en Bolivia.

El plan no tenía complejidades: entrar a Perú con la dotación de armamento reunido, organizados siempre e iniciar la propaganda armada de la guerrilla en los frentes escogidos de antemano con los responsables cubanos. El comandante Pantoja, que moriría al lado del Che en 1967, en Bolivia, los despidió emocionado: "Ustedes son nuestros muchachos", les dijo. Y el comandante Guevara los visitó horas

antes de la partida para saludarlos y darles consejos. Y con su reconocido sarcasmo, ironizó: "¿Así que ustedes van a hacer la gran marcha?". Es que abrir un frente en zonas del departamento de Ayacucho y desplazar una columna para ir al encuentro de Hugo Blanco en el Cusco –una región de centenares de kilómetros– le supo al Che como una empresa "de novela". No obstante, coincidía con esto que olía a aventura. Les deseó suerte.

No he conocido documentos escritos que hayan abordado extensa y seriamente el papel del denominado bloque socialista y, principalmente, de los partidos comunistas latinoamericanos en lo concerniente a su oposición beligerante a los planes internacionalistas de los revolucionarios cubanos. Por ejemplo, los dirigentes del PC boliviano, citados a La Habana, quedaron comprometidos en tareas de apoyo logístico al grupo de Béjar. No es un secreto que el Che Guevara desconfiaba de estos partidos, aunque por particulares razones. No los consideraba fiables ni revolucionarios.

No es un hecho sin importancia señalar que la revolución cubana triunfó porque escapó al control del PC cubano, el que se sumó al proceso "para no perder el tren" recién cuando la derrota de Batista era inminente. Sin embargo, es probable que Guevara atenuara sus diferencias y críticas ante el hecho, para él inmenso, del apoyo material de la URSS y del "campo socialista" a Cuba. Mientras con los dirigentes mantenía una relación distante y formal, con cuadros y militantes de base intentaba establecer un vínculo directo. Tanto que muchos de ellos salieron del partido boliviano, o rompieron su organicidad y disciplina, como se comprobó con la adhesión de los hermanos Peredo y muchos otros, a la guerrilla de 1967, ya con el comandante Guevara en persona.

¿Cómo se concretaría la decisión de los dirigentes comunistas bolivianos de dar apoyo al ELN peruano, mientras estuvieran en el país? Hay enormes dudas sobre esto. Mientras miembros del ELN han reconocido que fueron magníficamente apoyados por cuadros y camaradas de base, no están tan seguros de la dirección. Es que por el plan inicial deberían ingresar rápidamente a Perú. Pero la dirección boliviana cambió el lugar de ingreso y, al hacerlo, se perdieron tres meses decisivos.

El ELN en Bolivia

La nueva zona escogida era totalmente desconocida para los insurgentes. Debieron, en la emergencia, tomar una decisión urgente pero ya por cuenta propia, al margen de la dirección del PC. Enviaron una patrulla de reconocimiento que logró ingresar incluso a la capital, aldeana, del departamento selvático Madre de Dios, pegado a Bolivia. A pesar de sus resguardos fueron detectados y delatados e inmediatamente reprimidos. En el breve y desigual enfrentamiento con una patrulla policial, cayó herido mortalmente el brillante y laureado joven poeta Javier Heraud, del sector que fue a Cuba becado; en su caso, para estudiar arte. Y Alain Elías, uno de los dirigentes, fue apresado muy mal herido. Esto obligó a los integrantes del grupo a dispersarse tácticamente.

Ante este primer y trágico fracaso se hizo imprescindible cambiar otra vez de plan, pero sólo entre el ELN y los cubanos que los asesoraban en la misma Bolivia, sin la presencia del PC, fuertemente cuestionado. Resolvieron ingresar a Perú directamente, uno a uno.

Lograron, a pesar de los obstáculos, reagruparse casi inmediatamente y ponerse en acción. Privilegiaron una zona del departamento de Ayacucho, en la sierra centro-sur del país, en la provincia de La Mar. Conocían que los campesinos que la habitaban, organizados en comunidades, tenían una tradición antigua de luchas. Por ser una zona alejada de los centros urbanos, los gamonales, que fueron atacados, quedaron aislados y otros huyeron por temor, creyendo que la fuerza guerrillera era grande. Por estas acciones, ganaron cierta autoridad entre los campesinos aledaños.

Al grupo que intentó tomar contacto con Hugo Blanco para darle apoyo, no le fue bien. Es que el líder campesino ya había sido reprimido y estaba preso. Además, la región estaba congestionada de policías y tropas del ejército. En ese año 1964, en una evaluación sobre el terreno, la guerrilla intentó consolidarse yendo más lejos que la propaganda armada. Quizá conquistar una pequeña zona "liberada". Decisión totalmente defensiva porque las reiteradas patrullas militares indicaban que el cerco se estrechaba sobre ellos. Así, perdieron capacidad de desplazamiento, acentuándose su aislamiento. A partir de

octubre de 1965, la guerrilla comienza a decaer, perdiendo definitivamente todo contacto con Ayacucho y Lima.

Pretendieron escapar de las patrullas y cerco militar, y refugiarse en otra zona, en el departamento vecino, Huancavelica. No lo lograron: el ejército los diezmó rápidamente. Mataron a todos los que cayeron en su trama. Finalmente, sólo escaparon Héctor Béjar y otro compañero. En apenas un año y meses, todo había concluido. Mientras la "revolución" no se enteró de su existencia entre los campesinos, éstos sí conocieron de la fiereza de la acción represiva militar y policial, que no distingue, conforme los manuales militares, entre beligerantes reales y la población no comprometida. "Daños colaterales", con el costo de vidas, prisioneros y torturados, hombres, mujeres y niños, siempre indefensos.

Lo descripto brevemente no pretende ser la historia de esta guerrilla frustrada. Y no aborda los problemas y lecciones que dejó este emprendimiento, donde lo destacado fue la pasión, el voluntarismo y heroicidad de los miembros del ELN.

Ahora, el MIR

Como lo dije antes, entre fines de 1963 y comienzos de 1964, retornan las decenas de compañeros miristas, cumplida su formación militar en la isla. Este hecho es determinante porque arribaban al país fuertemente comprometidos a iniciar la acción insurgente; y cuanto antes. Los responsables los ubicaron en determinados lugares aguardando órdenes porque aún no conocían el plan central de operaciones, concebido de apuro con los comandantes de la dirección cubana.

Estratégicamente, se pensó enfrentar la represión militar oponiéndole no uno sino varios frentes, aprovechando de las distancias y dificultades del terreno. Es decir, que el poder de fuego militar se diluyera. Así, los grupos guerrilleros ganaban tiempo para la necesaria propaganda armada, se implantaban y desarrollaban lo suficiente.

Se pensó que cinco grupos, de composición numérica variable, podrían entrar en acción. El principal, comandado por De la Puente, en Mesa Pelada, en Cusco, casi en la misma región donde antes de

caer preso actuó Hugo Blanco. En la sierra central actuarían las brigadas lideradas por Guillermo Lobatón y Máximo Velando. Otra más al sur, encabezadas por los cuadros Alvarado y Aguirre. Y el del norte del país, con la dirección de Gonzalo Fernández.

En lo operativo, a los frentes se les otorgó cierto grado de autonomía pero sólo en cuestiones tácticas, no así en lo considerado estratégico. Por ejemplo, la fecha y condiciones del inicio de las acciones armadas ofensivas. Se descentralizó la economía con un reparto acordado previamente.

Con el cambio del proyecto de 1960, lo estrictamente militar predominó claramente sobre lo político, cuyo eje había sido la construcción y desarrollo del MIR en tanto partido revolucionario, con influencia nacional. Por este cambio a Lima, la capital y centro de la vida política y de la lucha de clases, apenas se le asignó tareas secundarias, de propaganda limitada y de formación y reclutamiento de futuros adherentes y contactos. Eso sí, lo presumible: las mínimas tareas de coordinación y de desplazamientos indispensables. Más claro: ni la fuerza, poder y organización necesarias para realizar las complejas acciones directas de apoyo.

Por esta concepción, el frente del Cusco y De la Puente quedarían encargados de la centralización nacional, militar y, sobre todo, política. En la práctica esto resultó inviable. ¿Cómo, desde el campo alejado y aislado, se haría el seguimiento a las tareas acordadas? ¿Cómo comprobar seriamente que la implantación en los otros frentes tuviera un desarrollo en el mismo nivel? ¿Cómo, con las enormes limitaciones técnicas y logísticas, el centro podía comunicarse razonablemente con frentes situados a 300, 400 o 500 kilómetros de distancia, cordilleras de por medio?

Debido a este fracaso en la centralización, Máximo Velando –que desconocía la directiva de no entrar todavía en acción– realizó acciones distractivas y de propaganda armada abiertas, lo que trajo inmediatamente la represión, todavía policial. En su apoyo, va Guillermo Lobatón. Aprovechando que aún no existía presencia de columnas del ejército, es dueño total de la iniciativa en un corto tiempo. Decidido, captura un pequeño centro minero, vuela un puente distrital, toma una hacienda obligando a sus dueños a huir, y derrota en el pueblo Yahuarina a 60

efectivos policiales. Consigue desplazarse con éxito de un lugar a otro, en distancias cortas, para no quedar como blanco sedentario de las fuerzas militares que sabía se harían ahora sí presentes.

De esta forma Lobatón ganó cierta influencia local y algo de tiempo. Cuando interviene el ejército, reemplazando a la policía menos preparada para enfrentar hechos de esta envergadura, trata de burlar los cercos que le tienden. Lo logra a veces apelando a su movilidad y gestos audaces. Pero en enero de 1966 es hecho prisionero e inmediatamente asesinado por sus captores. Un poco antes, habían sido capturados vivos, e igualmente asesinados en el terreno, Máximo Velando y Luis de la Puente. Éste casi sin haber tenido la oportunidad de entrar en combate cayó en octubre de 1965.

Como ocurriera con la guerrilla del ELN, la del MIR quedó liquidada en apenas año y meses. Conforme a lo que aconsejan los manuales del ejército norteamericano, que los militares latinoamericanos estudiaban aplicadamente en Panamá, ningún guerrillero debía quedar vivo. Nada de prisioneros ni de aplicación de las normativas de la Convención de Ginebra. Los campesinos sospechados de ayudar o de apoyar a los insurgentes seguirían la misma suerte, "muertos en combate". Y para las aldeas y comunidades campesinas consideradas sospechosas, primero alguna matanza selectiva y después su arrasamiento a sangre y fuego. En los "partes de guerra" se consignarían estas bajas como en la frase cínica impuesta por los yanquis en Irak de "daños colaterales".

He dicho que en este texto no pretendo realizar un balance de hechos trascendentes que merecen una indagación histórica pormenorizada. Mejor si realizado por los actores directos sobrevivientes. Sólo recuerdo las líneas generales de un proyecto concebido en 1960 y que quedó en el camino sin la realización proyectada. Al que le siguió, su sustituto de emergencia, lo caracterizo como "puramente foquista", con los dramáticos y trágicos resultados que consigno.

Ante esto, me permito una rápida reflexión: en un país como el Perú, social y geográficamente favorable para el desarrollo de movimientos guerrilleros, con el antecedente de montoneras y grupos de guerrillas en los Andes, de un campesinado indígena con extraordinaria historia de luchas y organización, con una geografía altamente

favorable en su diversidad, los focos guerrilleros precariamente implantados en el campo, no pudieron hacer pie y, por tanto, sobrevivir siquiera un tiempo razonable.

Así, esta experiencia foquista-guerrillera no pasó la "prueba de la vida". Es decir, de la realidad, que es terca cuando no es tomada en cuenta como corresponde hacerlo, con seriedad. Y esto, a pesar del enorme voluntarismo idealista y la heroicidad, a veces sin límites, de cuantos actuaron en estos procesos como combatientes directos unos y apoyaturas solidarias, otros.

Hugo Blanco y la insurrección campesina

Antes de los intentos guerrilleros del ELN y del MIR, se venía desarrollando un movimiento campesino rebelde en el departamento de Cusco, al sur del país, principalmente en las provincias de La Convención y Lares. La primera es una región de "ceja de selva". Y Lares, un valle geográficamente similar.

En Perú, las rebeldías campesinas son un hecho frecuente, asumiendo incluso formas radicalizadas y violentas sus luchas. Por ejemplo, en 1950 y comienzos de la década del 60, se produjeron oleadas de ellas, especialmente en la sierra central del país, en los departamentos de Junín y Cerro de Pasco, de lo que da cuenta, en su novela *Redoble por Rancas*, el escritor Manuel Scorza.

Asimismo, una pléyade de investigadores se ha especializado en el tratamiento de los problemas agrarios y del campesinado indígena. Se ha plasmado esta inquietud en libros, ensayos y tesis universitarias, abordando la complejidad y globalidad del problema; y hasta de determinadas regiones y localidades del país. Ésta viene desde José Carlos Mariátegui, Luis Varcárcel y otros que, a pesar del atraso estadístico de la época en que vivieron y actuaron, fueron los adalides culturales y políticos de la denuncia contra el gamonalismo y el latifundismo atrasado en el país. En sus *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*, Mariátegui –considerado el fundador del marxismo latinoamericano– planteó que el problema indígena era ante todo agrario-campesino, y no sólo racial.

Hasta la reforma agraria, decretada por el gobierno militar del general Velasco Alvarado en 1969, la oligarquía terrateniente era la clase social dominante en el campo. Muy al pasar señalo las consecuencias del desarrollo desigual capitalista en un país con regiones geográficas tan marcadas y diferentes. De ahí que el hacendado de la región de la Costa, pegada al Pacífico, aparezca como "moderno", no sólo porque produce para la exportación sino porque lo hace preferentemente a través de trabajadores asalariados. Así, en sus valles más importantes, se formaron concentraciones obreras. Ya he indicado que el Apra tempranamente ganó influencia y adeptos en estas zonas, a través de la formación de sindicatos agrícolas en las principales haciendas, sea del cultivo de la caña de azúcar o de algodón.

Sin embargo, las regiones de la sierra atravesadas por ramales de la Cordillera de los Andes tienen una configuración con diferencias notables entre ellas. No sólo por lo que determina su particular geografía, en alturas donde incluso se cultiva arriba de los tres mil metros. Aquí, lo que predominó fue el latifundio-gamonalismo-atrasado. La historia particular del gamonalismo viene desde muy lejos, con la dominación española que tuvo su asiento principal en la explotación del campo. Hugo Blanco dice, en uno de sus relatos, que esta explotación-dominación colonial se hizo primero a través de las encomiendas y repartimientos y luego en las haciendas asentadas en las mejores tierras de cultivo.

En los años en que actuó Hugo Blanco, el gamonalismo seguía siendo la combinación entre servidumbre y poder local. Éstos basaban su poder en la explotación de la fuerza de trabajo de sus colonos, en su diversa estratificación hacia abajo. Y la ampliaban a través de su influencia sobre las autoridades, sean prefectos, alcaldes y demás funcionarios locales. Obviamente, también al resto de localidades andinas de su periferia inmediata.

En el Cusco, el denominado "colonato servil" consistía en que el dueño de la hacienda daba a los campesinos parcelas de sus tierras para que éstos las trabajaran, pagando diversos tributos. Además de entregar una parte de sus cosechas los campesinos laboraban gratuitamente en los cultivos de la hacienda durante tres o cuatro días a la semana; o mensualmente doce o más días continuados. Asimis-

mo, con otros vínculos, abiertamente serviles, en la forma de "pongo" (servicio doméstico), "propios", "fana", "yerbaje", etcétera.

Cuando el joven Hugo Blanco Galdós retorna al Cusco después de una corta estadía en la Argentina, adonde fue a estudiar una carrera universitaria, se encuentra con una ciudad atravesada por una gran tensión social y política. Con fama de ser la ciudad más tirada a la izquierda del país. En la Argentina fue ganado a la militancia trotskista por el Partido Obrero Revolucionario (POR), afiliado a la corriente "morenista" del movimiento internacional trotskista. Blanco consideró innecesario proseguir sus estudios al creer más valiosa para él su nueva experiencia como obrero en un frigorífico de la carne.

Así, fuertemente comprometido por su filiación socialista revolucionaria, retorna al Perú a tratar de llevar a la práctica sus ideales revolucionarios. Hombre motivado por los problemas del campesinado, no se queda en Lima, alrededor de los obreros y sectores de la población oprimidos.

Lo espera su ciudad natal, Cusco. ¿Cómo comenzar a insertarse entre los trabajadores? Empieza formando un pequeño sindicato de canillitas repartidores de diarios y se integra como su dirigente a la Federación de Trabajadores del Cusco. En este medio sindical, traba una estrecha relación con representantes de sindicatos campesinos. Comprueba que éstos acataban las decisiones de los abogados y cuadros políticos del Partido Comunista quienes, con su posición conciliadora, actuaban como intermediarios de las instituciones del Estado (totalmente al servicio de los latifundistas) y los campesinos pobres y sin tierras. Además, la Federación estaba bajo el total control burocrático de los representantes del estalinismo local.

Hugo Blanco contaba con la enorme ventaja de que hablaba quechua, el idioma madre de los campesinos de la región, lo que le confirió ante éstos un estatus privilegiado y diferente. Campesinos siempre mal tratados y engañados por sus abogados, mistis, no quechuahablantes. El segundo paso importante que da el fallido estudiante universitario es su iniciativa de estructurarse en el campo. Es decir, una decisión casi impensada en la militancia de tradición obrerista, del conjunto de la izquierda y no sólo del movimiento trotskista.

Se apoya en sus contactos y amigos campesinos y se va a Huadquiña, la hacienda del gamonal más déspota, Romainville, en la condición de "allegado". Es decir, trabajando para un "arrendire". Desde ésta, su base social, comienza a impulsar la lucha por la formación de sindicatos campesinos y la recuperación de otros, influidos por el Partido Comunista. Va ganando así una enorme influencia personal, que vierte en la formación y promoción de nuevos dirigentes que lo acompañarán en todo el curso de las luchas reivindicativas de la región.

La consigna central propagandista y, a la vez, organizadora, es "tierra para quien la trabaja". Logra que los campesinos, a pesar del grado diferente de opresión, se movilicen contra los gamonales y contra las autoridades locales, entre ellas las dotaciones policiales. Al radicalizarse el movimiento, naturalmente es asumida la consigna de reforma agraria. Ésta empezó, en los hechos, con la invasión y toma de tierras y su distribución apelando a mecanismos democráticos-asamblearios.

El movimiento que abarcaba a los dos valles –La Convención y Lares– consigue ganar la adhesión de decenas de miles de campesinos ansiosos de poseer una parcela de tierra. De esta forma, empieza primero como rebelión y después como un proceso revolucionario regional, en el que la acción directa lleva a la autoorganización local y a la constitución de sindicatos radicalizados. Prendió fácilmente la consigna de creación de milicias para la defensa de los campesinos rebeldes aunque, por las circunstancias y el aislamiento político, todavía con pocas armas: las rudimentarias, reclutadas principalmente por los sindicatos, por su mayor nivel de politización.

Sin embargo, la rebelión-proceso revolucionario no tuvo tiempo suficiente para desarrollarse como una insurrección generalizada y tampoco en revolución de características regionales. No se debió sólo a la represión preventiva ejercida en esos momentos por el gobierno militar encabezado por el general Pérez Godoy, sino principalmente por las limitaciones que impone el atraso, con su expresión más directa, la diversidad socio-cultural. Se expresaron estas limitaciones en los problemas suscitados para generalizar la acción directa –la toma de tierras y el reparto–, en los de la autoorganización cuya modalidad requería tiempo para consolidarse. Y, quizá lo más importante, el retardo de la maduración política de la vanguardia, siempre sobrepasada por

las múltiples iniciativas y dinamismo de las bases campesinas. Esto, agravado por el aislamiento de las ciudades, ajenas al drama campesino.

Hugo Blanco, por su condición de cuadro avanzado de la izquierda socialista, tuvo en cuenta que un proceso de autorreforma agraria y de rebelión campesina, en las condiciones que impone el dominio capitalista atrasado peruano, requería el apoyo real de las ciudades, de los trabajadores y jóvenes sobre todo, y de las fuerzas de izquierda. Y mejor si podía contar con un agrupamiento partidario propio o de un movimiento político gravitante, como sí lo tuvo, por ejemplo, la revolución cubana.

Por eso, el proceso revolucionario regional gestado por el campesinado bajo su dirección apenas pudo contar con el apoyo del Partido Obrero Revolucionario (POR), pequeña organización a la que pertenecía. Sus dirigentes trataron de superar esta debilidad buscando una más amplia solidaridad política, creando el Frente de Izquierda Revolucionario (FIR), que tampoco cuajó. A Hugo Blanco sólo le quedaba como apoyo significativo pero lejano el de su organización internacional y el de la revolución cubana, que estuvo a punto de concretarse.

Por lo expuesto, en circunstancias en que el radicalismo de las movilizaciones campesinas, incluso en otros lugares del país, exigía un verdadero salto cualitativo –asumiendo formas políticas superiores, con su concreción en organismos de poder dual, local y regional, apoyados por milicias suficientemente dotadas de armas–, la violenta represión policial truncó el proceso.

Esta represión diezmó brutalmente la organización sindical, paralizó la masiva ocupación de tierras y desarticuló el movimiento. Hugo Blanco, la presa mayor, fue cercado por las patrullas policiales. Salvó su vida "milagrosamente", pero fue finalmente detenido y encarcelado.

Por la profundidad y alcance social e histórico de la gesta que encabezó en esos años, se constituyó en uno de los dirigentes más importantes de la izquierda peruana y del movimiento social latinoamericano. En un dirigente indigenista con acentos propios. En un revolucionario, que aun en el cuadro de las tremendas limitaciones de su accionar, intentó lúcidamente integrar las luchas campesinas a las de los trabajadores y capas oprimidas de las ciudades.

En el actual período de la lucha de clases, del intento de recolonización de nuestros países latinoamericanos por parte del imperialismo norteamericano, la resistencia y lucha de nuestros pueblos es cada día mayor. Y muchos, de todos los sectores y tiendas políticas, comprueban cómo integran este frente de resistencia activa los campesinos e indígenas pobres y sin tierras. Y no se trata sólo de constatar este hecho sino también de visualizar la emergencia de este sujeto social, antes olvidado, el campesinado. El problema agrario y el indígena son cuestiones desconocidas o insuficientemente abordadas en los cenáculos intelectuales y aun en las vanguardias políticas.

Las luchas y rebeldías campesinas que encabezó Hugo Blanco deben estudiarse seriamente. Por su especificidad, profundidad y dinámica es un antecesor del zapatismo del subcomandante Marcos, de la Confederación de Nacionalidades Indígenas de Ecuador (CONAIE), de los campesinos organizados de Paraguay, y aun del Movimiento Sin Tierra (MST) de Brasil. No afirmo que sean iguales, no podrían serlo por la diversidad y particularidades de nuestros países. Pero todos tienen un rasgo común: la lucha por la tierra, por la reforma agraria radical, por las reivindicaciones de las nacionalidades indígenas oprimidas.

Una necesaria reflexión provisional

Quienes han abordado el estudio y carácter de la revolución cubana –Castañeda, Sweezy, Anderson, Paco Taibo II, por citar sólo algunos– señalan en sus textos lo que denominan la "exportación" de aquélla en el continente. El testimonio de los que intervinimos –en diversos grados y momentos en este proyecto– ayuda también, con nuestros relatos, a la clarificación de los hechos y al conocimiento "desde dentro" de las contradicciones, limitaciones y complejidades del mismo. Así lo podrían atestiguar, entre otros, dirigentes y combatientes venezolanos, argentinos, peruanos, bolivianos, colombianos, uruguayos, chilenos, paraguayos, centroamericanos...

Sé que mi relato puede parecer unilateral porque se centra en experiencias ocurridas en Sudamérica, dejando de lado las muy importantes de otros continentes, de Centroamérica y aun del Caribe. Con el

agravante de que destaco, siempre muy al paso, lo que tiene que ver con mi experiencia personal, por el carácter autobiográfico de este texto.

Es evidente que Fidel Castro, el Che Guevara, jefes y comandantes de su entorno, estaban decididamente comprometidos en esta "exportación". Se podría discutir si bajaba a tierra una orientación estratégica perfectamente elaborada o si trasuntaba vigorosos elementos de improvisación o empirismo. O si se estaba construyendo al andar.

En el caso peruano, entre 1960 y 1965, a través de las intervenciones directas del Che Guevara y Fidel Castro –más del primero que del segundo– de apoyo al ELN y al MIR, hay una constatación de este proyecto o estrategia. A las dos organizaciones les pidieron establecer una relación de colaboración y apoyo con Hugo Blanco y el movimiento campesino que dirigía. ¿Por qué si lo de Hugo Blanco, por su origen y naturaleza social y política, poco tenía que ver con las concepciones foquistas-guerrilleras?

Si lo planteo dudando y preguntando, desde mi intervención y experiencia personal, se debe a que los dirigentes cubanos, cuando comprometían a grupos o personalidades que asomaban a la isla en busca de apoyo, nunca pusieron como condición de este apoyo la suscripción expresa a un plan estratégico continental. Ideas generales y nada más. Había que "hacer la revolución" en cada país. Obviamente, el "centro" internacional era Cuba, aportante inicialmente de los medios técnicos y materiales más significativos. Pero nada parecido a los métodos de las "internacionales", sea la Primera, Segunda, Tercera o Cuarta. Nada de destacar los antecedentes históricos, evaluar previamente las más importantes revoluciones del pasado. Nada de teoría y de programas entendidos como la comprensión consciente de la historia y, en ella, de sus procesos políticos y revolucionarios.

Es comprensible que a los dirigentes de la revolución cubana, debido a su origen de clase y condiciones excepcionales que posibilitaron su triunfo revolucionario y el intento de construir una sociedad socialista en la isla, no se les podía pedir y menos exigir que se colocaran en el cuadro de las tradiciones del socialismo y el marxismo revolucionarios. Los que pedíamos su apoyo tampoco les complicábamos la vida con estos interrogantes. Creo que para todos bastaba su ejemplo. Habían ganado la batalla al imperialismo, lo habían confiscado

y trataban de ir más lejos de su propio proyecto inicial. ¿Por qué entonces pedir más si habían encabezado a su pueblo, "producido" una revolución?

No obstante, a través del caso peruano que destaco se encuentran las huellas de este proyecto estratégico, por lo menos en ciernes. Se citaba a Cuba a los dirigentes comunistas a los que se les pedía se sumaran o colaboraran con la "exportación" en cada uno de sus países. Claro, los dirigentes estalinistas tenían la orden de Moscú de no sumarse y sí de apoyar en hechos concretos si lo creían conveniente. Esta diferencia se nota claramente entre la posición del PC argentino, completamente hostil a la revolución cubana, y otros como el PC boliviano, que se metió en una fenomenal crisis interna y que terminó mal apoyando, como se constató en las traiciones a los compromisos asumidos para la guerrilla del Che Guevara, como éste relata en su *Diario.*

Se conoció oportunamente que a Bolivia la querían no sólo como apoyatura de los movimientos que se gestaron en los países vecinos –incluido el MIR chileno– sino, fundamentalmente, para el asiento y desarrollo de la guerrilla "estratégica" del Che en 1966. Integrante de este plan o proyecto fue el intento del argentino Ricardo Masetti –comandante "Segundo"– que no pudo implantar un foco en las sierras salteñas, en 1962. Aquí, los desplazamientos secretos de los comandantes cubanos y cuadros de la total confianza del Che fueron determinantes.

Cabe señalar que los hechos y situaciones no se presentaban tan subordinadas como la dirección cubana comprometida lo quería. (No toda la dirección estaba metida en esto; y me consta que la gente del PC cubano realizaba una vigilancia estrecha de estas iniciativas). Ya recordé antes que el Che, Fidel y otros no eran partidarios de armar discusiones que pusieran en cuestionamiento sus iniciativas y planteamientos. La discusión con De la Puente, intensa pero breve, fue una novedad. He tratado de explicarla porque el Che tenía dudas de si Perú podría convertirse en el gran escenario de la segunda revolución continental. Creo que por eso cedió a nuestras iniciativas, inicialmente y en esos momentos.

Les preocupaba a los cubanos las desinteligencias y hostilidad política entre militantes y grupos de un mismo país que se estaban formando militarmente en Cuba. Mejor si lograban que se unificaran antes de su partida. Así lo intentaron hacer entre el MIR y el ELN

peruanos. Algunos comandantes se encargaron de la tarea, entre ellos el comandante Escalona, que combatió con el Che en su columna, y hombre de su total confianza.

Se realizaron varias reuniones, todas fracasadas. En 1962, el sector de Héctor Béjar se definía marxista revolucionario, pero adepto sin fisuras a las guerrillas a partir del foco. Béjar ha escrito que los planteamientos sustentados por Regis Debray en su libro *Revolución en la revolución* –que en su concepto sintetizaban las ideas-eje de los revolucionarios cubanos–, constituían su "biblia".

Los miristas estaban retrasados en definiciones teórico-políticas. Muchos de ellos se reclamaban, todavía, apristas de izquierda y conservaban el viejo rechazo del Apra a los comunistas. No obstante, habían avanzado ante el hecho de la declaración como socialista de la revolución cubana. Pero ponían en el centro de las diferencias el hecho de que Béjar, Alain Elías y otros, provenían de las filas del Partido Comunista. Y, lo peor, que no constituían un partido, como sostenían lo era el MIR, y que no tenían existencia ni arraigo nacional en Perú, como sí ellos.

Se hizo un último esfuerzo, una reunión final, realizada en el hotel Habana Libre en diciembre de 1962, ya con la presencia decisiva de Luis de la Puente. Éste ratificó las posiciones asumidas por sus lugartenientes y se hizo fuerte en la idea de que el ELN no era un partido político. Agregó que, además de sus bases y frentes en el país, el MIR tenía existencia internacional a través de puntos de apoyo importantes en Francia, Chile, Argentina y Brasil. Y que contaba con la simpatía de los dirigentes argelinos y chinos. Ante esto, lo que correspondía –dijo– era que los militantes del ELN se integraran como individualidades al MIR.

Béjar planteó una solución alternativa: formar un amplio frente que comprenda al MIR, al ELN, a disidentes del PC, a Hugo Blanco, y a quienes tuvieran un compromiso revolucionario. De la Puente disintió una vez más. Afirmó que sobre Hugo Blanco tenía discrepancias con los compañeros cubanos; que estaban equivocados en su apreciación de la fuerza del movimiento campesino que Blanco lideraba, al que consideraba de poca significación y alcances.

Pero Hugo Blanco era una figura muy apreciada en la isla. En esos momentos se pasaba por televisión la telenovela *Indio*, en la que

se aludía favorablemente al movimiento campesino cusqueño. Gozaba entonces del respeto de la dirección cubana. De la Puente no pudo neutralizar esta simpatía con la cinta grabada, que llevó a Cuba, de su encuentro con Hugo Blanco donde, supuestamente, aceptaba el liderazgo del dirigente mirista.

Por tanto, no hubo acuerdo. Los comandantes, ante esto, apoyaron la formación del ELN. Escalona les dijo a sus miembros: "Son ustedes nuestros muchachos". Les pidieron que no dijeran al MIR del apoyo concreto que estaban recibiendo y de la apuesta de los cubanos a esta rama de "foquistas puros". Fidel y el Che los despidieron con gran formalidad momentos antes de su partida a Bolivia, como he relatado antes. Iban con todo el apoyo material y logístico planeado. Les desearon suerte, y mucha.

Mientras esto ocurría en Cuba, Hugo Blanco, en el pico más alto de las luchas campesinas radicalizadas enfrentaba la necesidad del salto cualitativo en su proyecto. El avance en la autoorganización campesina y de la sindicalización revolucionaria, requería convertir en poder dual las acciones de rebeldía, pasando de ésta a la plena insurrección. Es decir, el salto político que exigía contar cuanto antes con armamento adecuado para enfrentar con éxito a los gamonales, a las brigadas policiales y del ejército. O sea, al gobierno.

Nahuel Moreno –el máximo dirigente de su corriente– y el Secretariado Latinoamericano del Trotskismo Ortodoxo –SLATO– opinaron que la gesta encabezada por Hugo Blanco merecía, por su trascendencia, ser apoyada urgentemente. Considerando la gran influencia de la revolución cubana, y conocedores de su proyecto en nuestros países, el SLATO realizó dos movimientos. De un lado, el envío a Cuba de un grupo de compañeros argentinos encabezados por uno de sus principales dirigentes, el "vasco" Ángel Bengochea. Su mandato: convencer a la dirección cubana de dar apoyo urgente a Hugo Blanco, con hombres y armas.

De otro lado, proponerles la coordinación de los dos proyectos. El propio del SLATO y el de Cuba. Pero Bengochea fue rápidamente convencido por el Che de apoyar a la guerrilla de Masetti y de formar un grupo disidente del SLATO que se sumara al proyecto cubano global. Bengochea, para viabilizar el acuerdo, rompió con Palabra Obrera, su organización "madre" argentina.

A la vez, el SLATO destacó al Perú a cuadros de su confianza, entre ellos al Che Pereyra, a Martorell y a Eduardo Kreuss. Éstos convencieron al pequeño POR peruano de que no se podía esperar más tiempo ante el real peligro por el aislamiento y, sobre todo, por la represión a Hugo Blanco y su movimiento. Resolvieron entonces buscar dinero para comprar las armas que se requerían. Un par de asaltos a bancos sería el camino escogido. El primero fue exitoso. Y el segundo –al Banco de Crédito de Miraflores–, "técnicamente", también. Pero incidentalmente fueron reconocidos y denunciados. El núcleo principal logró huir al Cusco, pero en esa ciudad fueron reprimidos. El Che Pereyra fue apresado en un enfrentamiento ocasional, y todo el POR fue perseguido y diezmado.

Si consideramos la concepción guevarista de guerra de guerrillas a partir del foco, hay que distinguirla de la maoísta de guerra campesina. Por múltiples razones no se puede, por lo tanto, forzar una comparación. Las especificidades del proceso chino y cubano son notables. Esto es suficiente para constatar que la revolución china fue irrepetible. Por otra parte, la idea de repetir acríticamente el ejemplo de la revolución cubana fue sometida a la "prueba de la vida", de la lucha de clases, en Perú y América Latina. "Ni calco ni copia", insistía José Carlos Mariátegui. El ejemplo peruano es por ello un componente del necesario balance del castro-guevarismo, que por decenas de años capturó la imaginación y la voluntad revolucionaria de una generación comprometida con el cambio social y el socialismo.

Las guerrillas peruanas tienen la negatividad de su frustración temprana, de su prematura derrota. Por este hecho, y las particularidades evidentes, no son comparables, por ejemplo, con los procesos nicaragüenses o salvadoreño; y menos todavía con el colombiano actual.

El movimiento campesino que encabezó Hugo Blanco tiene otra proyección, no tanto porque sus antecesores sean lejanos en el tiempo. Su trascendencia está en que siendo Perú un país capitalista atrasado y andino, el peso del problema agrario-campesino –y, en él, de la minoría indígena– es gravitante en la vida social y política del país.

Conscientemente, Hugo Blanco reinstaló este tema con su intento de insurrección campesina regional. Más aun cuando las luchas en el campo en algunos de nuestros países provocan la insurgencia de los campesinos pobres y sin tierras, un sujeto social hasta ahora olvidado.

Hugo Blanco y sus compañeros, por lo que intentaron realizar, siguen la huella dejada por el amauta peruano. Ya en 1930 Mariátegui afirmaba que el problema indígena debería tener una solución social, o sea política. Y que su realización debía estar en gran medida en manos de los campesinos mismos, invitándolos con esta afirmación a tomar conciencia de su drama y, por tanto, a actuar.

Es decir que, por primera vez, el problema indígena es planteado en términos sociales y económicos, identificado con el problema de la tierra y su tenencia. O sea que al problema indígena había que dejarlo de considerar abstractamente como problema étnico o moral para recrearlo constantemente.

Es en realidad el problema de la tierra, de quiénes son los propietarios de ella y de cómo la usufructúan. Y en el campo atrasado son, ante todo, los latifundistas, grandes y medianos, y el sistema que los protege. Debido a esto, en la formación orgánica de la burguesía, desde los inicios de la República, el peso de la propiedad "semifeudal" fue decisorio en la política y en el carácter de las instituciones del Estado.

Como Mariátegui, Hugo Blanco siempre tuvo en cuenta que, en tanto problema económico, social y político, la lucha por la tierra y demás conquistas democráticas de campesinos pobres e indígenas, su solución, sólo podrá lograrse a través de una revolución victoriosa de contenido socialista. Pero el "apuro" militarista de sus aliados peruanos contribuyó a la derrota del movimiento campesino cusqueño. No digo que decisivamente, porque Hugo Blanco afirmó que en el aislamiento estaba una de las causas principales de su derrota. Además, que si la rebelión campesina no devenía de regional en nacional, su frustración era un hecho. Y eso es lo que finalmente ocurrió.

Un avance de balance

La doble experiencia peruana –de las guerrillas partiendo de los focos, y el movimiento campesino regional encabezado por Hugo Blanco– deja importantes lecciones en el comportamiento de las clases y asimismo políticas, en toda su complejidad. Y también sobre métodos revolucionarios.

En la concepción castro-guevarista la situación política de un país no es gravitante. Es ciertamente mejor que una guerrilla se enfrente a un gobierno dictatorial o desprestigiado en alto grado; pero si lo hace contra un gobierno democrático surgido de elecciones, da casi lo mismo. Esta visión se puso a prueba en Perú, porque los focos guerrilleros, que operaron entre 1963 y 1966, lo hicieron contra el gobierno de la alianza formada entre los partidos Acción Popular y Demócrata Cristiano, encabezado por el arquitecto Fernando Belaúnde. Gobierno en el que, en sus inicios, la población tuvo expectativas de que sería reformista y más democrático y progresivo que los anteriores, de derecha y militares.

Estas ilusiones de las masas populares no impidieron evidentemente que los trabajadores y sectores oprimidos lucharan por sus reivindicaciones, aunque en su propio terreno, de movilizaciones, paros y huelgas; fortaleciendo así sus organismos, entre ellos, los sindicatos y partidos políticos. De ahí que las incipientes guerrillas les parecieron ajenas a sus costumbres, métodos y tradiciones de lucha. Esto y la falta de apoyo urbano significativo, contribuyó a su aislamiento, a pesar de la simpatía que entre los desposeídos provocan los gestos de rebeldía dirigidos contra sus opresores.

Las acciones desatadas por el ELN, el MIR y, sobre todo por Hugo Blanco, para asentarse y desarrollarse, requerían indudablemente del máximo apoyo de actos puntuales en las ciudades, y de una eficaz propaganda. De esta forma, con la idea guevarista de la no-necesidad de partidos políticos que ellos adoptaron, la iniciativa en la guerra de guerrillas fue, en el caso peruano como en otros países, sometida a prueba. Pero además, su "teoría de la revolución", su estrategia continental. Es igualmente importante la crítica a la existencia de una especie de "centro" internacional que planea por su cuenta y que trata de dirigir, sin tomar en cuenta la complejidad y especificidades nacionales. Este mecanismo o método, de vínculo entre el centro en Cuba y quienes acríticamente trataron de producir el "calco y copia", está pendiente de un balance serio y profundo, de ambos lados.

Lo mismo le corresponde a Hugo Blanco y a los responsables del SLATO, porque el movimiento campesino rebelde que él impulsó fue

tomado por la organización internacional a la que adhería como base de un proyecto que abarcaría varios países, el que tampoco logró una mínima concreción. Debemos recalcar que estas experiencias fallidas no constituyen simples anécdotas en la vida política latinoamericana. Hay que tomarlas como antecedentes necesarios de lo que será el largo, difícil y contradictorio camino a los que se verán sometidos los futuros intentos revolucionarios continentales.

¿Una nueva izquierda?

Después de mi traumática salida del MIR, ¿qué hacer?, me dije una y otra vez. Obviamente, todo menos aflojar, ni sentirse derrotado y tampoco escéptico. Había que tirar para adelante.

En esas circunstancias consideré que ya contaba con un importante y propio capital político. A mi experiencia argentina se sumaba la del Apra Rebelde-MIR, esta última como componente del proyecto de la dirección cubana de impulsar la revolución en el continente. Si tomamos en cuenta, además, lo que aprendí en Bolivia a través de su compleja lucha de clases y de su revolución inacabada, frustrada o traicionada, salvo que fuera yo un incapaz, todo lo reunido era sólido. Así lo creía. Esto se tradujo en que mis ideas, mensaje y planteamientos comenzaron a ser escuchados, a tener cierta audiencia.

Pero estaba obligado a avanzar en esferas no totalmente dominadas por mí. Por ejemplo, conocer la realidad peruana a fondo me era imposible. Pero sí "pescar" todo lo posible de ella. ¿El método? simple: lecturas apuradas y puntuales en mi nueva práctica política, cierto que alejada del inmediato compromiso insurreccional. Es decir, en el terreno mismo de los de abajo, de la amplia gama de los explotados y oprimidos. Sin descuidar el conocimiento y contacto con sus vanguardias sociales, políticas y culturales.

Para transitar por este nuevo curso de acción política me basé en lo fundamental de lo aprendido en el MIR-Praxis argentino y de las enseñanzas del maestro Silvio Frondizi. De su libro *La realidad argentina*, que conocía bien por haber participado en su redacción, hice muchas copias de uno de sus capítulos principales, el de la revolución

democrática-burguesa y la revolución socialista, convirtiéndolo en una herramienta útil para organizar la discusión con las personas y grupos con los que empezaba a ligarme.

Con el contenido de este capítulo mataba varios pájaros de un tiro. Por un lado, dar respuesta a los planteamientos castro-guevaristas. Pero, sobre todo, meterme en la problemática de la izquierda, que reunía identidades diversas, de acuerdo con sus orígenes y vivencias. No sólo de la tradición nacionalista de izquierda que desarrolló el Apra a través de sus planteamientos primigenios, fundacionales.

Y aunque en esos tiempos el pensamiento marxista, independiente y crítico de José Carlos Mariátegui no había sido retomado con la fuerza que posteriormente tuvo, su deslinde teórico y político con Haya de la Torre y el Apra alimentaba el marxismo variopinto de esos días. A ello se agrega que la disidencia entre Moscú y Pekín ponía a la orden del día la reflexión acerca de los alcances de la revolución de octubre y de su "termidor", el estalinismo. De forma distorsionada por los seguidores de Mao, ya que considerándose más a la izquierda o más revolucionarios que los "revisionistas" asumían apasionada y dogmáticamente la defensa de Stalin y de todas sus depredaciones políticas y criminales.

Igualmente, constaté que desde el ambiente universitario y en los medios intelectuales de izquierda asomaba un esbozo de pensamiento crítico. Todo esto en el contexto de un país económicamente atrasado en el que fracasaba el gobierno de la alianza entre los partidos Acción Popular y Demócrata Cristiano. Alianza que reivindicaba estar a la izquierda del partido aprista y en la que amplios sectores del pueblo y lo más destacado del progresismo burgués habían depositado, a través de su apoyo, grandes ilusiones. Y, en este escenario de la lucha de clases nacional, gravitaba con su ejemplo la revolución cubana. Y más a tierra, lo incierto del desenlace del movimiento guerrillero, del ELN y el MIR.

"El pan nuestro..."

Claro que no se puede actuar políticamente y con fuerte acento militantista si no se dispone de los medios económicos indispensables. En el MIR, a pesar de mi dedicación exclusiva, o sea a tiempo

completo, y de mi condición de miembro de la dirección nacional, nunca fui un "rentado" que cobrara un salario mensual. No por método o concepción organizativa en particular. Es que el sector de la dirigencia residente en Lima estaba compuesto por compañeros bien estructurados en la sociedad, percibiendo sus haberes en retribución de su trabajo. De ahí que tuve que seguir el ejemplo. Opté por un trabajo libre, el de vendedor de libros.

Formé una pequeña distribuidora, unipersonal, que titulé Editorial Impulso. Dedicado en los primeros momentos a la venta de textos de cultura general y de niños, que me fueron provistos por las editoriales Bracamonte en Lima y Chapire de Buenos Aires. Después, me especialicé en la venta de libros de medicina.

La decisión, pensada bien, permitió realizar mis iniciativas pautadas. Esto porque salí del MIR acompañado de un grupo de compañeros, entre ellos Beatriz Gamarra, Pedro Calenzani y Antonio Lobato. Este compañero, bastante mayor que yo, artesano calificado, con muchos contactos sociales y políticos en distritos populares y barriadas.

Fue a través de Antonio Lobato, residente en el populoso distrito de Rimac, que logré estrechar vínculos con trabajadores, gentes del pueblo. Algunos de ellos, estudiantes de las universidades tecnológica y de ingeniería. Me ayudaban a ampliar contactos que me permitían vender libros. Aunque con estas nuevas relaciones entablé discusiones de temas de interés común, porque la mayoría no tenía experiencia política anterior, un compromiso concreto.

Así, comenzando la discusión de la revolución democrático-burguesa y socialista, fuimos en común elevando la puntería de nuestra reflexión. Tanto, que después de un relativo corto tiempo –pero, eso sí, de muchas y constantes reuniones–, concluimos en la necesidad de explorar la posibilidad de dar vida a un agrupamiento revolucionario.

Con este logro inicial pude, audazmente, avanzar en sustentar el andamiaje de un proyecto político, sus bases primarias. Avancé también en otro terreno, más personal. En el MIR-Praxis de Argentina, Marcos Kaplan abordó en un texto, *El marxismo y los problemas de la vida cotidiana*, inquietudes de ese colectivo, o centro político, alrededor de cómo agrede o distorsiona el entorno social al grupo familiar, su condición humana.

Por estas inquietudes y razonamientos, incluido algún aporte de Freud, los "ortodoxos marxistas" del país del Plata nos motejaban despectivamente de "humanistas". Incorporé estos planteamientos como propios y creo que incluso los fui recreando a mi forma y estilo. Para vender libros o entablar discusiones, que comenzaban por hechos políticos y proseguían con los múltiples de la vida cotidiana, me vinculé no sólo con los interesados en lo primero sino, además, con el grupo hogareño de cada uno. Es decir, que al ingresar a sus hogares, donde era recibido con la generosa cordialidad de los "proles", ingresaba asimismo al mundo concreto en el que la despiadada opresión capitalista desintegra al grupo familiar.

Por ello, ofrecer libros constituía casi un pretexto. En estos núcleos humanos, carenciados económicamente y atrasados culturalmente, debía hallar un equilibrio, no siempre posible, entre mi oferta de ideas y mi interés por motivarme a fondo con el sentido del drama de sus vidas; fortalecer mi sensibilidad humana y social.

Como si se tratara de un estudio sociológico, aquí tenía la muestra brutal de lo que hace el capitalismo –atrasado y no atrasado– con el ser humano: ingresos deleznables, vivienda precaria, falta de oportunidades de trabajo, marginalidad y desarraigo casi totales, los temas de la salud y la educación; y en el centro de todo, el desprecio por los ancianos, niños y jóvenes. No estaba muy alejado de la verdad quien afirmó que en Perú "el animal más barato es el niño". Por el abandono presupuestario, pero especialmente por estar obligados a trabajar desde muy pequeños. Visto el problema con el esquema de la racionalidad económica empresarial, los niños y jóvenes son considerados –como los ancianos– "mercancía devaluada".

Manteniendo mi estatus de asesor político y de especie de consejero familiar de pobres, pude simultáneamente desarrollar iniciativas en otros sectores sociales, en esos momentos no exactamente obreros, en el de estudiantes universitarios y profesionales.

A través de la venta de libros de medicina visitaba asiduamente consultorios médicos privados, pero también hospitales de Lima. Aunque tuvieran interés los galenos no siempre metían la mano al bolsillo para comprar un texto. No me daba por vencido. Me ayudaba el hecho de haber sido vendedor de seguros de vida en Buenos Aires,

empleado en la compañía La Continental. Pero, apremiado por las necesidades personales, avancé "un kilo" en el don de la persuasión.

La mayoría de médicos no se sentían comprometidos políticamente, aunque "desposaran" algunas ideas. Se animaban a declarar su simpatía por el aprismo o el acciopopulismo, la minoría por el marxismo. Además, su limitada información política iba acompañada con una insuficiente cultura general. Creo que lo que expreso no es algo original porque en todas partes las disciplinas "más técnicas" les limitan su espectro cultural. En estas circunstancias debí apelar a mi ya desarrollada, y eficaz, capacidad de convencimiento para ganarme, aunque pequeña, una clientela fiel. A muchos de mis clientes les terminó "gustando" escucharme y hasta discutir conmigo. Inscribo como algo positivo en mi vida, el que algunos de mis clientes, con un lugar destacado en tanto profesionales, quedaran como amigos personales. Nadie crea que mis ingresos eran grandes. Nunca, en estos países nuestros, la venta personal de libros, en el cuadro de una feroz competencia "chica", hace emergentes económicos a los vendedores solitarios como yo. Además, porque regulaba mis ofertas a lo imprescindible del sustento diario. El lector ya conoce el porqué: mi interés eje estaba puesto en la actividad política sistemática.

En los predios de la Agraria

De relación en relación y de contacto en contacto, terminé yendo a los predios de la Universidad Agraria de La Molina, fundada para formar principalmente ingenieros agrónomos. Uno de los primeros contactos fue el ingeniero recién recibido Efraín Franco, integrante de una familia con pasado izquierdista pero de la matriz del Partido Comunista. Efraín pasaría a ser uno de mis amigos históricos. Se me abrieron las puertas y espacios para anudar vínculos con los estudiantes a través de las charlas de ocasión, con mi "método". No demoré en estrechar vínculos con otros profesores, especialmente sociólogos, de la recién formada Facultad de Sociología, un verdadero logro de la modernidad educativa, después de vencer sus mentores a la vieja y tradicional dirigencia de la institución.

A este núcleo o sector de profesores progresistas o de izquierda, pertenecía Edmundo Murrugarra, y entre el núcleo de alumnos por graduarse Manuel Cabieses, después también gran amigo, que con afabilidad y naturalidad me introdujo a su medio familiar. Por esto, su única hermana, Pastora, siguiendo las huellas de su hermano, se sintió siempre amiga, aun en nuestra larga estadía común en Buenos Aires.

Si no recuerdo mal, a Ricardo Letts lo conocí a través de Enrique Congrains, amigo asimismo, pero de nuestros encuentros en la Argentina. Enrique, a quien hallé después en calidad de editor en Colombia y Venezuela, debutó como escritor con su novela contestataria *Lima hora cero.*

Sin embargo, estos alumnos y profesores, que dialogaban políticamente entre sí, planteaban problemas de otro carácter, explicables por su condición profesional. Bien dotados y capaces, expresaban lo renovador y progresivo de esa universidad, antes elitista y conservadora, que con el tiempo y por el empuje de alumnos y maestros, había dejado atrás su pasado deviniendo, con las universidades de San Marcos, Ingeniería, La Católica, Cantuta y alguna otra, en lo más radical del medio universitario de Lima y del país.

MSP: Años después

Cuando me reuní con miembros de la dirección del Movimiento Social Progresista (MSP), en 1959, con la intención de comprometerlos en el proyecto continental de la revolución cubana, muy poco conocía de esta agrupación política. Pasaron varios años y esta vez –después de mi frustrada experiencia mirista– me acerqué a su local central pero con otro interés: conocer en directo por vía de sus principales expositores y seminarios lo más interesante de sus planteamientos.

Sus cuadros y dirigentes más destacados –muchos de ellos calificados profesionales e intelectuales– disintieron con el centrismo ecléctico de Acción Popular y con el caudillismo insoportable de su líder Fernando Belaúnde. Al situarse a su izquierda asumieron posiciones tipo radical-socialista; algo así como demócratas de izquierda. Y, por su crítica al sistema, socializantes en muchos sentidos. Es decir, que al

no ser parte de la tradición aprista, buscaban una orientación política, y un espacio propio, en el extremo del régimen burgués peruano.

Al pretender constituirse como movimiento, tomaban en cuenta la profunda estratificación del país, en el que las mayorías están constituidas por capas sociales no proletarias. Es decir, dirigían su prédica a los sectores medios y estratos de la juventud. Pero en los años de su fundación y consolidación –fines de 1950 y comienzos de 1960– estas capas populares, que emergían con fuerza en el proceso de la lucha democrática antidictatorial, fueron arrastradas por el Apra y Acción Popular, principalmente.

Se produjo entonces la figura de un MSP que cobijaba en sus filas a lo mejor de la representación de la cultura nacional, pero que no captaba la imaginación de las masas populares, que optaban por otras variantes políticas. Esta contradicción les creó un dilema que no pudieron resolver. Se presentaron a elecciones generales en 1962, creyendo que las calidades intelectuales de sus representantes serían un imán suficiente para ganar una mayoría de votantes. Les fue mal, ya que los votantes dejaron vacías sus urnas.

Al seguir frecuentando sus reuniones, ya de crisis, a través de mis intervenciones polémicas logré cierta audiencia entre los asistentes. Gané a mi prédica a jóvenes militantes, a estudiantes secundarios y universitarios y a uno que otro obrero y artesano. Siempre a través del método conocido: partir de la demo-burguesa y de la revolución socialista como base de crítica a los planteamientos y orientación política del MSP y del resto de las corrientes que se reclamaban del marxismo y socialismo, fueran los estalinistas "moscovitas" o "maoístas", o los seguidores del castrismo y del trotskismo.

El camino de un nuevo partido

Todo el año 1964 fue invertido en tareas de coordinación de los núcleos ya comprometidos en el proyecto de construcción de una nueva organización revolucionaria. Eran cuatro: el del Rimac, el social-progresista, el de La Agraria y el escindido del MIR. Se sucedieron reuniones de conocimiento común y de coordinación de tareas pun-

tuales. Nos dimos una dirección provisional, en realidad encargada de los mecanismos de coordinación. Efraín Franco, Ricardo Letts y Edmundo Murrugarra comenzaron a tener responsabilidades concretas.

Pero el desafío era enorme. Se requerían condiciones especiales, objetivas y subjetivas, y un grado alto de información y de reflexión teórico-política para que la intención grupal no deviniera una frustración anunciada, un salto en el vacío.

Ante tamaña exigencia, lo mejor sería no precipitarnos. Consideramos, en la emergencia, tomarnos el tiempo que fuera necesario para ir sentando las bases políticas, una especie de lucha por la teoría y el programa. En esto ayudaron los consejos oportunos de Aníbal Quijano, ya entonces –a pesar de su juventud– destacado sociólogo e historiador, con ganas de sumarse al proyecto. Y al final de todo, evaluar si se justificaba históricamente nuestro emprendimiento.

No obstante, la realidad política nos golpeó a fondo. El MIR anunciaba que, culminadas sus tareas de estructuración en el campo, se lanzaba a la lucha armada, insinuando incluso que lo hacía con un apoyo internacional más allá que el de Cuba, supuestamente de China Popular. Ante esto, el gobierno respondió con la supresión de las garantías individuales, con una represión selectiva en las ciudades y con la vigilancia y control de las organizaciones de izquierda y de sus más destacados cuadros y dirigentes.

Los nuevos hechos atacaban nuestro plan inicial y los tiempos pensados para su realización. ¿Qué hacer? Había que empezar por la correcta caracterización del proceso que se abría con la insurrección del MIR y del ELN. ¿Y si las guerrillas prendían? ¿Y si se abría una etapa de contenido revolucionario? Caracterizar por exceso y no por defecto. ¿Y si Cuba se metía a fondo? ¿Y si era cierto el apoyo de China Popular?

Todo nos encontraba a medio camino, tanto en el intento de homogenización teórica como en lo organizativo. Estábamos ante una verdadera encrucijada, o dilema. O proseguíamos, ya en condiciones desfavorables, nuestro proyecto estratégico; o audazmente, resolvíamos proclamar y fundar, de apuro, al agrupamiento que, por supuesto, no lo considerábamos aún partido político. Hicimos un urgente compendio de lo avanzado en la discusión común redactando, bajo

mi iniciativa, un documento que titulamos *Del fracaso belaundista a la revolución socialista: Tesis y Programa de Vanguardia Revolucionaria.*

No recuerdo bien si discutimos a fondo el nombre de nuestra organización. Tendríamos tiempo de cambiarlo en caso de ser necesario. El 30 de mayo de 1965, un mes después del inicio de las acciones militares del MIR, la fundamos en plena clandestinidad y en una modesta casa que nos proveyó Efraín Franco en la avenida Venezuela, entre Lima y Callao. Ahí, previo los informes respectivos y la ratificación de las Tesis y Programa, nos dimos un estatuto para reglar la marcha organizativa. Y fue elegida la dirección en la que, "naturalmente", por mi condición de mentor ideológico del grupo y de compañero "más maduro", fui reconocido como responsable principal y secretario general.

Casi una centena de compañeros encaraba el gran desafío. Lamentamos no contar con el tiempo que requeríamos para dar vida al proyecto, que audazmente considerábamos indispensable en la izquierda peruana. En esas circunstancias, todavía no afirmábamos que seríamos un componente fundamental del surgimiento de lo que algunos intelectuales marxistas denominaban "nueva izquierda".

¿Era un parto necesario? Pensábamos en la situación de la lucha de clases mundial y su reflejo sobre América Latina. Vigente la revolución cubana y su ejemplo, se abrían nuevas posibilidades políticas y revolucionarias, a lo que se sumaba en esos tiempos el radicalismo del maoísmo, muy fuerte en Perú. Pero lo principal en la caracterización de la situación nacional: el hecho del surgimiento de una etapa democrática, después del padecimiento que significó la brutal dictadura del general Odría, de ocho años de duración, y las dudas sobre su mantenimiento en las nuevas circunstancias.

De esta forma, esta etapa democrática nos brindaría oportunidades que estábamos dispuestos a aprovechar al máximo. Y, concretamente, se trataba de la emergencia de nuevos sujetos sociales, del campesinado pobre, del despertar de los obreros y estudiantes, del combate radical de los pobladores de las barriadas, que ya cercaban con su marginación a las ciudades costeñas. Y a este despertar social se agregaba el muy rico combate de un pequeño ejército de profesores, profesionales e intelectuales, que creyeron posible pensar el país, siguiendo las huellas del frustrado proyecto aprista y la puesta al día del amauta José

Carlos Mariátegui. No teníamos la capacidad de comprender, a priori, lo que aguardaba al colectivo de Vanguardia Revolucionaria. No sabíamos si los espacios democráticos retornarían. Pero tampoco de las perspectivas de la insurrección armada, que otros anunciaban.

Mis dudas. Legítimas

Al ser elegido cabeza principal de VR, mis responsabilidades fueron mayores en esta nueva fase. La anterior fue apenas promocional. Había que desplegar iniciativas audaces, ya que en ninguna parte resulta fácil sentar las bases teóricas y políticas de una organización que pretendía constituirse en "algo nuevo" en el espectro de la izquierda.

Así, los problemas y desafíos se presentaban como volcánicos. De mi lado, era de una audacia temeraria, porque considerba mi capital teórico-práctico insuficiente aunque fuera superior a mis compañeros de dirección y partido. ¿Por qué decenas y decenas de personas con calidades profesionales e intelectuales, trabajadores, estudiantes, mujeres y hombres, y algunos con experiencia política anterior, se lanzaban a la formación de la nueva herramienta política, arriesgando todo, la motricidad de sus vidas?

Creo que un principio de respuesta está en el carácter del momento histórico, en sus componentes internacional y nacional. Los miembros comprometidos en VR, con diferencias indudables entre ellos, nos situábamos en una posición de crítica y rechazo al sistema capitalista, desde nuestro "marxismo".

¿Pero era suficiente con declararnos sólo marxistas revolucionarios? Todo un desafío y una limitación para nuestros polémicos adversarios de la izquierda. Comprendíamos que la respuesta vendría naturalmente si teníamos éxito con la nueva herramienta que nacía.

Con el denominado nacionalismo de izquierda o revolucionario, la cuestión era más fácil. Porque José Carlos Mariátegui, a través de su polémica con Haya de la Torre y el aprismo, había sentado las bases para su comprensión y superación. Es decir, la cuestión nacional y del nacionalismo en los países económica y políticamente atrasados. De ahí nuestro fácil deslinde con el Apra y Acción Popular.

El problema mayor estaba en la necesaria delimitación con el socialismo histórico. Más sencillo con el socialismo reformista de la II Internacional, de poca implantación en América Latina. Más complejo y difícil con las vertientes del "otro" socialismo, del comunismo. Había que demostrar que los estalinistas del PC-Moscú no eran los continuadores o herederos de la revolución de octubre y, además, su condición de agentes políticos nativos de la burocracia contrarrevolucionaria.

Con los maoístas, la cuestión presentaba otros acentos. Su etapismo y frentepopulismo tenían como fuente a la revolución popular china. Las enseñanzas e ideas de Mao Tse-Tung calaban hondo en un país como el Perú, con el problema campesino y agrario pendiente de solución. Además, la ruptura con Moscú la realizaban "por izquierda".

El castro-guevarismo sí constituía un problema más actual y vigente. Aquí nuestras dudas eran explicables. Avanzamos en el deslinde con el método "foquista" y con la idea cubana del no-partido. No obstante, Cuba encabezaba todas las iniciativas prácticas en la lucha antiimperialista. Conocíamos de su proyecto continental, que en el Perú descansaba en las guerrillas foquistas del MIR y del ELN. De un pronóstico abierto.

Con el trotskismo fuimos cuidadosos. Para los estalinistas constituía un problema más policial que político. Y el resto de la izquierda, etapista y frentepopulista, prefería escaparle vergonzosamente al tema. En VR lo abordamos asumiendo el riesgo de ser acusados de trotskistas o trotskizantes.

Nos faltaba todavía más. Por ejemplo, un análisis y balance profundo del proceso histórico de la lucha de clases en los diversos países latinoamericanos y de las lecciones que dejaban algunas de sus revoluciones, entre ellas la mexicana y la boliviana. A este desafío no le temíamos, porque en nuestro colectivo partidario contábamos con capaces profesionales e intelectuales que podrían meterse a fondo en el conocimiento histórico, social, económico y político de los países latinoamericanos.

En el tema partido, poco avanzamos en las discusiones, tan poco que apenas lo rozamos críticamente. La izquierda marxista se reclamaba del legado leninista, teniendo su biblia en el *¿Qué hacer?* En esos

momentos no nos consideramos parte de esa tradición, pero más por déficit en el abordaje del problema que por decisión suficientemente pensada. De ahí que nuestro marxismo revolucionario constituía una definición abierta, sujeta a la prueba futura de la lucha de clases.

El problema de clase

Afirmaciones y dudas comprensibles de carácter teórico-político, que compartíamos los principales impulsores de VR. De mi lado, he reconocido que no tenía una experiencia significativa en la formación de organizaciones de tradición marxista-leninista, con su régimen interno basado en la concepción de centralismo democrático, aunque sí lecturas sobre el tema. Lo del Apra Rebelde-MIR constituía algo diferente, porque giró siempre alrededor del eje guerrillero-insurreccional; y que, a pesar de ser una organización partidaria, prevaleció en su desarrollo el compromiso de revolución inminente, que exigía otros métodos, ajenos a la metodología leninista.

Por tanto, estaba obligado a pensar más calculadamente mis decisiones. ¿Constituía un suficiente bagaje teórico-político lo acumulado hasta esos momentos? Acusaba, además, un importante déficit en el conocimiento de la realidad del país y de una aguda reflexión sobre su proceso histórico, indispensables para comprender el carácter de sus particularidades.

Sin embargo, algo significaba que, contando apenas con 40 años, mis compañeros reconocieran mi liderazgo, denominándome –con respeto y cariño– "el viejo". Pero yo seguía sumando interrogantes en otros aspectos, algunos explicables por mi larga ausencia del Perú, por el carácter de mi formación política en la Argentina y por ciertos rasgos de mi personalidad. Por ello, dudaba si realmente conocía apropiadamente este medio social y humano. Y, asimismo, a los compañeros con los que trabajaríamos y combatiríamos en común. Comprensible, porque veníamos de medios sociales y de grupos humanos y experiencias diferentes.

Pensé, en esas circunstancias, si ciertas características personales no podrían causarme problemas más adelante, cuando la lucha política refractara al interior de nuestra organización, algo previsible.

Dudaba si no constituía un hecho limitante la tendencia acusada a depositar excesiva confianza en las gentes. Es que, al conquistar la adhesión política de mis compañeros, la acompañaba simultáneamente, conforme a mi estilo, con gestos particularmente amistosos, ya que buscaba que estos vínculos fueran cordiales y fraternos. Creía que al tratar a las personas desde un punto de vista tan humano, existía el peligro de caer en el terreno del "amiguismo". Es decir, en una deformación innecesaria de la fraternidad y amistad.

Antonio Lobato y "sus muchachos" del Rimac, entre otros Armando Rodríguez, cordialmente me llenaban de advertencias. No deduzco que sólo por olfato político sino por una especie de instinto, que no me atrevo a denominarlo abusivamente, de clase. Criticaban mi falta de vigilancia "social" y excesiva tolerancia con quienes no debería tenerla. Opinaban que en la VR de sus orígenes existía un desequilibrio en favor de profesionales e intelectuales, muchos profesores universitarios que, por razones de medio, influían directa y decisivamente sobre estudiantes y dirigentes universitarios. Más claro: constataban un desbalance, porque el polo social obrero y de capas populares, aunque con avances indudables, recién se formaba.

Estos compañeros creyeron ser consecuentes con su caracterización al no votar en el congreso de fundación –y negarse a integrar la dirección– a candidatos que consideraron poco probados políticamente y demasiado "pequeño-burgueses". En las previas discusiones que tuvieron conmigo, centraron sus dudas –sobre todo– en Ricardo Letts y su entorno directo, por provenir de una familia burguesa, con un padre que explotaba a sus trabajadores en una importante hacienda del valle de Sayán. En esta hacienda, Ricardo fue administrador, recién graduado de ingeniero agrónomo. Asimismo, dirigente universitario desde una posición cristiana progresista. Y su compromiso político inicial lo realizó en el partido burgués Acción Popular, aunque rápidamente se colocó a su izquierda en una especie de nacionalismo radical. Cuando lo ganamos para el compromiso de VR, todavía era miembro de la dirección de ese partido y secretario general de Cooperación Popular, un organismo estatal de vínculo estrecho con los sectores populares más desprotegidos. Ricardo renunció a su cargo y al partido de gobierno en abril de 1965, por razones políticas fundadas.

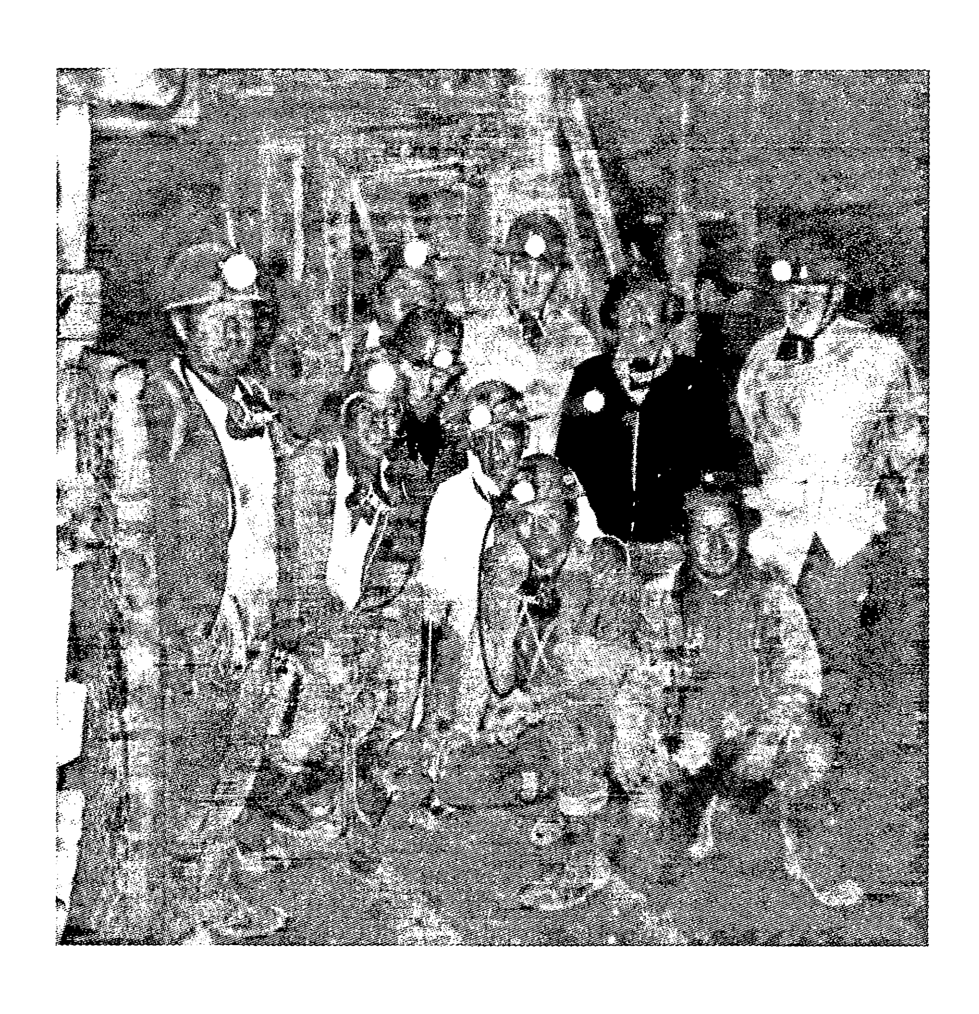
Se reclamó entonces marxista y se comprometió abierta y públicamente con el nuevo proyecto revolucionario.

Cuando lo conocí, me impresionó como un joven honesto, alrededor de diez años menor que yo, muy directo, de gestos afirmativos, de formas exuberantes. A sus críticos de ocasión esto les parecía un reflejo peligroso de su clase de origen. Una especie de "mandón" prematuro, aunque con fama de hábil organizador y de probada valentía personal.

Este planteamiento nos llevó a una reflexión común con sus cuestionadores. Fue fácil desechar el problema del origen de clase. Apelamos a los ejemplos históricos conocidos, guardando diferencias cualitativas entre ellos –Engels, Kautsky, Lenin, Fidel Castro, Che Guevara, De la Puente, en fin, muchos otros–. Recordamos que gentes de compromiso liberal-democrático, nacionalistas, cristianos de izquierda, evolucionaron asimilando los métodos materialistas de interpretación de la realidad y los acontecimientos históricos; y se consideraron marxistas. ¿Quién de nosotros podría proclamarse ya un marxista realizado? Si no habíamos participado o dirigido grandes acontecimientos de la lucha de clases, o revoluciones, o formado partidos con influencia de masas, por ejemplo, éramos apenas aprendices de marxistas. Si el colectivo militante de VR se comprometía con el contenido de su programa fundacional, con su orientación estratégica, en una militancia inteligente pero apasionada, era suficiente.

O sea que todos estábamos a prueba. En el largo, complejo y difícil camino de construcción de la herramienta partidaria y de querer "hacer la revolución socialista", bastaba con afirmar que debíamos pasar por el tamiz de la lucha de clases, la gran maestra de la vida política. A través de ella, y sus desafíos, teníamos la obligación de construirnos como los hombres nuevos, de la nueva sociedad, del otro mundo a crearse. Y, como lo demostraban los hechos históricos, cada uno debía hallar su lugar, conforme a sus capacidades y circunstancias. Cierto, para lograrlo, era fundamental aprender de esta misma historia: resulta más fácil iniciar o impulsar procesos revolucionarios que construir "la" dirección revolucionaria.

Es en este contexto que tomé en serio la advertencia de Antonio Lobato. Por eso me dije a mí mismo: "*Viejo* Napurí, atento, no bajes la guardia, pero sigue adelante a pesar de todos los desafíos". Así lo hice.



Ricardo Napurí en el interior de la mina Siglo XX, Bolivia
con delegados sindicales, 1982.

Capítulo IV

Vanguardia Revolucionaria



Ricardo Napurí y un grupo de compañeros al pie
del monumento al minero boliviano.

Vanguardia Revolucionaria: posiciones fundamentales

Los planteamientos de VR están abordados y resumidos en el documento fundacional. En lo que respecta al carácter de la economía y de la estructura social del país, nuestras definiciones eran coincidentes con las de los académicos y especialistas progresistas, que planteaban que dicha economía –por ser capitalista en un país atrasado, explotado y dominado por el imperialismo, además de presentar rasgos particulares– producía una estratificación social determinada. Lo escribimos en el documento *La economía peruana es capitalista atrasada y semicolonial; de desarrollo desigual y combinado*. Esta caracterización contenía elementos fuertemente polémicos. Por ejemplo, perfilar el carácter de la burguesía nativa como subordinada a –y dependiente de– las imposiciones del mercado mundial y, sobre todo, de los países centrales, imperialistas. Al así afirmarlo abríamos una controversia con los representantes de las fuerzas burguesas supuestas progresistas que devenían "amigos" de los imperialistas. Léase, en sus aliados y agentes económicos y políticos.

Aunque la controversia central se planteaba con las diversas ramas o variantes de la izquierda socialista y marxista. Los estalinistas –moscovitas o maoístas– negaban la realidad del país porque ésta rechazaba su afirmación fetichista y dogmática de que la economía de los países latinoamericanos era precapitalista, semifeudal. Es que en esta caracterización basaban toda su política y toda su concepción revolucionaria.

La concepción etapista del proceso histórico y del carácter democrático-burgués de la revolución –con el matiz de "nuevo tipo", tomado

de Mao–, la fundamentaban en la necesidad de primero liquidar a los remanentes feudales, la oligarquía conservadora nativa, a la vez que enfrentaban –claro que inconsecuentemente– al imperialismo opresor. Es conocido ampliamente que quienes no aceptaban este esquema arbitrario quedaban motejados de trotskistas. Y en la fiereza represiva impuesta por la burocracia reaccionaria de Moscú, también la acusación de agentes políticos, policiales y socios del poder de turno y del amo extranjero.

Y no es sólo el etapismo codificado de los procesos sociales. En él se basa la concepción del rol progresivo y aun revolucionario de la burguesía "nacional" que, para sus apologistas, impulsaría las tareas democráticas, sociales, nacionales y antimperialistas de la nación oprimida. Al ser éste el rol histórico de la burguesía "nacional", el proletariado y las capas aliadas, sus organizaciones sociales y políticas, están obligadas a apoyar a las fuerzas burguesas progresivas y revolucionarias. Es decir, ya no sólo es el carácter burgués de la revolución antimperialista sino la naturaleza de la herramienta liberadora, a través de la alianza o frente de clase. En los hechos, dirigidos por los representantes políticos de la burguesía. De esta forma, la colaboración de clases y los frentes populares surgieron como las variantes "de izquierda" de esta política entreguista.

Vanguardia Revolucionaria: marxistas revolucionarios

Por estos planteamientos, para los estalinistas en sus dos vertientes y para otros grupos de izquierda –que en este tema coincidía con ellos–, nuestras afirmaciones eran de cuño trotskista. Por tanto, VR sería acusada y sancionada como tal en la –a veces– cruenta lucha política.

En la nota introductoria del documento fundacional, que escribí personalmente, señalamos:

> La aparición pública de VR no ha podido dejar de suscitar algunas reacciones contrarias o discrepantes. En las filas de la derecha y de la represión, ya conocemos de antemano su magnitud y significado. Pero hay quienes critican, no sin cierto apasionamiento en el campo

de la izquierda, algunos de nuestros planteamientos, entre ellos la definición del Perú como país capitalista atrasado de desarrollo combinado y semicolonial. Los discrepantes defienden las tesis de que es un país semifeudal y semicolonial. También se nos acusa de no valorar las condiciones revolucionarias de la burguesía media o burguesía nacional, a la que nuestros críticos consideran aliada del proletariado en el proceso de la revolución peruana.

Igualmente, las diferencias apuntan a nuestra afirmación de que la revolución en el país se dará mediante un único proceso ininterrumpido, y socialista por su contenido histórico. Porque dicen los críticos que aquella se dará por etapas diferenciadas: la primera, democrática burguesa de nuevo tipo a la que sucederá, agotado su ciclo, la socialista. Y por último, dejando de lado otras discrepancias, hay quienes sostienen que es un error proclamarse marxista en nuestro país. Y otro sector, que no está de acuerdo con que abordemos el problema trotskista con absoluta libertad de análisis.

Demás está decir que estas críticas tienen un fin específico: afirmar a la propia posición, sobre todo aquellos que defienden la revolución por etapas y creen en el carácter revolucionario y progresista de la burguesía nacional.

Rechazamos, eso sí, y con toda energía, el ataque de los que no saben fraternizar, que ven en la aparición de una nueva organización revolucionaria la ruptura del monopolio que pretenden tener del marxismo y de la revolución.

Queda, pues, clara nuestra filiación: *somos marxistas revolucionarios, combatientes por el socialismo.* En todo caso, el devenir histórico dirá, al margen de nuestra convicción, si *VR se justifica históricamente y cumple el papel que se asigna.*

Este párrafo que cito es profundamente conceptual y respetuoso. Los adversarios de su contenido, en la lucha política nunca fueron amigables. En el pasado inmediato, en el MIR, me habían querido expulsar y liquidar políticamente con la acusación de trotskista, obviamente sin serlo en ese entonces. Y los estalinistas han guardado su brutal puño represivo sólo cuando han comenzado a desaparecer de la historia con el derrumbe del llamado "socialismo real". Cuando se sintieron fuertes

y hegemónicos en la izquierda sus métodos no fueron nada “dulces”. En la URSS liquidaron sangrientamente a casi toda la dirección leninista. Y, en nuestros países, los agentes de Stalin se cansaron de denunciar, perseguir y golpear a los “trotskistas”. Para una reflexión más profunda: estos métodos han sido copiados o seguidos incluso por corrientes u organizaciones que no provienen del cuño de la burocracia contrarrevolucionaria rusa.

La necesidad de delimitarnos políticamente de los poderosos e influyentes estalinistas fue casi lo primero que encaramos en las discusiones de la etapa fundacional, en la lucha por el programa, felizmente logrando un grado importante de coincidencias. Claro, en el tema “trotskismo” no fue igual. Explicable porque el estalinismo había impuesto la idea perversa de que al trotskismo había que eliminarlo de la escena política. Distorsionaban la realidad rusa y de la revolución de octubre y el carácter de las diferencias entre Lenin y Trotsky. Además, el terrorismo político impuesto por la burocracia contrarrevolucionaria, incluso después de la muerte de Stalin, era procesado y asumido en cada país por los partidos comunistas.

Y ahora, “el socialismo real”. O sea el planteamiento de que, a pesar de errores y represiones sanguinarias, en los países del llamado campo socialista se construía el socialismo, calaba fuertemente en casi todos los sectores de izquierda. Acerca de este hecho trascendente casi no existía en el país una discusión abierta y democrática. De ahí que debí apelar a todo mi poder de convencimiento para que, primero la dirección y después los cuadros y militantes, aceptaran los aportes de Trotsky a la teoría y práctica de la revolución contemporánea. Más concretamente, su crítica al estalinismo y su papel reaccionario primero y francamente contrarrevolucionario después.

Aprismo y comunismo

Todavía en 1965, año de la fundación de VR, el Apra, por su carácter de partido histórico y de raíces fuertemente populares, tenía influencia y gravitaba política y socialmente, sobre todo entre los trabajadores y estudiantes. El Partido Comunista, ya dividido –Moscú

y Pekín– constituía la fuerza de izquierda que en estos escenarios se le oponía, claro que con las inconsecuencias a las que le obligaba su dependencia acrítica de sus respectivos centros internacionales. Siendo en general progresivo, combativo y muchas veces heroico, incluyendo su combate antiaprista –el Apra era garante del orden burgués y sus dirigentes agentes políticos del imperialismo–, hacía no obstante lo imposible para que no surgiera "otra izquierda". Por esto la importancia histórica de los revolucionarios cubanos que, para obtener la victoria, dejaron de lado inicialmente toda dependencia de los comunistas cubanos, que eran colaboradores y socios del tirano Batista.

El que señalo es un cuadro sucinto de por qué el tema trotskismo resultó ser fundamental en nuestras primeras formulaciones teóricas, políticas y programáticas. Esta primera batalla partidaria fue ampliamente ganada. Edmundo Murrugarra, influyente en VR, que había pertenecido a la juventud del Partido Comunista, y otros compañeros de la misma vertiente, coincidieron totalmente con el contenido de esta reflexión. Más claramente: la aceptación de la concepción de la revolución permanente, la crítica al estalinismo en su globalidad, las coincidencias con la oposición de izquierda en la URSS, el rechazo a la construcción del socialismo en un solo país, al etapismo revolucionario y al papel reaccionario de la Komintern, además de otros temas. Pero, asimismo, nos delimitamos del movimiento trotskista y de la Cuarta Internacional. En esto, retomábamos las posiciones del MIR-Praxis de la Argentina.

Trotsky y el trotskismo

Quienes lean este texto me perdonarán el empleo de citas que, en su redacción simple poco agregan a la profusa y fundamentada literatura que existe sobre el trotskismo. Pero me animo a hacerlo para dejar constancia escrita de esta importante coincidencia en nuestras tesis fundacionales. Necesito hacerlo porque, posteriormente, la gran crisis de VR girará también alrededor de la interpretación que le dimos, unos y otros, al problema del trotskismo.

Dicen las Tesis:

> Reconocemos la necesidad de abordar el estudio de los aportes hechos al pensamiento revolucionario y a la revolución por León Trotsky. Declaramos que las tesis del desarrollo desigual y combinado, y su consecuencia, la revolución permanente, enunciada por Marx y Engels, desarrollada posteriormente por Lenin y redondeada por Trotsky, es parte de la teoría marxista y con validez en nuestro tiempo.
>
> Asimismo, consideramos que el análisis hecho por León Trotsky de la naturaleza de la sociedad soviética y sobre los orígenes de la burocratización y el abandono del internacionalismo proletario después de la muerte de Lenin, tienen plena actualidad.

Y consignamos como el último y más notable ejemplo del método permanente de la revolución, a la cubana de los barbudos del 26 de Julio. Decimos en las Tesis:

> Es éste un caso en que la objetividad revolucionaria conduce a la vanguardia, que presenta limitaciones ideológicas y teóricas iniciales, hacia el socialismo, dando un ejemplo extraordinario de adecuación dialéctica entre objetividad y subjetividad revolucionarias. Cuba pasó, por tanto, por un único proceso ininterrumpido revolucionario, que combinó tareas que históricamente en los clásicos países capitalistas están separadas.
>
> El proceso revolucionario cubano no se detuvo jamás en afirmar una etapa democrático-burguesa, con existencia y personalidad propias, sino que las tareas demo-burguesas, democráticas, se cumplieron, una vez más, en el proceso de la revolución socialista, propia de los países de desarrollo desigual y combinado, con rasgos de producción precapitalistas. El hecho que indudablemente aceleró esta combinación de tareas y la evolución hacia el socialismo fue la presencia agresiva y destructora del imperialismo norteamericano a 90 millas de la isla heroica.

Y sobre el movimiento trotskista y los trotskistas nacionales:

> El vicio inicial del movimiento trotskista fue su sectarismo antiestalinista, que limitó severamente sus perspectivas de desarrollo entre

las masas en un momento en que el prestigio de la revolución de octubre cubría de toda crítica a los dirigentes soviéticos. Por otro lado, y en parte como consecuencia de lo anterior, el trotskismo cayó en la esquematización simplista de la realidad de cada país, que en la lucha diaria se concretaba generalmente en consignas alejadas de la dinámica de la lucha de clases. Es que el esquema histórico general no puede adoptarse en cualquier tiempo y lugar como receta mágica. Para concluir la lucha de las masas necesita de los reacomodamientos a las peculiaridades de cada realidad concreta en un proceso de evoluciones y revoluciones.

Estos equívocos explican, en parte, las frustraciones prácticas del trotskismo como movimiento revolucionario ya que, a pesar de haber fundado la Cuarta Internacional en 1938, no ha logrado ponerse a la cabeza de la revolución mundial ni tampoco nacional en alguna parte, en una época todavía favorable. Al contrario, sus muchas divisiones y atomizaciones acentúan su aislamiento de las masas.

Los trotskistas encararon tareas de difusión ideológica denunciando desde su punto de vista las inconsecuencias y traiciones de la dirección comunista. Con esta labor, los trotskistas peruanos contribuyeron indudablemente a la difusión y problematización del pensamiento marxista, oponiendo las posiciones de Trotsky a las de Stalin. Los resultados no han sido, sin embargo, equitativos al esfuerzo desplegado por estos grupos. Su labor de captación y organización de la clase obrera ha tenido sólo aciertos locales y muy pequeños.

La tarea de organizar un partido realmente presente en las masas que llevara a la práctica sus postulados programáticos, casi como una característica peculiar del movimiento trotskista. A nuestro modo de ver, y tal como lo hemos dicho anteriormente, en esta atomización y frustración política ha jugado un papel importante el transporte al medio de las disensiones surgidas en la dirección de la Cuarta Internacional y en el traslado casi mecánico de sus tácticas y consignas que no encajaban con la dinámica que seguía la lucha de clases en el país. Esta crisis se mantiene hasta este momento.

Por lo expuesto, afirmábamos nuestro internacionalismo y militancia internacional:

> Nuestras conclusiones, partiendo de la teoría marxista y aplicable al estudio de la realidad peruana, latinoamericana e internacional, se va forjando a la luz de las enseñanzas del proceso revolucionario mundial. Ahora constatamos el desmoronamiento del edificio teórico estalinista, expresado en parte por la polémica chino-soviética, y en la presencia de revolucionarios y procesos revolucionarios no encabezados por los partidos tradicionalmente vinculados a las capas de funcionarios soviéticos.
>
> Al mismo tiempo, la crisis trotskista y su incapacidad para ponerse al frente de las masas revolucionarias son evidentes. *Estos hechos políticos justifican la necesidad de una militancia política internacional independiente –en esta etapa histórica– de cualquiera de los centros de poder socialista y del movimiento trotskista*, al igual que exigen la integración teórica de los aportes de las tendencias marxistas, después de su examen crítico y con arreglo a los principios fundamentales del materialismo dialéctico e histórico.

Y sobre el tipo de partido, lo que sigue, brevemente:

> Muchos creen en la izquierda que la dirección se estructurará espontáneamente a través de la lucha insurreccional y que, por ello, es casi una lamentable pérdida de tiempo la tarea de formación de cuadros. Por otro lado, hay quienes sostienen la necesidad de formar un partido de masas que encabece un movimiento de liberación nacional.
>
> VR, teniendo en cuenta las condiciones emergentes de un país atrasado y de la presencia de los primeros focos guerrilleros, declara la conveniencia de formar *un mínimo de partido de existencia nacional* basado en cuadros medios aptos para toda forma de lucha, que desarrollen simultáneamente tareas políticas como insurreccionales, dentro de la perspectiva de una guerra larga revolucionaria en que habrá que enfrentar el peso de las fuerzas represivas nacionales y las del imperialismo.

Es decir que, en 1965, pensábamos que con la revolución cubana y con su proyecto estratégico de crear uno, dos, tres Vietnam latinoamericanos se abría una etapa revolucionaria continental y que VR, a través de su concepción de la vanguardia y de un partido de cuadros

y militantes, intervendría en ella a través de ese "mínimo de partido". De ahí nuestra delimitación con los partidarios del "no partido" y con los estalinistas y sus seguidores, que planteaban la lucha por la construcción de un gran partido de masas para actuar en el marco de la legalidad democrática.

Sobre el carácter de la revolución

En esta etapa revolucionaria, y sobre el carácter de la revolución, tentativamente dijimos:

> Pero la revolución recién empieza y, a través de su desarrollo histórico, se irán forjando las organizaciones y la dirección revolucionaria, por un mecanismo de férrea necesidad. VR cobra vida en estas circunstancias excepcionales y sumará sus esfuerzos con el fin de impulsar, al lado de los movimientos hermanos, el carro de la revolución socialista peruana.
>
> VR afirma que las experiencias de los movimientos revolucionarios de otros países deben ser cuidadosamente estudiados para su adaptación correcta, teniendo en cuenta las peculiaridades nacionales. Toda copia mecánica conducirá, tarde o temprano, a errores. Entendemos que hay principios generales aportados definitivamente por la praxis de los movimientos revolucionarios de todo el mundo, pero hay otros que surgen de la praxis latinoamericana y peruana.
>
> Así, por ejemplo, en ciertos países es muy probable que la lucha armada gire desde el primer momento alrededor de las masas urbanas, principalmente del proletariado industrial, porque alrededor de ellas se vienen produciendo desde tiempo atrás brotes insurreccionales, tal el caso de Argentina y Chile.
>
> Pero otros de nuestros países tienen una fuerte proporción de su población viviendo en el campo, en condiciones de suma explotación y atraso. Sin duda estos países tendrán que poner inicialmente el énfasis en la lucha insurreccional campesina aprovechando el potencial revolucionario señalado, pasando posteriormente a incorporarse la clase obrera urbana y las capas progresistas de la pequeña burguesía en esa

lucha. *Sin embargo, tampoco hay que descartar diversas formas combinadas de estallidos revolucionarios, tal como se han dado en algunas experiencias latinoamericanas. O sea, combinación de luchas campesinas, urbanas y suburbanas, como parte de un movimiento de liberación nacional y social.*

Están, de esta forma, bosquejadas algunas tareas inmediatas de la izquierda: trabajo creador y profundo entre campesinos y obreros para hacerse fuertes bajo el sustento de clase, canalización de la emocionalidad y espontaneidad actuales en lucha consciente a través de las organizaciones revolucionarias; esfuerzos por la unidad de base y alianzas con las organizaciones revolucionarias; fortalecimiento del campo de la insurrección ayudando generosamente a los combatientes actuales y a los potenciales; formulación de una teoría de la revolución peruana, que debe construirse con los aportes que brinde la metodología marxista universal y con los más vivos que depare la experiencia revolucionaria latinoamericana.

En la etapa revolucionaria abierta por el impulso y proyecto continental de la revolución cubana, bosquejábamos una política de acuerdos y alianzas con las organizaciones revolucionarias. Y al intervenir en el proceso con el "mínimo de partido" y señalar la necesidad de formular una teoría de la revolución peruana, al destacar en este desafío el imprescindible rol político del proletariado, discutimos bastante que esta teoría, y tampoco la conciencia política, no debería serle impuesta por el partido, sino al revés, basarnos en su praxis para sólo ayudarle a formularla.

Y esta revolución tendría, tentativamente, estas características:

Sería simple y llanamente socialista (...). Es antimperialista y anticapitalista (...). Será una revolución que marchará ininterrumpidamente, como ocurre actualmente con la revolución cubana.

Además:

La defensa de la revolución y del Estado revolucionario conducirá necesariamente a quemar etapas, *partiendo de la toma real del poder por el proletariado y sus aliados, mediante sindicatos, comunidades campesi-*

nas, ejército revolucionario y demás organizaciones políticas y sociales que creen las masas populares en el proceso de sus luchas.

En cuanto al tema gravitante del programa, la discusión colectiva quedó, debido a las circunstancias excepcionales, a medio camino. No obstante, fijamos los objetivos de un programa máximo, a realizar después de la conquista del poder. Y si bien no nos comprometimos con un programa transitorio, sí lo hicimos con su metodología, señalando que las tareas y reivindicaciones inmediatas, así como las consignas que levantemos en cada fase de nuestra intervención y del trabajo cotidiano, serán el resultado de la aplicación de las tácticas que se desprendan de la orientación política general y del programa adoptado.

No estábamos en condiciones de predeterminar cuál sería el carácter del socialismo que se gestaría en el Perú y en otros países latinoamericanos. En esos años, los revolucionarios cubanos, al meterse en el curso de la revolución socialista, recién abordaban el desafío de construir una sociedad de tipo socialista. No obstante, y sin ser seguidores acríticos de Mariátegui, tuvimos en cuenta su consejo:

> No queremos, ciertamente, que el socialismo sea en América calco y copia. Debe ser creación heroica. Tenemos que dar vida, con nuestra propia realidad, con nuestro propio lenguaje, al socialismo indoamericano. He aquí una misión digna de una generación nueva.

VR: años decisivos

La represión, primero a cargo de la policía y después del conjunto de la Fuerza Armada, se centró –como es obvio– en los focos guerrilleros. En las ciudades principales, los cuerpos especializados intentaron liquidar el débil aparato urbano de los insurrectos. La inmediata suspensión de garantías constitucionales decretada por el gobierno contó con el decisivo apoyo del Parlamento. Quienes se reclamaban de la defensa de la democracia, imaginaban a los Fidel Castro y Che Guevara confiscando sus bienes y poniéndolos ante el

temido paredón de fusilamiento. Como se suele decir, un frente único de emergencia para salvar a las instituciones del Estado.

Bien sabemos que, sobre todo en estas circunstancias, los aterrorizados representantes de la democracia, en nombre propio y de la sagrada propiedad privada, no suelen hacer diferencias reales entre las fuerzas de izquierda. No necesitaron en esos días la orden de un Bush para acusar de subversivos, terroristas y criminales a los diversos componentes de esa izquierda; y según su gusto e intencionalidad. Por eso, en la recién formada VR debimos ingresar, para salvarnos, a una cerrada clandestinidad.

En estos asuntos quedamos muy atrás de las más antiguas y supuestamente mejor estructuradas organizaciones de izquierda, con mayor oficio para soportar las represiones de los gobiernos militares y democráticos.

De tal forma, y después de iniciales errores y vacilaciones, empezamos a defendernos mejor. Comenzando por lo básico: cambios de domicilios, uso de seudónimos y coartadas, códigos y perfección de los contactos y coordinación con las bases partidarias.

Como es presumible, estos hechos golpeaban la economía grupal, ahora más necesaria que nunca. El grueso de estos ingresos provenía de las rigurosas cotizaciones de militantes y simpatizantes, enriquecidas con el aporte de eventos sociales y de los generosos aportes de cotizantes individuales pudientes. Aún no teníamos rentados ni un aparato de apoyo. Eso vendría después, con el desarrollo nacional de la organización.

En mi caso, seguía sobreviviendo con la venta de libros, ahora más difícil por la clandestinidad y la persecución policial. Pero alguna reserva me quedaba. Contribuyó a proveerla mi compañero Ricardo Letts. Antes de renunciar a Acción Popular y al organismo estatal –Cooperación Popular–, pactó conmigo la compra de cientos de libros de un autor mexicano, sobre el tema de comunidades laborales. El "método": comunicarme de la compra y poner una fecha de entrega perentoria, inmediata. Evidentemente, ningún vendedor del ramo podía cumplir con estos requisitos, salvo Ricardo Napurí que "estaba en el asunto". Gané, con esta maniobra, unos buenos soles. Por el fin perseguido, no tuve –y creo que Letts tampoco– complejo alguno de índole moral.

"Expropiar a los expropiadores"

Ante las carencias económicas para financiar nuestras actividades, principalmente clandestinas, encaramos una seria discusión acerca de cómo buscar "plata grande", teniendo en cuenta que no contábamos -debido a nuestra independencia política- con ningún apoyo internacional. En la discusión aparecieron los ejemplos y las historias escritas de cómo revolucionarios de otras latitudes abordaron este problema crucial. Opinábamos si no era lícito "expropiar a los expropiadores". Los ejemplos señalaban que los objetivos principales son los bancos. Decíamos, apasionados: "¡Hijoputas, concentran el dinero del pueblo en beneficio de los igualmente hijoputas banqueros y propietarios!".

Razonablemente, el intento de pasar del pensamiento a la acción nos atemorizó. Ya que un hecho tan grave requería de un gran aparato técnico y de compañeros muy preparados e intrépidos. Los criterios sensatos y las dudas nos condujeron a una indefinición, a una falta de decisión. Ante ello, dejamos para más adelante encarar ese asunto.

José Fonkén -fue asesinado poco después- era todo un personaje, de ésos que surgían por montones bajo el estímulo de la, para ellos, "fácil" revolución cubana. Había sido miembro de los grupos de acción armados del Apra. Devenido disidente, se reclamó castrista, aunque medio anarquista. Políticamente informado, de fácil y convincente palabra, con fama de intrépido y valiente, de perfil aventurero, convenció e impresionó fuertemente a algunos aprendices de revolucionarios.

Lo conocí poco y hacía mucho que nos veíamos. Un día, me pide entrevistarnos urgentemente. Fui a su encuentro, a pesar de mi clandestinidad y riesgos. Conducía un automóvil casi destartalado; subí. Me informó que acababa de asaltar la sucursal del Banco de Crédito de la Universidad Agraria, o sea, uno de nuestros baluartes partidarios. Y, para mi asombro, aclaró que tenía con él todo el dinero "expropiado". ¿Qué tengo que ver yo en esto?, me dije. Fonkén respondió a mi interrogante: "Aquí está el 20% que le corresponde a VR; es lo pactado con los compañeros que me dieron apoyo logístico".

¡Casi me caigo de culo... o de susto! Es que fue descubierto inmediatamente de cometido el hecho. Por esto no había preparado

sus propias medidas de seguridad. Me pidió dramáticamente que le ayudara a alojarse. Lo hice en una de las bases seguras de que disponíamos. Aunque del dinero no vi nada y creo que nadie tampoco de VR, a pesar de que el gobierno ya nos acusaba de complicidad en el hecho, agravándose así nuestra clandestinidad.

De esta forma pintoresca y aventurera quedó clausurado todo intento, real o fabulador, de "expropiar a los expropiadores". Ahora el tema sería el costo a pagar. Sinceramente, hasta hoy, no sé si hubo el tal acuerdo y si lo hubo, quién de nosotros lo concretó.

Preso y deportado

Desde los primeros días de agosto carecíamos de noticias de Rolando Riega, que por seguridad se alojaba transitoriamente en el local clandestino del recién formado sindicato de maquinaria pesada del gremio de construcción civil. Riega, fundador de VR y nuestro principal dirigente obrero, venía de la izquierda aprista. Con calidades notables de intrépido agitador, se sumó apasionadamente al proyecto político de VR. Poco después, en 1967, llegaría a ser uno de los principales dirigentes del gremio de pescadores. Encabezando una lista de perfil partidario fue elegido secretario general de cinco mil pescadores del puerto Callao.

Ante el temor por su seguridad, resolvimos realizar tareas de inteligencia en la zona del local, situado en la avenida Colonial, cerca del puerto. Transcurrieron uno, dos, tres días de vigilancia durante las 24 horas. Entonces, resolvimos actuar. Me ofrecí para encabezar la acción, pero Letts se opuso afirmando que el comando no podía arriesgarse. Pidió ser él quien se pusiera al frente. Ante mi insistencia, transamos: él a la cabeza y yo armado, a prudente distancia, de segundo. Es decir, dándole cobertura, algo así como apoyo táctico.

Pero las señales primeras las dieron los represores, y en qué forma. Un grupo de ellos estaba dentro del local desde días antes. Obviamente, tomaron preso a Riega y lo mandaron rápidamente a prisión. Letts, disfrazado y maquillado, tocó la puerta. Le respondieron a tiros. Mi compañero en la aventura, fuerte y valiente, intentó escapar ape-

lando a sus dotes deportivas y a su buen estado físico. Defendía, de esa forma, su libertad.

No fue todo. En las afueras del local, perfectamente camuflados, otro grupo de represores policiales y de los servicios de inteligencia aparecían como simples transeúntes o vendedores ambulantes y actuaban desde casas tomadas para la ocasión. Todos ellos, tensionados en sumo grado, se imaginaban capturar una gran presa, algo así como al Fidel Castro del Perú.

De noche ya, y aprovechando la confusión, logré –entre tiro y tiro, no exactamente dirigidos a mí– escapar en mi moto que, felizmente, respondió a mis exigencias nerviosas. Salvé así mis huesos. No así Riega y ahora Ricardo Letts, pieza importante del equipo de dirección. Esto, el 11 de agosto de 1965. Apenas dos meses después del congreso de fundación. En la secuencia de los hechos, Letts era deportado del país en febrero de 1966.

Ahora sí que se agravaba la realidad partidaria. El gobierno, inseguro de sus decisiones, todavía no había calibrado la dimensión del movimiento guerrillero y temía que la entrada en acción de las fuerzas armadas –Ejército, Marina y Aviación– pudiera cambiar la relación de fuerzas políticas. Es que el presidente Belaúnde y, sobre todo, el aprismo, conocían bien que los militares, cuando salían de los cuarteles, no retornaban a ellos sin antes intentar apropiarse del poder, echando a los gobernantes de turno. "Tradición" no sólo peruana. Toda América Latina es el campo propicio para sus depredaciones.

El gobierno, no obstante, quiso terminar con las guerrillas cuanto antes e impedir, de paso, que el ascenso de las luchas sociales le abriera otro frente, poniendo en peligro la "gobernabilidad". De ahí la orden a las fuerzas armadas de reprimir con toda su potencia de fuego.

Se agudizó, de esta forma, la represión al conjunto de la izquierda. Para VR recién formándose, resistir y sobrevivir era decisivo. Nuestra periferia partidaria fue la primera que acusó el golpe. Sobre todo quienes –como profesores– debían mantener su legalidad. No desertaron de su compromiso, sino que se replegaron defensivamente, pasando a la situación de simpatizantes, aunque comprometidos partidariamente.

Edmundo Murrugarra, con su experiencia militante anterior, y otros compañeros, hicieron frente conmigo para evitar el pánico y las "fugas" razonables. Ya antes había hecho algo parecido cuando un sector de la dirección vaciló peligrosamente ante la presión castrista (de sus guerrilleros). Fueron los primeros desafíos a nuestra existencia, agravados por la represión desatada por el asalto al Banco de la Universidad Agraria.

En esos momentos, la insurrección guerrillera gozaba de simpatía en los medios estudiantiles y en otras capas de la población, incluidos los obreros más politizados. En los lugares donde nuestra estructuración era real, militantes vanguardistas debieron soportar la ofensiva, sobre todo de los miristas. Defender posiciones políticas diferenciadas con quienes asumían la defensa de los que estaban combatiendo al gobierno y a las fuerzas armadas, no sólo constituía un riesgo enorme sino un hecho muy calificado de valentía política.

Sorteando las dificultades, en marzo de 1966 pudimos reunir en una asamblea extraordinaria, siempre bajo el azote implacable de la represión, a representantes de los comités locales organizados. Es decir, las decenas de compañeros que lograron mantener su militancia activa. Después del balance y de la caracterización de la situación política, aprobamos las tareas que consideramos necesarias para resistir y garantizar el desarrollo partidario. Entre ellas, una escuela de cuadros urgente para fortalecer al más alto nivel posible a nuestro activo militante y simpatizante, ante los crecientes desafíos. Seguir atendiendo los frentes donde estábamos implantados e intentar un cierto desarrollo nacional, afiatar los mecanismos de coordinación y eficacia de la dirección sobreviviente. Sin descuidar el perfeccionamiento del vínculo regular con compañeros del exterior del país, que se mantenían ligados a VR, realizando tareas de propaganda y de defensa de nuestros postulados.

Si en situaciones "normales" los problemas de una organización son difíciles de solucionar, en condiciones excepcionales los desafíos son mayores, exigiendo experiencia, inteligentes respuestas y compromiso revolucionario. Se presentó un dilema: algunos de nuestros mejores cuadros, principalmente profesores universitarios, tenían becas desde antes acordadas para realizar estudios de perfeccionamiento en el extranjero. Los compañeros plantearon su dilema: aceptaron las

becas pero pedían la opinión de la dirección porque no querían que se les considerara abandonando a VR en momentos tan cruciales de la lucha de clases.

Opiné que como en VR el régimen interno estaba a prueba, nada parecido al centralismo democrático de las organizaciones de izquierda tradicionales, correspondía resolver el tema con madurez. Tener en cuenta que el proyecto de VR recién se gestaba, pero también que ante el voluntarismo guerrillerista y el de quienes pensaban que el triunfo revolucionario estaba a la vuelta de la esquina, en las tesis de VR declaramos que, en la etapa, había que prepararse para una guerra larga revolucionaria.

Por estas y otras consideraciones, decidimos que los compañeros podían viajar al extranjero. Sólo les pedimos que mantuvieran su compromiso y que, al retornar, retomaran su militancia. Así, entre 1965 y 1966, partieron entre otros Efraín Franco, Walter Quinteros, César Benavides y, después, Edmundo Murrugarra. Aunque no fue fácil resolver el incidente porque compañeros del núcleo "duro" de la resistencia partidaria me reclamaron algún tipo de sanción, al considerar a los viajeros como algo parecido a desertores políticos. Una vez más, asumí mis responsabilidades. Dejé que la "vida" resolviera. Es decir, comprobar qué harían en el exterior y qué a su retorno al país.

El camarada Carlos

En la redacción de un texto de carácter autobiográfico existe el peligro de acentuar demasiado lo personal en desmedro de quienes combatieron siempre a nuestro lado. Y, por esta razón, rebajar el escenario social-político de gravitación fundamental. Es decir, personalizar en exceso mi relato. Por eso, tengo el temor de ser injusto en la valoración de quienes, en los momentos históricos que abarca este libro, tuvieron un rol destacado en acontecimientos decisivos de los que doy cuenta.

Exculpado en esto por el lector, puedo pasar a señalar el siguiente episodio. A fines de 1965, en los días más despiadados de la represión, apareció en la prensa que un tal "camarada Carlos" era el

coordinador de la lucha urbana de apoyo al movimiento guerrillero. El tal Carlos resulté ser yo. Es conocido que los represores siempre tienen o inventan una figura, me parece que para magnificar al enemigo que deben derrotar. Es curioso que esto lo realizan en muchos países desde el famoso "Carlos", el venezolano.

Ante esto, ya no se trataba sólo de mejorar la clandestinidad cerrada sino simple y llanamente de salvar mi pellejo; o sea, la vida. Evidentemente, VR no poseía un aparato eficaz para enfrentar estos hechos. Debí, en la emergencia, montar los mecanismos más exigentes de seguridad al margen de la estructura partidaria. En páginas anteriores presenté a Rosalía Tello, la amiga de mi madre que me daba de mamar. Al pedirle ayuda, me remitió a su hija Teresa, amiga de la infancia, para que ésta me alojara en su casa. Por supuesto, con el apoyo de su marido, el acaudalado Eduardo Poppe, también amigo.

La enorme y bella casa, situada en Chosica, frente a la Universidad La Cantuta, río Rimac de por medio, me "guardó" por un tiempo. Fue emocionante cómo actuaron mis anfitriones. Siendo personas para nada coincidentes con mis posiciones políticas, situadas en la vereda del frente, se tomaron a pecho mi problema. Convencieron al personal de servicio, amplio, para que guardara silencio "sepulcral". Y día tras día practicaban conmigo medidas de fuga de emergencia en caso de ser descubierto. Entre ellas, dormir en el piso y no en la cama, calcular el tiempo en llegar a la casa vecina, del igualmente millonario Manuel Mujica Gallo, insospechable aparentemente por su condición de tal.

También he hablado del sobrino de Rosalía Tello, ahora ya grandecito y uno de los miembros del Servicio de Inteligencia de la Marina que, por combinación de razones subalternas y políticas, había resuelto capturarme "como sea". No le fue difícil enterarse de mi "asilo" en la casa de Eduardo Poppe, o sea de sus parientes.

Con mi olfato ya desarrollado de perseguido político en peligro había notado la presencia, a veces no disimulada, de gente extraña alrededor de la mansión. Buen olfato, porque aparecieron nomás los represores, aunque no me imaginé que el operativo del intento de captura llegaría a ser tan espectacular. Quizás el casi centenar de hombres fuertemente armados creían que desde el interior de la casa yo defendería mi vida con algunos disparos.

Como lo habíamos planeado y practicado hasta el cansancio, Eduardo Poppe se les enfrentó con su verbo cultivado de buen burgués influyente, mientras yo escapaba, semidesnudo, con un bolso en la mano, a la casa de campo de los Mujica Gallo, muy de noche. Me recibieron una docena de perros de caza, muy finos, que a pesar de su condición de tal no atacaron. Me habían advertido que esta raza no lo hacía con personas desnudas por su sensibilidad a la transpiración. En la emergencia compulsiva incorporé de urgencia un aprendizaje más.

Esto, lo primero de mi plan de fuga. Después todo sería incierto. Agazapado y cubierto por la densa arboleda del amplio jardín, y acompañado por mis amigos los perros, esperé ansioso el arribo del amanecer, porque constaté que toda la zona estaba tomada por gentes armadas, sin uniforme que los delatara. Pude advertir que en la ruta vecina se desplazaban algunas personas, posiblemente personal de servicio de las casas del lugar y quizás algunos trabajadores.

En un momento determinado me sumé a uno de estos grupos, a pesar de la vigilancia, que los dejaba pasar, probablemente convencidos del carácter de su tarea. A 30 metros tenía el cauce del río Rimac, en ese tramo bastante arborizado; lo crucé aprovechando su pobre caudal de aguas. Me dirigí decididamente a la universidad, donde tenía muchos compañeros y amigos. Pero no pude ingresar porque el cerco policial también la alcanzaba.

¿Cómo salir del atolladero? No quedaba otra cosa que ir río abajo. Reptando, pegado a los rieles del ferrocarril que une Lima con la sierra central, llegué al primer conjunto residencial. Escondido, aguardé. De repente, conduciendo su automóvil, apareció el comentarista radial y televisivo Ferro Colton, un argentino residente en el país, muy conocido. Le dije la verdad de mi situación –sabía bastante de mí– y en magnífico gesto, por lo que arriesgaba, se comprometió a llevarme en su automóvil, pero sólo hasta las afueras de Lima.

Cumplió. Hasta ese momento seguía mi buena estrella. Bajé a unos 200 metros del grupo policial armado. Esperé, no me quedaba otro recurso. En ese lapso pude constatar que algunos vehículos pasaban sin ser controlados. Ante esto paré a uno que hacía el servicio colectivo hacia Chosica. Le conté al chofer mi situación. Para mi sorpresa, el hombre,

sin nervios y sí muy emocionado, afirmó que me ayudaría en todo lo que de él dependiera.

Es interesante comprobar cómo, en la perspectiva del tiempo, los procesos políticos pueden dimensionar situaciones humanas concretas. O sea, que la buena suerte existe, ni dudarlo. Pero en este caso apareció viniendo de las trazas del pasado. ¿Por qué me ayudaba este hombre desconocido? Afirmó que era en homenaje a su padre, que murió asesinado por los militares en la revolución aprista de Trujillo, en 1932. Por haber sido un "idealista" como yo.

Por ser conocido en el ambiente pasó el retén militar-policial sin problemas, conmigo al lado. Le comenté que no tenía, en esos momentos cruciales, un lugar seguro donde alojarme. El hombre prometió seguir ayudándome, pero me pidió "perdón" por lo que escucharía. Relató que vivía en un barrio popular, El Porvenir, en compañía de una mujer que ejercía la prostitución –y he aquí lo del "perdón"– ¡con su anuencia! Carajo, ¡la vida nunca es tan sencilla! Conocí a la dama, recibiendo su versión del porqué no le quedaba otra alternativa, en tanto provinciana, en esta sociedad de mierda, que ser una trabajadora del sexo.

Reconozco que nunca estuve tan protegido, tan seguro, cuidado y alimentado. Y otra vez la condición humana, pero ahora con su rostro de grandeza. Por esto y apelando a la clave familiar me contacté con mi hermana Haydée, valiente y eficaz en estas emergencias. Lo buscó a Alfonso Poblete, exitoso empresario. El tampoco dudó en ayudar al amigo de la adolescencia en peligro. Alfonso todavía conservaba su departamento de soltero, en el distrito de San Isidro, cerca de la clínica Americana en ese entonces un barrio residencial. Podría quedarme en él todo el tiempo que quisiera. Una noche, convenientemente disfrazado y maquillado, tomé posesión del mismo, dejando atrás al dúo protector de El Porvenir.

Ya confortable en mi nuevo escondite podía moverme más seguro en las noches para abordar las tareas partidarias, que me tenían como referente principal, arriesgando por ello mi seguridad, día a día. Más fáciles eran las coordinaciones y reuniones en la región de Lima y Callao. Con más incertidumbre al salir a la periferia para encuentros o reuniones, por ejemplo, con el equipo de compañeros de la Universidad La Cantuta, que con el joven Martín Oré daban su batalla polí-

tica delimitándose de apristas, de los seguidores del PC moscovita y también de los ya poderosos maoístas.

Ya indiqué que este texto, lamentablemente, no podía tomar en cuenta la magnitud y calidad del compromiso político y militante de otros de mis compañeros, sea de dirección o de los frentes de intervención. Estoy pensando en los riesgos que enfrentaron algunos de ellos. Ricardo Letts ha dejado constancia escrita de los suyos. Señalo aquí a Efraín Franco. Nos citamos una noche en las cercanías de la plaza México, del distrito La Victoria, en el peor momento de la represión a VR. Yo, ya casi un experto en seguridad, además del maquillaje que me hacía otra persona, andaba provisto de un manojo de documentos falsos. Para esta cita de un carnet de capitán de Aviación, en situación de retiro.

Caminábamos por el entorno de la plaza conversando, cuando sin darnos cuenta se nos acercó silenciosamente un auto patrullero policial, exigiéndonos enérgicamente la entrega de nuestros documentos. Efraín, que no quería perder su beca en Israel, menos experto que yo, instintivamente salió corriendo. Rápido en reflejos encaré al jefe de la patrulla antes de que ordenara disparar al prófugo. Mostré mi documento y como de "pinta" parecía efectivamente un oficial, Efraín de lejos vio, desconcertado, cómo la férrea disciplina castrense ayudaba en este trance. Los cinco policías, cuadrados ante mí y saludándome, aceptaban subordinadamente mi explicación: de que Efraín, nervioso, escapó no por razones políticas sino una más humana: su mujer lo había emplazado judicialmente. Así, noveladamente, salimos del problema. Evidentemente estos crédulos policías nunca supieron que el "capitán" era ni más ni menos que el "camarada Carlos", el de la fabulante acusación gubernamental.

En los largos meses de mi clandestinidad forzada fui construyendo y perfeccionando las medidas y métodos apropiados y en cierta forma construyendo mi propia red de apoyo. Lo fundamental estuvo en los gestos de solidaridad de personas ajenas a mis ideas políticas. Ya andaba en los seis meses de bien escondido. Hasta que un día, cuando con Haydée charlábamos en el bar de la clínica Americana, lugar ideal para los contactos, creímos ver movimientos sospechosos a nuestro alrededor. Escapamos raudamente. En el balance posterior no coincidimos en

si fuimos descubiertos porque ella había sido seguida por los represores o si la responsabilidad era mía. Así, perdí la seguridad que me otorgaba el departamento "pituco" de mi amigo Alfonso.

Alejandro Moreno. Su formidable solidaridad

Felizmente ya teníamos otra alternativa. Haydée, obstetra recibida en Argentina, atendía el embarazo de Beatriz Quiroga. Ésta al enterarse de mi situación le sugirió que le pidiera apoyo al padre de su hijo por nacer. Se trataba del gerente general de las Casas Tía del Perú, Alejandro Moreno. Éste, bastante informado políticamente y de extraordinaria sensibilidad social y humana, no dudó ante su pedido. De esta forma pasé a mi nuevo refugio, el domicilio de la parturienta, en la Avenida Petit Thouars, del distrito Santa Beatriz.

En él me aguardaban otras tareas, no exactamente políticas, como la de ayudar a pintar la cuna que cobijaría al personaje que arribaba al mundo; y después, nacido éste, a apoyar a sus cuidados, porque la madre trabajaba. Así conocí a mi nuevo protector, bonachón, callado, medio petiso, medio gordito, que irradiaba calidez a montones. Aquí, me dijo, podía quedarme varios meses, hasta que la maldita represión, que se atenuaba ya, lo permitiera.

No hubo que aguardar a ese feliz día porque apenas dos meses después tuve que escapar de apuro ante la sospecha de que había sido descubierto. Ahora me aguardaba la casa familiar, en construcción, de Antonio Gutarra, huancaíno él, de familia serrana, ex alumno de Silvio Frondizi en sus días de estudiante universitario en Argentina. Se trataba, por tanto, de un compañero y amigo.

Esta terminó siendo mi última vivienda y refugio de la etapa de clandestinidad cerrada. De allí salí, a mediados de 1966, a gozar de una casi total libertad de movimientos, con menos policías detrás de mí. Esto se debió a que el movimiento guerrillero del ELN y el MIR había sido derrotado, trágicamente exterminado. El resto de la izquierda se benefició al liberarse de la represión tipo "manual" norteamericano, para pasar a otra más acotada, la habitual, que soportan los activistas y combatientes sociales y políticos de parte de los gobiernos de turno.

Alejandro Moreno abandonó el país a fines de 1966. Me protegió cuando fui "Carlos" y lo siguió haciendo día a día mientras duró mi clandestinidad, por cuanto medio material estuvo a su alcance. Y en un gesto inusitado, por decir lo menos, me obsequió su automóvil Simca, casi nuevo, antes de su partida del país. Me parece, y no creo equivocarme, que fue en el Perú donde se motivó políticamente; y que yo contribuí en gran medida a ello. Por eso comprendí su gesto cuando me enteré de que se había ido voluntariamente de Tía, para transitar otras rutas, más cercanas a una solidaridad política real. Actualmente, cuando nos vemos –vive en Uruguay– es para revalidar nuestras coincidencias políticas, pero sobre todo para seguir construyendo esa tremenda amistad donde la parte más desinteresada y noble estuvo siempre de su lado.

El valor de la resistencia

Le había dicho a Antonio Lobato que todos somos "marxistas", antes de enfrentar los crecientes desafíos a que nos someterá constantemente la lucha de clases. Entre 1965 y 1967, el carácter que tomó ésta no alcanzó nunca su forma suprema, la guerra civil. Si pensamos que con la revolución cubana y su proyecto de revolución continental se abría una etapa revolucionaria, la derrota del movimiento guerrillero en Perú, sin mayor influencia en las masas populares, produjo un retroceso político real porque el gobierno aprovechó el hecho para golpear al movimiento organizado de los trabajadores y a la izquierda militante.

Este es el contexto en que decenas de militantes y cuadros combatimos en el país, asumiendo la defensa de las posiciones de VR y de sus planteamientos teóricos y programáticos. Y lo principal: que este "armado" no provino de alguna escuela de cuadros providencial sino del tramado de la lucha de clases a cuyas exigencias tuvimos que dar respuesta en permanente deslinde con las otras corrientes de la izquierda radical. Es decir que al salir de la clandestinidad y de la represión directa, el núcleo sobreviviente había acumulado una importante experiencia, con militantes y cuadros de punta. Tanto que

muchos de ellos devendrían después en el puntal del núcleo impulsor del desarrollo de VR en tanto organización obrera.

¿Cuáles son los fundamentos de esta afirmación? Veamos. Ya en 1966, de tener apenas contactos en los gremios de construcción civil y pescadores, pasamos a estructurarnos firmemente en estos frentes y en el movimiento sindical que lo representaba. En estas jornadas ganamos a Jorge Mango, de la construcción civil; se afirmó Rolando Riega, que, en un salto notable, a fines de ese año conquistó la dirección del sindicato de pescadores del Callao, con alrededor de cinco mil pescadores activos como ya dije. Pero no lo hizo solo, sino acompañado de un grupo importante de pescadores que se reclamaban adherentes y simpatizantes de VR.

Otras puntas se abrieron en los barrios populares, en mineros, bancarios, metalúrgicos y algo en provincias. Por eso comenzamos a participar selectiva pero activamente en los diversos conflictos. Por esta vía de acción política contactamos con el sector del calzado, entonces muy combativo, a través de los conflictos de las fábricas Bata, El Inca, Diamante. Y en el sector metalúrgico, en la muy obrera Avenida Argentina, en las fábricas Inresa, Metalempresa, Moraveco. Y no recuerdo si en esos días incursionamos también en el polo obrero de la zona de Vitarte, alrededor de la carretera central, de penetración a la Sierra.

Personalmente gané para la militancia vanguardista a Jorge Villarán y le dediqué especial atención dadas sus condiciones notables. Vivía en el puerto de Callao y rápidamente se ligó con los pescadores sobre los que adquiriría, a pesar de su poca edad, una gran influencia. Profundamente motivado políticamente, abandonó sus estudios universitarios en La Católica para ingresar como empleado en el Banco Continental, dedicándose a tiempo completo a la actividad gremial y política. Jorge ganó asimismo a otros jóvenes, entre ellos Lucio Gutiérrez, que con el tiempo se convertiría en uno de los grandes dirigentes del sindicato de la Siderúrgica de Chimbote, que con sus más de siete mil trabajadores fue uno de los puntales de la federación minera del país.

Estas primeras y fundamentales aproximaciones al movimiento obrero le otorgaban un perfil "obrerista" al núcleo resistente y sobreviviente de VR que, con el desarrollo de la lucha de clases y la más

amplia estructuración del partido en nuevos frentes de masas, comenzaría a resolver, en el terreno de la lucha política, el problema del carácter del agrupamiento. ¿Partido de cuadros? Sí, pero éstos formándose en el seno de las luchas de las masas, de los trabajadores y capas populares. En esas circunstancias no me parecía oportuno acelerar los tiempos para la elaboración de una estrategia de construcción del partido revolucionario, todavía prematura en mi opinión.

No era desdeñable en estos avances que en el frente estudiantil, principalmente universitario, nuestros militantes se consolidaran notablemente. Tempranamente Martín Oré, fundador muy joven de VR, ganaba posiciones en la universidad formadora de maestros La Cantuta. Influyó sobre decenas de estudiantes y apoyado en ellos y en su combate político conquistó en 1967 la presidencia de la federación de estudiantes de ese centro educativo.

En la Universidad Agraria mantuvimos nuestro liderazgo, tanto en alumnos como en el sector de profesores. Ya he dicho que desde el primer momento de nuestra presencia en el escenario político del país este núcleo vanguardista se mantendría como uno de nuestros puntales partidarios. Algunas decenas de sus miembros, en el transcurso del tiempo, dentro y fuera de VR, emergerían como destacados políticos o intelectuales de lo que se denominó la generación de los 60.

Un joven igualmente comprometido desde los días fundacionales, Herbert Rondón, comenzaría a hacerse notar por el caudal de sus conocimientos teóricos, mientras en la Universidad de Ingeniería el núcleo vanguardista se consolidaba a través del deslinde teórico y programático, y de orientación política concreta, de miristas, maoístas, castristas y aun trotskistas.

Calificaron su fuerza militante y su compromiso con nuestras posiciones políticas jóvenes como Guillermo Rivas y Eduardo Figari, entre muchos otros. No recuerdo con precisión si fue en estas circunstancias que se hicieron los firmes contactos que nos permitieron una implantación partidaria en las Universidades de San Marcos, Villarreal; y en provincias: Trujillo, Huancayo, Puno, Iquitos y algunas privadas.

En la histórica San Marcos, a partir de relaciones y contactos iniciales logramos, más adelante, construir núcleos organizados en Letras, Medicina, en la Academia de Ingreso, en Historia y Sociología.

Es un recuento sucinto que, lamentablemente, no toma en cuenta que el desarrollo de cada uno de estos frentes e implantaciones tiene su propia historia, siempre al calor de las intensas luchas políticas, de enfrentamiento con las patronales, con autoridades universitarias, con el gobierno. Asimismo con los adversarios dentro de la izquierda, en conjunto más poderosos que nosotros. Es así como se va formando un tipo de militante pegado a los trabajadores y estudiantes, forjándose como tales al acompañar lealmente sus luchas reivindicativas.

Uno de estos ejemplos lo da Guillermo Rivas, aunque no es una excepción. Estudiante en la Universidad de Ingeniería, abandona su activismo en este claustro de estudios para pasar a integrar una célula de atención a los pescadores, cuando apenas tenía 18 años. Aleccionado por Jorge Villarán, responsable del frente, se integra a la lucha gremial aportando sus calidades culturales y políticas e interviene en todos los conflictos, entre ellos la gran huelga general de 1967 que duró tres meses y que constituyó la antesala de la conquista del sindicato Callao por la lista encabezada por Rolando Riega.

Es decir, jóvenes, muchos de ellos provenientes de las capas medias, que a través de diversas experiencias partidarias y personales, al calor de la solidaridad obrera y estudiantil, comenzaban a "armarse" en tanto revolucionarios. Jorge Villarán destaca nítidamente entre tantos; gran luchador, de gran nivel teórico, eficaz propagandista, valiente, va ganando por méritos propios un lugar de punta en el proyecto partidario y revolucionario de VR y en la izquierda peruana.

Pero esto no es todo. Nuestros militantes y cuadros obreros, estudiantes, maestros o intelectuales contribuyeron decisivamente a pasar "por la vida", en la lucha de clases viviente, las bases políticas y las herramientas metodológicas de VR. Es decir, construir un partido "diferente", que expresara los intereses concretos e históricos de los trabajadores, yendo más lejos, superando el planteamiento vanguardista inicial del "mínimo de partido".

En esta escuela de vida política, corta pero intensa, de verdadero entrenamiento en la lucha de clases, nuestros jóvenes activistas y militantes aprendían que no debían fetichizar o idealizar a la clase obrera, a no engañar a las masas, a individualizar sus grandezas, sus limitacio-

nes y sus miserias producto de su atraso y heterogeneidad. En fin, a aprender a nadar contra la corriente.

A través del balance de nuestra intervención en los conflictos, sobre todo los de mayor trascendencia, machacamos en cada momento que estábamos obligados a dotarnos de una conducta ética, que tomara en cuenta los valores "dormidos" de los trabajadores. Machacamos contra el dogmatismo y sectarismo de los otros, pero también los propios. Que si los que luchaban desde abajo exigían en todo momento la unidad, debíamos convertirnos en los campeones, además de la solidaridad, de la unidad de acción y de la política frentista.

Pensábamos en esos días que si manteníamos estos postulados la salud política de VR estaría garantizada. No nos olvidábamos lo escrito en nuestras tesis programáticas: "El devenir señalará si VR se justifica históricamente". Es decir, convertirse en una herramienta fundamental del combate por la revolución y el socialismo.

Otra vez, el peso de Cuba

El colectivo militante residente transitoriamente en Europa, sobre todo profesores, además de sus maestrías académicas realizaba algún activismo político. Por su iniciativa se crearon células partidarias en varios países, ganando a nuevos adherentes a VR. Como es presumible, al no poder ser parte de las intensas y complejas experiencias del sector resistente en Perú recibían la influencia y presión de la vida política europea.

En el proceso que culminaría, en parte, en el mayo francés de 1968, las vanguardias partidarias y los estudiantes sin partido se delimitaban entre ellos a través de posiciones maoístas –por la influencia de la revolución cultural china–, existencialistas con Sartre, castro-guevaristas por el ejemplo vívido del Che Guevara y trotskistas en sus diversas corrientes.

Esta presencia de nuestros vanguardistas constituyó otro polo, aunque de menor significación, en el desarrollo de VR. A la influencia política del medio cultural y militante europeo y de la influencia de la revolución cultural china y se sumó el contacto que tejieron con

dirigentes del gobierno cubano, interesados en ganar apoyos para el proyecto del Che y de la revolución continental.

Es por eso que a fines de 1966 los responsables en Europa comunican a la dirección en el Perú que se habían comprometido con la dirección cubana a enviar a un grupo de compañeros a formarse militarmente. Esto suponía algún tipo de acuerdo político entre las partes, indudablemente. Solicitaban la aprobación del gesto y además el envío de otros compañeros desde el Perú, para completar el cupo pactado.

Personalmente di el conforme, en mi condición de responsable nacional de la organización, casi sin disidencias con la propuesta. La posición era conforme con la idea que teníamos de la revolución cubana y de su proyecto, todavía viable en la etapa. Sin embargo, la cuestión no totalmente dilucidada era para qué, en base a qué acuerdos se formarían nuestros muchachos en Cuba. De mi lado, les aclaré a los gestores de la iniciativa que la dirección en el país autorizaba, pero con la exigencia a sus invitantes de una discusión en regla de los objetivos estratégicos del proyecto cubano y, entre los temas principales, nuestra indeclinable posición de que todo movimiento guerrillero, foquista o no, tendría que quedar bajo la iniciativa y orientación del partido revolucionario.

Informaron los compañeros, ya en Cuba, que dieron la discusión. Como permanecieron en la isla en los momentos en que el Che Guevara preparaba su guerrilla de Bolivia, no sé si este hecho provocó un *impasse* con los comandantes cubanos encargados de la formación militar, no siempre preocupados de la discusión de otros problemas y realidades, y menos de peculiaridades. El interrogante quedaría develado más adelante, con el arribo de los compañeros al país, a lo largo de 1968, y a través de los planteamientos y las políticas que asumían, no siempre las mismas, de quienes en el Perú combatimos por darle a VR el perfil de partido socialista con influencia de masas, en un cuadro diferenciado, en este caso, del maoísmo y del castrismo.

Mario Vargas Llosa: el "socialista"

Los compañeros desde el exterior informan que a Mario Vargas Llosa lo habían ganado a nuestra prédica. Joven todavía, residía en

París trabajando en la agencia France Press. Acababa de ganar el concurso a la mejor novela latinoamericana, con el entonces suculento premio de 40.000 dólares.

A su retorno al Perú nos entrevistamos varias veces para concretar su compromiso político. Además, yo quería confirmar que esta notable "conquista" era real. Hablé a un hombre cordial, culto, que no ocultaba, con cierto apasionamiento, su crítica al capitalismo y al imperialismo norteamericano en particular. Sus simpatías por la revolución cubana eran exultantes. Al recordar estas escenas, de algún mes de 1965, tengo la impresión que en esos días conocí al "escribidor" de su breve tiempo de idealista revolucionario y de su autoproclamado socialismo.

No obstante, y más allá de la natural curiosidad por el personaje, mi interés en verlo apuntaba a algo más concreto: quería saber si estaba dispuesto a asumir algún tipo de compromiso partidario. Afirmó que sí, pero que lo haría después de que sus inmediatas obligaciones literarias se lo permitieran.

Declaro que si incorporo en este libro a Mario Vargas Llosa es para señalar, aunque muy al paso, que su "socialismo" comenzó –me parece– con su compromiso con VR. Asimismo deseo destacar su "conversión" en en un defensor a ultranza del liberalismo y democracia capitalista o burguesa. Es que el autoproclamado defensor de la "utopía socialista" que conocí en esos días hoy pretende erigirse en defensor y hacer apostolado de un supuesto liberalismo ortodoxo que la historia no ha conocido jamás, en ningún país del mundo, y al que nuestro escritor atribuye posiciones "mágicas", opuestas al "mercantilismo" de los liberales de hoy.

Y su "ensueño" lo acompaña a la vez con la idea de una democracia por fuera de las clases y de la lucha de clases. Con este esquema pretende ponerse por encima, cual tótem, de los mentores ideológicos y políticos del sistema capitalista, este mismo capitalismo que transita raudamente por las vías de la barbarie.

No está de más recordar a nuestros lectores que la aparición en el proceso histórico del liberalismo económico, desde la etapa de la competencia nacional, nunca ha sido connatural con la democracia, idea que para sus mentores era revolucionaria y que quería decir gobierno de los pobres. Por ello Robespierre, en su idea de "libertad, igualdad y fraternidad", concebía la fraternidad como la libertad e igualdad

para todos. Y si nos remontamos más lejos, Aristóteles definía la democracia también como gobierno de los pobres. Mario Vargas conoce, por culto, que los pueblos han sido despojados del ideal de la igualdad, siempre del de fraternidad y abundantemente de la libertad.

Pero bajemos a tierra a nuestro famoso novelista. Después de dejar atrás su "socialismo", y bien integrado al sistema capitalista como está, sin por ello acusar problemas de conciencia, en el Perú fue candidato presidencial en 1989 de una coalición de partidos de derecha –Acción Popular y Popular Cristiano, principalmente–. Éstos, "mercantilistas" a ultranza, no practican consecuentemente la democracia ni cuando formalmente requieren de ella para realizar sus tropelías autoritarias.

Y con gran "honestidad" política tradujo su idea de liberalismo y democracia en la promesa electoral de despido del 50% de los empleados públicos, de privatización de los bienes del Estado y de una política de shock, de ajuste, asumiendo la defensa incondicional de los empresarios mercantilistas, del FMI y de las transnacionales norteamericanas. O sea, una alianza ultrista con los oligarcas, en contra de la mínima idea de fraternidad e igualdad.

Pero fue en su visita a Irak, poco después de la invasión imperialista, que el autor de *Conversación en la Catedral* pondría a prueba sus afirmaciones. Antes se había sumado al coro de los que apoyaban la versión de Bush de guerra internacional contra el terrorismo y la definición de los "Estados canallas". Pues bien, nuestro personaje, ya en Irak, jamás criticó la agresión, tampoco su unilateralismo. Y, haciéndole el juego a Bush y a los halcones del Pentágono, justificó la matanza y la negación del derecho de defensa de un país oprimido y agredido, con la muy sublime postura de que la liquidación de Saddam y la ocupación del país se justificaban para imponer en Irak y en Medio Oriente la democracia.

¿Cuál democracia? ¿La democracia de Bush y el imperialismo norteamericano? ¿La de la alianza reaccionaria que presidió en el Perú? Ocultó Vargas Llosa que Estados Unidos no ha agredido a Irak para liberar a un pueblo oprimido, ni para acabar con todo régimen dictatorial. Ha ido, todos lo conocemos, para apoderarse de su petróleo y hacer pie en esa región como parte de su proyecto de hegemonía mundial, imperial. Si le preocupara la libertad y la democracia, Esta-

dos Unidos tendría que invadir a la mayor parte de los países árabes. Ciertamente no había democracia en Irak, pero tampoco en los más fieles y sumisos aliados árabes de Washington.

Y al imponer a dedo a sus actuales títeres en Irak, el imperialismo norteamericano está a años luz de la idea democrática "perfecta" de Vargas Llosa. Pero asimismo de la imperfecta que importaron históricamente los países atrasados, "impuesta" en el desarrollo desigual, por los países centrales, dominantes del mercado mundial.

Aún más. Vargas Llosa, culto e informado, conoce que desde Aristóteles y Robespierre, la democracia es una experiencia humana permanentemente inconclusa. De ahí la necesidad de definir el tipo de democracia que se está adoptando en cada momento o país. Aquél, en su original versión de democracia, niega el carácter de clase de ésta, que como procedimiento o forma de organización funciona al servicio de los grupos de poder de un Estado subordinado a las clases dominantes.

No se necesita ir a Irak –país devastado por los misiles bárbaros, y sin tradiciones democráticas como lo son la mayoría de los países musulmanes– para comprobar que por este carácter de clase de la democracia, sus reglas y normas están dirigidas a adecuar la estructura política a las exigencias de los empresarios, banqueros, gerentes y del aparato político que los representa. Y en este ejemplo, de Estados Unidos, que coloniza a Irak.

Uno de los mitos del liberalismo es que la idea de un hombre un voto, como fundamento de la representación política, es consustancial al capitalismo. Ocultan estos liberales que las clases dominantes se opusieron mientras pudieron al sufragio universal y que la burguesía sólo desmontó los mecanismos de proscripción y calificación del voto, cuando percibió que el sufragio universal era compatible con el mantenimiento de su dominación (Claudio Katz, 2004). De ahí que la democracia representativa constituya una modalidad política relativamente reciente en la historia.

Insisto, es falsa la identidad absoluta entre capitalismo y democracia representativa como argumenta el liberalismo. Y más aún la asociación de la igualdad del voto con el libre mercado. Más claramente: la mitología liberal desconoce que la democracia representativa se logró imponer, con evidentes desigualdades, como resultado de la

lucha de clases. Esta mitología omite entonces esta historia de conflictos entre las clases. En el caso de América Latina, el atraso, es decir el limitado desarrollo económico, tardío e inacabado, no ha generado condiciones para que la clase dominante, sometida a las imposiciones del imperialismo, acepte voluntariamente la ampliación de conquistas y espacios democráticos.

Advierto otra vez que si tomo a nuestro escritor y novelista como pretexto para plantear el tema de la democracia se debe a que combatientes y revolucionarios que veníamos de las "catacumbas", o sea de la ilegalidad, tuvimos que enfrentar los desafíos del quehacer político en una etapa democrática, después de la derrota política de la dictadura militar del general Morales Bermúdez, en la década del 70.

Y despido en estas páginas al autor de *Historia de Mayta* sin rencor alguno. Tiene el "derecho" a su conversión desde los días de su corto periplo socialista a autoproclamado ardiente defensor del capitalismo, de éste que se desliza raudamente a la barbarie. Queda asumido que no pretendo calificar y menos abordar sus calidades personales y de notable escritor, que se acerca según muchos a merecer el Premio Nóbel de Literatura. Sí disiento con su decisión de usar su imagen internacional para ponerla al servicio de los opresores seculares de nuestros pueblos. Por ello, hizo bien Vargas Llosa en irse tempranamente de las filas, y del compromiso, de Vanguardia Revolucionaria.

Che Guevara, de paso

El gobierno no pudo fortalecerse con la derrota del movimiento guerrillero. Se agravó la crisis económica y el malestar social creció. Así el país acusaba, de un lado, los efectos de la crisis económica mundial coyuntural, lo que obligó al gobierno del presidente Fernando Belaúnde a devaluar en 1967 la moneda nacional, el sol. Por otra parte, Estados Unidos tenía problemas para imponer su autoridad hegemónica ante las rebeldías en muchos países, debido al ejemplo de la revolución cubana.

Como siempre ocurre, sobre las masas trabajadoras recayó el golpe mayor, en la forma de medidas económicas antipopulares destina-

das a garantizar la acumulación y rentabilidad capitalistas. Captando esta debilidad política del gobierno, sectores calificados del pueblo trabajador se lanzaron a la lucha exigiendo la satisfacción de sus reivindicaciones primarias y sectoriales. Por ello dos hechos dieron cuenta de esta nueva realidad socio-política, de franco ascenso de la lucha de clases. Uno, el gran paro nacional de 1967, que alcanzó una repercusión mayor en las provincias, con protestas y movilizaciones radicalizadas.

Asimismo, se observaban avances en la reorganización del movimiento sindical. El Partido Comunista, que detentaba el control burocrático de la mayoría de los sindicatos –aunque no de los más representativos, entre ellos el minero–, se vio obligado a ponerse al frente de los intentos de refundación de la central obrera. Ante el ascenso, le fue relativamente fácil conseguir aliados. Desde fines de 1966 y durante casi todo 1967 las diversas corrientes sindicales coincidieron en el proyecto, constituyendo un primer paso orgánico la creación del Comité de Defensa y Unidad Sindical (CDUS). VR se hizo presente en él, a través de sus revitalizados frentes, principalmente construcción civil, bancarios, pescadores, estudiantes, barrios y algunos representantes de provincias. Este fue el antecedente organizativo que llevaría poco después, en junio de 1968, a la fundación de la Confederación General de Trabajadores del Perú (CGTP). En su congreso de fundación VR obtuvo casi el 30% de votación de los delegados presentes y la elección de Jorge Villarán, Jorge Mango y Rolando Riega como miembros de la dirección nacional. Es decir, un verdadero salto cualitativo partidario porque en esos pocos años VR lograba constituirse en uno de los referentes principales del movimiento obrero. Y a través de ello ganar una presencia significativa en la izquierda revolucionaria.

A este hecho atribuyo que el ex presidente de Bolivia, Víctor Paz Estenssoro, deportado de su país y asilado en Perú, pidiera entrevistarse conmigo. Lo hizo a través de amigos comunes: Alina y Antonio Sainz-Villa, cochabambinos residentes en el país. Fue en su domicilio donde se realizaron las entrevistas.

Ya relaté antes que lo conocí en Buenos Aires, en otro de sus exilios. También que en esos días su "izquierdismo", a pesar del control e influencia que sobre él ejercía el gobierno del general Perón, rozaba con posiciones marxistas y socialistas (algo así como "un pecado de

juventud"). Yo asistía a sus charlas en tanto miembro del MIR-Praxis y responsable de sus relaciones internacionales.

No demoró mucho Víctor Paz en decirme por qué quería verme. Sostuvo que acababa de estar reunido con el Che Guevara, de paso a Bolivia para iniciar su epopeya guerrillera. Según relató, el Che le pidió su opinión acerca de las condiciones favorables o no de la región –Ñancahuazú– escogida para implantar su guerrilla. Obviamente que charlaron además sobre otros temas que le interesaban al Che. Le pedí que me contactara con él. Me respondió que trataría de hacerlo pero que dudaba, debido al rigor de la clandestinidad y lo secreto de su presencia.

Años después, quienes conocieron los movimientos del Che en su tránsito a Bolivia han dado versiones diferentes de este hecho, hasta del nombre del conocido personaje que lo habría alojado en su domicilio. Pero esto último es lo meramente anecdótico. El ex presidente boliviano puede haber estado o no con el Che en Lima en esos días (no me consta el hecho). Pero al margen de la veracidad de su informe, lo notable es que me lo dijo antes de su real ingreso al país altiplánico. Siguió mi sorpresa porque en ese 1967 Paz Estenssoro no era el "marxista" de 1951, tampoco el nacionalista revolucionario de 1952, obligado a serlo transitoriamente por el radicalismo del proceso revolucionario. Cuando en 1960 asume otro período presidencial, ya encabezaba el "termidor" y para hacerlo capitulaba en toda la línea a las imposiciones del imperialismo norteamericano, que intentaba terminar con el mal ejemplo de la revolución obrero-popular, de abril de 1952.

Comprendí que Paz Estenssoro no creía para nada en el éxito guerrillero del Che, aunque sí que su acción desestabilizaría en tal grado a la dictadura militar del general Barrientos que el retorno de su partido, el Movimiento Nacionalista Revolucionario (MNR) y de él mismo al poder estarían garantizados. Le pregunté de por qué me hacía depositario de tan graves e importantes confidencias. Respondió: porque podría reanudarse la represión en Perú ante el temor de los gobernantes y militares a que la guerrilla del Che tuviese un efecto contagio y adquiriera proyecciones hacia otros países vecinos. Y que si ello ocurría, él no dudaba de que Estados Unidos intervendría decididamente para clausurar el proceso continental que la revolución cubana abrió.

Mi interlocutor agregó que me consideraba un revolucionario honesto y consecuente; y que por esto me daba el informe para que yo y quienes coincidían conmigo tomáramos las medidas políticas y de seguridad adecuadas. Aunque no fue necesario hacerlo porque, como es conocido, la guerrilla fue derrotada en pocos meses: con la tragedia política y humana del asesinato del Che, por orden de la CIA y el Pentágono, con la ejecución puntual de los brutales militares bolivianos.

Lo discutido con Víctor Paz Estenssoro en esas especiales circunstancias políticas debía bajarlo bien a tierra. Si bien la caída del Che constituyó un formidable golpe a su proyecto empírico de revolución continental, sólo después comprenderíamos que el hecho trágico abrió el camino para otra política de Cuba, de repliegue. Es que, presionado por la burocracia contrarrevolucionaria del Kremlin, de quien los revolucionarios cubanos dependían cada día más, Fidel Castro encabezó las iniciativas para dar por clausurado el período de "exportación" de la revolución, en sus versiones nacionales de uno, dos, tres Vietnam.

En VR, después del corto pero intenso y complejo camino recorrido, nos vimos obligados a repensar la situación global, a encarar un rearme teórico-político, partiendo de una evaluación y crítica a nuestras Tesis en algunas de sus formulaciones y planteamientos. Y de paso realizar un primer balance de nuestro desarrollo de los últimos tiempos.

Dudábamos de si efectivamente la revolución cubana había abierto una etapa revolucionaria continental. Nos pareció que sí, pero siempre y cuando Cuba mantuviera la iniciativa política, o sea revolucionaria, a través de su proyecto de revolución continental. Este hecho se manifestaba concretamente en cada país, en los que las frustraciones y derrotas eran una constante. En Perú, el aislamiento, la debilidad estructural y la rápida derrota del movimiento guerrillero no ayudaron a crear las condiciones de una situación revolucionaria, entendida como un real cambio de las relaciones de fuerza entre las clases, en la que la iniciativa estuviera en manos del movimiento obrero y popular.

Por este hecho gravitante el gobierno del presidente Fernando Belaúnde no fue derrotado como consecuencia del ascenso radical de las masas, sino por su debilidad y crisis política, que en 1968 abrió la vía del golpe militar, no preventivo ante el peligro revolucionario sino

dado para garantizar la gobernabilidad y el cierre de la crisis política de la clase gobernante.

Como una situación determinada de la lucha de clases no se inventa o imagina, lo que correspondía realizar en cada momento partía del rigor de la caracterización asumida. Rápidamente comprendimos que al defender a VR en la clandestinidad cerrada no lo hicimos tan defensivamente. Después de nuestras primeras dudas y errores pasamos a defender y hacernos fuertes en nuestros bastiones partidarios, explicable esto por nuestra buena estructuración en ellos. Es decir, defendiéndonos, pero a través de una mayor y más calificada estructuración con estos frentes y sus luchas, muchas de ellas radicales por el carácter de sus reivindicaciones y formas.

Nos dimos cuenta de que por esto iba surgiendo un militante de cualidades notables. Un militante "activista", pero que en medio de los combates aprendía a elaborar política, a entender consignas generales y sectoriales. Explicable por una combinación de circunstancias: el avance de la polarización social permitía a los trabajadores y capas populares identificar, casi sin mediaciones, a los enemigos de clase. Y como el resto de la izquierda socialista y marxista era igualmente combativa y militantista, aprendíamos en el propio terreno la necesidad de una indispensable unidad de acción y de frente único.

Casi sin mayores discusiones o diferencias optamos, obligados por la realidad específica, por trabajar sobre sectores de masas y no tanto sobre la vanguardia política, aprovechando de nuestras previas implantaciones. Reconozco que fuimos ayudados en esta discusión porque en la etapa, y en esos momentos, no surgían grandes corrientes de masas, aunque sí incipientes, de lo que nos aprovechábamos.

Como toda la izquierda revolucionaria enfrentaba la misma situación y problemas, nuestro combate abrió el camino para ser reconocidos como una de las direcciones de estos frentes, con diferentes grados de influencia y aceptación, debido a una orientación política y al creador militantismo de nuestros activistas y cuadros. Así, "naturalmente" fuimos comprendiendo la necesidad de construir una organización política desde el seno mismo de las masas, tratando de ganar su confianza por la calidad global de nuestra propuesta. Habíamos dicho en las Tesis: construir un mínimo de partido de existencia nacio-

nal. Ya estábamos en condiciones de precisar el concepto: construir una organización, no aún el partido, con influencia de masas, obrera, popular y socialista por su proyecto revolucionario.

En este real entrenamiento en la lucha de clases, íbamos aprendiendo otras cosas. Por ejemplo, que teníamos un fuerte núcleo de cuadros y presencia en fábricas de punta y frentes. Esto lo entendimos no sólo por nuestro desarrollo sino, quizás fundamentalmente, porque, como lo he advertido, en la etapa no se había abierto una situación revolucionaria y la ausencia de corrientes de masas que sin mediaciones objetivas vinieran a la izquierda. Además –y esto sí decisivo– que el partido no se construiría a través de un proceso evolutivo sino a saltos, siempre contradictoriamene, o sea convulsivamente. Y avanzamos a otra conclusión: que este partido sólo sería posible ligado a la construcción de los organismos de los propios trabajadores. Y por la heterogeneidad y el desigual desarrollo de su conciencia política, tendría necesariamente que surgir de la confluencia de diversas experiencias y no de un determinismo autoconstructivo.

Un año decisivo

Asumimos que el tránsito de organización a partido con influencia de masas sólo podía producirse en un proceso revolucionario que empujara al abismo a las clases dominantes, su régimen, gobierno y a sus instituciones estatales. Es decir, de una verdadera y determinante crisis de dominación de la burguesía. Pero no sólo bajo estas condiciones objetivas favorables sino, sobre todo, cuando la maduración política de la vanguardia y de amplios sectores de masas populares las impulse a un enfrentamiento decisivo con los enemigos de clase.

Aunque la reflexión anterior no bastaba. Después de casi tres años de un intenso combate político, a través de múltiples experiencias, estábamos obligados a realizar una reflexión global, a avanzar en definiciones, en caracterizaciones y en medidas que las concreticen. O sea, partir de un análisis, aunque tentativo, de la situación de la lucha de clases internacional y nacional. Tomar en cuenta las necesidades objetivas del movimiento obrero y popular para acertar en las tareas,

arrancando al enemigo de clase la mayor cantidad y calidad de conquistas, y en este curso un avance en su conciencia y maduración política que se reflejen en sus propias organizaciones.

Ante la necesidad de partir de una clara posición política, retomar lo afirmado en nuestras Tesis para realizar los aportes aconsejables a sus definiciones programáticas, políticas, organizativas y hasta metodológicas. Y en el centro de todo, responder a la pregunta de qué partido construir, cuáles serían sus ejes programáticos y estratégicos. Pensamos que la actualización y aportes de nuestro programa, por ser inacabado, irían de la mano del carácter de la lucha de clases y sus manifestaciones políticas en el período histórico concreto.

El tema partido debíamos abordarlo con toda seriedad. Sus ejes estratégicos ya asumidos, revalidados a través de una intensa y dura batalla política para delimitarnos asimismo de las otras corrientes que se reclamaban de la izquierda socialista, tenían que producir respuestas cruciales, entre ellas la naturaleza del nuevo partido. Para responderlo, además de las experiencias pasadas, sobre todo del partido "leninista", teníamos en casa los múltiples ejemplos de cómo sus seguidores o imitadores acríticos las procesaban.

No queríamos caer en un centralismo democrático "perverso", del que se reclamaban los autoproclamados leninistas. Nosotros aprendíamos a concebir el centralismo democrático como el resultado de la relación interdependiente entre la organización partidaria y las masas populares, que se reflejara organizativamente en el partido. Y por ser una relación viva y dinámica, en el régimen interno el vínculo entre democracia y centralismo no debía osificarse, como si fuera una norma *per se.*

A través del ascenso político y en nuestro combate íbamos comprobando que el desarrollo desigual de la conciencia política de los trabajadores requería de la mayor cantidad de democracia para recoger el pluralismo de las experiencias de los combatientes y luchadores sociales. Coincidíamos en VR en el rechazo a todo exceso de centralismo al comprobar que en otras organizaciones de la izquierda socialista éste devenía fácilmente en autoritarismo o burocratismo.

Sin lugar a dudas lo anterior está estrechamente ligado al problema de dirección, lo difícil que es formarla. Como demostración

están las experiencias históricas conocidas. Prevenido de esto, desde los primeros momentos de la gestación de VR puse el acento en la formación de cuadros, pero desde el seno mismo de las luchas obreras y populares. Ganamos esta primera batalla porque ya contábamos con decenas y decenas de ellos: luchadores apasionados, pero todo el tiempo exigidos en no caer ni en dogmatismos ni sectarismos, que bien conocemos aparecen siempre en los enfrentamientos contra los representantes políticos de la burguesía, como también en el deslinde con las otras corrientes socialistas, menos democráticas que nosotros.

Sorprendí a mis compañeros proponiéndoles la realización de una asamblea nacional, todavía no un congreso, en ese año 1967. Fundamenté que este evento tendría que abordar tentativamente los temas partido y dirección. Les propuse ir a la asamblea con una posición mayoritaria –nos agradaban las disidencias– acerca del régimen de la dirección. Mi propuesta era ir a una especie de dirección colegiada y por ello a un funcionamiento igualmente colegiado, con responsabilidades rotativas y renovación de sus miembros sin aguardar a los distantes congresos. Les dije a mis compañeros que este hecho fuertemente pedagógico contribuiría a ahuyentar todo espíritu de secta, de prácticas aparatistas, pero especialmente los excesos de personalismo.

En realidad, yo estaba considerando no tanto la situación presente en VR sino previendo lo que podría venir al reintegrarse al partido el núcleo de calificados miembros del exterior que no tuvieron la oportunidad de realizar una experiencia política común con los resistentes en el país, los que sí habían logrado armarse teórica y políticamente, "procesando" nuestras definiciones programáticas en la lucha de clases nacional, enfrentando todos sus desafíos. Es decir, el temor de que los reintegrados al país trajeran con ellos algo así como otro proyecto político.

No me fue fácil convencer a mis compañeros de dirección y a los principales cuadros de esta propuesta. Era comprensible que mi planteamiento les pareciera peligroso teniendo en cuenta las especificidades del medio y la "tradición" en temas de dirección y organización. Reconozco que ellos se sentían cómodos y hasta "protegidos" conmigo, por la confianza personal y política que me tenían. Les agradaba mi "método": ejercer autoridad pero por la calidad de mis conocimientos

y experiencia. Y aun los acentos de "paternalismo", de rasgos cálidamente humanos, les agradaban porque se habían formado alrededor mío, en esta escuela especial de vida política.

Es que les planteé que una primera prueba o ensayo lo realizaríamos en la asamblea. Señalé que una futura modificación de los estatutos, entre otras reformas, debía considerar la supresión de la figura del secretario general, en el proceso de responsabilidades colegiadas. Pero que en esta oportunidad yo estaba obligado a dar el ejemplo abandonando el rol de responsable principal de la organización, es decir, la secretaría general. Propuse en mi reemplazo a Rolando Riega, nuestro más calificado dirigente obrero con legítima proyección nacional. Yo ocuparía el lugar de secretario de política, en la comisión a formarse.

Hubo que convencerlos de que no se trataba de "obrerismo" o de fetichización abusiva de lo obrero. Al contrario, que nuestra decisión reconocía los notables avances logrados en el movimiento obrero y sindical; y el simbolismo de un obrero no le caía mal a una organización como la nuestra que tenía su principal eje de construcción en esos medios de clase. Además, gozábamos de la protección de una vigilancia política muy principista, que nos alejaría de todo erratismo u oscilaciones innecesarias.

La propuesta iba acompañada de elementos de balance sectorial. Combatíamos por la politización creciente de los trabajadores diferenciándonos en esto de los estalinistas y sus imitadores, contrarios a ello por su tramposo "economicismo". Luchábamos incesantemente por llevar nuestras posiciones políticas al seno de los revitalizados sindicatos. Pero a la vez, en la asamblea aprobaríamos un plan para estructurarnos más calificadamente en el movimiento obrero y popular de la región de Lima y Callao. Asimismo, abrir y desarrollar implantaciones diversas en provincias tanto en el movimiento obrero como estudiantil, preferentemente. Todo en la orientación de convertir en nacional a la organización.

Una buena porción de dudas se presentaron cuando completé la propuesta político-organizativa con la idea de que yo no consideraba ético –de una política sana– el hecho de permanecer por largo tiempo en cargos ejecutivos y de dirección, bloqueando así la prueba y promoción de otros dirigentes. En mi caso unos 10 años en el MIR-

Praxis de Argentina; después en el Apra Rebelde-MIR, bajo auspicio de Cuba revolucionaria; y últimamente casi seis años encabezando las principales iniciativas de construcción y orientación teórico-política de VR. En total, casi 20 años intensos, contradictorios y hasta dramáticos. Argumenté que no se trataba de dar algo parecido a un paso al costado o de delegar responsabilidades en otros compañeros, manifiestamente menos probados que yo.

No en esta asamblea sino en un futuro congreso programático estaríamos obligados a encarar el tema crucial del compromiso internacionalista de VR, cuestión que quedó pendiente en nuestros planteamientos iniciales, como ya lo hemos señalado. Es decir, responder con una actitud comprometida a los fundamentos que dieron origen a la tradición de las internacionales, la Primera de Marx y Engels; la Segunda, de los grandes partidos socialdemócratas; la Tercera, con Lenin a la cabeza como proyección internacional de la revolución de octubre; y la Cuarta con Trotsky y el programa de transición. Como, y a pesar de sus enormes limitaciones, sólo quedaba en pie en el terreno del marxismo y del socialismo revolucionario la Cuarta y el trotskismo, VR tenía el desafío de retomar el problema sin actitud escapista alguna.

Coincidíamos, eso sí, en que no debíamos apurarnos con prematuras y no elaboradas definiciones, en las que debían tomar parte activa todo el colectivo partidario, de abajo arriba y de arriba abajo. Cierto, no existían configuradas las internacionales de antaño, pero sí polos o centros internacionales que intentaban sustituirlas, entre ellos Moscú, Pekín o La Habana.

Si avanzábamos en la construcción de VR, en tanto organización de proyección nacional y gravitante en la izquierda socialista peruana, pensamos que, casi naturalmente, saldríamos al exterior para establecer relaciones internacionales. Aprovechando que la existencia de esos centros o polos dejaban libre una periferia, una diáspora, donde pululaban corrientes y organizaciones, que como nosotros, andaban en la búsqueda de su propia identidad política.

Con suerte ingresaríamos a esta diáspora con nuestra fuerza partidaria, pero sobre todo defendiendo nuestro marxismo y socialismo revolucionario no estalinista, no maoísta, no castrista y menos aún social-

demócrata. Expresando esto en un nuevo tipo de partido revolucionario, dispuesto a buscar afinidades y coincidencias teórico-políticas.

Obviamente este planteo tentativo, pero audaz por su contenido, estaría sometido a todo tipo de exigencias, a la prueba ineluctable de la crítico-práctica. En fin, explorar esta vía antes de encarar a fondo el tema candente del trotskismo y de la Cuarta Internacional, que a pesar de su marginalidad y de sus crisis recurrentes, levantaba las banderas del internacionalismo revolucionario y de la construcción de la dirección mundial del proletariado y de la revolución socialista internacional.

Estos planteamientos generales y los de la estrategia de construcción del partido fueron sustentados en la asamblea. Constituyeron el marco principista global a las decisiones concretas a tomar. Así, Rolando Riega fue elegido secretario general y yo político. Se discutió y aprobó el esquema de estructuración nacional de VR. Resolvimos abrir y desarrollar implantaciones en varias ciudades, principalmente en aquellas en las que el movimiento obrero y estudiantil tuviera existencia real. De esta forma esperaban a las punta de lanza vanguardistas ciudades como Arequipa, Cusco, Puno, Tacna, Trujillo, Chiclayo, para empezar a darle forma al desafío. A ellas se agregaría poco después Iquitos, la capital de la amazonía peruana, en la que rápidamente logramos construir un vigoroso núcleo influyente y militante.

Pero a diferencia de otras experiencias de la denominada "proletarización", fue conmovedor constatar cómo voluntariamente algunos de nuestros jóvenes militantes, principalmente universitarios, resolvieron sin exigencias ni presiones de la dirección abandonar transitoriamente los lugares donde estaban estructurados para marchar a provincias, con la convicción de que tendrían éxito en el desafío.

Y un balance posterior señaló que a pesar de no contar con medios de apoyo económicos realizaron su tarea-desafío reproduciendo en otros medios sociales y políticos lo que habían aprendido en su combate capitalino. Así, ayudaron a construir los núcleos partidarios a lo largo del país, que constituyeron los puntos de apoyo fundamentales para nuestra estructuración inmediata en las minas, en las haciendas cañeras, en los destacamentos obreros, en colegios y universidades, en los barrios marginales; y después en los medios campesinos.

Ante esto creíamos que nada podría detener nuestra marcha a constituirnos en una organización realmente nacional. Y si la lucha de clases nos ayudaba, comenzar a transitar el camino de la construcción de un partido revolucionario de vanguardia, pero fuertemente articulado en las masas populares.

El desarrollo nacional de la organización y las estructuraciones aprobadas en la asamblea se realizaban desigualmente. Por esto el frente estudiantil tomó impulso y se fortaleció mucho más que el de trabajadores, debido al ascenso de las luchas del sector en esos momentos. Además porque era más fácil ganar a la militancia organizada a los estudiantes que se iban politizando, lo que no ocurría así con los obreros que por diversas razones demoran en hacerla. De esta forma se producía un cambio de la militancia en favor de los estudiantes y en menor medida de profesionales. Ello a pesar de nuestra antigua e importante inserción sindical y en medios populares. A la vez, con el avance de la descentralización y regionalización se presentaban nuevos problemas que ponían en tensión las iniciativas de la dirección, aún no suficientemente afirmada. Explicable en cierta medida por las distorsiones que impuso la clandestinidad a la que fuimos empujados.

Por si esto no fuera trascendente en sí mismo, nuestro activo partidario acusaba otras influencias y presiones políticas. Una de ellas debido a que aún éramos prisioneros de la idea de que Cuba mantenía –y quizás perfeccionado– su proyecto de "exportación" de la revolución. Aparentemente lo demostraban los aprestos del Che Guevara en Bolivia. Y asimismo porque el castro-guevarismo calaba hondo entre estudiantes, en la juventud en general y en capas de la población al considerarlo una alternativa viable. Nuestros militantes y simpatizantes, en sus discusiones y enfrentamientos, acusaban fuertemente estos hechos. Y más todavía, ante la reiterada acusación de que los "vanguardistas" no teníamos un proyecto alternativo y tampoco un modelo de revolución. Ellos sí, decían: la bolchevique, la china y la cubana. Los maoístas, los más fuertes de la izquierda, se apoyaban en el prestigio de la revolución cultural y en la ruptura "por izquierda" con el revisionismo de Moscú. Así la doble actividad de nuestro combate contra las patronales y el gobierno, de un lado, y la cada vez mayor lucha política delimitativa exigía casi a gritos un momento de reflexión y balance.

Por tanto, la imperiosa necesidad de un congreso de carácter programático se ponía a la orden del día. Es decir, la actualización, o revisión, de nuestro documento fundacional. En realidad casi un nuevo programa y de una más correcta orientación política, al tomar en cuenta las vivencias principales del combate en que estábamos embarcados.

En esta transición –casi una encrucijada– pensamos que las diferencias políticas que se produjeran encontrarían un cauce apropiado, pero siempre dentro de la organicidad y democracia partidaria. Esta tensión tomó cuerpo con el retorno al país de los cuadros del exterior. Recuerdo sobre mi advertencia anterior acerca de la no homogenización política de este grupo de compañeros, que no realizaron una experiencia común con el activo militante en el país, calificado porque resistió los embates de la represión en la clandestinidad. Combate que salvó a VR de su destrucción. Los compañeros del exterior fueron influenciados por la revolución cubana, por la revolución cultural china y también por el mayo francés. Pero su rápida integración fue posible porque en los medios estudiantiles y de la juventud estos hechos tenían una audiencia importante.

No obstante, la realización del congreso programático sólo podría darse bajo circunstancias adecuadas y de un correcto manejo de los tiempos políticos. En 1968, VR –que pagaba los costos de la represión y de la clandestinidad– debió encarar los desafíos de la realidad. El gobierno, a través de la devaluación de la moneda, el sol, lograba un paliativo a la crisis económica, que refractaba en el país la crisis coyuntural de la economía mundial. Como siempre ocurre, las patronales trataron de salvarse atacando las posiciones y conquistas del conjunto de los asalariados. El rechazo de éstos a la agresión patronal y gubernamental se expresó en la forma de protestas y movilizaciones, que si se radicalizaban podrían llevar a un cambio de las relaciones de fuerza entre las clases. Por ello el nuevo y más amplio desafío a nuestros militantes con responsabilidades en los frentes de lucha. Una vez más se planteaba el tema de las urgentes y demandantes tareas sociales y sindicales que imponía nuestra estructuración en esos frentes, en contradicción a veces con las exigencias de la construcción partidaria. De ahí que este acentuado activismo comprometiera a cuadros y militantes responsables de estos sectores, que, coyunturalmente, dedica-

ban menor tiempo a las responsabilidades de la herramienta partidaria. Este hecho, común en otras experiencias, toma la forma de una contradicción entre sindicato y partido.

El núcleo de compañeros con vínculos firmes en el frente estudiantil, que mantenían simpatías por la revolución cubana y el guevarismo, buscaron expresarse políticamente. Esta inquietud giró alrededor del planteamiento de realización de un congreso de emergencia. Ricardo Letts, al que ya he presentado en este texto, encabezó este movimiento interno. Aparentemente la encrucijada social-política exigía respuestas políticas y partidarias de urgencia. Pero en la realidad de VR estas urgencias dejarían de lado el imprescindible balance de lo actuado desde el congreso fundacional. Y además el necesario rearme teórico-político para encarar los nuevos desafíos de la lucha de clases. Era todo un problema, porque VR, en sus Tesis, se delimitó políticamente del castro-guevarismo y de su método insurreccional. Estos compañeros, en los hechos, postulaban otra orientación política. En la tradición marxista, cuando surge este tipo de disidencias se las aborda a través de una discusión democrática, reconociendo el derecho a la formación de tendencias y fracciones. Y hasta el "derecho" a la escisión. Sin embargo este congreso "de apuro" no permitiría el ejercicio de esta conquista de la democracia obrera y socialista.

Este congreso de emergencia se realizó en julio de 1968. Ricardo Letts presentó en él un documento titulado: *La estrategia y táctica. El partido y las formas de lucha.* Documento de esencia militarista que ponía la construcción del partido al servicio de una casi inmediata acción insurreccional. Pero, además de su carácter esquemático, tenia el déficit de no considerar en toda su dimensión el escenario de la lucha de clases nacional e internacional. En el mes de marzo tomé la iniciativa de hacer reimprimir nuestras Tesis fundacionales de 1965 para que el activo partidario retomara sus fundamentos, ya "pasados por la vida" por quienes combatimos en el país. Y en el mismo congreso propuse la formación de una comisión –bajo mi responsabilidad– encargada de su revisión y actualización. Contradictoriamente se votaron y aprobaron los dos textos, que en los hechos expresaban posiciones diferentes, aunque esto no cristalizara aún en lucha abierta organizada tendencial o fraccionalmente.

En meses anteriores, a lo largo de las discusiones precongresales, expliqué a quienes me escucharan acerca de la necesidad de realizar algunas concesiones de tipo táctico y de oportunidad. Una de ellas, la aceptación de este congreso "de apuro". Esto porque la situación política del país favorecía la ofensiva del sector que comandaba Letts: la profunda crisis del gobierno del presidente Fernando Belaúnde que caminaba a convertirse en crisis del régimen de dominación. Otra, la aún gravitante influencia de la revolución cubana, nacional y continentalmente. De ahí el ascenso social, de las luchas de las masas populares, que alentaba el radicalismo en los medios estudiantiles. Les dije a mis oyentes que por esto el tiempo político en la coyuntura jugaba de lado de las posturas inmediatistas. De otro lado la exigencia –por cierto justificada– de realizar el balance de VR desde su fundación, si se concretara, podría llevar a una forzada polarización. Más aún, teniendo en cuenta que este sector disidente descalificaba el combate de los resistentes en el país. Combate que permitió construir y reconstruir a VR en esos años decisivos. Expliqué una y otra vez que en el movimiento socialista y marxista muchas de las rupturas y escisiones se producen alrededor de las disputas en los balances. Por tanto, insistí en realizar estas concesiones tácticas, que al impedir una ruptura no principista, despejaría la vía del congreso programático debidamente preparado.

La batalla por este congreso programático no era una postura "fetichista", ante la urgencia de un vigoroso rearme político dada la complejidad de las exigencias de la vida política. Ante esto el manejo de los tiempos era esencial.

Además yo pretendía, a lo largo de su preparación, sustentar algunas de mis ideas que consideraba "revolucionarias" en el medio: la principal, el partido de nuevo tipo a construir. Y en lo metodológico cambiar el carácter de la dirección haciéndola colegiada y revocable, con el protagonismo fundamental de las bases partidarias. Qué duda cabe de que este planteamiento ponía en cuestión el perverso centralismo democrático de la izquierda tradicional. Centralismo sí, pero convenientemente dosificado con el predominio de la democracia partidaria, sobre todo en las etapas democráticas de la vida política del país; y más firme aún en los momentos de crisis y de preparación de los congresos estatutarios. Esto acompañado de la pré-

dica contra la burocratización de las direcciones y de los liderazgos con rasgos autoritarios.

En lo inmediato, lo que sustenté en la asamblea nacional: no postular al cargo máximo de dirección, o sea de secretario general, que planteaba abolir. Me bastaba con conservar mi lugar en la comisión política y presidir la de educación a crearse, para desde ambas impulsar los trabajos y esfuerzos por el rearme político de nuestro colectivo partidario.

Sin embargo no todos los que coincidían conmigo y aceptaban mi autoridad y liderazgo estaban tan de acuerdo con estas iniciativas, por razones que a lo largo de este texto trataré de explicar. En el año 2003 entrevisté, entre otros, a Herbert Rondón que, muy joven, fue uno de los fundadores de VR por méritos propios, entre ellos su buen nivel de cultura política. Destacado al norte del país, junto con Guillermo Rivas, de parecidos méritos, lograron ambos implantar e impulsar el desarrollo de VR, principalmente en Trujillo y Lambayeque, entre trabajadores agrícolas de las haciendas azucareras y en los medios estudiantiles. Herbert, en ese diálogo, me hizo conocer lo que pensaban en aquel entonces algunos de los cuadros más destacados sobre mis ideas, aunque –dijo– no se atrevieron a discrepar abiertamente conmigo, sea por sus propias dudas o por la autoridad que sobre ellos tenía. Más allá de la aceptación a regañadientes de un congreso inmediato, casi impuesto, ellos creían que el documento de Ricardo Letts constituía un abandono de casi todo nuestro programa fundacional. Que era de tipo militarista, casi organicista, marcando arbitrariamente cada fase de construcción como si fuese un desarrollo aritmético. De ahí sus dudas si no era necesario dar batalla en esos momentos; dejando para después la sustentación del congreso programático. Entre otros temas, hizo comentarios acerca de lo que consideraban un innecesario desprendimiento mío: dejar que los compañeros se desarrollen políticamente con entera libertad e iniciativas propias; que si bien eso era una cosa positiva, podía convertirse en negativa en nuestro medio y costumbres políticas, al ser aprovechada por algunos para sus propias apetencias políticas; que era noble de mi parte pero que políticamente no era lo mejor; que fue un enorme error dejar que Letts, Edmundo Murrugarra y otros integraran la dirección del partido para desde

ahí realizar sus propias ambiciones políticas. Es decir, un proyecto que ponía la construcción del partido al servicio de una supuesta inmediata insurrección. Según Herbert Rondón los hechos políticos posteriores confirmarían lo acertado de sus dudas; y, entonces, de mi error.

Ya lo advertí: en mí primaban los acentos de mi formación argentina bajo la tutoría del maestro Silvio Frondizi. Y que la experiencia posterior me permitió enriquecer, ya con mis propios aportes, incluso a contrapelo de los usos y costumbres de las corrientes de la izquierda de esa época, incluida mi reflexión sobre el castrismo. Debido a ello fui objeto de rechazos y ataques de todas las "esquinas". Incluso intelectuales de izquierda, que me criticaban amigablemente, pensaban que mis ideas –no importa si inacabadas– mostraban una falta de vocación de poder y de mando. Les parecía algo así como un idealista y romántico metido donde no debería estar: en la ciénaga de la vida de la izquierda. Le dije a Herbert que, equivocado o no, nunca arrié banderas que consideraba principistas, ciertamente a contramano de usos y costumbres. Rechazaba el "hombre nuevo" tipo "guerrillero heroico", o el maoísta surgido de "el poder nace del fusil". ¿No es que Marx y los buenos marxistas sustentaron que este hombre nuevo se iría plasmando desde la militancia, enfrentando los desafíos del enemigo de clase, alcanzando incluso la dimensión humana y moral de auténticos revolucionarios? ¿No queríamos ser parte de una nueva izquierda alejada de las sectas dogmáticas y de los sustituismos de corte estalinista? Mi amigo Herbert –mucho menos viejo que yo– siguió realizando aportes. Me dijo que evidentemente él pensaba que las críticas a mi falta de ambiciones políticas y de poder eran esencialmente incorrectas, como fehacientemente lo demostraba mi historia. Además de constructor de herramientas partidarias –dijo– había sido constructor de ideas y formador de hombres, cuadros y militantes, en todos los medios y países en los que había actuado. Además, afirmó, la historia chica ha resuelto a mi favor porque casi todos mis adversarios políticos de esos tiempos –con algunas y puntuales excepciones– se habían reciclado, integrados al sistema, parte como intelectuales y pensadores políticos pero intrasistema. Algo así como si su escepticismo de hoy se sustenta en la otra vereda "del fin de la historia" de Fukuyama: el fin del socialismo. Ya que cuando lo recuer-

dan, incluida la idea de la revolución, es apenas para mitigar su dormida y antigua conciencia socialista.

La aprobación en el congreso de los dos documentos daba cuenta de las diferencias políticas, aunque éstas no cristalizaran todavía en una fractura o escisión como yo no quería que ocurriera, obviamente por prematura. Sin embargo en el accionar político y en la vida intrapartido comenzaron a tomar cuerpo las posiciones. En el caso de los disidentes, el intento de correlacionar las direcciones de frentes y regionales con nuevos compañeros con el pretexto de reforzarlos. Eso sí, esto casi imposible en el movimiento obrero y popular en los que nuestros cuadros ganaban autoridad de dirigentes por su consecuencia, en un sinfín de luchas. Asimismo de un día para otro apareció una "comisión técnica", núcleo supuestamente armado encargado de la defensa del partido y del adoctrinamiento "militar". Surgió dirigida por un tal Eli al que no conocía, recién ingresado a VR, con el mérito, dijeron, de haber pertenecido a los equipos armados del Apra, pero que ahora venía de Cuba convertido en instructor militar. Tampoco conocí a otros componentes de la comisión.

Desde ya que la aparición sorpresiva de esta comisión de funcionamiento clandestino impidió, como hubiera debido hacerse, una profunda discusión sobre el tema. Ya que un pequeño partido –por no tener influencia de masas– no puede ni debe crear un organismo independiente ajeno a su control, aunque se trate de su defensa. Y si en circunstancias determinadas de la lucha de clases se tuviera que contar con un cuerpo armado, éste debería apoyarse en los trabajadores organizados, por ejemplo en sindicatos, asambleas populares, comités de fábrica, o en cualquier otra herramienta que las masas creen. Si así no ocurriera estos grupos armados construidos fuera de la realidad política y fuera del control partidario correlacionarán las estructuras partidarias y su juego democrático interno, por estar privilegiadamente beneficiados del secreto de su funcionamiento y por detentar armas que el resto de la militancia no posee. Como una tarea inmediata, los integrantes de esta comisión comenzaron la preparación "militar" de los militantes, organizando marchas de campaña, de resistencia, de manejo de armas y ejercicio de tiro en lugares escogidos previamente en los cerros de las afueras de Lima. Pero los más

"radicalizados", partidarios de las acciones directas y de "coraje revolucionario", pretendieron demostrarlo a través de otros actos: asaltos o atracos a personas e instituciones. En uno de ellos murió un estudiante de ingeniería y otros quedaron presos. Mucho después nos enteraríamos de que el grupo "técnico" entró en crisis y se deshizo sin pena ni gloria. Por esto no se pudo realizar un balance, como correspondía, de las responsabilidades de quienes en la dirección impulsaron esta aventura.

Mientras esto ocurría, entre los militantes se buscaba crear "ambiente revolucionario", exaltando el sentido heroico de la vida: renunciar a las comodidades, dejar los estudios, relacionarse con los campesinos; en fin, ponerse al servicio incondicional del partido. Como uno de los medios para crear este ambiente, además de la prédica insurreccional, se realizaron encuestas a los militantes acerca de cuándo creían que empezaría la revolución. En una de ellas los más pesimistas opinaron que en dos años. Otros, los más "lanzados", en dos o tres meses; y que por esto había que prepararse con urgencia para concretarlo. Eso sí, con la advertencia de no caer en los errores del MIR y el ELN que –decían– iniciaron las acciones guerrilleras sin tener apoyo en el pueblo; lo que no ocurriría con VR.

Esta ofensiva del sector disidente-militarista, de orientación castro-maoísta, intentó dotarse de justificativos políticos, principalmente la crítica, aunque solapada todavía, a los resistentes del país que posteriormente serían acusados de "obreristas" y después de "trotskistas". Afirmaban que ellos, de haber estado en el país, hubieran construido una organización poderosa, lista para la lucha armada. Con la finalidad de quemar etapas, por el tiempo que apremiaba, Ricardo Letts intentó concentrar en su persona las mayores responsabilidades de dirección, mientras captaba cuadros y militantes a su proyecto. Reconozco que estos manejos de carácter fraccional no me asustaron. De mi acumulada experiencia extraía reservas y un buen caudal de paciencia. No veía peligros para nuestra existencia porque creía en la firmeza y capacidad de dirigentes, cuadros y militantes forjados en la resistencia. Asimismo bien y convenientemente estructurados en los frentes de clase, obreros y sociales.

Igualmente, el alegato de los disidentes por esta especie de "revolución inminente" no tenía basamentos en la realidad del país y tam-

poco del partido. Por ello esta vocación de guerrillerismo tardío quedó desfasado ante los ya reales fracasos de estas experiencias a escala continental, incluida –lamentablemente– la del Che Guevara en Bolivia. Paciencia, me dije, pero para dar el combate en terreno y tiempo escogidos.

La cuestión nacional y el nacionalismo de izquierda del general Juan Velasco Alvarado

Apenas tres meses después de realizado el congreso y de los primeros actos afirmativos de los disidentes se produjo un hecho llamado a cambiar totalmente el sino de la etapa: el golpe de Estado que dio la Fuerza Armada, el 3 de octubre de 1968. Cayó de sorpresa, tanto para el conjunto de las fuerzas burguesas, económicas y políticas, como para la izquierda en todas sus variantes. Su carácter institucional, es decir el acuerdo o pacto del Ejército, la Marina y la Aviación, actuando colegiadamente, determinaba la forma del reparto del poder y de la administración del Estado. Asimismo, la naturaleza de las profundas contradicciones que suscitaron al pretender el cambio de régimen. En su primera fase fue una especie de "dictablanda", bajo el liderazgo del general Juan Velasco Alvarado.

De esta forma fue derribado el gobierno del partido Acción Popular y del presidente Fernando Belaúnde. Concluía así la etapa democrática abierta con el gobierno de Manuel Prado (1956–1962), que siguió al de la dictadura sanguinaria del general Manuel Odría (1948–1956). La izquierda, tomada de sorpresa, caracterizó –con matices– de reaccionario y tradicional al golpe. Pero la sorpresa fue mayor aún cuando los militares tomaron por asalto el campo petrolero de Talara, propiedad de la International Petroleum Company (IPC), subsidiaria de la Standard Oil norteamericana. Y remataron el gesto acusando al presidente Belaúnde de entreguista, antipatriota y de querer entregar el petróleo al dominio extranjero, o sea norteamericano. Rápidamente Washington salió en defensa de aquélla. Amenazó con aplicar al Perú la Enmienda Hickenlooper que sanciona a quienes en el exterior expropian a sus empresas sin una justa indemnización. Sin

eufemismos: los que ellos exigen como compensación. El gobierno militar, con Velasco Alvarado al frente, se mantuvo firme y entró a negociar con una política ofensiva.

El enfrentamiento radicalizó al gobierno y con él a la Fuerza Armada. Se salió del marco de la discusión legal reivindicativa al pasar a un accionar político que iba casi a saltos más lejos de su programa de acción inicial. Este comprendía sólo la regulación de la propiedad con la intervención del Estado a través de medidas de corte "nacionalista", sin la participación de las fuerzas burguesas tradicionales –patronales y partidos– y sobre todo sin la mínima participación popular. Con esto el gobierno militar se colocaba a la izquierda del ordenamiento burgués.

Aquí me detengo para intentar explicar el surgimiento a través del gobierno militar de un régimen nacionalista, que en su primera fase adquirió la fisonomía de nacionalismo de izquierda bajo el liderazgo, repito, del general Velasco Alvarado. Casi en nada comparable con el golpe militar que en 1964 había derribado en Brasil al gobierno de João Goulart. Tampoco resiste una comparación con la dictadura del general Barrientos en Bolivia y ni mencionar a la larga dictadura de Stroessner en Paraguay. Ya sé que hay que tener cuidado con las analogías que no siempre son útiles, por la conjunción de realidades políticas y peculiaridades que se combinan en los países. En el caso peruano hay que señalarlas aunque sea sucintamente teniendo en cuenta su condición de país económicamente atrasado, en un momento dado de la realidad continental.

En el caso de la Fuerza Armada –institución determinante del Estado– lo peculiar no es el golpe militar, sino el carácter que tomó al reivindicar como propias consignas nacionales y democráticas que en el país semicolonial debieran ser asumidas por la denominada burguesía "nacional". En cuanto a las relaciones entre las diversas armas, el Ejército ha sido siempre quien tomó las iniciativas golpistas –y me parece que asimismo en otros países latinoamericanos–. Pero también es el que más soporta presiones sociales y políticas, dada su composición más popular. En el caso peruano, después de la Segunda Guerra Mundial se fue conformando en el Ejército una vanguardia, no necesariamente conspirativa, preocupada por las alternativas de la cambiante realidad continental: rebeldías, crisis sociales y aún revoluciones, como la

boliviana y la cubana. Este sector se preguntaba si necesariamente debían seguir siendo garantes de la dominación reaccionaria y oligárquica; y en lo internacional de los pactos militares, entre ellos la aplicación de la doctrina de seguridad nacional impuesta por Estados Unidos.

En este cuadro de situación, con la revolución cubana y sus planes de revolución continental gravitando en el país, la Fuerza Armada de conjunto vio con simpatía y apoyó al gobierno del presidente Fernando Belaúnde, pensando que su programa reformista podría canalizar las demandas populares, cada vez más radicalizadas. Cuando surgieron las guerrillas acataron la orden de reprimir, lo que realizaron exitosamente con los métodos de guerra de exterminio aprendidos de los manuales norteamericanos y en la Escuela de las Américas de Panamá. Pero como el gobierno giró a derecha, la vanguardia militar resolvió actuar. Se preguntaron ¿A quién servimos?, ¿a la oligarquía y gobiernos de derecha? Les preocupaba los problemas fundamentales irresueltos del país y la crisis social en desarrollo. Su armamento ideológico: lo aprendido en Centro de Altos Estudios Militares, con su eje en la defensa del denominado "potencial nacional".

El general Arturo Valdés Palacios, secretario del consejo de ministros durante el gobierno del general Velasco (1968-1975), en su libro *La revolución itinerante* da cuenta, por acción u omisión, del camino que llevó al régimen militar a su radicalización creciente desde su tímido programa inicial. Es que al justificar el golpe militar con la reivindicación nacional del petróleo, hecho rechazado por Estados Unidos, desencadenó un conflicto internacional que encararon con las consignas de la defensa de los intereses nacionales y la defensa de los recursos estratégicos imprescindibles para la supervivencia y desarrollo del país. Las fuerzas burguesas –económicas y políticas, entre éstas el Apra– quedaron desenfocadas, acostumbradas a los golpes tradicionales con cuyos gobiernos muchas veces co-gobernaban.

El hecho de enfrentar siquiera limitadamente al imperialismo norteamericano en un hecho puntual como el petróleo, a lo que se agregó la defensa de los recursos naturales, escindió a gran parte de la patronal acostumbrada a aceptar las políticas impuestas por el amo extranjero. Por esto quedaron alineadas contra el nuevo gobierno. Su anonadamiento se agravó cuando casi inmediatamente el gobierno

decretó una reforma agraria, antilatifundista y distributiva de la tierra, con una forma de pago de las expropiaciones que los propietarios agrarios consideraron confiscatoria. El régimen, al tomar mediadas de resistencia al imperialismo y en lo interno otras fuertemente reformistas, va asumiendo la fisonomía de un régimen nacionalista que con el general Velasco Alvarado adquiere su mayor radicalismo, al que denomino, no sé si correctamente, de nacionalismo de izquierda.

De ahí que este régimen adquiere un carácter singular en la realidad continental, tanto que otros gobiernos dictatoriales –entre ellos el argentino y el chileno– lo motejan despectivamente de "comunista". Les sorprendió a sus críticos que el general Velasco se rodeara de un núcleo de coroneles y generales tan radicalizados como él. Y más asombro les causó el hecho de buscar la asesoría de intelectuales y profesionales que se reclamaban socialistas y marxistas. Velasco y su equipo de vanguardia tomaron como propias ideas y planteamientos de éstos.

En la defensa del petróleo fue destacada la asesoría, entre otros, del eminente abogado Alberto Ruiz Eldredge. En la redacción del proyecto de reforma agraria, la asesoría de los especialistas civiles en el tema fue gravitante. Asimismo en medidas como la nacionalización de parte de la banca, la expropiación de las empresas pesqueras, cuando el Perú era uno de los mayores países pesqueros del mundo; de parte importante de la minería; en el control del comercio exterior y de otras medidas de carácter reformista.

Dice el general Valdés

> que la nuestra era una revolución incruenta, hecha sólo por la Fuerza Armada. Los civiles nos miraban desde el balcón... La izquierda, por su parte, con la miopía de siempre, rechazaba por principio a la Fuerza Armada, sin análisis, *per sé*; el ser antimilitaristas era un dogma; de los militares sólo podían recibir represión. ¿Cómo conseguir que el pueblo y la izquierda nos entendieran? ¿Cómo hacerles comprender que nuestro deseo era destruir las estructuras seculares, transformar el país y satisfacer las necesidades esenciales de nuestro pueblo siempre aplastado?

El general se lamenta que la izquierda no se dé cuenta que encabezaban una revolución inédita en el país; que debía abandonar su

miopía y dogmatismo sobre los militares. Sin embargo, cuando se produce el golpe militar no había razón para no creer que se trataba de uno de los tantos golpes castrenses tradicionales. Además, pasada la sorpresa, esta izquierda constata que las primeras reformas y cambios se decretan desde arriba, en la soledad de la cúpula detentadora del poder, sin consulta o participación de instituciones o fuerzas de la "democracia"; y para peor sin la menor participación popular. "Los civiles nos miraban desde el balcón", afirma el general. Debió agregar, el pueblo y parte de la izquierda también. Este hecho da cuenta del temor de los militares a la participación y movilización popular independiente. Hecho que según mi parecer determinará el carácter del régimen y en gran medida su frustración futura.

Este general no acierta al caracterizar el comportamiento de lo que genéricamente denomina izquierda, como si ésta fuera un todo uniforme y no compuesta por diversas y a veces antagónicas vertientes. Por eso, con la dinámica nacionalista y reformista que tomó el proceso, se manifestaron distintas posiciones en esta izquierda. He señalado la colaboración y apoyo de intelectuales y profesionales, incluso partidarios, que se reclamaban del nacionalismo revolucionario y del socialismo marxista. Estos vieron la oportunidad de realizar una experiencia práctica y directa con la revolución, para ellos sin comillas, no importa si dirigida por la Fuerza Armada. Este mismo apoyo incondicional recibieron los militares, del Partido Comunista pro Moscú. Este vio en la "revolución peruana" y en el liderazgo militar algo así como la etapa democrática de la revolución socialista, con el hecho excepcional de no estar dirigida por la burguesía "nacional" sino por militares; e incluso contra ella. Los grupos maoístas, fuertes por su estructuración obrera y estudiantil, tendrían que haber asumido la misma postura que los "revisionistas" de Moscú, debido a su política de colaboración de clases y a su etapismo frentepopulista. Pero pesaba en ellos la influencia de la revolución cultural china y el hecho de que en este caso no podían coincidir con los agentes de Moscú, a cuya burocracia rechazaban desde una posición de izquierda. Asimismo, les olía mal lo excepcional del liderazgo militar. Para los sectores maoístas más dogmáticos esta era una dictadura de corte fascista.

VR no escapó a la confusión y desconcierto inicial de la izquierda ante el golpe de Estado militar. Lo consideramos el inicio de una dictadura ante el hecho de haber derribado a un gobierno constitucional. Pero, a renglón seguido, las medidas de corte nacionalista y reformista alterarían en alto grado nuestro discernimiento político. Consideré que por la dinámica que tomaba el proceso quizás habría que referenciarlo con el peronismo, del que conocía bastante por mi anterior militancia argentina. Sin embargo, no pudimos discutir orgánicamente y tampoco convocar a un evento nacional como correspondía hacerlo ante un hecho que claramente perfilaba una nueva etapa política en el país. Gravitó en alguna medida la represión que soportábamos, que nos mandó, otra vez, a la clandestinidad. Pero sobre todo porque los disidentes castro-maoístas asumían ya comportamientos abiertamente fraccionales, al beneficiarse coyunturalmente del dislocamiento de la vida partidaria.

Lo nuevo de este fraccionalismo era que al accionar de Ricardo Letts y de sus seguidores se sumaba el de Edmundo Murrugarra, ya reintegrado al país desde Francia, a donde había marchado voluntariamente para realizar una maestría académica. Retornó con posiciones políticas de tipo maoísta y dispuesto a dar batalla contra el "trotskismo" de nuestro documento fundacional. Sí, el mismo documento que él y Letts asumieron sin críticas. Edmundo, de contactos firmes con estudiantes, intentó ampliarlos a sectores obreros y populares. Ahí donde los denominados "obreristas" teníamos decisiva influencia. Por tanto era inevitable la colisión ante las diferencias políticas.

Yo quise que fuera él quien me siguiera al timón de la dirección. Pero cuando se realizó el congreso de "apuro", en julio de 1968, todavía no se había reintegrado al país. Tomé en cuenta que tenía una formación teórico-política relativamente sólida, lo que no ocurría con Letts, que venía de las filas burguesas y cuyo marxismo y socialismo debía probarse aún. Además, en las discusiones previas a nuestro congreso fundacional, Edmundo se había manifestado como un crítico del estalinismo en general e igualmente de los partidos comunistas. A pesar de que venía de una experiencia militante en el Partido Comunista pro-Moscú, decía ser admirador de León Trotsky y de la validez de su legado, principalmente de la teoría de la revolución permanen-

te. Ahora enfilaba su crítica a lo que consideraba el reformismo de las posiciones trotskistas que nuestras Tesis trasuntaban, según él. De mi lado opiné que era bueno que manifestara sus disidencias a través de la discusión y que si ésta se desarrollaba por los carriles partidarios y de su sana democracia interna nos alejaríamos de una fractura innecesaria y prematura. Es que sabíamos que un proyecto de programa –como el nuestro– nunca es un programa completo. Pero asimismo sentíamos que nuestro programa de acción indicaba una ruta, desde entonces hasta el comienzo de la revolución social. Con su método de consignas transitorias pretendíamos orientar a los distintos estratos de las masas trabajadoras en dirección de la revolución socialista, y no caer en una orientación abstracta, de repetir sin ton ni son consignas generales sin tomar en cuenta la práctica; por ejemplo, a los sindicatos y a otras herramientas de los trabajadores. Todo esto para no caer en un propagandismo sectario y perder así la orientación revolucionaria estratégica.

Edmundo atacaba la validez de las reivindicaciones transitorias en tanto método, sabiendo que éstas no pueden realizarse completamente si se mantiene el régimen burgués. Igualmente que el carácter de las reivindicaciones democráticas y transitorias, su interdependencia y orden de prelación, están determinados por las peculiaridades del país, con el considerable peso de su atraso.

Evidentemente nuestro método consideraba la dualidad de poderes como un punto culminante de las relaciones de fuerza entre las clases. Trotsky escribió que en un momento determinado de esta correlación podrían aparecer los soviets, pero ya en una etapa abiertamente revolucionaria; y que la consigna de los soviets coronaría el programa de reivindicaciones transitorias. Es decir, que en nuestras discusiones tomamos en cuenta, como un ejemplo, la experiencia de la revolución socialista rusa de 1917, considerando que sus principales momentos expresaban un curso de revolución permanente. Lo que asimismo reconocimos en la dinámica que tomó la revolución cubana.

Era evidente la no coincidencia de estas formulaciones con el guerrillerismo inmediatista de Letts; y tampoco con la abstracción maoísta del partido revolucionario de masas. Uno y otro, con sus seguidores

de ocasión, coincidieron táctica y coyunturalmente en liquidar al "trotskismo" supuestamente impuesto a VR, desde sus inicios, por Ricardo Napurí. Por lo bajo afirmaban que ya era el momento de liquidarme políticamente. Pero no se atrevieron a expresarlo abiertamente. No obstante escogieran para empezar su tarea de demolición a Jorge Villarán, algo así como mi mano derecha, de enorme prestigio ganado como dirigente de los trabajadores bancarios y por ser miembro de la dirección nacional de la central obrera reconstruida. Ricardo Letts fue más expeditivo: se apoderó de cartas personales que Jorge dejó olvidadas en un local partidario. Según el acusador, su contenido demostraba una cercanía de Villarán con el trotskismo. Este se escribía con compañeros del grupo Política Obrera de Argentina, a quienes conoció en su breve estadía en Buenos Aires donde fue por mi recomendación para descansar y tratar médicamente su salud deteriorada. Esta denuncia constituía un hecho inusual en nuestra metodología democrática y en la ética partidaria. Murrugarra fue más prolijo al atacar "por izquierda" el método transitorio y al supuesto reformismo trotskista. Acusó a Villarán de ser uno de los principales referentes de esta desviación política. Pero el lector no debe engañarse: este primer avance estaba encaminado a golpear a la presa mayor, Ricardo Napurí; en esos momentos intocable para ellos.

Fue grave que el mancomunado ataque a lo que representaba Jorge Villarán apareciera cuando soportábamos quizás el peor momento represivo, en nuestra clandestinidad. Es que Jorge, lo repito, fue un referente importante en toda la etapa de la resistencia y uno de los más inteligentes y hábiles constructores del partido. Muy joven todavía fue elegido secretario general del centro federado del Banco Continental. Sumó a ello el de dirigente nacional de la central obrera, a cargo de las relaciones internacionales. Desde estos calificados lugares le tocó ser parte activa y dirigente de las luchas de este sector de trabajadores para desplazar de la banca privada y pública a los dirigentes apristas que desde larga data tenían el control burocrático del sindicalismo bancario. Este combate adquirió proyección nacional por la fuerza del sector gremial bancario afiliado a la Confederación de Trabajadores del Perú (CTP), la central obrera aprista sometida al sindicalismo propatronal norteamericano.

Un frente único de tendencias sindicales, incluidos los comunistas ya fuertes en el gremio, logró desplazar de la dirección de la federación de empleados bancarios al aprismo. Jorge, militante y dirigente de punta, aprovechó este proceso de luchas para tomar contacto con quienes en sus respectivos bancos daban la misma batalla. Por ejemplo en el Banco de Crédito, el más importante del país en ese entonces, coincidió con Madga Benavides, Luis Bordo, Fausto Mayorga, Jorge Domenech, Benigno Gutiérrez, Fabián Aragón, entre otros. Algo parecido ocurrió con los trabajadores de otros bancos, privados y estatales. Si menciono a estos compañeros es porque llegarían a ser militantes y cuadros de VR, instalando con su accionar al partido como una apoyatura formidable para la proyección nacional de su movimiento. De esta forma con sus presentes y futuras luchas devendrían por casi una década en una calificada vanguardia del movimiento de los trabajadores en el país, a pesar de su condición de trabajadores "de cuello y corbata". Un hecho que demuestra que en el país atrasado por su especial configuración de clases y capas de la población, la vanguardia en las luchas reivindicativas y políticas puede ser asumida por sectores de trabajadores no considerados como "puramente obreros". Hecho asimismo que recalifica la idea de clase obrera para hacerla extensiva a todos los que viven de la venta de su fuerza de trabajo.

Esta ofensiva "antitrotskista" fue acompañada por el intento de prohibir la lectura de libros de León Trotsky, a lo que me opuse decididamente. Este inaudito hecho de censura de tipo estalinista tuvo un efecto contrario, al desatar entre los jóvenes militantes una gran avidez por la figura y el pensamiento del fundador del Ejército Rojo. Consideré que si no impedíamos el avance de esta especie de terrorismo ideológico los fundamentos metodológicos y éticos de VR quedarían hechas trizas. Algunos de mis más cercanos colaboradores se extrañaron de que yo –el dirigente más reconocido y el de más autoridad en el partido– no respondiera enérgicamente a estas agresiones. Es decir, organizando bajo mi iniciativa a la mayoría de compañeros. Esto equivalía a responder en el terreno que fijaban los disidentes, o sea fraccionalmente. Me negué, afirmando que había que seguir apostando al futuro congreso, pero ya debidamente preparado. Dije que fraccionarse en la clandestinidad partidaria, sin una democrática discusión

interna, nos conduciría irremediablemente a una fractura partidaria, hecho que beneficiaría a los disidentes castro-maoístas. Asimismo un hecho fraccional que no tuviera por eje la situación política del país y nuestra orientación política en la etapa, constituiría un grave error político.

Herbert Rondón, en la reunión que doy cuenta, afirmó que un grupo de compañeros sorprendidos por este cambio en la situación del partido se pusieran a estudiar con avidez a Trotsky, convencidos de que su pensamiento global daba la mejor respuesta en esta etapa de la lucha de clases. Prosiguió con algo que yo desconocía: que fue él quien prestó a Jorge Villarán los primeros libros que leyó sobre el dirigente de la revolución de octubre. Por tanto, los compañeros que llegaron últimamente al conocimiento de Trotsky –por supuesto después de que lo abordáramos en las discusiones fundacionales– no lo hicieron por mi iniciativa. Y que recuerda que una vez fue a visitar a Murrugarra y constató que manifestaba una profunda admiración por Trotsky.

Le recordé a Herbert el contenido de las discusiones que tuvimos sobre el estalinismo, en los años 1964-1965; discusiones que quedaron reflejadas en las Tesis. Pero que ante la ofensiva antitrotskista en el partido y la aplicación de métodos de carácter estalinista, era necesario reflotar lo discutido anteriormente. Por ejemplo, que Stalin concentró su odio a Trotsky y a sus seguidores en la URSS en esta frase: "El trotskismo debe ser extirpado, junto a todas sus raíces". El curso que tomó la historia señalaría que "todas sus raíces" significó la liquidación de la revolución proletaria y el socialismo soviético; y del legado leninista del que Trotsky se reivindicaba. Seguidamente llegaron los juicios de Moscú, a través de los cuales fueron asesinados casi todos los miembros de la dirección leninista. Pero también la orden a los partidos comunistas miembros de la Komintern de "extirpar" a los seguidores de Trotsky, en cada uno de los países. Encargo que éstos trataron de cumplir a lo largo de decenas de años. Claro, si se lo permitían las condiciones políticas concretas.

No obstante, este mandato tuvo adhesiones no sólo en las filas de los comunistas estalinistas. El triunfo de la revolución de octubre y la creación del primer Estado obrero en el mundo desató una ola for-

midable de simpatía en todos los continentes, incluso en las filas de quienes se reclamaban de la democracia, a los que no importó las advertencias sobre el perverso régimen estaliniano, que tiempo después fuera conocido como "socialismo real". Entre otros ejemplos destacamos el de la Sociedad Fabiana –demócratas de izquierda ingleses "socializantes"–, con sus representantes más destacados Sidney y Beatrice Webb y Bernard Shaw. Estos, efusivamente apoyaron y justificaron el totalitarismo estalinista, los procesos de Moscú y el pacto Hitler-Stalin. Destaco además el caso del filósofo George Lukcás, que a pesar de su pensamiento crítico en las disciplinas que dominaba, guardó silencio ante los horrores estalinianos justificándolos por la necesidad de defender a la Unión Soviética ante el peligro hitleriano. Ni siquiera los procesos de Moscú cambiarían su posición aberrante.

Estos acontecimientos que fundamentaron nuestra delimitación con al estalinismo, al que acusamos de enterrador de la revolución socialista internacional, debían ser actualizados y debidamente analizados. Lo que no pudimos realizar en el período de clandestinidad. Pero sí logramos delimitarnos de la metodología estaliniana. Y que si ésta fue aceptada directa o pasivamente por quienes se reclamaban demócratas o de un origen político diferente –para el caso, nacionalistas progresivos y reformistas en los países atrasados–, VR, además de esta delimitación política, en la vida partidaria asumiría una práctica sana y una postura fuertemente ética, principista. De ahí que consideramos como una manifestación de terrorismo ideológico la prohibición de leer a Trotsky, o a cualquier otro personaje del no gusto de los censores ocasionales.

No contentos con esto los disidentes dieron otro paso. Jorge Villarán fue separado de la dirección nacional, acusado de algo así como trotskista infiltrado. ¿Las pruebas? Sus cartas personales de las que Ricardo Letts se apropió. No hubo derecho de defensa, como correspondía, bajo el pretexto de la clandestinidad y promesa de tratar el caso en un futuro evento. Poco después fui citado a reunión urgente de la dirección, en el domicilio del sociólogo e historiador Rodrigo Montoya, uno de los muchos intelectuales amigos o simpatizantes del partido. Pero por no ser dirigente no estuvo presente en ese momento.

Estuvieron en la escena Edmundo Murrugarra, Ricardo Letts, dirigentes estudiantiles y algún otro invitado, entre ellos Eli, el oscuro y secreto responsable de la "comisión técnica", pero en esa circunstancia justificada para defender la seguridad de los presentes. Sin preámbulos Letts prendió una grabadora en la que se escuchó la voz de Jorge Mango, nuestro dirigente del gremio de la construcción y miembro de la dirección nacional de la central obrera. ¿Qué denunció el entrevistado? Qué él, Rolando Riega, Ricardo Napuri y Jorge Villarán nos habíamos reunido con un dirigente de una organización trotskista francesa. Y que en esa reunión se había acordado la adhesión de VR a la Cuarta Internacional. Nadie quiso escuchar mis argumentos: no sólo la falsedad de la acusación, por otro lado inviable sin un acuerdo del organismo máximo de dirección, aunque, asimismo, el encuentro no tenía por qué contar con el aval del conjunto de la dirección. Afirmé que la denuncia de Mango debía ser tratada por los organismos correspondientes. Nadie quiso escuchar y menos discutir. La decisión estaba tomada desde antes: la separación del partido de Villarán y Napurí y de todos los que se consideraran sus seguidores. Incluso el papelito con los nombres estaba sobre la mesa. Demás está afirmar que la escena de violencia contra mí de parte de los valientes fraccionalistas y de su guardia armada no me hizo mover un pelo de la cabeza, salvo para mi justa indignación. Los intrépidos acusadores guardaron silencio sepulcral cuando días después el "delator" Jorge Mango abandonó a VR para ponerse al servicio del gobierno militar, en los afanes de crear una central obrera oficialista.

François Chesnais en el Perú

Año 1970. Fui invitado por Jorge Villarán a un encuentro con François Chesnais, funcionario de la OCDE, de visita al país para cumplir tareas encargadas por dicho organismo. Chesnais aprovechaba de su cargo para relacionarse políticamente con quienes creyera conveniente. Nos dijo que se había enterado de nuestra existencia hacía muy poco; y creo, si mal no recuerdo, que afirmó que Jorge Altamira o Guillermo Lora le hablaron positivamente de VR. De ahí el origen de su

inquietud. Creo que contactó primero con Villarán, el que ofició de invitante para el resto de los presentes. La agenda tuvo dos temas: uno, la presentación a grandes rasgos de VR, su historia y objetivos partidarios; el otro, a cargo de él, una visión del movimiento trotskista y en particular de la corriente de la que era uno de sus dirigentes, el denominado "lambertismo". Jorge y yo fuimos los ponentes del primer punto de agenda. Chesnais hizo lo propio en el suyo. Pero lo más interesante del diálogo giró alrededor de las preguntas y respuestas, con algo de discusión. Recuerdo que Chesnais no asumió una postura autoproclamatoria de la Cuarta Internacional y tampoco de la corriente de la que era miembro. Reparé en su idea de que la Cuarta era apenas un embrión de partido mundial y que aún en esta condición estaba a prueba, ya que no "había hecho los deberes" como correspondía. Algo así como un puente o herramienta con un destino aún incierto: o llegaba a ser realmente "la" internacional o de lo contrario en apenas un puente a atravesar para despejar el camino de una nueva internacional. Ante nuestra pregunta de si sería puramente obrera, manifestó sus dudas al tener en cuenta que el desarrollo desigual en la etapa imperialista se expresa en naciones opresoras y naciones oprimidas. Este hecho se ha manifestado, de un lado, en la forma que la cadena se rompe por los eslabones más débiles; y en una diferente conformación de clase, con los particularismos de los países económicamente atrasados, la mayoría de la población mundial. Es decir, que existe la posibilidad de que la nueva internacional esté conformada por la expresión política del conjunto de los trabajadores oprimidos.

Chesnais nos dijo que todas las internacionales conocidas –Primera, Segunda, Tercera y Cuarta– aún justificadas en diversos momentos históricos y de la lucha de clases, no se habían podido realizar como el partido mundial de la revolución socialista. Que el indagar el porqué constituía un desafío para todos los internacionalistas. En cuanto a la Cuarta, era conocido que ésta fue proclamada en una situación política mundial adversa, en comparación, por ejemplo, con la Tercera, proclamada en 1919, con la revolución rusa triunfante y en una coyuntura de ofensiva revolucionaria de las masas en varios países y regiones. Precisó que la Cuarta nació cuando el estalinismo y el prestigio de la URSS eran muy grandes y porque los trabajadores todavía

creían que en esos países se construía el socialismo. Chesnais afirmó que por este hecho, entre otros, la Cuarta nació pequeña, débil, no estructurada firmemente en país alguno. Y para peor, con rasgos fuertemente sectarios y una fuerte carga dogmática ante la necesidad de defenderse de la presencia agresiva del estalinismo.

En cuanto a nuestra interrogación sobre la contradicción entre la validez de los principales planteamientos trotskistas –revolución permanente, crítica al estalinismo y la burocratización de la URSS, al socialismo en un solo país, al Estado supuestamente obrero, al frentepopulismo, a la coexistencia pacífica, etc.– y la evidente crisis del movimiento trotskista, Chesnais avanzó una posición: que la respuesta había que hallarla fundamentalmente en la larga atomización y marginación del movimiento. A lo que había que agregar rasgos particulares, entre ellos las diversas vertientes que lo componen inicialmente: norteamericana, francesa, inglesa y aún latinoamericana, entre las principales.

Se abordaron otros temas, no importa si al paso. Entre ellos, el carácter del partido y del programa, sobre todo, porque nosotros destacamos que no creíamos en un programa completo, como las organizaciones trotskistas consideraban al Programa de Transición, al que fetichizaban. Más, porque este programa no aborda termas como el carácter de la revolución, una elaborada definición de la dictadura del proletariado o democracia obrera; y lo principal, un avance sobre la nueva sociedad en el período de transición. Asimismo sobre la objetividad y subjetividad y la conciencia política de los trabajadores y sus vanguardias. No se me pida que recuerde más de lo que digo aquí. Aunque destaco que François Chesnais afirmó que para él VR era una organización casi atípica en Latinoamérica. Por el hecho de ser una organización con influencia de masas y por el carácter de su estructuración en diversos frentes, principalmente obreros y estudiantiles. Además de tener el lugar de una organización trotskista sin serlo y sin reclamarse como tal. A lo que se agrega la calidad de su dirección y cuadros. Ante la pregunta de Villarán de si nos aconsejaba dar el paso de la afiliación a la Cuarta y al lambertismo, Chesnais dijo que no. Opinó que no debíamos quemar etapas o tiempos; que antes era imprescindible, en vista de la crisis interna, resolver el problema de nuestra identidad teórico-política. Y que nadie es trotskista por el simple hecho de afiliarse a uno de los centros

internacionales. Coincidió conmigo que el camino era el del congreso programático. Y que si en él no se daba este paso, bastaba conque VR se desarrollara como un partido socialista independiente. Que en esta vía encontraríamos al mejor trotskismo.

O sea, nada que ver con la infamia de los acusadores. Estos prepararon el cisma evidentemente por razones políticas, apelando a metodologías estalinistas. Tenían que "extirpar" a la corriente marxista revolucionaria. Con el método de la calumnia y falsificación. Ni siquiera se cuidaron de guardar las formas: consideraron un "delito" a una reunión como cualquier otra. El curso que tomaron los hechos principales de la vida política partidaria, a lo largo de los inmediatos años, daría su veredicto. Los intrépidos revolucionarios expulsadores no encabezaron ninguna revolución y ni siquiera tuvieron tiempo de prepararla; ni inmediata ni lejana. No obstante, les quedó resto para hacer "política", para ellos todavía en el campo de la izquierda. Esfuerzo va y viene, más viejos y cansados, creyeron aunque no lo digan a cada rato, en el fin del socialismo. Sin embargo algunos no han perdido sus ganas de luchar. Pero escogiendo el lugar de jacobinos, dentro del sistema capitalista. Es decir, como su izquierda.

François Chesnais, cuando lo conocí en 1970 era menor que yo. Me pareció un francés "típico". Sobrio, poco efusivo. Había que observarlo detenidamente para notar que su "aparato exterior" escondía a un ser humano cálido y fraterno. Uno se podía confundir con su lento y pausado hablar. Por esas "cosas de la vida", Chesnais devendría más adelante un compañero de partido y de internacional. Con lapsos de desencuentros, nos hemos últimamente reencontrado. ¿Para qué? Para sumarnos a la legión de revolucionarios que en estos tiempos de "socialismo o barbarie" creen necesario pensar el socialismo y el comunismo desde la militancia política y la militancia en las ideas. Pero revalidando nuestra sólida amistad.

Si destaco aparentemente en exceso la crisis de VR es como compensación a mi larga ausencia del país. En este lapso mis adversarios políticos de ese entonces presentaron los hechos con el cristal de su propia mirada e intereses políticos. De mi lado, no tuve oportunidad de decir "mi verdad". De ahí que ahora aproveche para dar mi testimonio; no importa si después de tantos años transcurridos. Me ayu-

da a realizarlo, por supuesto sin quererlo, Ricardo Caro Cárdenas. Es por el contenido de su libro-tesis: *VR: Una introducción a los orígenes y desarrollo de la nueva izquierda peruana (1965-1972)*, publicado en 1998. Tesis para optar el título de licenciado en sociología. El autor entrevista en varias ocasiones a Murrugarra y a Letts, desde un antitrotskismo visceral y un maoísmo "fundamentalista". Por los dichos de sus entrevistados intenta demostrar que el trotskismo fue el responsable de la liquidación de VR a través de Ricardo Napurí y Jorge Villarán.

No me detengo en lo que afirma Murrugarra porque sus respuestas se mantienen en el terreno de las diferencias políticas, de lo que ya he dado cuenta. Sí en Ricardo Letts y en las deducciones que saca el autor de sus afirmaciones. Tuve la suerte de contar con una copia del libro de Caro, con aportes y correcciones a mano de Letts. Empiezo con esta perla: El segundo congreso consagrará la forma insurreccional del partido presentando las líneas de acción que habría de seguir la organización a fin de dar inicio a la lucha armada: ajuste organizativo, mayor disciplina, entrega de los militantes; poder a la "comisión técnica". Ante esto,

> una tendencia alternativa (Napurí, Villarán) iniciará la búsqueda de un curso propio y ello será determinante para, sin escatimar recursos, ni medios inescrupulosos, desatar un proceso de ruptura.

Caro se desdice al afirmar:

> VR asumirá la lucha armada como la vía estratégica para la revolución; y será en base a ella que deberían fundamentarse las tácticas y alianzas. Sin embargo el congreso consideró el texto elaborado en 1965 como suficiente para darle curso a la estrategia adoptada, con las adiciones que aconseja la práctica política.

Es decir, las dos líneas o estrategias de las que he dado cuenta. Así lo de la tendencia alternativa, con enormes recursos y medios inescrupulosos, que desata un proceso de ruptura, es una provocación infame, que habla mal de Caro y de quienes piensan como él. Como buen estalinista y por tanto partidario de la revolución por etapas, Caro escribe:

Estas disquisiciones eran propias del discurso de las corrientes trotskistas y propugnadas en el grupo fundacional por el veterano Napurí. La carencia de preparación en el manejo de los clásicos del marxismo-leninismo de parte de los dirigentes más jóvenes, y la cercanía a las ideas lanzadas por los miristas, permitirán el asentamiento de estas proposiciones, las que no serán confrontadas hasta la próxima década.

¡Pobres Letts, Murrugarra, y otros jóvenes: el "perverso" veterano Napurí los confundió y los engañó! Afirma Caro que Letts sale del país, en febrero de 1966, e inicia una gira de divulgación de VR en Europa y Cuba. Letts declara (1981): "Mi plan político era vincular al partido con Cuba, la OLAS y la Tricontinental". Ya lo dije: salió deportado del país, por tanto nadie le dio este mandato. Ciertamente, VR apoyó la revolución cubana como un hecho trascendente en América Latina, pero en sus Tesis fundacionales se delimitó del castrismo en tanto proyecto político. Si Letts avanzó un compromiso personal con Cuba, eso no lo supimos en Perú y tampoco él, más adelante, "blanqueará" el hecho. Asimismo Letts le cuenta a su entrevistador que, en 1965, tomó la decisión personal –o sea sin consultar a la dirección de VR– de contactar a De la Puente en el Cusco. No lo pudo cristalizar porque De la Puente y su grupo fueron asesinados por los represores militares. De haber ido al encuentro, mi camarada Ricardo Letts habría corrido la misma suerte.

Tampoco conocía lo que Letts afirma:

> (...) que el objetivo de los que estuvieron formándose militarmente en Cuba era que a su retorno cada uno estuviera en capacidad de entrenar y preparar a los militantes militarmente, organizar al partido desde afuera. Otros milicianos, recién conocidos en Cuba, pasaron a integrar VR tan pronto retornaron a Perú, entre ellos están Eli Paredes, futuro responsable de la comisión técnica, la que comenzará los adiestramientos y los operativos militares.

No conocía al susodicho Eli y a los milicianos de que habla el entrevistado. Letts le cuenta a Caro de una reunión "discreta" que tuvo,

y parece que asimismo Murrugarra, en 1969, con Carlos Rafael Rodríguez, miembro de la dirección del PC cubano. Este vino al Perú a entrevistarse con representantes del gobierno de Velasco pero igualmente para pedir el apoyo de la izquierda al gobierno militar, con el que acababan de establecer relaciones diplomáticas y un vínculo político amigable. Nunca supe de esta reunión ni de lo que ahí se discutió o acordó. Si no fui invitado a la misma no sé si fue por decisión de los fraccionales castro-maoístas o por pedido de Rodríguez. Lo conocí en 1960, en la isla. El Che nos pidió a De La Puente y a mí que lo visitáramos para mostrarnos como "palomas", algo así como turistas políticos. El comandante nos dijo que Rodríguez y muchos dirigentes del viejo Partido Socialista Popular se oponían a la "exportación" de la revolución a América Latina. Cumplimos con el pedido. Más adelante, en 1982, lo volvería a ver. Fue en Bolivia, cuando la asunción a la presidencia de Siles Suazo, a la que fui invitado en mi condición de senador. Nos enfrentamos políticamente en el recinto de sesiones, cuando con su amigo venezolano Carlos Andrés Pérez hicieron yunta para atacar a la revolución boliviana de 1952. Yo la defendí. Me reconoció. Sé que ha sido considerado por los líderes de la revolución cubana como uno de los dirigentes estalinistas que mejor se "reciclaron". Puede ser...

Caro reconoce en su libro que Napurí tuvo el gran mérito de defender y construir VR en las adversas condiciones de la represión y clandestinidad... aunque, lamentablemente, no logró desarrollarla como una gran organización. Lo mismo de lo que nos acusaron los "extranjeros". Asimismo:

> Napurí desarrollará una hábil relación de amistad con estos y otros jóvenes, cuadros dirigentes y de bases. Su naturaleza afable y fraternal le permitirá establecer un vínculo afectivo y solidario que empleará para extender su influencia y liderazgo.

Letts, que me consideraba su maestro y que me invitaba al domicilio de sus padres y hermanos para que me conocieran y que se sentía parte de ese colectivo humano que era VR, no obstante le dice a Caro (15.5.98):

> Él cultivaba la amistad conmigo, la cultivaba con mucha seriedad, hacía pensar como que él me hubiera tomado a su cargo. En ese sentido era como un padre para el muchacho. Yo estaba consciente de eso, no me cuadraba mucho y veía una cosa ahí... veía una cosa demasiado calculada, poco espontánea, muy calculada, muy instrumentalizada...

Y además estas palabras, "para la historia de lo inaudito":

> Para mí Napurí tenía la idea, al comienzo, que yo muriese rápido en una acción armada, donde yo quedase como un héroe o mártir del partido que se pueda usar en adelante, por él, que continuaba con la dirección, y en la concepción de él, en la instrumentalización de lo que él pensaba; quería que ese fuese mi destino en su concepción ideal (así) el partido... había tenido una acción armada, y él era el jefe de este partido y el tipo éste ya se iba sólo como héroe, mártir. Pero no ocurrió.

Caro dice que para Letts, entonces amigo suyo, Napurí manejaba las relaciones y contactos siguiendo un propósito más definido que el resto. Letts afirma que "desde el inicio llevó la cosa de correlación de fuerzas, a la cosa de tener compañeros alineados con él".

Ricardo Letts afirma esto casi 20 años después de los hechos que critica. O sea que estaba más maduro y apto para explicar cabalmente "sus verdades" de antaño. Mis lectores pueden pensar que sus extrañas elucubraciones no constituyen temas políticos sino de otro carácter, analizables psicológicamente, por su crácter absurdo. Pero entre lo dicho por él, por Murrugarra y las deducciones de Caro, tenemos, más allá de los ditirambos, una posición política y ética determinada. Lo primero, "extirpar" el supuesto trotskismo de VR en nombre, uno del castrismo y el otro del maoísmo. No importa si para hacerlo liquidan el proyecto fundacional de VR, que muchos consideraron en su tiempo un pilar de la denominada nueva izquierda. Lo otro, bastante infame por cierto: tomar como pretexto de la escisión que planearon una reunión casi social con François Chesnais, sin su permiso. Más absurdo cuando a lo largo de estas líneas demuestro que Letts fue un campeón de reuniones secretas y de iniciativas a espaldas de la dirección del partido.

VR: ¿un proyecto históricamente viable?

En 1963-1964, en las discusiones que proveerían el armamento político de VR, nos convencimos de que nuestro proyecto sería parte de la nueva izquierda. La idea la introduje al considerar como válidos los argumentos que en el MIR–Praxis argentino desarrollamos sobre el tema. No obstante, en el Perú la izquierda tradicional estaba compuesta preferentemente por el Apra y el Partido Comunista. El Partido Socialista existía pero muy minoritario y focalizado en la región norte del país. A diferencia del peronismo, el aprismo nació como un movimiento que en sus orígenes se reclamó antiimperialista, internacionalista y aún marxista. Y por mucho tiempo fue considerado por las fuerzas burguesas un partido revolucionario. Las capitulaciones de su dirección, negando incluso su programa original, no impidieron que sus corrientes sindical y estudiantil –fuertes y bien estructuradas– se reclamaran de "izquierda". He aquí la explicación para considerar al Apra como parte de la izquierda tradicional, en ese entonces con sus más de 40 años de protagonismo en la vida política del país.

Ahora bien, en esos momentos no estábamos solos al pensar la nueva izquierda peruana. Abundaban intelectuales y universitarios que escapaban a la influencia aprista, reformista y comunista, y que buscaban encontrar un camino propio a la revolución. Algunos de estos intelectuales fueron ganados a nuestras posiciones. Pero lo nuevo para mí –lo reconozco– fue que esta visión de nueva izquierda la articulaban con la de generación. Me pregunté ¿cómo definirla? Para algunos las generaciones cobran vida cuando se da un encuentro entre determinados acontecimientos y las respuestas a ellos, que terminan cohesionando a un determinado grupo o sector. Además, los intelectuales, en tanto profesionales de la ideología, son muy afectos al uso de la palabra generación. Claro, éstas no surgen espontáneamente en la historia ni tampoco de la decisión de un grupo que se autotitula de tal, siempre buscando una identidad.

Internacionalmente se denominó generación del 68 a la que procesó antes y después la guerra de Vietnam, el mayo francés y su repercusión en otros países, la revolución cultural china y sobre todo la revolución cubana con el ejemplo emblemático del Che Guevara.

Pero en el Perú estos hechos, ideológica y políticamente, configuran el principio de una etapa, con el elemento determinante de la revolución cubana. Así, quienes se reclamaron de esta generación fueron en su mayoría jóvenes universitarios, muchos incluso adherentes a la teología de la liberación y a la ética de los católicos. Y otros –tal el caso de VR– a vertientes novedosas del marxismo. Maruja Martínez afirma que esta generación fue protagonista de los albores de la construcción de la nueva izquierda; que se enraizó profundamente en el movimiento popular de los 70; que esperó o fue actora de cambios radicales que nunca se dieron. Y que en ella toma cuerpo la figura del militante que encarnaba el ideal de reconciliar el deber y la felicidad. Con un sentido heroico de la vida, la renuncia a las comodidades; en fin, trabajar sin descanso. Por tanto, violenta indignación moral y entrega total.

Nueva izquierda o generación no pueden existir fuera de la realidad concreta. De esta forma la etapa de la lucha de clases, de la que fuimos protagonistas destacados, marcó sus posibilidades y límites. Aunque siempre presente el cuadro de relaciones políticas, la opresión imperialista sobre nuestros países atrasados, la cuestión nacional. De su lado el imperialismo norteamericano tratando de retomar la ofensiva en el continente, coyunturalmente perdida durante la Guerra Mundial. Este límite a la dominación y opresión nacional permitió la aparición de manifestaciones de reformismo burgués a través del “cepalismo”, “desarrollismo”, del “Estado de bienestar”. Coyunturalmente estas postulaciones fueron asumidas por gobiernos de algunos países. Pero especialmente por corrientes nacionalistas, incluso de origen militar. Con diferencias indudables entre ellos pensamos en el peronismo, el nacionalismo revolucionario de Bolivia, el goularismo en Brasil, los frentes populares en Chile y después el gobierno de Salvador Allende; y en el Perú el nacionalismo de izquierda del gobierno del general Velasco Alvarado. Sin embargo sería la revolución cubana, por su ejemplo y su voluntad de subvertir el orden continental impuesto por el imperialismo, la que fijaría, queriéndolo o no, los parámetros de la etapa.

Hacer la revolución y oponerse a ella configuran los bandos en pugna. El temor al fantasma de la revolución social fue el espanto que

puso límites a los reformismos y nacionalismos progresivos. Esto permitió que los imperialistas, antes a la defensiva, intentaran reconstruir sus anteriores posiciones de dominación. Contaron para ello con el común problema de clase: los capitalistas de un país atrasado, cuando ven el fantasma de la revolución en casa, tiran al desván de los trastos viejos cualquier política de renegociación del status semicolonial, para hacer causa común con el amo imperialista. Cada caso nacional –más allá de los particularismos distintivos entre uno y otro– expresa en América Latina este problema de clase. Es decir, la defensa de la propiedad privada y con ella la estructura de poder montada por la clase gobernante.

En el Perú, VR, como parte de la izquierda, tomó posición ante un gobierno como el de Velasco Alvarado, que por su progresismo se convirtió en un obstáculo –sólo un obstáculo– a esta dinámica de contrarrevolución impulsada por Washington.

Ya he relatado las manifestaciones de guerrillerismo tardío, del que también da cuenta Caro, a partir del relato de sus mentores castro-maoístas, pero de lo que pronto se olvidarían después de consumado el ataque al proyecto VR, del que renegaron. Tardío porque se manifestó cuando se había producido la trágica muerte del Che en Bolivia. En esa circunstancia acusamos el hecho como una derrota del movimiento revolucionario, al perder al inspirador más preclaro de la revolución socialista continental y al más radicalizado líder antiimperialista y anticapitalista. No conocimos entonces que Cuba, poco después, cerraría el capítulo del impulso –vía apoyos directos– a la insurgencia guerrillera.

Antes de abordar las ideas centrales alrededor de la frustración del proyecto VR, quiero retomar al paso el tema revolución cubana, prosiguiendo mi reflexión de 1960-1961. Evidentemente desde mi óptica personal, en la que gravita mi privilegiada relación con el Che. No sé si arbitrariamente distingo "guevarismo" de "castrismo". Al conjunto de la producción teórica-política y de sus ideas revolucionarias, incluido su propio ejemplo, califico de guevarismo. El recorrido político de Fidel Castro toma en cuenta su condición de líder indiscutido de la revolución cubana, pero a la vez sus responsabilidades de dirección, que van más lejos de la muerte del Che. De ahí que el balan-

ce del castrismo esté aún pendiente, íntimamente ligado al destino del socialismo que se construye en la isla.

La revolución cubana abrió una nueva etapa de la lucha de clases en América Latina, con una gran repercusión internacional. Se produjo en un momento en que Washington ajustaba sus políticas -estaban los republicanos en el gobierno con el general Eisenhower de presidente- de dominación. La doctrina Monroe ("América para los norteamericanos") se fortalecía con los pactos de Yalta y Potsdam suscritos por Stalin. Pero la revolución cubana con su ejemplo e intento de internacionalización, convierte a Cuba en el polo de resistencia más vigoroso a la opresión nacional. Es por ello que la resistencia al amo extranjero que se mantiene con altas y bajas hasta hoy, le ha permitido liderar por casi 50 años la resistencia antiimperialista continental.

Pero además, con su victoria, ayudó a instalar en la realidad de nuestros países atrasados la idea de revolución socialista, antiimperialista y anticapitalista. He aquí algunos elementos, ciertamente que cualitativos, de su progresividad histórica. Aunque es otro tema -y también fundamental- el análisis del socialismo que se construye en la isla: en una etapa con la influencia de los países del "socialismo real"; y después de su derrumbe, sin su apoyo.

Es por ello legítimo interrogarse cuál será el porvenir de la revolución y del socialismo cubano. Además de sus problemas internos, considero que hay que tomar en cuenta la actual situación mundial de retroceso de la revolución; y de un capitalismo que se desliza raudamente a la barbarie. En este marco el imperialismo norteamericano hace lo posible para terminar con el "cáncer" cubano.

Lo otro es que en estas adversas condiciones, a pesar de las constantes luchas y rebeldías en nuestros países, la idea de construir el socialismo en un solo país, atrasado y aislado, no tiene destino garantizado, empleando una frase "dulce". Asumo de que en esta encrucijada histórica el tema es de una alta connotación, donde está de por medio la verdad histórica.

El Che no pudo pensar -por su temprana desaparición- cada momento de la cambiante realidad del mundo para lo que estaba capacitado intelectualmente. Por este hecho el conjunto de la producción

guevarista queda históricamente como tentativa y como tal de un pensamiento global inacabado, a pesar de lo imaginativo y vital de ciertas de sus formulaciones políticas. En cuanto a Fidel Castro –ya lo advertí– es lamentable que aún no haya encarado, o liderado, la necesaria reflexión crítica del proceso revolucionario cubano y de su proyecto continental. Reflexión que no puede omitir el hecho de que la "clase avanzada" no detentó directamente el poder. Asimismo no puede soslayar lo positivo, pero sobre todo negativo, del vínculo acrítico con los países del "socialismo real", en los que no se construyó el socialismo, por lo menos con las pautas que señalaron los clásicos del marxismo. Esta reflexión la necesitan no sólo los seguidores de la revolución cubana sino, fundamentalmente, las nuevas generaciones de combatientes anticapitalistas.

El Che fue asesinado en Bolivia por los disparos de un "nativo" que cumplía órdenes de la brutal dictadura militar del general Barrientos; y éste de la CIA, o sea de Estados Unidos. Acusé la tragedia doblemente. En lo político porque la revolución continental perdía a su más preclaro representante. No quiero pensar en los aportes a la realización de la misma de haber vivido siquiera un poco más. En lo personal sentí su pérdida como un golpe atroz, como se siente la pérdida del ser más querido. Por un momento tuve la sensación de lo irreparable. Y esto a pesar de mis disidencias, ya más precisas, con algunos de sus planteamientos e iniciativas, casi todas alrededor de la gestación del proyecto revolucionario. Es que en ese 1967 ya había procesado mi experiencia mirista, de la que fui uno de sus gestores desde Cuba. Al tomar en cuenta asimismo el porqué del fracaso de la guerrilla en otros países, me condujo a pensar –no importa si en una primera aproximación– las limitaciones del proyecto de revolución continental desde el "centro" cubano. Sin olvidar la estrategia revolucionaria y "su" o "sus" métodos, para viabilizarla.

Se ha dicho que el Che conocía al detalle los tres tomos de *El capital*, entre sus muchas lecturas de autores marxistas, de su admiración por Lenin y de ser un heredero de Mariátegui. Pero éstos, con las peculiaridades que impone el tiempo y el espacio, eran partidarios de la revolución social protagonizada por "la clase avanzada", es decir las masas trabajadoras. Y su método –con todas las variantes posibles–

la insurrección o la guerra civil. He dado cuenta de que, según mi opinión, el comandante Guevara no era partidario de discutir con sus interlocutores, políticos o aprendices de guerrilleros, su concepción de lucha armada, expresada en su libro de 1960 *Guerra de guerrillas, un método*. No logramos hacerlo ni Silvio Frondizi, ni De la Puente, ni yo. Y esto a pesar de nuestra insistencia de tomar en cuenta otros procesos continentales, uno de ellos la revolución boliviana de 1952, que no le era ajena. Néstor Kohan afirma que el Che es el político radical más notable de América Latina, además de uno de sus pensadores marxistas más heterodoxos. Esto es cierto. Pero a Kohan le falta decir algo más preciso acerca de su concepción de la revolución latinoamericana y sobre el método de guerra de guerrillas, partiendo del "foco". Como un lejano antecedente recurro a Lenin, a través de su folleto *Guerra de guerrillas* (1905). Ahí reconoce a la guerrilla como una de las manifestaciones de la rebeldía campesina y popular; y por serlo válida como uno de los métodos de lucha armada. Pero a diferencia del planteo del Che, su argumentación se centra en la idea de que en tanto guerrillas campesinas no pueden ser consideradas la vía al socialismo. Igualmente puso el acento en que, aún desarrolladas, tendrán que subordinarse y ser dirigidas por el partido revolucionario de la clase obrera. Repito, machaconamente, la clase avanzada.

En relación a esta posición leninista de 1905, el Che es heterodoxo. Lenin habla de un movimiento guerrillero desarrollado local y regionalmente, mientras Guevara parte del "foco", o sea de unos pocos combatientes, bien dotados y armados, que en condiciones favorables se desarrollarán en movimiento guerrillero y en ejército de liberación nacional. Con este planteo no tiene fuerza la idea de subordinación de la guerrilla a un partido revolucionario preexistente. Incluso podría desarrollarse al margen de la existencia de este partido. Pero el Che no siempre negó el rol del partido, aunque no se metió a fondo en la dilucidación de la relación entre partido y guerrillas. Una huella de su fidelidad al patrón foquista lo da su propio ejemplo: la guerrilla del Congo, el foco en Salta de Ricardo Masetti (comandante "Segundo") y sobre todo con su propia muerte en la guerrilla boliviana.

¿Por qué apunto al método de lucha armada del Che? Porque sinceramente pienso que requiere de muchos ajustes, y fundamentales,

y que no ha pasado "la prueba de la vida", en tanto método revolucionario privilegiado. Los procesos revolucionarios vivos y actuales constituyen los elementos de prueba de una concepción revolucionaria y de sus métodos. Más claro: mientras la necesidad de la revolución social es más actual que nunca, el método del Che tiene por lo menos que ser repensado. ¿No fracasaron, aunque por distintas razones, este tipo de guerrillas auspiciadas por Cuba? ¿No merecen un análisis particularizado procesos revolucionarios como el sandinista y más actualmente las FARC en Colombia? Si toco este tema destacadamente, es debido a que el fracaso de estas experiencias guerrilleras es tomado por toda la gama de defensores del sistema como "prueba" de la inviabilidad de la revolución. No exactamente de la revolución socialista sino de cualquier revolución. Y van más lejos: incluso de las legítimas rebeldías de los oprimidos en los países explotados y dominados por el capital.

Mientras yo destaco lo fundamental del guevarismo –el antiimperialismo y anticapitalismo, la revolución socialista, el internacionalismo, el hombre nuevo, etc.– hay quienes, por derecha e izquierda, afirman que estos planteamientos del Che corresponden a un período histórico periclitado. Ser recordado, sí, pero en remeras, por los "inteligentes" analistas políticos o en las estatuas de bronce. Sí, un icono del pasado. Uno de los que más claramente expresa esto es Jorge Castañeda, "intelectual de izquierda" devenido ministro del conservador Partido Acción Nacional (PAN) mexicano. En su libro *La vida en rojo,* leemos:

> Las ideas del Che, su vida, su obra, incluido su ejemplo, pertenecen a otra etapa de la historia moderna, y como tales, difícilmente recobrarán algún día su actualidad. Las principales tesis teóricas y políticas vinculadas al Che –la lucha armada, el foco guerrillero, la creación del hombre nuevo y la primacía de los estímulos morales, el internacionalismo combatiente y solidario– carecen virtualmente de vigencia. La revolución cubana –su mayor triunfo, su verdadero éxito– agoniza o sólo sobrevive gracias al rechazo de buena parte de la herencia ideológica de Guevara. Pero la nostalgia persiste.

La "nostalgia" para gentes como Castañeda es la idea de revolución. Esta maldita palabra que aterra a los burgueses y a sus agen-

tes políticos de toda clase ronda por todos los confines del mundo. Cuanto más demore en instalarse más "jodidos" estaremos los pobres de la Tierra...

El Che, gran lector e incluso fino poeta, lo cual habla de su particular sensibilidad. Algo de eso me testimonió Hilda Gadea, lo comprobé personalmente y después lo redondearía por la lectura de sus biógrafos. Permítanme sin embargo avanzar conceptos propios. Es una combinación entre lo que me dejó la relación entre ambos y un sentimiento muy personal, sentido. Opino que en el curso de vida que va desde el joven Ernesto, desarmado políticamente aunque no culturalmente, al gran hombre en que después se convirtió, priman los acentos propios de su personalidad. Entre ellos, ideas que asume y cultiva con la velocidad de un rayo; pasión por aprender; inquebrantable voluntad revolucionaria; un excepcional sentido moral de la vida. Todo esto enmarcado en un sentido romántico de la existencia. Se lo comprende si retomamos la lectura de las cartas a sus familiares directos. Asimismo el hecho –entre otros gestos– de abandonar su lugar privilegiado en la dirección cubana para ir a luchar al Congo y a Bolivia, entre otros deseos. Pero antes había escrito que con los del Granma liberaría a Cuba del tirano Batista o moriría en sus playas... En 1957, en Sierra Maestra: que después de ayudar a liberar Cuba marcharía a otros confines del mundo apoyando a quienes quisieran luchar contra el dominio colonial o burgués. A De la Puente y a mí nos dijo en 1960 que si la revolución en el Perú "prendía", que no dudáramos que estaría a nuestro lado combatiendo. Sé que estos ejemplos no son suficientes para armar un criterio. Pero dan indudablemente una pista... Señalo que a través de estas determinaciones el Che probablemente pensaba en que podía convertirse en un símbolo, un abanderado de "los de abajo". No pienso que en una leyenda, como después lo sería. Porque aún vivía; y por su humildad y modestia infinita ni se imaginaba en su conversión en un mito movilizador de la historia.

José Carlos Mariátegui, a quien admiraba el joven Ernesto, después el Che, escribió en 1925:

> Todas las investigaciones de la inteligencia contemporánea desembocan en esta unánime conclusión: la civilización burguesa sufre

de la falta de un mito, de una fe, de una esperanza. El mito mueve al hombre en la historia. Sin un mito la existencia del hombre no tiene ningún sentido histórico. Los pueblos capaces de la victoria fueron los pueblos capaces de un mito multitudinario.

Para los oprimidos del mundo –sean del mayo francés, de Palestina, de México, de África, Asia o América Latina, jóvenes y trabajadores– el mito del Che les provee de una fe, de una esperanza. Y para los más militantes, de un ejemplo y de un proyecto antiimperialista y anticapitalista, a tomar en cuenta para recrearlo siempre. ¡Che: bien ganado tu lugar en la historia!

He dicho que Paz Estenssoro me informó de su presencia en el Perú, de paso a Bolivia... hecho que no pude confirmar. Pero creí en su veracidad por la vía de mi amigo Juan Pablo Chang, "el Chino", en el diario del Che de Bolivia. Juan me buscó en Lima a comienzos de 1967 y como era amigo de mi hermana Haydé me pidió que estuviera presente en el encuentro pactado. Ahí, palabras más palabras menos, nos dijo que tenía el encargo –no dijo de quién seguramente por secrecidad– de indagar qué organizaciones y personas pudieran comprometerse en desencadenar acciones de apoyo a la guerrilla del Che, abriendo un frente en el Perú. Afirmó que a su retorno retomaríamos el tema. No hubo retorno para él. Fue asesinado minutos antes que el Che en La Higuera. Posteriormente se conocería su condición de enlace entre Cuba y los guerrilleros. Por el cerco que padecieron no pudo salir para cumplir con la misión en el Perú. Supe algo más sobre el Che en su tránsito hacia Ñancahuazú. Mis amigos Alina y Antonio Sainz me contaron que el doctor Juan Iriarte les dijo que el Che estuvo unos días alojado en su clínica privada en Cochabamba, punto intermedio de su recorrido. Lo curioso de este relato es que el doctor Juan Iriarte encontró libros que dejó el Che, algunos de ellos de León Trotsky. Dicen mis amigos que su protector se consternó porque era adherente al Partido Comunista, antitrotskista "áltiplánico". Su epopeya la conocí posteriormente, sea por la lectura de su diario y por la versión de la prensa internacional. Tempranamente Ricardo Rojo escribió el libro *Mi amigo el Che*. No sé por qué razones yo no escribí nada importante sobre el personaje y menos

un libro. Debí hacerlo, lo reconozco. ¿Pero, no es un privilegio de la vida el carácter de mi vínculo, no exactamente amical como el de Rojo, y haberme convertido coyunturalmente en su compañero de ideales revolucionarios? Mi respeto al mito, por ser nuestro, "indoamericano". Se agrega a otros, entre ellos, Túpac Amaru, Pancho Villa, Emiliano Zapata. Y a otras leyendas de nuestros pueblos capaces de un mito multitudinario....

Cuando en 1965 fundamos VR no teníamos por qué conocer lo que nos depararía el futuro. Aunque pensamos que la lucha de clases en la etapa nos daría un lugar en la nueva izquierda, a la que apostábamos. Claro, "si hacíamos bien los deberes". Pero nacer es una cosa y desarrollarse como grande muy otra. En el proceso hacia la madurez y justificación de nuestra existencia, esta realidad, con sus desafíos, exigió respuestas a las que no siempre pudimos encarar con éxito. Así, por ejemplo, la idea de dedicar un tiempo mayor a las jornadas de estudios por el programa, es decir el armado teórico-programático, se acortó inesperadamente por la aparición de las guerrillas auspiciadas por Cuba. De esta forma no pudimos, a través de la acción política, poner a prueba nuestro ideario en los tiempos pensados. Todo complicado porque no poseíamos datos comprobables sobre los alcances de la lucha armada que se gestaba, a través del ELN y el MIR.

Lo que afirmamos en nuestro documento sobre la estrategia de revolución continental impulsada por Cuba y el deslinde con el foquismo, estarían sometidos a prueba. Seguía primando en nuestras filas el siguiente interrogante: ¿No es que la revolución cubana es el hecho más importante de la realidad continental? ¿No es que abrió una nueva etapa de la lucha de clases? ¿No es que a pesar de sus déficits instalaba el hecho revolucionario en el Perú y en otros países? Por último: de antemano no podíamos conocer si las guerrillas "prendían", poniendo en jaque al gobierno y a la institucionalidad. Si así fuera ¿Cuál debería ser nuestra posición si se abría un real proceso revolucionario en el país? Y surgían todavía más interrogantes y dudas. Ya he dado cuenta sobre en qué medida el hecho repercutió en nuestras filas. Primero por la represión que soportamos y la lucha en clandestinidad. Después por el brote de guerrillerismo tardío, a través del accionar fraccionalista de la corriente castro-maoísta.

Por esto no pudimos escoger el escenario de nuestras iniciativas políticas y partidarias. La realidad concreta nos terminó condicionando. En ésta, además de los ataques del enemigo de clase –patronal y gobierno–, debimos soportar los que vinieron del resto de la izquierda, aunque obviamente de otra naturaleza. De los apristas, siempre agresivos y autoritarios, de los miristas que se consideraban "más revolucionarios" por el hecho de haber tomado el camino de la lucha armada, no importa si tempranamente liquidada. Desde el inicio los estalinistas, en sus vertientes moscovita y maoísta, consideraron a VR como un advenedizo al que había que destruir. Los grupos trotskistas, aún débiles, nos miraban como advenedizos que les disputaban el espacio político de su "propiedad". Sin embargo –y de lo que he informado a través de estas líneas– logramos en un lapso relativamente corto ganar un lugar destacado en la izquierda –a pesar de estos rechazos– y construirnos como una organización con perfil propio y con una importante influencia de masas. Y lo mejor, en tanto marxistas revolucionarios.

En otros aspectos el singularismo de VR fue notable. A pesar de nuestra corta vida formamos cuadros y militantes políticamente bien dotados; contamos con una inserción importante en frentes obreros, estudiantiles y populares. Comenzamos la inserción entre los trabajadores de las minas y metalúrgicos. Y entre los empleados bancarios un desarrollo rápido y excepcional en la banca pública y privada, y nacionalmente. Mantuvimos y acrecentamos nuestra implantación en las universidades, lo que nos dotaría de los cuadros juveniles y de los intelectuales de vanguardia en la nueva izquierda. Además del avance en la regionalización partidaria.

Por estos rasgos singulares y por la respuesta que dimos a los desafíos que enfrentamos logramos dotarnos de un formidable núcleo de cuadros y militantes. Logramos asimismo atraer a nuestras filas a jóvenes universitarios que arribaron después de superar la tutoría de la teología de la liberación, o sea católicos de izquierda devenidos marxistas.

En el año 2003 tuve en Lima una larga y provechosa entrevista con Raúl Wiener. Raúl no ha bajado la guardia, se reclama socialista y su fecundidad intelectual queda demostrada en los muchos libros de su autoría. Joven aún adhirió al POMR. Pero antes había militado en

el MIR, cuando su guerrilla no existía más, derrotada. Si bien el diálogo entre nosotros abarcó un período más largo, en estas líneas sólo tomo los hechos que interesan a esta parte de mi libro. Espero no ser infiel a sus apreciaciones. Raúl fue estudiante de la Universidad de Ingeniería, estatal, una de las más politizadas en esos tiempos. Por serlo, refractaba a su interior los problemas más acuciantes sociales y políticos de la realidad del país. Pero lo que destaco de su informe es la alta politización del alumnado –y aquí viene el interés por su opinión– fuertemente influido por la revolución cubana, el maoísmo en ascenso, independientes de izquierda, limitadamente por el trotskismo. Y aquí lo novedoso: mayoritariamente por VR, o sea los denominados "vanguardistas".

Afirma Wiener que vivió en directo las manifestaciones de la profunda crisis del MIR, en el período 1968-1971. A partir de la derrota de su guerrilla, así como de que los miristas se multiplicaron en las universidades en su condición de depositarios del prestigio de la revolución cubana y de su presencia en el Perú a través de la guerrilla del MIR y asimismo del ELN. Afirmó Raúl que el MIR, en su crisis, manifestaba una contradictoria y limitada cohesión política. Casi sin línea política por la escasez de fundamentos programáticos.

Lo anterior, agravado por su rigurosa existencia clandestina al ser la represión muy dura con ellos. Esto por la pobre organicidad partidaria potenciada por las fuertes disidencias internas centradas principalmente en el balance de la guerrilla, que nunca pudo pasar de lo estrictamente militar: que fue un error estratégico la opción por tres focos, alejados entre sí, lo que impidió contar con el poder de fuego, e iniciativas, de uno sólo. O sea disidencias que soslayaron el fondo del problema, a lo que se sumó la incertidumbre de todos ante el golpe militar, al que por mucho tiempo caracterizaron como de conservador tradicional, aún cuando Velasco Alvarado se ponía a la izquierda del ordenamiento burgués.

En lo que toca a VR, el entrevistado reconoce que a pesar de la feroz lucha de posiciones en la interna estudiantil, los adversarios hacían causa común para intentar frenar el avance y consolidación de los vanguardistas en los centros de las facultades, y sobre todo en la dirección estudiantil en el conjunto de la universidad.

Me interesó de su exposición, asimismo, el tema de los cristianos de izquierda. Estos tomaron fuerza primero en la Universidad Católica. Ya dije que un importante sector de ellos nutrirían las filas de VR. Pero otros fueron ganados, por ejemplo, a la prédica mirista, a la prédica del Che y a la revolución cubana. Algo así como "hacer ya la revolución", a lo Camilo Torres en Colombia. Dejo de lado discernir por qué el estalinismo, principalmente en su variante maoísta, no los atrajo. En términos generales esta evolución fue también posible por el radicalismo de los curas y profesores propulsores de la teología de la liberación, con el padre Gustavo Gutiérrez, su mayor ideólogo, al frente. Al padre Gutiérrez le agradaba "dialogar" con el marxismo, al que no rechazaba como sí lo hacía la cúpula de la Iglesia. Mientras pudo, esta corriente dio batalla a la jerarquía antes de ser obligada a replegarse por la ofensiva conservadora con el Papa a la cabeza. Pero Gutiérrez y sus seguidores no denostaron a la guerrilla y a la lucha armada, aunque no la auspiciaran. En esto se quedaron en los límites del sistema. Sin embargo sus seguidores fueron más lejos, y después de descubrir el marxismo su indignación política y moral los condujo a la militancia en la izquierda socialista, a la que veían como el instrumento para "hacer la revolución". Unos a través de los miristas, ya alzados en armas. Otros a través de la nueva izquierda, y en ella preferentemente VR.

Por su crisis y posterior estallido, en VR no pudimos reflexionar como correspondía hacerlo sobre este hecho importante, que se manifestó asimismo en otros países económicamente atrasados. Es decir, sectores sociales de tradiciones no de izquierda que en situaciones de radicalismo social de la lucha de clases se motivan avanzando ideológicamente al socialismo y al marxismo. ¿Se les podía rechazar, "castigándolos" por su origen social y de clase? Sólo los dogmáticos, supuestamente ortodoxos y los muy "obreristas" podían así pensarlo. Me cansé, como ya lo he anotado antes, de explicar que la condición social de obrero no lo hace automáticamente revolucionario. Y tampoco un hombre de izquierda. Para que esto ocurra requiere de un compromiso con las ideas socialistas, de una militancia social y en una escala superior, partidaria.

Defendiendo estas ideas me opuse en los días fundacionales de VR (1964-1965) a los compañeros que rechazaban a Ricardo Letts y a

otros intelectuales por su origen de clase, dejando de lado el valor de su compromiso político. Ciertamente que es deseable que un partido que se reclama de la clase obrera y del socialismo cuente en sus filas con la mayor cantidad de militantes y adherentes obreros, en general trabajadores. Esto como garantía de su vitalidad como herramienta de la clase y de las masas populares.

Además, con su postura cismática, los disidentes fraccionales impidieron que VR se convirtiera en un gran partido de los trabajadores y de la juventud, en un verdadero laboratorio de la lucha de clases, pero asimismo en un partido de la nueva izquierda *sui generis*, por sus objetivos estratégicos, por sus métodos y su moral revolucionaria. Por ello no pudimos ir a fondo en la comprensión de la cuestión nacional, partiendo de un inteligente y desapasionado análisis del gobierno del general Velasco Alvarado. Pero tampoco –aunque parezca un tema menor– del arribo de cristianos –estudiantes e intelectuales principalmente– a las filas de la izquierda socialista. Ricardo Letts, su hermana Modesta, Javier Diez Canseco, Agustín Haya, Augusto Dammert, Maruja Martínez, Bertha Pooley y otros que olvido, tienen este antecedente. Su primer compromiso fue en VR, que los cobijó y dotó de su primer y básico armamento político. Casi todos siguieron batallando en otras tiendas ideológicas para, en los días que corren, integrados al sistema, llegar a ser respetados parlamentarios, intelectuales y académicos calificados, analistas e investigadores sociales y aunque no se crea, ministros, en gobiernos burgueses, lamentablemente de perfil reaccionario.

Por qué no abordar, bajando a tierra, temas "más humanos". Por ejemplo, Modesta, hermana de Ricardo Letts, cuadro medio destacado de VR, fue de las primeras en irse de nuestra organización, reclamándose orgullosamente trotskista. Lo hizo por su propia decisión y reflexión, incluso divergiendo con Jorge Villarán y Ricardo Napurí, para ella, "centristas". Pero más allá de lo político está esto a destacar. Esta cristiana de izquierda fue ganada al trotskismo por "Fermín", un ex preso común, con prontuario y chapa de "acetileno", según sus acusadores policiales. Lector, inquieto política y socialmente, mientras estaba preso conoció a Trotsky. Salido de prisión se hizo propagandista en las filas obreras. Estando en esto conoce a Modesta e influye en su formación. Lo interesante, y el perfil humano de este hecho, es que se

enamoraron, se amaron, unieron sus vidas formando pareja. Sí, como en las novelas dirían los abuelos; un plebeyo habitante de las cárceles y una linda joven proveniente de las filas de la burguesía. Pero no es lo novelado lo que me preocupa del ejemplo, ya que apunto a algo más profundo. Cómo, en el caso de Modesta, la sana moral cristiana y su compromiso social la conduce al socialismo, pero asimismo a repudiar a su clase de origen, ingresando a las filas de los "de abajo". Y en su caso a través de un doble repudio, el político y el moral.

Hay otros ejemplos en esta misma dirección que quiero resaltar. Desde las universidades Católica, Cayetano Heredia, Medicina, San Marcos, Agraria, partían estudiantes vanguardistas hacia aldeas rurales y comunidades campesinas. Motivados por su compromiso político y por su enorme curiosidad de conocer y vincularse con los campesinos olvidados y marginados, con los "de abajo". Y no eran sólo visitas de conocimiento sino una forma de pagar con su gesto la deuda inmensa de la sociedad con aquéllos. Y algunos, como Julio César Mezich, alumno avanzado de medicina, fueron más lejos en su gesto. Se integró, dejando los estudios, a la comunidad campesina de Ongoy, en los andes centrales. Su aculturación fue total tanto que, como Modesta, contrajo matrimonio con una campesina de la aldea. No se trata con estos gestos de un mandato de "proletarización", en este caso en el campo atrasado. No, de ninguna manera. Pido al lector que deje correr su imaginación en su valoración de estos hechos. De mi lado, pienso en la conjunción de lo político, lo humano y del sano humanismo cristiano de estos jóvenes radicalizados en las ideas y en la vida. Algo así como la fusión de dos humanismos: el marxista y el cristiano, éste depurado por los ideólogos de la izquierda de la Iglesia. He aquí por qué cuando el partido dispuso, coyunturalmente, la inserción en fábricas de punta no apelamos a ningún centralismo democrático para designar a los voluntarios, mujeres y hombres. Estas y estos aparecieron por doquier. A pesar de ser la mayoría universitarios, marcharon hasta con alegría a descubrir el mundo del trabajo, del comportamiento de la clase que en los libros y en los ejemplos históricos consideramos la vanguardia de la sociedad.

Rara nuestra organización por sus metodologías. Como lo he señalado, nadie en la dirección era un rentado, aunque estuviera a

tiempo completo dedicado a las tareas correspondientes. Y eso que el Perú es un país donde el trabajo estable es poco y una mayoría de su población está precarizada y marginalizada; o sea desocupada. Ante esto, ¿cuáles eran mis ingresos para financiar los costos de mi vida cotidiana? En la clandestinidad seguí con la venta de libros, aunque con mayor cuidado por la represión policial. Ante las carencias agregué otra ocupación ocasional, la de vendedor de pescado congelado. Jorge Labarthe, alcalde del municipio de puerto de Callao, el principal del país, amigo de la juventud, vino en mi ayuda. Me dio un lugar como vendedor en la campaña para ganar a la población del puerto al consumo de merluza. Esta es apetecida en muchos países –lo comprobé en Europa– pero en el Perú era casi desconocida. La población de los barrios pobres –a la que iba dirigida la campaña– prefería el bonito, más rendidor por su estructura y mucho más barato. A los consumidores, habituados al pescado freso, tampoco les agradaba el pescado congelado, como la merluza que ofrecíamos. Al Simca que me obsequió mi amigo Alejandro Moreno le quité todos los asientos, menos el mío, y lo convertí en un depósito de la merluza que ofrecía en los mercados y en los barrios populares. Considero muy valiosa la experiencia. Conocí de tradiciones y costumbres alimentarias, fuertemente arraigas en la población. Comprobé que en muchos hogares los ingresos escaseaban o no existían. De esta forma en esos años de 1965-1971, la desocupación y el hambre se metían en las entrañas del bajo pueblo. Es éste el escenario de mi búsqueda del sol, o del "mango" que me permitió aumentar el volumen de mis magros ingresos.

Tampoco olvido mis iniciativas encaminadas a hacer comprender a los miembros de la dirección el fenómeno del nacionalismo en nuestros países, apuntando a una más fina caracterización del gobierno de Velasco Alvarado. Le expliqué mis deseos a Víctor Paz Estenssoro y le pedí su colaboración. Estaba transitoriamente asilado en Perú y yo conocía que ante auditorios de izquierda radicalizaba sus planteamientos, como ocurrió en Argentina en 1951. Aceptó la entrevista, aunque pensando en su seguridad llevó a personas de su confianza, entre ellos al general Eduardo "Toro" Rivas, me parece que discretamente armado. Tomados todos los recaudos, el encuentro se

produjo en una granja del pueblo de Lurin, de propiedad del director del colegio Hans Christian Andersen, un rumano simpatizante de VR. No obstante yo pretendía algo más. Se lo dije a mis compañeros de dirección: que salieran de su encierro físico y político, que no se encapsularan, que conocieran otras experiencias. Para el caso, la boliviana en la que Paz Estenssoro fue uno de sus impulsores y después cabeza de su fase termidoriana.

O sea que intenté por todos los medios a mi alcance mejorar el vínculo entre nosotros, a pesar del acusado fraccionalismo. No me daba por vencido. Creí que si lograba que mejoraran su visión política podían dar marcha atrás en sus designios. En éste y otros casos no lo logré. Era demasiado tarde. No escapo a mis responsabilidades ante lo inevitable. Me parece que no tuve reflejos –o sea una comprensión global– para adoptar las iniciativas que impidieran el avance y dinámica acelerada que tomó el fraccionalismo rupturista. Con cierta ingenuidad creí que lo que nos unía era más fuerte que lo disidente. No comprendí a tiempo que el proyecto VR nació cuestionado por adversarios poderosos. Los que se reclamaron del castrismo se apoyaban en el prestigio e influencia real de la revolución cubana. Y el maoísmo que enfrentamos se apoyaba en la revolución china y en la revolución cultural. De ahí que la batalla por nuestra construcción partidaria exigía un deslinde más actualizado con esos centros de poder internacional y secundariamente con sus mentores en el país. Por tanto Letts y Murrugarra, y sus seguidores, eran apenas epifenómenos de esta realidad. Me parece que si lo hubiera comprendido a tiempo, mis respuestas tendrían que haber sido más ofensivas.

Reconozco las dificultades que tengo para cerrar esta parte de mi libro. Consideré extenderme en su redacción por varias razones. Quizás la principal, el hecho de mi larga ausencia del Perú. Por ello no pude a tiempo dar mi versión cuando otros sí lo hicieron. En "la película de mi vida" de cuyos momentos doy cuenta, el capítulo VR tiene una marca especial. Advertí que con el MIR-Praxis argentino empezó mi vida consciente a través del marxismo revolucionario y de mi militancia política. Otro capítulo fue el de mi compromiso con la revolución cubana a través de mi relación con el Che Guevara y en la experiencia del MIR peruano. Con el que sigue, el de VR, creí

que si lográbamos arribar a buen puerto, la película tendría un gran final.

Pero ¿en qué consiste este final? Sólo puedo dar trazos de su argumento. Escribí en el prólogo de presentación de las Tesis de VR que el proceso histórico –la lucha de clases– dirá si VR se justifica política e históricamente. La frase encierra dos contenidos. El más ambicioso, si devendríamos en componente de una corriente alternativa a los centros que se reclamaban asimismo del socialismo. Obviamente esto no lo logramos, ni estuvimos cerca de que así ocurriera. Lo otro –"si se justifica políticamente"– es más concreto, la construcción de la herramienta partidaria, componente de la llamada nueva izquierda. El desarrollo de este capítulo da cuenta de nuestros esfuerzos por materializarlo. Aparentemente la crisis de VR significaría el fin del proyecto plasmado a partir del compromiso común con el documento programático de 1965.

¿Es un fracaso en toda la línea? Veamos si es así. ¿No es importante que ganáramos al marxismo revolucionario a obreros, estudiantes, intelectuales y, como lo he señalado, incluso a quienes provenían de las filas de la izquierda cristiana, de la teología de la liberación? ¿No es relevante el carácter del deslinde ideológico y político con quienes eran influyentes en la izquierda de la época, entre otros el castrismo, el maoísmo y el estalinismo? ¿No lo es igualmente la defensa de la independencia política y de clase frente al nacionalismo progresivo de Velasco Alvarado, que nos obligó a retomar el problema de la opresión nacional? ¿No avanzamos en el deslinde con el método foquista guerrillero?

Podrían seguir las preguntas. Sin embargo destaco que en ese tránsito logramos construir una organización con influencia de masas, bien estructurada en los frentes obreros, estudiantiles, campesinos, barriales y populares. Y al hacerlo, en este entrenamiento de la lucha de clases, se forjaron militantes, cuadros y dirigentes que en pensamiento y acción fueron consecuentes con sus hermanos de clase. Y en lo que a mí respecta no me sentí para nada derrotado, ni escéptico. Fue una experiencia, una más, pero singular. Con éxitos y fracasos quedé listo para nuevos emprendimientos, para nuevos combates y batallas. El cómo, corresponde al siguiente capítulo de la película de mi vida...

En el mundo del movimiento trotskista

Lo por mí no esperado se produjo. La apasionada y acelerada lectura de Trotsky condujo a la valorización del trotskismo boliviano, concentrado en la figura de unos de sus líderes históricos, Guillermo Lora. Y un día éste apareció ante nosotros. Venía de Francia e hizo escala en el Perú con la intención de establecer un vínculo con los "trotskizantes" de VR. Lo recibimos cordialmente, además porque yo lo conocía desde 1952. El POR, su partido, y el grupo argentino Política Obrera, liderado por Jorge Altamira, acababan de ingresar al Comité de Organización por la Reconstrucción de la Cuarta Internacional (CORCI), la corriente lambertista del movimiento trotskista. Informes y discusión a su cargo nos plantearon la afiliación al CORCI, después de fundarnos como nuevo partido.

Sin embargo, no sólo el lambertismo llegó a nuestras playas. El mismísimo Ernest Mandel se interesó por el "fenómeno" VR. Entabló diálogo, vía correspondencia, con un núcleo de cuadros y militantes, hambrientos por descubrir la verdad del trotskismo. No conocí a tiempo este hecho. Un poco más tarde sí me enteraría de la existencia de una avanzada "healista" en nuestras filas, o sea del trotskismo inglés. La lideraba el intelectual Sergio Barrios, alias Frank, que se comprometió con los ingleses mientras realizaba una maestría en Londres. Retornado al país, en los últimos días de la crisis de VR se dedicó con sigilo a ganar a quien escuchara su prédica. El "morenismo", la corriente más importante de América Latina, nos influía limitadamente, principalmente por el prestigio de Hugo Blanco, no tanto así por su sección nacional, el PST, demasiado sectario y dogmático para nuestro gusto.

Temí un proceso de "tupacamarización" en nuestras filas. A mis camaradas les recordé lo que sobre el trotskismo escribimos en el documento fundacional de VR. En realidad, una traducción nacional de la posición del MIR-Praxis argentino. En ella realizábamos cuestionamientos al movimiento trotskista pos Trotsky. No cuestionábamos su existencia porque no la conocíamos a fondo. Y por esta desinformación nos costaba comprender el porqué de sus corrientes o fracturas internas. Entre las principales: pablismo, mandelismo, lambertismo, cannonismo, healismo, morenismo, posadismo. François Chesnais nos

había explicado sobre la necesidad de que nos metiéramos a fondo en el tema antes de adoptar una posición definitiva. Dijo que no se es trotskista por la simple afiliación. Pero ahora Lora y Altamira nos sugerían una rápida afiliación. A priori yo no la rechazaba, aunque mis precauciones las fundamentaba en mi experiencia con los trotskistas en Argentina y últimamente en el Perú. Ante esto reclamé a mis compañeros retomar el tema desde donde lo dejamos y discutir reflexivamente y con buena fe. Sólo después resolver sobre la afiliación. Algo así como ingresar a la casa donde éramos invitados, pero sabiendo quiénes eran sus inquilinos.

En este escenario mi planteamiento de avanzar, pero discutiendo, le pareció a un grupo de cuadros, los más ansiosos, un obstáculo hacia una rápida afiliación internacional, aunque no supieran lo que suponía. Una vez más no se atrevieron a decírmelo franca y abiertamente, propiciando reuniones para discutir argumentos varios. La idea de mi "centrismo" –por retardar la afiliación internacional– fue alentada por los referentes internacionales que decían que si no cambiaba rápidamente de posición había que dejarme de lado. Yo pretendía una pausa, el manejo de los tiempos, una imprescindible reflexión. Temía que la presión de las "internacionales" causara estragos prematuros en nuestras filas. Ya bastante tensadas por los "citólogos", por quienes conocían más a Trotsky, a través de citas de sus libros. Con una deformación en ciernes: el que más leía y el que más y mejor citaba era el más capaz, con suficientes méritos para ser dirigente, no importa la edad y la calidad de su experiencia.

Ante esto había que evitar la confusión en nuestro activo partidario. La temida "tupacamarización". Reacomodarme y no dejar que otros –para peor recién llegados– fijaran el camino a seguir. Algo así como tomar el toro por las astas. Integré la comisión redactora del texto que denominamos *Lineamientos para un proyecto de programa*, o sea el documento fundacional de la organización por nacer. Fue una batalla con los "citólogos", preocupados en demostrar su trotskismo prácticamente en cada frase. Perdí en toda la línea la discusión sobre el nombre tanto del periódico, que se denominó *Revolución Proletaria*, como del nombre que tendría el partido: Partido Obrero Marxista Revolucionario (POMR); un poco más y le agregan "leninista-trotskista". Mis

alegatos no triunfaron, ya que había que ser fieles en todo. Les recordé que para ellos Lenin sería algo peor que un heterodoxo al aceptar el nombre *La Chispa* para su órgano central, y antes Partido Socialdemócrata y después Partido Bolchevique a la herramienta partidaria. Todavía más: POMR aparentemente era fiel a los principios, pero nada les diría a los trabajadores y jóvenes que se asocian a las propuestas políticas también por emociones y sensaciones. Como dijo Mariátegui, a través de nuestros propios lenguaje y símbolos.

Un amigo "pituco" me prestó por unos días una confortable y bella casa situada en las afueras de Lima, distrito de Chaclacayo, en el camino a los Andes centrales. El 1º de enero de 1971 unos 100 asistentes colmaron el gran salón del inmueble. Una cantidad igual, simpatizantes activos, no asistieron; y menos aún los representantes de nuestra abultada periferia. Estuvieron presentes los más calificados referentes de los frentes de masas que quedaron de nuestro lado; con implantaciones diferenciadas: bancarios, el más importante en esos momentos, pescadores, metalúrgicos, construcción civil, maestros, y algún otro sector importante. Frentes regionales y asentamientos provinciales: Iquitos, Tacna, Arequipa, Trujillo, Chiclayo, Puno y no recuerdo cuál más. No faltaron a la cita algunos de los fundadores de VR, entre ellos, Antonio Lobato, Armando Rodríguez, Herbert Rondón. De los cuadros ganados en la etapa de la resistencia y clandestinidad, Jorge Villarán, Lucio Gutiérrez, Magda Benavides, Luis Bordo, Eduardo Rivas, Tito Narrea, Maruja Martínez, Bertha Pooley y otros jóvenes "proletarizados". Pido disculpas por no recordar a todos los que estuvieron. Si hubiera tenido a mano mis notas y apuntes la omisión estaría saldada. Para el lector va un aviso. Los citados no quedaron en el anonimato. Así como los dirigentes sindicales y sociales que siguieron combatiendo a lo largo de los años, casi todas las personas que cito tuvieron un destacado desarrollo personal, político y también como intelectuales e investigadores sociales, sin faltar los académicos.

La agenda de la reunión, simple. No olvidar que seguía nuestra clandestinidad y que la represión selectiva acechaba a la izquierda disidente, porque la otra engrosaba las filas del régimen de la "revolución peruana". Mi informe-balance, la discusión preliminar de *Lineamientos...*; una mención del régimen estatutario; el pedido de afiliación al

CORCI, casi sin oposición; los nombres del periódico y del partido; y de los integrantes de la dirección nacional, no exactamente un comité central. Por unanimidad fui elegido secretario general, o sea el responsable político y público del POMR. Nadie recordó mi "centrismo". Era más fuerte mi historia personal, mi autoridad legítimamente ganada y mi condición de uno de los referentes principales de la izquierda peruana.

A pesar de esta confianza depositada en mi persona y de ser uno de los últimos llegados al "trotskismo", conté con el aval por lo menos formal del colectivo partidario. Expliqué abiertamente los por qué de estas dudas, tanto en diálogos privados como en el mismo evento. Les recordé lo expresado por Chesnais: que no se es trotskista por la simple afiliación. Que según lo aprendido en las lecturas, los que se reclaman del movimiento trotskista han convertido en un método la discusión política y cuando se trata de afiliaciones la obligación de conocer a fondo sobre historias, orientación política y el carácter de la práctica partidaria. Más claro: de la lucha por la construcción de la internacional desde que León Trotsky la fundara en 1938. Les dije que debíamos asumir que por circunstancias excepcionales el POMR ingresaría al CORCI con limitaciones evidentes en este terreno. Y que tendríamos que crear las condiciones para compensar a la brevedad este gran déficit.

Sin embargo otros problemas nos acechaban. Por ejemplo, mantener la organicidad de la herramienta recién nacida. Reconocer que teníamos una dirección a prueba y por lo tanto débil. El carácter desigual de nuestro agrupamiento: fuerte inserción sindical y en el movimiento de masas, pérdida de poder en el frente estudiantil y desigual desarrollo de los frentes regionales. Claro, estos problemas debían ser encarados políticamente. Es decir, con qué orientación táctica y estratégica combatiríamos y nos construiríamos como partido. En lo estratégico quizá lo fundamental era la afiliación internacional. Pero, ¿podríamos dotarnos de una alternativa concreta al régimen militar y al "velasquismo"? Quienes nos reclamábamos de la izquierda marxista y del movimiento popular no lo habíamos logrado. Nos quedábamos sólo en lo general y estratégico. Justificados, aparentemente, en el hecho de no poder hacerlo por no detentar el poder. Refugiados

preferentemente en el análisis y la crítica, en la orientación política y en el método ante las reformas.

Los más inteligentes ideólogos del gobierno nos desafiaban y denunciaban. Afirmaban que el velasquismo, a través de las medidas de corte antioligárquico y antiimperialista, realizaba dos programas históricos: el de Mariátegui de 1928 y el de Haya de la Torre de 1931. Y agregaban: no por medio de la clase avanzada, el proletariado, sino por la Fuerza Armada, a través de la "revolución peruana". A este planteamiento adhirió el Partido Comunista pro Moscú, apoyando incondicionalmente al régimen militar. Además, un buen caudal de intelectuales y cuadros que se reclamaban del marxismo y del socialismo. Algunos devenidos asesores e ideólogos, enfrentando a quienes se reclamaban de la izquierda marxista opuesta al gobierno. En el mejor momento de esta ofensiva afirmaron que no eran partidarios de la creación de un partido oficial del régimen. No obstante, llevaron la idea más lejos al plantear la caducidad de los partidos. Afirmaban que la nueva realidad produciría otros agentes del cambio, nuevos sujetos sociales y corporativos, que expresarían mejor los intereses de los trabajadores y de la nación oprimida. Idea más, idea menos: un movimiento nacional bajo la conducción política de la Fuerza Armada, convertida en agente de las transformaciones revolucionarias.

Ante esta elaboración urgía actualizar el diagnóstico de la realidad peruana, pero a partir de la correcta caracterización del velasquismo y del alcance de las reformas que encaraba. Asimismo acertar en señalar el momento de la correlación de fuerzas entre las clases; y sobre todo las fuentes del poder real, que mutaba, considerando, de la mano de la experiencia política, que el poder no lo detentan sólo los propietarios de los medios de producción. Y la necesidad de distinguir las contradicciones principales en las filas de la clase dominante. Para estos apologistas del régimen militar, el velasquismo, por su radicalismo, cancelaba el período oligárquico. Fundamentalmente a través de medidas como la reforma agraria, que al atacar el poder de la oligarquía terrateniente lo hacía simultáneamente con otras ramas burguesas. Esto debido a que los oligarcas de la tierra hacía mucho que integraban su capital en empresas de otras ramas de la producción. Parecía demostrarse, porque gran parte del empresariado-industria-

les, financistas, comerciantes se oponían frontalmente al régimen, obviamente en defensa de la propiedad privada, qué duda cabe, del poder que los militares les confiscaban.

Si la nacionalización de la IPC enfrentó al gobierno con Estados Unidos, la reforma agraria radical golpeó a fondo a los latifundistas modernos de la costa, productores de azúcar y algodón para la exportación. Liquidó asimismo al gamonalismo, o sea el latifundio serrano atrasado. Y por la dinámica que adquirió el proceso –su radicalización– otras medidas y reformas le siguieron. Las más importantes en esos momentos: nuevas condiciones para la explotación minera, seguida después de la nacionalización de parte de la minería; el control del comercio exterior; la defensa de las 200 millas marinas; nuevas reglas de política cambiaria y tributaria; avance de una nueva ley de industrias; ley de cooperativas; medidas de regulación bancaria seguida de la expropiación de algunos bancos. Y el ahondamiento de las diferencias con Estados Unidos con la salida de sus misiones militares y el restablecimiento de relaciones con los países del Este y con Cuba revolucionaria. Estos gestos de independencia se expresaron igualmente en la decisión de comprar armas a los países del "socialismo real", Rusia principalmente, como respuesta al embargo decretado por Washington.

Ciertamente medidas nacionalistas burguesas, pero que profundizaban el enfrentamiento con el imperialismo. Su progresividad sale del marco puramente nacional al convertir al proceso peruano en un obstáculo para los planes del imperialismo de dominio regional. Washington daba pasos para terminar con el período de ascenso político y revolucionario abierto por la revolución cubana. La demostración: por su iniciativa, y a veces intervención directa, se produjo el golpe militar en Brasil que derrocó al presidente Goulart; la conspiración primero y después el derrocamiento del presidente Allende en Chile; el golpe militar en Uruguay; el estímulo a los militares golpistas en Argentina... Pensamos que no tomar en cuenta este escenario constituía un hecho de grave miopía política. Una correcta caracterización de la lucha de clases nacional e internacional en la coyuntura debía realizarse tomando en cuenta la opresión del imperialismo sobre nuestros países atrasados y semicoloniales.

Anteriormente he destacado la crisis que impidió en VR una reflexión correcta de la nueva etapa que se abría en el país con el régimen militar. Era insuficiente que en la polémica unos lo caracterizáramos de reformista burgués y otros de nacionalista burgués con fuertes rasgos bonapartistas. ¿Medidas nacionalistas burguesas y limitado enfrentamiento al imperialismo? Si esta afirmación no se asume en el cuadro de relaciones entre las clases y de la opresión nacional, es una caracterización insuficiente porque no considera la dinámica de la lucha de clases. El documento *Lineamientos...*, generalizante y declarativo, no avanzaba positivamente en esto. Veamos la frase: "Por tanto el nacionalismo burgués es una forma de gobierno que lleva al afianzamiento del carácter semicolonial del país en las circunstancias actuales". Este párrafo expresa varias confusiones. Una, "extremista": que el nacionalismo burgués de izquierda no tiene un rol progresivo en la resistencia al imperialismo en un país atrasado como el Perú. Al declararlo así nos colocamos fuera del proceso abierto en el país, casi como críticos externos a él, privándonos por esto de tomar medidas concretas ante las reformas del régimen. Acompañarlas mientras mantengan su progresividad y criticarlas y diferenciarnos ante las inconsecuencias, intento de frenarlas o liquidarlas. Es decir, tener en cuenta la experiencia histórica, sobre todo en Latinoamérica, que nos enseña que estas inconsecuencias de la dirección del proceso aparecen debido a la doble presión que soporta: el combate por su independencia de clase de los trabajadores y las masas populares, de un lado, y la de los sectores burgueses que contraatacarán con el apoyo del imperialismo.

A diferencia de mis compañeros –los de siempre y los recién llegados a nuestras filas– yo concentraba buena parte de esta experiencia debido a mi pasado sobre todo argentino. En esta orientación, la comparación con el peronismo nos podía resultar útil, pero tomando en cuenta las circunstancias políticas en que se gestan ambos procesos. Uno durante e inmediatamente después de la Segunda Guerra Mundial, y el otro bajo la conmoción que en la región produjo la revolución cubana y su ejemplo. Ambos fueron procesos gestados a partir de sendos golpes militares, aunque las diferencias comenzaron a manifestarse casi desde el principio. Creo que una de las principales fue que el peronismo se apoyó, desde sus orígenes, en la movilización

radical de las masas populares, claro que controlándolas. Convirtiéndose éstas, con los trabajadores a la cabeza, en el sustento fundamental del régimen y del gobierno después de su victoria electoral en 1946. Por el contrario, el gobierno encabezado por el general Juan Velasco Alvarado rechazó apoyarse en el pueblo trabajador organizado, confiando sólo en la Fuerza Armada como su sustento político.

Por este hecho, el primer gobierno del general Perón dio vida a un régimen en el que la presencia y participación de los trabajadores fue determinante, canalizada a través del poderoso movimiento sindical. De esta forma, y a pesar de la tradición golpista del país, los militares se encontraron correlacionados por la fuerza y la dinámica del movimiento social y en él por la radicalización de sus vanguardias populares. Esta es la explicación del olor a pueblo del peronismo de sus orígenes. Y la explicación más cercana a la verdad, de su presencia por más de 60 años en la vida política de la Argentina. Señalo, no obstante, que en esta larga travesía el peronismo se logró mantener como la fuerza política principal porque lideró el movimiento de masas, aunque "estatizado", en algo parecido al charrismo mexicano. Es decir, convirtiéndolo a través de sus representantes políticos y sindicales en una experiencia *sui generis* en América Latina. Más que en un partido político en un movimiento, que del nacionalismo y antiimperialismo de sus orígenes ha devenido en la fuerza civil más importante en defensa del orden establecido. O sea del capitalismo semicolonial argentino.

Por estos elementos analógicos, no importa si esquemáticos, la "revolución" de los militares peruanos es también peculiar. Comenzó y siguió como una dictadura. Sin aliados políticos orgánicos y sin pueblo trabajador que fueran llamados a compartir decisiones de gobierno. Por tanto las medidas de corte nacionalista y antiimperialista que he citado fueron tomadas desde arriba, por los centros de decisión cupulares sin la mínima participación popular. La vanguardia militar al no estar preparada para coexistir con los representantes directos del movimiento de masas los dejaron de lado. He aquí una notable diferencia con el peronismo. Este hecho marcó el proceso y fue determinante en el giro a derecha del régimen después del gobierno del general Velasco (1968-1975). Y algo más a tener en cuenta. Un gobierno que enfrentó al imperialismo y que impulsó las nacionalizaciones

y reformas más radicales en el país no produjo una revolución social, a pesar de los golpes decisivos que propinó a la burguesía tradicional; y tampoco un cambio destacable en la relación de fuerzas entre las clases. Y lo aparentemente inusitado: no lograron cambiar la estructura de la Fuerza Armada que siguió igual a antes de 1968.

A partir de esta realidad se puede, sin embargo, comprender la naturaleza política del proceso peruano. Empiezo por la medida más trascendente de Velasco Alvarado: la reforma agraria. Fue resuelta por la cúpula militar y los técnicos a su servicio, de una manera sorpresiva en 1969. Así, el país político no fue invitado discutir qué tipo de reforma agraria era la adecuada, tomando en cuenta otras experiencias. Por ejemplo la de México, Bolivia, Guatemala, China, Cuba. Es decir, considerar que la reforma agraria es ante todo un hecho político fundamental entre las tareas democráticas y nacionales pendientes de realización en un país atrasado y oprimido por el imperialismo. Un país como el Perú, cuya estratificación étnica, social, cultural y regional presenta inmensos problemas. Y como lo señala Alberto Flores Galindo, una de las sociedades campesinas con mayor antigüedad en el mundo, pero que sin embargo –y lamentablemente– nunca ha llegado a producir una revolución campesina como en México. Y como lo creía posible José Carlos Mariátegui. Las últimas sublevaciones campesinas (1960-1963) se produjeron en los departamentos de la sierra central, en las que centenares de comunidades invadieron tierras de propiedad de la compañía imperialista Cerro de Pasco Cooper Co. Y en el sur, en el Cusco, a través de la rebelión encabezada por Hugo Blanco.

Es evidente que con la aplicación de la reforma agraria el gobierno militar intentó dotarse de una base social y política propia. Pero a pesar de su profundidad apenas logró ganar el apoyo de una fracción del campesinado. Es que sólo benefició a una parte de éste, principalmente a través de la formación de las cooperativas agrarias y empresas campesinas. En conjunto apenas un tercio de los trabajadores rurales. Quedaron fuera de la reforma el mundo de las comunidades campesinas y el de los trabajadores sin tierra. Se explica esto debido a la escasez de tierra cultivable. Pocos conocen que el Perú tiene una de las áreas por habitante más pequeñas del continente. Aunque con la eliminación del trabajo servil y gratuito, el reparto de tierras, la eli-

minación del latifundio y del gamonalismo serrano, se produjo un cambio en la naturaleza de las relaciones sociales entre campesinos. Y por supuesto, un cambio radical en la estructura del poder en el campo.

De acuerdo con la naturaleza centralizada y autoritaria de sus decisiones y por su temor al desborde popular, o sea a la independencia de clase, el gobierno se vio obligado a intentar dotarse de órganos de control de las masas. Para el control de las organizaciones sociales y empresas campesinas se creó el Sistema Nacional de Movilización Social (SINAMOS), bajo conducción de un general. No satisfechos totalmente con el apoyo incondicional del Partido Comunista pro Moscú –porque no pudo integrar la central obrera (CGTP) al régimen, debido al combate de los sectores que nos batimos por su independencia del Estado– crearon el Movimiento Laboral Revolucionario (MLR) y la Central de Trabajadores de la Revolución Peruana (CTRP). Las Ligas Agrarias, como nueva organización gremial campesina. Ante esto los diferentes componentes de la izquierda socialista se vieron obligados a asumir una posición concreta. Pero, ¿qué hacer ante los desafíos? ¿Capitular como los estalinistas del Partido Comunista? Estos, con descaro, abandonaron su proclama, de marxismo-leninismo y el papel dirigente del proletariado en la revolución, para sumarse apasionadamente a la "revolución peruana" en curso, con su dirigente el general Velasco Alvarado y a través del gobierno da la Fuerza Armada.

El recién formado POMR estaba obligado a responder políticamente a esta realidad y enormes desafíos. Ya habíamos soportado algunos golpes al plexo. En los finales de VR perdimos a Rolando Riega y a Jorge Mango, dos de nuestros más importantes dirigentes sindicales. Sin previo aviso cambiaron de bandera. Se pasaron a las filas gubernamentales atraídos por el esplendor del poder. Se constituyeron en organizadores y dirigentes de la CTRP, la central obrera del gobierno. Antes, la dirección comunista mayoritaria de la CGTP nos había asestado otro mandoble, el más fuerte. Con una maniobra sucia, de sabor estaliniano, separó de la dirección nacional a Jorge Villarán, Rolando Riega y Jorge Mango.

Además por nuestra fuerte inserción sindical, social y en frentes regionales, quedamos naturalmente enfrentados al intento del gobierno de tomar el control de las organizaciones de masas, a través

de las herramientas que creaba y asimismo por la vía de sus seguidores y agentes en éstos. De ahí la urgencia de una comprensión cabal de este momento de la vida política del país y de la lucha de clases. Debíamos armarnos políticamente, superando todo empirismo, para dar las respuestas correctas. Sabíamos que un partido puede no ser gravitante por su limitada influencia de masas, pero que eso no lo exime de sus responsabilidades frente a los trabajadores. Ante ellos debe presentarse con herramientas políticas abarcativas, como si fuera un partido dirigente. Es decir ser parte del proceso, en este caso impulsado por otras fuerzas políticas. Con la obligación de conocerlas a fondo en su dinamismo, objetivos y contradicciones. Siempre con el eje de marcar nuestro propio terreno: el de ayudar a los trabajadores, campesinos y la juventud, a luchar por sus reivindicaciones fundamentales, pero salvaguardando su independencia organizativa y política del régimen y del Estado.

Ante esto nuestra situación se complicaba porque los problemas a encarar tenían una dimensión y complejidad enormes. Pensamos que nos ayudaría la "Internacional". Pero nadie del "centro", situado en París, apareció para darnos una mano. Sólo había estado François Chesnais, en otro momento. Tampoco nadie estableció otro tipo de comunicación. Creímos que nos habían olvidado. Sin embargo Guillermo Lora se hizo presente en la forma de una invitación. Me pidió que viajara a Bolivia para estar presente en los decisivos acontecimientos que se producían en el país. Con el acuerdo de la dirección marché inmediatamente, a fines de abril de ese año 1971.

Ya señalé que lo vi, en 1960, cuando mi ingreso clandestino al Perú desde Brasil. La última vez que estuvimos juntos fue antes de la fundación del POMR. Ahora estaba alojado en su casa en La Paz. Él y su compañera –maestra ella–, tuvieron gestos amables conmigo. Esto lo digo porque algunos de sus críticos afirman que Lora fue una persona distante, casi hosco, conciso y parco al hablar con sus interlocutores. No le pregunté su edad, pero me pareció unos años mayor que yo; de baja estatura y algo así como un "cholo" altiplánico. Además sus detractores afirmaban que se comportaba políticamente "como si fuera el ombligo del mundo". Conviviendo unos días con él intenté "interpretarlo", dejando de lado los a priori y prejuicios. Es que conocía su

vasta trayectoria política y su condición de referente histórico del trotskismo boliviano.

Creí que habría lugar para discutir el tema de la pertenencia común al "lambertismo". Pero casi no lo abordamos. Lora realizó un rápido y conciso análisis de la profundidad y complejidad de la crisis política. Puso énfasis en la debilidad del gobierno del general Juan José Torres, que arribó a la presidencia beneficiado por la huelga general indefinida contra la junta militar que sucedió a los gobiernos de los generales Ovando y Miranda. Derrotada la junta, entregó el gobierno al general Torres. Éste era visto como un militar nacionalista, gozando por ello de cierta simpatía popular. Con el cambio de la situación en favor de las masas radicalizadas lanzadas a las calles, Torres pidió a la Central Obrera Boliviana (COB) que participara en su gobierno prometiéndole hasta la mitad de ministerios. La oferta fue rechazada. Es que los dirigentes sindicales tuvieron presente el fiasco que significó la presencia de ministros obreros en el primer gobierno de Paz Estenssoro, corrupción y traiciones de por medio. La COB contraatacó pidiéndole la cogestión obrera en las minas nacionalizadas y con poder de veto. En la enorme tensión política, el general Torres no quiso o no pudo reprimir las manifestaciones de desborde popular. Entre otras, la ocupación de predios rurales, empresas privadas, medios de prensa considerados hostiles, locales de entidades norteamericanas. Hechos que indicaban que se había producido coyunturalmente un cambio notable en la relación de fuerza entre las clases. En Bolivia, cuando algo de esto ocurría, el Ejército salía de sus cuarteles para restablecer el orden oligárquico, casi siempre a sangre y fuego. En estas circunstancias el gobierno del general Torres avisaba de su incierto destino. ¿Cuál sería éste?

Consideró Guillermo Lora que una situación de grave crisis como ésta no podría prolongarse mucho tiempo. Las masas en las calles, casi incontrolables, obligaban a las direcciones obreras a crear, ya, sus propias herramientas de poder. Si no lo hacían a tiempo, las fuerzas reaccionarias, con los militares golpistas al frente, contraatacarían. Sin embargo el comando político –formado meses antes e integrado por representantes de partidos y sindicatos– demoraba peligrosamente en hallar una salida. Flotaba en los aires la pregunta:

¿Quién detentará el poder y cómo conquistarlo? Lora opinaba que en la emergencia yo podía ser útil en la tarea de colaborar en la orientación militar del POR y en la preparación de cuadros y militantes para asumirla. Pero me advirtió –lo que constaté después que era cierto– que en las vanguardias sindicales y políticas de izquierda pesaba la tradición, o ejemplo, de la revolución obrero-popular de 1952. Creían que si el golpe se daba sería enfrentado exitosamente por los trabajadores, con petardos de dinamita en la mano como en los enfrentamientos callejeros donde derrotaron a las columnas del Ejército.

Preocupado, Lora insistió que esta idea era extremadamente peligrosa y desarmante políticamente. ¿Por qué? Afirmó que ya en 1954 Paz Estenssoro había logrado que el Ejército y las fuerzas policiales se equiparan con armas sofisticadas, provistas por Estados Unidos. Aprendieron la lección ajena: evitar los enfrentamientos callejeros con el enemigo. En el caso boliviano: impedir la acción de los cartuchos de dinamita a corta distancia. Las armas automáticas de mucho mayor alcance mantendrían a distancia a sus lanzadores, con la posibilidad cierta de una represión en toda la línea, con o sin manual de la Escuela de las Américas con sede en Panamá.

El olor a multitud lo tuve el 1º de Mayo, día de los trabajadores. En la calle, con Lora al lado, vimos pasar las radicalizadas y alegres columnas de los marchantes: mujeres, casi en mayoría, hombres y hasta niños: ataviados muchos de ellos con las vestimentas indígenas típicas, incluso regionales. Decenas de miles organizados en columnas, sindicatos, partidos políticos, organizaciones sociales, principalmente. Las consignas, todas radicales, desde muerte al imperialismo norteamericano, contra el golpismo militar; por una reforma agraria revolucionaria; por el gobierno de la COB y los trabajadores. Mi emoción fue grande cuando vi pasar la columna del POR-Masas. Con cascos mineros buena parte y al grito de "Viva León Trotsky". Era la primera vez en mi vida que escuchaba el nombre del fundador del Ejército Rojo y dirigente de la revolución de octubre "asumido" como propio por estos trabajadores de un país atrasado y para colmo en las alturas; y mediterráneo. ¡Qué manifestación de madurez política, me dije! Este acontecimiento extraordinario culminó con la toma de la sede del Parlamento, que el gobierno había negado a los organizadores. Aba-

rrotado y desbordante de pasión revolucionaria, los representantes del comando político llamaron a la formación de un órgano de los trabajadores y del poder popular, independiente del gobierno. En este mismo recinto nacería la asamblea popular nacional como materialización de la herramienta de poder de las masas populares, convocada para junio de ese 1971. Una vez funcionando fue considerada por algunos como un frente antiimperialista dirigido por el movimiento obrero; y por otros, como una especie de gran soviet altiplánico. De mi lado, consideré un verdadero privilegio el hecho de estar presente en estos acontecimientos de alta significación histórica en Latinoamérica.

Después de varias reuniones con los cuadros del POR, dimos por concluida mi visita a Bolivia con la promesa de retornar al primer llamado. Pero aproveché mi estadía para visitar a dirigentes políticos y sindicales a quienes conocía o a los que me otorgaban una entrevista. No lo pude ver a Juan Lechín porque viajó apuradamente a Chile. Edwin Moller, dirigente del PRIN, el partido formado por Lechín después de su expulsión del MNR, en 1963, me conocía; un ex trotskista, rechazado por éstos debido a su pase a las filas del nacionalismo movimientista. Era una especie de asesor de Juan Lechín. ¿Por qué destaco el encuentro entre nosotros? Porque me dijo que la advertencia sobre la inminencia del golpe militar era correcta, ya que la derecha militar conspiraba abierta y descaradamente contra el general Torres, al que acusaban de capitular ante el "comunismo" de las vanguardias sindicales y políticas. Como conocía de mi vínculo "argentino" con Salvador Allende me solicitó –no recuerdo si en esto coincidía Juan Lechín– que lo viera en Chile para plantearle su ayuda al proceso revolucionario boliviano. ¿Cómo? Podría ser de muchas maneras, entre ellas, instructores militares, cuadros políticos y sobre todo armamento específico. Moller decía que el general Torres, debido a sus limitaciones políticas y de clase, se negaba a proveer fusiles a la COB para ser distribuidos entre los milicianos. Le prometí realizar el viaje a Chile, inmediatamente después de mi retorno a Perú. A la dirección informaría de lo visto y pediría su conformidad para la gestión, por cierto que delicada y riesgosa.

Mis compañeros de partido apoyaron mi iniciativa porque Bolivia era uno de los ejes de sus preocupaciones. Yo hubiera deseado

aprovechar esta tensión para discutir el proceso del país vecino en todos los niveles del POMR: dirigentes, cuadros medios, militantes. Coincidíamos en que lo de Bolivia era apasionante, permitiendo lecciones políticas de primera mano y útiles para comprender las especificidades de nuestros países. En Bolivia el comportamiento del Ejército y de la Aviación es débil; prácticamente no existe la Marina. Tal es la explicación de los momentos de nacionalismo cercano al pueblo, pero casi siempre portándose como un partido armado al servicio de la reacción oligárquica. Esta reflexión nos podría ayudar a comprender mejor el nacionalismo de izquierda encarnado en el velasquismo peruano. Sin embargo, si el proceso boliviano constituía un verdadero laboratorio de la lucha de clases, era debido a la larga, intensa y contradictoria actividad revolucionaria de las masas, con el proletariado minero como su dirigente. Cabía entonces preguntarse: ¿Dónde en Latinoamérica se produjeron manifestaciones de doble poder? ¿En qué país se daba el hecho de una central obrera –la COB– convertida en una formidable herramienta de poder dual? Y dejando para después otros temas, concentrarse en la coyuntura actual en que el radicalismo del movimiento popular –en el cuadro de la crisis del régimen y del gobierno– pone a la orden del día el poder obrero y campesino. Por eso lo que ocurra en Bolivia repercutiría en toda la región. Es decir, la victoria de las fuerzas revolucionarias o su derrota. Si era lo primero, ¿estábamos ante otra revolución socialista en América Latina?

En Chile con Salvador Allende

Pensé que esta discusión, de gran proyección educativa y formativa, la haríamos a mi retorno de Chile. A renglón seguido, el avión me depositó en Santiago y me alojé en el domicilio de mi camarada y amigo Enrique Sepúlveda. Lo conocí en Buenos Aires cuando su encuentro con Silvio Frondizi y nos seguimos viendo en mis frecuentes visitas a su país. Médico pediatra, pero también intelectual marxista, apasionado por los temas históricos. En los años 30 fue integrante de la izquierda del Partido Comunista que simpatizó con la oposición

de izquierda del Partido Bolchevique. Fue uno de los fundadores del MIR. Ahora apoyaba al gobierno de la Unidad Popular desde una posición independiente; y colaboraba con su amigo Oscar Waiss –director de *La Nación*, el diario oficial–, como analista político. Éste, un socialista de mil batallas sobre sus espaldas, y además miembro de la dirección del Partido Socialista. Tan amigo mío como Sepúlveda, logramos revalidar nuestra amistad a lo largo del tiempo, tanto que muchos años después lo visité en sus exilios en Alemania, Francia y España.

A Waiss le pedí que gestionara una entrevista con el presidente Salvador Allende, casi recién llegado al mando de la Nación. No fue fácil convencer a mi amigo de la urgencia de la misma. Tuve que apelar a la más fina y elaborada argumentación. Pero terminó aceptando. Transcurrieron varios días hasta su concreción. De mi lado, en práctica de horas, había preparado mi "discurso". El compañero Salvador Allende me recibió en su despacho, muy sobrio, y creo que situado en el segundo piso, mirando a la calle del palacio presidencial. Atento y cordial le recordé cómo nos habíamos conocido. No es necesario que lo describa en sus rasgos físicos y en su personalidad, porque "todo el mundo" los conoce, incluso de su sencillez y calidez humana. Fui al grano, ya que tenía el tiempo acotado. Como preámbulo –aunque él la conociera quizás mejor que yo– le di mi versión de la realidad boliviana. Puse el acento que en la coyuntura, verdadera encrucijada, la revolución social y la contrarrevolución de derecha jugaban sus cartas definitivas. Con estos fundamentos pasé a lo otro. A pedirle su apoyo, en nombre mío y de varios dirigentes políticos, para impedir que el golpe que acechaba se concretara y tuviera éxito.

Mis argumentos principales, seguidamente. Que este contragolpe contrarrevolucionario pretendía cerrar definitivamente la etapa que se abrió con la victoria popular de abril de 1952. De lograrlo, la dictadura militar que se instalara constituiría una amenaza real para el proceso revolucionario chileno. Pero, además, que él debía conocer seguramente de la discusión al interior del gobierno del general Velasco Alvarado. Es decir: intentar el rescate del puerto de Arica –su devolución al Perú–. Hasta medios de prensa comentaban en Lima –no se sabe si como parte de una guerra psicológica– que casi 10 mil efectivos militares habían sido desplazados a la frontera con Chile. Y

lo último, que en Argentina –de frecuentes controversias con Chile– la volátil situación política, con el protagonismo del gorilismo militar, no garantizaba una neutralidad real ante el proceso revolucionario chileno. A esto sumé la evidente intromisión y hostilidad del imperialismo norteamericano en todo proceso radical de reformas.

A continuación el pedido, como dije acordado con Edwin Moller. La facilitación de un núcleo de instructores militares, no exactamente chilenos sino de otras nacionalidades, ex insurrectos o guerrilleros que se asilaron en Chile. Asimismo la provisión de fusiles automáticos y otras armas, indispensables para combatir a las brigadas militares en las calles. Obviamente, de ser aceptada mi petición, montar los mecanismos necesarios para garantizar la seguridad absoluta de la operación, sin comprometer en nada a su gobierno. Hasta insinué que podía hacerse la operación a través de compañeros del Partido Socialista, ya fogueados en estos temas. Concluí mi exposición con esta idea: que a Chile le convenía dotarse de un reaseguro al contar en uno de sus flancos territoriales con otra revolución socialista, la boliviana, en caso de triunfar.

El Presidente me escuchaba entre atento y tenso por lo inusitado de mi pedido, que por su contenido podría parecerle hasta como una provocación política. No cometeré el error de poner comillas a su respuesta, después del tiempo transcurrido y porque no hay buena memoria que pueda retener su contenido. Por tanto aviso que lo que escribo es lo que recuerdo, con los márgenes de error previsibles. Cordial en la forma, pero enérgico, adujo que lamentaba no poder dar una respuesta afirmativa a mi petición y de los compañeros bolivianos. Afirmó que como en Chile el poder de la derecha es todavía muy grande no podía darle un pretexto de esta magnitud si el hecho trascendía. Lo otro, los instructores y armas, menos podía darlos debido a la vigilancia de los servicios de inteligencia, cuya conducta y fidelidiad no garantizaba. La síntesis, porque su parrafada la nutrió de otros conceptos, fue igualmente negativa.

Sintiéndome perdido, no obstante no apelé a ninguna frase que pudiera parecer un exhorto acerca de la obligación de los revolucionarios de prestar su solidaridad internacionalista. Agregué que si no valía la pena asumir los riesgos –le insinué que el apoyo podría venir de los grupos armados del Partido Socialista– ante la comprobada incursión

del gobierno norteamericano en su país y en la región; y que si los procesos de Chile y Bolivia fueran derrotados se abriría una negra etapa en Sudamérica. Donde ya estaban los Stroessner, los militares golpistas brasileños y uruguayos, en tanto avanzada conrarrevolucionaria. Y fui más lejos al decirle que Cuba y su revolución peligrarían. El Presidente, ya menos tolerante, me interrumpió bruscamente. Afirmó que Fidel Castro era su amigo dilecto, que lo admiraba, tanto que acababa de invitarlo a visitar Chile. Prosiguió: que apoyaba la revolución cubana por su significación en América Latina y por su enfrentamiento a Estados Unidos. Pero que él no auspiciaba una revolución tipo cubana ni en Chile y tampoco en otros países latinoamericanos, para el caso Bolivia.

Y dio por concluido el encuentro con esta frase: "Estimado compañero Ricardo, lo saludo por la naturaleza de su gestión y la confianza que deposita en mí, pero le recuerdo que soy socialista, socialdemócrata de izquierda para muchos. Y por serlo, según nuestros principios y tradiciones, no soy partidario de revoluciones de tipo bolchevique y menos en la frontera de mi país". Señaló que la vía pacífica al socialismo no es una consigna de tipo propagandista sino un programa: que el socialismo democrático sólo puede conquistarse por vía pacífica, no a través de la guerra civil ni de la lucha armada. El final: un abrazo rápido y cordial. Fue la despedida.

Con mis amigos Oscar Waiss y Enrique Sepúlveda comenté los avatares de la frustrada entrevista. Les dije: ¿Qué pasará en Chile si la contrarrevolución desata una guerra civil? Porque la historia enseña que los burgueses y las patronales nunca dejan voluntariamente el poder y en Chile amenazan cada día en recuperarlo cuanto antes. Si el compañero Allende rechaza la violencia y la guerra civil, como afirma, ¿no lucharían los trabajadores si el gobierno de la Unidad Popular, que lo consideran suyo, es derrocado? ¿No lo defenderían apelando a las armas?

Realicé un último intento. Les pedí a mis amigos que me dieran contactos de los socialistas encargados de la seguridad y armamento partidario, por supuesto con la debida discreción. Me entrevisté con varios de ellos. La respuesta fue casi siempre la misma. Sin la orden de sus dirigentes nada podían hacer, salvo la propia voluntad si fuera necesario. Algo así como un saludo a la bandera. Me quedaba el MIR, porque conocía desde antes a su dirigente principal, Miguel Henríquez. Tuve

que desplazarme a la ciudad de Concepción, al sur del país, donde se hallaba y donde el partido tenía una implantación importante, sobre todo en los medios universitarios y en las poblaciones. Miguel Henríquez, muy joven, impresionaba por su verbo apasionado y fácil. Se decía que siempre desafiaba al peligro; destacaban por lo tanto su coraje y audacia. Con estos atributos, y seguramente otros, ganó el liderazgo de su organización. No tuve problemas para convencerlo, con los mismos argumentos que desarrollé ante el presidente Allende. (No le dije de mi entrevista frustrada con él). Muy hábil políticamente, afirmó que efectivamente la derrota del proceso revolucionario boliviano repercutiría negativamente en Chile. Dijo que tenía las armas y el grupo de compañeros para la instrucción armada. Sin embargo –y correctamente– sugirió la necesidad de la presencia de los responsables bolivianos para sellar el acuerdo y concretarlo en la práctica. Le di nombres y direcciones para viabilizar el operativo. Miguel me pidió que fuera al norte del país, a los asentamientos mineros, para explicar a compañeros de los equipos "técnicos" su conformidad. Ellos desde su sede estaban en mejores condiciones para relacionarse con Bolivia.

Cuando remataba mi iniciativa, hasta ahora fuertemente voluntarista, con otros contactos, llegó la cruel y trágica noticia. Se produjo en el mes de agosto el golpe militar encabezado por el coronel Banzer. Los comentaristas políticos afirmaban que con el apoyo civil de la patronal reaccionaria de Santa Cruz, pero probablemente con el apoyo de los gobiernos de Brasil y Paraguay, ambos producto de sendas dictaduras ¡Para qué seguir llenado de letras en esta página! El lector imagínese mi desolación. Los trabajadores luchaban heroicamente en las calles, pero casi sin armas. A diferencia de lo que ocurriera el 9 de abril de 1952, esta vez los militares golpistas reaccionarios se cobraron la revancha. ¿No abriría esta derrota de Bolivia las puertas a las aventuras golpistas en Chile? Obviamente el mañana resolvería el dilema.

Otra vez los duendes represivos

Telefónicamente, mi hermana Haydée me noticia que acababa de llegar al domicilio materno una citación judicial a mi persona.

Simultáneamente, hombres de la policía de investigaciones exigieron mi presencia. Como no me hallaron, dejaron una custodia policial durante las 24 horas del día. Le sugerí a Haydée que pidiera apoyo a Carlos Malpica, mi amigo. Y en lo jurídico al doctor Alfonso Barrantes, abogado de izquierda, que años después sería elegido Alcalde de la ciudad de Lima. Llamada va llamada viene, me respondió que Barrantes no aceptó, pero que Carlos Malpica sí. Mi hermana logró que aceptara encargarse de mi defensa el doctor Castañeda Pilopais. Éste, un abogado atípico, no tenía estudio jurídico propio ni atendía en alguno ajeno. Lo hacía en los pasillos de los tribunales. Tenía fama de tomar causas perdidas. Le dijo a mi hermana que para él era un honor asumir mi defensa.

Mis camaradas en Lima consideraron que no era conveniente mi ingreso clandestino al país. De hacerlo tendría que vivir en clandestinidad y la represión al partido se acentuaría. Ante esto, sin embargo, tomé el avión que me depositó en el aeropuerto Jorge Chávez, en el puerto de Callao. De lejos divisé a Carlos Malpica y a Haydée. Me impidieron el encuentro. Fui conducido el departamento de seguridad del Estado de la policía; quedé incomunicado. Nadie me dio las razones de mi detención. Los jefes decían "cumplimos órdenes superiores". Punto. No estuve solo sino acompañado de varios presos por delitos comunes. Indagué los porqués de sus encierros y los escuché atentamente. Uno de ellos, Flavio Moreno –que manifestaba haber sido brutalmente torturado– me pidió ayuda urgente, considerando que su vida corría peligro. Adujo que la policía negaba su detención y nadie de sus familiares sabía dónde estaba. Resolví ayudarlo a pesar de mis circunstancias. Le pedí datos familiares y señas distintivas en su cuerpo. Esto como demostración de su existencia en el lugar.

Antes de entrevistarme con mi abogado se hizo presente en el local el juez Santos Chichizola, por otra causa. Tenía fama de juez justo y valiente. Se afirmaba que lo era porque no transaba con la policía, como sí otros jueces. Pero que no aceptaba tampoco presiones del gobierno o de los políticos con poder. Cayó de sorpresa en el recinto, creando una gran conmoción entre los jefes policiales. Estos nos habían advertido que si alguien hablaba ante el juez de la presencia de Flavio Moreno, podía contar sus días. Cuando el juez estuvo con nosotros,

le dije a viva voz que me escuchara. Y me escuchó. Afirmó que desde ese momento Flavio Moreno quedaba bajo protección de su juzgado y que encausaría a los responsables de su secuestro. Creo que, por lo menos, Flavio Moreno salvó su vida. Así me informé después.

Resistí bien las agresiones y amenazas de estos policías que por mi decisiva intervención se les fue de la mano Flavio Moreno. Dispusieron, cumpliendo "órdenes superiores", mi traslado al penal de Lurigancho, situado en un paraje desolado en las afueras de Lima. Fui "depositado" en uno de los pabellones de presos comunes: asaltantes callejeros, traficantes de drogas, ladrones domiciliarios ("monreros"), acusados de delitos contra el honor sexual, gente del campo –la mayoría analfabetos– por ocupación ilegal de tierras, etc. Nada amables los represores; los primeros días dormí en el piso. Pero mis compañeros de encierro rápidamente subsanaron el problema: me proveyeron de colchón y de un camastro para que el "doctor" –que era yo– lo pasara mejor. Por mis anteriores prisiones conocía de esta solidaridad entre dolientes y sobre todo con quienes consideraban detenidos políticos, a los que admiraban y respetaban.

Mal comienzo, me dije. Aguardaba en la cola mi turno para pasar rancho, o sea la comida del mediodía. Se acercó el ayudante de quien dirigía el acto, diciendo que me aconsejaba que no recibiera el rancho común sino que comprara uno mejor y más sano. Lo vendía un grupo de presos privilegiados probablemente asociados en esto con los guardias carcelarios. Dije que no. Avancé unos pasos para recibir mis alimentos. Cuando me aprestaba a hacerlo, el mismo tipo sacó su pene y orinó en la paila. Obviamente tuve que desistir. Mis compañeros de celda me explicaron este hecho como parte de la trama infame en que se debatía la población carcelaria. Claro, había otra alternativa: comprarle los alimentos a un grupo de presos, que cocinaban casi a hurtadillas para ganar un poco de dinero para sus gastos de supervivencia.

Lamentablemente no me es fácil traducir en una corta parrafada el ambiente de la prisión. Ya dije que el escritor José María Arguedas, en su novela *El Sexto* relata el sinfín de humillaciones que soportan quienes componen la población carcelaria, en tanto detenidos. Ahora yo, uno de los presos, estoy obligado a decir algo críticamente, aun-

que sea puntual y brevemente. Entonces, al grano. Lo primero: el hecho de que las autoridades penitenciarias sean cómplices de esta organicidad carcelaria. En una especie de asociación entre los guardias y el núcleo de presos privilegiados. Por esta delegación cómplice de autoridad, éstos imponen al resto sus propias "leyes".

De ahí la figura de los "capos", que imponen cupos y disciplina. Claro que respetando el status de cada cual. No tenían el mismo status el traficante de drogas y el ladrón de alto vuelo, que el ladronzuelo, el plebeyo acusado de cometer un delito contra el honor sexual o el campesino serrano, con la mochila de ocupante de tierras de un poderoso. Casi todos pobres, muy pobres, gran parte analfabetos. Y lo peor, sin protección judicial. Sin embargo, los "capos" no se apartaron de la tradición, al considerarme un preso político; y por ello un "doctor".

El "doctor" tenía que responder a las perentorias exigencias de su nueva vida. Me hice educador de amplio espectro: de los analfabetos y a otros meterle, directa o subliminalmente, cuantas ideas políticas podía. Esto relativamente fácil, si partiendo de la propia tragedia personal se avanza a culpabilizar al sistema y a sus agentes que instrumentan sus depredaciones. De esta forma el doctor ganaba prestigio y autoridad. Aquí algo risible, por no decir emotivo. Por pedido expreso escribía cartas de fuerte contenido amoroso y pasional, y a veces poético, a las mujeres de los presos peticionantes. Aparecían las damas cuando la visita semanal. Mi orgullo escalaba niveles impensados al contemplarlos en arrumacos enternecedores.

Prosigo. Cuatro o cinco de los acusados de ser fabricantes de cocaína y de comercializarla, que gozaban de ciertos privilegios, me relataron esto sorprendente, claro que para mí. Afirmaron que los "laboratorios" en que procesaban la cocaína no eran de su propiedad sino de jefes policiales; que ellos eran sólo sus testaferros. Pero que estos jefes los entregaban a sus captores ocasionales cuando peligraba su situación, sea por investigaciones o campañas públicas. Por eso entraban y salían de las cárceles, sin poder decir su verdad. Si cometieran el error de hacerlo, sus días estarían contados, según sus dichos.

Mi siguiente relato retoma el tema de los "capos". Estaba tomando sol en el patio central. Me alegré cuando tres presos me dijeron "camarada". Creí que eran algunos de mis alumnos. Pero no. Se trataba de un

asalto liso y llano. Me pidieran que les entregara pantalón, saco y zapatos. Seguidamente me pusieron un cuchillo ("chaveta") entre las costillas ¿Qué ocurrió en esa circunstancia? Un par de "capos" se acercaron en mi defensa. Patearon brutalmente a los agresores, los obligaron a arrodillarse y pedir perdón, mientras con sus correas le golpeaban el rostro hasta sangrarlos. Así, los detenidos se enteraban que yo gozaba de su protección. Sin embargo voy más lejos en el relato. Es que los guardias, que siempre estaban armados, contemplaron la escena como si no les incumbiera. Asumían que sus socios, los capos, cumplían con su tarea. De ejercer disciplina propia. Y lo último. En el mismo patio, un día de vista a los presos, uno de éstos que había estado 20 años en una cárcel selvática, miraba al grupo visitante. Le dije: ¿Extraña tener una mujer en brazos? No, respondió. Nunca he tenido una relación sexual con mujeres sino con hombres. Estoy en prisión desde los 18 años y en ella me hice adicto a poseer hombres. Me quedé mudo.

Sigo brevemente con este mismo tema: el de la promiscuidad sexual, con las perversiones comunes a todos los presidios del país. En Lurigancho no existían los locutorios, o sea encuentros sexuales de las parejas, autorizados por la administración del penal. Pero sí los encuentros con la colaboración de los guardias entre algunos presos, es decir homosexuales. Los interesados me informaron que los jefes cobraban por autorizar el hecho. Me impresionó el caso de un cura metido a la cárcel acusado de corruptor de menores. El personaje no tenía límites para su apetito, como lo demostraba los cuatro o cinco "clientes" que hacían cola para satisfacerlo. A veces las riñas indicaban que la disputa por la paga de servicios podía llegar a picos incontrolables. Obviamente, siempre el guardia de turno era un socio en la empresa depredadora. ¿Drogas? Su consumo era habitual para una parte creo que minoritaria de la población carcelaria.

Por todo esto más adelante comprendería en toda su dimensión el gesto de mi hermana Graciela, una de las mellizas. Sabía que visitaba asiduamente las cárceles, pero no me detuve a pensar el porqué. Hasta que un día me entero que había tomado la iniciativa de formar un "patronato", como denominaba a una institución relacionada con el mundo carcelario. Logró que el Estado le cediera por tiempo indeterminado un terreno frente al aeropuerto Jorge Chávez. Después lo

"urbanizó" y con apoyos varios, incluso de municipios, comenzó a recibir "liberados", presos que acababan de obtener su libertad. Los aguardaban talleres en los que aprenderían un oficio, por ejemplo, carpinteros, torneros, pintores, etc. Me parece que después de un año, con alimentación y paga mínima, eran dados de alta, supuestamente en mejores condiciones para enfrentar los desafíos de una sociedad siempre hostil y más aún con quienes tendrán la "chapa" de delincuentes. Y mi hermana Graciela, por décadas y hasta el momento que escribo estas líneas, lo hace sin desmayos. Su sano humanismo cristiano es quizás su motor impulsor.

No sé qué pasaría con mi buen amigo el abogado Castañeda Pilopais. Haydée dijo que se había olvidado de la cita en el juzgado, que no la agendó. Cumplido el tiempo de espera, tuve que defenderme solo, asumir mi propia defensa. Sorprendentemente los jueces no me acusaban de nada concreto. Comprendí por sus preguntas el porqué de mi detención. Sin tapujos, uno me preguntó qué había ido a hacer a Chile y con quién me reuní. Otro, más cauto, si coincidía con las ideas del presidente socialista Allende. Y el tercero, más atrevido, si me había reunido con Fidel Castro. Como mis acusadores politizaron la sesión, les seguí la cuerda. En un par de horas dije lo que me vino en gana. Con una postura abiertamente ofensiva justifiqué mi compromiso ideológico y mi militancia política por la necesidad de terminar cuanto antes con el decadente capitalismo. Afirmé que el gobierno militar tomaba medidas que lo convertían en un régimen burgués progresivo en relación a otros del pasado, pero a través de una dictadura y dando la espalda al pueblo trabajador. A riesgo de recibir una condena mayor por mi atrevimiento, les dije que la Justicia de la cual formaba parte este tribunal no tenía el coraje de manifestarse como un poder realmente independiente, como la Constitución lo señala. Más claramente: que no tenían autoridad moral para juzgarme y condenarme. No hice mi alegato pensando en la historia, como el de Fidel Castro con su *La historia me absolverá,* ni como Luis de la Puente ante los jueces que lo juzgaron en Trujillo. Pensé: si estos sirvientes del gobierno militar me van a condenar, que escuchen ideas que golpeen su conciencia... si la tienen. Sorprendentemente me dejaron en libertad, pero condicional. Después Carlos Malpica comentó que uno

de los jueces, compañero suyo de estudios, le dijo que el ministro de Gobierno les exigió que me condenaran pero que ellos se "rebelaron". Cierto o no, gané otra batalla.

Sin embargo poco pude disfrutar de mi precaria libertad. Informé a la dirección del POMR de mi fracasada gestión ante el presidente Salvador Allende. Asimismo de mis vivencias en el penal de Lurigancho. No era un informe cualquiera por sus profundas implicaciones. Acababa de ser derrotado el proceso revolucionario boliviano y el dictador Banzer terminaba con los últimos bastiones de la resistencia popular, con su cuota de asesinatos, encarcelados y confinados, perseguidos y exiliados. En cuanto a la situación de Chile, ameritaba una profunda discusión en todas las instancias partidarias. Con este eje: la reflexión sobre la denominada vía pacífica al socialismo, cuando las fuerzas reaccionarias apoyadas abiertamente por el imperialismo norteamericano pretendían acabar con el gobierno de la Unidad Popular a través del golpe militar o de la guerra civil. Por otra parte de mis compañeros recibí su versión de los últimos acontecimientos del país, centrados en las nuevas medidas y reformas del gobierno, que acentuaban su radicalismo pero a la vez la resistencia de diversos sectores obreros y populares. Esto último nos tocaba directamente, porque debido a nuestra inserción en el movimiento de masas colisionábamos con el régimen más directamente.

El "healismo" en el Perú

En estas reuniones nadie me alertó sobre disidencias durante mi ausencia. Apenas las explicables, y de tono menor, en la discusión en las escuelas de cuadros, cuando se abordaban temas como el trotskismo y nuestro compromiso internacionalista. Por ello nos sorprendimos cuando Maruja Martínez –antiguo cuadro estudiantil y militante desde VR– apareció sorpresivamente para informarnos que tenía el encargo de compañeros integrantes de su fracción de comunicarnos la decisión de irse del POMR. Nos entregó varios y voluminosos documentos a través de los cuales –dijo– justificaban el hecho. No aceptó discutir el mandato. Agregó que se iban del POMR al considerarlo un

partido revisionista por su afiliación al lambertismo. Afirmó que ellos formarían otra organización –verdaderamente marxista– afiliada al Comité Internacional de la Cuarta Internacional (CICI), que tenía como su organización madre al Socialist Labour League (SLL) de Inglaterra y como su dirigente más destacado a Gerry Healy.

Con ellos se fueron –después veremos que al barranco político y hasta humano– un valioso núcleo de cuadros, militantes e intelectuales. Entre ellos activistas y dirigentes sindicales de algunas empresas metalúrgicas, del calzado y autopartistas; y un poco de juventud, sobre todo universitaria. Ante el éxito de la operación fraccional, su dirección internacional encomienda a la Liga Comunista –nombre que adoptaron– la responsabilidad de construir la corriente healista en América Latina y que desde el Perú se debía encarar esa tarea. Aunque antes, los camaradas peruanos tendrían que liberarse del nivel hegeliano en su intento de aplicar el materialismo dialéctico. Es decir, la lucha por el materialismo dialéctico como algo esencial. Apartándose para siempre del centrismo de VR, como de otros grupos que revisan la teoría y los principios. En esta vía, la obligación de formar cuadros para el entrenamiento de otros de las secciones a formarse. Siempre con la recomendación de dejar de lado además del centrismo, el individualismo, el mariateguismo y el nacionalismo pequeño burgués, a través de una vigilancia constante y de la depuración en sus filas.

Maruja Martínez señala en su libro *Entre el amor y la furia*, otras recomendaciones imperativas de los camaradas ingleses. Por ejemplo: estudiar el marxismo incansablemente en las escuelas de cuadros de la Liga y en las del exterior, principalmente en Inglaterra. Dedicarse a tiempo completo en jornadas no menores a diez horas diarias. Dejar los estudios universitarios y autoprofesionalizarse. Poner el eje de la militancia en los frentes obreros. Vender el semanario *Comunismo* con más aplicación, teniendo como modelo a los camaradas ingleses que centran su militancia en la venta de *Newline*. Sin descuidar otras tareas de obligatorio cumplimiento: reuniones periódicas de la dirección, el trabajo de prensa, reuniones de célula, asistencia obligatoria a la escuela de cuadros; pero sobre todo conseguir la mayor cantidad de dinero. Todo bajo el más estricto centralismo democrático.

La autora del libro detalla este feroz ritmo militante y de cómo poco a poco devienen fundamentalistas trotskistas en el marco de un centralismo burocrático. El que no acepta la autoridad y las directivas de la dirección internacional será identificado como un desertor, pequeño burgués, cobarde, enemigo de la clase obrera y de la revolución. No se aceptarán renuncias voluntarias al partido sino expulsiones. Así se explica que no todos soportaran esta trituradora de gentes. Uno de los primeros que no aguantó fue Turcios, niño-genio brillante, el oráculo marxista que tenía una cita precisa para cada tema, un supra-racional que no quería cristianos de izquierda en VR y tampoco en el POMR. Provenía de la alta burguesía provinciana. Dijo un día ¡basta! y se largó, ¿adónde? Aceptó una beca del exterior para convertirse después en un calificado investigador en la Universidad de Cambridge. Lo seguirían, con su propio expediente personal y en momentos diferentes, Frank, Pizarro, otros reintegrados al sistema en tanto intelectuales; la propia Maruja Martínez, entre muchos.

Para el healismo 1980 fue un año crucial. La dirección de la CICI, o sea los camaradas ingleses, resuelve impulsar mundialmente la "Campaña de Seguridad y de la Cuarta Internacional". Se acusaba principalmente a los trotskistas norteamericanos –a sus dirigentes Hansen y Novack– de haberse coludido con la CIA y la GPU para asesinar a León Trotsky en 1940. Con esta acusación se pretendía desenmascarar a los revisionistas por su negativa a denunciar a Hansen y a la dirección del Socialist Workers Party (SWP) de Estados Unidos. La Liga Comunista peruana asumió sus responsabilidades internacionalistas acusando a las otras corrientes trotskistas de complicidad con los asesinos de Trotsky. Sus militantes más aguerridos se presentaban en sindicatos, universidades y reuniones políticas para denunciar a los centristas y revisonistas. Lo sufrí personalmente. Un día que exponía en la Universidad de San Marcos, un grupo healista trató de interrumpirme llamando a los presentes a expulsarme del aula ¡Yo era asimismo cómplice del asesinato de León Trotsky!

Maruja Martínez prosigue con su relato. Da cuenta del fervor con que personalmente se comprometió en la campaña "principista". Escribió un artículo acusando a Hugo Blanco –el gran líder campesino– de ser cómplice de la CIA y la GPU. Afirma que se sorprendió por

el hecho de que su artículo fue reproducido en todas las secciones nacionales del CICI. Fue inmenso su orgullo, dice. He aquí algunos de sus conceptos:

> Desde hace algunos meses todos los revisionistas del trotskismo –representados en el Perú por el PRT de Hugo Blanco, el PST, y el POMR de Ricardo Napurí– han iniciado una serie de conversaciones con el objetivo de "unificar a los trotskistas". Mas, ¿cuál es la base de estos llamados? Lo único que puede unir a los revisionistas es su hostilidad al trotskismo. Todo aquel que se reclame trotskista debe desenmascarar la política "democrática" de los revisionistas, cómplices del estalinismo. Todo aquel que se reclame trotskista debe exigir la expulsión de Hugo Blanco del PRT por su abierta defensa del doble agente Hansen.

A la intrépida Maruja y a sus camaradas healistas peruanos se les desplomó el cielo. Sin aviso previo, leen un día –y en primera página– el diario inglés *The Guardian*. La nota tenía el título "El gurú trotskista de la cama redonda". En ella da cuenta de la acusación de la dirección del SWP inglés (nueva denominación de la SLL) contra su máximo dirigente y líder hasta ahora indiscutido de la corriente que lleva su nombre, el histórico Gerry Healy. La denuncia: que por muchos años, en pura matonería y desprecio por los cuadros y por la organización partidaria, Healy cometió abuso sexual, abuso político, abuso de recursos reunidos con el sacrificio constante de cientos de camaradas; desprecio por el desarrollo de los militantes y cuadros como comunistas; desprecio por la dignidad revolucionaria de hombres y mujeres que han venido para luchar por la revolución socialista. Agregan que muchas, muchas camaradas jóvenes (decenas en realidad), en años y años, fueron abusadas sexualmente y algunas de ellas corrompidas. Esto hecho sistemática y regularmente. Hubo quienes resistieron y fueron difamados y echados del movimiento.

Ante estos terribles hechos vinieron los mea culpas. Mike Banda, secretario general del SWP, argumentó que no habían creado una estructura partidaria sino un enorme aparato burocrático cuya base era la institución del líder providencial… todo lo que Healy necesitaba era un aparato para obtener dinero y para usarlo con fines disciplinarios

contra cualquiera que no estuviera de acuerdo o criticara a la dirección. ¿Además del sacrificado esfuerzo de los militantes, de dónde provenían los fondos "gruesos" del partido? De las "donaciones" de los dictadores Sadam Hussein de Irak y Kadafi de Libia. Mike Banda afirma que

> (...) a Healy lo que le interesaba era saber si Tarik Aziz o Hussein le harían la siguiente donación; y de hecho se me envió en 1980 a que estrechara la mano de este dictador, de este asesino. No me sentí muy feliz, pero lo hice por lealtad al partido.

Otro de los líderes del SWP, Cliff Slaughter, habla lo suyo:

> Le dimos la bienvenida a Kadafi bajo el argumento de que se "estaba desarrollando políticamente en la dirección del socialismo revolucionario" (...) caracterizamos a la revolución libia como "una parte integrante de la revolución socialista mundial".

¿Qué hizo en retribución el SWP por el apoyo económico de estos dictadores? Cliff lo dice: "Hemos apoyado la ejecución de miembros del Partido Comunista de Irak". En una declaración el SWP denunció una conspiración del estalinismo en Irak, contra la revolución antiimperialista. El final ha sido el fusilamiento de 21 miembros del PC iraquí; entre ellos dirigentes sindicales acusados de "conspiradores". *The Guardian* pregunta: ¿Cuánto aportaron Kadafi y Sadam Hussein a las casi un millón de libras esterlinas del activo físico del SWP, propiedades y maquinarias, principalmente?

Era algo insoportable para los sacrificados y dogmáticos healistas peruanos. ¡Tantas batallas por aportar a la conciencia política de la clase, tantas por la construcción del partido, tantas "en defensa de la teoría y del materialismo dialéctico", tantas otras para denunciar a los revisionistas! ¿No era que los camaradas ingleses constituían el modelo a seguir? ¿Gerry Healy no era el más grande líder trotskista después de León Trosky? Les consternó que el SWP estallara en 10 fracciones, enemigas entre sí. Pudieron establecer un vínculo con alguna de ellas, pero todo fue inútil. La propia Liga Comunista estalló. Es que su existencia dependía fundamentalmente de un centro internacional que los

alimentaba y al que tenían una confianza ciega, así como a sus dirigentes. Con algunas reservas pretendieron, los que sobrevivieron, actuar con independencia buscando otro derrotero, otras guías... No las hallaron. En 1986 se disolvieron definitivamente, tomando cada uno su propio camino. Quedaron hechas trizas las ilusiones revolucionarias. Pero lo peor: abandonados los militantes sindicales, los cuadros formados al fragor de las exigencias fundamentalistas del healismo.

Gerry Healy murió en 1992, en total olvido. Mike Banda regresó a Ceylán, su tierra natal, retirándose de toda actividad política. En 1986 conocí a Cliff Slaughter, el gran dirigente, director de la Campaña por la Seguridad... Llegó a la Argentina invitado por Nahuel Moreno, dirigente del MAS. Palabras más palabras menos le pregunté, amablemente, cuál era su autocrítica por lo de la Campaña, pero sobre todo por los lazos políticos y dependencia económica de los dictadores Sadam Hussein y Kadafi. Le recordé que él había escrito

> (...) frente a los errores, los camaradas aceptaban frecuentemente que persistir en sus críticas era una especie de subjetivismo (...) acepté el argumento de Healy de que la preservación de los cuadros construidos durante años era una prioridad. No tenía, personalmente ninguna perspectiva de plantear estas cuestiones. Yo temía que el único resultado sería una ruptura o aislamiento.

Me preparé para recibir su versión. Le relaté lo bárbaro que fueron sus camaradas peruanos bajando a tierra las directivas de la Campaña de su implacable dirección. ¿Y los vínculos con los dictadores Saddam y Kadafi? ¿Y su silencio ante el asesinato de los dirigentes comunistas? Tenso y casi despreciativamente, respondió que no tenía responsabilidad en esto porque él también fue una víctima de Healy; y que desconocía gran parte de los hechos abominables de los que se le acusaron. Me quedé petrificado. Ganas no me faltaron de replicarle con métodos "no dialécticos". "Civilizado", me abstuve. Pero, ¿el hombre no merecía una lección más allá de las ideas?

He señalado anteriormente mis dudas sobre si la actividad política de los seguidores de León Trotsky traduce consecuentemente su legado teórico-político. Dudas que vienen de lejos, desde el MIR-Praxis

argentino. En la fundación de VR, en 1965, las mantuve con las correcciones puntuales que creí necesario aportar en esos momentos. La fundamental, el problema de la afiliación internacional, que retomaríamos en otro momento de nuestro desarrollo como herramienta partidaria. Un tema para el que los trotskistas ya tenían la respuesta: estaban construyendo en cada país el partido dirigente de la clase obrera y la Cuarta Internacional como dirigente de la revolución socialista mundial.

Pero después, en décadas, ni lo uno ni lo otro se produjo en país alguno a pesar de los esfuerzos, a veces heroicos, de las corrientes que componen el movimiento trotskista. De paso afirmo que no pienso que un partido, o corriente, por ser minoritarios, no puedan ser depositarios relativamente hablando de buena parte de la "verdad" histórica. Claro, en momentos determinados de la lucha de clases nacional e internacional. La historia nos da varios ejemplos de ello. Sin embargo tanto Trotsky como sus seguidores, antes y después de la Segunda Guerra Mundial creyeron posible, y casi inevitable, la revolución mundial concebida como inminente. Es decir, en un período histórico acotado.

En la no realización de estos objetivos principales hay que hallar una de las causas de la debilidad y marginalidad de la Cuarta Internacional. Aunque se debe seguir indagando hasta encontrar los fundamentos de este hecho. Muchos, con buena y mala fe, han abordado el problema. Por esto me eximo a retomarlo en estas páginas. En realidad para explicar que mis dudas no fueron suficientes para impedir mi siguiente paso, el inicio de mi militancia en el trotskismo. Decisión importante para mí y para los camaradas a quienes acompañé o arrastré a esa militancia, debido a mi autoridad sobre los mismos. Adquiere importancia el paso que dimos, con cierto grado de empirismo, al no tener un conocimiento a fondo del movimiento trotskista y de la Cuarta Internacional desde su fundación.

Asumimos que el trotskismo era la continuación del leninismo, o sea el marxismo revolucionario en la etapa. Asimismo la única corriente socialista que denunciaba intransigentemente al estalinismo en tanta "contrarrevolución en la revolución". Concebimos la fundación de la Cuarta Internacional como un "centro político" encargado de mantener propagandísticamente las banderas socialistas revolucionarias y la continuidad del marxismo, negados por la contrarrevolu-

ción estalinista. Reconocimos que nació débil y marginal, casi pigmea organizativamente, ante el inmenso prestigio de los países del "socialismo real", sobre todo después de la Segunda Guerra Mundial.

Me parece que por estas razones las pequeñas organizaciones trotskistas se formaron defensivamente, incluida la represión política y policial de los gobiernos burgueses. Esto facilitado por su débil inserción en el movimiento de masas. Su autoafirmación sectaria y su cerrado dogmatismo me parecieron efectos indeseados del costo político a pagar. Pensé que cuando cambiara la realidad objetiva, principalmente en los grandes momentos de la lucha de clases, tendrían oportunidad para dar saltos cualitativos dejando atrás su negativo sectarismo y dogmatismo. Incluso lo pensé así para el trotskismo inglés, a pesar de nuestra pésima experiencia con el healismo, de la cual he dado cuenta. Creí –creíamos– que desde la práctica comprometida iríamos descubriendo la verdad del trotskismo, de sus virtudes y errores.

Por ello solicitamos la afiliación del POMR al CORCI, lambertista. Pero sin haber tenido la ocasión de fundamentarla en discusión con otros representantes del movimiento internacional. Lo hicimos en una coyuntura partidaria en que nos debatíamos defensivamente y en clandestinidad, ante la represión del gobierno militar a la izquierda, excluidos quienes, como los estalinistas, pasaron a ser sus colaboradores acríticos. Lamentamos que en esta circunstancia no pudimos contar con la asesoría y apoyo de nuestra "internacional", con la que recién varios meses después establecimos vínculos orgánicos.

Notará el lector que a lo largo de estas crónicas de vida, es decir de mi accionar político, está siempre presente el estalinismo, sea a través de sus seguidores directos –los partidos comunistas– o indirectamente a través de corrientes de otro origen político –por ejemplo el centrismo-reformismo o los nacionalistas de izquierda– que sin embargo no escapan a su influencia política y metodológica. Es que estas últimas, en muchos de nuestros países atrasados, aceptaron el "socialismo real" como el socialismo realmente existente, posible. O sea el campo socialista como su expresión concreta. Ante esto, el trotskismo fue considerado por unos y otros algo así como un cuerpo extraño, y para los más osados un enemigo de la revolución bolchevique encarnada en el estalinismo. De ahí el hecho culposo de no denunciar que en esos

países ya no se construía el socialismo, y que la dominación burocrática arrasaba con las principios esenciales del marxismo.

Felizmente yo podía dar cuenta en parte de las manifestaciones concretas de estas aberraciones. Veámoslo. La acusación de los comunistas argentinos a Silvio Frondizi y al MIR-Praxis de ser trotskistas no buscaba un deslinde democrático de ideas. No podían hacerlo por su defensa abierta del papel revolucionario de la burguesía "nacional" y del etapismo revolucionario, con su indisimulado rechazo a la teoría de la revolución permanente de Marx y Trotsky. Esta postura, llevada a la práctica de la lucha de clases, los convertía en aliados y agentes de cuanto gobierno civil y militar motejan de nacionalista, progresista o antiimperialista. Y para defender su espacio político apelaban poco al debate y más a las agresiones físicas cuando lo creyeron conveniente.

Sin embargo, el caso cubano tiene otras connotaciones. Sabemos que la revolución triunfó a pesar de que los estalinistas del Partido Socialista Popular se opusieron inicialmente. Habían sido colaboradores de Batista en cumplimiento de lo pactado en Yalta y Potsdam por Stalin. Pero se reacomodaron cuando Cuba comenzó a depender de la URSS y del COMECON, para sobrevivir económicamente ante la agresión y boicot norteamericano a la isla. Con ellos arribó a la isla revolucionaria el estalinismo político, aprovechándose, de un lado, de las urgencias del país; y, del otro, del desarme político de la dirigencia por provenir de la pequeña burguesía radicalizada, sin tradiciones socialistas y marxistas. Debido en gran parte a esto la dirección cubana se mostró hostil a León Trosky y su papel histórico, a pesar de que la revolución tomó inmediatamente un curso de revolución permanente. Ante esto Celia Hart, hija de dos históricos dirigentes del Movimiento 26 de Julio y de la revolución, se preguntó una y otra vez y en cada uno de sus escritos, por qué la dirección seguía en esto a los burócratas estalinistas de Moscú.

Celia, que se decía trotskista, pero de Trosky (lamentablemente falleció trágicamente hace poco tiempo), se preguntó por qué el Partido Comunista protegió a Mercader, el asesino de Trotsky. Asimismo por qué el Che Guevara, que leía libros del fundador del Ejército Rojo, poco habló de él públicamente. Más aún cuando se conoce de sus críticas al "socialismo real", que sí las hizo públicas sobre todo en la reunión de Argel de 1965. Yo opino que no lo hizo no por falta de coraje,

que le sobraba como conocemos, sino porque temía convertirse en un obstáculo al vínculo dependiente de Cuba con relación a Moscú y sus satélites de ese entonces. Igualmente recuerdo que por mis disidencias políticas en el MIR peruano fui acusado de trotskista, sin serlo en esos momentos. Lo mismo ocurriría en la crisis final de VR, por la fracción castro-maoísta que dio su batalla alrededor de la negación de la revolución permanente –y del programa de transición– adoptada como estrategia en nuestras Tesis fundacionales.

En mi opinión el proceso de la lucha de clases en América Latina ha puesto a prueba en lo crítico-práctico a las corrientes que se han reclamado del nacionalismo y de la izquierda de carácter socialista. Todas han sido sometidas a prueba, principalmente el comunismo estalinista y el socialismo reformista, tipo Allende en Chile. Es un tema a tomar en cuenta cómo encaró y resolvió el trotskismo de origen latinoamericano los desafíos de la revolución. Personalmente creí que desde el "lambertismo" tendría la oportunidad de averiguarlo, en mi condición de partícipe necesario del proceso. Para realizarlo tenía como recursos propios mi experiencia y metodológicamente mi aliento crítico. O sea que ingresaba a la "internacional", hasta ahora por mí desconocida, con la idea de apoyarme en ella para realizar mi primera gran experiencia internacionalista.

Inicialmente las reformas llevadas a cabo por el velasquismo contaron con la simpatía de un sector importante de la población, sobre todo trabajadora, que abandonaba así su escepticismo y pasividad ante las dudas sobre el gobierno militar. Estos sectores populares se movilizan esperando mejorar sus condiciones de vida y de trabajo. Se crean de esta forma condiciones para una creciente politización debido a la realidad de las reformas y del discurso nacionalista y socializante del velasquismo. Pero, asimismo, por las bases materiales que impulsan el desarrollo de los movimientos populares. Por ello se alentaron condiciones favorables para la sindicalización y movilización de importantes sectores de la población.

El proletariado en esos años representaba más de la quinta parte de la población económicamente activa (PEA). Pero con un 6% de desocupados y casi el 50% sub-empleado. El gobierno comenzó negociaciones con los sindicatos existentes y reconociendo a otros,

que se crearon beneficiándose de la relativa libertad de movilización. Un dato a tener en cuenta indicativamente: desde los años 1968-1969 se reconocen tantas organizaciones sindicales como en el pasado; y se crean nuevas herramientas organizativas. Entre 1968 y 1971 son reconocidas legalmente 752 organizaciones sindicales. Ante esto, se explica que las masas intenten romper los antiguos diques de contención impuestos por los regímenes oligárquicos, mientras con la nueva dinámica del movimiento popular, éste trata de llevar las reformas aún más lejos.

Sin embargo esta tendencia choca en varios frentes con los avances corporativos del gobierno en el manejo del mundo del trabajo y del movimiento de masas. Es que si éste en su fase inicial permitió, y hasta impulsó, la creación y desarrollo de estas organizaciones, ahora su orientación política le llevaba a intentar el control vertical del apoyo popular al proceso. Desde su seno se intentaba dividir y debilitar a las organizaciones que escapaban a su control, defendiendo su independencia organizativa y política del Estado. De ahí que un sector importante del mismo empezara a recorrer un camino autónomo.

Desde fines de 1972 el gobierno encara nuevos problemas. El país comenzaba a sentir los efectos de la crisis económica mundial, que se prolongaría algunos años más. Los sectores burgueses disconformes le exigen al gobierno la contención y retroceso de las reformas, así como una política más dura ante las crecientes demandas populares. Esta mayor actividad contestataria de la patronal empresarial encontraría eco en las filas castrenses, en la forma de un llamado a la defensa de la institucionalidad de la Fuerza Armada ante lo que consideraban su excesiva politización. La Marina encabezó los primeros brotes de esta disidencia. No se trataba sólo de fijar los límites del proceso reformista, sino de cómo éste refractaba en cada estrato social y político en la coyuntura. Como las medidas y reformas no beneficiaban a todos los sectores de la población trabajadora, las expectativas populares iban de la frustración a disidencias cada día más abiertas. Así se explica que el gobierno acentuara las medidas de control, a través de los organismos que iba creando: SINAMOS, CTRP, MLR, etc.

Desde su lugar de existencia y lucha el POMR acusó estos hechos. Nuestra influencia en el poderoso gremio bancario era cada día mayor.

Señalé antes que en frente común con gremialistas comunistas e independientes desplazamos de la dirección de la Federación a los apristas, que burocráticamente lo tenían en su poder haciéndole siempre el juego a los gobiernos de turno. Y después ganamos más influencia al enfrentar a la dirección mayoritaria del gremio, ya en manos de los sindicalistas comunistas y de sus aliados. No obstante, este enfrentamiento tomó connotaciones nacionales cuando el Partido Comunista resolvió apoyar al gobierno militar, tratando de que la CGTP, de la cual los bancarios eran uno de sus baluartes principales, quedara subordinada al presunto gobierno "revolucionario". Es por esta orientación capituladora que Jorge Villarán, Jorge Mango y Rolando Riega fueron fraudulentamente separados de sus cargos de la dirección de la central obrera.

Colisionábamos con el gobierno, igualmente, en otros frentes, recibiendo por ello golpes que iban desde los despidos arbitrarios hasta la represión policial indisimulada. El gobierno no estaba dispuesto a permitir la implantación del POMR en los asientos mineros del sur del país. Habíamos logrado hacer pie en los trabajos de infraestructura de la mina Cuajane. Era de propiedad de la Southern Perú Cooper Co., subsidiaria de uno de las más importantes trasnacionales del cobre del mundo. Se preparaba a explotar los yacimientos de cobre de tajo abierto más importantes de Sudamérica, después de los de Chile. Es que la explotación en la superficie era enormemente más económica que las minas de socavón, ya obsoletas. Además, el gobierno tenía la promesa de este grupo monopólico de incursionar en otras zonas a explorar y por tanto a explotar. Quedamos de esta manera metidos en una tremenda zona de conflicto de connotaciones internacionales. Como parte de la represión, nuestro principal dirigente minero en ese entonces, Hernán Cuentas, fue apresado y deportado del país. A la vez el gobierno disolvió el sindicato; sin embargo, años después, lograríamos refundarlo. Pero esta es una bella historia que será contada más adelante.

No terminaban con esto nuestros problemas. Es que la aplicación de la reforma agraria suscitaba adhesiones y rechazos, en particular de las comunidades campesinas que fueron "olvidadas" por los asesores especialistas. Y en el importante sector cañero, las cooperativas no lograban resolver algunos de los importantes desafíos, de pasar del dominio oligárquico anterior a la forma asociativa, evidentemente progresiva,

de la reforma agraria. Estaba el problema de los trabajadores eventuales y los propios, de cómo administrar eficientemente las empresas. Y en medio de todo el rechazo a la intención del gobierno de dirigirlas desde arriba, desde el aparato burocrático estatal.

No obstante, en el frente de las cooperativas azucareras no chocábamos con el gobierno tan frontalmente. Habíamos perdido posiciones por el costo que tuvimos que pagar debido a las escisiones partidarias antes señaladas. Ideólogos oficialistas –ya en otro frente polémico– afirmaban que el régimen marchaba a construir una "democracia económica" o "democracia participativa", en la que la participación popular sería el eje de la experiencia. Más adelante adoptarían la figura de "democracia social de participación plena" ante el crecimiento del sector autogestionado, pensado como la base de la futura organización sociopolítica del país. Es decir, preferentemente de la propiedad social. Para ellos este sector debería ser el dominante cuando el proyecto estuviera completamente realizado, ganando en envergadura al sector privado, antes el principal. Se trataba de un sector de economía autogestionada, surgido bajo el amparo de un fuerte sector estatizado, pero que iría cediendo su hegemonía en favor de la autogestión. Estos ideólogos afirmaban que era la transición a una economía socializada. La comunidad laboral fue creada como parte fundamental de este esquema. Consistía en que los trabajadores, en un plazo relativamente corto, podrían acceder al 50% de la propiedad de la empresa. Aunque inicialmente sólo fue implementada en las grandes empresas del sector industrial y comercial, se pensaba ampliarla a todas las ramas de la economía.

La reacción de gran parte de la patronal fue inmediata. Rechazaron la implementación de la comunidad laboral denunciando que atacaba la propiedad privada por su carácter confiscatorio. No faltaron las denuncias al giro "comunista" del gobierno. La izquierda socialista opositora, incluido el POMR, tomó igualmente posición ante el hecho. Partiendo de que cada corriente pretendió ajustar cuentas con el "reformismo" desafiante del régimen. Pero, asimismo, porque la comunidad laboral despertaba en los trabajadores la ilusión de la copropiedad de las empresas. El mecanismo pensado para la conquista paritaria del accionariado chocaba con la tradicional estructura sin-

dical. Incluso muchos sindicatos adheridos recientemente a la CGTP afirmaban que perdían posiciones ante la comunidad laboral.

En el POMR debimos discutir el problema y sus enormes implicaciones. Teórica y políticamente el tema de la autogestión, nada menos que instalado por el gobierno militar. ¿Nos servía el ejemplo de Yugoslavia? ¿Qué posición asumiríamos? ¿Aceptar o rechazar la comunidad laboral? ¿Y las ilusiones de los trabajadores en ella? ¿Había sido creada por sus gestores para atenuar la contradicción trabajo-capital, objetivo de todo reformismo? Constatábamos el rechazo de la patronal, pero también de sectores laborales. En el POMR reconocimos su existencia real y su favorable impacto inicial entre los trabajadores. Desde los sindicatos resolvimos acompañar la experiencia para no contradecir abiertamente las ilusiones de aquéllos. Aprovecharíamos de la tendencia del gobierno a controlarlas, a través de sus agentes directos, para explicar a los supuestos beneficiarios que por esta vía no lograrían la propiedad real y tampoco un profundo cambio del sistema de propiedad globalmente considerado. Teniendo en cuenta las perspectivas del proceso velasquista dejamos abierta la posibilidad de ir mejorando nuestra caracterización de la comunidad laboral y de la vía autogestionaria diseñada.

En el inicio de 1973 los problemas citados armaron un nudo que el gobierno demoraba en desatarlo. Se expresó como una crisis que amenazaba tomar cuerpo en todo el régimen. Ante esto el gobierno privilegió las medidas de control vertical del movimiento de masas, principalmente de la izquierda contestataria, sin importarle los matices en la misma. Nos alcanzó por tanto también a nosotros. Nos defendimos como pudimos, mejorando nuestra seguridad y clandestinidad más estricta, tanto de las estructuras partidarias como de los frentes de nuestra influencia. En lo que a mí concierne, a pesar de que militaba activamente pero con todos los resguardos posibles, fui detenido. De nada me sirvió el conjunto de recaudos defensivos. El 19 de febrero fui violentamente capturado por una dotación de la policía política. Inmediatamente mi madre presentó ante el juzgado respectivo un recurso de hábeas corpus, mientras mis camaradas denunciaban el hecho. Los jueces no admitieron el recurso, lo rechazaron. El día 23 fui deportado a Chile. El gobierno afirmaba que efectivamente Ricardo Napurí fue

detenido, pero sólo por un día y puesto en libertad inmediatamente. O sea que si viajé a Chile fue por razones estrictamente personales, quizás para visitar a mis amigos socialistas chilenos. Estando ya en Santiago me enteré de la patraña gubernamental. En mi defensa hice dos cosas. La principal un documento de denuncia, legalizado ante notario público, remitido a mi madre por vía diplomática, como base para un nuevo hábeas corpus. Esta vez sí fue aceptado por el Cuarto Tribunal Correccional con sede en Lima. Lo otro, envié una nota a *Caretas*, el más importante semanario del país, que la publicó totalmente en su número 475 de abril de 1973. He aquí su contenido:

Otro deportado

Santiago de Chile, 30 de marzo de 1973

Señores directores:

En el número 473 de CARETAS, en la nota que comunica sobre mi detención por la Policía de Investigaciones del Perú (PIP), ustedes dan una versión incompleta sobre el hecho. Por tanto, en aplicación de lo dispuesto por el decreto ley 18.075, solicito se sirva publicar lo siguiente:

Francisco Rosado, jefe de Seguridad del Estado, ha afirmado ante el juez que efectivamente me hizo detener el día lunes 19 de febrero para una breve indagación por mi condición de director de *Revolución Proletaria*, órgano del POMR. Dijo además que me dio la libertad el mismo día 19. Probaré sucintamente que lo que afirma es falso.

1. Fui apresado sin orden del juez por seis investigadores en forma violenta. Pasé a la seccional PIP de Chosica y de ahí a Seguridad del Estado, todo el mismo día 19. En las oficinas de Seguridad vi de paso a Roger Mercado, también detenido, parece. Esa noche y el siguiente día fui intensamente interrogado acerca de las ideas y consignas que dábamos en nuestro periódico. En la noche del 19, el voluminoso Rosado apareció para decirme que el gobierno había dispuesto deportarme "para compensar con un izquierdista la deportación del periodista Rey de Castro".

2. En la carceleta de Seguridad, tuve como compañeros entre el 19 y 23: a) al dirigente de la Federación de Estudiantes de Puno, acusado de ser autor intelectual de la resistencia del pueblo puneño ante la presencia de la señora Consuelo de Velasco, el año pasado; b) al

secretario general y secretario de organización del Sindicato de Construcción de Marcona; c) a Alberto Dibós de Menchaca, acusado de tomar falsamente el nombre de la Marina; d) al joven Neyra, chileno, que sería puesto en la frontera el 9 de marzo; y e) en la oficina contigua estuvieron el día 22 los tres dirigentes máximos del Sindicato de Oficiales de la CPV, en ese entonces en conflicto. Cuando salí el viernes 23 de la carceleta para ser conducido a la PIP de Breña quedaban el dirigente estudiantil Neyra, los dirigentes obreros y un ecuatoriano que iba a ser deportado.

3. En la PIP de Breña me visitó el primer secretario de la Embajada de Chile, afirmando que se había solicitado asilo político para mí en su país. Rechacé enérgicamente ese asilo que tan fraternalmente se me otorgaba, sosteniendo que mi deportación violaba expresos mandatos constitucionales. Pero tuve, finalmente, que aceptar la residencia chilena porque amenazaron con deportarme a Panamá en caso de no aceptar Chile. El día viernes 23 fui conducido por cuatro agentes PIP al aeropuerto y de ahí al avión de Air France en los momentos que partía.

Creo que es suficiente. Sea por "compensar" la deportación de Rey de Castro con un marxista, sea porque el gobierno militar no tolera críticas políticas, sea porque el régimen aplica desde hace mucho la poda "selectiva" de revolucionarios, lo fehaciente es que arrasa con gran parte de los derechos individuales y con las libertades democráticas que la Constitución garantiza.

Estoy deportado en Chile. Pero desde aquí señalo que el proceso histórico no espera ni perdona. La justicia revolucionaria llegará más temprano que tarde.

Atentamente.

Ricardo César Napurí.

Pasaporte No. 357890-Lima

Nota de los editores: *Caretas* no sólo no comparte el trotskismo militante de Napurí, sino que considera que sería desastroso para el país. Pero Napurí no es un criminal sino un luchador sincero. Y si hubiera cometido algún acto delictivo, tocaría en todo caso a los tribunales de justicia aplicar la sanción. Protestamos, como lo hicimos en anterior ocasión, por esta otra deportación, y publicamos esta carta notarial obligados más por la ética que por el Estatuto.

Aprovecho el relato de este incidente para destacar, siquiera de paso, lo que considero la trama de relaciones que teje el poder, no importa si mediante gobiernos autotitulados democráticos o como en este caso uno surgido de un golpe militar. Respecto de los medios de prensa sólo *Caretas* se atrevió a dar noticia de mi detención. Los otros –radios, canales de televisión y diarios– no lo hicieron, sea porque se trataba de un "comunista" o por temor a la censura gubernamental. Y cuando no lo pudieron evitar aceptaron la versión oficial. Air France mintió descaradamente afirmando ante las jueces: "El señor Napurí adquirió su boleto en nuestras oficinas del aeropuerto". Ocultó con esta versión que fue un jefe policial quien lo hizo y que la compañía no le exigió la presentación del pasaporte respectivo. El embajador de Chile, Luis Jerez Ramírez, afirmó que el ministro de Gobierno le solicitó su rápida intervención en la gestión del asilo, pero pidiéndole la mayor secrecidad para que el hecho no trascendiera públicamente. Por eso designó al primer secretario, Daniel González, para que me entrevistara y a la vez me acompañara junto con los policías –hasta el mismo avión– como una forma de certificar mi expulsión del país. Después, los jueces del Cuarto Tribunal, Villavicencio y Fetzer, votaron por el rechazo del hábeas corpus basándose en la declaración de Rosado y de la compañía Air France, y cínicamente agregaron que existían indicios de mi ida voluntaria a Chile para visitar a mis amigos socialistas chilenos. Pero el tercer miembro del Tribunal, el juez Romar Arana, declaró fundado el recurso de hábeas corpus al quedar fehacientemente probada mi extradición anticonstitucional del país, mediante resolución del 7 de septiembre de 1973.

Años después, José Samanez, alto dirigente durante el gobierno del general Velasco, tanto que fue postulado a vocal de la Corte Suprema de la Nación, vino un día a mi oficina de la Cámara de Senadores. Como éramos conocidos desde jóvenes, no tuvo empacho en pedirme que asumiera la defensa en mi Cámara del velasquismo, en momentos en que era atacado duramente por la mayoría "democrática". Aproveché para preguntarle por qué no me defendió cuando me deportaron siendo él muy influyente en el gobierno. Me dijo: "Ricardo no seas ingenuo. Sabes por tu experiencia que todo gobierno tiene el derecho y hasta la obligación de defenderse de enemigos y

adversarios. Reconozco que eran falsas las acusaciones contra ti. Me parece que fuiste deportado para compensar la de Rey de Castro, de la derecha dura. Pero este gesto iba dirigido a los sectores moderados de la Fuerza Armada, ya muy activos". Y agregó "¿Acaso los gobiernos democráticos no hacen la mismo? ¿Crees en la real independencia de los poderes del Estado? Te informo, por si no lo conoces, que por lo menos un 80% de los jueces se nos subordinaban". Hasta aquí mi "amigo" José Samanez. De mi lado asumí que los jueces Santos Chichizola y Romar Arana, que se cruzaron en mi camino probablemente merecían ser parte de ese 20% de jueces independientes y dignos.

Recién instalado el Senado, las primeras sesiones estuvieron dedicadas a atacar a la dictadura velasquista, "olvidándose" de hacerlo asimismo con la llamada segunda fase del proceso militar, pero ya con el general Morales Bermúdez al frente. Es que éste asumió el compromiso de desmontar el sistema de nacionalizaciones y reformas implementadas por su antecesor. Para estos representantes de la democracia parlamentaria, el general Velasco no era un nacionalista revolucionario sino un dictador que había atacado la sacrosanta propiedad privada. En mi discurso polémico y opositor puse el acento en la cuestión nacional y los procesos de resistencia al imperialismo como su consecuencia. Sabía que no los convencería, pero hablaba para las actas y con buena suerte para la historia.

En uno de los momentos más tensos del debate-discusión, el jefe de la bancada mayoritaria del partido Acción Popular del presidente Belaúnde afirmó, sin ruborizarse, que yo debía aceptar el hecho de que en nuestros países atrasados el poder real está en manos de las fuerzas armadas y policiales. Y que el poder civil –del cual éramos parte los parlamentarios– apenas podía disputar una franja de aquél poder, pero siempre por la vía de la legalidad y la democracia electoral. ¡No era un cínico, mi camarada senador de derecha, era su verdad! La historia moderna de América Latina es un muestrario de la depredación militar, que actúa casi siempre como un ejército de ocupación en nuestros países. Claro, en este esquema cargado de cinismo, el senador oficialista, por su posición política y de clase, desconocía las luchas del pueblo explotado y oprimido contra los agentes directos e indirectos de la patronal "democrática".

El año 2003 en una de mis visitas a Lima conversé con el general en retiro Luis Arias Graziani. Es miembro de mi promoción en la Aviación y fue mi adversario en las pistas de atletismo. Con fama de hábil y astuto hizo una carrera brillante, desde comandante general del arma hasta ministro en los gobiernos de los generales Velasco y Morales Bermúdez. Le pregunté: por qué siendo ministro no impidió mi deportación a Chile. Dio una respuesta parecida a la de José Samanez: para mantener el equilibrio ya precario en la Fuerza Armada. Y algo más: "Sí influí para que no te lastimaran y que la deportación fuera a Chile, donde lo pasarías mejor". ¿Tendría razón el general Arias Graziani?

Chile: el país de la vía pacifica al socialismo

En el aeropuerto me recibió una delegación del Partido Socialista (PS), entre sus miembros mis amigos Oscar Waiss y Enrique Sepúlveda. Este, solidario al máximo, me alojó en su casa durante mi estadía en el país. En mi nuevo hogar hice amistad con su mujer Ana Moral y jugueteé con sus hijos menores. Producido el golpe pinochetista nos reencontraríamos más tarde en Francia, país que les brindó asilo político como a centenares más, que escapaban de las garras represivas del genocida. Waiss, director del diario *La Nación*, y Sepúlveda, uno de sus principales analistas políticos, me pusieron en autos de la realidad política. Es decir, del impasse de la coyuntura, donde la derecha "momia" –con algo de apoyo de masas– rechazaba con métodos de guerra civil las reformas de la para ella "dictadura marxista". Sí, es necesario decirlo, en el país de las más grandes libertades democráticas de América Latina.

Entre las tareas de seguimiento a mi defensa en el Perú y mi rápida y apasionada integración al medio, no tuve tiempo para preguntarme, como correspondía, qué me depararía el inmediato futuro. Tampoco padecer el síndrome del desterrado. Por las lecturas de la prensa política, pero sobre todo "sintiendo la calle" pude comprobar la existencia de un real proceso revolucionario en el que dirimían fuerzas la revolución y la contrarrevolución. Tuve en cuenta, referencialmente, las palabras del presidente Salvador Allende durante nuestra

entrevista de 1971: que la Unidad Popular y su gobierno no auspiciaban una revolución socialista –bolchevique, cubana, por ejemplo– y tampoco la lucha armada o la guerra civil. Por eso la consigna madre de vía pacifica al socialismo.

Sin embargo, el proceso chileno caminaba raudamente a convertirse en revolución. La oposición "momia" –de los partidos de derecha– a la que después se sumó la Democracia Cristiana, no pensaba lo mismo que el Presidente. Claramente demostraban con sus actos que tenían ya acordada una estrategia. La ordenaba el imperialismo norteamericano, que no quería otra revolución de carácter socialista en el continente en medio de la guerra fría. La CIA y Kissinger trataron de impedir la victoria electoral de Allende y después pretendieron desestabilizarlo a través de sus agentes políticos en el país. Querían derribar al gobierno, que no era capaz de impedir las nacionalizaciones y reformas radicalizadas, pero sobre todo el ataque a la propiedad privada, nacional y extranjera. La idea gubernamental de un socialismo democrático y de profundización de la democracia no les interesaba. Porque detrás de estas consignas se movilizaban las mayorías populares a través de luchas de abierto contenido antiimperialista y anticapitalista.

En un proceso político cada vez más radicalizado, las masas populares, con grados diferentes de comprensión y madurez política, fueron haciendo suyas muchas de las reivindicaciones del programa de la UP: nacionalización del cobre y de empresas extranjeras; reforma agraria antilatifundista; estatización del sistema financiero, del comercio exterior y de distribución, y de los monopolios industriales estratégicos. Además de un paquete de reformas sociales y culturales. Pero, asimismo, de las consignas políticas ordenadoras: el poder popular y la asamblea del pueblo. Es decir, un programa antiimperialista, antimonopólico, antilatifundista y de profundización de la democracia. Pero he aquí lo contradictorio: un programa de transición al socialismo pero dentro de la institucionalidad vigente, o sea capitalista. La vía pacífica al socialismo y su método: la aversión a la movilización y organización directa de las masas, que no podrán expresarse autonómicamente sino a través de quienes las representan. En este caso las direcciones partidarias y su gobierno.

Yo desconocía que los socialistas chilenos se dotaban en sus congresos de este tipo de programa radicalizado. Pero sí conocía de su práctica política, fuertemente marcada por la política de colaboración de clases que los condujo a impulsar e integrar frentes populares. Pero también que el carácter democrático y abierto de su estructura partidaria permitió, casi siempre, la formación de alas o corrientes a su interior. Una convivencia, no siempre pacífica, manteniendo su afiliación a la Segunda Internacional, pero reclamándose de su ala izquierda. Lo expuesto explica que cuando se forma el frente de la Unidad Popular (UP), el sector más definidamente reformista lo integra Salvador Allende, como el personaje más destacado del PS, el Partido Comunista (PC), parte del Movimiento de Acción Popular Unitaria (MAPU), el Partido Radical (PR) y Acción Popular Independiente (API). Estos, en 1973, asumirían el lema "consolidar para avanzar". Es decir, quedarse en los marcos del programa de la UP, combatiendo las políticas de acción directa, como las tomas de fábricas, los cordones industriales, etc. Al sector que se autotitulaba la izquierda de la UP lo integran: el ministro de economía Vuskovic, la mayoría del PS; un sector del MAPU y la Izquierda Cristiana (IC). Su lema era "avanzar sin transar".

Estas diferencias expresaban, no importa si distorsionadamente, lo que acontecía en el ya caldeado escenario de la lucha de clases concreta. Por esto, en el corto período que va desde que asumió la presidencia Salvador Allende, el 4 de noviembre de 1970, se producen elecciones municipales en las que la UP obtiene el 51% de los votos, o sea casi el 15% más que en las presidenciales. Y en las parlamentarias de marzo de 1973 el 44%, pero sin el control del Parlamento. Este descenso de la votación, aunque se diera en un terreno distorsionado como es el electoral, reflejaba sin embargo la cambiante relación de fuerzas entre los contendientes. Una primera lección de estos hechos es que el gobierno no aprovechó su contundente victoria de 1971 para asestarle golpes de nocaut a una oposición que no respetaba la institucionalidad, ni la democracia de la que se reclamaba. Fiel al parlamentarismo y a las formas institucionales burguesas, el gobierno en realidad dio la espalda a lo que mandaba su programa: la creación del poder popular y la asamblea popular nacional. O sea liquidar de raíz al régimen parlamentario. En 1973, al reconocerse minoría en

el Parlamento, la UP prácticamente dio por terminado todo planteamiento de cambio parlamentario.

Pero los de abajo, que soportaban las agresiones económicas y políticas de los patrones y sus agentes políticos, no tenían por qué tener en cuenta los vaivenes parlamentaristas de sus direcciones. En la emergencia su método no podía ser otro que el de la acción directa, aunque fuera inicialmente defensiva. Por ello después del paro patronal de la Confederación de la Democracia (CODE), de octubre de 1972, con su punta de lanza: el paro de los transportistas (45.000 camioneros), los trabajadores respondieron en su terreno: procedieron a tomar empresas y fundos agrarios. Extendieron las Juntas de Abastecimiento Popular (JAP). Se formaron comités de autodefensa, cordones industriales en las ciudades, principalmente Santiago. También consejos comunales de trabajadores agrarios. En julio de 1972 se crearía la asamblea del pueblo de Concepción, de la que participaron un sinnúmero de organizaciones sociales y populares y miembros del PS, MIR, MAPU, IC, PR. Es decir manifestaciones concretas de un naciente "poder dual".

Desde fines de 1972 la oposición de derecha, incluida ya la Democracia Cristiana, en acuerdo con Washington, definiría más claramente su estrategia: atacar al gobierno desde todos los sectores para obligar a los militares a actuar. La escalada, hasta el momento del golpe militar, comprendió una campaña internacional de desprestigio a cargo de las agencias norteamericanas y de políticos y gobiernos de la región, que se le subordinaban. Y en el país, las movilizaciones y provocaciones de bandas fascistoides armadas. La coordinación comprendió además el pronunciamiento desestabilizador de un sinnúmero de organismos. Los estudiantes de la Universidad Católica pidieron la renuncia de Allende. Los obispos comprometidos emitieron una declaración contra el gobierno. La Cámara de Diputados declaró ilegal al gobierno de la UP. Se produce el golpe fallido, abortado, denominado "tancazo" (junio de 1973). La Sociedad de Fomento Fabril señala que el gobierno es ilegal. La Cámara de Diputados vuelve a declarar ilegal al gobierno. La Universidad Católica pide la renuncia del presidente. Las mujeres "gremialistas" exigen la renuncia de Allende, asimismo el "comando intergremial". La Cámara de Diputados rechaza un proyecto del gobierno para implementar el estado de sitio. Sin

embargo aprueba la ley de control de armas, con el voto favorable –capitulador– del PS y del PC, que permitiría a los militares allanar violentamente fábricas, cordones industriales y poblaciones, so pretexto de requisa de armas. En julio la oposición política se pronuncia una vez más: "Esta situación inaceptable en un régimen republicano y democrático, hace necesario que las fuerzas armadas hagan cumplir la ley de control de armas para evitar la formación de un ejército extremista, en gran parte integrado por extranjeros y paralelo a las fuerzas armadas chilenas". En tanto, en las provincias, los jefes de guarnición se convertían en autoridades absolutas. Igualmente los militares comenzaban ocupando las fábricas y después el control de las ciudades, mientras aviones de guerra sobrevolaban todo el país.

Ante esta programada ofensiva de la oposición, ya declaradamente golpista, el gobierno respondía siempre defensivamente. Pareció que después del intento golpista de junio de 1973, por fin el gobierno pasaría a la ofensiva, cuando el presidente Allende llamó a movilizarse, a ocupar fábricas, escuelas, campos, oficinas públicas. Pero este giro a la izquierda no se produjo: el gobierno llamó a los militares a cogobernar, entregándoles la mayoría de los ministerios. Antes, Allende rechazó el apoyo que le ofreció un importante sector militar antigolpista, diciéndoles que mantenía su respeto incondicional por la independencia de las fuerzas armadas. Es decir, rechazó cambiar a los oficiales golpistas por otros de su confianza, lo que hubiera permitido fortalecer al sector democrático de las fuerzas armadas. En realidad, el Presidente siempre creyó que la supuesta tradición democrática de los militares chilenos –se decía lo mismo de los uruguayos– evitaría finalmente el golpe sistemáticamente anunciado.

El 4 de septiembre, aniversario del triunfo electoral de 1970, se realizaban en todo el país gigantescas manifestaciones populares, con consignas de liquidar a la derecha, fuera Estados Unidos del país, armas para el pueblo, etc. El gobierno no acusó el pedido y clamor popular, mostrándose incapaz de dar una salida a la crisis. Su consecuencia inmediata fue que la división de la UP se profundizara. El PC, ya el apoyo principal de Allende, levantó la consigna: "Evitar la guerra civil". El presidente Allende en sus discursos: "Por la democracia y la revolución, contra la guerra civil". De su lado, la mayoría del PS: "Todo el

poder ahora". Mientras el MIR llamaba a "formar un gobierno de los trabajadores". Allende, el PC y sus aliados en la UP, jugaban una última carta planteando un urgente acuerdo con la Democracia Cristiana, cuando ésta ya había resuelto mayoritariamente apostar al golpe militar. Es una cruel anécdota que este golpe lo encabezara Augusto Pinochet, considerado hasta último momento por el Presidente un "constitucionalista"; y que además fuera edecán de Fidel Castro en los meses de su permanencia en Chile.

Reaparezco yo en el relato. No necesité de un servicio de inteligencia experto para darme cuenta de lo que flotaba en el ambiente: el golpe militar en marcha. Esto lo sabían todas las direcciones políticas, pero se empantanaban y casi inmovilizaban porque no tenían respuestas ¿Cómo evitarlo? ¿Rompería su inercia el gobierno llamando a la mayoría del pueblo a evitarlo? De producirse, ¿se tomarían las armas para enfrentarlo? La derecha golpista no le temía a la guerra civil, mientras la UP decía lo contrario, "evitarla". ¿No se defendería lo conquistado? ¿Se entregaría el poder sin luchar, so pretexto de no derramar sangre de hermanos? ¿Y si se producía el golpe militar sin guerra civil, no se le combatiría? Más aún, si los partidos oficialistas afirmaban que tenían armas suficientes para enfrentarlo. Dilema de la historia. Cuando la revolución y la contrarrevolución jugaban sus últimas cartas, la consigna de vía pacífica al socialismo se convertiría en un obstáculo formidable en la vía de la revolución. Del desarme político más descomunal imaginable.

Otra vez busqué a Miguel Henríquez, como antes lo hice en 1971. Quería conocer su versión y planes en la dramática emergencia. A la vez quería decirle que la orientación política del MIR me parecía errática y contradictoria. Fue como siempre cordial, pero, sumergido hasta los tuétanos en sus responsabilidades, dejó para después la discusión que le sugería. Quedamos en vernos nuevamente. Esta tercera vez no se dio. Producido el golpe pinochetista y el genocidio que le siguió, pasó a la clandestinidad para luchar desde otro terreno. El partido le pidió que se exiliara; no aceptó. Murió combatiendo en 1974.

Los MIR que se crearon en varios países latinoamericanos tuvieron diferentes orígenes. Creo que uno de los primeros fue el MIR-Praxis de Argentina, del que he dado cuenta extensamente en este libro.

Tomó el nombre de MIR la izquierda escindida de Acción Democrática de Venezuela. Como uno de los gestores de la iniciativa, el Apra Rebelde del Perú, cambió su nombre por MIR. El MIR chileno nació diciéndose un partido socialista de la clase obrera, asumiendo el carácter socialista de la revolución y el rol dirigente en ella de los trabajadores. Rechazó la revolución por etapas y la vía pacífica y parlamentaria. Sus principales dirigentes fueron Clotario Blest, ex secretario general de la central obrera (CUT), Oscar Waiss, Enrique Sepúlveda y el sociólogo e historiador Luis Vitale. En sus días fundacionales el joven Miguel Henríquez era uno de sus cuadros medios más destacados. Pero el MIR no pudo construir una identidad propia. Fue gravitante la influencia de la revolución cubana, como lo fue en otros MIR, salvo, quizás, el argentino. Lo vi a Miguel en Lima, antes de partir a Cuba. En la isla se comprometió con el proyecto revolucionario de sus dirigentes. A su vuelta encabezó la escisión del MIR primigenio, asumiendo abiertamente una postura castro-guevarista.

El MIR de Henríquez se comprometió con la lucha armada inmediata, sin haber definido todavía la preeminencia de las acciones en el campo o la ciudad. Pero sus primeros actos se localizaron en las ciudades. Con el gobierno de la Unidad Popular se vio obligado a reprecisar sus tácticas y estrategia. Ya metido como actor en el proceso revolucionario, dejó de lado momentáneamente su foquismo urbano. Las masas populares, con el ascenso y radicalidad de la situación aparecían como el sujeto principal en la coyuntura. ¿Ponerle bombas a un gobierno popular apoyado apasionadamente por las masas? Ni pensarlo. Además el partido ganaba rápida influencia en sectores sociales marginados, y hasta en sectores del campesinado mapuche. Realizó intentos por entroncarse con la clase obrera organizada, pero no lo lograron. Es que el movimiento sindical seguía bajo la influencia y disciplina del PC y del PS, prácticamente desde los años 1930. Y ahora aún más, al considerar al gobierno de Salvador Allende como su propio gobierno. Es decir, de los trabajadores.

No obstante, el MIR se desarrolló mucho más de lo pensado por sus dirigentes. En 1973 calculaban que tenían una influencia directa sobre decenas de miles de simpatizantes; y estructurados partidariamente unos 10 mil miembros. Ante esto impulsaron los "frentes intermedios", en realidad órganos de mediación entre el partido y las masas. Asimis-

mo los Frentes de Trabajadores Urbanos (FTU). Para los campesinos el MCR. Sus adherentes en las poblaciones (barrios marginales), organizados en el MPR. Los estudiantes, principalmente universitarios, en los antiguos FER. Claro que este tipo de crecimiento refractaría directamente en el MIR, cambiando su estructura interna y de cierta manera sus objetivos. ¿Dualidad, contradicciones? Obviamente que sí. Por ejemplo, el aparato centralizado de estructura político-militar, casi vertical, amenazó con estallar. Los frentes intermedios por ser más abiertos y democráticos chocaban con la excesiva centralización organizativa. Era evidente que el proceso de la lucha de clases con su dinamismo creciente exigía respuestas que tomaran como eje la espontaneidad y voluntad revolucionaria de los trabajadores. Es por ello que si el MIR no se acomodaba a esta realidad cambiante, existía el peligro de convertirse en un obstáculo a esta dinámica de las masas. Esto es lo que afirma Pascal Allende, miembro de la dirección del MIR.

Además el MIR estaba atravesado por otro tipo de problemas, para los que demoraba en encontrar respuestas adecuadas. Si bien no depositaba total confianza en la Unidad Popular, al considerarla reformista, no obstante su dirección creía que ante el impulso revolucionario de las masas el presidente Allende no defraudaría. Por esto el radicalizado MIR estableció una alianza de hecho con el gobierno. Y con el Presidente, un vínculo especial que alguien denominó conspirativo y amical a la vez, tanto que el MIR proveyó una dotación armada para su custodia personal.

El MIR tenía como eje de su estrategia la movilización directa de las masas y la construcción autónoma del poder popular, incluida una fuerza militar propia para defender al gobierno; y colaborar con el presidente Allende desde una posición de independencia. Algo así como un apoyo crítico. No le harían ninguna crítica pública sin antes reunirse con él para explicarle sus disidencias con franqueza. Y que lo defenderían en tanto presidente del pueblo. Es decir, una apuesta personal y de confianza a quien no era un revolucionario socialista. El MIR mantuvo esta política durante todo el gobierno de la UP, a pesar de que principalmente el Partido Comunista los acusaba de provocadores de ultraizquierda, pidiéndole a Allende la ruptura inmediata de este vínculo privilegiado.

El final es conocido. El MIR convocó a la izquierda y al movimiento de masas a enfrentar la ofensiva de la derecha y al golpismo. A apoyarse en la movilización directa de las masas y defender al gobierno popular, así como tratar de ganar a los sectores democráticos de las fuerzas armadas. Esto en el momento en que Salvador Allende rechazaba el apoyo de un importante sector militar democrático. A la vez –y ya subordinado en esto al PC– abría un diálogo de última hora con un sector minoritario de la Democracia Cristiana, cuando ésta ya había apostado por el golpe militar. Asimismo el PC instaba al presidente a romper con la mayoría del PS, que levantaba la consigna de "todo el poder ahora", mientras los agentes de Moscú la de "evitar la guerra civil". Desconozco si el presidente Allende estaba en condiciones de comprender la maniobra de los comunistas; de su rol de agentes de Moscú en la tarea de mantener América Latina en la órbita de Estados Unidos, conforme lo acordado en Yalta. Del mismo modo, las lecciones de Guatemala con Arbenz. Igualmente cuando en 1971 guardó disciplinado silencio cuando el "campo socialista" rechazó el pedido de Allende de apertura de fuentes de crédito, cuando Estados Unidos se los cerró a Chile, intentando embargar las ventas de cobre chileno al exterior.

Estuve sólo seis meses en Chile. Hice esfuerzos denodados por integrarme al proceso, ser útil en algo. Compulsivo, me desplazaba ahí donde había una manifestación de los trabajadores y alguna ocupación de fábrica. Es decir, a cuanta movilización popular podía asistir. Visitaba locales amigos del PS para escrutar el estado de ánimo de sus militantes más comprometidos. Asistía a reuniones de exiliados bolivianos casi todos miembros del POR-Masas. En ellas Guillermo Lora –igualmente exiliado– explicaba pacientemente el carácter del proceso y los peligros que lo amenazaban, debido al reformismo suicida del gobierno de la Unidad Popular. No falté a ninguna de las charlas formativas de Enrique Sepúlveda.

Recibía información de varias fuentes. Lamentablemente no sobre la "inminencia de la revolución socialista", sino de cómo la contrarrevolución tomaba cuerpo en el golpe de Estado avisado. En esto estaba cuando me entero que el agregado aeronáutico en la Embajada del Perú era el coronel Carlos De la Portilla, otro de mis compañeros de promoción y gran amigo en nuestros comunes días de

cadetes. Lo visité. Me recibió "como antes", es decir con gestos fraternos. No le asustaba el curso que di a mi vida y mi condición de "comunista". Afirmó que poseía información de primera mano acerca de los preparativos del golpe. Señaló que los militares chilenos creían que gran parte de la izquierda estaba armada, incluso con armas provistas por Cuba, y que resistirían. Habló de plan A y plan B. El primero se basaba en la sorpresa y en rápidas acciones de exterminio. El segundo era la guerra civil, para la que también estaban preparados. Abierto y locuaz, dijo que los militares chilenos venían informando a sus "hermanos" de armas latinoamericanos de los pasos que darían "para salvar la democracia del peligro comunista". Dijo que yo corría peligro cierto. Ante esto me ofreció asilarme en su domicilio o en la Embajada del Perú, en caso de necesidad. Lo vi varias veces para recibir información, la que trasmitía a mis contactos socialistas y miristas.

Mientras aguardaba el arribo de lo desconocido, me llega una invitación de la dirección del CORCI. Era por apenas unos días, para establecer el primer contacto formal del POMR con la "internacional". Acepté. Pensé que podría informar sobre la situación chilena y pedirles algún tipo de solidaridad real. Partí el 7 de septiembre. Estando en Francia me enteré del golpe y de la tragedia. Quedé por lo tanto anclado en París. Más realmente autoexiliado.

A modo de conclusión

Mucho se ha escrito sobre el hecho político con su final, la sangrienta dictadura pinochetista. Señalo ante todo mi respeto más sincero por la figura humana del "compañero Allende". Un hombre luchador en lo suyo, inteligente y honesto siempre. Incluso respeto la forma en que decidió morir. Lo conocí como lo he relatado, en circunstancias determinadas, pero no lo suficiente como para tener una idea más lograda del hombre político. Claro, he leído bastante de ello. Sin embargo la gesta política que encabezó deja lecciones que deben ser tomadas en cuenta con toda responsabilidad. Quizás, la primera de ellas, la figura de vía pacífica al socialismo. Me parece que desde esta orientación estratégica se debe partir para abordar las subsiguientes deducciones,

teniendo en cuenta que la historia ha largamente demostrado que el socialismo de Marx sólo se puede conquistar por métodos revolucionarios. De esta forma el ensayo de vía pacífica al socialismo no lograría pasar la prueba de la vida, de la lucha de clases. Me parece que no necesito dar ejemplos de esta "verdad".

A lo largo de estas páginas he ido señalando el contexto nacional e internacional en el que se pone a prueba la Unidad Popular. Cierto: asume el gobierno, pero no el poder. Y no por vía revolucionaria sino electoral, en el cuadro de la democracia burguesa. ¿Con qué proyecto pretende la transformación del país? ¿A través de qué cambios revolucionarios? Su programa y estrategia señalan sus objetivos fundamentales: culminar la etapa democrática, reemplazando a las fuerzas burguesas incapaces de asumir esta tarea histórica. De esta forma sería la izquierda socialista nucleada en la UP el principal agente del cambio, a través del camino trazado: la vía pacífica al socialismo. El desarrollo del proceso señalaría las pautas y límites del mismo. Es decir, revolución por etapas sin salir de los marcos del capitalismo, en la primera. En teoría, las fuerzas burguesas progresivas serían reemplazadas en la tarea por los partidos de izquierda y socialistas, representantes de los trabajadores. Su método: No a la lucha armada por el poder ni tampoco guerra civil. Sí a la vía pacífica al socialismo.

Claro, este planteamiento fue sometido a la prueba de la lucha de clases, real y viviente. En el espacio nacional la UP sólo logró ganar a la representación política de la pequeña burguesía, fracasando el intento de ganar a la burguesía "nacional", la Democracia Cristiana, el principal partido burgués de masas. De tal manera el frente de oposición quedó integrado por todos los partidos alineados en la defensa de la propiedad privada ante el peligro "comunista" y "marxista". Su accionar fue desde las protestas y denuncias a la acción directa, con reiterados llamados al golpe militar. No temían desatar la guerra civil en defensa del orden capitalista.

El contexto internacional fue asimismo gravitante. El imperialismo norteamericano no estaba dispuesto a aceptar otra versión cubana en el continente, pero tampoco procesos de otros contenidos revolucionarios. Por ello Nixon ordenó a la CIA y a Kissinger de impedirlos, mejor si al nacer. Directamente, si era posible a través de sus

agentes políticos en cada país. De acuerdo con esto impulsaron el golpe militar contra el presidente Goulart, la caída de Velasco Alvarado y sobre todo el de Bolivia con Banzer, así como después el argentino de Videla. El gobierno de Allende fue de particular preocupación de Nixon, ante el peligro que el radicalismo de las masas populares sobrepase al gobierno de la UP desencadenando una revolución socialista. Obviamente, los imperialistas esperaban que el PC, fuertemente disciplinado a Moscú, cumpliera con lo pactado en Yalta, impidiendo la victoria revolucionaria en Chile, como lo hicieran eficazmente el Guatemala con Arbenz; y pretendieron hacerlo inicialmente, sin lograrlo, en la propia revolución cubana.

En esta realidad las masas trabajadoras hicieron lo suyo. Con el desarrollo del proceso revolucionario activaron su memoria histórica que venía de lejos, cuya expresión concreta –como lo he dicho ya– fue la formación, desde 1930, del PS y el PC en tanto partidos que se reclamaban de la clase obrera; y de las corrientes sindicales que posteriormente se integrarían a la Central Unitaria de Trabajadores de Chile (CUT). Esta memoria se expresó asimismo en el hecho de hacer suyo gran parte del programa nacionalista y reformista de la UP, al que pretendieron llevarlo más lejos en el momento más alto de la lucha política. Su actividad, de fuerte contenido revolucionario, les llevó a la formación de herramientas propias, expresión de la autoorganización y de los embriones de poder dual.

Estos hechos expresaban, igualmente, un salto de la conciencia política –siempre desigual– de las masas, a través de reivindicaciones claramente antiimperialistas y anticapitalistas. O sea, sobrepasando la barrera impuesta por el programa de la UP. Más claramente, una revolución social de contenido anticapitalista, integrando las peculiaridades propias de la realidad chilena, teniendo en cuenta que no existen patrones comunes en la evolución histórica. Lo cualitativo de la realidad que describo es que, espontánea o conscientemente, las grandes mayorías populares, a través de su quehacer revolucionario, construyeron los basamentos de un socialismo que poco tenía de común con el de la vía pacífica de sus dirigentes.

Son parte de estas peculiaridades del proceso chileno, la naturaleza del frente de la Unidad Popular y su gobierno. No se ha dado en

América Latina algo parecido en esta larga travesía de los autoproclamados partidos obreros en los frentes populares, actuando como las herramientas principales de la colaboración de clases. Es decir, con políticas intrasistema, con el fin de canalizar el radicalismo de las masas, en momentos determinados de la lucha de clases. Esto convirtió al PS y al PC en vecinos políticos, a pesar de que uno se reclamaba siempre de la democracia socialista y de la libertad de pensamiento; y el otro, seguidor acrítico del estalinismo contrarrevolucionario. Por esta vecindad e intereses comunes, y a pesar de la pertenencia a corrientes internacionales de origen distinto –la Segunda Internacional socialdemócrata y la sucesión de la Komintern estalinista–, en el Partido Socialista siempre existió un ala pro-comunista, generalmente su derecha. Ya he relatado cómo se manifestó este problema en la UP, pero sobre todo en el gobierno. Al comienzo el presidente Allende "bonaparteó" entre las fracciones en pugna. Pero cuando se debió frenar el proceso revolucionario, hizo causa común con los estalinistas, incluso contra la voluntad de la mayoría de su partido.

Si he destacado al MIR en mi crónica se debe a que, según mi parecer, perdió la oportunidad histórica de jugar un papel importante en el proceso que examino. De un lado está su notable crecimiento y sus aciertos en el impulso a las herramientas autogestionarias y de poder dual que las masas creaban defensivamente. Y esto a pesar de la inicial concepción foquista del MIR. No obstante, es impresionante la forma como dilapidó este formidable capital político y partidario, debido a su seguidismo acrítico a un gobierno que en su fase final asumiría una conducta contrarrevolucionaria. Pascal Allende –pariente cercano del Presidente– ha expuesto cómo el MIR creyó que Allende sería consecuente con la revolución en marcha y que jamás traicionaría a los trabajadores y a la juventud. Establecieron con el Presidente un estrecho vínculo de confianza mutua. Es por esto que fueron arrastrados al desastre anunciado, al quedar maniatados e impedidos de encabezar la resistencia al golpe militar, a pesar de su reconocida voluntad de lucha.

Además –y esto no es menor– el MIR era prisionero de una gran admiración por Fidel Castro. Cuando Fidel visitó Chile, en 1971, para ayudar con su presencia a su amigo Salvador Allende, ante las críticas del MIR, les insistió en la necesidad de preservar la unidad de la

izquierda, apoyando a la UP y su gobierno. Le dijo a Miguel Henríquez: "El arte de la revolución es el arte de sumar fuerzas... sumar... sumar". Pero la UP quería sumar fuerzas "por derecha", pretendiendo incorporar al gobierno a la Democracia Cristiana, a los supuestamente lúcidos representantes de la burguesía "nacional". Y la vía pacífica nada tenía de parecido a la revolución socialista, como la de Cuba que los condujo a expropiar al capitalismo en la isla. Por esto la "revolución" de la vía pacífica nada tenía en común con la Cuba revolucionaria. Por tanto, el consejo de Fidel Castro cayó en saco roto, salvo el hecho de escucharlo en tierras mapuches por su autoridad legítimamente ganada. Lo que vino después demostró que el apoyo que recibió a raudales el gobierno de la UP sirvió para poco. Se negó a avanzar, no defendió lo conquistado. Abandonó al pueblo que decía representar. Más claramente, lo traicionó.

Sí, una revolución traicionada. Es reconociéndolo que deben extraerse las lecciones correspondientes para integrarlas a la memoria histórica de nuestros pueblos explotados y oprimidos. Pero que lucharon y lucharán para emanciparse del yugo del capital. Recordando siempre que el proceso histórico no espera ni perdona...

Francia: en el centro del lambertismo

Tengo cierta dificultad al encarar el desarrollo de este nuevo periplo de mi actividad política. Es que en un momento de estas crónicas me expresé no tan bien de Pierre Lambert. De ahí el desafío de manejar correctamente los tiempos en este relato. Comienzo por mi arribo a París en los primeros días de septiembre de 1973. Pensé que mis receptores serían camaradas franceses, quizás entre ellos François Chesnais. Pero quienes me dieron la bienvenida en su nombre fueron dos peruanos por mí conocidos: el joven economista Humberto Cabrera y su mujer, hija de un amigo de la adolescencia y de barrio. Debían alojarme temporariamente en su casa, en la banlieu de París. Humberto realizaba un postgrado de su especialidad. Me explicó cómo se hizo trotskista, en su versión lambertista. Sin embargo a mi amigo peruano poco le duró este "pecado de juventud". A paso rápido abandonó su

marxismo comprometido para integrarse al sistema a través del ejercicio de su profesión o como funcionario de organismos internacionales.

Como arribé con mi salud deteriorada, deseaba tener unos días de descanso para repararla siquiera en parte. No pude concretarlo. Tres camaradas que se reclamaron dirigentes de la Organisation Communiste Internationaliste (Organización Comunista Internacionalista-OCI) me visitaron horas después de mi arribo. Afirmaron que tenían el encargo de la dirección de pedirme asistiera –sí o sí– a la reunión del día siguiente. Muy importante, según ellos, porque en ella se abordaría la situación de Balasz Nagy (alias Varga) al haberse descubierto su condición de doble agente: de la GPU y de la CIA. Les dije a mis interlocutores que desconocía totalmente el tema, incluso al personaje en mención. No logré convencerlos. Los delegados se hicieron fuertes en la idea de que se trataba de la defensa de los principios y de la seguridad del CORCI. Realicé los últimos esfuerzos en defensa de mi postura. No hubo caso. El trío apeló a mi obligación de respetar la "disciplina internacional". Pensé, angustiado, ¿de qué disciplina me hablan? Siempre hay un mañana para irlo entendiendo. Paciencia.

Sí, asistí. La reunión tuvo lugar en el local central de la OCI, en la rue du Faubourg-Saint Denis. Arribé cuando los presentes discutían apasionadamente, con un Stéphane Just pidiendo acaloradamente la expulsión del infiltrado agente doble. Por eso no hubo ocasión para presentarme con alguna cortesía y formalidad. Sí lo indispensable: el camarada Ricardo Napurí, secretario general del POMR, viene de Chile. Ante esto, nadie me pidió un informe, siquiera breve, de la dramática situación chilena. Traductor mediante, poco entendí los argumentos de los acusadores de Varga, el infiltrado agente del imperialismo norteamericano y de la burocracia del Kremlin. Sin embargo, el tal Varga era hasta esos momentos un destacado dirigente de la corriente, uno de los líderes de la resistencia húngara al dominio ruso sobre el país. El supuesto agente doble fue expulsado por el voto unánime de los delegados presentes. Desconcertado y desarmado políticamente no me atreví a diferenciarme, como correspondía. El historiador Pierre Broué, que fue miembro de la dirección de la OCI, o sea mi camarada de militancia en mis días parisinos, me entrevistó años después. Ya fuera del lambertismo, asumió la tarea de reivindi-

car a Varga. Le expliqué el porqué de mi conducta en el incidente. Pero, poniendo el acento de que se trataba de mi primera "capitulación" a la disciplina internacional. Más concretamente a un sucio acto de fuerte connotación política y moral.

Pierre Lambert, que en la reunión apenas me saludó brevemente, me citó para una entrevista entre nosotros. Conocía de su trayectoria política desde su militancia en la Juventud Comunista en los años 30. Pero mucho más por sus detractores que por sus defensores. Y también por mis lecturas, el lugar que tenía como líder de la corriente del movimiento trotskista que lleva su nombre. Ahora estábamos juntos en su oficina. Sabía que era cinco años mayor que yo. Bajo de estatura. Cordial sin afectaciones innecesarias. Ni él hablaba castellano ni yo una pizca de francés. Es que siempre fui torpe para los idiomas. Pero el traductor solucionó el problema. Lambert no enfocó el diálogo a partir de mi experiencia política y, como dije, del drama chileno. Creí que poco conocía de mí. No hablamos de Cuba, ni del Che, ni del POMR. Me llamó la atención este hecho porque después del POR-Masas de Bólivia y de Política Obrera de Argentina, el ingreso de nuestra organización a las filas de la "internacional", significaba una importante conquista ante la todavía débil implantación del CORCI en América Latina.

Me preguntó qué pensaba sobre mi forzada estadía en Francia, dado que ya no podía retornar a Chile y menos al Perú, convertido en una especie de autoexiliado. Le dije que quería retornar cuanto antes al Perú, claro que clandestinamente y que le pedía su apoyo para concretarlo. Lambert me respondió que habían pensado otra cosa: la conveniencia de quedarme en Francia un tiempo, previa consulta con la dirección del POMR. Que no había que perder la oportunidad de integrarme a las tareas del CORCI y asimismo de la OCI, como una vía para después postularme como uno de los dirigentes internacionales de la corriente; y esto por méritos propios. Después vendría el retorno. Me pareció sensato y correcto el planteamiento. Acepté. De esta forma París devendría mi nueva sede, después de Santiago. Y la OCI mi nuevo hogar político. En la emergencia traté de aventar todo prejuicio sobre el personaje. De hecho se convertía en mi dirigente. Cerramos el acuerdo con un impactante almuerzo en un lindo restaurante. En él constaté el gusto de Lambert por el buen vino y su

capacidad de asimilar un par de botellas "como si nada". En esto no lo acompañé, porque yo no bebía. Por cortesía o diplomacia apenas tomé unos sorbos; para horror de mi invitante y de los buenos gourmet franceses, mezclada con agua mineral.

Me alojé en la confortable casa de camaradas de partido. Apenas a unas cuadras del local central. Este hecho permitió mi casi diaria presencia en él, aunque con el maldito inconveniente del idioma. Sin embargo terminé arreglándome bien. Me pegué a cuadros y militantes descendientes de españoles y a franceses profesores de castellano. Así conocí e hice amistad con los Carrasquedo, Coromina, Gómez, Georges Sardá, Jean Puyade, entre otros. Con este hecho lograba matar varios pájaros a la vez. Por ejemplo: conocer por sus versiones, no importa si en ese entonces no críticas, a la organización en sus fundamentos principales. Me ayudaron asimismo a integrarme humana y socialmente a un medio tan diferente al de mis orígenes. Así empezaba a liquidar los problemas del desarraigo, que algunos denominan el síndrome del desterrado.

Pero esto no bastaba todavía para que mi mirada de la realidad política francesa escapara a los acentos personales. Era muy poco tiempo para pretender otra cosa. Algo así como el prisma personal con el que valoraba hechos y situaciones. Ni qué decir: adentrarme en el mundo de las peculiaridades francesas y europeas. Me incomodaba el porqué los dirigentes casi nunca manifestaban interés en mi persona y en mi experiencia personal. Me cruzaba a cada rato con Stéphane Just, el segundo después de Lambert, de origen obrero y director de la revista teórica *La Verité.* Casi no me miraba. Tampoco Jean Jacques Marie, destacado intelectual, especializado en el seguimiento de la realidad de los países del socialismo real. Gerard Bloch, es cierto un hombre ya de edad avanzada, teórico e ideólogo, se refugiaba en su oficina de trabajo. Éstos y otros que no cito, sabían de mi existencia. Pero, como dicen los argentinos, "no me daban pelota". No creí que fuera por el idioma. Me pareció, en una primera impresión, que estaban algo así como compartimentados en sus tareas y responsabilidades. Sin embargo, llegué a constatar que esta actitud se manifestaba igualmente en los cuadros integrantes del voluminoso aparato de rentados del partido. Tendría tiempo aún para despejar estas dudas. Casi pedagógica-

mente resolví tener paciencia para calibrar lo que veía, con la mayor ecuanimidad posible. Además de mi propia mirada y reflexión, quizás podría contar después con la de camaradas reflexivos y críticos.

Aunque no podía dejar de hacer comparaciones, en lo físico y material la OCI era propietaria de un magnífico local central. Poseía imprenta propia que editaba el periódico semanal y la revista teórica, y una gran folletería sobre temas diversos; y creo que hasta libros. Oficinas a granel para las secretarías y principales dirigentes. Además, una treintena de rentados al servicio de la dirección.

¿Cómo no interesarme por esto? Lo comparaba con el POMR, que en sus primeros tiempos no poseía local central, ni rentados, incluso yo, responsable de la organización. A pesar de que éramos una organización estructurada en frentes de masas, local y nacionalmente. Pero no tenía valor esta comparación si no extraía algunas conclusiones. Entre otras, que la OCI, como el conjunto de la izquierda socialista francesa, en decenas de años se construía en el cuadro de la democracia y la legalidad burguesa, mientras nosotros, en el Perú, en un país atrasado y casi todo el tiempo en la ilegalidad, con el acecho de la represión política y policial. De ahí se infería el tipo de militancia y las metodologías en la construcción de la herramienta partidaria. Constaté que los miembros de la OCI tenían una importante influencia en la juventud universitaria; y en menor medida en algunos sindicatos, principalmente maestros. Obviamente en su quehacer cotidiano se beneficiaban de la generosa amplitud de derechos y garantías democráticos. Se realizaban actos públicos en locales abiertos –como la histórica Mutualité– sin temer a controles policiales. Me pareció correcto que se aprovechara a fondo este status político para realizar las tareas demandantes de los objetivos tácticos y estratégicos de construcción.

Constataba otro hecho para el que aún no tenía una respuesta personal. La larga vida partidaria bajo las reglas de esta democracia y legalidad de un signo determinado de clase, ¿no terminarían condicionando el carácter del partido? ¿No sería una de sus consecuencias la adaptación-integración en la institucionalidad democrática? Desde el inicio percibí lo que creía una contradicción. De un lado, el discurso teórico-programático era "tremebundista", basado en que estábamos en una situación revolucionaria mundial y de una revolución social inminente. Además

de una postura acrítica sobre el legado político de León Trotsky y de la revolución de octubre. Igualmente, el fetichismo sobre el Programa de Transición de la Cuarta Internacional, redactado en 1938, asumido como el programa de nuestra época y para todas las países.

Logré un buen informante en Claude Bernard ("Raoul"), miembro de la dirección. Físicamente parecido a Humprey Bogart, tenía una larga militancia, incluso en Vietnam. No era querido por Lambert por sus actitudes críticas. Hicimos buenas migas. Me pareció honesto y agudo. Para él este extremismo teórico le permitía a Lambert y a sus seguidores mantener atada al partido a la sana militancia que se batía, quizás voluntaristamente, por abrir la vía a una revolución socialista. Raoul me dijo que este planteo era casi común a todas las corrientes del movimiento trotskista. Algo así como un discurso político de extrema izquierda como tapadera de la adaptación real a la democracia burguesa. Afirmó que el tacticismo de Lambert tenía su origen en este hecho. En ese 1973 me preguntó: ¿Qué piensas de la consigna-objetivo de un partido de 10 mil miembros? Concebido como un partido independiente pero a la vez el tercer partido obrero, detrás en número del PS y del PC. Según Raoul era un criterio no marxista si no se determinaba el carácter del mismo. ¿De tipo bolchevique, socialdemócrata de izquierda, insurreccionalista, democrático-electoralista? Según mi confidente, Lambert nunca daría una respuesta principista y metodológica a este interrogante, porque la OCI sufría un proceso de adaptación al sistema, una de cuyas expresiones era –según él– el vínculo con la central Force Ouvrière (FO), reformista y fuertemente influida por el PS. Agregó que gran parte de los ingresos financieros del partido venían de este vínculo con esta central obrera y la socialdemocracia.

Ante mis dudas, Raoul recuerda que este vínculo de Lambert tenía historia propia. Lejanamente, con la escisión sindical de la CGT, dominada mayoritariamente por los comunistas, la CGT-FO. En esta última Lambert, empleado de una caja de seguros y sindicalista, deviene rentado de FO y uno de sus dirigentes. Nace FO patrocinada por el PS. Por este vínculo algunos funcionarios de la OCI vienen principalmente de FO, con Lambert a la cabeza. Esto le permitió un acceso a fondos provenientes del medio sindical, dedicados en gran parte al sostenimiento del pesado aparato de la dirección de la OCI, según

Raoul, ya burocratizada desde los inicios de 1970. En cuestiones de método, Raoul habló del "entrismo" en otras organizaciones. Muy diferente del entrismo transparente y público preconizado por Trotsky en la socialdemocracia en 1934. Este entrismo de Lambert era oculto, sobre todo para los militantes. De ahí que Lionel Jospin ingresara al PS, con el acuerdo de Mitterrand, pero como una especie de submarino. Algo parecido ocurrió con el dirigente anarco-sindicalista Alexandre Hebert, de la Unión Departamental FO de Loire-Atlantique, con sede en Nantes. Éste, no siendo afiliado a la OCI, gozaba del privilegio de asistir como invitado a reuniones del comité central. Más discreto, no lo hacía Jospin, que caminaba a convertirse en dirigente nacional del Partido Socialista.

Tomé nota de esto. Pero me interesaba conocer el activo político y organizativo para dimensionarlo. El lambertismo y la OCI francesa, la organización "madre", se reclamaban continuadores del leninismo-trotskismo. Y de la memoria histórica del proletariado, que comprende, entre muchos otros jalones, la tradición de la revolución rusa de octubre; la revolución alemana (1919-23); la ocupación de fábricas en Italia (1920); los principales hechos de la revolución española (1934-38); el mayo francés de 1968. Pero además la historia del mismo lambertismo, sus diferencias con otras corrientes del movimiento, sobre todo en Francia, con el eje en la formación de militantes, cuadros, intelectuales, jóvenes, que se reclaman del marxismo. Raoul me explicó que el lambertismo nació en los años 50, con apenas unas decenas de militantes; a fines de 1960 ya eran unas centenas. En 1973 constaté personalmente que contaba con unos 3.000 miembros estructurados en células y equipos partidarios. Se destacaba como uno de sus sectores de punta la poderosa Alianza de Jóvenes por el Socialismo (AJS), integrante de la Unión Nacional de Estudiantes de Francia (UNEF), el sindicato estudiantil representante de los jóvenes franceses. El frente estudiantil lo lideraba Charles Berg, después víctima de las maniobras dolosas de Pierre Lambert. Como organización "madre", la OCI estaba encargada de las tareas de la "internacional", el CORCI, que no tenía aparato propio. Se realizaba un seguimiento político más o menos actualizado de los países del Este, bajo la responsabilidad del equipo dirigido por Jean Jacques Marie. Existían contactos y pequeños núcleos en

algunos países europeos, principalmente en España e Irlanda. Con los países latinoamericanos casi nada, salvo la reciente adhesión del POR, PO y el POMR. En esos años el encargado de las relaciones con América Latina era Chesnais. En su condición de economista había sido contratado por la OCDE, con la autorización de la OCI. La OCDE lo enviaba a misiones, entre otros países a España y algunos de América Latina. En 1969 estuvo un mes en Buenos Aires, dando inicio a las relaciones de la OCI con el grupo Política Obrera. Más tarde viajó a Bolivia e hizo lo mismo con el POR-Masas de Guillermo Lora. Ya escribí que viajó al Perú para un trabajo técnico, relacionándose con Jorge Villarán por consejo de PO. O sea que el seguimiento de la realidad latinoamericana era rudimentario; y en esos momentos casi puntual.

Por ello no existía algo así como una secretaría del sector. Recién en 1974 se produce un avance debido a mi presencia y actividad. Se integra a la tarea Felipe Wermus, hermano del dirigente principal de Política Obrera. Había recalado en Francia por asuntos personales, después de haber estado en Israel. Lambert lo quiso ayudar convirtiéndolo en un rentado. Muy joven aún, de buen físico, que lo hacía valer sobre todo con las damas, entrador, con personalidad, inteligente, con relativa formación política. Lambert decía de él que era un futuro Parvus, por sus características personales. Escaló posiciones rápidamente, convirtiéndose con François de Massot –cuadro de buen nivel político– en los ejes de la naciente secretaría. Felipe, que después tomaría el apelativo de Luis Favre, hizo una sorprendente "carrera" en la OCI, apoyado y protegido por Lambert. Trabajamos juntos y nos hicimos amigos, a pesar de la gran diferencia en edad y que recién empezaba una experiencia militante. Igualmente disentíamos en la forma de vida, la mía siempre austera y él dispendioso y ostentoso. Este recién llegado, en pocos años se convertiría en uno de los dirigentes nacionales de la OCI. Le dedico unas líneas como un avance a otras que vendrán más adelante, cuando relate cómo Lambert lo convierte en su pieza maestra en la campaña de difamación y calumnias contra mi persona.

En tanto miembro de la OCI y del CORCI desarrollé mi militancia en varios frentes. Fui cooptado a reuniones del comité central. Fui propagandista en actos partidarios y públicos tanto en París como en el interior del país. Frecuentemente exponía ante los jóvenes univer-

sitarios siendo un asiduo de la Cité Internationale. A los compañeros de provincias los visitaba constantemente en los núcleos partidarios de Nantes, Montpellier, Lyon, Marsella y varias ciudades más. En algunas ocasiones estuve en Nantes, invitado por Alexandre Hebert, para encuentros con trabajadores de Force Ouvrière. Parecida tarea realicé en viajes a Inglaterra, España, Bélgica, Holanda, Italia, Suiza, Canadá, Irlanda. Conocí a Michel Pablo, Ernest Mandel, a dirigentes ingleses y de otros países. A Mandel un poco más, en reuniones entre delegaciones del Secretariado Unificado y del CORCI, cuando en 1974 Lambert la propuso a Mandel iniciar un diálogo común para explorar las posibilidades futuras de fusión de las dos corrientes. Con Michel Pablo fue otra cosa, con un equívoco de por medio. Yo quería entregarle una carta de Enrique Sepúlveda y así se lo hice conocer al intermediario. Cuando lo tuve frente a mí –como era habitual en una cena de primera, pagada por él– se descubrió la confusión. Michel Pablo creía que yo lo veía para establecer un vínculo político común. Se contrarió enormemente cuando se enteró del motivo de nuestro encuentro. Pero me di el gusto de conocer y dialogar con este personaje histórico, ya fuera de las filas de la Cuarta Internacional.

Lamento que esta crónica tenga un sesgo unilateral, con el eje en mi actividad política. Falta lo otro: los sentimientos y lo humano. Sólo de paso consigno cómo intenté comprender y "sentir" a las gentes con quien me ligaba, no todos compañeros de ideas o de militancia. Si recalé en Francia y en Europa tenía la obligación de ir más lejos. Asumir las diferentes historias; a las personas y "ciudadanos" en su diversidad. Traté siempre de comprender... comprender... comprender. A las gentes, sí. Pero también lo cultural e histórico. Hasta la observación de cómo cada etapa de la historia está plasmada en lo urbano, en los puentes, monumentos, esfinges. Cómo la mayoría de las ciudades europeas grafican cada momento del desarrollo de la civilización. Así pude reconocer semejanzas y diferencias entre, por ejemplo, Suiza, Inglaterra, Italia, España, Francia.

Se acercaba 1975. Habían arribado a Francia Hernán Cuentas y Jorge Villarán. El primero deportado por el gobierno militar peruano, y Jorge por pedido mío. Cometió el error de renunciar al Banco Continental, abandonando su cargo de dirigente sindical. Adujo que lo hacía para

dedicarse más eficazmente a las tareas de la dirección partidaria, cuando el POMR encaraba una seria crisis. No lo logró y cayó enfermo. Con Lambert resolvimos su venida a Francia para "recomponerse", física y políticamente. Humberto Campodónico fue otro caso. Lo conocí en Bruselas en una de mis charlas universitarias. Por un problema personal se había refugiado en Bélgica. Como Cabrera, era igualmente economista, después desarrollaría una carrera brillante, pero ya fuera del marxismo. Me pidió que lo ayudara. Así ingresó a la OCI convirtiéndose en uno de los "protegidos" de Lambert. Tuve tiempo de visitar en Frankfurt a mi amigo Oscar Waiss, asilado en Alemania después de haber escapado de las garras pinochetistas cuando iba a ser asesinado entre los detenidos en el Estadio Nacional. Me informó que Enrique Sepúlveda y su familia escaparon a tiempo a la Argentina. Pero que en este país fue detenido y torturado, probablemente por los mismos grupos de tareas que asesinaron al general Pratts. Con algo a favor: el gobierno francés le asilaría pronto, como ya lo hacía con centenas de chilenos.

Ante las urgencias en el Perú resolvimos adelantar mi partida. Con el conocimiento desde dentro del lambertismo consideré mi experiencia francesa como un aporte importante a mi militancia trotskista. Aunque por mis dudas antiguas y las comprobaciones presentes me caracterizaba como una especie de heterodoxo, en relación con quienes se reclaman acríticamente del legado de León Trotsky y de su fidelidad casi "fundamentalista" a la Cuarta Internacional y a sus líderes. Ya dije que los rasgos de dogmatismo, de sectarismo y a veces de oportunismo no me asustaban. Entendía el porqué de los varios "trotskismos". Pensé que ello podría ir desapareciendo cuando el trotskismo dejara de ser marginal, ayudado por una etapa favorable de la lucha de clases.

Hasta lo comprendía a Lambert, un dirigente de nivel medio comparado con otros. Sin embargo lideró la construcción de una corriente en el movimiento y era hasta mitificado por sus seguidores. Un terrible fetichismo al líder y al partido. Sí, ya sabía mucho más del lambertismo, de la OCI y del CORCI. Ésta era una "internacional" débil, marginal política y organizativamente. Partí como integrante de un colectivo internacional, que a pesar de estas limitaciones levantaba las banderas del socialismo y el comunismo, negados por la contrarrevolución estalinista y el reformismo socialdemócrata. Entendí mi

militancia internacional, además, como un vehículo para evitar el aislamiento de la herramienta partidaria nacional, el POMR. Por tanto, realizaría la experiencia para después evaluar. Sí, quedaría fichado como un "lambertista".

A Perú con el "camarada Carlos"

Fueron casi dos años en Francia y en Europa. Una experiencia a la que debería sacarle réditos más adelante. Otra jornada en la película de mi vida. Después de las muchas despedidas con camaradas y amigos quedé en manos del equipo "técnico" de la OCI: cambio de rostro y maquillaje; pasaporte *ad hoc*, con nombre francés pero bilingüe por el castellano, con señas identitarias semejantes. Además de las prácticas de examen correspondientes. Con responsables de la dirección acordamos este itinerario: vuelo de París a Bogotá; de allí a Caracas. De esta ciudad a Guayaquil para un ingreso por tierra a Perú, frontera mediante. En Venezuela cambiaría el pasaporte francés por otro venezolano. Se me dijo que el dirigente de la sección nacional, Alberto Franceschi, se encargaría de materializarlo. Con el nuevo pasaporte y con identidad cambiada retornaría a Perú. ¿Por qué por tierra? Por dos razones. Una, por un supuesto menor control migratorio; y otra, política. Reunirme con miembros del partido en cada una de las ciudades principales de mi trayecto a Lima.

Pero el "diablo" se opuso a este plan. El gobierno y la prensa informaban que el temido terrorista venezolano Ilich Ramírez, alias "camarada Carlos", había asesinado a tres policías franceses. Entre las medidas tomadas para capturarlo se dispuso el cierre de los aeropuertos, señalando que serían controlados con rigor militar. Se imponía ante esto el cambio de plan, desechar esta vía. Urgentemente se armó el sustituto. Salir por tierra hacia Frankfurt y de ahí a Bogotá, ya no por Air France sino por Lufthansa. Teóricamente todo seguiría igual, salvo los obligados cambios de fechas y contactos. Partí con mi camarada y amigo Georges Sardá, escogido para la tarea por su conocimiento de la ruta transitada muchas veces en sus vacaciones anuales. Georges afirmó que el control fronterizo era mínimo, más al vehículo que a los

pasajeros. Tuvo razón en esto. Casi no me controlaron, por ser para los encargados uno de los muchos turistas franceses. Qué bien, qué fácil, me dije. Estaba equivocado. A unos diez kilómetros del puesto de control, una patrulla detiene el auto y ordena al chofer retornar. ¡Ahora sí me jodí, pensé! Me deshice de direcciones y papeles comprometedores, porque tuve en cuenta que la legislación alemana pena severamente la falsificación de documentos. Aunque todo se esclareció. Yo no era el objetivo, ni Sardá, sino el automóvil, debido a un detalle que el control automático descubrió. Georges arregló el tema. Así mi corazón dejó de latir aceleradamente, mis nervios se aquietaron, aunque algo instintivamente me decía que el porvenir del viaje no estaba garantizado. ¿Llegaría a destino?

Cuando arribé al aeropuerto de Bogotá me entero que probablemente en mi avión o en otros del mismo itinerario venía el temible camarada Carlos. Militares fuertemente armados inspeccionaron todo minuciosamente, persona por persona y en todos los rincones. Fui sometido a un riguroso control. No sé cómo, pero lo pasé satisfactoriamente. Ni mi nuevo rostro ni el maquillaje ni el falso documento fueron descubiertos. Eso sí, me ordenaron que me presentara al día siguiente al Consulado francés para que éste diera la certificación definitiva. Qué día siguiente, tenía que escapar cuanto antes. En el Consulado se descubriría todo, con consecuencias inimaginables. Telefónicamente me comuniqué con Alberto Franceschi. Se sorprendió con mi relato. Afirmó que nadie desde París lo comprometió en el tema. Y que tampoco tenía posibilidades de conseguirme un documento venezolano. De esta forma quedé librado a mi propia suerte. Resolví en un acto desesperado arriesgarlo todo. Entre quedar preso en Colombia o en Perú, prefería a éste, indudablemente. Esa misma noche tomé un vehículo al aeropuerto. Felizmente partía un avión de Aerolíneas Argentinas. Arribé al aeropuerto Jorge Chávez de madrugada. A los pocos pasajeros que descendimos en Lima casi no nos controlaron los somnolientos empleados. En este caso, el sueño y la desidia operaron a nuestro favor. El francés, yo, salió del recinto para respirar libremente el aire húmedo del Callao. Un taxista me llevó al hotel Columbus, que conocía.

Rara mi clandestinidad, porque ni los represores, ni mis camaradas de partido, ni mis familiares conocían de mi presencia en el Perú.

Me di el gusto de caminar las calles de Lima. Mi primer contacto: el domicilio de Magda Benavídes y Luis Bordo. No me reconocieron inicialmente, sólo cuando hablé me descubrieron. Así, a través de mis camaradas bancarios, comencé a vincularme con los frentes partidarios tanto de la capital como de provincias. Comprobé que la crisis del POMR era grave pero superable a corto tiempo, como así sucedió. Comenzamos a homogenizarnos políticamente a través de una comprensión más fina de la crisis del régimen militar. Ante ella, el velasquismo respondía ya erráticamente. Por ejemplo, con la estatización de la prensa hablada y escrita –diarios, televisoras, radios, revistas– como una forma desesperada de atacar a la oposición ya más osada. Pero esta medida no fue asumida por el conjunto de la Fuerza Armada; algunos sectores consideraron que era un innecesario ataque a la propiedad privada por su enorme repercusión internacional. Las disidencias aumentaron de tono cuando los voceros del gobierno denominan a esta estatización como socialización de la prensa, porque según ellos iría a manos de los trabajadores y sus organizaciones. Pero estos medios nunca fueron entregados a sus presuntos destinatarios, quedando en poder del Estado y al servicio del gobierno. Éste nombró interventores y directores, entre ellos figuras políticas a su servicio. Este hecho –como antes tuvimos que hacerlo con la comunidad laboral– nos obligó a discutirlo a fondo, con al agravante de no tener antecedentes válidos sobre el problema. Es decir, qué posición asumir ante la total estatización de la prensa por un gobierno nacionalista y reformista, pero a través de una metodología autoritaria. No era el caso de oponerse por ningún supuesto principio, sino combatir porque esta prensa estatizada pase realmente a poder de las organizaciones representantes de tos trabajadores. Si así no ocurriera –y así no ocurrió– el gobierno, una dictadura, los pondría a su servicio, afirmando que lo hacía para quitarle poder a sus enemigos reaccionarios.

Por este cuadro de crisis se agudizaba la polarización de la Fuerza Armada, con la Marina ya en abierta disidencia. Pero también en las filas del propio gobierno. Ante la mayor resistencia popular y el temor de los militares a la acción independiente de las masas, se perfila una orientación autoritaria y de mayor control de la sociedad, frente a las demandas democratizantes de otros sectores. Al general Velasco se le

iba escapando el control de la situación, porque quedó prácticamente invalidado físicamente ante una operación de urgencia. El desgobierno fue el pretexto para el golpe interno, comandado por el general Morales Bermúdez, ministro de Economía, que contó inicialmente con el apoyo de generales considerados de izquierda y miembros del equipo del presidente. En esos momentos desconocíamos la orientación política que asumiría el nuevo Presidente. Por ello, desde el Partido Comunista hasta los asesores "socialistas" no lo denunciaron, apostando muchos de ellos a una izquierdización del régimen. No obstante, poco a poco, los hechos indicaban lo contrario: un giro a derecha, en lo que se denominó la segunda fase del proceso. Es decir, tratar de reprivatizar las empresas estatales y liquidar la reforma agraria. Esto a través de medidas aun más autoritarias y represivas. La Fuerza Armada, después de alguna disidencia puntual, apoyó al gobierno de la fase termidoriana de la "revolución". Pero sobre todo la patronal y el arco político burgués consideró que había llegada su momento: tener un gobierno que defendiera sus intereses de clase. Todo bajo una orientación liberal y de mercado, conforme a las imposiciones del imperialismo norteamericano en su intento de retomar el control directo de América Latina, luego de su última "hazaña": la caída de Salvador Allende y el arribo de su protegido, el genocida Augusto Pinochet.

Estos eran algunos de los hechos a tomar en cuenta en el proceso de nuestra urgente homogenización política en la coyuntura. La requeriríamos para resistir y combatir más eficazmente ante las mayores agresiones a las masas por el nuevo gobierno. Con su remate: la reflexión y balance del velasquismo. Lo caracterizamos como un gobierno nacionalista de izquierda, porque tomó medidas iniciales de resistencia al imperialismo y por sus reformas avanzadas que ningún otro gobierno civil o militar había tomado en América Latina, salvo el de la Unidad Popular de Chile. Entre ellas la reforma agraria, la comunidad laboral, el sistema cooperativo y asociativo, en el marco de la nacionalización de importantes ramas de la economía. Es por esto que el PC pro-Moscú, y los inteligentes y calificados técnicos e intelectuales socializantes, vieron en los militares a la fuerza impulsora de la revolución democrática en el país. Estos asesores apoyaron acríticamente al gobierno presidido por el general Velasco Alvarado.

Ya caído Velasco y con un presidente de derecha en el poder, llegaron las autocríticas y balances. El general Valdés Palacios en su libro *La revolución itinerante* afirma:

> (...) una de las principales debilidades de la revolución era la ausencia de bases ideológicas; y lo otro fue el predominio de la jerarquizaron militar. Se requería ser general para ser ministro. Si pasaba a retiro perdía su cargo de ministro. Además por antigüedad y "reparto" de los cargos entre los miembros de la Fuerza Armada.

Pero el honesto general Valdés no extrae las lecciones correctas de sus afirmaciones. Por ejemplo, que la Fuerza Armada sí tiene "bases ideológicas". Son las que dan el marco a su rol de institución determinante del Estado, en su condición de garante principal de la seguridad de la Nación ante los peligros externos; y en los hechos de la seguridad y paz social internas. Para viabilizarlo, la institución militar goza del privilegio de detentar armamento que los civiles no poseen. De ahí su comportamiento como si fuera un partido político armado. Y por mandato constitucional defienden el orden establecido, la propiedad privada y a los gobiernos capitalistas que la administran. Por ello nace como una institución históricamente reaccionaria, dotada de una estructura vertical y por tanto antidemocrática en su funcionamiento. Se obedece "sin dudas ni murmuraciones..."

En su honesta ingenuidad el general Valdés afirma:

> (...) la nuestra era una revolución incruenta, hecha sólo por la Fuerza Armada. Los civiles nos miraban desde el balcón... el pueblo no participaba en ella directamente, como actores, únicamente como simples beneficiarios... ¿cómo conseguir que el pueblo y la izquierda nos entendieran?

Debió preguntarse el general por qué el pueblo no salió a las calles a defender al gobierno de Velasco Alvarado. Simplemente parque no lo consideraban "su" gobierno, a pesar de las medidas progresivas con que se benefició inicialmente. Eso explica "por qué los civiles nos miraban desde el balcón..."

La experiencia histórica en América Latina ha demostrado fehacientemente que la Fuerza Armada, cuando coyunturalmente asume posiciones de nacionalismo progresivo, se detiene cuando asoma el real fantasma del cambio y la revolución social. Es éste su límite real. Sus "bases ideológicas" se lo impiden. En el mejor de los casos –ejemplos: el gobierno de Velasco Alvarado y el inicial de Perón– avanzan en reformas y nacionalizaciones, pero siempre bajo su control. Nada de participación autogestionada de los trabajadores, nada de sus organizaciones independientes. Es que, por la dinámica que adquiere un proceso reformista, el cambio de las relaciones de fuerza sociales produce –no importa si limitadamente– la aparición de nuevas fuerzas políticas contestatarias, más allá de la izquierda tradicional. Esto no lo comprendieron a tiempo los ideólogos y teóricos de la "revolución" militar. Por esto ellos cayeron también con la desaparición del gobierno del general Velasco Alvarado.

Con éste y otros ejemplos del nacionalismo militar latinoamericano tenemos madera para pensar la realidad cambiante de nuestros países. Reduccionistamente afirmo que si ésta es una expresión defensiva-ofensiva ante la opresión extranjera y nacional, hay que prepararse para la reaparición de este tipo de procesos, en el cuadro de la dominación de clase, sobre todo de resistencia a los excesos de la dominación imperialista. Con todas las formas que determinen las peculiaridades nacionales concretas, entre ellas del bonapartismo progresivo, tales los casos del general Velasco y del primer Perón. Y actualmente el de Hugo Chávez, que encabeza la resistencia regional contra el imperialismo.

Morales Bermúdez: la "contrarrevolución itinerante"

Jaime Llosa, sociólogo amigo, hizo esta reflexión en una conversación entre nosotros en Lima. Dijo que fue llamado a colaborar con el gobierno de Velasco Alvarado en el tema de las cooperativas. Pero que el mayor del Ejército encargado de la supervisión del personal le dijo: "Hay un inconveniente, porque usted tiene un prontuario de izquierdista". Jaime le respondió: "Ustedes quieren hacer la revolución

sin revolucionarios". A pesar de este impasse lo aceptaron, reconociendo sus capacidades profesionales y de paso aguantando su agudo sentido crítico. De su versión del último período del gobierno me detengo en esto. Por ejemplo, el por qué de la tardanza en abordar la discusión teórica de la necesidad del partido, ya que unos lo querían formar y otros no. La corriente a favor del partido era encabezada por el general Tantaleán, ministro de Pesquería, que iba fortaleciéndose en la lucha interna. Pero este general quería un partido tipo Partido Revolucionario Institucional (PRI) mexicano; o sea autoritario y formado desde el aparato del Estado. Los generales de "izquierda", entre ellos Jorge Fernández Maldonado y Leónidas Rodríguez, rechazaban este planteamiento. Por ésta y otras razones el núcleo militar más ligado a Velasco comienza a fracturarse y termina apoyando el golpe interno de Morales Bermúdez, que produjo su caída.

Éste, hábilmente, en esos momentos se decía socialista, libertario y demócrata. Desarmó políticamente y confundió a quienes sospechaban de su sinceridad. No así al Partido Comunista, que en su vocero *Unidad* saludó el golpe con este título de primera página: "La revolución continúa. Gran cambio para avanzar". Llosa dice que muy poco duró esta ilusión de la izquierda que creyó –claro que con algunos matices– en la revolución encabezada por la Fuerza Armada. En la coyuntura gravitó decisivamente, de un lado, el agotamiento de la fase progresiva del régimen; y de otro, el cambio de las relaciones de fuerza militares a favor del sector más moderado. Pero este impasse se producía no en el vacío sino en el cuadro de una situación internacional marcada por la caída del gobierno de Salvador Allende antes, y últimamente del golpe militar en Argentina. Golpes patrocinados directamente por el imperialismo norteamericano que buscaba acentuar su dominio en América Latina, a través del golpismo militar reaccionario.

Velasco Alvarado cayó, entonces, por el golpe de su subordinado, el general Morales Bermúdez. Todo entre militares y nocturnidad. Como estaba clandestino en el país fui uno de los tantos sorprendidos por el hecho. Creo que también mi hermana Ana María –una de las mellizas– fue igualmente sorprendida por la noticia. Ella integraba la Comisión Nacional de la Mujer, que presidía la esposa del general Velasco. Fue convocada para integrarla en su condición de dirigente

del cooperativismo, lugar que ganó merced a su larga lucha por la reivindicación de este sector de la actividad social organizada. No supe de sus actividades en la Comisión, pero conociéndola imagino que la caída de su centro de operaciones significaría, a la vez, un golpe a sus convicciones y a sus más fervorosas ilusiones.

Hasta aquí lo que resumo del diálogo con Jaime Llosa. Sigamos el rastro al dictador de la segunda fase. No demoró mucho para echar de sus mandos castrenses y de sus puestos en el gobierno a sus ocasionales aliados de izquierda. Con esto pretendía terminar con todo resto de nacionalismo progresivo, a través del desmontaje de la economía mayoritariamente estatizada. En esto contó con el apoyo de Washington, de la mayoría del empresariado nativo y de los partidos que la representaban. Se formó entonces un poderoso frente reaccionario, nacional e internacional. Para consumarlo sólo debía barrer los obstáculos en su camino. Principalmente la resistencia y oposición de la mayoría popular, con su vanguardia, los trabajadores de la ciudad y del campo.

El recién llegado dictador enfrentaba una radicalizada resistencia popular. Esta se nutría de una acumulación de experiencias que venían de lejos. Y no sólo en el terreno de las reivindicaciones económicas y sociales, sino también políticas. Ciertamente, las luchas en el período velasquista fueron casi siempre defensivas. Pero era una resistencia en el cuadro de la independencia política de clase; y no ante un gobierno reaccionario u oligárquico sino a uno que instrumentaba reformas, muchas de ellas favorables al pueblo trabajador. Es por esto que esta resistencia se fue politizando desde la creación, por ejemplo, de los nuevos sindicatos hasta cómo resolver los problemas de la organización y dirección de las empresas creadas por la reforma agraria, de la comunidad laboral y el desarrollo del cooperativismo. Es decir, una experiencia de calidad superior ante los desafíos que provocaba la cogestión. Sobre todo por el hecho de su imposición desde el aparato estatal, con el intento de control vertical de las mismas. De ahí que esta experiencia de los trabajadores con el velasquismo tuviera momentos diversos, con altos picos de ascenso y de radicalismo político. Pero relación siempre conflictiva, aun en la fase ascendente del proceso y más conflictiva aún en su amesetamiento y crisis. Por esto los militares fracasaron en su intento de acompañar las reformas con una severa disciplina social.

¿Por qué le preocupaba tanto la izquierda radical al general Valdés Palacios? Esta fue débil en la fase de ascenso del régimen con su consiguiente prestigio popular. Ya he relatado que un importante sector de ella apoyó y colaboró con el gobierno militar. Pero a medida que el gobierno se amesetaba, apelando a medidas de mayor control de los trabajadores y de la ciudadanía, esta izquierda en sus diversas vertientes comenzó a ganar un protagonismo y mayor influencia y autoridad sobre importantes sectores del trabajo y la sociedad. La lucha de las masas, exigiendo su derecho a la autoorganización, le permitió insertarse mejor, e incluso liderar a veces esta conquista democrática. Cierto, con errores y vicios sectarios. Ante esto la oposición de la izquierda radical le ganó la batalla a los socialistas y marxistas que quemaron todas sus naves al asumir como propia la revolución de los militares. Estos últimos no abandonaron la escena política porque se replegaron hacia tiendas menos conflictivas, en tanto intelectuales y profesores universitarios, investigadores sociales y hasta creadores de ONGs, de las centenas que aparecían en el país. De conjunto fue una notable experiencia, tanto para las masas trabajadoras como para quienes se reclaman –no importa si consecuente o inconsecuentemente– del socialismo.

Cuando Morales Bermúdez captura el poder el escenario político ya era otro. De una parte, una treintena de partidos políticos que ingresan a la lucha social, una izquierda más experta y un pueblo rebelde que reclama su derecho a autodeterminarse, con métodos más radicalizados; y no sólo localmente sino a nivel nacional. Esto se manifestaría en el aumento de las huelgas con sus picos, por ejemplo la huelga nacional de los pescadores y de los municipales. Pero lo nuevo en la resistencia popular es el nacimiento de nuevas herramientas de los trabajadores y de los sectores oprimidos, las asambleas populares y los frentes de defensa de los intereses del pueblo. Ante esto el gobierno respondió agudizando la represión, apelando una y otra vez a la suspensión de los derechos y garantías constitucionales. Se destacó con perfiles propios de gran represor el ministro del Interior, general Luís Gisneros, conocido como el "gaucho" por haberse formado militarmente en Argentina y por su simpatía abierta a la dictadura de Videla. Pero este "gaucho" represor, hijo de la Escuela de las Américas, no pudo impedir el desarrollo y profundización de las luchas; tampoco

impedir el radicalismo creciente del movimiento sindical. Se fortalecía la federación de los trabajadores bancarios y la TCR impulsada por militantes del POMR. Nuestros dirigentes del sector encontraban un lugar de punta en el movimiento de resistencia. Magda Benavides se iría convirtiendo en abanderada de su gremio, pero asimismo en abanderada de los derechos de la mujer trabajadora.

Fracasaba el intento del gobierno de impedir el ascenso social. No pudo impedir el paro nacional del 19 de julio de 1977. Esta fue la respuesta del pueblo trabajador al "paquetazo" decretado por Morales Bermúdez, que prácticamente liquidaba gran parte de las conquistas de los trabajadores. Se produjo a pesar de que inicialmente se opuso la CGTP, dominada por el Partido Comunista, que no terminaba de romper los lazos que lo unían al régimen militar. Se produce una división en sus filas, formándose a su izquierda el PC-Mayoría. Por esto la central obrera se vio obligada a cambiar de posición, sumándose a última hora al paro, para no quedar aislada y denunciada. El gobierno respondió con la suspensión de las garantías constitucionales y con el estado de sitio. Cinco mil trabajadores fueron despedidos a nivel nacional. Entre ellos 220 bancarios, muchos compañeros del POMR y de la TCR. A Magda Benavides la enjuiciaron y detuvieron. Pasó cuatro meses presa. A Luis Bordo lo enjuiciaron en el fuero militar, el Consejo de Guerra, acusado de "traidor a la patria", "sabotaje a la producción", y lo condenaron a pagar 600 millones de soles.

Sin embargo la brutal represión no salvó a la dictadura, más bien ahondó su crisis. Se imponía una salida de emergencia. Buscando descomprimir la situación, nueve días después del paro, anunció un cronograma de traspaso del poder, aunque pensando que podía permanecer a través de una prolongación legalizada. Sin duda alguna eran los efectos de dos años de combate antidictatorial, que la aislaron profundizando aun más su crisis. Optó por convocar a una Asamblea Constituyente para 1978, que pensaba controlar a través de un acuerdo o pacto con los partidos políticos que se le subordinaban. El Apra y el Partido Popular Cristiano (PPC) aceptaron los términos impuestos por el gobierno, mientras el partido Acción Popular, del ex presidente Belaúnde, rechazaba la propuesta. De su lado, la izquierda radical, que fue tomada de sorpresa, vacilaba. El Partido Comunis-

ta del Perú-Patria Roja, la organización maoísta más fuerte, se opuso, y asumiendo una posición "ultra" llamó a boicotearla. El pretexto: estábamos en una situación revolucionaria, y la Asamblea era el intento de impedir la lucha inmediata por el poder.

Otras organizaciones asumían parecidas posiciones "izquierdistas", con argumentos parecidos a los de Patria Roja, entre ellos el carácter antidemocrático que asumió el proceso electoral, partiendo desde la discusión sobre la legalidad del convocante. Para algunos, sólo debía convocarla un gobierno de los trabajadores, previo derrocamiento del gobierno militar. Otros la rechazaban con el llamado a una Asamblea Constituyente revolucionaria convocada por un gobierno obrero-campesino. Creían imitar a la Rusia de 1917, cuando los bolcheviques desde el poder convocan a una Asamblea Constituyente. También Hugo Blanco, a su retorno del exilio afirmó que él combatiría por una "constitución socialista", que traía redactada, rechazando por tanto la consigna Asamblea Constituyente soberana.

El POMR se opuso a la Asamblea Constituyente que pretendía imponer la dictadura militar, considerándola antidemocrática. En oposición, planteamos el combate por una Asamblea soberana, porque se daban en esos momentos dos hechos fundamentales. Uno, la creciente y radicalizada resistencia al régimen militar. El otro, la extraordinaria movilización de las masas a lo largo de toda la década del 70, con su cenit en el paro general de julio de 1977. Para la dictadura y los principales partidos burgueses –el Apra y el PPC–, la Asamblea Constituyente debía servir para canalizar este ascenso revolucionario a través de esta avanzada consigna democrática, mientras se sentaban las premisas para el abandono del poder de la Fuerza Armada "en orden"; y de paso se "constitucionalizaba" el país, a través de la redacción de una nueva Constitución. Le daban así a esta Asamblea una formulación estrechamente parlamentarista, a través de su propia versión de la democracia política. Desconociendo que en los países atrasados el parlamentarismo asume formas bastardas, mientras que en los países imperialistas las instituciones de la democracia burguesa se integran a su política reaccionaria.

No afirmo que el POMR conocía o dominaba el tema. Nuestras dudas y confusiones eran grandes. Explicables, porque la realidad del país no da cuenta de la existencia de etapas democráticas consolidadas

en las que los trabajadores y las fuerzas de izquierda pudieran realizar una experiencia importante con ella. Teníamos como referencia una cita del programa redactado por Trotsky en 1938:

> Es imposible rechazar pura y simplemente el programa democrático: es necesario que las masas mismas superen este programa en la lucha. La consigna Asamblea Nacional (o Constituyente) conserva todo su valor en países como China o India. Es necesario ligar indisolublemente esta consigna a las tareas de la emancipación nacional y de la reforma agraria. Es necesario ante todo armar a los obreros con este programa democrático. Sólo ellos pueden sublevar y reunir a los campesinos. Sobre la base del programa democrático-revolucionario, es necesario oponer los obreros a la burguesía nacional.

O sea, para este programa, la consigna de Asamblea Constituyente no es una consigna de carácter accidental o incidental sino una consigna del "programa democrático", como una consecuencia esencial del carácter combinado de los países atrasados. Es decir, la forma más avanzada, impulsada por las grandes revoluciones burguesas, pero raramente realizada.

Vino en nuestra ayuda François de Massot, alias François Forgue, enviado por el centro internacional, acompañado de Felipe Wermus, después Luis Favre. Redactó un texto en el que volcaba sus ideas sobre el tema. Concebido para dotarnos de un mejor armamento político ante nuestras acusadas carencias. Felipe nos ayudaría en tareas de propaganda y de impulso a la movilización de las masas. En las discusiones avanzamos en perfilar mejor la consigna. Por ejemplo, que desde el punto de vista revolucionario no realiza la democracia política sino que es una palanca de la movilización de las masas para la realización de las tareas nacionales y democráticas directamente combinadas con las reivindicaciones obreras, sociales y campesinas. Y en tanto consigna transitoria, además de palanca de la movilización de los trabajadores y masas oprimidas, concebirla como soberana para ejercer todos los poderes, terminando en primer término con el gobierno militar. Es decir, utilizar el terreno electoral para denunciar y rechazar la fraudulenta Asamblea Constituyente convocada por el gobierno de la dictadura militar.

Sí, "la realidad no perdona ningún error de doctrina". Pero en nuestra realidad deberíamos ajustar la "doctrina", o sea los conceptos teórico-políticos de los que nos dotábamos. Me tocó la tarea de encabezar el combate por los objetivos que nos trazábamos. Primero para ganar a cuadros y militantes a través de la discusión, mejor si era polémica. Después, ya mejor armados políticamente, mediante un audaz plan que comprendía a medios obreros y estudiantiles de Lima y provincias. Ideamos una herramienta que tuvo rápida aceptación en todos los sectores involucrados. La denominamos Moción Roja, que presentaríamos el primer día de funcionamiento de la Constituyente. En ella afirmamos, entre otros planteamientos, que el funcionamiento de la Asamblea Constituyente (AC), por deberse a mandato popular, es incompatible con la existencia del gobierno militar que no tiene el mismo origen. Por tanto:

> La AC declara que el gobierno de la fuerza armada es incompatible con el funcionamiento soberano de la AC; y por ello debe cesar dicho gobierno de facto. La AC asume todos los poderes legislativos y ejecutivos de la Nación para ejecutar un plan de emergencia: Plenas libertades democráticas. Reposición de los trabajadores despedidos. Medidas urgentes de solución a la crisis económica que tengan como eje el no pago de la deuda externa. Aumento general de sueldos y salarios. Tierra gratuita para los campesinos.

El proyecto fue firmado por quienes serían diputados constituyentes de varios partidos de izquierda, incluso por Hugo Blanco, que dejó de lado su "constitución socialista" para asumir la consigna Asamblea Constituyente soberana. Si los rusos arrastraron a las masas hacia el poder con la simple consigna de "pan, paz y tierra", el POMR y el Frente Obrero, Campesino, Estudiantil y Popular (FOCEP) –que integramos para intervenir en la Constituyente–, menos pretenciosos, queríamos apoyarnos en la Moción Roja para explicar pacientemente a los trabajadores y jóvenes la intención revolucionaria del texto. Sí, tuvimos éxito. Ganamos en conjunto otra batalla.

Nos dotamos, asimismo, de otra fundamental herramienta con la formación del FOCEP. Desde el primer momento, planteamos a

todas las corrientes y organizaciones de la izquierda socialista la necesidad de materializar el frente único entre nosotros, a través de una lista común. Propusimos un polo de referencia para intervenir unificadamente en el proceso electoral de la Constituyente. Lamentablemente fracasamos en el intento. Primó una combinación de hechos. Uno, la enorme división y la incomprensión de la política de frente único, muy pocas veces materializado por la izquierda. Primó igualmente el sectarismo atroz. Cada organización creía que el proceso pasaría por su propia tienda política. A lo que se agregó, como hecho decisivo, el rechazo visceral de estalinistas, maoístas, reformistas y nacionalistas de izquierda, a juntarse con los "trotskistas". No hubo concesión de nuestra parte que los hiciera cambiar de posición. Pero tampoco ellos lograron unirse, ya sin los trotskistas, manteniendo sus propias herramientas partidarias. Seguimos adelante, a pesar de todo. Propusimos a Genaro Ledesma, abogado laboralista, que había sido alcalde de Cerro de Pasco por el voto de los trabajadores mineros y del campo, como cabeza de nuestro frente. Aceptó. Así se fue creando el FOCEP, al que se integraron los partidos trotskistas, representantes de sindicatos y movimientos sociales, la juventud universitaria y barrial, y un buen caudal de intelectuales de militancia antiimperialista.

La prensa hablada y escrita dio cuenta de algo inusitado en la vida política del país. Se trataba del la realización de un gran debate en la Universidad Católica de Lima. El tema: Posición ante la Asamblea Constituyente. Durante varias horas debatimos polémicamente Armando Villanueva, líder del Apra; Javier Alva Orlandini, dirigente nacional del Partido Acción Popular; Héctor Cornejo Chávez, presidente del Partido Demócrata Cristiano; y Ricardo Napurí, secretario general del POMR y miembro del FOCEP. Este evento, de gran repercusión nacional, se convertiría en un punto de apoyo del POMR en su proyección e influencia nacional. En la reunión enfrenté las posiciones políticas de mis adversarios, todas con fundamentaciones dirigidas a sólo redactar una Constitución, obviando la crítica al gobierno militar. Expliqué pacientemente a la nutrida concurrencia por qué el POMR y el FOCEP combatíamos por una Asamblea Constituyente soberana y la proyección de la Moción Roja.

Pero, en esos momentos, no todas fueron sonrisas para nosotros. Nos ayudaba en la emergencia la presencia de la "internacional", a través de Felipe y Forgue. Metidos a fondo en el combate político nos despreocupamos de los problemas del CORCI. Entre ellos, que desde junio se había convocado a la III Conferencia Trotskista Latinoamericana. La discusión se polarizaba entre la OCI con Lambert al frente y Política Obrera y el POR-Masas. Entre otros temas se discutía las bases programáticas de cada organización nacional, pero sobre todo la urgencia de crear una dirección regional, latinoamericana, que Lambert consideraba inoportuna y creo que hasta como un movimiento fraccional. Casi no intervinimos en la discusión, realizada hasta esos momentos a través de textos escritos. Jorge Altamira y Política Obrera, que al comienzo apoyaron la política del POMR, se manifestaban ahora en desacuerdo con la misma, que imputaban a la OCI y a Lambert. Discreparon asimismo con la Moción Roja, afirmando que nuestro combate lo planteábamos en el terreno de la revolución por etapas. Altamira llegó al país para defender en el terreno sus posiciones, buscando influir y ganar a compañeros a sus posiciones. Lamenté que apareciera esta discusión de caracteres abstractos en momentos en que el POMR y el FOCEP dábamos la gran batalla por consolidar la herramienta de frente único. Mal momento, porque recién lográbamos nuestra inscripción legal. Se exigían miles de firmas de ciudadanos que no estuvieran inscritos en otros partidos. O sea firmas "nuevas". De ahí el enorme esfuerzo para obtenerlas, principalmente en provincias. Esto nos demandó ingentes energías y medios económicos de los que no disponíamos. Finalmente lo logramos. Pero temiendo el veto de los militares lanzamos una campaña de denuncia, saliendo a las calles. Esto nos permitió un plus de popularidad, ante la recepción amigable de parte de la población.

Pero ya la situación del gobierno era casi insostenible, con la profundización de la crisis económica, social y política. La resistencia popular lo puso al borde del nocaut. Era un gobierno acechado por todos lados, que imponía medidas que se traducían en el inmediato aumento de los precios. Se produjeron despidos y detenciones en todo el país. Los trabajadores llaman a un nuevo paro en ciudades como Arequipa, Cusco, Puno, y otras. Es decir, una huelga general en el sur del país, que se va extendiendo en todo el territorio. Ante esto la CGTP llamó

a un paro nacional de 48 horas que el gobierno declaró ilegal; fue en la segunda quincena de mayo de 1978, cuando las elecciones para la Asamblea Constituyente ya estaban convocadas. Suspendió las garantías constitucionales y declaró el estado de sitio. Las cárceles se llenaron con casi 2.000 detenidos. El gobierno denunció un complot subversivo, pero, para descomprimir, postergó la convocatoria a elecciones a la Constituyente para el 18 de junio.

Hacia Argentina en el marco del Plan Cóndor

Lo del complot subversivo fue el pretexto para la represión generalizada de opositores, buscando de paso soldar las brechas que se abrían incontrolables en el régimen. Una real crisis de dominación. Resolvió el secuestro y encarcelamiento de dirigentes de las organizaciones de izquierda; de militares de tendencia velasquista; de dirigentes sindicales, etc. Entre los de izquierda Javier Diez Canseco, Hugo Blanco, Ricardo Letts, Luis Alvarado, Genaro Ledesma, Humberto Damonte, Ricardo Díaz Chávez, Ricardo Napurí. Entre los dirigentes sindicales Valentín Pacho, dirigente de la CGTP, y Justiniano Apaza, líder de los choferes de Arequipa. Detuvieron a los almirantes José Arce y Guillermo Faura, el primero ex ministro de Marina y el segundo ex comandante general del arma. Se agregó a la lista Alfonso Baella, director del semanario *El Tiempo* y responsable en el país de la agencia alemana DPA.

Fuimos concentrados en la base del Grupo 8 de la Fuerza Aérea. Al enterarnos que nuestro destino era Argentina nos opusimos decididamente, salvo los almirantes que se alojaban en otra habitación. Me declaré en rebeldía, amenazando con obligar al piloto a cambiar de rumbo; algo así como un acto legítimo de piratería aérea. En respuesta fuimos brutalmente golpeados en el recinto militar, principalmente Ricardo Letts y Hugo Blanco por ser físicamente los más vigorosos. Derrotados por los represores fuimos esposados a los asientos, salvo los almirantes y Baella, y cuidados por una treintena de policías armados de metralletas. El avión Hércules descendió en Arequipa para recoger a Pacho y Apaza.

Con su extraña carga el avión arribó al aeropuerto El Cadillal, de la ciudad argentina de Jujuy. Escoltados por una brigada armada fuimos

ingresados al Regimiento 20 de Montaña, antisubversivo. El coronel jefe nos comunicó los ejes de nuestra prisión argentina. Éramos "prisioneros de guerra", porque ambos países estaban en guerra civil interna. Ante el explicable rechazo, agregó que los estados mayores de los ejércitos y los respectivos gobiernos acordaron este cambio de prisioneros; y que en caso de insubordinación se nos aplicaría la ley de fuga.

No obstante, el hecho fue rápidamente conocido internacionalmente, desatándose una campaña por nuestra liberación, mientras en el país comenzaba el campeonato mundial de fútbol organizado por la dictadura de Videla, que Argentina terminaría ganando. Indudablemente que esto nos favoreció enormemente. En el Regimiento nos visitó una comisión integrada por funcionarios de la Cancillería, del Ejército y de la policía. Nos exigieron que aceptáramos transitoriamente asilarnos, pero en lugares que el gobierno señalaría. Unánimemente rechazamos esta exigencia de la dictadura, denunciando su complicidad con la dictadura peruana en el secuestro que padecíamos. Fuimos conducidos a Buenos Aires y alojados en los sótanos del local central de la Policía Federal, en la calle Moreno. Ahí fracasaron todos los intentos perversos por "ablandarnos".

La dictadura de Videla, cuidando la feliz realización del campeonato de fútbol, trató de evitar el escándalo sobre todo internacional. Resolvieron, con el mayor secreto, expulsarnos del país. De acuerdo con el Consulado peruano nos proveyeron de documentos editados en Buenos Aires; o sea de pasaportes falsos. Antes de ser expulsado logré visitar a mi madre, a quien le habían dicho que yo había sido asesinado. Salimos expulsados a Suecia, México, Francia, con una anécdota de por medio. No pasamos ni por migraciones ni por aduana, obviamente. Nuestros represores nos condujeron directamente al avión de Air France, diciéndole al capitán del avión que éramos subversivos a los que el gobierno expulsaba del país por indeseables, y que retuviera nuestros pasaportes para entregarlos a la policía antisubversiva francesa. Armamos un tremendo escándalo.

Conmocionados, los pasajeros trataron de descender. Intervino el piloto del avión pidiendo unos minutos. Retornó afirmando que el gobierno francés nos declaraba sus huéspedes, haciendo honor a su tradicional respeto por los derechos humanos. Concluyó con un ¡Viva

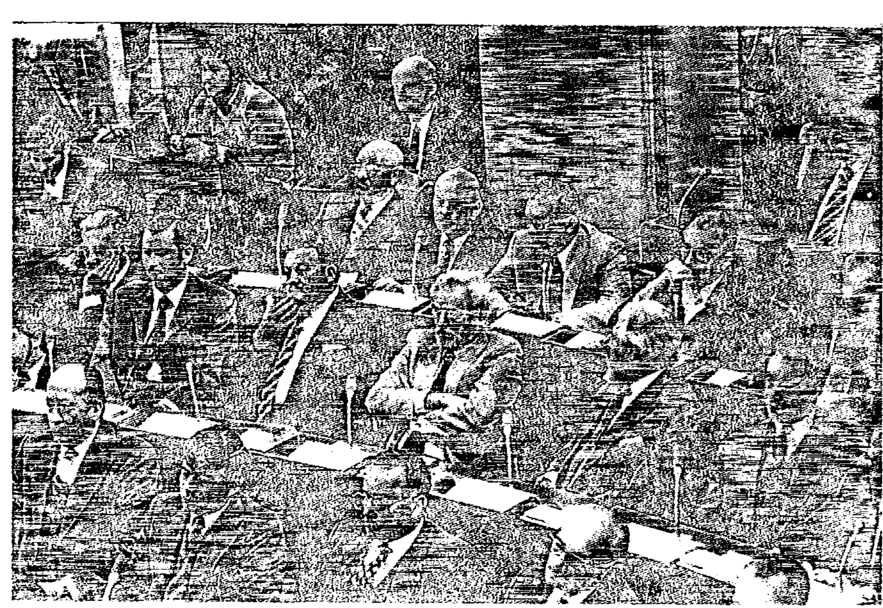
el Perú, viva la France! Sí, partimos. Escapábamos de las garras de la dictadura de Videla. Lo que no lograrían los 30 mil asesinados y desaparecidos de que da cuenta la historia.

Cuando este incidente se producía no se conocía al detalle los alcances del Plan Cóndor. El acuerdo de los gobiernos dictatoriales de Paraguay, Argentina, Chile, Brasil, Uruguay y Bolivia para reprimir, violando todos los derechos humanos. Stella Calloni, periodista y escritora, es autora del libro *El vuelo del cóndor*, en el que da cuenta de los planes represivos y de las atrocidades cometidas por estas dictaduras. De la coordinación entre ellas, con el apoyo directo del imperialismo norteamericano. Stella coincide que nuestro secuestro es emblemático de cierta manera, porque expresa un acuerdo al más alto nivel –fuerzas armadas y gobiernos actuando pública y descaradamente–. Pablo Llonto en su libro *La culpa de todos* coincide con esta afirmación.

La OCI y el CORCI, que hicieron campaña activa por nuestra liberación dieron "asilo" a Ricardo Letts, Javier Diez Canseco, Genaro Ledesma y a Ricardo Napurí. En mi caso yo retornaba a Francia, otra vez dramáticamente. Estuvimos un par de meses, porque realizadas las elecciones a la Asamblea Constituyente, el FOCEP –para sorpresa de "todo el mundo"– obtuvo el tercer lugar entre las listas con un caudal de votos alrededor del 21%. Y esto bajo el estado de sitio y sin haber podido ejercer control en las mesas de votación. Hugo Blanco, tercero en nuestra lista, pasó a ser el primero porque obtuvo centenares de miles de votos privilegiados. Por este hecho político extraordinario se iría convirtiendo en el referente principal de la izquierda peruana por un período. Y otro hecho inusitado: muchos de los candidatos fuimos elegidos estando ausentes del país, sufriendo la represión de dos dictaduras en el cuadro del Plan Cóndor. Retornamos al país, aunque el derrotado dictador quería impedirlo. Retornamos con olor a multitud, con un apoyo multitudinario de trabajadores y jóvenes. ¿Realismo mágico? De ninguna manera. Fue la voluntad consciente de los oprimidos la que resolvió erigirnos en sus nuevos líderes. El mañana diría quienes fuimos consecuentes con este mandato.

Capítulo V

Una nueva etapa: Constituyente y salida democrática



Congreso de Bolivia. Napurí en su condición de senador peruano invitado a la transmisión del mando al presidente Hernán Siles Suazo, 1982.

Constituyente: aquella soberana y con poder

La lucha de clases comenzaba a perfilar una nueva etapa de la vida política del país, aunque los componentes principales del proceso estuvieran aún por definirse. Pero sí hay algo a destacar. La Asamblea Constituyente, a partir de julio de 1978, cuando se instaló formalmente, se fue convirtiendo en el centro de la realidad política, por el hecho de que el militarismo estaba en franco retroceso; y las masas, lanzadas a las calles, ilusionadas en que esta Asamblea satisfaría gran parte de sus reivindicaciones.

Al POMR se le presentaba un dilema que debía tratar de resolver cuanto antes. Concebíamos la consigna Asamblea Constituyente soberana como un instrumento capaz de movilizar a las masas populares. Pero nos integrábamos físicamente a otra Constituyente, la fraudulenta y espuria, elegida por el voto popular y en la que hacían mayoría el Apra y el PPC, partidos burgueses, que conciliaban con la dictadura. Finalmente, optamos por combatir en su seno. El problema era cómo.

Buena pregunta: ¿qué haríamos en ella? A priori no lo podíamos saber, ya que no contábamos con una experiencia propia en estas cuestiones. Pero resolvimos debutar dando una batalla alrededor de la consigna, que a nuestro parecer servía para delimitar y polarizar las posiciones enfrentadas. Ni Haya de la Torre, el presidente de la Constituyente, ni el Apra y menos el PPC, aceptaron de buena gana el reto. De los cien diputados constituyentes treinta eran de izquierda y casi todos ellos apoyaron nuestra iniciativa. Apuntalaba nuestra iniciativa

un acontecimiento extraordinario. Es éste: instalada la Asamblea, con el previo juramento de todos los constituyentes, el secretario comenzó a leer las mociones presentadas a la mesa con pedido de urgencia. Le tocó el turno a la Moción Roja del FOCEP. Las casi 30 mil personas que hacían guardia en la plaza Bolívar, al escuchar por los parlantes el contenido de la moción –muchos adherentes al aprismo– desataron un griterío descomunal. ¡Viva la revolución! ¡Abajo la dictadura militar! ¡A palacio, a palacio! Pensaban que la Asamblea había destituido al gobierno de Morales Bermúdez y que entonces el camino estaba libre para marchar al palacio de gobierno para tomarlo. Cuando oyeron quienes eran los firmantes, Hugo Blanco, Magda Benavides, Hernán Cuentas, Ricardo Napurí, Genaro Ledesma y diputados de otras bancadas izquierdistas, recién comprendieron su error. Porque además los "punteros" del Apra actuaron rudamente para aquietar los ánimos exaltados. Nosotros sacamos las lecciones correspondientes. Comprendimos en la acción política misma cómo nuestra Moción expresaba el sentir del pueblo trabajador y cómo expresaba sus deseos, no tan inconscientes de ¡terminar "ya" con la dictadura militar! La Moción había cumplido largamente su cometido. Sólo los tontos podían argüir que detrás de ella se escondía una concepción etapista de la lucha de clases.

Durante casi tres meses la discusión giró alrededor del planteo de soberanía. Intervine asiduamente en ella. Fui acompañado por mis camaradas Madga Benavides y Hernán Cuentas, de la bancada del POMR, y también por Genaro Ledesma, quien hizo suya la propuesta. Tanto se polarizó la discusión que los voceros del PPC, sobre todo, repetían una y otra vez, que Ricardo Napurí pretendía traer el bolchevismo al recinto. En los frecuentes paneles televisivos me acusaban de lo mismo. Haya de la Torre intervino para finalizar la larga y apasionada discusión, afirmando que en la próxima sesión se declararía la soberanía de la Asamblea. Sólo cumplió con el plazo; no con su contenido. La mayoría declaraba la soberanía, pero restringida a redactar "soberanamente" la Constitución Nacional, presuntamente sin presiones militares. Hice uso de la palabra para decirle a viva voz que soberanía era declarar la incompatibilidad del poder de facto con el poder de jure (la soberanía del pueblo). Haya me respondió que mi alegato signifi-

caba el pedido de derribar a un gobierno, ciertamente ilegítimo, pero que tenía las armas, las que no teníamos ni los constituyentes ni el pueblo desarmado. Otra intervención mía: que sacara las lecciones de lo que había ocurrido con la presentación de la Moción Roja. Ahí incluso gentes de base aprista habían pedido el derrocamiento de la dictadura y sin aguardar armas quisieron ir al palacio presidencial para tomarlo. ¡Que ante esto no hay Fuerza Armada que se atreva a realizar un baño de sangre, cuando lo que quiere es irse cuanto antes! Y rematé mi intervención con estas palabras: Usted, en los años 30, encabezó intentos revolucionarios contra los militares golpistas. Sea entonces consecuente con sus posiciones primigenias: declare el cese del gobierno militar y póngase al frente del pueblo para tomar el poder. Verá que nadie podrá detener esta legítima aspiración de las masas oprimidas. No hay disparos ni sangre derramada que lo impida. ¡Presidente Haya no pierda la historia, si no lo hace mañana será demasiado tarde! No lo hizo. He aquí el valor formativo y educativo de este diálogo.

Estar y trabajar en el recinto (sesionábamos en el local de la Cámara de Diputados), constituía un desafío para "los de abajo". Un combate extraño para casi todos nosotros, que veníamos, muchos, de las trincheras de la clandestinidad y de la pobreza. Los representantes de la burguesía estaban obligados a convivir durante un año con estos extraños personajes. Éramos 30 diputados a los que ellos hasta hace muy poco habían considerado sus enemigos políticos. Pero, bien educados, evitaban manifestar un rechazo "pielal". Se escandalizaron desde el primer día, cuando oyeron los juramentos: ¡Por la revolución socialista y la dictadura del proletariado!, ¡Por el socialismo, contra el capitalismo!, ¡Ni patrones ni generales!, ¡Contra los partidos sirvientes de la dictadura! Ganas no les faltarían de expulsarnos del recinto. Pero, "demócratas", tenían que someterse al voto popular. ¿Podríamos convivir juntos? Sin embargo después del debate "caliente" por la soberanía de la Asamblea, se impuso el ritmo institucional, el reglamento y su método: discusión en comisiones y debate en el plenario. Fui parte de las comisiones de régimen económico y financiero, de vivienda y de regionalización. En la primera tuve como compañeros a Alayza Grundy, ex director de Cerro de Pasco Copper Corporation, la compañía imperialista más explotadora y represora en la historia del país,

así como a un director de la banca extranjera, ambos miembros del PPC. Extraña mi situación: estaba ahí con quienes eran enemigos de clase. Resolví el problema dejando sentada mi posición política y mis ideas, en cada artículo discutido. Nada menos que en los cruciales artículos que señalarían el ordenamiento económico del país.

Este no es un detalle cualquiera. ¿Es que después del inicial debate ideológico nuestra tarea sería la de sólo aportar "por izquierda" al articulado de la nueva Constitución? En el FOCEP, pero principalmente los tres diputados del POMR, fuimos hallando de a poco la respuesta. No sólo sentar posiciones en comisiones y en el plenario, sino convertir nuestra presencia en la Constituyente en un instrumento de propaganda y agitación fuera del recinto. Acompañar físicamente a los peticionantes para exigirle a la Constituyente la inmediata solución a sus pliegos de reclamos. Igualmente, recorrer el país para apoyar e impulsar el movimiento de creación de las asambleas populares y los frentes de defensa de los intereses del pueblo, concebidos por nosotros como embriones de poder dual. Le dedicamos especial atención a los frentes de la Amazonía y en el sur del país a los trabajadores de Arequipa, Tacna y Moquegua. Esta última, es una pequeña capital de departamento (de no más de 40 mil habitantes, en ese entonces), rodeada de una cadena de minas productoras de cobre, la principal es la de Cuajone, en la que Hernán Cuentas lograría convertirse en uno de sus principales dirigentes sindicales en la etapa de sus trabajos previos de infraestructura. O sea que disponíamos de viejos y nuevos contactos, en quienes nos apoyaríamos para reanudar la lucha por la formación del sindicato de los trabajadores.

El rescate de Cuajone

Acordamos con los militantes comprometidos dar los pasos necesarios para ayudar a los trabajadores a refundar su sindicato. Este yacimiento era el más importante por su caudal de reservas, por la calidad del cobre a extraer y por el hecho excepcional de extraer el mineral desde la superficie, lo que se denomina de tajo abierto. El gobierno de Velasco firmó un convenio con la Southern Perú Copper Corporation, filial

de una trasnacional imperialista, para una explotación de tipo estratégico con el objetivo de convertir a la región en uno de los principales centros de producción después de Chile. Por ello los desafíos y riesgos eran muy grandes. No sólo enfrentar a la compañía sino también directamente al gobierno, ahora la dictadura de Morales Bermúdez. No obstante, en Cuajone trabajaban no más de 2.000 obreros y empleados. Esto no sólo por las facilidades de la explotación en superficie, sino por la maquinaria de la más alta tecnología a emplear. De ahí, asimismo, la alta especialización exigida a ciertos grupos de trabajadores.

El plan de rescate exigía, por lo expuesto, una gran preparación y una alta dosis de secrecidad. Es que la zona estaba militarizada, sea por la vecindad con Chile –país que ganó una guerra a Perú y Bolivia–, sino para garantizar con su presencia la paz social que exigía el contrato entre las partes. Por ello a Cuajone, que está a 70 km. de Moquegua y a 2.200 metros de altura, sólo se podía ingresar pasando varios controles militares. Ante esto, pensamos que era imprescindible contar con el apoyo de los moqueguanos, siempre dispuestos a la lucha; si no la operación fracasaría irremediablemente.

Convocamos a una asamblea popular en la que estuvieron presentes, además de Hugo Blanco y Enrique Fernández, otros miembros de la bancada de izquierda, entre ellos Javier Diez Canseco. Asistieron alrededor de 15 mil personas, de una población de 40 mil. Hablaron representantes obreros y de organismos sociales, pero lo central corrió por nuestra cuenta: pedirles su apoyo militante para cubrir nuestras espaldas en caso de represión. El compromiso fue total. Se formó una caravana de autos y camiones. Ante la beligerancia de los marchantes los retenes militares no se opusieron, seguramente previa consulta a sus superiores. De esta forma, victoriosos, arribamos a la mina. Ahí todo fue distinto. El comandante de la brigada militar-policial afirmó que tenía órdenes superiores de impedir nuestro arribo, y que si no cumplíamos el mandato quedaríamos arrestados inmediatamente; e hizo ademanes de cumplir, empezando por los empujones y golpes. En esos momentos apareció Magda Benavides, que empujó al milico hasta hacerlo caer. Antes de que éste reaccionara, los trabajadores que aguardaban tensos en la explanada corrieron en masa para apoyarnos. Con el desarme transitorio de los miembros de la brigada se coronaba un

acto de una significación notable. No fue necesario arengar a los presentes, salvo decirles por qué estábamos al lado de ellos; y de la posibilidad de que en ese momento histórico se dieran los pasos para la formación del sindicato. Genaro Ledesma, abogado laboralista, se encargó de todas las formalidades exigidas por las leyes. Rápidamente el ministro de Trabajo, un general compañero de mi promoción, García Calderón, protocolizaría todo, reconociendo legalmente al sindicato. Por este hecho histórico de la vida sindical y política, el POMR ganaría un lugar privilegiado en la conciencia de este colectivo proletario. Un lugar excepcional y un liderazgo que se manifestaría y mantendría a lo largo de los años. Lo mejor de su vanguardia nos consideraba "su" partido político. Y de sus grandes dirigentes rescato los nombres del "chileno" Jesús Paredes, de Santos Dávila y no recuerdo de cuantos más.

La "selvática" Asamblea Popular de Iquitos

Pasado de tragos, a los cuales era adicto, el dictador Morales Bermúdez visitó Iquitos, capital de la Amazonía, para prometer un canon petrolero de alrededor del 10% del petróleo ya refinado de los yacimientos recién descubiertos en la región. Ya sin alcohol en sus venas, y en Lima, algún ministro le dijo que su promesa era una barbaridad, que arruinaría a la empresa petrolera estatal. Pero, distantes de las elucubraciones producto de la bebida, "todos" en Iquitos, incluidos los "burgueses", se apoderan de la promesa haciéndola suya. En una tierra con pocos ingresos, lo prometido constituiría un maná del cielo. Había que dar la batalla por esos cuantiosos fondos que mejorarían en grado notable la economía regional. Se formó un movimiento "policlasista" en defensa de los intereses locales, que tomó como casi única bandera la defensa del canon prometido. El POMR ya tenía un importante núcleo partidario y en José Sicchar Valdés a un líder popular. En una ciudad prácticamente sin obreros, influíamos en el medio universitario, pero principalmente en las barriadas –pueblos jóvenes en la denominación oficial– que cercaban a la ciudad, constituyendo casi la mayoría de la población. Claro, no todas iguales, más "urbanas"

las cercanas a Iquitos y las otras, mayoritarias, desparramadas en aldeas y en ríos y riachos. Ni qué hablar de sus peculiaridades, algunas de tipo africano. Pero José "Pepe" Sicchar, químico farmacéutico, logró ser presidente del pueblo joven Versailles -de los más importantes- y dirigente y líder de la poderosa federación de pueblos jóvenes. Otras corrientes de izquierda existían igualmente, influyendo en universitarios, maestros, transporte, pequeños propietarios agrarios. Es decir, un poder político y de movilización que ni el aprismo ni los movimientos regionales podían desconocer. "Pepe" llegó a ser temido por las autoridades políticas, por más de un general o coronel de los abundantes regimientos de la Amazonía.

José Sicchar me pidió que en el término de la distancia viaje a Iquitos. Lo hice "sin dudas ni murmuraciones". Me dijo que había que correlacionar a los representantes de la "burguesía" regional -con comillas por su debilidad extrema-, a través de movilizaciones cada vez más radicalizadas. Planteaba la canalización de esta fuerza opuesta al gobierno hacia una asamblea popular, para formar en ella el frente de defensa. Sin embargo, el resto de la izquierda consideraba que había que entregar la dirección del frente a formarse "a los burgueses", como una manera de mantenerlos atados a las decisiones de "los de abajo". Sicchar disentía con este planteamiento. Decía que apenas el gobierno cediera algo, los radicalizados "burgueses" se darían por satisfechos, dando la espalda a los trabajadores. De aceptarlo, sería entregar las banderas que nos unían contra el gobierno autoritario. Para él esto se solucionaba cambiando la correlación de fuerzas, tanto con respecto a la gente de "orden" como con la izquierda colaboracionista.

Rápidamente quedé comprometido en el proyecto. Al audaz "Pepe" se le ocurrió traer reoresentantes de las tribus selváticas, al contar con el apoyo de un amigo suyo estrechamente vinculado a los aborígenes. De repente aparecieron en Iquitos un par de centenares de selváticos provistos de sus temibles flechas. Fueron inscritos en la asamblea popular. Extraños personajes: caras pintadas, casi desnudos. Temor y conmoción de muchos. Con sus gritos de guerra, y a veces disparando flechas, dijeron aquí estamos. Pero al lado de Sicchar y del POMR. Los delegados del "orden" se rindieron y la izquierda disidente retrocedió, aceptando de mala gana el liderazgo de "Pepe". Este

fue elegido democráticamente presidente del frente de defensa. El primero en la historia de la región. No escondo que tuve parte de responsabilidad en este incidente, digno del "realismo mágico".

Las "internacionales" en la escena peruana

Perú parecía un oasis ante la realidad de los países sudamericanos aterrorizados por dictaduras militares: Brasil, Argentina, Chile, Paraguay, Uruguay, Bolivia. Cierto, también había una en el país, pero agonizaba, estaba lista para irse. El problema era cómo. Los partidos burgueses coludidos con el régimen querían una transición ordenada; que los militares se fueran a sus cuarteles, pero sin una sensación de derrota. La bisagra era la Constituyente y el acuerdo entre Haya de la Torre y el general Morales Bermúdez. Todo esto era "por arriba", porque "los de abajo" construían otra historia, a través de sus protestas, luchas y movilizaciones radicalizadas. En este curso político, la formación de asambleas populares y frentes de defensa a lo largo del país, expresaba –no importa si contradictoriamente, a veces– el notable avance de la conciencia política de los trabajadores y de la juventud de la ciudad y del campo. Estos embriones de poder dual, si se lograran desarrollar, quizás podrían abrir un proceso revolucionario.

Pierre Lambert, que realizaba un seguimiento personal de lo que acontecía en el Perú, interpretó esta realidad. Se impresionó enormemente con la asamblea popular de Iquitos y con la proyección nacional del POMR. Estuvo a un paso de manifestar que en el Perú se abría una situación revolucionaria y su proyección: la revolución inminente. Todas las secciones nacionales del CORCI se alinearon con esta previsión del "centro". Y Ricardo Napurí, de un día para otro, se convertiría en uno de los referentes internacionales más destacados, citado frecuentemente en sus respectivas publicaciones. François Forgue y Felipe (Luis Favre) quedarían encargados de estrechar aún más los vínculos del POMR con la dirección internacional, yendo constantemente a Perú. Ya dije que Forgue nos ayudó calificadamente a comprender cómo luchar en defensa de consignas y tareas democráticas. Pero lo nuevo para ambos era cómo caracterizar a las nuevas herramientas que cre-

aban las masas populares, ajenas a la realidad francesa o a la vía soviética que los trotskistas teníamos como "modelo".

Con Felipe no teníamos diferencias políticas en nuestro accionar, del cual nosotros éramos los responsables. Nos ayudaban sus iniciativas, su temperamento aguerrido y su disposición de ir ahí donde se lo requiriera. Hasta aquí todo bien. Aunque una faceta de su personalidad nos desagradaba. Hacía ostentación de medios económicos que nadie de nosotros poseía; se hospedaba en hoteles de lujo y sólo viajaba en taxis o aviones; invitaba a compañeros a cenar en lugares caros. Sin embargo, esto era lo menor en Felipe. Actuaba como un galán seductor, abusando de su "pinta", de su experiencia de vida en otros medios; y de aparecer como el representante de la dirección internacional. Sedujo, entre otras, a una universitaria, menor de edad, hija de campesinos. Después supimos que la embarazó, cuando sus padres realizaron la denuncia respectiva. Cayó en sus garras otra adolescente que recién salía de un largo internamiento afectada de tuberculosis. Pero el pico más alto de estas depredaciones fue la hazaña de seducir a la mujer francesa de un pintor peruano residente en Francia. Diez días de "luna de miel" pasó con ella en uno de los balnearios más exclusivos del país. Le costó alrededor de 2.000 dólares el pago de sus placeres. ¿Dinero suyo? Por Lambert me enteraría que eran del CORCI, para financiar costos de la actividad en Perú. El "jefe" me acusó de haber dispuesto de esos fondos inconsultamente. El "bandido" de Felipe pedía la reposición de la suma gastada por Ricardo Napurí sin su acuerdo. Ante el hecho, amenacé con ir a París para realizar la denuncia correspondiente. Lambert dijo que no lo hiciera; que pasara un acuerdo con él, de silencio. Insistió en el tema de la juventud de Felipe; que había que darle nuevas oportunidades; que él garantizaba el comportamiento futuro de este Parvus de su protección. Hablé francamente con el hermano de Altamira, que alegaba que lo que hacía estaba en la línea de la libertad de la sexualidad, conquista de la civilización. Con buenos modales lo mandé a la mierda: que no "jodiera" con la igualdad entre los sexos, que ni en Francia existía. Que mientras estuviera entre nosotros tenía que respetar costumbres, vivencias y la moral promedio del ambiente, expresiones en un país atrasado. Además, la moral que él "vendía" destruía la que habíamos avanzado pedagógicamente en este

terreno. Superamos el mal trago. Primaban nuestras responsabilidades políticas y de partido. Y Luis Favre (Felipe), a pesar de sus desmanes, nos colaboraba idóneamente y hasta esos momentos con lealtad.

Éste y otros eran temas menores ante lo que suscitaba la presencia de Jorge Altamira en el Perú. Siempre lo recibimos con enorme fraternidad, sobre todo yo que lo conocí en Argentina en 1959. Por entonces recién ingresaba al MIR-Praxis, cuando yo marchaba a Cuba. Tenía una buena impresión de él: joven inquieto –creo que de 17 o 18 años apenas–, muy afirmado en sus convicciones. Desde 1960 se convertiría en el eje de una corriente trotskista, cuyo grupo inicial tomó el nombre de Política Obrera y más adelante Partido Obrero. Nos convertimos en amigos, además de camaradas y hasta confidentes políticos durante nuestras caminatas en los boulevares de París, cuando asistíamos a las reuniones internacionales. Además, Jorge se alojaba en mi domicilio cuando asomaba por Lima. En definitiva, Altamira tenía en el POMR su segunda casa política.

Pero junto con Guillermo Lora comenzaron a disentir con Lambert, creo que políticamente y en métodos. Y ambos escogieron el escenario peruano, apoyándose en el POMR, para darle una batalla en regla. El problema es que nosotros estábamos metidos hasta los tuétanos en nuestro propio combate político, casi totalmente ajenos a la discusión internacional. Esta giraba alrededor de los puntos de agenda de la tercera conferencia trotskista latinoamericana, ya convocada; y de la necesidad y urgencia de crear una secretaría latinoamericana del CORCI.

Por ello, no sé si no tenían razón en sus planteamientos. No nos molestó que Altamira, que había apoyado decididamente la política del POMR, ahora manifestara su total desacuerdo con la misma, por supuesto con argumentos que me parecieron abstractos y, de alguna forma, tendenciosos. Esto, porque nos consideraba sometidos a las exigencias de Lambert, que su hermano Felipe instrumentaba entre nosotros. Cuando podíamos dialogar, lo escuchaba fraternalmente, pensando que en algunos temas podría tener algo de razón. Pero discrepé con los métodos que empleó para llevar adelante su pelea contra Lambert. Repito: desconocía la intencionalidad de unos y otros. Altamira, fraccionalmente, trató de conquistar a miembros de la dirección del POMR

a mis espaldas. En esos días como puntos de apoyo; y después como posibles miembros de una organización que pensaba formar en el país. Sin embargo, convivimos un tiempo con estas disidencias.

Apremiados por las exigencias de la realidad política, el POMR convocó a su segundo congreso nacional. No eran pocos los temas: una reflexión y balance general, la crisis del FOCEP y la imperiosa necesidad de seguir planteando la política de frente único. Entre otros temas, el de la conferencia trotskista. Consideramos la conveniencia de no invitar a ninguna organización integrante del CORCI, entre ellas a las latinoamericanas. Era una decisión soberana. Así lo hicimos conocer a todos, particularmente al POR-Masas y a Política Obrera. Pero Lora y Altamira desconocieron nuestra decisión, y arbitrariamente convocaron a delegados de otros países que coincidían con sus planteamientos. Nos exigieron que cambiáramos la agenda, poniendo como punto central la supuesta crisis del CORCI. Esto ocurría en octubre de 1978. Reiteramos a los convocantes nuestra determinación. Pero éstos, que ya estaban en Lima, pretendieron ingresar al recinto de sesiones en forma no exactamente cordial. No lo lograron, los rechazamos, y nadie de nuestra dirección los acompañó en ese gesto brutalmente fraccional. Felipe, hermano de Altamira, jugaría un papel decisivo en la ocasión. Así quedaba formalmente roto el vínculo político y personal con Jorge Altamira y Guillermo Lora. Nunca tuve oportunidad de realizar un balance de estos hechos cruciales. Y por el tiempo transcurrido, no me preocupó conocer quién tuvo razón en la disputa entre Lora-Altamira y Lambert, de la que quedamos absurdamente prisioneros.

Otro de las problemas que se suscitaron entre nosotros giró alrededor de las disidencias del Secretariado Unificado (SU), "mandelista", y la Fracción Bolchevique (FB), "morenista". Se trató de una disidencia internacional que repercutió directamente en el Perú, afectando el combate de los trotskistas, primero en el FOCEP y después en la Alianza Revolucionaria de Izquierda (ARI). Empiezo por el principio, en esta historia. Ya expliqué cómo y en qué condiciones formamos el FOCEP, por iniciativa del POMR. Y cómo el frente asumió la consigna Asamblea Constituyente soberana y la Moción Roja. Hugo Blanco, el gran líder campesino, no participó en su formación porque estaba fuera del país, exiliado en Suecia.

Era dirigente del Partido Socialista de los Trabajadores (PST), "morenista", uno de los fundadores del FOCEP. Según versión de Manuel Martínez y de Humberto Prado, en esos momentos sus compañeros de dirección, Hugo Blanco vino de Europa con la orientación de reunir en una sola organización a los pequeños y dispersos grupos que se reclamaban del SU. Es decir que, de hecho, ya había roto con el morenismo, aunque aún no lo expresara públicamente ni abandonara todavía su militancia en el PST. Pero, al integrarse a éste, quedaba integrado al FOCEP, por el que no mostraba simpatías. Es que el SU privilegiaba a las "nuevas vanguardias", considerando que el frente Unidad Democrático Popular (UDP) era en el Perú una de ellas y no el FOCEP. Afirmaban los "mandelistas" que Hugo Blanco y quienes lo siguieran deberían formar un frente o un partido con la UDP.

Un colosal problema, porque Hugo Blanco se convertía en el principal referente de la izquierda. Con el gran ascenso social y el radicalismo creciente de las masas populares, importantes sectores de ésta se "apoderaban" de la figura del dirigente campesino, considerándolo su líder. Pero esto referido a su pertenencia y liderazgo en el FOCEP. Este hecho cambiaba drásticamente la correlación de fuerzas de la variopinta izquierda. Lo manifestaba un hecho excepcional: los mítines, manifestaciones y reuniones que convocaba el FOCEP contaban con miles y miles de asistentes, identificados con sus consignas y con sus líderes. Y lo inusitado: centenares y centenares voluntariamente se afiliaban al POMR y al PST. Entre ellos obreros, estudiantes y jóvenes, gentes de los pueblos jóvenes y hasta campesinos. Es decir, condiciones ampliamente favorables para los trotskistas. Si nos dotábamos de una orientación común, si superábamos nuestras disidencias y si actuábamos fraternalmente, podíamos convertir al FOCEP en un formidable frente de influencia de masas. Y si avanzábamos en la política frentista, hasta en un partido revolucionario con influencia de masas.

Pero, sorpresivamente, Hugo Blanco, el más popular líder del FOCEP, lo abandona. No da cuenta de su sorpresiva decisión a ninguno de sus integrantes y tampoco al partido del que todavía formaba parte, el PST. Con este gesto desata una grave crisis en el FOCEP, que terminaría beneficiando a la parte no trotskista del frente. Y lo fundamental: un golpe irreparable a sus seguidores en todo el país, ya que

el liderazgo popular de Blanco estaba estrechamente ligado al FOCEP, al que las masas veían consciente o inconscientemente como "su" partido. No exagero en esto porque la realidad que vivíamos lo demostraba. En los mítines y asambleas, casi siempre multitudinarias, los trabajadores nos pedían que el FOCEP resolviera su pliego de peticiones, como si tuviera el poder real para hacerlo.

La presencia de los representantes de las "internacionales" –que los militantes denominaban "comisarios"– se notaba cada día más, en un proceso de la lucha de clases que hacía punta en América Latina. O sea una oportunidad histórica que el movimiento trotskista no debería dejar pasar; una oportunidad que pocas veces se presenta. Pero ni el SU, ni el CORCI, ni la FB se reunieron entre ellos para acordar una política común, en apoyo de los trotskistas peruanos. Sus disidencias históricas y sus mutuos rechazos primaban. Optaron por intervenir unilateralmente y no para buscar acuerdos de sus respectivas secciones nacionales, sino para potenciar las disidencias, totalmente ajenos al sentir de las capas de trabajadores y jóvenes que confiaban en el liderazgo del FOCEP y sus líderes. Habida cuenta de cómo repercutieron en el FOCEP las disidencias en el CORCI lambertista. La FB, con Nahuel Moreno en la iniciativa, destacó a importantes dirigentes al frente peruano para apoyar al PST, ya miembro del FOCEP. Moreno estuvo algunas veces en el Perú. Y en los meses de septiembre, octubre y noviembre de 1978, por ejemplo, el equipo de apoyo estaba integrado por Ernesto González, Roberto Fanjul, Fernando Fragoso, Pedro Pujals, Eduardo Expósito y alguno que otro de paso por Lima. Del SU tenemos noticia de Socorro Ramírez, colombiana, Jean Pierre Beauvais, francés, y Peter Camejo, estadounidense. Estos resolvieron con Hugo Blanco su abandono del FOCEP y del PST morenista.

En su militancia trotskista Hugo Blanco tuvo modalidades muy personales. Fue un disciplinado y acrítico miembro de la corriente morenista hasta promediar los años 70. Prevalecía en él la condición de agitador social más que político, fuertemente marcado por el ambiente campesino, aislado de los centros urbanos. Por ello no se comprometía en la construcción orgánica del partido, siendo su máximo referente. De aquí que el PST se construía alrededor de su figura, pero estando casi siempre en minoría en su dirección.

¡Qué contradicción: un dirigente líder de masas, con enorme autoridad humana y política sobre sus camaradas de partido, pero que no ejercía la real dirección ni presidía las tareas concretas de construcción de la herramienta partidaria! Pero llegó el momento de las definiciones. Fue en una reunión plenaria del PST, en septiembre de 1978. Manuel Martínez, que estuvo presente en ella, relata que la discusión se centró en un solo punto: si Hugo Blanco acataba o no la "disciplina del partido", es decir el centralismo democrático. Hugo Blanco argumentó lo suyo y dijo no. Entonces quedó fuera del PST. Martínez explica la enorme conmoción de los presentes que veían partir a su líder histórico, uno de los referentes más destacados del movimiento trotskista internacional. Cuenta además que, a pesar de la gravedad de la situación política, no hubo discusión internacional, ni sobre las tareas del partido ni sobre la crisis del FOCEP. Hugo Blanco se fue acompañado de una veintena de compañeros. Poco después, con éstos y el resto de pequeños grupos afines al SU, formaría el Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT). Fue el primer paso, que le exigía el SU y sus "comisarios", aplaudido como una victoria ante el morenismo.

Habría que esperar para ver si el PRT, una pequeña organización, lograría instrumentar la orientación política exigida por los comisarios del SU: ir a la búsqueda de las "nuevas vanguardias". Hugo Blanco estrechó vínculos con la UDP, principalmente con uno de sus dirigentes, Javier Diez Canseco. Con ellos sentaron las bases de un frente, la Alianza Revolucionaria de Izquierda (ARI), para intervenir en los comicios generales recién convocados por el gobierno para 1980, cumpliendo el mandato de la Constituyente. Se le sumaron otras organizaciones, entre ellas la maoísta Patria Roja, con su frente propio, Unión Nacional de Izquierda Revolucionaria (UNIR). De esta forma nacía un relativo poderoso polo de la izquierda. El POMR resolvió ingresar, a pesar de la hostilidad de Hugo Blanco y del resto a la presencia de trotskistas. Dimos una pequeña batalla para lograr nuestro objetivo. Afirmamos que no disputaríamos puestos destacados en las listas de diputados y senadores; que lo que queríamos era que la ARI cuajara como herramienta de frente único y un polo de atracción para las masas populares, como antes, en su momento, lo fue el FOCEP. Sté-

phane Just, que estuvo unos días con nosotros, apoyó decididamente esta orientación política.

Por muchas razones el FOCEP fracasó en sus objetivos, entre ellos la crisis que se desatara con la ida de Hugo Blanco. No era lo mismo sin el líder campesino. Para dar una batalla en regla, después de este hecho, se requería de un acuerdo con el PST. Pero también en lo formal, porque el Jurado Nacional Electoral (JNE) sólo reconocía a su representante legal, que era Genaro Ledesma. Para cambiarlo se requería el voto del PST. Sin embargo éste se mostró hostil a que el POMR lo encabezara. Fernando Fragoso, el comisario, argüía, sectariamente, que el POMR era una organización pequeño-burguesa. Además, en esos momentos, el PST se orientó a construirse como un partido con influencia de masas, diciéndose ser los únicos y verdaderos trotskistas del país. Caracterizaron que como vivíamos un ascenso revolucionario y una simpatía grande por el trotskismo de sectores de las masas oprimidas, el objetivo que se daban sería cumplido. Por ello consideraron a la ARI como un obstáculo opuesto a la determinación revolucionaria de las masas. Lo denunciaron como un frente electoralista impulsado por el maoísmo en el que Hugo Blanco sólo aportaría su figura. Y para justificar su decisión lo caracterizaron de "frente popular". En la jerga trotskista un instrumento de la burguesía contra los trabajadores y el pueblo. Así, Hugo Blanco, el PRT y el POMR capitulaban ante el frentepopulismo. Pidieron nuestra inmediata salida de la ARI. ¿Las pruebas aportadas a esta acusación? Que la ARI no tenía consigna de gobierno (gobierno obrero-campesino o gobierno de los trabajadores); y que su condición de frente popular quedaba probada porque lo integraba la pequeña organización Alianza Revolucionaria Socialista (ARS), que tenía como dirigente al ex secretario del partido Acción Popular. Claro, éste había ocupado ese cargo 20 años atrás. Algo así como denunciar que Ricardo Letts no podía declararse socialista porque antes fue miembro y dirigente de ese partido político. De esta forma el pobre Mario Villarán y su ARS resultaban la "sombra de la burguesía". O sea, el canal umbilical con ésta.

Todo esto en la escena política peruana de la coyuntura. Pero en "las alturas" se jugaban otras cartas. El acercamiento del CORCI con

la FB, como Lambert en 1974 lo intentó con el SU. Después de los primeros diálogos entre éste y Moreno, resolvieron que se formara una comisión paritaria entre referentes de las dos "internacionales"; etapa preparatoria de la programada futura fusión. Dos tropiezos tuve con Lambert por esta iniciativa. En tanto miembro de la dirección del CORCI fui citado a una reunión en París. Era para comunicar al POMR que la OCI había resuelto iniciar un proceso conducente a la fusión con la corriente morenista. En el POMR desconocíamos este hecho. Estaba obligado a decirle a Lambert por qué no se nos había noticiado y consultado, tratándose de un acontecimiento de perfil histórico. Además, que conforme nuestras tradiciones, estas fusiones son precedidas por sendos balances de partes, ante lo cual me informaba recién que lo habían hecho durante muchos meses las secciones componentes de la FB. Ante la presencia "muda" de otros miembros de la dirección internacional, Lambert, actuando como "capo-jefe", me respondió con estas palabras: lo que tú pretendes es sabotear el proyecto, impedir la próxima y cualitativa proclamación de la Cuarta Internacional, es decir, reconstruida. Le dije que no era cierto, que yo no me oponía a la fusión sino a la vía, o método, para lograrla. Para qué proseguir con el incidente. Eso sí, no tuve dudas de que quedé "marcado", como después lo comprobaría.

El otro tropiezo tuvo como escenario la ciudad de Bogotá, en la que se reunía la comisión paritaria, a la que concurrí invitado no siendo miembro de ella. Un punto de la agenda fue el pedido del PST peruano de que el POMR abandonara la ARI, "órgano de frente popular". Lo sustentaron con la afirmación que en el Perú estaban dadas todas las condiciones para construir un partido obrero revolucionario de masas, tarea a la que estaban abocados. Y que el POMR debería abandonar la ARI para sumarse a su proyecto. Me opuse decididamente. De una parte, porque las mentadas condiciones revolucionarias –situación revolucionaria– sólo existían en la imaginación de los camaradas del PST; y de otra, porque la ARI no era un frente popular sino una herramienta de frente único para intervenir en el recién abierto proceso electoral, donde Hugo Blanco, según encuestas creíbles, contaba entre el 20 y 30% de adhesiones a nivel nacional. Además, que tenía características parecidas al FOCEP en sus orígenes, claro que sin la fuerza cuan-

titativa y cualitativa que tuvieron los trotskistas en aquél. Y otra cosa: que Stéphane Just, miembro de la dirección internacional del CORCI, había dado una adhesión sin fisuras a nuestra determinación política. La solicitud del PST tenía este final: si no se acepta, discutiremos nuestro apoyo a la programada fusión internacional.

Corta discusión entre los presentes. Al día siguiente, Lambert y Moreno me comunican que habían resuelto que el POMR abandone la ARI; que no era el caso discutir las divergencias. Me pidieron que comprendiera que la fusión era un paso decisivo en la reconstrucción de la Cuarta Internacional, prácticamente de su refundación, dejando como un episodio del pasado a las otras corrientes que se reclaman del trotskismo. Y que ante este hecho histórico, el incidente del Perú quedaría en el olvido rápidamente. Ergo: la paritaria resuelve que el POMR abandone ARI. Otra vez "la disciplina internacional". Temiendo que en el Perú surgieran otros rebeldes, Nahuel Moreno le pidió a Lambert que marche al país para "convencer" a las huestes lambertistas.

Lo hizo con el mayor secreto, facilitado en el hecho que sus documentos estaban con su nombre real. Ya en Lima, constató que la dirección del POMR coincidía con mis posiciones y crítica. Lambert constataría *in situ* que efectivamente la ARI no era un frente popular, ni tampoco un obstáculo del que hablaba el PST. Pero, como había que cumplir con la resolución de la paritaria, alegó que ARS, en tanto "sombra de la burguesía", convertía en los hechos a esa alianza en un frente popular. Es decir avalaba la postura del PST. Aquí se clausuró la discusión. Terminamos alineados con la promesa del regalo mayor: la proclamación de la Cuarta Internacional. ¿Con qué armas políticas oponerse? Cumplimos el mandato. Salimos de la ARI sin dar mayores explicaciones a sus miembros. Pero esta decisión no nos acercó al PST, que seguía considerándonos una organización centrista, pequeño-burguesa, propagandista. Por esto su decisión de construir solos el partido revolucionario de masas.

Poco después la ARI estalló por una sucesión de hechos. Hugo Blanco, sin apoyo y respaldo trotskista, perdió terreno en la estructura interna de la herramienta, agravado esto por el hecho de no tener vocación por las tareas organizativas, o sea de dirección ejecutiva. Dejaba estas tareas en manos de otras organizaciones, que se animaban a

disputarle el liderazgo real. Seguía firme su acuerdo con la UDP, pero los maoístas se sentían fuertes para correlacionarlo, o al menos disciplinarlo. La disputa por los primeros puestos en las listas encendía el ambiente. Como Patria Roja-UNIR fue el primero que logró su legalización creyó que esto le daba una posición de fuerza para negociar. Incluso produjeron un ataque sectario, cargado de antitrotskismo, contra Hugo Blanco. El dirigente campesino no se atrevió a correlacionar a sus adversarios internos llevando más lejos su acuerdo con la UDP.

Esto conmocionó al PRT, en cuya dirección Hugo Blanco era minoría, como lo fuera antes en el PST. Aquí esta mayoría votó porque Blanco abandone la ARI, a pesar de los "comisarios" del SU, que exigían su permanencia. Esta mayoría votó por ir en un frente con las dos organizaciones trotskistas, una morenista, la otra lambertista. Es, decir los comisarios "mandelistas" recibieron un duro golpe, y con ellos el SU.

Hugo Blanco, que antes se fuera del FOCEP, ahora repetía el gesto con la ARI bajo condiciones distintas. Se presentó sorpresivamente en el local del POMR, donde estábamos reunidos con representantes del PST. Ya bajo la disciplina de la paritaria, resolvimos ir a los comicios juntos. Sin argumentar mucho Blanco nos informó de su ruptura con la ARI y su voluntad de ir juntos a las elecciones. Esto a 24 horas del cierre legal para la constitución de frentes. Por eso optamos presentarnos con la sigla del PRT, en la medida que Blanco sería la cabeza de lista. Sin embargo, para la agitación y propaganda pública, denominamos a este acuerdo Frente de Trabajadores al Poder. No hubo mayores problemas en la confección de las listas, tampoco con la orientación política del flamante frente. Fuimos elegidos dos senadores, Hipólito Enríquez y Ricardo Napurí; y como diputados Hugo Blanco y Enrique Fernández. Pero del 21% de votos que obtuvo realmente el FOCEP –aunque sólo nos reconocieron un 12% y por eso este frente tuvo 12 constituyentes en 1978–, nos habíamos reducido a un 4%.

Evidentemente no fue un final feliz para la izquierda socialista y tampoco para las masas y sectores de vanguardia que desarrollaron enormes ilusiones en que esta vez sí se lograría la unidad de sus organizaciones, a través de la ARI. De ahí que recién formada esta efímera alianza, Hugo Blanco tuviera hasta un 30% de adhesión popular. Estas son referencias electorales, que traducían en este terreno distor-

sionado de la lucha de clases las legítimas aspiraciones de los oprimidos. He aquí la significación de la ARI. La izquierda antitrotskista –golpeada por los resultados electorales, salvo los maoístas que lograron un caudal de votos ligeramente superior a nuestro frente (5%)– nos hizo responsables del estallido de la ARI. La campaña antitrotskista fue feroz. Apelaron a cuanto medio tuvieron a su alcance y disposición: sus propias publicaciones, los medios de prensa, la televisión. Asumí mis responsabilidades, defendiendo lo indefendible. No podía explicar que la decisión de irnos vino del exterior, de la comisión paritaria. Y como se enteraron de la presencia de Lambert en Perú, todavía menos de sus andanzas entre nosotros. Tuve que reunir todas mis capacidades "dialécticas" e imaginativas para evitar heridas graves. Lo conseguí a medias. Las denuncias contra nosotros calaron hondo en el sentimiento popular, de una gran parte de las vanguardias. Es decir, los trotskistas fuimos los culpables del estallido de la ARI debido a nuestra inveterada condición divisionista. Este hecho sería determinante: si los trotskistas perdimos una oportunidad histórica de ligarnos aún más a las masas, cuando ellas depositaban confianza e ilusiones en nosotros, la puerta quedaría abierta para nuestro reemplazo por quienes, aprovechando el amesetamiento que producía la vía democrática, lograrían reemplazarnos; pero en otro cuadro. Ahora sí el de la colaboración de clases.

El balance a fondo de esta etapa de la lucha de clases en el Perú y el rol que en ella jugaron las "internacionales", quedó trunco. Pensé realizarlo con Nahuel Moreno cuando adherí después a su corriente. Me prometió hacerlo. Lamentablemente su muerte prematura lo impidió. Quede claro que estas líneas no lo reemplazan. Sólo son una constatación de hechos, con un pequeño acento crítico.

Después de un año de funcionamiento la Asamblea Constituyente dio por concluida su tarea. El hecho constituía el punto de partida del camino democrático, con la alegría de que por fin los militares se irían a sus cuarteles. Es decir una victoria contra la dictadura de Morales Bermúdez. Pero también de la carga de ilusiones de que todo iría mejor con el arribo de la democracia. Por mi parte, ya desde los primeros meses de funcionamiento de la Asamblea Constituyente, pude comprobar lo que sospechaban muchos: el acuerdo o pacto entre

el general Morales Bermúdez y Haya de la Torre, o sea entre el gobierno militar y el Apra. Veamos. Poco después del cierre de la discusión sobre la soberanía de la Constituyente, Haya de la Torre me citó a su despacho. Noté su avanzada edad y manifestaciones de su deteriorada salud (moriría meses después por una enfermedad terminal). Me recibió respetuosa y fraternalmente, "tuteándome", como si me hubiera conocido de toda la vida. Me dijo que quería pasar un acuerdo político conmigo, en tanto miembro destacado del FOCEP y de la importante bancada de izquierda. Con un discurso previo de "ablande", fue al grano: que la bancada de izquierda se pusiera en "orden", es decir, terminar con las controversias, yendo juntos, con la mayoría, hasta el final. Si lo lograba seríamos recompensados con tres ministerios y otros cargos significativos en el próximo gobierno del que él sería su cabeza visible, o sea el presidente de la República. Sutilmente agregó que Morales Bermúdez consideraba que el aprismo era la única fuerza que podía guiar al país en la etapa que se abría. No tuve que inquirir más: el acuerdo existía. Con los mejores argumentos de mi discurso político rechacé su pedido, por absurdo. Partiendo del hecho que el resto de las corrientes de esta izquierda no eran "disciplinables" y menos por los trotskistas, a quienes rechazaban visceralmente. Ni qué decir que jamás les comunicaría lo que Haya de la Torre planteaba. En otro terreno, este "toma y daca" de Haya, me anunciaba que los autodenominados demócratas recurrirían a todas las artimañas para sacar adelante sus intereses partidarios; y por qué no, de clase dominante.

Los diputados del POMR, miembros del FOCEP, en ese año de funcionamiento de la Constituyente enfrentamos realidades y desafíos. Una de ellas –y no menor en importancia– cómo resistíamos "con honor" a las presiones de un ambiente y un terreno de lucha que no era el nuestro. La Asamblea funcionaba en medio de un ascenso social y de luchas radicalizadas de las masas populares. Respondimos no sólo propagandizando y agitando sino impulsando, junto con otros representantes de la izquierda, las asambleas populares y los frentes de defensa, que asomaban como órganos embrionarios, y a veces desarrollados, de doble poder. Es decir, tratando de correlacionar el poder democrático que germinaba a partir de la Asamblea Constituyente con el poder popular en gestación. Claro, sabíamos que esto dependía de la lucha

política. En concreto: si éste no se constituía a tiempo en poder alternativo, serían las representaciones burguesas, que "en democracia", garantizarían la dominación de clase.

Los tres diputados del POMR –Magda Benavides, Hernán Cuentas y Ricardo Napurí–dimos por concluida nuestra actuación en la Asamblea Constituyente con un alegato que corrió por cuenta mía. En efecto, en la sesión final leí un texto en el que tomamos posición definitiva. Expliqué el sentido del combate por la soberanía de la Constituyente; denuncié su carácter espurio por ceder a las presiones de la dictadura militar; asimismo el acuerdo entre ésta y el aprismo; el papel de la Moción Roja. Afirmé que la soberanía no está en los cuarteles, en sus armas o en sus jefes. La soberanía viene del pueblo y no del pueblo abstracto, sino de la clase obrera, la clase productora por excelencia, y de todas las masas oprimidas y explotadas. Es decir, la "representación de todo el pueblo". Además: que el pueblo no se engañará con la idea de que la nueva Constitución es la panacea que resolverá sus problemas, con la promesa de que una democracia surgida de componendas a sus espaldas llegara pronto. Dije: el POMR, que lucha por la construcción del partido revolucionario dirigente, indispensable para asegurar la victoria contra el imperialismo y la burguesía, afirma: ¡No a la Constitución que legitima la dominación del capital y el imperialismo!, ¡Unidad para terminar con la dictadura militar y arrancar la satisfacción de las reivindicaciones fundamentales, nacionales y democráticas!, ¡Por la asamblea popular nacional! De acuerdo con este planteamiento llamamos al resto de diputados de la izquierda a no firmar la nueva Constitución como la ley lo exigía. La mayoría de la izquierda se solidarizó y no puso su firma en el documento. Seguidamente hicimos conocer el contenido de nuestra posición a través de un folleto que por miles repartimos en todo el país.

Mientras tanto se agravaba mi relación con Lambert-Favre. Por iniciativa de éste, el "centro" en París aprueba, casi sin discutirse, un plan de salto cualitativo del POMR: pasar a 3.000 militantes en sólo seis meses. Su fundamentación era parecida a la que esgrimió el PST en su intento –por supuesto fallido– de construir un partido con influencia de masas: una situación revolucionaria que debíamos aprovechar. La dirección internacional lo aprobó, colaborando con medios

económicos, apoyo logístico y con la presencia en el Perú del dúo Favre-Forgue, encargados de la dirección del proyecto. Quede claro: lo decidieron en París. Discrepé echando mano a algunos argumentos. El primero, que no existía tal situación revolucionaria, porque el proceso revolucionario, que tuvo su pico más alto con la creación de asambleas populares y frentes de defensa, no se había desarrollado a situación revolucionaria. Porque estas herramientas de las masas no se potenciaron hasta crear un poder dual. O sea que no se había dado un cambio en la relación de fuerzas entre las clases, en el que el poder de la clase dominante se viera amenazado realmente. Lo probaba el hecho que el gobierno militar, a pesar de su debilidad y crisis, mantenía el control de las instituciones del régimen, tanto que la transición hacia un gobierno elegido por el voto popular no corría peligro. Más claro: en ese 1979/80 se ingresaba a una fase de retroceso de dicho proceso. Argüí además que un "salto" de esta naturaleza requería por lo menos de un centenar de cuadros muy capacitados y armados políticamente, que el POMR en esos momentos no disponía.

Cierto, no estuve solo en esta reflexión y dudas porque me acompañaron miembros de nuestra dirección. Sin embargo el "fetichismo" sobre la infalibilidad o mayor experiencia de la dirección internacional, primó. De esta forma sin un mayor análisis de la realidad, ya cambiante, nos metimos a fondo a trabajar por el objetivo de los 3.000 militantes. Luis Favre se puso al frente de todas las iniciativas. Entre otras, un periódico semanal con tirada de 10 mil ejemplares; centralización de los mejores cuadros y militantes en la región Lima-Callao; profesionalización de una veintena de cuadros, con parte del dinero aportado por la internacional. ¿Cómo siguió el tema? Como un film pasaron los seis meses. En ese lapso el POMR ni siquiera lograría duplicar sus militantes originarios. La insoportable tensión que provocó el desacople con la realidad política nos metió en una crisis con síntomas de disgregación. Ante los peligros retomé el control directo del partido. Discutimos a fondo la frustración y las responsabilidades consiguientes. La fundamental, de la dirección internacional, impulsora de la aventura. Redactamos un documento de balance de lo actuado, el que inmediatamente hicimos llegar a Lambert con pedido expreso de que fuera conocido por todas las secciones del CORCI. Fui citado a reunión en París.

Lambert no había entregado nuestro documento a nadie, incluso a los miembros del consejo general citados a esta sesión de urgencia. Previamente sus miembros fueron convenientemente aleccionados del peligro que para el CORCI significaba la disidencia provocadora no del POMR, sino de Ricardo Napurí. O sea que la escena estaba preparada de antemano. Me fijaron un corto tiempo para el uso de la palabra, mientras Lambert la tomaba cuando quería, incluso interrumpiéndome. No me decía camarada sino "notario" (calificación despreciable que venía desde los relatos de Víctor Hugo). Luis Favre acompañaba la maniobra con provocaciones físicas desde los asientos contiguos al mío. Pero no me achiqué. Una y otra vez pedí la palabra en medio de una sala muda y hostil. El documento del POMR fue rechazado unánimemente por el voto de los mudos miembros del consejo general. Comprendí que con este episodio quedaba sellada mi suerte, aunque nadie se atrevió a sancionarme; o pedir algo parecido a una sanción.

De referente internacional, en los días de la asamblea popular de Iquitos y la proyección nacional del POMR, pasé sin pena ni gloria a ser un obstáculo para la vida del CORCI. Esto se propalaba por lo bajo, de boca en boca. Sólo faltaba la acusación formal y por cuenta de quién. Confieso que me vino en mente lo de doble agente a Varga. ¿Este sería mi destino?

Estando en Lima fui nuevamente citado a una sesión ampliada de la dirección internacional, sin conocer el motivo de la misma. Llegué con atraso pero logré asistir a una reunión previa. Estaban en ella Guillermo Lora, Pierre Lambert, Stéphane Just y Luis Favre. Desconocía totalmente que era para sancionar a Política Obrera por su supuesta capitulación a la dictadura pinochetista. Los materiales y argumentos habían sido provistos por Luis Favre, antiguo miembro de PO y hermano de su máximo dirigente Jorge Altamira. De la fundamentación logré captar que era porque PO se negaba a denunciar a un grupo suyo que funcionaba en Concepción, Chile, que planteaba, según la acusación, el ingreso a los sindicatos controlados por la dictadura. Esto es lo que recuerdo. Guillermo Lora coincidió con el contenido de la acusación y también con la sanción correspondiente.

Instalada la sesión el día siguiente. Guillermo Lora fue el primero en pedir el uso de la palabra. Y para sorpresa de todos, incluidos

Lambert y Just, asume la defensa de Política Obrera y denuncia el pedido de sanción como una provocación de Lambert. Terrible conmoción y enorme confusión en la sala, con un Just pidiendo a gritos la expulsión de PO. No hubo derecho a defensa prácticamente. Los miembros de PO (Altamira no asistió) fueron echados violentamente del local. A Lora, que se retiró, nadie lo acusó. Me dieron la palabra. Expliqué la intervención fraccional de Lora y Altamira en nuestro segundo congreso; lo que merecía una sanción del cuerpo. Pero no asumí la defensa de PO, cuando debí hacerlo por el carácter provocador y fraccional de la denuncia de Favre-Lambert, evidentemente dirigida a separar a PO de las filas del CORCI. Reconozco que mi posición fue vergonzante en este hecho. Siempre me lamenté de ello. En mi era recurrente el caso Varga y el mío propio en el caso del plan de los 3.000. Limitó mi coraje político la extrema dependencia política y económica del POMR a la dirección internacional. Igualmente mi temor personal a correr la misma suerte de Altamira: la prematura e injusta separación del CORCI. Capitulación a la "disciplina internacional", sí.

Desconozco si este incidente fue el punto de partida para un vínculo más estrecho entre PO y el POR-Masas, entre Lora y Altamira. Poco después cobraría vida otra "internacional", la denominada Tendencia Cuarta Internacionalista (TCI), patrocinada por ambas organizaciones y ambos dirigentes. Con posiciones "duras", se reclamaron los verdaderos trotskistas del mundo. Todos los demás eran revisionistas, o democratizantes, o simplemente mandelistas o lambertistas. Pero no pudieron impedir que su TCI tuviera muy poca vida. Entre acusaciones mutuas, no siempre ortodoxas, no siempre teóricas o políticas, disintieron para convertirse en adversarios y no sé si hasta enemigos políticos. El sueño del joven Altamira de contar con su propia internacional recibiría un primer gran golpe. ¿Insistiría?

La comisión paritaria asumió la responsabilidad de organizar la discusión del borrador de las tesis programáticas entre las secciones integrantes del CORCI y la FB. Este era el documento de perfil estratégico de la nueva criatura: la Cuarta Internacional-Comité Internacional (CICI). El POMR lo discutió poco y tardíamente, por estar siempre metido a fondo en sus tareas nacionales de intervención y construcción. Y yo, estando en París, me perdí las jornadas previas a la fusión. Es que

reunido con Lambert y su "carnal" Luis Favre, aquél hizo un sucio comentario de lo que le costaba al CORCI los apoyos al POMR. Algo así como dinero mal gastado. No me importó que lo afirmara por el exceso de alcohol. No me pude controlar y a mis palabras de rechazo agregué un par de buenos golpes al plexo del difamador, que cayó al suelo. A él no le pasó nada significativo pero a mí sí. Me interné en el hospital Saint Louis, donde me diagnosticaron un herpes soster, creo que de los peores. Por esta enfermedad y otras, me enteraría que mi soma no marcharía más de acuerdo con mi voluntarismo político y militante. Una tendencia a somatizar fue la advertencia médica.

Lambert –qué duda cabe– no aceptaba la discrepancia de otros y tampoco desafíos de tipo "latinoamericano": respuestas físicas acompañando a las ideas. Trató de convencer a Nahuel Moreno de que yo no fuera elegido a la nueva dirección, de la CICI, porque según él me oponía a la fusión. No sé qué argumentó para hacerlo. Sin embargo Moreno discrepó en esto con Lambert afirmando que el lugar de dirigente me lo había ganado legítimamente por el carácter de mi combate histórico. Pero que si Lambert dudaba o tenía después razón, había el recurso de que el POMR tuviera dos miembros en el consejo general, uno titular y otro suplente. De ahí que Jorge Villarán ocupara esta segunda opción. Después del jolgorio que provocó la fusión, antecedente inmediato para la definitiva proclamación o refundación de la Cuarta Internacional –según sus mentores–, vinieron las tareas. El consejo general resolvió que la próxima fusión entre el PST y el POMR fuera precedida por la discusión de las tácticas de frente único antiimperialista (FUA) y frente único obrero (FUO), tema que antagonizaba antes a los dos partidos y que a la vez era tema pendiente de discusión internacional. Se aprobó además que Moreno y Lambert irían al Perú para intervenir en la fase última de la discusión y en la ceremonia de fusión, a la que querían dar la máxima proyección mundial. Se me encargó la misión de visitar varios países, comenzando por México, para ganar a organizaciones, partidos y personalidades a un congreso antiimperialista, a realizarse en Lima.

Cuando arribé al Perú, después de haber visitado cinco o seis países, hallé a ambas organizaciones más distanciadas que nunca. En la discusión no se avanzó, las posiciones se polarizaron aún más y el

sectarismo dijo su última palabra. Ante esto, las partes acordaron la postergación de la fusión. Ante el hecho consumado hablé con París, pero Lambert ya estaba camino al Perú, con una antesala en Brasil. En el aeropuerto le di cuenta de todo lo acaecido. Su reacción fue terrible. Sin escuchar más, a gritos me acusó de ser yo el responsable de la crisis, debido a mi oposición a la fusión y mi hostilidad a la Cuarta Internacional. Con su ladero Luis Favre abandonó el aeropuerto profiriendo amenazas, que mi mal francés no comprendió, aunque imaginé su contenido.

Se reunieron esa misma noche las direcciones del PST y del POMR, con la presencia de Lambert y Favre. Escucharon los sendos informes, con la versión común de la postergación del congreso de unificación. A Lambert no le importó que Jorge Villarán afirmara que yo no estuve presente en esas jornadas. Fuera de sí responsabilizó al POMR y en particular a mí del estallido. Y sorprendiendo a todos los presentes afirmó que iría a ver a Nahuel Moreno para plantearle la disolución del POMR en el PST. Un planteamiento inaudito propio de un hegemonismo "de gran potencia", y ajeno a las tradiciones metodológicas del movimiento trotskista internacional. Me encargué de responder al provocador en los términos que se merecía, mientras mis compañeros de dirección guardaban silencio. No se atrevían a discrepar con el mandamás de la "internacional", que para ellos estaba por encima de todos. Pero yo sí. Otra vez, a puro instinto, descargué un par de certeros golpes al "mito", con los forcejeos correspondientes con su guardián, Luis Favre. En la enorme tensión apareció mi condición de somatizador nuevamente. En la emergencia mi físico estalló. Se me produjo un derrame interno que me mandó al hospital para los primeros cuidados intensivos.

Lambert retornó a Bogotá para verse con Moreno. Este rechazó la idea de la disolución del POMR en el PST, como lo planteaba Lambert. Pero aceptó la redacción de un texto en el que ambos culpabilizaban al POMR del estallido de la fusión. Y sólo indirectamente apareció mi responsabilidad en ello. Nuestra dirección discutió el texto sin mi presencia, debido a mi hospitalización. Poco después arribó Nahuel Moreno. Se reúne con la dirección del POMR y pregunta quienes son Jorge Villarán, Hernán Cuentas y Humberto Campodó-

nico. Conforme a su modalidad y con una fuerte carga de indignación, afirma que Lambert le dijo que estos tres dirigentes eran sus hombres en la dirección del POMR, una especie de agentes políticos encubiertos. Moreno sostuvo que le costaba creerlo, pero que si fuera cierto esto constituía un hecho despreciable, inconcebible en la tradición socialista y marxista. Pese a la gravedad de la acusación, un silencio de radio fue la respuesta a Nahuel Moreno.

Apenas tres meses después estalló la CICI. Acusaciones mutuas, documento va y viene entre la dirección de la FB y el CORCI. No leí los documentos, porque no me llegaron y por mi estado de salud. Fue otra vez una discusión en la que el POMR no participó. No sé si lo hicieron otras secciones nacionales del CORCI. Si sé que las de la FB participaron en ella, por lo menos discutiendo los documentos que les iban llegando. Nunca pude conocer las reales razones de este estallido, aunque los documentos de la FB centraron su disidencia en una presunta capitulación de la sección francesa al frente popular, por su apoyo acrítico al gobierno de Mitterrand. A mí me parece –en una aproximación tentativa– que lo que primó no fueron las diferencias teórico-políticas, sino lo histórico y metodológico. Supuestamente, en los pocos meses de convivencia común, uno y otro fueron descubriendo no sólo diferencias de tipo histórico sino, fundamentalmente, metodológicas, que el apuro por la fusión –a puro voluntarismo– no permitió descubrir a tiempo. El hecho es que después del irrefrenable optimismo ante la inmediata proclamación de la Cuarta Internacional, en realidad su refundación, se pasó a un enfrentamiento visceral entre sus componentes principales.

En el Perú el hecho fue anonadante, sobre todo para militantes y bases partidarias, igualmente ganadas al optimismo general. Ante la ruptura, la tensión crecía. Desde el hospital di respuesta al texto común de Lambert y Moreno, haciendo eje en la responsabilidad de la CICI en la ruptura, en la no fusión. Después conocí que la dirección del POMR, por consejo de Favre, impidió su difusión entre cuadros y militantes, que nada sabían de mí y menos de mis posiciones en la crisis. Y la CICI tenía en el consejo general a los responsables directos. Y si se quiere una aproximación más certera a los hechos, en las personas de Pierre Lambert y Nahuel Moreno.

Sacando fuerzas de flaquezas físicas me presenté sorpresivamente a la reunión donde los "comisarios" Luis Favre y Miguel Sorans discutían las responsabilidades en la ruptura. Disentí con ambas posiciones, porque aceptaban –cada uno con sus razones– la no fusión. Afirmé que tanto el PST como el POMR teníamos responsabilidades políticas y morales con los trabajadores y jóvenes que creían en nosotros; que esto era lo fundamental. Agregué que era incorrecto plantear que los mandatos de la internacional primaban siempre sobre las secciones nacionales, porque esto sólo era aplicable a internacionales realmente existentes, con peso histórico y con una autoridad legítimamente ganada. Hecho que no comprendía a las pequeñas organizaciones que se reclamaban ya "la internacional", sin tener el mínimo de requisitos para ello, principalmente autoridad sobre sus pequeñas organizaciones nacionales. De ahí que el centralismo democrático, tipo Tercera Internacional, no era aplicable entre quienes absurdamente nos reclamábamos ser una "internacional".

Quedé sólo con mi argumentación. Fue rechazada mi moción de no romper, que con madurez debíamos esperar la marcha de los acontecimientos. Que el PST y el POMR darían un ejemplo si por encima de los cismáticos creábamos un propio comité paritario para, buscando coincidencias políticas en el terreno de la unidad y el frente único, ir avanzando sin poner fechas a la fusión entre las dos organizaciones. Obviamente, con el apoyo de una discusión inteligente y fraterna entre nosotros. Aguardé intervenciones de mis compañeros de dirección, casi todos formados políticamente con mi apoyo directo, tanto que se declaraban mis discípulos. Pero guardaron otra vez silencio. No demoré mucho en comprender que ya estaban bajo la disciplina de Favre, o sea de Lambert. Algo así: entre Ricardo Napurí y Lambert no dudaban, optaban por el dirigente máximo de la "internacional". Mi indignación no fue sólo política, sino moral y humana. No quise estar un minuto más al lado de los agentes políticos directos de Lambert y de los otros indirectos, por sometimiento. Renuncié en forma irrevocable a pertenecer al POMR, el partido que fundé y del que fui su dirigente principal durante 10 años consecutivos, en las buenas y sobre todo en las malas. Después vería, manejando mis tiempos y mis dolores físicos y políticos, qué hacer.

Ya dije: los cuadros y militantes desconocían estos hechos aberrantes, hasta que Favre y sus socios en la conspiración tuvieron que explicarlo. Claro, no abriendo ninguna discusión sino apelando a un "método" más expeditivo, impuesto por Lambert en la organización francesa y en el CORCI. Muy simple: el que no acata el mandato de la internacional está con Napurí, traidor a la Cuarta Internacional. Y si lo hace, queda inmediatamente fuera del POMR. Más porque estaba probada mi condición de agente de Moreno, un provocador internacional. Pero el tiro les salió por la culata a los infames. Nunca esperaron que sin estar yo presente para defenderme, como correspondía, el rechazo a los calumniadores fuera tan masivo. Bancarios, mineros, estudiantes, empleados, intelectuales, bases estructuradas, la mayoría de regionales, cuadros y dirigentes, rechazaron el ultimátum. Los unió la confianza depositada en su dirigente histórico, para ellos superior al dirigente "mundial" que demostraba, en el país donde la lucha de clases exigía una respuesta unitaria, una conducta perversa y una moral de caca, en su pretensión de liquidarme política y moralmente. Con esto dieron los pasos para buscarme ahí donde estuviera, para, una vez más, dar la batalla por la construcción de la herramienta partidaria.

Desataron los calumniadores una feroz campaña en mi contra. Lambert les había dado instrucciones de que no discutieran nada conmigo, sino que me destruyeran a través de acusaciones de tipo moral. No teniendo hechos para instrumentarla, inventaron de apuro esto insólito:

> (...) que el salario percibido por nuestros parlamentarios pertenece al patrimonio del partido (...) es el partido quien decide la utilización de este ingreso (...) el CC del POMR había constatado que el c. parlamentario no solamente no había aplicado el acuerdo sino que había rechazado aplicarlo (...) por ello en nuestro partido no pueden existir elementos que amenacen corromperlo bajo la presión material del Estado burgués.

Insólita la "dialéctica" de esta acusación de cuño lambertista. Porque desde hacía un año y meses yo cobraba mi sueldo de senador en la forma acordada con la dirección, a la que entregaba más del 50% neto. Todos contentos y felices de contar en la caja partidaria con una

suma fija y relativamente cuantiosa con relación a nuestras carencias económicas. Hasta que Lambert-Favre ordenan montar la provocación, el acto infame. De esta forma de un día para otro el fundador de VR y el POMR, y su principal dirigente durante 10 años consecutivos, era acusado públicamente de apropiarse de fondos del partido y de "elemento" corrupto. Felipe, alias Luis Favre, cumpliendo órdenes directas de Lambert, encabezaría la pública campaña difamatoria. Cuentas y Villarán –no así Campodónico– firman los comunicados que él redactaba. Buscaban a periodistas para comprometerlos, poniendo el acento en mi condición de ladrón y agente de la burguesía. No pararon hasta ir a la televisión para tener la mayor audiencia. No obstante, lo más "sucio" vendría después: comunicaban a la izquierda, siempre receptiva a las intrigas de otros, que Ricardo Napurí, corrupto, era agente encubierto de las fuerzas armadas. Hernán Cuentas hacía punta en esta misión. Es decir, algo parecido a lo que afirmaban los estalinistas sobre Ricardo Napurí. Sí, yo, que fui expulsado de la Fuerza Aérea por negarme a reprimir a los rebeldes apristas en 1948.

Ante las acusaciones difamatorias a quien reconocían como su principal dirigente, cuadros, militantes, frentes regionales y otros, reaccionaron mayoritariamente contra la aplicación entre nosotros del "método" lambertista: quien o quienes no acaten una resolución de la dirección (en realidad de Lambert), quedan inmediatamente fuera del partido. Con esta argucia el "capo" máximo se deshizo de todos los opositores que le hacían sombra, el principal de ellos Stéphane Just el segundo líder de la corriente. Favre y sus aliados instalaron por primera vez este "método" en el POMR. Les dijeron a los cuadros y militantes: el que no acata la resolución del CC contra Napurí queda automáticamente fuera del partido. No hay nada que explicar, nada que discutir. Se cumple o no se cumple. Evidentemente, Lambert no conocía el temple militante y humano de los cuadros y militantes formados en el crisol de la lucha de clases, en VR y el POMR. Respondieron: no acatamos porque no creemos en las acusaciones, porque tenemos total confianza en Ricardo Napurí, compañero de luchas en la construcción de las herramientas partidarias; nuestro dirigente y maestro.

Repito y recuerdo. Por estar internado en el hospital, yo desconocía estos hechos. Los camaradas no tenían contacto conmigo. Es

decir no me escucharon ni contaron con algún documento mío. Yo no conocía al detalle las acusaciones y no tuve el elemental derecho a defenderme. Pero, poco después, nos reencontraríamos con el maravilloso lote de mis defensores. Lamento no recordarlos a todos. Apenas doy cuenta del indomable José Sicchar, que arrastró a toda su regional; al "chileno" Jesús Paredes y a Santos Dávila, entre otros, que rompieron con Hernán Cuentas en mi defensa, alineando tras de ellos a los mineros de Cuajone y a los metalúrgicos de Ilo; a Magda Benavides y Luis Bordo, con su tropa de dirigentes y la gran mayoría de militantes y simpatizantes bancarios; a Ernesto Morante y José Mendívil –hoy profesionales de éxito– con los frentes de Arequipa y Moquegua.

Lambert, cómodamente instalado en París, seguramente sintió su derrota, algo así como los golpes al plexo que le propinara en otros momentos de sus tropelías. Lo denota las líneas que dio a conocer internacionalmente, el 21 de diciembre de 1981: "Señor senador (un calificativo mejorado de su antes 'notario'): Quiero hacerle saber, con relación a vuestros propósitos, que cuenta usted con mi más grande desprecio. Pierre Lambert". Este "desprecio" fue asumido como propio por 28 organizaciones integrantes del CORCI, reunidas en Canadá, que por supuesto no sabían de qué se trataba. Sí, las mismas organizaciones que en sus documentos y prensa exaltaban mi figura de dirigente mundial del trotskismo. Sí, la disciplina sin fisuras a la "internacional". Lo que los militares, en su terreno, denominan "obediencia debida".

Creo que este es el momento –adelantándome en el tiempo– de señalar cómo les fue en la vida política y personal a estas vírgenes heroicas del marxismo y de la Cuarta Internacional lambertista. Comienzo por Felipe, alias Luis Favre, el Parvus protegido de Lambert. Siguió escalando posiciones en la organización francesa, constituyéndose en uno de sus principales dirigentes, pero aún más en la "internacional". No conozco sus méritos para esta "hazaña", pero imagino sus "métodos" para lograrlo. Algunos años después intentaría discrepar y rebelarse, olvidando que esto es imposible en el lambertismo. No sé si lo echaron o antes se marchó. Claro, acompañado de dos o tres pequeñas secciones nacionales. Se radicó en Brasil tratando de ganar a la sección, conocida como O'Trabalho, corriente interna del Partido de los Trabajadores (PT). No lo logró. Sólo ganó a una minoría. Ya miembro

del PT, consideró que era hora de dejarse de trotskismos y de cuartas internacionales; se hizo militante pleno, adelgazando o dejando sutilmente de lado su marxismo y socialismo radical (por lo menos en la palabra). Le fue bien, bastante bien. Ascendió rápidamente de cuadro a dirigente medio, activo militante del sector moderado de la agrupación lulista. Lo sé porque se presentó en el Movimiento al Socialismo (MAS) argentino con el título de miembro de la comisión internacional del PT. Casualmente me tocó recibirlo. No hubo diálogo, porque antes lo mandé a la mierda, por decir lo más benigno. Eso sí, desechado Lambert, lo reemplazó Lula –futuro Presidente del país– con quien trabó una amistad relativamente estrecha.

Ahora lo bueno del relato: sus hazañas amorosas de las cuales he dado cuenta en páginas anteriores. Fui testigo en su matrimonio con una joven francesa, creo que en 1974, en los días de nuestra amistad y emprendimientos políticos comunes. No conocí a las dos o tres mujeres con quienes contrajo matrimonio después de los divorcios respectivos. Claro, nunca dio un mal paso. Averiguaba las cuentas bancarias de sus "víctimas". La penúltima una joven brasileña hija de un millonario. Hasta que dio el gran salto: conoció y contrajo matrimonio con Marta Suplicy, ex alcaldesa de São Paulo, figura descollante de la dirección del PT y gran amiga de Lula. Esta médica sexóloga, divorciada de su anciano marido, el senador Suplicy, no se cansa de afirmar que por fin se considera plenamente mujer. ¡Buen trabajo Felipe, alias Luis Favre! Pudo culminar su "carrera" de manera maravillosa. Si su Marta ganaba nuevamente la alcaldía (fue derrotada) se convertiría prácticamente en la candidata a la presidencia de la República en reemplazo de Lula, con posibilidades reales de éxito. Es decir, que nuestro personaje estuvo a un tris de convertirse en copresidente y en el peor de los casos en "príncipe consorte". Como entre "bueyes no hay cornadas", no creo que Lambert le haya enviado una carta pública diciéndole "cuenta usted con mi más profundo desprecio".

No se me puede acusar de ser injusto con algunas personas en este texto, ya que valoro sus calidades y capacidades ahí donde –en forma y tiempo– lo demostraron, caso por ejemplo de Villarán, Cuentas, Campodónico y otros. Con el primero tuve un vínculo especial –no importa que fuera casi treinta años menor que yo–. Lo ayudé a formar-

se políticamente y lo hice por algunos años mi segundo en el partido. Para él yo era su dirigente, maestro y protector. No es el caso de Hernán Cuentas, que retornó de Bélgica a donde fue a realizar una maestría de ingeniero. Estuvo en los finales de VR y en la fundación del POMR. Por ello no se formó con nosotros y no recibió mi directa influencia. Su real compromiso militante fue cuando ingresó como trabajador en las obras de infraestructura de la mina Cuajane, dando su batalla por la formación del sindicato, negado por la patronal y las autoridades del gobierno. Entonces; ¿por qué devienen hombres o "agentes" de Lambert, según la acusación de Nahuel Moreno? No son casos exactamente iguales. Cuentas conoce a Lambert en 1974, cuando arriba deportado por el gobierno militar a París. Este lo protege y lo integra a su círculo de amigos personales mientras residió en Francia, con frivolidades comunes de por medio. No es parecido el caso de Humberto Campodónico, con cuyos familiares tuve un estrecho y amical vínculo, incluso con su padre en los días de mi compromiso como aviador militar. Humberto conoció a Lambert por mi mediación y recomendación, de lo que he dado cuenta antes. Este le dispensó un trato especial. Gran impresionista, le emocionaba tener cerca al hijo de un general de la aviación peruana. Como partí en 1975 al Perú, no constaté personalmente cómo se produjo la dependencia del hijo del general con Lambert. La opción que finalmente hizo entre Lambert y Napurí debió ser traumática para él. Era un amigo al que defendí a capa y espada de las inquinas y provocaciones de algunos de sus actuales "socios", que lo celaban por sus dotes de intelectual serio y capacitado.

A Jorge Villarán –tempranamente fallecido– Luis Favre le dedicó especial atención, dirigida a tenerlo como un aliado desde sus primeras apariciones en el Perú. Le llegó la recompensa mayor. Desaparecido yo de la escena, fue promovido a dirigente internacional. Lo presentaban como el fundador de VR y el POMR, aceptando esta falsificación. Yo no existía en esta historia. Algo parecido a lo que Stalin hizo con Trotsky. Pero, a pesar de estos formidables apoyos, Jorge no pudo elevarse a la condición de dirigente. Ciertas características de su personalidad se lo impedían, entre ellas el manejo de las relaciones entre compañeros. A su aliado Hernán Cuentas lo acusaría años después de apropiarse de una imprenta del partido, con el pedido de expulsión de la internacional. A

partir de este hecho, Hernán Cuentas se iría a su casa, abandonando la militancia política comprometida. Humberto Campodónico se fue de la corriente más "dulcemente", de a poco. Lo esperaba su ejercicio profesional. Ahora es un calificado economista de "izquierda", pero intrasistema. Su militancia, su socialismo y marxismo, quedaron en el desván de los trastos viejos. Como lo hizo conmigo, ¿Pierre Lambert les habrá remitido un telegrama diciéndoles que "cuentan con mi desprecio"?

El prematuro estallido de la CICI sería acusado como una derrota por sus componentes principales. Después de sobrepasada la curva de las mutuas acusaciones llegó la hora de encauzar el rumbo, reflexión y balances de por medio. En el Perú, los lambertistas no se apartaban de este eje: toda la culpa es de Nahuel Moreno, aventurero y provocador internacional, inveterado revisionista. Claro, yo su agente infiltrado. No les importaba que fueran públicas mis diferencias con el morenismo que venían de lejos. Desde Argentina en el MIR-Praxis, con la inicial caracterización de la revolución cubana; sobre el método escogido con Lambert, como socio, para la fusión de las corrientes que lideraban; y las diferencias en la realidad peruana con el PST. Por ejemplo, en la fundación de la CGTP, con la ARI y el FOCEP o con la descabellada idea de construir solos un partido con influencia de masas. No obstante, Nahuel Moreno creyó que Lambert había ido muy lejos con sus brutales acusaciones políticas, pero sobre todo morales, en mi contra. Algo así como un alevoso ataque a la moral revolucionaria. Así nació la idea-proyecto de un tribunal moral, conforme a las tradiciones del movimiento revolucionario.

El PST peruano, apoyado por miembros de la dirección internacional de su corriente, quedó responsabilizado de llevarlo a cabo. Convocaran a personalidades de la cultura y de la vida política para integrarlo. Fue presidido por el jurisconsulto y senador Ángel Castro Lavarello. Hugo Blanco aceptó pero no se hizo presente. Compañeros suyos relataron que el SU lo "disciplinó", quizás por temor a hacerle el juego al morenismo. Pero el tribunal funcionó, con una cierta expectativa en los medios políticos y de izquierda, durante unos meses. Presenté abundantes pruebas escritas, que resultaron apabullantes para los calumniadores, incluso una larga entrevista personal con sus miembros. Los lambertistas que amenazaron con concurrir para decir lo suyo, final-

mente no lo concretaron. Huyeron, para decirlo con palabras "blandas". El tribunal falló unánimemente a mi favor, con argumentos que limpiaban mi honor revolucionario y mi moral combatiente. Pierre Lambert y sus agentes directos y encubiertos sufrirían otro golpe de nocaut.

Cierro el capítulo de la intervención de las "internacionales" en el Perú con otro hecho. Estando yo en el local central del POMR me comunican que una persona de acento extranjero pedía hablar conmigo. Dijo ser Livio Maitán, uno de los históricos dirigentes del pablomandelismo y del SU. Sabía de él, pero no lo conocía personalmente. Sin mayores preámbulos afirmó que el Secretariado Unificado (SU) había ordenado a Hugo Blanco y al PRT que abandonaran el recién formado Bloque Socialista entre los parlamentarios del POMR, el PST y el PRT. Avanzó esta sola idea: el SU no acepta fusiones de sus secciones nacionales, sino como consecuencia de un acuerdo internacional entre sus matrices; hecho inviable por ahora. Por ello, Hugo Blanco y el PRT abandonarían en el término de la distancia al bloque. Nada más. Se marchó sin querer seguir el diálogo. Yo le quería retrucar afirmando que el bloque era apenas un acuerdo, tipo unidad de acción, entre los parlamentarios. Pero que, si todo marchaba sobre ruedas, el futuro señalaría si transitaríamos en común el camino del frente único entre nuestras respectivas organizaciones. Es decir, nadie pensaba en inmediatas fusiones. Pero la sospecha sirvió de pretexto para la intervención "principista" del SU. Y a mí me sirvió para conocer a este italiano, el más guerrillerista de todos los dirigentes pablo-mandelistas. Claro, no fue él quien convenció a Hugo Blanco de abandonar el FOCEP y el ARI, privilegiando los acuerdos y alianzas con las "nuevas vanguardias", que un día fueron las guerrilleras y después, en tiempos más calmos, la UDP, no importa si cruzada por políticas de colaboración de clases.

La democracia: ¿qué democracia?

Tuvo varias implicaciones el estallido de la ARI. Veamos. En lugar de una lista unitaria de la izquierda, ésta se presentó dividida a los comicios generales de 1980 a través de cinco listas hostiles entre sí. Así, el 30% de intención de votos de Hugo Blanco y la ARI pasaron a convertirse

para los trabajadores en una sensación de fracaso. Poco importó, ante este sentimiento, el hecho de que por primera vez en la historia moderna ingresaran al parlamento un núcleo de senadores y diputados de la izquierda socialista. Fueron casi los mismos sectores populares que se ilusionaron con el FOCEP y con la caudalosa bancada de izquierda en la Asamblea Constituyente. En el lapso transcurrido habían convertido ilusiones en memoria, o sea en madurez política. Pero, con la llegada de la democracia, comprobaban el surgimiento de nuevos actores, entre otros, el gobierno de Fernando Belaúnde y de su partido Acción Popular; y un Congreso Nacional en que las fuerzas burguesas no sólo eran mayoría absoluta, sino que por serlo se consideraban la genuina representación del pueblo.

En el POMR comprendimos que con el cambio de régimen político quedaba clausurada una etapa. Quedaban atrás el ascenso social y las radicalizadas movilizaciones de masas, así como las asambleas populares y los frentes de defensa. Pero también el combate por la Asamblea Constituyente soberana. Ahora teníamos el desafío de luchar, no contra una dictadura militar, sino, en democracia, contra un gobierno elegido por el voto. Gobierno al que las fuerzas patronales consideraban suyo y sobre todo una revancha ante el velasquismo nacionalizador y estatizante. Es decir, una alternativa liberal que se proponía realizar lo que el gobierno del general Morales Bermúdez dejó a medio hacer, al ser derrotado por la resistencia popular en años de lucha antidictatorial.

¿Cómo respondería el conjunto de la izquierda, y nosotros en particular, a este nuevo desafío? ¿No es que en nuestra literatura política oponíamos a la "democracia burguesa" la democracia directa de las masas? ¿No lo expresaba la consigna de asamblea popular nacional, como coronación del movimiento de las asambleas y frentes de defensa? Poco a poco iríamos comprendiendo que lo que teníamos delante, en las condiciones particulares del país, era el problema de la democracia en general y de la democracia política en su versión peruana. ¿Se trataba de la democracia formal o burguesa? ¿Qué lecciones extraeríamos de la aparente dicotomía entre democracia política y democracia social?

No afirmo que el cambio de régimen obliga necesariamente al cambio de los ejes con los que combate una organización marxista en

el terreno de la lucha de clases. Antes, como VR y POMR, combatimos contra el régimen de dictadura militar, con Velasco Alvarado, su fase progresiva. Ya la regresiva, con Morales Bermúdez, encabezando el contraataque de las fuerzas patronales que le exigían reprivatizar las empresas estatales y la clausura de toda política reformista. Ya lo dije: si no lo lograron fue debido a la magnitud de la resistencia popular. Pero ahora, en el cuadro de la democracia, recurrían ya no al dictador de turno sino al gobierno civil, que en el nuevo escenario político les prometía culminar la tarea. Y uno de los canales para esta operación era indudablemente el Parlamento, uno de los tres poderes del Estado.

Sería senador por cinco años consecutivos, pero único parlamentario del POMR. ¿Qué haría en esta institución de la democracia burguesa? ¿Servirían para algo las tesis de la Tercera Internacional sobre el parlamentarismo? Salvo los libros u otras experiencias a considerar, en el Perú no existían prácticamente antecedentes del comportamiento de la izquierda socialista en este recinto supuestamente democrático. Por las peculiaridades, las experiencias de otros países no me parecían útiles como referencia a tomar en cuenta. Lo más cercano era el antecedente de la Asamblea Constituyente, ¿serviría? Ya funcionando el Senado, pude realizar algunas comparaciones. La primera, una diferencia de tipo cualitativa. Porque en la Constituyente discutíamos problemas fundamentales que concernían a la existencia de la Nación, con su traducción final en leyes, o sea una Constitución. Pero además, el hecho político de que se constituyera en una especie de bisagra para facilitar el cese de la dictadura militar. No olvidé que la historia registra la existencia de varios tipos de Constituyentes; la principal cuando se convierte en la herramienta fundacional de la Nación. Y en el Perú fue la bisagra para el cambio del régimen político.

Más allá de estas reflexiones me aguardaban las exigencias de la concreta actividad parlamentaria. ¿Con qué método encararla? Opté por integrar tres comisiones, que me parecieron de proyección social: salud, vivienda y deportes. Pensando en usarlas como punto de apoyo para llegar directamente a los sectores populares más carenciados. Lo que hicimos los del FOCEP en la Asamblea Constituyente con éxito, pero que ahora estaría sometido a prueba debido al nuevo escenario y nueva situación política. Quedaba atrás el ascenso social y la

radicalizada resistencia a la dictadura. Pero la coyuntura se integraba, entre otros factores, con el amesetamiento de la lucha de clases y con las ilusiones que en el régimen democrático tenía la mayoría popular. Sin embargo, rápidamente, comprobé el significado de estas diferencias. ¿El método? Presenté, convenientemente sustentados proyectos de ley para la construcción de 100 mil viviendas en barrios marginales; la formación de un laboratorio-empresa nacional para la producción de medicamentos, no sólo genéricos. Otro, un plan de asistencia hospitalaria y en centros especializados para el tratamiento especializado de los adictos a drogas. Y por último: la reforma de las estructuras deportivas con miras a la facilitación de la educación deportiva, desde niños a adultos.

Para el proyecto de viviendas me apoyé –entre otras experiencias sobre el tema– en lo hecho en Cuba y Nicaragua. Para el de la adicción a drogas, en especialistas, principalmente en el doctor Humberto Napurí, primo hermano, hijo del tío Alejandro.

De poco me sirvió el tiempo empleado en fundamentarlos en las respectivas comisiones, a pesar de que logré la firma de varios senadores de otras bancadas. Los presidentes de estas comisiones tenían la facultad reglamentaria para "dormirlas", cajonearlas, pretextando una y cien formalidades reglamentarias, como un supuesto orden de preferencia y prelación. Nunca logré que las debatieran y por tanto nunca pasaron a discusión plenaria en el recinto. No obstante, mi iniciativa –¿pura ingenuidad?– me permitiría ir descifrando los códigos internos de este poder del Estado, supuestamente independiente de los otros dos, el Ejecutivo y el Judicial. Veamos el primer ataque a mi ingenuidad: el retiro de sus firmas de apoyo de mis colegas senadores, miembros de otras bancadas de partidos "burgueses", principalmente apristas y acciopopulistas. Sus justificaciones fueron, por decir lo menos, deleznables. Comprendí que recibieron desde lo alto la orden de hacerlo.

Un amigo de la infancia, convertido en gerente de uno de los principales laboratorios extranjeros, me visitó en mi despacho para decirme que la directiva de la patronal farmacéutica me pedía una audiencia. Se la concedí. Llegaron ocho gerentes, la mayoría representantes de laboratorios extranjeros. Dos o tres hablaron para pedir-

me, en síntesis, que abandonara mi proyecto y que no lo agitara públicamente. Expusieron "sus" razones. Casi sin disfrazarlo agregaron que realizara lo que habían hecho los otros senadores al retirar su firma. Y el más atrevido de ellos disparó este ofrecimiento: una suma millonaria de dinero y otras gangas, como pasajes y estadías faraónicas en el exterior. El final: después de lo que les dije, mandándoles prácticamente a la mierda, quedé señalado como un enemigo privilegiado de esta corporación, perdiendo para siempre a mi amigo de la infancia. ¿Y los que retiraron su firma? Habría que ver sus signos exteriores de riqueza para conocer cuántos de ellos fueron "comprados".

El proyecto de las 100 mil viviendas me puso en relación con otra manifestación del drama humano. Con los asesores especializados de la comisión de vivienda a mi disposición, por mandato reglamentario, fuimos una y otra vez a los barrios marginales –oficialmente pueblos jóvenes–. Es decir, a estudiar sobre el terreno –como dicen los sociólogos o antropólogos– las carencias globales de estas poblaciones, para la justificación o viabilidad del proyecto. De mi lado, no estaba huérfano de conocimientos por mi antiguo trabajo barrial, como militante político. Además me apoyaba en abundantes estudios de especialistas. Sin embargo, estando metido "en el terreno" la visión era otra, vivencial y dramáticamente hablando. Me impresionó cómo la llamada aculturación se manifiesta en este medio, integrado en gran parte por migrantes serranos llegados a la costa y sus ciudades, expulsados "por hambre" de sus localidades de origen. Vivían cerca de la gran ciudad, pero creando un mundo propio y diferente. Por ejemplo, centros culturales típicos de cada región o localidad del país. Una especie de mecanismo de defensa e incluso de su identidad cultural y valores, ante la agresión del medio que soportaban. En estos centros constaté que muchos hablaban en quechua más que en castellano. No obstante, agrego que se confundían con esta avanzada serrana muchos costeños, expulsados de la urbe por no tener vivienda o por falta de trabajo. Me impresionó también una manifestación de esta desigualdad: el tipo de vivienda de cada familia. Los que la tenían de ladrillo y con agua se consideraban "notables" en relación a otros, poseedores de casas construidas con adobe, esteras u otros materiales descartables. Y lo que calaba más hondo: la promiscuidad casi generalizada. Constatamos un

buen número de viviendas en las que se alojaban hasta seis u ocho personas en una pieza, casi todos parientes entre sí. Y su extensión: la promiscuidad sexual, con un alto promedio de embarazos de menores de edad. Pero lo que impresionaba era la figura de la aceptación "normal" de estos hechos. Es decir "otra" moral y otros valores, ajenos a la moral convencional. Cumplida la tarea, nuestro informe quedaría como la justificación social y humana del proyecto de las 100 mil viviendas, que como dije durmió el sueño de los justos.

Manuel Ulloa se comunicó telefónicamente conmigo. Me dijo: "Ricardo creo que somos parientes, porque una persona de apellido Ulloa Napurí me ha pedido trabajo en nombre de este parentesco". Quien me hablaba era el ministro de Economía y jefe del Gabinete, o sea el Primer Ministro del gobierno del presidente Fernando Belaúnde. Sólo protocolarmente lo conocía, pero cada vez que me veía me tuteaba como si fuera amigo personal. No me engañaba: era una forma de "ablande" dirigida a debilitar anímicamente a los opositores, sobre todo de izquierda. Aproveché su gesto para solicitarle audiencia: que me recibiera en su despacho. Aceptó inmediatamente. Sin muchos preámbulos, le dije que requería de su apoyo-financiamiento-estatal para la creación de unas 50 postas médicas en lugares determinados de los atrasados departamentos serranos de Ayacucho y Apurímac. Advertí que no era sólo una iniciativa mía o de mi comisión de salud, sino una petición insistente de los presuntos beneficiados, la mayoría miembros de aldeas, pequeños pueblos e incluso comunidades campesinas. Puse en sus manos el texto justificatorio de mi pedido. Lo leyó rápidamente, con un final para mí impensado: "dalo por hecho", afirmó. Y mayor sorpresa aún cuando agregó: "pero tienes que decirle a esas gentes que yo soy el autor de la iniciativa, y que me agradezcan viniendo a Lima para conmemorarlo con un gran acto público". No lo creía, no imaginé que todo se resolvería tan fácil. Emocionado le dije: "por supuesto que se hará como tú indicas; además te lo mereces".

Más allá de asombros y veleidades locas, bajé todo a tierra. Se trataba de la atención médica primaria, de la salud, de casi 500 mil habitantes. Me largué como un loco a comunicar la buena nueva a los representantes de estos abandonados "de la mano de dios". Mejor dicho, de los poderosos del dinero.

Otra vez una llamada telefónica, pero ahora del viceministro de Economía, para decirme que Manuel Ulloa quería verme urgentemente. Fui a la cita. No estaba solo sino acompañado de varios funcionarios a quienes me presenta. Estos fueron los primeros en hablar; y al grano y resumiendo: estudiaron detenidamente mi pedido por recomendación especial del ministro, pero que lo consideraban inviable por su altísimo costo en infraestructura y sobre todo en funcionamiento. Además –y lo insólito para mí– que el conjunto de los beneficiados apenas aportaban al fisco una suma irrisoria, lo que no justificaba una "inversión" de este tipo. Como mi rostro mostraría rasgos de mi contenida indignación, Manuel Ulloa tomó la palabra. Ya solos argumentó algo parecido a esto: mira Ricardo, ambos nos equivocamos acerca de la viabilidad del proyecto. Efectivamente comprobamos que esta gente casi no tributa debido a sus precarias condiciones de vida, casi sin ingresos. Y elevando la puntería de sus dichos, haciendo una especie de ideología, afirmó que pobres van a existir siempre "porque así es la vida". Y lo más sorprendente es lo que sigue: "este ejército de pobres beneficia al país y a su economía, haciéndola competitiva, porque hay miles de desocupados presionando cada puesto de trabajo estable, impidiendo a la vez la suba de salarios". Y para justificar su alegato recurrió a Carlos Marx, sin sonrojarse: que el ejército industrial de reserva previsto por éste en su análisis económico se convertía en el Perú en algo formidable al estar desocupada la mayoría de la población.

Por lo que le respondí, me gané otro enemigo personal porque ya lo era político. ¿Era cínico y monstruoso lo que dijo? ¿Estaba ante un defensor del "capitalismo salvaje"? ¿No es que a menudo este "salvajismo" es repudiado, o denunciado, por los teóricos del "capitalismo bueno", es decir "humanizado"? ¿No denuncian éstos a los fundamentalistas del mercado? Cuando pasó mi indignación di paso a la reflexión. Pensé que Manuel Ulloa, el Primer Ministro, había expresado a través de sus ideas lo que es la esencia del capitalismo, basado en el apoderamiento del trabajo producido por sus explotados; y que tomando este eje nunca en la historia fue humanizado. En los albores del capitalismo las jornadas de 18 o 20 horas diarias, en condiciones infrahumanas, ¿no garantizaban el proceso de acumulación? Cierto, el colosal desarrollo de las fuerzas productivas de la sociedad

universalizaron al capitalismo, beneficiando directa e indirectamente a parte de la humanidad. Pero hoy, en plena mundialización del capital, ¿no pasa hambre o está marginada del trabajo gran parte de la población mundial?

Si esto es cierto, Manuel Ulloa sólo se excedió en las formas, porque dijo brutalmente lo que los capitalistas y sus apologistas afirman más "dulcemente". ¿No les cabe la afirmación de que los liberales de hoy son los bárbaros modernos? Lamentablemente no pude ir a la serranía a denunciar al Primer Ministro, como correspondía. Pero, ¿no es sugerente que esta región se convirtiera en una de las bases sociales de apoyo de la insurgencia de Sendero Luminoso?

Ya tenía los elementos suficientes para optar por un método de trabajo en el Senado, sin necesidad de esperar los cinco años del mandato. Descarté de plano la presentación de proyectos de ley, que la mayoría siempre rechazaría, como lo comprobé con los ejemplos que he dado. Resolví tomar posición selectiva en los proyectos de otros, hecho que ha quedado registrado en el diario de sesiones en mis múltiples intervenciones. ¿Centenares, acaso? Pero algunas tomas de posición las consideré "principistas".

Por sus atribuciones constitucionales, el Senado elige a los mandos superiores de las fuerzas armadas y policiales; a los jueces miembros de la Corte Suprema; a embajadores, etc. Hice constar que yo no votaría a favor de la elección de ninguno de estos personajes por razones ideológicas, al considerarlos –sobre todo militares y policías– cómplices directos e indirectos del aparato represivo montado por la clase dominante. En esto me diferencié de algunos miembros de la bancada de izquierda, que votaban a favor del general o del policía "bueno", o mejor calificado por la superioridad de sus respectivas armas.

Sin embargo, una diferenciación de acentos más polémicos se dio alrededor de qué posición tomar ante la rebelión de Sendero Luminoso (SL) y el Movimiento Revolucionario Túpac Amaru (MRTA), caracterizados por el gobierno de terroristas. En la hora que me correspondía reglamentariamente, leí íntegro el folleto de León Trotsky sobre el terrorismo, con la adición de conclusiones propias. Esto para diferenciarme de la acusación y caracterización oficial, que las bancadas "del orden" asumían disciplinadamente. Este hecho tenía reper-

cusión directa en el recinto, porque cada vez que moría un militar o un policía, el presidente del cuerpo pedía que nos paráramos con el minuto de silencio respectivo. Es decir, el homenaje a los caídos en defensa de la patria. Claro, nadie homenajeaba a los caídos por la represión, primero policial y después militar. Cínica la posición de los "defensores de la patria", porque era a todas luces evidente que muchos campesinos o indígenas muertos poco o nada tenían que ver con los insurgentes. "Daños colaterales" denominan los genocidas del Pentágono al exterminio de poblaciones, so pretexto de colaboración con los "terroristas". Esto lo aprendieron los militares peruanos en la Escuela de las Américas de Panamá. De ahí salieron los alumnos que en varios países aplicarían el terrorismo de Estado, sobre todo del Plan Cóndor. ¿Cuál fue mi protesta y diferenciación? No acataba la orden del presidente; me quedaba sentado. No sé por qué no me sancionaron. Creo que porque los presentes conocían mis diferencias políticas y de concepción de la revolución con los discípulos del maoísmo y con el foquismo guerrillero del MRTA.

Nunca fui un senador dedicado a tiempo completo a las tareas estrictamente parlamentarias. Apenas lo indispensable. Al optar por tres comisiones "sociales", pensaba que lo principal venía de las luchas extraparlamentarias. La proliferación de conflictos sociales. Como en los tiempos del combate por la Asamblea Constituyente soberana y las asambleas populares, comencé a apoyar los conflictos alrededor de la toma de tierras no sólo en Lima sino en provincias. Y todo conflicto que demandara mi intervención, apoyándome en los beneficios que otorga el fuero parlamentario. Algo así como inducir a la acción directa. El campo de la salud era igualmente ambiente propicio ante el abandono secular del Estado de estos "desheredados de la tierra". ¿Cómo olvidar el siguiente hecho? Tomé como propia una reivindicación de los enfermos de lepra: pedían la construcción de un nuevo leprosario. De conjunto armamos el plan de acción. Con la complicidad de algunos empleados, hice ingresar a decenas de ellos al recinto. Debían "presionar" a los senadores, rodeándolos, tocándoles o abrazándolos. Atemorizados, a mis colegas no les quedó más recurso que votar a favor del proyecto que tenían cajoneado, en el último día de sesiones ordinarias. ¡Gran victoria! Todavía tengo conmigo un hermoso

reloj de salón que me obsequiaron en retribución de "servicios" estos hombres y mujeres sin rostro.

Este segundo gobierno de Fernando Belaúnde –el primero fue entre 1962-68– constituía aparentemente su revancha ante los militares que lo expulsaron del poder. Pero esto no es lo más importante, ya que el hecho-proceso tiene una connotación mayor. ¿Por qué retornaba al mando del país un hombre y un partido que habían fracasado, y a los que las mayorías populares repudiaban? Un intento de respuesta está en lo que ocurrió con el velasquismo. Un proceso inacabado que deja abundantes lecciones sobre los límites del nacionalismo progresivo cuando –si miramos América Latina– enfrenta a la patronal oligárquica y al imperialismo, aunque sea con limitaciones. Algo más todavía. Como las avanzadas nacionalizaciones y reformas no produjeron una revolución social, la "contrarreforma", encabezada por el general Morales Bermúdez, repuso en la escena política a las fuerzas burguesas afectadas directamente por el reformismo velasquista. De esto se benefició Belaúnde, convertido en el mejor representante de las fuerzas patronales revanchistas.

Sin embargo no eran el partido Acción Popular y su candidato los preferidos del saliente gobierno militar. Fue el Apra el escogido o apadrinado. En la transición a la "democracia", Fernando Belaúnde logró desplazar en la intención de los votantes al aprismo, que era visto por gran parte de éstos como el continuismo civil de la dictadura militar. Ayudó igualmente que la izquierda socialista atacara preferentemente al aprismo. Por tanto, al no tener las masas populares un referente propio, el camino quedó allanado para una solución de derecha: la inmediata aplicación de políticas neoliberales que clausuraran a su favor un período de la lucha de clases en el país. Tarea a la que se abocaría el nuevo gobierno, al tomar como banderas la defensa de la propiedad privada y la institucionalidad democrática como el escenario de su realización.

La discusión en el Senado, de la que he dado cuenta, expresó en cierta forma esta derrota del reformismo militar. Fui uno de sus promotores, desnudando cómo las fuerzas regresivas, cubiertas con el manto democrático, aprovechando de su poder circunstancial, falsificaban la realidad histórica a su conveniencia. En sus ataques al velasquismo

argumentaban que ellos –los demócratas– fueron quienes terminaron con la dictadura. Falsificación histórica, dado que la resistencia popular –probada en innumerables hechos– fue la que produjo la derrota de la dictadura. Claro, este tipo de falsificación es común en la realidad latinoamericana. Entre otros ejemplos, el de Argentina en el que la lucha popular abrió el camino a la democracia. Y en Chile, con la derrota de la dictadura pinochetista. Mi intervención, centrada en el balance del pasado inmediato, estaba dirigida a denunciar a los "apóstoles" democráticos, falsificadores de la historia por intereses de clase.

No obstante, este voluntarismo acrítico de los representantes de la clase dominante no pudo eliminar lo que los trabajadores habían acumulado como conciencia política a través de sus luchas. Hablo de la realidad de los explotados y oprimidos de la ciudad y del campo en un país económicamente atrasado, con enormes contradicciones internas producto del desarrollo desigual del proceso histórico. Pero sería un error detenerse sólo en las luchas reivindicativas de los asalariados o semiasalariados urbanos. En el Perú, el "campo" no es sólo el problema de la tierra y su tenencia desigual e injusta, sino también el abandono del poder central a las provincias y regiones más atrasadas. Y por el atraso, igualmente social, el terrible problema de la aculturación y vivencias que produce y reproduce aquél. Es decir, problemas que la reforma agraria velasquista trató de resolver y que los gobiernos que le siguieron se aplicaron en liquidarla.

Por qué Sendero Luminoso

Entre otras, ésta es una de las razones que explican la insurgencia del Partido Comunista del Perú-Sendero Luminoso y, menos trascendente, la del Movimiento Revolucionario Túpac Amaru (MRTA). Uno de tendencia maoísta y el otro castrista, foquista guerrillero. Con la ruptura del Partido Comunista Peruano como consecuencia de la disputa chino-soviética de los años 60, el sector pro-maoísta alcanzaría un desarrollo mayor que sus adversarios "revisionistas". El profesor universitario Abimael Guzmán se erigió en líder de uno de los sectores maoístas. Se hizo fuerte en la Universidad de Huamanga, en el departamento

serrano de Ayacucho. ¿Por qué este control de una universidad estatal por una fuerza de izquierda radical? Debido al secular abandono de territorios de parte del Estado. En este cuadro, las universidades de provincias asumían un rol que superaba largamente sus proyectos académicos. De cierta forma, el Estado, es decir los gobernantes de turno, las consideraban aliadas en el proceso de integración de la sociedad periférica; pueblos, aldeas, comunidades indígenas. Sin embargo, el control por el senderismo de la Universidad de Huamanga escapó al control de las autoridades centrales. Pacientemente y durante años, los maoístas senderistas ejecutarían un plan de articulación con estos sectores postergados, principalmente comunidades campesinas y aldeas. El método: prestarles servicios, asesoría para la construcción de caminos, puentes o sistemas de riego. Con los años devinieron en sus reales autoridades por la defección de las "legales". Tan bien hecho todo que el poder político y represivo no se dio cuenta de la proyección política de esta original "estructuración" senderista en la región, facilitada por los planes de extensión universitaria. De ahí que, casi en el mismo momento en que se instalaba el gobierno de Acción Popular, en 1980, Sendero Luminoso lanza su primera proclama insurreccional, y su primer y localizado acto militar. Las ciudades vivían ajenas a este hecho, además porque el gobierno lo minimizaba. Lo que sigue es conocido. Bajo las banderas de guerra popular prolongada, de guerra revolucionaria del campo a la ciudad, conforme al manual de Mao Tse Tung, el senderismo se desarrollaría, abarcando su insurrección a gran parte de los departamentos y provincias serranas. En un proceso de guerra civil que cobró decenas de miles de muertos y mutilados, la mayor parte debido a la represión militar tipo manual norteamericano, a través de los gobiernos de Fernando Belaúnde, Alan García y Alberto Fujimori. Éste, el más represor de todos.

Otro aspecto del problema –no realizo aquí un balance de la insurrección de Sendero Luminoso y del MRTA– es cómo, a pesar de su desarrollo a lo largo de los años, Sendero Luminoso no pudo cumplir con la máxima de Mao de cerco a las ciudades, debido entre otras razones a su débil y casi inexistente implantación urbana. Lo otro, pero significativo: el estudio de por qué devino en un movimiento revolucionario de tipo polpotiano, con la santificación de su líder máximo

y un fundamentalismo alimentado por las diversas condiciones del atraso social. Llegaron a igualar al resto de la izquierda con los represores burgueses. De esta forma se gestó un proceso en que la violación de los derechos humanos fue una constante, de uno y otro bando. Con la ventaja de los represores oficiales de contar con mayor poder de fuego y con una doctrina de exterminio de carácter genocida. Un balance apurado da cuenta de las decenas de miles de asesinados, en uno de los procesos de guerra civil más cruentos de América Latina. Pero, asimismo, de cómo este proceso fue utilizado por las fuerzas al servicio de la burguesía y el imperialismo para asestar un duro golpe a los trabajadores, implantando formas sofisticadas ideológicas, políticas y represivas que han determinando un retroceso social y político en el país. En los nudos que se formaron en la coyuntura, la poderosa izquierda socialista, con sus variados componentes, que tuvo su pico más alto en los años 70-80, sufrió un duro golpe –retroceso histórico– del cual lamentablemente no ha logrado reponerse hasta hoy. Y como coronación de esta "victoria" contra el terrorismo, Alberto Fujimori sería ungido por los imperialistas y sus agentes políticos como un modelo a imitar. Como en otro terreno lo hicieran con Carlos Menem, el abanderado de la contrarreforma liberal en Argentina.

En este contexto se producen mutaciones y nuevas correlaciones en la izquierda socialista. He señalado cómo los trotskistas –que jugamos un rol de punta en la década del 70, gozando de una influencia importante entre los trabajadores y la juventud– fuimos retrocediendo políticamente, sea por errores propios pero también por el "castigo" que recibimos al aparecer responsables del fracaso y estallido de la ARI. De ahí que el camino quedara despejado para la "otra" izquierda, con sus diversos e influyentes componentes. Proceso va, proceso viene, el liderazgo cambiaría radicalmente en favor de aquélla. Se formó Izquierda Unida (IU), un frente que debutó en las elecciones municipales de noviembre de 1980. En ellas triunfó el partido oficialista, pero IU sorprendió ocupando el segundo lugar antes que el poderoso aprismo. Con victorias en Arequipa, la segunda ciudad del país y en otras plazas importantes. A partir de este éxito, IU empezaría a ser reconocida como la única izquierda por las vanguardias del pueblo trabajador. Esto es explicable porque sus integrantes mantenían, y aún

acrecían, sus implantaciones en el movimiento sindical, en la juventud y movimientos sociales.

Un nuevo salto se produjo cuando en 1983 Alfonso Barrantes fue elegido alcalde de Lima, la capital del país; y, entre otras ciudades importantes, IU lograba la alcaldía del Cusco. Es decir, otra victoria resonante que consolida aún más a este frente, que sin embargo aún mantenía su programa socialista, capaz de asustar a los votantes atrapados por la prédica conservadora en temas como la necesidad de la destrucción del Estado y un plan de nacionalizaciones. A partir de estos éxitos –incluidas las decenas de alcaldías menores– IU se iría integrando progresivamente al sistema al tener que administrar regiones, municipios y otros organismos. Un hecho parecido al del PT de Brasil, que fue abandonando el programa socializante de sus inicios al comenzar a integrarse al sistema. Algo a tener en cuenta, similar a lo que ocurre con la socialdemocracia europea, que de tanto administrar el Estado y sus instituciones se ha convertido en la otra pata –la "izquierda"– del dominio capitalista sobre los trabajadores y el pueblo.

Ahora el terreno de las preocupaciones partidarias. Recibí una invitación de Nahuel Moreno para asistir a una reunión que en Bogotá realizarían las secciones nacionales de la ex FB, con el fin de realizar en común el balance de la ruptura con el lambertismo. Pero también -y esto me concernía– la proyección internacional del tribunal moral ya mencionado. Era la primera vez que me reunía con la representación más calificada de esta corriente trotskista. Tendría la oportunidad de conocerla en directo. Me dieron todo el tiempo que quise para dar mi versión de la crisis de la CICI y el porqué de mi ruptura personal con Lambert, destacando los ejemplos probatorios, los antecedentes que la provocaron. Entre otros, mi rechazo al plan de los 3.000 militantes; al método adoptado en la fusión con la FB, o sea con el morenismo. Los delegados presentes quedaron satisfechos con la reunión, considerando en mayoría que estaban dadas las condiciones para formar un nuevo reagrupamiento internacional, que después tomaría el nombre de Liga Internacional de los Trabajadores-Cuarta Internacional (LIT-CI). De tal manera, este encuentro se convertiría en la reunión preparatoria del futuro congreso de su fundación.

Fue la primera vez que pude dialogar extensamente con Nahuel Moreno. Y a lo largo de nuestras charlas, tener una impresión más lograda del personaje. No de su trayectoria política, que a grandes rasgos la conocía, sino de los rasgos más salientes de su personalidad. Me interesaba averiguarlo por mi acusada tendencia a las comparaciones. Además, correcta o incorrectamente, yo no creo en los desdoblamientos de las personas, algo así como dicotomía o compartimientos estancos en su vida. Es decir, que la concibo y juzgo como una totalidad. Esta curiosidad me llevó a conocer a Michel Pablo, Lambert, Mandel, Just, Guillermo Lora y a muchos otros dirigentes del movimiento trotskista, buscando hacer comparaciones entre ellos.

Nahuel Moreno tenía acentos personales que me agradaban, entre ellos su sencillez, nada parecido a los solemnes dirigentes con los que me iba tropezando en mis andanzas militantes. Me agradó, asimismo, el que me pidiera, en diálogo de horas, que le relatara los rasgos principales de mi vida política, pero sobre todo personal; y me interrumpía constantemente para repreguntar y realizar comentarios de oportunidad. Hasta de fútbol hablamos en esas jornadas. A contramano de las referencias que sobre él tenía, no me pareció un mandón infatuado. Cautamente, no me pidió que diera el paso de un compromiso de adhesión o afiliación al nuevo reagrupamiento. Con "cancha" y madurez afirmó que los tiempos los manejaría yo y el POMR; incluso la decisión final. Le pedí que considerara la posibilidad estatutaria de una doble afiliación internacional, como un reaseguro a futuro. Discutimos el tema, ya que yo no garantizaba lo que resolviera el POMR, después de su acuse traumático de la crisis y estallido de la CICI.

Aproveché para plantearle los previos. Entre otros la urgencia de sincerar el porqué de la rápida fusión y después el casi inmediato estallido de la CICI. Pero también lo pendiente del Perú. La intervención, a mi perecer sectaria y hasta irresponsable, de las "internacionales" en el proceso que comprendió al FOCEP y a la ARI, con el tema de Hugo Blanco como fundamental. Lo que conducía directamente a una reflexión-balance del PST, la sección nacional morenista, con la que teníamos diferencias antiguas e importantes.

Nahuel Moreno me escuchaba atentamente, repreguntaba, opinaba lo suyo y tomaba notas. Afirmó que comprendía el carácter de

mi planteamiento y que haría lo necesario para crear las condiciones de esta reflexión-balance común. Me pareció sincero y honesto. Como dicen los criollos, "me agradó el tipo".

Di cuenta a mis camaradas de partido de estas impresiones. Bien conocíamos que era peligroso para nuestro desarrollo e identidad política carecer de la referencia internacional. Pero como la lucha de clases no espera su presencia, la sentíamos ahí nomás. De una parte, el gobierno, que a través de medidas de corte liberal atacaba a fondo el salario y las conquistas sociales. De otra, la mayor represión por la insurgencia de SL y el MRTA. Aunque, quizás lo más importante, el éxito político de IU con su proyección nacional y sus mayores articulaciones con los trabajadores y campesinos, lo que hacía más difícil nuestro combate sindical y político, ya que el frente IU era refractario a políticas de unidad de acción y frente único con los trotskistas. O sea, un real peligro de aislamiento y marginación. La comprobación de esto nos acercó defensivamente al PST, buscando coordinaciones estables entre las dos organizaciones, ahora sí pensando en crear las bases de una futura fusión.

Las Malvinas en Perú

El desembarco militar en las islas Malvinas, usurpadas por el colonialismo inglés, se constituyó en un acontecimiento de enorme gravitación en el Perú. De un lado, debido a que los militares peruanos asumieron la pública adhesión al gesto de sus "hermanos de armas" del país del Plata. Este hecho gravitó decisivamente para que el presidente Fernando Belaúnde ofreciera ser mediador internacional en el conflicto, acordando sus iniciativas con las fuerzas armadas peruanas y con la dictadura argentina. Esta entusiasta posición pro-Argentina del gobierno y de las fuerzas armadas fue un mensaje que recogieron los partidos políticos burgueses para sumarse al emprendimiento. Por ello, el Perú encabezó la solidaridad latinoamericana a través de movilizaciones multitudinarias en las principales ciudades del país. Y lo inusitado: un espontáneo frente de "todos": hombres y mujeres, burgueses, pequeño-burgueses, obreros, empleados, partidos políticos de varios signos. Desde el primer momento, los trotskistas –sin

rubor alguno– ocupamos un lugar de punta en la organización de las movilizaciones y en el hecho de convertirlas en nacionales. Las consignas que levantábamos adquirieron rápidamente un tono antiimperialista, de rechazo al colonialismo inglés.

No desconocíamos que existía el peligro de que el apoyo del gobierno y de las fuerzas burguesas-patronales y políticas se trasformara en apoyo a la dictadura militar argentina, feroz represora de su pueblo. De ser así las movilizaciones quedarían desnaturalizadas políticamente. De hecho una parte de la izquierda contribuía a la confusión al poner el centro en la denuncia de la dictadura y su gobierno, bajándole el perfil al problema fundamental de la lucha contra la colonización y que las islas eran históricamente parte del territorio argentino. Es decir, el problema nacional y colonial. Por eso, el POMR y el PST encaramos la tarea urgente de esclarecer por todo medio a nuestro alcance la comprensión de las gentes sobre la diferencia entre el país opresor y el país oprimido. Para mejor combatir y denunciar al imperialismo inglés.

En el Senado, al principio, la mayoría de sus miembros eran partidarios de una neutralidad en el conflicto. No es que esta mayoría desconociera los derechos del pueblo argentino sobre el territorio usurpado por el colonizador inglés. Ellos también ponían el acento en el hecho de ser un gobierno dictatorial el que tomaba a su cargo la defensa de esta reivindicación nacional. A la vez que les desagradaba el método empleado: el de la acción directa y no el de la negociación entre partes. El temor que el desembarco de efectivos militares desate un conflicto que comprometa a la región. Para mí se trataba, al contrario, de un problema que nos comprendía a todos los países semicoloniales. Es decir, un problema de principio: el derecho del pueblo argentino a rescatar el territorio que le fue robado por la nación opresora, aprovechando de su mayor fuerza militar. Intervine apasionadamente para, polémicamente, solicitar al cuerpo que tomara posición por el país agredido, que lo era Argentina por la negativa imperialista de abandonar la ocupación de las islas. Desde este punto de vista, no era el agresor el que intentaba el rescate, aunque se discrepara del método para hacerla y de la calidad política y moral de quien lo instrumentaba, la dictadura militar argentina. Y no importaba tampoco si ésta lo hacía por razones de su

conveniencia política, probablemente buscando quedarse en el poder, hecho que igualmente intentó materializar el general Morales Bermúdez, pero que la resistencia popular lo impidió.

Fue una corta pero intensa batalla política, que me tuvo como uno de los referentes principales de la misma, sino el principal. Con un final de "película": la aprobación por unanimidad de una moción, redactada por mí y hecha firmar a senadores de otras bancadas. A través de ella, el Senado peruano asumía como propia la reivindicación del pueblo argentino y su derecho a liberar las Malvinas del colonizador imperialista, sin mencionar apoyo alguno al gobierno militar. Ante esto solicité a los presentes que me autorizaran a entregar personalmente la moción de apoyo a la Cancillería argentina, en Buenos Aires. Sí, por unanimidad me otorgaron la autorización.

En Bogotá, donde residía transitoriamente para evitar la garra represiva de la dictadura de su país, Nahuel Moreno discutió con sus camaradas de exilio las implicaciones del desembarco en las islas Malvinas, de la situación política y su repercusión directa en el PST argentino, todavía en rigurosa clandestinidad. Nahuel Moreno pensaba que el hecho abría una nueva etapa política en el país, una de cuyas manifestaciones podía ser el debilitamiento de la represión y algunas concesiones democráticas. De confirmarse la predicción, el PST debería aprovechar las fisuras que la coyuntura presentaría, intentando salir cuidadosamente de la clandestinidad, encarando un trabajo semilegal tentativo.

De esta discusión me enteré con el arribo al Perú de Alberto Franceschi. Informó que resolvieron en Bogotá que me acompañase a Buenos Aires, ya en una misión audaz: yo entrevistándome con las autoridades argentinas, lo que serviría de cobertura; y él viéndose con la dirección clandestina para convencerla de salir a la superficie, con los pasos calculados que aconsejaba una operación de este tipo. Después de los primeros contactos con gente del gobierno, fui recibido por el vicecanciller, al que entregué el documento aprobado por el Senado. Agradeció calurosamente el gesto, prometiendo un probable viaje mío a las Malvinas "recuperadas".

Nuestros pasos, en la emergencia, los dimos en coordinación con los cuadros "de superficie" del PST. Los principales entre los "desta-

pados": Virginia Marconi y Enrique Broquen. Y creo que también Nora Ciaponni. El estudio jurídico de Broquen servía de cobertura. En él, fácilmente se notaba el desplazamiento de otros "tapados", a los que conocería después por sus nombres reales. Cumplida a satisfacción la tarea, la mía y la de Franceshi, resolvimos juntamente con el equipo de superficie, ir por más. Entre otras audaces iniciativas, la realización de una reunión pública en un local cerrado en la zona de Congreso. Constituía un riesgo enorme. Broquen, miembro de una familia militar tradicional, se encargó de los reaseguros, exigiendo el mínimo de garantías a las respectivas autoridades. Y se hizo. Asistieron alrededor de 800 personas, que me informaron eran parte de la periferia del partido: simpatizantes activos, estudiantes, intelectuales y artistas. Hablamos el abogado Monner Sans, Broquen, Franceshi y yo, aunque no recuerdo si alguien más. Se trataba del primer acto público bajo la dictadura. Susana Zaldúa, dirigente bancaria, Fernando Bedoya y Emei, artistas, contarían más adelante cómo fue la preparación de todo; que los recaudos comprendieron ensayos tentativos, con uno, dos y hasta tres esquemas, en caso de que la prevención fallara y la represión intentara hacer de las suyas. Pero, asimismo, de la emoción casi incontrolable de los presentes en el acto. ¡No lo podían creer! La conclusión fue que, efectivamente, se presentarían condiciones para un abandono calculado de la clandestinidad del PST. De mi lado, me alegró haber contribuido a ello.

Bolivia, otra vez

Sí, otra vez reaparecía en mis preocupaciones. En ese país, la apertura democrática de los años 1978-80 se coronaba con el triunfo electoral del frente Unidad Democrático Popular (UDP), integrado principalmente por el MNR de "izquierda" (MNR-I) y el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR); con el Partido Comunista (PCB) apoyando "desde afuera". En el Perú, IU, entusiasmada, propagandizaba el hecho –sobre todo la UDP– asumiéndolo como propio. Para demostrarlo, una fuerte delegación se haría presente en los actos conmemorativos y de asunción a la presidencia de Hernán Siles Suazo.

Resolvimos en el partido que no podíamos quedar fuera de este acontecimiento. En medio de regímenes dictatoriales en casi toda Sudamérica llegaba al gobierno un frente que se decía de izquierda –y sobre todo en Bolivia, siempre asolada por dictaduras militares–; era casi excepcional. Desde 1971 no la visitaba. Claro, me lo impidió la sucesión de gobiernos dictatoriales. Partí lleno de dudas, pero también entusiasmado.

En octubre de 1982 asumiría la presidencia Hernán Siles Suazo, que había roto con su antiguo socio político Víctor Paz Estenssoro, formando el MNR-I. La vicepresidencia sería para mi viejo conocido Jaime Paz Zamora, del MIR. Como invitado preferencial –vecindad y geopolítica de por medio– iba el presidente Fernando Belaúnde. Por razones obvias, ni los representantes de IU ni yo fuimos parte de la delegación oficial. Sin embargo, cuando Paz Zamora me reconoció en La Paz me ofreció concederme el status de invitado oficial; rechacé su propuesta. Mi orientación en esto de los viajes al extranjero era la misma: aprovecharlos al máximo, para, con total independencia, realizar las tareas políticas comprometidas. Además, en La Paz conté con mi propio aparato de recepción y apoyo, a través de mis amigos personales y políticos.

A diferencia de los eufóricos representantes de IU que se animaban a afirmar que con el gobierno de Siles Suazo y la UDP se abría una etapa revolucionaria en Bolivia, en la que se realizarían las tareas nacionales y democráticas pendientes, propias de un país atrasado; yo no sólo dudaba sino que descreía de su viabilidad. Me apoyaba para ello en la realidad del país y en los hechos fundamentales de su historia. Comprobé la extrema debilidad del próximo gobierno enfrentado a una formidable crisis global, social, política, del Estado y sus instituciones. Ante esto, dudaba que este gobierno "reformista" pudiera ser consecuente con las demandas radicalizadas de los "de abajo", sobre todo campesinas, obreras y capas populares.

Debí dejar de lado todo impresionismo, producto de la euforia que en muchos producía el arribo de la "democracia". Tenía la obligación de pensar esta realidad desde el pasado inmediato, desde mi presencia en el país, en 1971. Habían transcurrido alrededor de diez años. La historia oficial señala que la dictadura banzerista duró siete

años. Pero que después Bolivia llegó a tener diez presidentes en tan sólo cinco años. Entre ellos el de Lidia Gueiler, a la que conocí por ser la mujer de Erwin Moller. Fue derrocada por el golpe militar encabezado por el general Luís García Meza, el brutal y corrupto dictador, que guarda prisión por traficante de cocaína. Pero, ¿hacia dónde apunto para sostener mi descreimiento en el gobierno udepista? Mi punto de partida era que la asamblea popular de 1971 –no así el gobierno del general Juan José Torres– fue la herramienta que se dieron las masas populares en una situación cuasi revolucionaria de la lucha de clases. Por eso no extraña que se caracterizara, a sí misma, como un órgano de poder popular, asentada en comités revolucionarios, en los centros obreros, campesinos y populares. Es decir, un órgano de dirección política de los trabajadores y el pueblo. O sea, un órgano de poder dual, capaz de legislar soberanamente confrontando con sus iniciativas al Ejecutivo. Por ello rechazó al parlamentarismo, asumiendo como método la movilización y la acción directa de las masas. Esa asamblea popular reconocía estatutariamente el rol hegemónico de la clase obrera en el hecho de otorgarle el 60% de las delegaturas, como garantía de que el proceso no se detenga. Pero, producido el golpe militar, la dictadura banzerista asestaría los más terribles golpes a los trabajadores, principalmente a la Federación Minera y la COB. Así, en este cuadro de reacción social y política comenzó a tomar envergadura la lucha campesina, enfrentada desde sus bases a la dictadura militar. Se desarrolló el movimiento katarista, que integraba a ciudadanos étnicamente aimaras, de la ciudad y del campo; tomando como una de sus banderas la diversidad étnica y cultural, en especial las de los pueblos originarios.

Este proceso se coronaría en 1979, cuando se constituye la Confederación Sindical Unida de Trabajadores Campesinos de Bolivia (CSUTCB). De ahí que el katarismo y la CSUTCB conquistaran un enorme protagonismo en los acontecimientos que conmueven a Bolivia a partir de la década de los 80. Esto explica que los actores principales en la apertura democrática fueran el movimiento campesino organizado y el movimiento obrero y sus organizaciones, que enfrentaron a la última dictadura militar, derrotándola. La UDP boliviana se benefició de esta realidad y la supo aprovechar. ¿Cuál es la explicación

más razonable? Porque "los de abajo" no contaron, como en 1971, no importa si en un lapso relativamente corto, con una herramienta de poder propio y la madurez necesaria para postularse como poder alternativo. Ante esto surgió un gobierno que decía representar –desde una posición de izquierda– los intereses populares. No por la vía de la acción directa y la dualidad de poderes sino por la vía del voto, del parlamentarismo que la asamblea popular rechazó.

Además, estas consideraciones adicionales. En Bolivia, desde mediados del siglo XX, la extrema debilidad orgánica de la burguesía nativa –para algunos casi inexistente– y de sus representantes políticos, fue el factor principal del protagonismo de la fuerza militar. Es que esta debilidad –en realidad incipiente desarrollo capitalista– no permitió que se crearan instituciones estatales sólidas, ni las mediaciones sociales y políticas imprescindibles para el ejercicio "normal" de su poder de clase dominante. Al frente –y polarizadamente– tuvo al naciente pero poderoso movimiento obrero, haciendo punta los siempre radicalizados y politizados trabajadores mineros, casi 50 mil en su mejor momento.

Sin embargo no sólo polariza socialmente al país la contradicción clase obrera-oligarquía dominante, sino quizás, casi más determinante, la polarización social producto del incipiente desarrollo capitalista, pero también de la brutal opresión de las mayorías. Por eso el creciente protagonismo en la historia moderna del país de los movimientos campesino y sociales. He aquí la explicación del protagónico rol de los militares, convertidos en el poder real de la Nación, saliendo de sus cuarteles –con excepciones como las de Bosch, Torres, Villarroel u Ovando– para garantizar el "orden". Pero para quedarse ellos con el poder, vía gobiernos autoritarios, represores del pueblo.

El gobierno de la UDP –autocaracterizado de izquierda– concitaba las ilusiones en capas importantes del pueblo trabajador. Influenciaba sobre todo al sindicalismo, a través del PC y del MIR. Pero este gobierno "reformista" sería prontamente puesto a prueba. En un país tan polarizado socialmente, la presión por derecha e izquierda le obligó a definirse rápidamente. Optar por el restablecimiento del orden era optar por el pasado inmediato, por la reacción en toda la línea. Pero tampoco podía ponerse al frente de las masas radicalizadas, satis-

faciendo sus demandas. Es decir, un gobierno en sándwich entre fuerzas opuestas. Rondaba el fantasma del gobierno de Juan José Torres y la asamblea popular, así como la amenaza del golpismo militar. En el nudo político que se formó, el gobierno no tuvo respuestas para desatarlo; se inmovilizó y comenzó a descomponerse. Oportunistamente, el MIR se fue "para salvarse". Entendió el "aviso" de los 14 mil mineros que combativamente arribaron a La Paz culminando 18 días de huelga general. El presidente Hernán Siles Suazo dijo basta, "no sigo", temeroso del golpe militar o de la revolución popular. Como salida a la crisis convocó a elecciones, que se realizaron en junio de 1985, acortando en un año el período presidencial. Se habían creado las condiciones para el triunfo "en democracia" de las fuerzas de derecha, la Acción Democrática Nacional (ADN) y el MNR. ¿Quién sería el nuevo Presidente? Nada menos que Paz Estenssoro, que retornaba a la escena política, pero ahora de la mano del ex dictador Banzer, convenientemente reconvertido en "demócrata". Su misión sería terminar definitivamente con la etapa que se abrió con la revolución obrero-popular de 1952, de la cual él fue uno de sus dirigentes... para después y casi inmediatamente traicionarla. Le tocaba ahora encabezar el período liberal, que el dictador Banzer no pudo consumar. Ahora sí se liquidaría la economía estatizada en nombre de la libre empresa y el libre mercado. El movimiento obrero, a la cabeza los mineros, recibirían los más feroces golpes, con la represión y la destrucción de sus organizaciones.

¿Aprenderían –por fin– los udepistas bolivianos la lección? ¿No enfrentaron algo parecido la Unidad Popular y el gobierno de Allende? Entre la revolución y la contrarrevolución, ¿no se inmovilizaron, dejando el camino libre a la bestia pinochetista? ¿No dilapidaron las ilusiones revolucionarias de las masas? ¿No les prometieron la revolución social? Dirán, en su defensa, que evitaron el golpe militar al abrir la vía democrática y que por la vía del voto mayoritario fue elegido Paz Estenssoro. ¿Se atreverían a afirmar que evitaron el peligro pinochetista, la masacre del pueblo? Algo así como que la masacre "blanca" de Paz Estenssoro y Banzer: hambruna, despedidos, violaciones a los derechos humanos, entrega del país al amo extranjero, etc., ¿es de grado menor comparándola con las dictaduras de Videla o de Uruguay? Y

finalmente pregunto al lector: ¿no son éstos antecedentes que contribuyen a explicar el proceso que condujo a Evo Morales a la presidencia de Bolivia? ¿No fueron los movimientos sociales, el campesinado pobre y las masas populares los actores, pero a través del método de acción directa, que cambió las relaciones de fuerza entre las clases? Como no hubo revolución social, sino rebeldía social, el voto "tramposo" reemplazó el camino revolucionario de los oprimidos. Es ésta otra de las lecciones a asimilar.

Argentina: ¿la democracia para quedarse?

La derrota en la guerra de Las Malvinas abriría el camino para el abandono del poder de la dictadura y su gobierno. Después se conoció cómo la incapacidad e improvisación tiraron por la borda la legítima demanda nacional, al convertirla en una repudiable aventura. Sus responsabilidades que bordean lo criminal, al sacrificar a 10 mil jóvenes inexpertos en el arte de la guerra, diezmados y masacrados por las expertas tropas de Gran Bretaña. De ahí que del apoyo popular inicial, profundamente patriótico, se pasó a una sensación de derrota combinada con humillación, pero con las gentes dispuestas a movilizarse en las calles para manifestar su repudio al régimen militar.

Esta sensación atravesó a todas las fuerzas armadas, metiéndolas en una crisis que podría devenir en incontrolable para los mandos jerárquicos. Sólo les quedó la carta salvadora de la convocatoria, más o menos inmediata, a elecciones generales. Con esto quedaría clausurado el período que tuvo su inicio con el golpe militar que derrocó, en 1976, al gobierno peronista encabezado por Isabel Martínez, la viuda del general Juan Domingo Perón. Si todo marchara como lo planeaban, con el presidente civil se abría en el país la etapa democrática que, sorteando todos los desafíos, especialmente crisis recurrentes, perdura hasta hoy. Hecho impensable que la historia argentina registra como un acontecimiento excepcional.

Hubo incidentes en la transición y en la disputa electoral; la Unión Cívica Radical (UCR) ganó los comicios. Hecho con múltiples connotaciones, porque supuestamente era el peronismo la fuerza polí-

tica mayoritaria y la que soportó los mayores golpes de los represores. Sin embargo, el premio democrático no lo obtuvieron los trabajadores y jóvenes de la resistencia a la dictadura sino un partido como la UCR, ciertamente de existencia histórica, pero mucho menos comprometido en la resistencia a los militares. De tal forma, por la decisión de la mayoría de los votantes el nuevo Presidente sería Raúl Alfonsín, el emergente líder radical.

Por la importancia de Argentina en la región, un acontecimiento como éste adquirió proyección internacional. Mas aún, teniendo en cuenta que en Brasil, Uruguay y otros países, tal el caso de Bolivia, se gestaban condiciones políticas para el abandono del poder de los militares. Por ello la UCR, y Raúl Alfonsín en particular, serían percibidos como los abanderados de la democracia. El líder radical decía que era capaz de satisfacer las más exigentes demandas del pueblo trabajador; de la mayoría. De ahí que el presidente Fernando Belaúnde pensara que no podía faltar a las ceremonias de asunción, acompañado por una fuerte delegación integrada por ministros y representantes de todo el arco empresarial, de la sociedad y de la cultura. No obstante, como surgiera una controversia con el aprismo, ninguno de sus dirigentes más importantes se integró a esta caudalosa representación. Me benefició el hecho porque fui designado por el Senado como su representante. Me parece que este honor se debió al reconocimiento del cuerpo a mi actuación en el conflicto de Las Malvinas.

Se creó una figura extraña. Yo no era miembro de la delegación oficial, ni del Ejecutivo, sino el representante del Senado, una rama del Poder Legislativo. Debido a esto no tendría que disciplinarme a los movimientos y actos que Belaúnde realizara en Argentina. Mis actos y decisiones serían independientes, salvo los ceremoniales imprescindibles. Este conflicto me beneficiaba, debido a que mis viajes al exterior siempre los motivaba el interés partidario. Y en éste, la posibilidad de tomar contacto con los militantes y cuadros del "morenismo", entre ellos Nahuel Moreno, ya de retorno al país después de su exilio en Colombia.

Pero algo singular. Tendría que viajar en el avión presidencial, sumándome a los 40 invitados especiales. Parecía un infiltrado entre tantas "personalidades". Pero ¡sorpresas te da la vida! El Presidente me

sentó a su lado, juntamente con su mujer Violeta Correa. Según él cumplía con el protocolo del Estado, que señala que los senadores son la segunda autoridad después del presidente de la República. Y yo viajaba no a título personal sino en representación del Poder Legislativo.

Conocía por los chismes del mundillo político que Violeta Correa tenía una influencia decisiva sobre su consorte. Inmediatamente lo comprobaría, aunque "desde el avión". Como su marido nos dejaba solos al desplazarse para dialogar con sus invitados, pude conversar "largo y tendido" con esta dama. Simpática y extrovertida, sumamente cordial, tuve la sensación de que se sentía intrigada de tener a su lado a un "extremista", como diciéndose "no lo parece". Aproveché de la buena onda que se creaba entre nosotros para –arriesgándome– pedirle un favor. Le expliqué que en mi condición de miembro de la comisión de vivienda del Senado yo apoyaba la ocupación "ilegal" de terrenos por gentes del pueblo carenciadas. Y en el caso que le planteaba la ocupación de unas 20 hectáreas urbanas, cerca del hipódromo. Pero que según el fallo judicial en dos instancias, este lote, ocupado por pobladores sin vivienda, debía revertir a su antiguo propietario, mientras la policía intentaba desalojarlos violentamente cumpliendo las órdenes del juez. Finalmente: le solicité que intercediera ante el Presidente para parar el desalojo, pero sobre todo para anular los dictámenes judiciales, que consideraba arbitrarios e injustos.

Violeta no dijo ni sí ni no. Guardó silencio. No obstante en un momento dado le comunicó al Presidente mi pedido y lo fundamentó agregando conceptos propios. Le dijo: "Fernando, hay que apoyar el pedido del senador Napurí". Más sorpresa aún cuando éste aceptó sin mayores dilaciones. Llamó al ministro de Vivienda, uno de los pasajeros, y le ordenó que tome a su cargo el tema, a pesar de las objeciones de éste; entre otras con el catastro municipal. Belaúnde no se detuvo y le respondió: "Dile a Orrego –el alcalde de Lima– que modifique lo actuado". ¡Y lo sorprendente! "Desde el hotel en Buenos Aires, le pediré al presidente de la Corte Suprema que impida que el expediente llegue a su despacho". La última instancia de la apelación del antiguo propietario. (Es que eran tierras que le expropió el gobierno del general Velasco para ser entregadas a beneficiarios pobres. Pero que si pasado un tiempo no se concretaba la operación, revertirían a favor de

aquél). Yo no era ingenuo y conocía bastante del intrincado mundo del poder. Pero no me imaginaba el extremo de la subordinación del presidente de la Corte Suprema a un presidente de la República, que no se cansaba de repetir su respeto a la independencia de los otros poderes del Estado. Más allá de los agradecimientos, comprobaría que Violeta Correa tenía el lugar que le atribuían: de co-gobernante.

Más sorpresa aún. Se formó un corrillo alrededor del jefe del Ejecutivo, integrado por ministros, funcionarios y amigos cercanos. Discutían, sin importarles mi presencia, algo insólito: quién había obtenido más regalías (comisiones) por sus gestiones ante los acreedores extranjeros –organismos públicos y privados– en las principales licitaciones del Estado si el Primer Ministro, Manuel Ulloa o el ministro de Economía, Rodríguez. Hablaban de alrededor de 40 millones de dólares. O sea, lo que para mí era un delito, para estos representantes democráticos del poder de turno constituía un buen trabajo que merecía ser remunerado. Claro, con el dinero de los ciudadanos. Escuché todo el tiempo sin decir palabra, sin opinar. Eso sí, consideré un privilegio ser testigo de un hecho con alta connotación inmoral como éste.

Pensé cómo no quedar "pegado" al Presidente en los actos protocolares que no podía evadir, como la ceremonia de transmisión de mando en Casa Rosada. En esta cavilación estaba cuando Belaúnde comunica que seríamos recibidos por el presidente argentino en persona, el general Bignone, al descender del avión, con la fanfarria de estilo. Recurrí nuevamente a Violeta Correa. Le dije que por mis convicciones ideológicas y políticas yo no estrecharía la mano sangrienta de este dictador. Violeta, que se reclamaba cristiana de izquierda, no dudó. Afirmó que conversaría con su marido. Retornó con esto: que no descendiera del avión con la comitiva y que pasada la ceremonia marchara directamente al hotel, con la mayor discreción. ¡Lindo gesto de Violeta Correa, co-gobernante del Perú! Años después Fernando Belaúnde recordó el incidente. Y satisfecho dijo: "Es que soy un verdadero demócrata". Lo dudo. Pero su gesto lo valoricé como si lo fuera.

Para guardar las formas –porque figuraba en la lista oficial de personalidades extranjeras– asistí a algunos actos, como el de la Casa Rasada. Ahí noté la presencia de un personaje curioso, por decir lo menos. Era Carlos Saúl Menem, creo que la única autoridad peronista

presente. Unas horas después lo vería en una confitería de barrio norte, solo y sentado en el mostrador. Me acompañaba entre otras personas la viuda de José Cabrera Flores, el médico peruano que murió en la guerrilla del Che en Bolivia; y que en su diario figura como "el Negro". Se entusiasmó al verlo a Menem y quiso saludarlo. Conversamos algo, diciéndole que habíamos estado juntos horas antes en la ceremonia de Casa Rosada, presentándome como senador peruano. De repente, este pequeño hombre, de largas y calculadas patillas, me sorprendió con esto: "Senador, lo invito para irnos juntos a La Rioja. Le prometo que la pasaremos bien, porque nos esperan unas hembras de primera". (Y este personaje, que me pareció un "farandulero", llegaría poco después a Presidente de Argentina, ¡durante dos períodos consecutivos!).

Ya dije que mi empeño para lograr el nombramiento por el Senado tenía doble filo, o intenciones: retomar contacto con los camaradas argentinos. Había transcurrido un año y meses desde mi presencia por el tema Malvinas. Era el momento en que el PST se convertía en Movimiento al Socialismo (MAS). Según me explicó Nahuel Moreno, que acababa de retornar al país, se trataba de construir una herramienta política, que sin rebajar programa y principios fuera lo suficientemente abierta y democrática –de ahí la idea de movimiento– capaz de atraer gentes que en la democracia podían ser ganadas al proyecto socialista. Una iniciativa audaz, que el proceso de la lucha de clases iría revalidando o puliendo. Por los pocos días de mi estadía en Argentina no pude ir a provincias a donde me invitaban. Además de Moreno me topé con "caras conocidas": algunos de los dirigentes, entre ellos Ernesto González, que estuvieron presentes en el Perú en los tiempos del FOCEP y la ARI, ¡pero como mis adversarios políticos! Y con otros que conocí en Bogotá, cuando en mi condición de lambertista traté de amargarle la vida a los "morenistas", que en esos momentos trataban de integrar al Bloque Socialista al PST, la sección nacional. Es decir que, por las vicisitudes de la vida política, los adversarios de ayer, en este 1983, convergimos asumiendo un proyecto común. Me parece que en esos días conocí a Nora Ciapponi, igualmente dirigente, dedicada con fervor y apasionamiento a la construcción de la herramienta partidaria. En esos momentos no sabía que, además de camarada, sería una amiga dilecta. Amistad cuidada prolijamente por décadas.

Días antes de retornar al Perú recibo la visita de mi hermano Federico, el "Fico" de la primera parte de estas crónicas. Me vio en la televisión como miembro de la delegación peruana a la transmisión del mando presidencial. Además del conmovedor reencuentro, lo otro era su invitación a un viaje a Pehuajó para vernos con su mujer Martha, maestra platense y su novia desde su arribo a la Argentina; y con sus cuatro hijos menores. Mi hermano, recibido de médico veterinario en la Universidad de La Plata, radicó en Pehuajó, ciudad del campo argentino en la que formó su hogar y en la que nacieran todos sus hijos. Constaté que lo consideraban un excelente profesional; y al establecer lazos con ganaderos y estancieros se promovería, socialmente, tanto que creo que en más de una oportunidad ganó la presidencia del Rotary Club. Conmovido y orgulloso de verme, "Fico" no reparaba para nada en mi filiación marxista, presentándome a sus amigos burgueses, muchos de ellos propietarios de campos y estancias. Hasta me hizo hablar en el Rotary. Claro, me cuidé bien de no meter "la pata", de hablar de socialismo y otras yerbas parecidas. Es decir diplomacia de ambas partes. ¡Orgulloso "Fico" de tener un hermano senador! Fue la última vez que lo vi. Pocos años después moriría de una dolencia cardíaca.

Mi mandato de senador concluía en 1985. Desde fines de 1982 el POMR y el PST nos habíamos unificado en un solo partido, afiliado a la LIT-CI, la nueva internacional morenista. El nuevo agrupamiento político que mantendría el nombre PST comenzaba a enfrentar los desafíos de la lucha política en momentos de retroceso del movimiento trotskista y de la competencia implacable del resto de la izquierda, principalmente de la exitosa Izquierda Unida. Pero nos manteníamos apoyándonos en nuestra inserción en los frentes de masas, principalmente bancario, minero y en la inserción nacional antigua. Sin embargo, los problemas eran los propios de "un matrimonio de apuro". Es decir, la fusión entre dos organizaciones con historias diferentes. Había que conocerse mucho más, lo cual pensamos lograríamos con el tiempo, en el combate común. Con el refuerzo de camaradas provenientes del ex PST atendimos con mayor atención a estos frentes, dedicándole más tiempo al minero, en que por la represión que sufrimos habíamos perdido posiciones. De mi lado estreché aún más el vínculo que tejí con la Amazonía, una de mis preocupaciones de siempre.

Reiteradamente visité la región, donde me aguardaba el trabajo partidario, pero también las movilizaciones y actos públicos que me tenían como orador principal. De ahí mi involucramiento con la vida de su capital, Iquitos.

Un día recibo la llamada telefónica de José Sicchar, nuestro líder regional. Éste, al frente de miles y miles de miembros de los pueblos jóvenes, a los que dirigía, había cercado amenazadoramente el local central de la Corporación Departamental, el organismo económico principal de la región. Exigían que el gobierno nacional reconociera a la organización de los pueblos jóvenes como miembros plenos de la Corporación, lo que les negaba el estatuto impuesto por el gobierno. José "Pepe" Sicchar, que conocía de estos menesteres (recuerden los de los indígenas en la asamblea popular de Iquitos en 1978), me dijo esto: "Dile al ministro Manuel Ulloa que si no cede, tomaremos violentamente el local sin importarnos la represión, sea de la policía o de los militares; que no nos importa morir". Como lo conocía a "Pepe" actué de inmediato. Le dije a Manuel Ulloa que tenía que dar la reivindicación, porque la paz social de la región quedaría amenazada, con sangre de por medio; que asumiera sus responsabilidades de dirigente nacional. Antes del enfrentamiento llegó la orden del gobierno; había cedido. Con este final: se modificó el estatuto, permitiendo la incorporación de los pueblos jóvenes a la Corporación como miembros a pleno derecho. Poco después, José Sicchar sería elegido miembro de su directorio desde donde vigilaría el buen uso de los fondos, buena parte dedicados ahora a financiar los proyectos de sus representados. Ni duden: cuestión de relaciones de fuerza.

Tampoco puedo dejar de contar cómo la regional del PST unificado encaró el problema de la vivienda. Combinábamos la petición formal y legal con la acción directa: movilizaciones y toma de tierras urbanas, siempre bajo nuestra dirección, acompañados por otras organizaciones de izquierda igualmente activas. Por eso convivíamos con la represión, una vez ganábamos nosotros y la mayoría de las veces la represión, o sea las autoridades. Tuve que radicarme varios días en Iquitos para cubrir con mi fuero parlamentario a los sin vivienda, que habían ocupado un predio situado en un lugar inmejorable en los aledaños de la capital. Ganamos, mejor dicho ganaron los ocupantes. Contri-

buimos a la organización y dirección de la nueva urbanización. Me emocioné años después cuando comprobé que se había convertido en un complejo modelo, en el que moraban creo que 2.000 familias.

Lo otro a destacar en ese lapso fueron las iniciativas para reconstruir nuestro vínculo con los trabajadores del sur del país, principalmente los mineros de Cuajone, base histórica del POMR. Gilbert Arriaga relata lo que sigue:

> A fines de 1979, una huelga general indefinida declarada por el sindicato, que escapó al control de la dirección y en la que Jesús Paredes, "el chileno", jugó un rol central concluyó con una feroz represión y el despido de más de 120 activistas, entre ellos los principales cuadros y dirigentes del POMR. Algunos fueron detenidos y remitidos a Lima para ser juzgados, aislándolos, para privarlos de la solidaridad de sus compañeros. Ante esta derrota la dirección del sindicato cayó temporariamente en manos de dirigentes conciliadores o pro-patronales. Pero la lucha por el rescate del sindicato se daría en el marco de la lucha por aglutinar a los trabajadores de las tres áreas, productivas de la compañía, la Southern Peru Copper Corporation (SPCC): Toquepala, Ilo y Cuajone. En 1981 la lucha por la reposición de los despedidos con la huelga de 45 días, enfrentados abiertamente a la patronal imperialista y al gobierno Belaúnde. Se logró una victoria a medias, porque sólo se logró la reposición del 60% de los despedidos. En 1983 la otra gran huelga que duró 40 días; pero esta vez por el cumplimiento del convenio colectivo, con grandes enfrentamientos con la represión, con la participación, ya desde el plano político, del Frente de Defensa de los Intereses de Ilo (FEDIP-Ilo). Me tocó ser el orador principal del mitin multitudinario en el que desembocó la gran marcha de todos los sindicatos y miembros del FEDIP. Por tanto, la reconstrucción de nuestro vínculo con los trabajadores de Cuajone y de la región se hizo al calor de las luchas más importantes contra la patronal intransigente y el gobierno belaundista. En una de las luchas más decisivas de los trabajadores mineros del país. Por eso no sorprende el retorno de nuestros camaradas sindicalistas a la dirección del sindicato. Antes tuvimos, entre otros, a Jesús Paredes, y luego a Santos Dávila, trágicamente fallecido años después.

Pero si jugamos un rol de punta en el FEDIP-Ilo fue porque nuestro activismo en él nos garantizaba una presencia permanente. Jugarían un papel destacado en dichos acontecimientos el propio Gilbert Arriaga, Luis Cabezas, "el loco", dirigente de choferes, Segundo Arana, dirigente bancario local, y Jorge Acosta, aún muy joven.

Se complicaba mi mandato de senador, con responsabilidades de referente público del PST, que mi condición parlamentaria potenciaba. Pero, asimismo, las inherentes a la construcción partidaria. Destaco además algunos hechos que se suman a mis anteriores responsabilidades. Por ejemplo, debí tomar posición pública con ocasión de la visita del Papa Juan Pablo II al Perú, en circunstancias que la mayoría católica del país y el gobierno le tributaban un inmenso homenaje, al que se sumaría gran parte de la izquierda, principalmente Izquierda Unida en la persona de Alfonso Barrantes, alcalde de Lima. Yo, antiguo monaguillo, debí tomar posición en contra, ganándome por ello el rechazo del mundo católico del país. Consideré que no podía ser vergonzante ante un acontecimiento como éste. Escribí una carta al presidente Belaúnde, la que hice conocer en cuanto medio de prensa la aceptó sin censura. Creo que vale la pena conocerla en su integridad:

> Lima, 30 de enero de 1985
> Señor Presidente de la República
> Arquitecto Fernando Belaúnde Terry
> Palacio de Gobierno-Ciudad
> De mi consideración:
>
> En días pasados he recibido su cordial invitación para asistir a la ceremonia de bienvenida a Su Santidad el Papa Juan Pablo II, que se realizará el viernes 1º de febrero en Palacio de Gobierno.
>
> Considero, señor Presidente, que es legítimo el júbilo del pueblo católico del Perú al recibir con todos los honores posibles al jefe de la Iglesia Católica. Hecho que aprecio en toda su dimensión. Sin embargo opino que la visita del Papa, como ha venido ocurriendo en otros países por él visitados, no está desprovista de una toma de posición de carácter ideológico y aún político. En su visita a la Argentina, en los días de la guerra de Las Malvinas, el Papa llamó a la paz en momentos en que el país hermano sufría por la muerte de sus jóvenes soldados, por acción de las

tropas mercenarias del imperialismo inglés. Para el pueblo argentino no podía haber un "empate" con el agresor, que por más de un centenar de años cercenó su soberanía. Este pueblo pedía la condena explícita de los agresores. Asimismo, el Vaticano recusa a los gestores de la Teología de la Liberación, que constituye el intento, hasta ahora no logrado, de una vanguardia del clero, de estrechar socialmente los lazos de la Iglesia con el pueblo oprimido en la época de la decadencia del capitalismo. Como efecto de esta posición, el Vaticano ha ordenado el abandono de sus cargos públicos a los ministros-sacerdotes en Nicaragua.

Temo, señor Presidente, que conforme a esta concepción, cuando el Papa haga un llamado a la paz y contra la guerra en Ayacucho, omita condenar a los responsables directos de la miseria y abandono del pueblo, causa fundamental de la violencia. Igualmente, señor Presidente, puede prestarse a una equívoca utilización política la idea desarrollada en ciertos medios de prensa de que la presencia de los candidatos a la presidencia de la República y de los parlamentarios, en la ceremonia de bienvenida, obedece, más allá de las normas protocolares, a la necesidad de presentarle al Papa, con este gesto, una muestra forzada de unidad nacional. Ésta, como bien sabemos, no puede lograrse mientras la mayoría de la población soporte desocupación y hambre, y que hayan centenares de desaparecidos e innumerables fosas comunes en las zonas declaradas en emergencia.

Lo he dicho antes: respeto profundamente la adhesión y expresiones de fe hacia el Papa del pueblo católico peruano. Pero, con toda honestidad, me permito dejar constancia que discrepo con el contenido y alcances de algunas de las posiciones ideológicas y políticas de Su Santidad. Tampoco coincido con el proyecto de ofrecerle en la bienvenida una expresión de unidad nacional que en el país no existe, imagen falsa que desaparecería al momento del retiro del Papa del país.

Por estas razones, expresadas escuetamente, creo conveniente no concurrir a dicha ceremonia, a la que gentilmente me invitara.

La saluda atentamente.

Ricardo Napurí

Senador

Candidato a la presidencia de la República por el Partido Socialista de los Trabajadores

Ricardo Barcelli, investigador social, que en los años de su residencia en Bolivia sería uno de los asesores de Juan Lechín, me dice que estaba de paso en Perú y que quería verme. Nos reunimos en su domicilio del distrito de Miraflores. Lechín fijó el cuadro de la reunión centrándola en un pedido concreto. Me dijo que lograra la firma de la mayor cantidad de senadores en un texto en el que se pedía la libertad de dirigentes políticos y sociales, y de casi toda la plana de la dirección sindical. La idea era conseguir la solidaridad y apoyo internacional como un medio de presión al gobierno de Paz Estenssoro. Lechín insistía en que estaba urgido de tiempo y que debía retornar a Bolivia urgentemente. Por eso no pudimos abordar otros temas, sobre todo los concernientes a la realidad latinoamericana y de nuestros países. Obtuve 40 firmas de los 60 senadores. Y la petición fue remitida al gobierno boliviano por vía diplomática, lo que no impidió que se conociera públicamente este importante gesto solidario. Sería la última vez que vería a este personaje, a quien conocí en los días de la revolución obrero-popular de 1952; y que aparece varias veces en estas crónicas, pero casi siempre como uno de los grandes responsables de la traición al proceso revolucionario de su país. Falleció años después.

Había olvidado completamente a Antonio Díaz Martínez. Estudió sociología en la Universidad de Huamanga. Ya graduado, vino a Lima a tratar de ejercer su profesión en la Universidad Agraria. Mis camaradas de VR lo presentaron. Díaz Martínez quería nuestro apoyo en todo el proceso de selección de los candidatos sabiendo de la influencia de VR en ese claustro universitario. Joven, modesto, afable, parecía tímido. Mantuvimos lazos de amistad, tanto que aceptó ser testigo de nacimiento de mi hijo, lo que quedó documentado en la partida de nacimiento del niño. Pero esto es el pasado. Transcurrieron varios años sin vernos. Reconozco que me olvidé de él. Pero recibí en el Senado la visita de su hermana: afirmó que Antonio quería verme. Yo no sabía de quién hablaba. Con asombro me enteré por ella que Antonio era Díaz Martínez, acusado por el gobierno de ser el segundo dirigente de Sendero Luminoso en su condición de ideólogo. Me pedía que lo visitara en la cárcel de Lurigancho, la misma que me tuvo antes como "huésped". Lo acusaban de un montón de "atrocidades". Por mi status de senador pude verlo casi inmediatamente, desoyendo consejos en contrario.

Fue dramático y emocionante nuestro reencuentro. Me abrazó cálidamente, diciéndome que yo era el único dirigente de la izquierda que los senderistas respetaban. Me pidió que gestionara ante quien correspondiera el cambio de prisión, porque quería estar cerca de sus camaradas presos. Recuerdo que le obsequié la novela de Vargas Llosa *La historia de Mayta.* Ambos sabíamos que la gestión sería difícil. Pero la intenté una y otra vez. ¿Cuál es la trascendencia de este relato? Antonio Díaz Martínez fue uno de los 240 presos vilmente asesinados en 1986, bajo el gobierno de Alan García. Veamos en qué contexto. Se reunía en Lima la Internacional Socialista, de la que el Apra es miembro. El joven y ambicioso Presidente pretendía ser elegido uno de los dirigentes mundiales de dicha corporación, a pesar de sólo contar 37 años de edad. De su lado, los casi 6.000 presos políticos y sociales pensaron que era la oportunidad de que los visitantes conocieran su situación; a lo que agregaron un pliego concreto de peticiones. Ante esto "el joven" Alan García ordenó a las fuerzas armadas reprimirlos en el término de la distancia. Es decir, antes de que se instalara el congreso de los socialdemócratas. "Sin dudas ni murmuraciones" los militares cumplieron la orden, atacando las cárceles con tanques, helicópteros artillados y artillería a granel. Es decir, una carnicería. La cobarde justificación sería qua se trataba de un levantamiento senderista, y que los presos estaban tan armados como sus represores. Obviamente una barbaridad infame. Había terminado la "guerra". Como remate de la victoria, uno a uno, 240 detenidos fueron asesinados con tiros a la cabeza, por supuesto que estando completamente desarmados. De esta forma murió Antonio Díaz Martínez, testigo de nacimiento de mi hijo Ernesto Fidel. Acusado de genocidio y de violación a los derechos humanos, Alan García fue exonerado de toda responsabilidad por la Corte Suprema, por orden del presidente represor Alberto Fujlimori.

En 1985 fui candidato a la presidencia de la República, en elecciones que ganaría el aprismo y su candidato presidencial Alan García, el mismo que un año después ordenaría el asalto militar a los penales. Como actualmente cumple un segundo mandato presidencial, vale la pena recordarlo siquiera de paso. En 1978 fue el último de la lista aprista de los candidatos a la Asamblea Constituyente. Casi no le conocí la voz, porque acataba la disciplina de su partido, en el

que tenían prioridad los "ancianos" de los días fundacionales; después los jovencitos recién llegados, Alan García y otros. Sin embargo este joven mudo se volvería un locuaz irrefrenable; y además exitoso. De ahí que en 1985 ganaría cómodo las elecciones. Yyo, uno de sus contrincantes, lo vería pasar de largo. Es decir, "arrasó".

Concluía mi experiencia parlamentaria con esta postulación, sabiendo de mis escasas posibilidades. Pero el partido resolvió candidatearme como una forma de aprovechar este terreno de la lucha política. De un lado, para a pesar de nuestras grandes limitaciones en la propaganda, tratar de verter la mayor cantidad de ideas y planteamientos a quienes quisieran escucharnos. De otro, para diferenciarnos de Izquierda Unida, ya metida de lleno en políticas de colaboración de clases. Obviamente gran parte de mi "discurso" estuvo dirigido a alertar a los ciudadanos de los peligros que correrían con un gobierno aprista, un partido que hacía ya mucho tiempo transitaba el camino que le marcaban las patronales y el imperialismo.

Algo más relacionado con el aprismo. En los días postreros de mi mandato fui nombrado integrante de la delegación peruana a la reunión anual de la OIT, a realizarse en Ginebra, Suiza. Cumplida mi tarea, recalé en París para reunirme con algunos de mis viejos camaradas trotskistas. En el mismo momento en que Alan García, ya elegido presidente, realizaba un viaje de placer para despedirse de sus viejas amistades, de la bohemia parisina. No lo vi, aunque me enteré de su presencia por medio de Armando Villanueva. Este líder aprista me pidió vernos en Madrid; dijo que para algo muy importante.

Puntualmente acudí a la cita. Estaba con otras personas, algunas dirigentes del PSOE. Yendo al grano afirmó que el MRTA –la guerrilla castrista– había pactado con el Apra una tregua en las acciones militares. Ahora faltaba que lo hiciera también Sendero Luminoso; que habían pensado que yo era la persona indicada para realizar la intermediación con sus dirigentes. Me sorprendió la petición. Le dije a Villanueva que yo no era la persona indicada, porque nada tenía que ver con SL, salvo la mutua condición de adversarios políticos. Villanueva leyó de una hoja de papel lo que los servicios de inteligencia le aportaron: mis visitas a Díaz Martínez y mis gestiones para el cambio de penal. Para los represores esto probaba un vínculo mío con el senderismo; y al más alto nivel. Expliqué

el carácter de mi vínculo con Díaz Martínez y mucho sobre mis convicciones éticas. No creo que lo convencí. Es que la mayoría de los "políticos" se mueven por otra clase de convicciones y valores.

No obstante aproveché la buena onda –Villanueva a pesar de su fama de hombre "duro", intransigente, siempre me trató cordial y respetuosamente– para interesarlo en el caso de Sybila Arredondo, la viuda del escritor José María Arguedas, en esos momentos encarcelada en la cárcel de mujeres en la localidad de Chorrillos. Es decir, le pedía que el gobierno aprista la dejara en libertad. Armando conocía el tema. Argumentó que los servicios de inteligencia militares afirmaban que era una espía chilena infiltrada en el país, a través de su matrimonio con Arguedas. Incluso me citó el caso de José Antonio Arce, dirigente izquierdista de Bolivia, que según los militares de ese país tenía como esposa a una espía chilena. Y por los vasos comunicantes de los servicios de inteligencia, el de Bolivia era un antecedente que invalidaba la gestión por esta otra chilena, mi amiga. Sybila, mi vecina, junto con Arguedas, de barrio. Sin embargo, Villanueva insinuó que podía encontrase una forma de "burlar" a los servicios; algo así como que se escapara de prisión, sin que la vigilancia se diera cuenta. Cometí el tremendo error de visitarla en prisión para plantearle el tema. No me dejó hablar más. Su indignación fue enorme. Dijo que prefería morir antes de hacer algo como esto. Que jamás traicionaría sus más profundas convicciones revolucionarias. En su novela *El zorro de arriba y el zorro de abajo,* Arguedas describe a Sybila, su mujer, como "paloma y acero". Yo conocí a Sybila "paloma". Esta era la Sybila "acero". Me retiré de la cárcel avergonzado, conmocionado. ¡Y por que no: derrotado!

Una breve reflexión

La candidatura a la presidencia de la República coincidió con el fin de mi mandato de senador. En el "llano" tendría más tiempo para abordar las tareas de construcción de la herramienta partidaria. Y además las internacionales, porque acababa de ser elegido miembro de la comisión moral de la LIT-CI. Sin embargo retornaba al llano con algunas reflexiones en la mochila, las que sucintamente trataré de expresar en los párrafos siguientes.

El análisis concreto de una situación concreta, exigencia metodológica del marxismo, abarca según mi parecer un lapso o período que parte del velasquismo, cuyos rasgos principales han sido detallados anteriormente. Sus ideólogos decían combatir por una "democracia social de participación plena". Para ellos democracia social era el nuevo tejido social fuertemente corporativo; organización a la que el régimen daba vida. Pero régimen forjado a través de una dictadura militar. Ergo: un rechazo frontal a la democracia formal y al sistema de partidos políticos, su sustento. Por tanto, negación del parlamentarismo, considerado ajeno a los intereses populares; y por ello elitista.

Las masas populares y con ellas la izquierda socialista –a pesar de sus diferencias–, al resistir estas tendencias corporativas del régimen militar en su fase progresiva, fueron configurando los perfiles de una democracia social, de los de abajo. Sus herramientas: las luchas, movilizaciones de diverso carácter, las asambleas populares, los frentes de defensa; y en el terreno más político y consciente, los partidos y frentes que se reclamaban de la clase trabajadora y del socialismo, entre ellos el FOCEP, la UDP, Izquierda Unida, la ARI. Es decir, con sus limitaciones y contradicciones, la expresión de la acción directa de las masas populares, de "su" democracia. Enfrentada inicialmente al velasquismo y después frontalmente a la fase dictatorial encabezada por el general Morales Bermúdez. Y ahora, ya en otras condiciones, a la democracia formal o burguesa.

O sea que el lapso o período comprende además de las dos fases del régimen militar al gobierno de Acción Popular y al presidente Fernando Belaúnde, surgidos de un proceso electoral, después de la derrota de aquél. Lo más representativo y mayoritario de la izquierda intervino en este proceso, después de los antecedentes de la Asamblea Constituyente y la frustración de la ARI. Para nosotros, del POMR, el concepto "terreno deformado de la lucha de clases", significaba que los elementos desarrollados de democracia social quedaban embalsados para ser correlacionados por la democracia liberal, burguesa o representativa. Vía deformada de la lucha de clases, que no supera las contradicciones y conflictos en todas las clases y capas de la población, en cada momento político.

La situación concreta señala que con el arribo de la democracia quedaba momentáneamente detenido el ascenso social y radicali-

zado del período, su amesetamiento. Ahora había que realizar una experiencia política en un terreno teóricamente desfavorable para los de abajo. Terreno en que se sienten cómodas las fuerzas democráticas, al fetichizar las instituciones parlamentarias como suprema expresión de la democracia, de la que dicen ser sus legítimos representantes. Es decir, la democracia política con sus prácticas y reglas ya establecidas. No importa si estas prácticas denotan la desigualdad de oportunidades entre unos y otros. Casi ninguna para la expresión directa de los oprimidos, y muy pocas para las organizaciones de izquierda, sin dinero, sin prensa. La fundamental, la televisión paga.

He dado cuenta de hechos puntuales en mi condición de senador, que tocan directamente al tema de la independencia de los poderes del Estado. Todas las Constituciones lo remarcan. Mis ejemplos demuestran que no se necesita presionar mucho a estos poderes, porque ellos son parte de la trama del poder ya estructurado, que viene de lejos. Seguramente más "sutiles" en países avanzados con mayor tradición democrática y con instituciones más logradas, estables. Es decir que la división de poderes es un hecho, por lo menos en condiciones "normales" del ejercicio democrático. No obstante en los países históricamente atrasados, tal el caso del Perú y otros latinoamericanos, este atraso y la desigualdad social son la fuente principal de degradación de la democracia, con prácticas y reglas contrarias a los intereses de la mayoría popular.

O sea: el análisis debe considerar preferentemente lo que se denomina la trama del poder, con sus múltiples gradaciones. En lugar destacado la patronal económica, las fuerzas empresariales organizadas, que controlan o influyen a las instituciones del Estado. Siendo mayor su preocupación las fuerzas armadas y policiales, como la principal garantía a su dominación de clase. Los vasos comunicantes con los poderes ejecutivo, legislativo y judicial son múltiples. Lo comprobé personalmente en el lobby de la patronal farmacéutica sobre el Legislativo, para impedir la creación de un laboratorio del Estado capaz de romper el monopolio que ejercen en esta rama de la producción. Asimismo, la subordinación del presidente de la Corte Suprema de Justicia al presidente Belaúnde no era más que una manifestación de la subordinación del conjunto de la Justicia, salvo honrosas excepciones,

al Poder Ejecutivo. ¿Esto se da sólo en el Perú? No requiero repasar la vida de otros países para comprobar que es una constante prácticamente en cada país latinoamericano. Y ni qué hablar en Argentina.

Por ello las fuerzas de izquierda, que nos reclamamos socialistas, tenemos problemas con esta democracia. Mientras la relación de fuerzas sea favorable a las fuerzas patronales y a sus representantes políticos, esta democracia, aún degradada, se mantendrá, por las ilusiones democráticas y el fetichismo de "un hombre un voto", que mantienen atados a los ciudadanos a la institucionalidad burguesa. Sí, en esta democracia de baja calidad, ya que las elecciones no siempre son limpias y libres. Debido entre otros hechos a las restricciones a la creciente participación ciudadana; y por el fraude que significan promesas electorales que los gobernantes elegidos saben que nunca cumplirán. Pero hay algo más a destacar: la combinación del atraso con el problema cultural, del que aprovecha en su beneficio la burguesía. En efecto, en 1923, José Carlos Mariátegui advirtió cómo el atraso cultural era fomentado deliberadamente por los detentadores del poder:

> La cultura es una de las fuentes más importantes del poder, la burguesía es fuerte y opresora, no sólo porque detenta el capital sino también porque detenta la cultura. La cultura es uno de sus principales, uno de sus sustantivos instrumentos de dominio. La cultura es el mejor gendarme del viejo régimen. El capital es superable violentamente. La cultura no.

Los verdaderos militantes revolucionarios estamos en nuestra salsa cuando combatimos preferentemente en el terreno de la democracia social, no importa si todavía embrionaria. Ahí están las movilizaciones radicalizadas, los cordones industriales y las asociaciones de los sin tierra, como manifestación de autoorganización de las masas populares durante el gobierno "socialista" de Salvador Allende. Las asambleas populares y los frentes de defensa en el Perú, sin olvidar el camino que han seguido "los de abajo" en Ecuador, Colombia, Paraguay, entre otros países. Pero cuando, por el estancamiento o retrocesos de las luchas, las herramientas en la democracia social no se desarrollan como embriones de poder dual –caso la COB de Bolivia–, nos

aguarda otro combate, de otras características y desafíos, en el cuadro de la democracia formal o parlamentaria.

Mi experiencia parlamentaria me previno acerca del peligro que enfrentan las organizaciones de la izquierda socialista. A través de ella, las fuerzas patronales, económicas y políticas imponen el calendario político, a través, sobre todo, de los procesos electorales para la elección de sus representantes. Opino que si esta democracia se mantiene por décadas, la tendencia a adaptarse a esta expresión del sistema es real. Es decir la disputa, casi siempre en minoría, de los cargos parlamentarios termina convirtiéndose en el eje principal de la actividad partidaria, salvo que se opte por quedarse al margen, como lo hacen algunas pequeñas organizaciones de propaganda. Los casos del PT brasileño y del Frente Amplio uruguayo, son emblemáticos. Fueron dejando en el camino el socialismo de sus orígenes, en la medida en que más éxitos tenían en la democracia parlamentaria. No importa si declaran formalmente el fin del socialismo, parodiando a Fukuyama. Pero sus actos políticos demuestran que han sido "chupados" por la democracia; por esta democracia. Por eso los desafíos para la izquierda que resiste son grandes. ¿Cómo comprender el dilema de esta izquierda adaptada al sistema, que sin embargo a veces mantiene un "discurso" socialista y marxista, y los más atrevidos hasta de inminencia de la revolución?

Desaparecidas las dictaduras que asolaron Sudamérica, los defensores ideológicos –muchos de ellos serios analistas políticos– de esta democracia, admiten sus carencias. Admiten que en nuestros países subdesarrollados es débil o imperfecta, comparándola con la de los países avanzados que la conquistaron acompañando el desarrollo capitalista. Pero no se detienen a explicar a fondo, y sacar las debidas conclusiones, de nuestro mundo real lleno de peculiaridades. Mundo en el que incide gravitantemente el atraso –desigualdad insoportable y miseria popular– en la calidad de la democracia. Tomando ejemplos de diversos regímenes y gobiernos latinoamericanos hablan de democracias débiles, protegidas y hasta autoritarias. Al gobierno de Alberto Fujimori le correspondería la casilla de democracia autoritaria; y más actualmente al de Uribe en Colombia. El casillero "protegida" está más poblado. Con diferencias entre ellos, Menem, Bachelet, Tabaré Vásquez, Lula. En el rubro "débiles" cabe todo, desde Lugo en Paraguay hasta

los populistas de todos los matices. Quedan al margen del esquema los regímenes de Cuba, Venezuela, Ecuador, Bolivia, caracterizados unos de comunistas y socialistas o algún otro de populismo antidemocrático. Sobre todo la gente de Bush y el Pentágono se preocupa de hacerle un seguimiento a estos últimos, viendo la posibilidad de meterlos en su propio casillero, de "ejes del mal".

¿Por qué cierro esta reflexión con el problema de la democracia, la nuestra? De un lado, porque en la época de la globalización neoliberal del capitalismo, "su" democracia es uno de los vehículos principales de cooptación de marxistas devenidos en adocenados al sistema. Estos, directa o vergonzantemente, al proclamar el fin del socialismo, se alinean con los que desde otras tiendas políticas declaman el fin del marxismo. O sea de la revolución y el comunismo. De otro lado, porque frente a la adaptación al parlamentarismo de ciertos grupos de la izquierda –para algunos "democratizantes"– hay que recordarles, por si lo han olvidado, que la maestra de la vida es la lucha de clases; y que por tanto no debemos arriar las banderas de la lucha extraparlamentaria, impulsando en cada situación concreta las herramientas de la democracia social. Y lo otro: montar los mecanismos –aun estando en el Parlamento– que enfrenten las embestidas del capitalismo y sus agentes políticos, de todas las vertientes. Incluso, como dice Mariátegui, los de la decadencia cultural.

El morenismo: mi tercera experiencia en el movimiento trotskista

No estaba obligado en mi condición de miembro de la comisión moral de la LIT-CI a vivir en Buenos Aires, la sede. Pero Nahuel Moreno –cuyo verdadero nombre era Hugo Bressano– afirmó que era conveniente que una vez concluido mi mandato de senador, viniera a la Argentina para empezar una experiencia personal en el centro internacional y en el MAS, la organización "madre". ¿Por qué la invitación? Por mis planteamientos y dudas que quedaron en el tintero, en los días de mi visita al país en diciembre de 1983, en ocasión de la asunción presidencial de Raúl Alfonsín. Moreno consideraba que mi reiterada

exigencia de un balance de la frustrada fusión con el lambertismo, de los problemas suscitados alrededor de la fusión con el PST peruano –de la ARI principalmente– lo haríamos en el marco adecuado. Es decir, después que yo conociera más a fondo a la corriente a la que acababa de adherir. Y agregó que él pensaba que esto facilitaría mi salto político: ganar el lugar de dirigente internacional. Claro, ahora del "morenismo". Acepté.

En lo político y humano esta decisión tendría consecuencias directas en la "película de mi vida", con este otro capítulo. Me alejaba físicamente de mi hijo Ernesto Fidel, un adolescente siempre en riesgo, de mi madre y Haydée, pero también de mis hermanas y resto familiar. Además, en lo material concreto, porque yo cubría gran parte del presupuesto hogareño. Y los abandonaba cuando recién soldábamos los vínculos entre nosotros, que la vida desquició en grado superlativo. Asimismo, lo otro. Dejaba atrás a mis camaradas y amigos de partido, con los que forjamos un pedazo de historia social y política, no importa la trascendencia histórica de la misma. Para estos camaradas marchaba a cumplir con mi deber internacionalista. Para mis familiares la pérdida transitoria del sustento afectivo. Al final todos asumieron el hecho. A su modo comprendieron que el partir no es necesariamente alejarse...

Volví al país que conocía bastante, en el que realicé mi primera e importante experiencia política; y en el que siempre me consideré uno más de sus ciudadanos. Comprobé rápidamente que venía a algo así como a casa ajena, en la que debía alojarme estrechando los mejores vínculos con sus propietarios naturales. ¿Por qué casa ajena? Es que en el MIR-Praxis de su etapa fundacional, desplegué múltiples iniciativas en tanto uno de sus promotores y dirigente. En el MIR peruano algo parecido, desde mi mediación ante el Che Guevara y después en mi tarea de punta en su desarrollo organizativo de alcance nacional. Y como mis lectores se han enterado, por mi iniciativa se formó Vanguardia Revolucionaria (VR) y el Partido Obrero Marxista Revolucionario (POMR). Esto era parte de mi historia política. Si bien el "lambertismo" me acogió durante una década, reconozco que "no consumé el matrimonio" por mis disidencias y actitud independiente, y de otro, por los efectos del espacio: nosotros estábamos en América

Latina y el "centro" en Francia, con un vínculo espasmódico puesto siempre a prueba.

Pero además esto. Desde los años 50 las disidencias del MIR-Praxis con la organización morenista eran relativamente profundas. Sin embargo, ahora yo intentaba un proyecto común con quienes por décadas fuimos adversarios políticos. Nahuel Moreno, que conocía mis cavilaciones, trató de encauzarlas con una propuesta: tomar todo el tiempo que creyera conveniente para, metido en el archivo y la biblioteca partidarios, leer los textos y documentos de la corriente, con el acento puesto en sus luchas en el movimiento trotskista. Y simultáneamente desplazarme libremente en el MAS, para conocer sus actividades, aunque principalmente a sus integrantes en todos los niveles. Mi base de operaciones estaría en el equipo de dirigentes que componían la dirección internacional, la mayoría extranjeros, al que quedaría integrado. Provisionalmente este sería mi asiento, o equipo de trabajo militante, pero más orientado al seguimiento de las secciones nacionales de la LIT-CI que al propio MAS.

No planteé nada acerca de mis problemas económicos familiares. Integraría el núcleo de miembros rentados con el salario estipulado, acorde con las estrictas normas ascéticas de la corriente. Por ello fui a vivir en el domicilio de un camarada con el que compartiría gastos. Asumí que con este salario estricto apenas cubriría los gastos de mi subsistencia. De ahí que discretamente, porque conocía el medio, logré aumentar mi caudal de ingresos a través de un trabajo *sui generis*: preparación de informes mensuales de la realidad política para la agencia de un antiguo amigo. Me parece que éste "vendía" mis informes incluso a embajadas de países extranjeros. Por esta vía a mi hijo y a mi madre les pude remitir, por años, las mensualidades correspondientes. Con este gesto mantenía mi tradición austera y principista de militante revolucionario.

Avanzada mi lectura y reflexión crítica, pensé sin embargo que no tendría que asumir el activo y el pasivo de la corriente morenista. Algo así como no pagar los alquileres atrasados de otros. Eso sí, entendí el carácter de las disidencias de antaño. Quizás la principal, el "entrismo" en el movimiento peronista, sobre todo en su rama sindical, que en el MIR-Praxis no entendimos. Nahuel Moreno lo justificaba en tan-

to decisión táctica, indispensable para poder hacer pie en la clase trabajadora, controlada y dirigida férreamente por la burocracia sindical peronista y por el propio régimen.

Había que horadar esta pesada losa. Los que estábamos fuera del movimiento real de los trabajadores no reparamos en lo principal de la maniobra: influir y ganar a un sector de obreros a posiciones de vanguardia socialista. Los críticos nos quedamos en las formas: el exceso de tacticismo y gestos como el de afirmar, en determinado momento, que Palabra Obrera se ponía bajo la disciplina del general Perón, el cantar en los actos públicos la marcha peronista; o llamar a votar la candidatura presidencial de Arturo Frondizi, acompañando en esto al peronismo.

Si destaco este "entrismo" en el peronismo –un partido burgués de masas obreras y populares en un país atrasado– es porque el hecho fue caracterizado como una capitulación por la mayoría de las corrientes trotskistas, entre ellas el lambertismo y el pablo-mandelismo. En París, en 2003, me entrevisté con Michel Löwy y Daniel Bensaïd. Los vi para saludarlos, pero también para manifestarles mi asombro ante un hecho que les concernía en su condición de dirigentes de la Liga Comunista Revolucionaria (LCR) francesa, la sección base del Secretariado Unificado. Es que en una reunión pública en que el orador principal era Machado, dirigente de Democracia Socialista, miembro del PT de Brasil, se produjo una viva discusión. Tomaron la palabra para discrepar con Machado Virginia Marconi y Jean Philippe Dives, dirigentes de una corriente interna de la LCR, ambos de origen morenista. Se discutía la caracterización del gobierno de Lula y la posición de los trotskistas ante él. Como Virginia Marconi y Dives ganaban la discusión por sus más correctas posiciones, miembros de la mesa intentaron acallarlos con la acusación de "morenistas". Ante mi queja Löwy y Bensaïd –los vi por separado– coincidieron en que el morenismo era una corriente revisionista y oportunista en el trotskismo, por su capitulación, principalmente, al peronismo. Y contestaron mi argumento diciendo que el SU no abriría ninguna discusión sobre el morenismo, por ser un tema ya en el olvido, con su lápida respectiva. Intenté decirles que a una corriente del movimiento se la debe juzgar a través de un balance histórico, con el eje de si pasó en algún

momento la frontera de clase. Con este incidente di respuesta parcial a mis interrogantes de 1986.

Cuando avanzaba en mi reflexión me quedé sin el principal interlocutor. En enero de 1987 falleció Nahuel Moreno, víctima de una enfermedad cardíaca. Lo lamenté sinceramente, acompañando en esto a dirigentes, cuadros y militantes que lo lloraban. Sentían que perdían a su gran referente político, considerado un maestro por sus seguidores de las 20 secciones nacionales de la LIT-CI. Me dolió en lo humano y en lo político. Era el dirigente con el que me había comprometido y con el que tenía pendiente una agenda de temas importantes para mí, que quedarían sin abordar.

He dicho a mis lectores que estas crónicas son esencialmente personales por su carácter autobiográfico. Por eso –si se puede hablar de un método– sólo encaro mis relatos a partir de cómo hago política al andar, lo que califico cómo la película de mi vida. De ahí por qué "salto" determinados acontecimientos políticos en los que no estuve presente, entre otros la rebelión de los tupamaros en Uruguay y montoneros y errepistas en Argentina. Y, asimismo, uno que otro gobierno en mi tránsito militante por América Latina. Desde la dirección internacional, el conocimiento de su realidad y especificidades socio-políticas lo acompañé con el seguimiento del accionar político y los problemas de construcción de las secciones nacionales, casi todas en la región.

Pasado el tiempo acompañé mi puesto de dirección internacional con la militancia en el MAS. Pero, ¿a qué tipo de partido me integraba? En esos momentos apenas pude caracterizarlo tentativamente. Aunque reconozco que hay una "huella" en la historia de su desarrollo. Desde la década del 40-50, su etapa fundacional, con característica de grupo de propaganda, dirigido a sembrar ideas alrededor del marxismo, pero sobre todo del trotskismo. Con el acento puesto en el internacionalismo, en la militancia internacional. Por ello, desde sus inicios, este grupo quedaría incurso en los vaivenes de las recurrentes crisis del movimiento trotskista. Agrupamiento que tomaría diversos nombres –Grupo Obrero Marxista (GOM), Partido Obrero Revolucionario (POR), Palabra Obrera, PST, MAS– apostando a pegarse a la clase obrera como garantía de su consecuencia programática.

Es en este proceso que se inscribe el "entrismo" en el movimiento peronista, principalmente sindical.

Otra audacia táctica de Nahuel Moreno y sus seguidores fue la idea del Movimiento al Socialismo, concebido como una herramienta capaz de atraer posibles militantes y adherentes venidos de otras vertientes socialistas. Pero principalmente peronistas porque se aguardaba el casi inminente estallido de este movimiento, según previsión de Nahuel Moreno. Ya en plena democracia, sabiendo que de ésta se beneficiarían preferentemente los partidos tradicionales. Bastaba que la franja más politizada viniera a la izquierda.

Hallé un partido de alrededor 5.000 militantes celulados, con una amplia periferia de simpatizantes influidos directamente por el accionar del nuevo instrumento político. Hasta ese entonces no había visto una organización tan caudalosa, que se reclamara marxista y trotskista; y por supuesto socialista. Aunque el número no era para mí lo más significativo, si tomamos la referencia de partidos con influencia de masas devenidos en reformistas, tal el caso de los partidos socialistas europeos; y en casa, el de Chile principalmente. Presté atención a las reales articulaciones con los frentes de masas y en el caso argentino, por su especificidad, la influencia sindical. Constaté que el MAS tenía articulaciones de diverso grado en varios frentes: ferroviarios, metalúrgicos, bancarios, salud, maestros, construcción, juventud universitaria. Y también núcleos partidarios, unos más desarrollados que otros, en las ciudades más importantes del país. Esta realidad le confería una estructura de proyección nacional. Y en esos momentos el principal agrupamiento trotskista, disputándole cabeza a cabeza al Partido Comunista el lugar de primer partido de la izquierda argentina. Sin embargo, y para extraer lecciones útiles, no podía dejar de realizar comparaciones, aunque no siempre son válidas debido a las distorsiones que ocasionan las especificidades nacionales. Así, en el Perú, VR y el POMR antes de sus crisis, con apenas algunos centenares de militantes y cuadros, lograron ser parte de direcciones de sindicatos de punta, entre otras en metalúrgicos, textiles, pescadores, construcción civil, del calzado. Pero lo más destacado fue nuestra fuerza, durante años, entre los trabajadores bancarios, que se manifestó en la dirección o codirección de varios centros federados de la banca nacional

y extranjera. Ya he destacado, igualmente, nuestra extraordinaria implantación en el movimiento minero del sur del país; y en el movimiento estudiantil universitario. Esto fundamenta el hecho, igualmente notable, de la fundación de la CGTP, la central obrera, con lugares importantes en su dirección.

Sin embargo y a pesar de esta gran presencia en el escenario de la lucha de clases en el Perú, proporcionalmente superior a la del MAS, éste me pareció desde el primer momento un partido más "armado" políticamente, más marxista y socialista que el POMR y VR. Es probable que en ello pesara la larga e importante lucha de la corriente contra la burocracia sindical oficialista y contra el peronismo, que por décadas ha atrapado a la mayoría trabajadora del país. Asimismo, el necesario deslinde con el estalinismo del Partido Comunista, de larga tradición como corriente obrera. Es igualmente otro factor, débil en el Perú, la militancia internacionalista y la preocupación por la formación de cuadros y militantes. El conjunto de estos factores, y quizás otros, es probable que se hayan conjuncionado para darle un perfil singular al morenismo en el país.

No obstante, el lector acucioso y enterado puede preguntarme, ¿y el problema de dirección? ¿No es que una organización se califica, también, por su naturaleza, o sea por su calidad? ¿Cuál es su experiencia acumulada? ¿Dirigió grandes acontecimientos de la lucha de clases? Finalmente, ¿es madura o inexperta? Mi intento de respuesta vendrá después.

Este MAS podía llevar a decenas de miles de personas a los actos que convocaba, principalmente en estadios de fútbol. Recuerdo un lleno completo en Ferrocarril Oeste, uno de los primeros. El éxito nos conmocionó a todos, comenzando por Nahuel Moreno, que fuertemente impactado e impresionado me dijo algo así: "Ricardo, este es el anuncio que pronto llega la revolución". Creí entender la frase como una sana y pedagógica manifestación de optimismo voluntarista. Pero, como Nahuel Moreno había escrito acerca del pronto e inmediato estallido del peronismo, pensé si en realidad manejaba mejor que yo los tiempos políticos y que efectivamente avizoraba el pronto arribo de la revolución. Ya en el local partidario le pedí conversar. Me preocupaban varias cosas, entre ellas si el partido ya estaba listo para encarar res-

ponsabilidades de dirección si se abría un curso revolucionario en el país. Le dije a Moreno que me preocupaba algo que me comentó Raoul, el dirigente disidente de la dirección lambertista. Este sostuvo, en uno de sus diálogos-consejos, que un hecho que gravitó en el carácter que adquirió la OCI fue el salto de grupo a organización de vanguardia. Argumentó que la dirección no previó los problemas que este salto acarrearía; lo que condujo a la OCI a deslizarse al terreno movimientista, adaptada al sistema.

Le dije a Moreno: si el MAS se desarrolla en esta etapa, hasta devenir en partido con real influencia de masas, qué previsiones ha pensado para corregir las distorsiones que probablemente aparecerán con sus pequeños o grandes saltos cualitativos. Es decir, la presencia multitudinaria de nuevos militantes y adherentes en un corto tiempo, ¿no producirá una suerte de presión de una periferia laxa hacia el centro, poniendo en peligro el carácter del partido? Tomando en cuenta los consejos de Raoul, le expresé a mi interlocutor una idea como ésta: si no había que pensar en un partido vertical-horizontal, de estructura radial. El círculo principal integrado por la dirección, comandando algunos centenares de cuadros calificados, rigurosamente formados y probados. El segundo radio, los militantes realmente orgánicos, celulados. Y el tercero, la gran mancha de adherentes y simpatizantes, bajo control directo de los cuadros del segundo radio. O sea que había que defender al MAS, en tanto partido marxista de vanguardia, ante los peligros de un hipotético crecimiento masivo. Le recordé sus palabras escritas: la real posibilidad de un inminente estallido del peronismo, hecho que de producirse liberaría una amplia franja de trabajadores y jóvenes, aptos para ser ganados por la izquierda. Además, ¿no apostábamos a la apertura de una situación revolucionaria? Un Nahuel Moreno pensante y receptivo me escuchó y aportó lo suyo al diálogo. Pero no hubo un segundo diálogo porque falleció poco después.

Más comprometido con las tareas internacionales terminé siendo de hecho uno más de los dirigentes de la LIT-CI, a pesar de que ningún congreso me había nominado para el cargo. En la división del trabajo quedé obligado, preferentemente, del seguimiento y atención de la mayoría de las secciones sudamericanas, un poco menos Brasil y Uruguay. Por mi iniciativa fui a Paraguay, todavía bajo la dictadura

de Stroessner. Estuve un par de meses, para mí en total clandestinidad ante los peligros reales. Logramos el nucleamiento de una capa de compañeros que darían vida a otra sección de nuestra internacional. No imaginé que correría peligros, con el riesgo de caer en manos de la represión brutal del régimen dictatorial. Investigadores del Plan Cóndor hallaron en los archivos policiales ocultos un documento que me concierne. Por oficio Nº 3350, el comisario general Alberto Centero eleva un informe al jefe del departamento de investigaciones de la policía, Pastor Coronel, afirmando: "Que el ciudadano peruano Ricardo Napurí Schapiro, diputado del Partido de los Trabajadores del Perú, de extracción trotskista y afiliado a la Cuarta Internacional, se encontraría desde hace un mes aproximadamente en nuestro país con el propósito de fundar aquí el Partido de los Trabajadores (PT), sobre la base de la denominada Agrupación Independiente de Trabajadores (AIT). Que esta posibilidad estaría desencadenando una lucha intestina a nivel del Movimiento Democrático Popular (MDP), que está en la misma temática de formar el PT, pero de orientación marxista-leninista..." Miércoles, otra vez tuve suerte.

También a otros países dediqué atención especial, sobre todo a Bolivia. Leía atentamente los materiales de la izquierda de ese país, incluidos los de nuestra sección nacional. En ella los problemas políticos eran de amplio espectro, incluso morales. Antes, en mi condición de miembro de la comisión moral, intervine para "laudar" por acusaciones morales entre dirigentes. Un asunto siempre delicado. Pero eran decenas de compañeros –en un momento más de un centenar– que buscaban dotarse de una identidad propia, si consideramos que la tradición trotskista se concentra principalmente en la figura de Guillermo Lora y el POR. Es decir, construir una organización a pesar de la extrema polarización social y política. Sin embargo, en pocos años lograron articulaciones entre los mineros, y en los movimientos obrero-sindical y estudiantil. Mi tarea, además del seguimiento regular y puntual era, cuando asomaba por el país, discutir con los camaradas la orientación política, ayudar en la formación de los militantes y uno que otro acto público. Pero, asimismo, ir a provincias, sobre todo a los asientos mineros principales en los que siempre había trabajadores interesados en escucharnos.

No obstante, fue Pablo Solón, el referente público del partido, el que con más preocupación abordó el tema campesino, casi siempre dejado de lado, o como secundario, por las organizaciones "obreristas". Puso el dedo en la llaga, si tenemos en cuenta el problema campesino e indígena en un país atrasado como Bolivia. En algún momento Pablo fue acusado de "campesinista" y hasta de apoyar la formación de un partido de los campesinos, cuando estos plantearon dotarse de una herramienta política propia. Este hijo del pintor más famoso de Bolivia dedicó buena parte de su tiempo a asesorar a un sector del campesinado organizado. Por la crisis y estallido de la LIT-CI lo dejé de ver. Por este hecho perdí contacto con los camaradas bolivianos y también con él. Pero supe que se alejó del partido y también del trotskismo.

Como un dato curioso, con perfiles anecdóticos, relato lo siguiente. Nos vimos el 2006 en París de manera circunstancial. Estaba ante Pablo Solón, asesor personal del presidente Evo Morales al que me presentó y con quien tuve un diálogo corto pero provechoso. Asistí a un acto público en la alcaldía de París, en el que la mayoría estaba formada por diplomáticos y funcionarios del gobierno. Tuve la impresión que lo escuchaban, entre sorprendidos y admirados, como en una escena de realismo mágico. De mi lado, afirmo que me agradó Evo, como persona. Me pareció sincero y leal en "sus" convicciones. Nunca se reclamó socialista, ni marxista; y menos comunista. Pero este indio-campesino es parte principal de una de las páginas más hermosas de la historia de Bolivia. Por supuesto que página todavía abierta. Me obsequió dos libros que llevaba en su alforja de hombre de la tierra. En cuanto a Pablo Solón, el ex dirigente público del morenismo boliviano, sería nombrado ministro plenipotenciario. Y por la prensa me entero que fue designado candidato de Bolivia a presidir la Unión de Naciones del Sur (UNASUR), compitiendo con Néstor Kirchner. Por supuesto que para mí Bolivia no es sólo Pablo Solón y Evo Morales de la anécdota. Tengo en ese país muchos amigos políticos todavía. Me interesa más realizar un segundo seguimiento, que me conduzca a descifrar qué pasa y qué pasará en Bolivia, donde la oposición "fascista", sobre todo de Santa Cruz, amenaza todo el tiempo con desencadenar la guerra civil en un escenario de revolución y contrarrevolución. He aquí el dilema que pondrá a prueba al gobierno de Evo Morales.

Sin embargo Chile es otra realidad y otro tema. Volví al país después de mi exilio en Francia, en plena dictadura pinochetista. Nahuel Moreno seguía muy de cerca lo que ocurría en el país vecino. Yo me encargué después de la atención de esta sección nacional. Para ello conté con la asesoría y apoyo de Arnaldo Torres ("Antonio"), un chileno miembro de la corriente venido de su exilio en Suecia. Muchos problemas enfrentaban los trotskistas chilenos, integrantes de pequeños grupos que se reclamaban de las varias corrientes internacionales. Me informaron que eran incapaces de coincidir entre ellos, hasta en la unidad de acción, lo más elemental. Supuestamente muy sectarios y dogmáticos. No obstante, pude adentrarme bastante en el conocimiento de los fundamentos de sus problemas. Por ejemplo, que su marginalidad y sectarismo no necesariamente eran la expresión de un fundamentalismo trotskista. Es que habían llegado tarde a una realidad social y política, donde los actores más destacados eran fuerzas con más historia y permanencia. Uno de ellos, el Partido Socialista, que desde los años 30 se erigiría, junto con el Partido Comunista, en la corriente principal de la izquierda del país. Con este hecho particular: el PS siempre tuvo a su interior un ala izquierda que simpatizaba con el trotskismo; lo que constituía un polo de atracción para activistas y militantes que radicalizaban.

En la otra vereda estaba el PC, partido de masas fuertemente estalinizado y uno de los más antitrotskistas de América Latina. Decir partido de masas es decir articulaciones e influencia en el movimiento sindical y estudiantil, preferentemente; incluso en los medios culturales. Ante estas evidencias poco espacio quedaba para los pequeños grupos trotskistas; y para peor se presentaban ante los trabajadores divididos y sectarizados. He ahí, según mi opinión, algo de los fundamentos de su marginalidad política, agravada por sus constantes divisiones y escisiones. El seguimiento que les hicimos desde el centro internacional, y yo con mis reiteradas presencias en el país, tenían por eje, en esos años, que los camaradas aceptaran la autoridad de la LIT-CI, en reemplazo de Nahuel Moreno.

Pero ya desde 1987 aparecían síntomas reales que la dictadura pinochetista transitaba el último tramo de su existencia. Con la paraguaya eran las últimas que quedaban en Sudamérica. Por tanto el cuadro internacional les desfavorecía. Y en el caso chileno por el menor

apoyo de Washington a su protegido Pinochet. Estos hechos repercutían en el país, manifestándose en la mayor resistencia popular y en la exigencia del cese de la dictadura de parte de los partidos de la democracia. Por esto, la necesidad de que los camaradas chilenos comprendieran esta nueva realidad para aprovechar los resquicios semidemocráticos e incluso prepararse para une posible salida electoral. Fue una pequeña batalla convencerlos, aunque un sector comenzaba a coincidir con el planteamiento. Ante la importancia de Chile, la dirección internacional quedaría aún más comprometida en un seguimiento más puntual. Por eso mis visitas al país se hicieron más asiduas hasta prácticamente después de la caída de la dictadura. Han pasado muchos años, pero mi interés por Chile ya es más personal. Tengo ex camaradas y amigos regados por todos lados, principalmente en Concepción, Santiago y un poco más en Valparaíso. Invitaciones de por medio, pude usar la tribuna de la Universidad y asistir a más de un evento político. En este bello puerto siempre me esperan amigos, entre otros Denis Barria y Arnaldo Torres.

Conozco algunos balances sobre el MAS y la LIT-CI. Me parecen un aporte, aunque no tengo coincidencias totales con sus fundamentos. Sin embargo destaco el que realizó el equipo encabezado por Juan Carlos Urse ("Negro Andrés"), dirigente histórico de la corriente. Metodológicamente este balance tiene dos escenarios: hasta Nahuel Moreno; y el otro, después de él, hasta los años 1990. La idea eje es afirmar que con su muerte concluye la etapa favorable de la corriente, a riesgo de equivocarme en la afirmación. La dirección que le siguió no fue capaz de enfrentar y solucionar los problemas que ocasionó la crisis partidaria. Por tanto una dirección mucho menos experta que fracasaría en toda la línea, ante los crecientes desafíos.

De mi lado afirmo que no realizaré nada parecido a un balance de la corriente y de sus partidos. No es éste el lugar y no me corresponde en mi condición de "no originario" de la misma; y porque no me siento capacitado para hacerlo. Otros lo pueden hacer mejor que yo. Por eso aviso que todo lo que exprese tiene un carácter aproximativo-tentativo, tratando de evadir todo exceso subjetivo. Empiezo con el tema dirección, que como sabemos es central para los marxistas revolucionarios. Trotsky lo elevó a las dimensiones más altas al afirmar que

la crisis de la humanidad es la crisis de la dirección revolucionaria. Se acepte o se descrea de esta afirmación del dirigente de la revolución de octubre, lo que constatamos es, efectivamente, que los dirigentes de las grandes revoluciones históricas no pudieron conducirlas hasta el logro final de sus objetivos; y en los sendos procesos fracasarían como direcciones. Casos, por ejemplo, de la revolución francesa de 1789 y la socialista de Rusia de 1917.

Y en el caso del movimiento trotskista sus principales dirigentes (Pablo, Mandel, Cannon, Hansen, Healy, Lambert, Moreno, Lora), a pesar de sus calidades teóricas o de constructores de partidos, han fracasado en la tarea de formar equipos de dirección con capacidad y experiencia. En cuanto a esta última, hay una gran fosa con las virtudes de sus líderes.

La corriente morenista se estructuró y tomó cuerpo alrededor de la figura excluyente de Nahuel Moreno, desde sus días fundacionales y siendo muy joven aún. Como lo he señalado antes, con un fuerte compromiso internacionalista, hasta desarrollarse como una de las vertientes principales del movimiento internacional. Este curso propio, en el escenario de la lucha de clases nacional y mundial. Pienso que mi amigo Negro Andrés no señala en su balance elementos, o circunstancias, que condujeron a que con Nahuel Moreno aún vivo, se produjera, por diversas razones, una especie de "embalse" de la crisis, que se manifestaría abiertamente después de su desaparición física. Los revolucionarios desde Marx –tomado sólo como referencia–, siempre han enfrentado el problema de la distancia o contradicción entre sus ideas y objetivos y la debilidad política del movimiento revolucionario. De ahí el desajuste entre la actividad teórico-política y las posibilidades de su verificación, que han provocado constantes querellas doctrinales y deformaciones, como fetichismo, dogmatismo, rasgos de objetivismo, impresionismo, subjetivismo, voluntarismo e impresionismo en la lucha de los revolucionarios en su esfuerzo por construir la herramienta partidaria. Esto lo resalta, entre otros, Daniel Bensaïd.

Creo que algunos de estos rasgos aparecen frecuentemente en el accionar del morenismo. Por ejemplo, la tendencia a confundir radicalización de las luchas con una modificación cualitativa de las relaciones de fuerza entre las clases y en el seno del movimiento de los

trabajadores. A esto se denomina "objetivismo", en el sentido que es la realidad concreta lo determinante, rebajando el papel de la subjetividad. Esta desviación explica la caracterización del actual período de la lucha de clases como de inminencia de la revolución y de crisis conjunta del imperialismo y de la burocracia estalinista. De esta forma la idea de revolución inminente lleva a la idea de situaciones revolucionarias asiduas y casi permanentes.

Nahuel Moreno, como la gran mayoría de las trotskistas, suscribía dogmáticamente la hipótesis de revolución política en la URSS, cuando ésta no era posible prácticamente desde 1929, como lo señala Aldo Casas en su libro *Después del estalinismo.* A esta caracterización sigue otra: Estado obrero degenerado o deformado. Como, asimismo, tomar a la revolución rusa como modelo histórico a imitar. Por este hecho ni Moreno ni sus seguidores asumimos a tiempo una posición crítica, de amplio espectro, sobre la revolución rusa, al no reconocer su carácter peculiar e incluso excepcional. Era importante meterse en el tema crucial sobre el carácter de la relación partido-soviets. O sea, en el hecho de que esta relación fue cambiando cualitativamente desde la revolución democrática de 1905 hasta 1917; y desde la toma del poder, seguida de la guerra civil e intervención imperialista. Con una conclusión funesta: la burocratización del partido y la extinción de los soviets, o sea las herramientas del poder de las masas autoorganizadas.

De un análisis fino de estos hechos podían haberse extraído conclusiones útiles de todo el período posleninista, principalmente después de las dos guerras mundiales. Claro, lo que señalo son bosquejos reduccionistas sobre el morenismo, aunque útiles para explicar la idea del embalse. Es decir, cómo la corriente, con su voluntad de ir siempre al movimiento obrero, lo hace bajo el prisma de condiciones casi siempre favorables a los trabajadores por la idea de revolución inminente, que la realidad denunciaría como una variante "atajista", cuando la dirección que siguió a Moreno creyó que el MAS ya estaba listo para plantear la lucha por el poder, sin situación revolucionaria, ni doble poder, ni herramientas propias de los trabajadores y las masas populares.

Entonces, ¿cuáles son las características del MAS pos-Moreno? Para empezar, la creencia, a pesar de todo, de la revolución inminente y de situaciones revolucionarias "permanentes". La realidad no

puede inventarse a capricho. No obstante, la dirección se atrevió a inventar la realidad para hacerla favorable, para meterla a forziori en las previsiones políticas. De esta forma aparece la tendencia a ver en cada conflicto o estallido de rebeldía: santiagueñazo, rosariazo, etc., no simples expresiones de éstos sino manifestaciones de doble poder o de procesos revolucionarios en desarrollo. O sea lo antes señalado: el peligro de confundir radicalización de las luchas con una modificación cualitativa de la relación de fuerza entre las clases, sin tener en cuenta la crisis de los "de arriba", de los detentadores del poder. Y lo peor: cuando el MAS agudiza el proceso de integración al régimen, vía de una desviación electoralista.

Desarmada políticamente, la dirección magnifica la fuerza e influencia real del MAS. No se dio cuenta de que, a pesar de su notable crecimiento, era todavía un fenómeno relativamente marginal en relación al grueso del movimiento obrero y popular, siempre bajo el control del peronismo. El MAS, que en 1982 fue concebido por Nahuel Moreno como una forma transitoria de construcción del partido revolucionario, en su tránsito político no había resuelto aún los problemas de su verdadera identidad. Una manifestación de ello es que entre la fuerza de la adaptación al sistema y la fuerza de las articulaciones reales con los trabajadores y la juventud, lo que predominaba era la adaptación al primero.

Un ejemplo demostrativo de la adaptación a la institucionalidad democrática es el caso Luis Zamora. Este era un joven abogado, especializado en temas de derechos humanos. No tenía ninguna experiencia militante y menos aún en responsabilidades de dirección. Se le escogió como referente público del partido por ser el que mejor respondió en tanto un "rostro" que caía bien a los sectores populares politizados. Pero, principalmente, como el mejor candidato en los procesos electorales pautados del calendario electoral. Me llamó la atención el hecho, y así lo hice saber en una reunión del comité central. Para mí lo fundamental en la etapa era plantear nuestras ideas y metas, y defenderlas en toda tribuna, incluso electoral. Obviamente, Zamora –un joven limitado políticamente– no era la persona adecuada. Dije que ésta era tarea a cargo de los cuadros mejor formados políticamente, mejor si a cargo de sus principales dirigentes. Puse el ejemplo de Alfon-

so Barrantes, el abogado que 10 organizaciones integrantes del frente Izquierda Unida escogieron como su referente público, porque era buen orador y porque mediaba entre los grupos antagónicos de ese colectivo. Este simpático y amable abogado ganó los comicios municipales y fue elegido alcalde de la ciudad de Lima. Como creyó que los votos eran suyos, se animó a cuestionar a los partidos que lo llevaron a la victoria. Escindió Izquierda Unida y se fue de su organización madre. Esto provocó una crisis de la que nunca se repuso Izquierda Unida. Pregunté: ¿y si Luis Zamora se va del MAS, no crearía un grave problema, por decir una palabra dulce? Sí, Zamora se fue, pero como parte de una escisión en medio de la crisis. Pero no sólo del MAS sino también del marxismo y del trotskismo, convirtiéndose por su accionar político posterior en un "honesto" francotirador en la izquierda, pero casi siempre en el cuadro de la democracia electoral.

Casi todos los grupos nacionales se formaron bajo esta impronta. Es decir con la misma mirada de la realidad. Y como el centro real era el partido argentino, por su mayor desarrollo en un país fundamental de América Latina y el liderazgo de Nahuel Moreno, estas secciones de desarrollo desigual no pudieron escapar a su influencia y métodos. De ahí las limitaciones para su propio desarrollo independiente. Todas las secciones adoptaron estatutariamente el centralismo democrático, aunque fueran pequeños grupos fundacionales, porque así lo exigía estatutariamente la "internacional". Y ésta por el seguidismo acrítico al bolchevismo-modelo histórico único, sin considerar que este centralismo democrático –por el que luchó Lenin principalmente– fue adoptado tardíamente por el bolchevismo ante las exigencias particulares de la lucha de clases en Rusia. Por ello era una fórmula que debía someterse a la prueba de otras situaciones y otras realidades. Por el respeto religioso al centralismo democrático, las pequeñas secciones nacionales quedaron atadas acríticamente al "centro". Pero este centralismo democrático con Nahuel Moreno era una cosa y sin él otra, sólo por la fuerza de su autoridad. Lo otro era la dirección inexperta y sin autoridad sobre sus dirigidos. De esta forma, el centralismo democrático, como ocurre en casi todos los grupos chicos, se convierte en un arma en manos del o de los dirigentes del colectivo militante.

Esta dirección inexperta, atravesada por múltiples problemas, consideró no obstante que el MAS estaba ya maduro para plantearse el problema del poder, para encabezar una insurrección, curiosamente dejando de lado las recomendaciones de Lenin y Trotsky acerca de lo que este último denominó el arte de la insurrección en una situación de la lucha de clases favorable. Sin embargo, la dirección del MAS –sin haber provocado una discusión al respecto– consideró que la situación argentina, por excepcional, no era comparable con otras conocidas. Es decir inventó una situación que no existía en el país. Para justificarlo: la fuerza del partido, de tal magnitud, que podía prescindir de la dualidad de poder y de las herramientas propias de los trabajadores y el pueblo, que en Rusia fueron principalmente los soviets. Y lo último, la calidad de la dirección, de la que un dirigente dijo –sin avergonzarse– que era superior a la bolchevique. Y el remate: ningún esquema serio de cómo tomar el poder. Es decir, "del arte de la insurrección".

Todo esto devendría en trágica fabulación política. Se plasmó en el documento *Vamos hacia nuevos octubres.* No sólo en Argentina sino en otros países. Coincidió el planteamiento con el derrumbe de los países del socialismo real, o sea de la burocracia estalinista. La dirección del MAS y de la LIT-CI caracterizaron el hecho como la esperada revolución política, en la que los trotskistas jugaríamos un papel determinante. Mientras desde Buenos Aires se decía esto y de los nuevos octubres por venir, Alberto Franceschi, uno de los dirigentes que en esos momentos recorría los países del Este, advertiría sobre el carácter restaurador de esos procesos, para nada una revolución política. Reingresado al país, Franceschi fue demonizado, acusado prácticamente de contrarrevolucionario. No dio un combate por sus convicciones y desmoralizado retornó a Venezuela, su país de origen. Poco después, como consecuencia de una crisis personal, resolvió pasar "la frontera de clase", convirtiéndose en el ideólogo del "Proyecto Venezuela" del gobernador Salas Rommer, la derecha de la derecha. Actualmente recala en Acción Democrática, asumiendo abiertamente la defensa del capitalismo. Lamenté la deserción de este camarada y amigo, que vino conmigo a la LIT-CI desde el lambertismo, siendo uno de sus principales fundadores.

Este dramático desfase con la realidad sumergió al MAS y a la LIT-CI en una descomunal crisis. La clase dominante argentina, meti-

da en una crisis política coyuntural, escapaba apenas de su agravamiento con la entrega anticipada del gobierno, de Raúl Alfonsín a Carlos Menem, candidato triunfante del partido peronista. Pero si la burguesía sorteaba su crisis coyuntural no ocurriría lo mismo con nosotros. Es que de la inminencia de la revolución, con la que educábamos a nuestros cuadros y militantes, y de los supuestos preparativos insurreccionales, pasamos a "ponernos en orden" con la realidad concreta. Las decenas y decenas de cuadros que se desestructuraron de sus centros de trabajo, por orden de la dirección, para cumplir tareas "insurreccionales", sufrirían un golpe mortal. Igualmente desmoralizados y descreídos comenzarían a abandonar las filas partidarias. Y el MAS, sumergido en una larga crisis a la que los dirigentes no encontrarían respuesta. De esta forma quedaba abierta la vía para una mayor integración al sistema, al privilegiarse la lucha electoral-parlamentaria.

El morenismo superó mejor que el lambertismo la crisis que produjo la desaparición de la CICI, según lo comprobó Jean Puyade, miembro del lambertismo, ante el evidente retroceso organizativo y político de esta corriente. La fundación de la LIT-CI fue una medida defensiva, que comenzaría a dejar de serlo debido principalmente al desarrollo de algunas de sus secciones nacionales. No sólo del MAS argentino sino de Convergência Socialista (CS) de Brasil –que posteriormente se transformaría en el Partido Socialista dos Trabalhadores Unificado (PSTU)–, del PST peruano y boliviano, del grupo paraguayo seguido de exitosas implantaciones en otros países, incluso en España y Francia. Pero, qué duda cabe, la crisis alrededor de los "nuevos octubres" fue de otra naturaleza, de identidad, comprometiendo seriamente el proyecto fundacional de la LIT-CI, su evidente no realización.

Como parte de esta crisis, el PSTU, la sección brasileña, se postularía como el partido y la dirección alternativos, en reemplazo de un MAS agónico, para ellos. Pero en mi opinión, teniendo el derecho para hacerlo, equivocaron el método. No tuvieron paciencia y trataron de violentar los tiempos, sin preocuparse de impulsar una discusión reflexiva de carácter internacional, pero no entre cuatro paredes sino abierta a todos. Además el pretexto era equivocado. Asumieron la caracterización de Estados obreros deformados cuando éstos, manifiestamente, ya no lo son. Cuestión de principios según sus alegaciones. Así, en la

medida en que el MAS no lo aceptó, quedó planteada la ruptura. Y con ella la de las secciones nacionales, que siguieron a uno u otro. Yo estuve unos meses en el PSTU, invitado por su dirección. Comprobé su desarrollo e implantaciones, la más importante en el sindicalismo. Como cada agrupamiento partidario tiene su propia historia, el peso de la fuerza sindical en el PSTU es determinante, confiriéndole un perfil de organización fuertemente "sindicalista". En un país con una débil tradición de izquierda socialista y marxista, esta implantación "defiende" al partido ante las presiones negativas del atraso político. Su dogmatismo y sectarismo es típicamente brasileño. No sé si es una deformación explícita o un mecanismo de defensa, salvaguardando su existencia. Está colocado a la izquierda del arco político del país y tuvo el acierto de irse a tiempo del Partido dos Trabalhadores (PT), cuando éste se convertía en uno más de los partidos capitalistas, a pesar de sus orígenes plebeyos y de sus iniciales postulados "socializantes". Sí, el PSTU es hoy la organización "madre" de la casi extinguida LIT-CI. Lograron lo que buscaron. ¿Tendrán la capacidad de realizar lo que no pudo concretar el MAS de Moreno? Se reclaman morenistas, ¿pero de qué proyecto? Esperemos que el tiempo, o sea el devenir, dé la respuesta.

Como una reflexión propia –con las salvedades que he señalado– afirmo que el proyecto morenista plasmado en la LIT-CI originaria y en el de convertir al MAS en un partido con influencia de masas y dirigente, no existe más. Aunque sí el "morenismo", a través de organizaciones, grupos y personas que todavía se referencian de alguna forma en él. En Argentina, por ejemplo, se puede comprobar que hay "dormidos" quizás miles de morenistas e izquierdistas en general que no militan ni activan partidariamente, pero que reaparecen en los momentos de ascenso social, sobre todo en los movimientos sociales a los que pertenecen. Esto se evidenció claramente con el llamado "Que se vayan todos", en el momentáneo proceso revolucionario entre los años 2001 y 2002.

En lo más personal quiero destacar lo que sigue: afirmé que cuando arribé a Buenos Aires para integrarme a la dirección internacional, como miembro de la comisión moral, me sentí como que venía a casa ajena; y expliqué por qué. En esos años no me faltaron trabajos y responsabilidades. Junto con mis compañeros de comisión recibimos

denuncias de un sinfín de hechos considerados morales, de camaradas de Suecia, Bolivia, Ecuador, Perú, Colombia, México, Argentina, etc.

Tuve que viajar solo a España, para recibir el testimonio de compañeros enfrentados políticamente entre sí, pero que supuestamente rozaban lo moral.

Ya elegido miembro de la dirección internacional debí tomar noticia de los primeros enfrentamientos fraccionales. Sólo en su fase más avanzada, tomé posición a favor de quienes creía eran los más consecuentes defensores del proyecto LIT-CI, con el que me comprometí desde su fundación. Poco pude gravitar cuando el PSTU resolvió la ruptura con el MAS y con las secciones que lo apoyaban. Desde 1992 hasta 1999 fui elegido miembro de la dirección nacional del MAS, a pesar de mi condición de extranjero, que sólo me impedía ser uno de los referentes públicos del partido. Fui actor y testigo de su larga crisis, en la que no pude gravitar decisivamente. De 5.000 militantes en 1985 quedaban sólo 500 en 1999, y pocas inserciones en frentes de masas y algunas en provincias. Este año fue elegida una nueva dirección, integrada mayoritariamente por compañeros, todos sin experiencia política, que años antes se habían ido del MAS y que después retornaron, pero con la promesa "de portarse bien", o sea lealmente. Era evidente que constituían un grupo fraccional, pero que se hacían presentes en medio de una crisis de disolución del partido. Pese a mis sospechas resolví acompañarlos como miembro de la nueva dirección. Apostaba a la ruleta. Todo o nada. No resistí más de un año. Nunca había realizado una experiencia tan traumática como ésta. Era imposible convivir con un grupo fraccional que actuaba en la dirección con sus métodos perversos. Dije basta y me fui, pidiéndole al congreso autorización para escribir un libro, como forma de despedida con camaradas a quienes respetaba. Me refiero a los delegados presentes.

Me dije: no vine a la corriente para pasar mis últimos años en una secta política, ahora denominada absurdamente "Nuevo MAS". Consideré terminado mi compromiso con la corriente morenista, con Nahuel Moreno y los camaradas con quienes combatimos codo a codo y lealmente. Consideré, asimismo, agotado el proyecto LIT-CI, del que fui parte en tanto uno de los fundadores de ésta. Me retiré pensando que culminaba otra etapa de mi vida política. Una más. Quedé libre

para nuevos emprendimientos, para nuevas aventuras del pensamiento y la acción política. A pesar de mis 83 años. Un poco más que "pibe", según los argentinos.

¿Trotskismo o marxismo revolucionario?

¿Qué reflexión realizo de mi larga, compleja, y contradictoria travesía en el movimiento trotskista? ¿Existe un abismo entre los planteamientos fundamentales teóricos y políticos –que tuvieron a León Trotsky como su cerebro principal– y la práctica de quienes nos reclamamos sus seguidores? ¿Por qué durante tantos años mantuve mi compromiso y militancia a pesar de mis dudas y desacuerdos con algunas de las corrientes del movimiento, según lo he relatado? En fin, ¿No es el momento de preguntarse qué es el trotskismo?

Lo que me llevó a asumirlo es la idea-eje que el trotskismo es la fase contemporánea del marxismo revolucionario. ¿Uno más entre otros "ismos"? Por ejemplo: luxemburguismo, gramscismo, leninismo, maoísmo, castro-guevarismo. Para muchos el trotskismo es la respuesta marxista global en una determinada etapa de la lucha de clases que tiene su origen, principalmente, en la revolución de octubre en Rusia. Es decir, la continuidad del leninismo. No obstante, la reivindicación de la revolución de octubre, y sus principales lecciones, no sería suficiente para justificar su existencia histórica. Hay mucho más. Por ejemplo, la idea de Trotsky de que la crisis de la humanidad se debe a la crisis de la dirección revolucionaria. No importa si el concepto aparece como reduccionista, ya que la realidad contemporánea demuestra que la crisis de la humanidad es más que esta afirmación. Pero sí la vigencia de la revolución permanente, que no deja de reaparecer bajo distintas formas, tal el caso de Cuba. O sea que sus tesis no son más que una de las formulaciones teóricas respecto de la unidad mundial de la lucha de clases, de su carácter desigual y combinado. De esto se deduce que lo más importante no son los procesos objetivos sino los subjetivos, de la revolución misma.

Sobre el programa de transición. Lo asumimos como la comprensión de la realidad, pero también como el método para la movilización

revolucionaria de las masas populares hacia su propio poder. Otra cuestión es su manejo dogmático al considerarlo "el" programa, tanto para los países avanzados como los atrasados, al rechazar su actualización. Asimismo, el combate por el internacionalismo revolucionario quedó, casi solitariamente, bajo la responsabilidad de los trotskistas, a pesar de su condición minoritaria. Y esto porque el estalinismo y la socialdemocracia le dieron la espalda, reduciéndolo a eventos y congresos formales, y para los días de fiesta. Es por eso que el rescate de la tradición internacionalista en el movimiento obrero y popular quedó, prácticamente, en las solas manos de los seguidores de la Cuarta Internacional. Y esto, porque la responsabilidad de los revolucionarios de cada país es darle dimensión internacional a sus luchas, al proyectarlas mundialmente. Un eslabón de este proceso es la consigna de Estados Unidos de Europa, de América Latina. Además, en la presente etapa de mundialización del capital y de las formas políticas que asume su dominación. Es decir, que las luchas del proletariado, del campesinado y de capas populares de cada uno de nuestros países atrasados deben apoyarse necesariamente en las luchas de los otros. Esto lo expresan y justifican las tesis de la revolución permanente.

Algo igualmente importante. El hecho de que el trotskismo denunciara desde el primer momento –o sea antes que otros lo hicieran– el proceso estalinista, la contrarrevolución burocrática en la URSS, que preparó el derrumbe del "socialismo real". Este drama y sobre todo la inminencia de la Guerra Mundial, condujo a León Trotsky a proclamar la Cuarta Internacional en 1938. Y a partir de ello, el intento de formación de los núcleos nacionales. Concebida como una pequeña internacional basada en cuadros capaces de producir análisis, caracterizaciones y orientaciones de la cambiante situación económica y sobre todo política mundial, tratando a la vez de definir etapas, fases, procesos; y la naturaleza de las crisis.

De esta forma la Cuarta Internacional –"partido mundial de la revolución socialista"– sería fundada por un pequeño número de cuadros, agrupados en pequeñas organizaciones. Sin embargo hubo quienes se opusieron a esta proclamación, señalando el error de hacerlo en un período de retroceso y derrotas de la lucha de clases. Además, no contando con ningún gran partido, como lo fuera el bolchevique,

cuando en 1919 se fundó la Tercera Internacional. Es decir, darle vida a contracorriente; lo que la condenaría, casi seguramente, a una existencia minoritaria, casi grupuscular. Reconociendo estas advertencias, León Trotsky defendió la idea de una central internacional de cuadros para, en las condiciones negativas de su nacimiento, poder mantener y trasmitir la herencia revolucionaria y la preparación del porvenir. Más claramente: nacía en medio de una serie de derrotas del proletariado mundial, a lo que se agregaba la contrarrevolución burocrática en la URSS y el dominio estalinista sobre todos los partidos comunistas del mundo.

De su lado, con sus propios métodos, la socialdemocracia jugaba un rol parecido. Pero Trotsky pensaba que la burocracia del Kremlin no sobreviviría a la prueba de la guerra y que ésta desencadenaría un sinnúmero de procesos revolucionarios, así como la probable caída de los regímenes burocráticos a través de una revolución política. El pronóstico iba acompañado con el planteamiento de que esta fase, de ascenso revolucionario, brindaría a los trotskistas grandes oportunidades para crecer y desarrollarse hasta convertirse en partidos con influencia de masas, capaces de dirigir revoluciones.

O sea que en esta fase de la historia, favorable a los trotskistas, quedaría resuelto el problema de la crisis de la dirección revolucionaria. Pero la nueva realidad no puso al frente de ninguna revolución a los cuartistas, mientras el estalinismo salía enormemente fortalecido de la guerra. Por ello la Cuarta mantuvo y hasta acentuó su debilidad y marginalidad. Al no haber podido revertir esta marginalidad aparecieron en sus filas un sinnúmero de deformaciones, entre otras el atajismo-voluntarismo. Y de cómo encararon los trotskistas esta crisis aparecieron los "fundamentalismos", al considerarse cada agrupamiento o grupo "la" dirección, o el único embrión calificado. De esta forma los otros trotskistas sobraban, eran un obstáculo, por centristas, reformistas, oportunistas, revisionistas, democratistas, etc. Es decir, el "fundamento" para una serie de errores. El primero, los argumentos que los justificaban como la única dirección o partido. Después, cómo resolver el problema con la realidad que camina aparte de estos designios.

Concebirse como "la" dirección es puro dogmatismo. No sólo las varias cuartas internacionales son caricaturas de internacionales,

por no contar con un solo real partido de masas, aunque sí con pequeñísimos grupos nacionales. Es decir, que el partido-no partido condena prácticamente a la nada.

Animismo, el fetichismo del programa se acompaña con el hecho de que nos hemos comido los tiempos, viendo revoluciones y situaciones revolucionarias por todos lados; que sólo existen en nuestras cabezas o voluntarismo revolucionario. En esta línea aparecen los marcados rasgos atajistas, los seguidismos acríticos a procesos como los de China, Yugoslavia, Nicaragua, Cuba, El Salvador, etc. Más claramente: el impresionismo. Por tanto, no es solamente la inminencia de la revolución sino también la retórica triunfalista: "la lógica de la situación mundial es trotskista". De ahí porqué las organizaciones se dividan no sobre cuestiones de principios sino sobre discrepancias tácticas, aunque hay que reconocer que las polémicas entre trotskistas, que pueden aparecer a los desinformados como superficiales, siempre toman en cuenta problemas reales y de la época.

Yo no soy, entonces, un crítico externo al movimiento trotskista. A través de estas crónicas señalo mi condición de actor, de un compromiso militante. Aunque creo sinceramente que mi experiencia en sus filas no me provee de las herramientas necesarias para abordar algo así como un balance histórico. Afirmo igualmente que no pretendo escapar a mis responsabilidades, a mi experiencia y compromisos personales. Los varios trotskismos y las varias internacionales sí tratan de hacerlo. Pero afirmo que no creo que exista un trotskismo puro u ortodoxo. Algo demostrativo es que cada país o grupo de países tenga su propio trotskismo. Ante esto, la necesidad de un examen de la historia y las políticas de todos los agrupamientos trotskistas, en la medida que la situación actual deviene relativamente favorable para realizar esta tarea ante la crisis de los aparatos contrarrevolucionarios. Creo firmemente que un cambio de la realidad, de la lucha de clases, podría ayudar –claro, si se hacen bien los deberes– a sobrepasar su debilidad y marginalidad. De ahí que el pasado dé cuenta de errores tácticos, de método, de principios, e incluso de violaciones a la conducta y moral revolucionarias. Pero también de que perdimos un sinfín de oportunidades, que nos impidió ligarnos estrechamente con los trabajadores y la juventud.

Por lo expuesto, los trotskistas prácticamente no existimos como tales. Por ser una corriente ajena a la mayoría de los trabajadores, porque no hemos sabido ni podido ser parte de su interés político, a pesar del rol histórico jugado por León Trotsky y de las luchas de sus herederos, conocidos o anónimos. Y esto cuando –con el arribo del nuevo siglo– los trabajadores enfrentan los despiadados golpes de los detentadores del capital y sus agentes. Lo que obliga a realizar un serio balance del pasado siglo XX y de sus historias social y política. Es lamentable que los trabajadores, en su golpeada memoria política, no tengan presente la historia de las internacionales, incluida la Cuarta. Ante este enorme déficit, tenemos la obligación de restablecer esta idea como parte fundamental de su conciencia política.

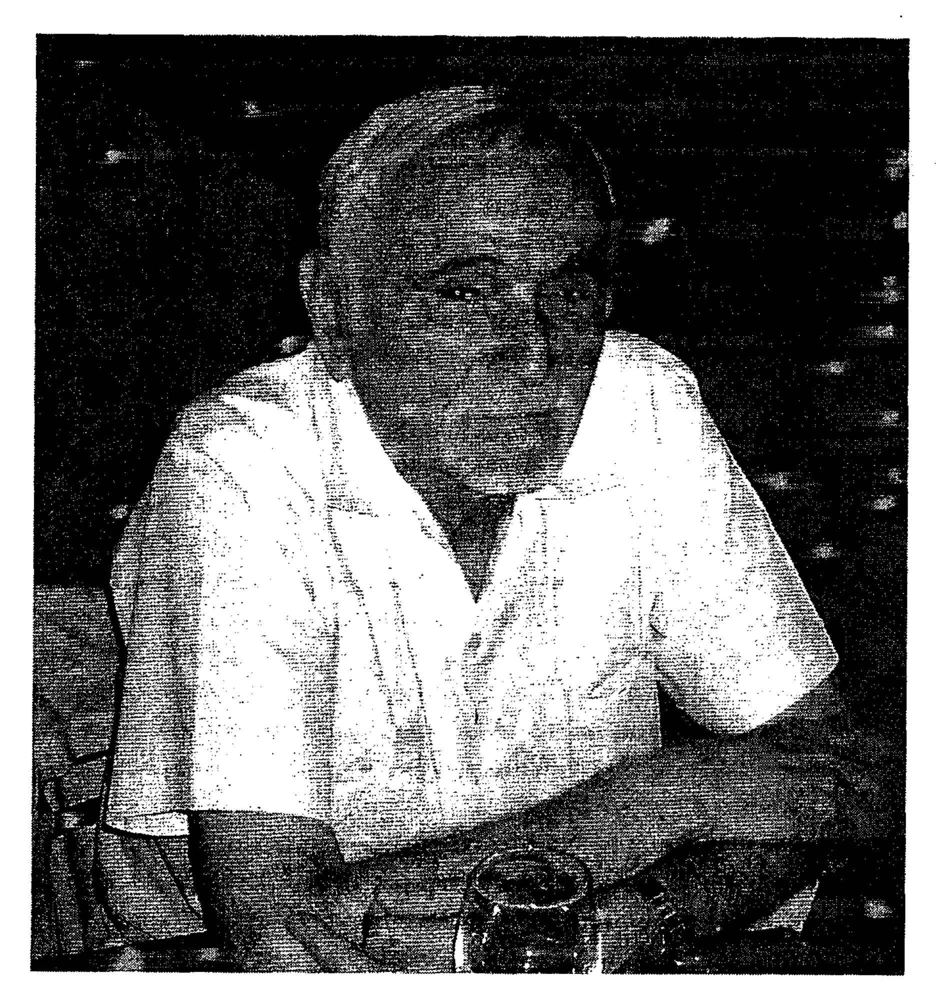
Con la entrada del nuevo siglo debe hacerse un serio intento para poner al día teoría y programa, especialmente un serio balance de la lucha de clases internacional, regional y local. Con esta reflexión se ha comprometido el colectivo "Pensar el socialismo y el comunismo hoy", que integro. Esta reflexión, por ejemplo, acercarnos a la idea de que el trotskismo corresponde a una fase o tiempo histórico concreto. Y que la previsión de convertirnos en el partido mundial de la revolución socialista no se dio. Y que caído el socialismo real y el estalinismo estuvimos lejos de convertirnos en su alternativa en ningún lugar o país. Pero tampoco después de la Segunda Guerra Mundial encabezamos algún proceso de liberación nacional y menos aún las revoluciones que se produjeron, pero "sin socialismo". Opino que con el derrumbe del estalinismo, y quizás antes, debimos realizar un intento de "todos los trotskismos" por refundarnos, o un hecho parecido. Al no hacerlo, creo que perdimos quizás, la última oportunidad de "hacer historia".

En esta mundialización del capitalismo, sus "bárbaros modernos", irresponsablemente se encaminan a destruir la humanidad y la naturaleza. Ante esto sigue más vigente que nunca la consigna marxiana: "proletarios del mundo uníos"; y "la emancipación de los trabajadores será obra de los trabajadores mismos". En esta orientación las internacionales I, II, III y IV fueron concebidas –cada una en su tiempo– para apoyar la lucha por la emancipación social de los explotados y oprimidos, con las banderas del socialismo y del comunismo.

Por mi parte pienso que los trotskistas, miembros de decenas de cuartas internacionales, hemos perdido la oportunidad de hacer historia realizando los objetivos fundacionales; debido a una conjunción de hechos objetivos pero sobre todo subjetivos. Entre estos últimos nuestros grandes déficit y errores. Sí, el proceso histórico no espera... ni perdona. Creo que la historia no nos perdonará el que ni siquiera pudiéramos realizar parte del legado de León Trotsky, principalmente. Marx dijo "yo no soy marxista", tratando de señalar con sus palabras la vía dialéctica de la historia, o sea de la lucha de clases, de los procesos sociales. Recordemos que el apelativo "trotskismo" fue inventado por sus adversarios políticos en Rusia, sobre todo. En la década de 1930 los seguidores de Trotsky se decían "bolcheviques leninistas" o "marxistas revolucionarios". Como en el caso de Marx, no se les ocurrió afirmar que eran "trotskistas", como forma de no congelar en un "ismo" los procesos revolucionarios.

Pregunto: ¿qué queda en pie en el siglo XX y comienzos del XXI? Opino que tanto el leninismo como el trotskismo cumplieron su tarea, pero que ante las nuevas realidades tienen que refundarse. Esto sólo puede hacerse por la vía del marxismo revolucionario, que es el único, por ser capaz de renovarse, porque ha soportado la prueba de la vida, de la realidad histórica. Y esto porque todavía da las respuestas teóricas, programáticas y de análisis al capitalismo, aun en esta etapa de la mundialización, donde está al día la consigna "socialismo o barbarie".

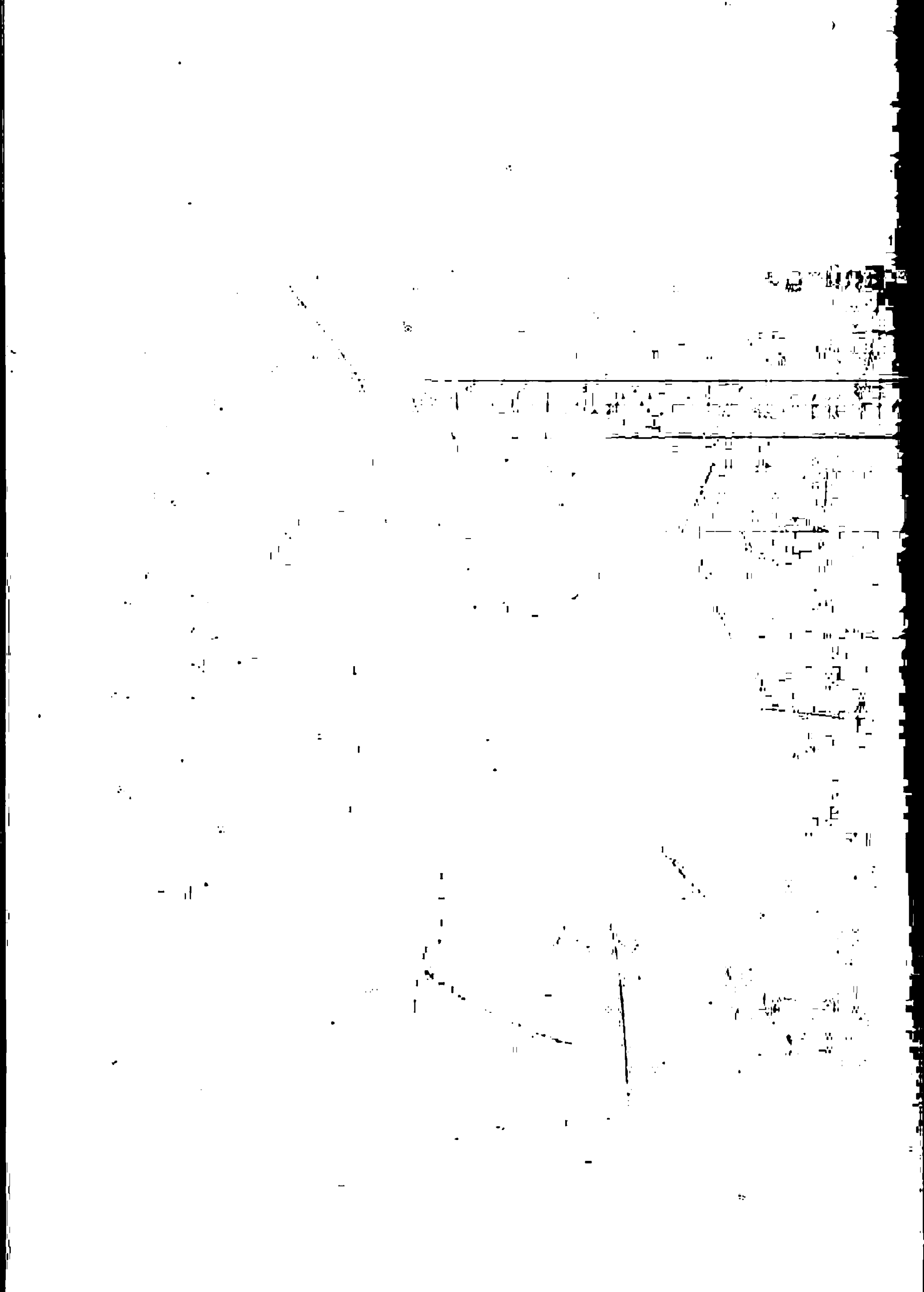
Sé que los trotskistas ortodoxos y no ortodoxos dirán que mi elaboración al respecto es empírica, propia de una experiencia personal, que prescinde de muchas otras. Pero soy terco, por consecuente. Si alguien me pregunta: ¿es aún trotskista? Le respondo: sí, sólo porque soy marxista revolucionario. Con esto doy el adiós a las decenas de cuartas internacionales y a los muchos trotskismos. Pero no haré como otros. A pesar de mi agotado soma, mi voluntad revolucionaria es más firme que nunca. Por tanto, comunico que estoy abierto a escuchar y a seguir aprendiendo. A explorar con quienes piensan en el porvenir del socialismo cuáles puedan ser las vías para su recreación permanente.



Ricardo Napurí, diciembre de 2008

Epílogo

Pensar el socialismo hoy



Todos los que pensamos con qué instrumentos se puede derrotar la ofensiva del capitalismo bárbaro de estos tiempos debemos poner el acento en el cómo. La historia sociopolítica de América Latina da cuenta de la diversidad de experiencias, nacionales y regionales. He resaltado como sus picos más altos a las revoluciones mexicana, boliviana, guatemalteca, cubana, nicaragüense. Pero éstas no existirían sin la diversidad de experiencias sociopolíticas, de procesos igualmente revolucionarios, Chile de Allende, los muchos nacionalismos de izquierda; y actualmente, entre otros, el bolivarianismo y Evo Morales. Todos expresan, igualmente, grados diversos de radicalismo social, de la lucha de clases. Y en este contexto, tener en cuenta la actividad de los movimientos sociales y frentes de lucha que han intervenido e intervienen en todos los ambientes y franjas de la sociedad desigual. ¿No es éste el lugar de los movimientos campesinos e indígenas, de las asambleas populares, movimientos barriales, de los sin tierra, por la vivienda? ¿Por qué surgieron la CONAIE, en Ecuador, el MST, en Brasil, los pobladores del Alto de La Paz, en Bolivia, entre muchos otros?

No obstante, no todos los que nos reclamamos de izquierda tenemos la misma visión o caracterización de estas experiencias de los trabajadores y del conjunto del pueblo oprimido. Sobre todo entre quienes nos preocupa la actualidad de la revolución y el porvenir del socialismo; los que nos reclamamos del socialismo marxista. Sin embargo, debemos acusar la existencia de un amplio sector no militante, muy influyente en la sociedad, que tiene una visión distinta de estos problemas, casi todos defensores de la idea de que el capitalismo puede ser humanizado o refundado. Muchos son intelectuales, académicos,

analistas políticos, periodistas de nota, miembros de ONGs, etc. Por este hecho, sus análisis y caracterizaciones poco ayudan a la sana comprensión de los hechos de la realidad, ayudando más bien a crear, por el contrario, un tendal de confusiones. Vamos a los ejemplos. Un día afirman que son socialistas los gobiernos de Michelle Bachelet, Evo Morales o Tabaré Vásquez. Después, sin ruborizarse, lo olvidan, para pasar a denominarlos populistas o nacionalistas, estatistas, etc. Enamorados del término populista, distinguen entre los "buenos" y "malos". Hugo Chávez es el campeón de los segundos. Y al gobierno cubano lo tildan indistintamente de socialista o comunista.

Se debería dar una verdadera batalla contra estos falsos formadores de la conciencia política ciudadana. Pero como no poseemos el acceso a los medios de prensa que ellos sí tienen, y en abundancia, nos quedaría la vía de los "tribunos", como Lenin decía de los propagandistas del socialismo y de la revolución. Pero tampoco los tenemos, ni buenos ni en abundancia.

Dejemos descansar a los apologistas –sinceros o vergonzantes– del capitalismo "humanizado". Me preocupan otros problemas. Creo que los socialistas enfrentamos un desafío de carácter estratégico, también en el terreno más concreto de cómo encarar en los tiempos que corren los desafíos nuevos y crecientes de la acción política. Este tema debe preocupar no sólo a las vanguardias, o a quienes se precian de serlo, sino que compromete, sobre todo, a los miles y miles de activistas de los diversos movimientos y corrientes de la izquierda en general.

Debemos dar respuestas comprensibles y acertadas a algunos porqués al abordar la realidad concreta. Por ejemplo, la crisis de dominación de clase que comprende al Estado y a sus instituciones, pero también a los partidos políticos del sistema. Pero esta crisis, ¿no alcanza, asimismo, a la izquierda, por lo menos en la apreciación de buena parte de la ciudadanía? Por múltiples razones la izquierda marxista rechaza a esta "democracia". Sin embargo ha caído en las redes que tiende la democracia parlamentaria. Ante la aparición y desarrollo de los movimientos sociales, ¿hemos sido comprensivos con ellos y pacientes? ¿No hemos sido sustituistas? ¿Acertamos en la caracterización de los procesos revolucionarios venezolano y boliviano? ¿Hemos acertado en la caracterización de la revolución cubana y del socialismo que

ella construye? El capitalismo rechaza al mundo campesino por problemas de dominación de clase. Pero la izquierda, ¿no ha tardado en comprenderlo?

José Carlos Mariátegui, fundador del marxismo latinoamericano, tempranamente, en 1928, afirmó que ni la revolución ni el socialismo pueden ser calco ni copia. Pocos o casi nadie hicimos caso a esta advertencia. ¿Por qué? Porque si teníamos a la revolución de octubre como el modelo a imitar históricamente, cuestionar el dogma constituía una suerte de herejía. Nos metimos en un absurdo histórico y científico, porque, como lo demuestra la experiencia histórica, todas las revoluciones han sido y serán excepcionales. No hay revolución "madre" o tipo único. El precio que se ha pagado por esta aberración es muy grande, bien lo sabemos. Tanto que es uno de los ejes de la crisis del movimiento revolucionario posterior a la revolución rusa.

Esto nos indica que el pensamiento crítico debe ejercerse –y con mayor fuerza– en las trincheras de la izquierda socialista y marxista, pero principalmente de parte de quienes han liderado revoluciones. Un déficit de los dirigentes de la revolución cubana. Porque ella es el acontecimiento más importante de América Latina del siglo pasado, que dio comienzo a la revolución socialista en nuestro continente, comandada por Fidel Castro, uno de los más grandes revolucionarios de la historia contemporánea. Por ser revolucionaria, Cuba se ha convertido en el bastión más importante de la resistencia al imperialismo, que hasta ahora ha fracasado en los intentos de destruirla. Además, es el único "laboratorio" que poseemos en la región sobre el sinfín de problemas ante el intento de construir el socialismo en un solo país, y para peor en una isla. Pero, ni Fidel Castro ni el Che Guevara, quien más avanzó en la tarea de teorizar la revolución, se metieron en lo que podemos denominar la verdad histórica de su revolución. Doy la "seña" en esto. León Trotsky dijo en el programa de transición que las direcciones pequeño burguesas, incluidas las comunistas, pueden, excepcionalmente, ir más lejos de lo que ellas querían en la vía de la ruptura con el capitalismo. La revolución cubana transitó esta vía. Pero esta dirección pequeño burguesa, por serlo, no estuvo armada a tiempo para comprender con una visión de clase y marxista los dilemas que comenzaba a enfrentar su revolución. Como Estados Unidos la agredió

económicamente, aceptaron la ayuda de los países del COMECON (organización económica de los países del "socialismo real" dirigida por la URSS), que la salvaron de un derrumbe inmediato. Está demostrado que los principales dirigentes cubanos creían, como casi toda la izquierda mundial, en el "socialismo real". Nunca habían trabajado el tema del estalinismo, ni tampoco que –por la contrarrevolución estalinista– el poder lo detentaba una burocracia antisocialista.

Esto tuvo una trascendencia enorme en la revolución cubana. Era correcto aceptar la ayuda generosa del "campo socialista", pero, al no conocer su degeneración burocrática, no se tomaron recaudos. Algo así como contraer matrimonio con alguien con sífilis sin saberlo. De ahí que con la ayuda salvadora llegara a la isla la "sífilis" estalinista, agarrando al paciente sin la protección necesaria. Lo que vino es historia conocida: la copia, aunque con ciertos recaudos, del "modelo soviético", el partido único de tipo estalinista, altamente centralizado y sin democracia interna. Esquemáticamente, comparé antes a las revoluciones rusa y cubana; y lo hice porque ésta se reclamó en 1961 marxista-leninista. Sería estúpido de mi parte meterme aquí a manifestar sus enormes diferencias. Pero sí abordo un tema. La revolución rusa triunfó, obviamente en circunstancias particulares, por la conjunción entre el partido obrero, férreamente educado en las tradiciones marxistas, no sólo de Rusia sino europeas, y los soviets, organizados nacionalmente, expresión del poder dual y de la autoorganización de los trabajadores y campesinos. Este armamento político era desconocido por la dirección cubana, de otro origen político y de clase. Otra cuestión es cómo se calificó al encabezar la ruptura con el imperialismo.

Avanzar en la verdad histórica sería reconocer estos hechos. Pero, asimismo, que los trabajadores y sus aliados oprimidos, nunca detentaron directamente el poder; no hubo tiempo para organizarse y dotarse de herramientas propias de clase, como lo fueron los soviets. De esta forma el poder quedó en manos del ejército rebelde y del partido de gobierno. Por ello nunca hubo una democracia de "los de abajo", en la que hubiera descansado la organización "socialista" de la economía y de la sociedad. La idea marxista de socialismo con las más amplias libertades, la nueva y más avanzada democracia nunca existió en el "socialismo real", pero tampoco en Cuba revolucionaria. He aquí el dile-

ma actual en la isla: la dirección no puede democratizar la sociedad ni en el terreno de la democracia formal, o burguesa, porque teme que peligre su poder. Y todo porque las masas populares quedaron fuera del proyecto supuestamente socialista; no fueron el sujeto principal en él. En el nudo y encrucijada en que está inserto el proceso, se discute ahora en qué dirección se orientará Cuba. Los que afirman la vía vietnamita o China como modelo posible, están diciendo sin eufemismos que hacia un Estado hipercentralizado, comandado por una férrea burocracia. ¿Será así? ¿Tendrá reservas la revolución para evitarlo? ¿Se crearán condiciones para la entrada en escena de los trabajadores para rescatar la revolución de una posible degeneración burocrática?

Alguien me puede demandar que explique qué socialismo propongo o defiendo. Antes de responderlo me apoyo en Marx: la emancipación de los trabajadores será obra de los trabajadores mismos. Y su otra idea acerca de que el socialismo es la etapa histórica que supera al capitalismo, tanto en la riqueza material como en el terreno de las más amplias y profundas libertades de las gentes; esto en lo esencial. De esta forma, ante estas dos postulaciones, hasta ahora ningún país o revolución ha realizado el socialismo. Todos son ensayos generales en esta vía. No se trata de un planteamiento "ortodoxo", porque no existe ante las realidades que impone la lucha de clases, con sus enormes contradicciones y especificidades. Ahora sabemos que no puede haber "socialismo real"; y lo que se ha denominado como tal es una monstruosidad burocrática, tanto que fracciones de la burocracia encabezaron –sin casi resistencia de los trabajadores– el retorno al capitalismo. En los países de la ex URSS, del ex "campo socialista" o en China. Queda así expresado que no hay socialismo en Cuba. Y sí un proceso revolucionario que intenta construirlo ahora, en condiciones mucho más desfavorables que en el período anterior, cuando Cuba comprendió que su existencia dependía, fundamentalmente, de la generalización de la revolución por lo menos en América Latina.

El derrumbe de los países del "socialismo real" y el impasse en que se encuentra el proceso revolucionario cubano –Fidel Castro ha dicho que la revolución puede ser destruida desde adentro–, así como el retorno de aquéllos al capitalismo, no invalida la idea de que el socialismo, como proyecto o realización, tiene futuro, siempre y

cuando seamos capaces de recrearlo –Marx dijo: yo no soy marxista–, de volverlo a pensar críticamente, como lo deseó Alberto Flores Galindo, el desaparecido e inteligente historiador peruano. Las abundantes experiencias nos dan los datos para saber que el socialismo no debe confundirse con una sola vía: la del dogma de la revolución "modelo" –y que por ello no es un camino ya trazado de antemano–.

El pensamiento crítico debe a la vez abarcar la reflexión del presente socialista, cuyas puertas no están cerradas, pero se requiere pensar otras vías, aprendiendo de cada nueva experiencia de la realidad cambiante. Ciertamente, los trabajadores explotados y oprimidos del mundo entero estamos apremiados porque no hay tiempo indefinido. Pero tampoco, y sobre todo, lo hay para quienes desde sus pequeñas organizaciones creen que el proceso pasará por ellos, por su propio "fundamentalismo", como si el proceso los esperara siempre. No hay tiempo indefinido porque ahora los "bárbaros modernos" –los capitalistas, neoliberales y de los otros– se han lanzado despiadadamente a destruir a la humanidad y a la naturaleza. Rosa Luxemburgo lo anticipó genialmente: "socialismo o barbarie", dijo. Sin embargo, sólo la rebelión de "los de abajo": movilizaciones, resistencias radicalizadas, insurrecciones y revoluciones podrán impedirlo. Y sus fuerzas más conscientes deberán transitar por las huellas del internacionalismo revolucionario, partiendo de los antecedentes de las internacionales que existieron como expresión de esta voluntad revolucionaria. ¿Una nueva internacional? Hay que pensarlo seriamente. Después de la experiencia de la Cuarta sabemos qué condiciones se exigen para crearla, o qué nuevas formas adquirirán los esfuerzos de aquellos que se proponen conquistar un cuadro mundial organizado para las luchas emancipatorias.

Poco más puedo agregar. Salvo afirmar, una vez más, que el socialismo –el "bueno"– como proyecto y realización seguirá teniendo futuro. No importa si yo ya no estaré presente para comprobarlo. Eso sí, creo que cumplí con las demandas de mi conciencia y de mi compromiso revolucionario.

Pensar América Latina

Crónicas autobiográficas de un militante revolucionario









Ricardo Napurí [Barranca, Lima, 1925] nos entrega sus memorias, escritas "artesanalmente", sin contar con archivos documentados, en algunos casos inaccesibles por diversas razones, en otros ya inexistentes. Las ha escrito desde sus propias evocaciones, desde momentos imborrables de su vida personal y política, apelando a esa presencia viva de tantos acontecimientos que nunca desaparece, que más bien vuelve una y otra vez reclamando su reinterpretación. Reflexiona críticamente sobre su larga experiencia [que comprende su pasaje por la Cuba revolucionaria de 1959, por Bolivia, Chile y el Perú de los años 60, 70 y 80, también por Argentina en los 50 y en los 80 y 90], se interroga en cada pasaje si lo que hizo junto a otros y otras estuvo bien, deja planteados problemas que siguen estando vigentes, particularmente en cuanto al carácter de la revolución y de las organizaciones que se proponen contribuir a ella. Son, efectivamente, las memorias de un revolucionario... Muestran su experiencia-aprendizaje, sus aciertos y errores, sus entusiasmos y desazones, también sus reflexiones presentes mirando al futuro. Están muy lejos de ser memorias escritas desde el retiro. Tampoco desde "el descanso del guerrero", algo inconcebible para nuestro autor, que con 80 y tantos años sigue actuando y se sigue postulando como contribuyente a la causa del socialismo y de la autoemancipación humana.

(De la Presentación de los editores)




ISBN 978-987-1505-15-9
9 789871 505159